

BIBLIOTHECA PRIVATA
PRAEP. GEN. SOC. IESU

BIBL. SCRIPTORUM

3 4 1

3 4 1

BIBLIOTHECA INSTITUTI HISTORICI S. I.

Vol. I

LA FLORIDA
LA MISIÓN JESUÍTICA (1566-1572)
Y
LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA

POR

FÉLIX ZUBILLAGA S. I.

REDACTOR DE MONUMENTA HISTORICA S. I.
DOCTOR EN HISTORIA ECLESIASTICA



ROMA

INSTITUTUM HISTORICUM S. I.

BORGO S. SPIRITO, 5

IMPRIMI POTEST

Romae, die 21 Ianuarii 1941.

P. EMMANUEL PORTA S. I.
Praep. Prov. Rom.

IMPRIMATUR

Sorae, 10 Ianuarii 1941.

† MICHAËL FONTEVECCHIA
Episc. Aquini, Sorae et Pontiscurvi

17451

SOC. TIPOGR. A. MACIOCE & PISANI — Isola del Liri

**EN EL CUARTO CENTENARIO
DE LA APROBACIÓN PONTIFICIA
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
1540 - 1940**

ÍNDICE DE MATERIAS

	<i>Pag.</i>
INTRODUCCIÓN	1
ABREVIATURAS DE REVISTAS, ARCHIVOS Y COLECCIONES	11
OBRAS IMPRESAS Y MANUSCRITAS	11

CAPÍTULO I. - EL PRIMER DESCUBRIDOR DE LA FLORIDA, JUAN PONCE DE LEÓN.

SUMARIO: 1. La Florida actual y la del siglo XVI. 2. Ponce y las primeras capitulaciones, 1512. 3. Primer descubrimiento, 1513. 4. Entre los indios timucuanos. 5. Mala acogida de los tequestanos. 6. En lucha con los calusanos; de vuelta a Puerto Rico. 7. Segunda patente real a Ponce, 1514; el avance colonial y las juntas de Burgos (1512) y de Valladolid (1513). 8. Las instrucciones y el requerimiento. 9. Frustrado éxito de la empresa de 1521 y muerte de Ponce 19

CAPÍTULO II. - EN LAS COSTAS DE AMICHEL (FLORIDA).

SUMARIO: 1. Irradiaciones de la Florida. 2. Los áureos rescates de Miruelo. Yucatán: fatal balance. 3. Entre los aguerridos floridanos. 4. Francisco Garay. 5. Pineda en el golfo mexicano: los muscogeanos, apalaches, mobileanos, choctauanos, chittimachanos, atacapanos, karankauanos, coahuiltecanos. 6. Las dos banderas descubridoras. 7. El reconocimiento de Amichel. 8. Diego Camargo. 9. Información a la corte; erección de la diócesis floridana. 10. Instrucción para la colonización de Amichel; Camargo abandona el Panuco. 11. Expedición y muerte de Garay. 31

CAPÍTULO III. - POR LA COLONIZACIÓN DE CHICORA.

SUMARIO: 1. Los mensajeros de Ayllón; entre los ucheanos; el reconocimiento de la región. 2. Las malévolas redes. 3. Ayllón en España: planes de colonización.

4. Preparación de la empresa definitiva : Pedro de Quexos.	<i>Pag.</i>
5. El héroe de la vuelta al mundo : Elcano ; Esteban Gómez ; creciente interés de la Florida. 6. La expedición de Ayllón : los indígenas del cabo Fear ; en la región del río Pedee ; muerte de Ayllón	47

CAPÍTULO IV. - EXPEDICIÓN DE PÁNFILO DE NARVÁEZ.

SUMARIO: 1. La cédula imperial de 1526. 2. Voluntad reformatoria del emperador : plan de evangelización. 3. En las intermediaciones de la bahía de Tampa : Tocobaga. 4. Hacia Apalache. 5. Los muscogeanos : criques, choctouanos, chikasauanos, mobileanos. 6. Entre los belicosos apalaches. 7. En los improvisados astilleros. 8. ¿ Labor colonizadora o misionera ? 9. En busca del Panuco : el naufragio. 10. En la isla Mal-Hado : los indígenas coaques. 11. Los sobrevivientes.	59
---	----

CAPÍTULO V. - EXPEDICIÓN DE HERNANDO DE SOTO.

SUMARIO: 1. Las capitulaciones de 1537. 2. En la Habana. 3. En la región de la bahía de Tampa : Tocobaga (1539). 4. A Apalache : combates en la provincia de Yustaga. 5. El invierno en Apalache (1539-1540). 6. A través de los criques. 7. Cofitachique. 8. Hacia Kusa. 9. Entre los mobileanos : sangriento combate. 10. Nuevamente hacia el interior : el invierno de Chicaza (1540-1541). 11. En las orillas del Misisipí. 12. Los campamentos invernales de Autianque (1541-1542) ; muerte de Soto. 13. Los navegantes del río Misisipí. 14. Intentos de la expedición.	75
---	----

CAPÍTULO VI. - ESCASO PORVENIR EN LA COLONIZACIÓN DE LA FLORIDA.

SUMARIO: 1. Luis Cáncer y la evangelización sin armas. 2. Las primeras víctimas misioneras en la Florida. 3. Los naufragos de las costas de Texas. 4. Necesaria protección del misionero. 5. Plan de colonización : Pedro de Santander. 6. El estandarte real a Tristán de Luna. 7. La expedición en la bahía de Pensacola : primera catástrofe. 8. Santa Cruz de Nanicpacna. 9. Los exploradores de Kusa. 10. De nuevo en la bahía de Pensacola : Ángel de Villafañe. 11. A la Habana ; en Santa Elena (1561). 12. La Florida convertida en baluarte : Pedro Menéndez de Avilés ; parecer de la junta de Nueva España. 13. La Florida en la apreciación española	99
---	----

	<i>Pag.</i>
razanas de la torre del Oro. 11. El abogado ante el rey; bajo la jurisdicción de Contratación. 12. Sentencia. 13. Rehabilitado; memorial de principios de 1565; capitulación real. 14. Guerrero y evangelizador. 15. Pide jesuítas a San Francisco de Borja; los misioneros señalados. 16. Frustrada expedición misionera: ¿designios providenciales? 17. Hacia la Florida. 18. El primer encuentro con los franceses. 19. En San Agustín: inspeccionados por los franceses. 20. El asalto al fuerte Carolina: móviles de Menéndez. 21. Las dos matanzas. 22. ¿Existió promesa por parte de Menéndez? 23. Los franceses de junto al cabo Cañaverál. 24. La Florida baluarte de la América española. 25. Las negociaciones oficiales sobre la Florida: el equívoco y la realidad	161

CAPÍTULO X. - PRIMERA EXPEDICIÓN JESUÍTICA A LA FLORIDA.

SUMARIO: 1. Deseos de Menéndez de llevar jesuítas a la Florida. 2. Actitud reservada de Roma. 3. Celo de Pedro del Castillo y del padre Avellaneda por la misión floridana. 4. Menéndez de Avilés y la misión jesuítica en América: interviene la corte. 5. Diligencias frustradas para llevar jesuítas a América. 6. Fr. Agustín de Coruña; admitida la Compañía para las misiones de América. 7. Cédula real a Araoz; preocupación de Borja. 8. Expedición de Arciniega. 9. Cédula real al padre Carrillo. 10. Su oposición a enviar nuevos sujetos. 11. Los tres misioneros en Sevilla. 12. Padre Pedro Martínez: datos biográficos: estudios. 13. Entra en la Compañía: estudios en Valencia y Gandía. 14. Ordenado sacerdote; expedición a Orán. 15. Operario apostólico en Granada, Toledo y Cuenca; deseos de misiones. 16. En Alcalá; preocupaciones; en Salamanca. 17. Ministro en Valladolid; deseos de misiones y del martirio. 18. De Monterrey a Sevilla; profesión en Sanlúcar. 19. Padre Juan Rogel: el piadoso estudiante. 20. Jesuíta; estudios en Valencia y en Gandía. 21. En Cuenca y en Toledo: el confesor. 22. El hermano Francisco Villarreal; elogio del padre Avellaneda. 23. Ministerios de los tres misioneros en Sanlúcar. — 24. A bordo. 25. En Canarias. 26. Otra vez en alta mar. 27. En busca del puerto de Santa Elena. 28. El batel de los exploradores. 29. La urca en Montecristi. 30. Extraviados los del batel; muerte del padre Martínez. 31. Pena de Menéndez y del padre Avellaneda. 32. Criterio de la curia jesuítica romana. 33. Rogel y Villarreal en Montecristi: mi-

nisterios. 34. Viaje a la Habana: peligros de naufragio; benévolamente acogidos. 35. Ambiente floridano en la Habana	<i>Pag.</i> 203
--	------------------------

CAPÍTULO XI. - PRINCIPIOS DE EVANGELIZACIÓN EN LA FLORIDA : PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS.

SUMARIO: 1. La misión floridana y Menéndez de Avilés. 2. Primera visita a Calus. 3. Prevención del cacique e indios. 4. En la casa del cacique; generosas ofertas de este. 5. Principios de evangelización. 6. Indios de Calus a la Habana. 7. Segunda visita a Calus: síntomas de doblez en el cacique. 8. Guarnición española: labor catequística. 9. Indios calusanos a la Habana. 10. Exploración del río San Mateo; atisbos de evangelización: Hotina, Macoya, Calabay y Saturiba. 11. ¿Unión de Saturiba con Tocobaga? 12. Tercera visita de Avilés a Calus: la política de Carlos opuesta a los fines de Menéndez. 13. A Tocobaga: hostil acogida. 14. Después del primer temor: iniciación evangélica. 15. Guarnición española. 16. Temores en Calus

251

CAPÍTULO XII. - LAS MISIONES DE CALUS Y TEQUESTA.

SUMARIO: 1. La misión jesuítica en los planes de Menéndez. 2. El campo misional de Rogel: Calus. 3. Obstáculos para su labor. 4. El jesuíta a la Habana. 5. Los españoles matan a Carlos. 6. Rogel pasa por Tocobaga para ir a Calus. 7. El nuevo cacique Tocampaba: dignidad política y religiosa del cacique entre los calusanos. 8. Plan de evangelización; conducta del cacique; catequesis. 9. Creencias de los calusanos: unidad de Dios, Trinidad, las tres almas mortales; los enterramientos. 10. Labor de Rogel; perversión de costumbres de los calusanos. 11. Rogel a la Habana. 12. El misionero a Tocobaga: trágico fin de la guarnición. 13. Planes frustrados de colonización en la Florida occidental. 14. En Calus: labor catequística; ennegrecido el horizonte. 15. Rogel abandona definitivamente la misión. 16. Tequesta: posición estratégica. 17. Refugiados españoles. 18. La guarnición española con el hermano Villarreal. 19. Campo de misión: esperanzas de fruto. 20. Las primicias cristianas. 21. Fin de la guarnición y sus causas

273

CAPÍTULO XIII. - ABANDONAN LOS JESUÍTAS LA FLORIDA MERIDIONAL.

SUMARIO: 1. Instrucciones al padre Portillo para la misión del Perú. 2. Borja y la dispersión misionera. 3. Misioneros para la Florida, Perú y Nueva España. 4. La Florida pospuesta al Perú y Nueva España. 5. Intervención de Menéndez; celo del padre Avellaneda. 6. Cooperación de Borja. 7. Menéndez y los despachos reales. 8. Entrevista con los misioneros. 9. El colegio de la Habana y la misión floridana. 10. El ofrecimiento de Borja. 11. Los misioneros de la segunda expedición. 12. El padre Juan Bautista de Segura: datos biográficos; estudios en Alcalá; el jesuita. 13. El superior de Villimar, Monterrey, Salamanca y Valladolid. 14. Deseos de misiones; las misiones y el aprovechamiento espiritual. 15. Escogido para las misiones; se decide su ida a la Florida. 16. El padre Antonio Sedeño; destinado a Honduras. 17. Datos biográficos: el servidor del conde Landriano; el jesuita. 18. Dificultades en los estudios. 19. Su ideal. El hermano Pedro Mingot Linares. 20. El padre Gonzalo del Álamo. 21. El hermano Juan de la Carrera. 22. El hermano Agustín Vázquez: sus deseos de misiones. 23. A bordo; en Canarias; peligro de naufragio. Puerto Rico. 24. Las huestes de Gourgues: conquista de los fuertes españoles del río San Juan. 25. En San Agustín. 26. En Tequesta. 27. Las reuniones de la Habana; ministerios. 28. En Calus: simpatía interesada del cacique; el déspota; inseguro apoyo de la colonización española. 29. Esperanzas en Calus con la venida del adelantado; quemados los ídolos. 30. Decisiones prematuras; los españoles matan al cacique. 31. Reorganización misionera de Tequesta. 32. Fin de la guarnición y de la misión

Pag.

303

CAPÍTULO XIV. - EN LAS PROVINCIAS SEPTENTRIONALES DE GUALE Y SANTA ELENA.

SUMARIO: 1. Porvenir misional y posición estratégica. 2. Visita de Menéndez a Guale; erección y adoración de la cruz. 3. Menéndez mediador de la paz; los catequistas. 4. A Santa Elena; la entrevista con Orista y negociaciones de paz. 5. Condescendencia interesada del cacique: promesas de conversión. 6. La guarnición de San Felipe. 7. De nuevo en Guale: ratificación de las paces. 8. El cacique adora la cruz; los catequistas. 9. Privaciones de la

	<i>Pag.</i>
guarnición de San Felipe; los huídos y los rebeldes; Menéndez de Avilés. 10. Esperanzas de conversiones en Guale y Santa Elena. 11. Menéndez a España. 12. Los jesuitas en San Agustín y Santa Elena: escasa actividad misionera. 13. Las tribus de Guale y Santa Elena. 14. Visita de Rogel: primeras impresiones. 15. Distribución de los misioneros. 16. Rogel entre los oristanos: costumbres indias; porvenir halagüeño. 17. Dificultades; predicación catequística. 18. Los indios se alejan de los misioneros. 19. Abandonan los jesuitas la misión 20. Guale: Condición de la tierra y costumbres indias. 21. Explicación catequística. 22. Hostilidad india; abandonan los jesuitas la misión. 23. Muerte del hermano Vázquez. 24. La isla de Santa Elena. 25. Residencia misional. 26. ¿ Los jesuitas capellanes? 27. Deciden los superiores enviar al padre Álamo a España. 28. Se oponen a ello los delegados de Menéndez. 29. Informe de Segura a Roma. 30. Interviene Borja contra la vejación; el memorial al cardenal Espinosa. 31. Entrevista de Menéndez con Esquivel. 32. Menéndez da satisfacción a la curia jesuítica. 33. Defiende Borja la libertad de los misioneros. 34. Causas del insuceso misional	351

CAPÍTULO XV. - LAS CORONAS DE LOS MÁRTIRES.

SUMARIO: 1. El padre Luis Quirós; en Marchena y en Granada. 2. Los expedicionarios de la Florida. 3. Se organiza la expedición misionera a Ajacán. 4. Trascendencia de la misión. 5. Por el río Potomac; condición de la tierra y tribus indias. 6. Establecimiento de los misioneros. 7. Dificultades; el indígena Luis deja abandonados a los misioneros. 8. Los mártires. 9. Ministerios en la isla cubana. 10. El abrazo de los mártires; los héroes de la expedición de Azevedo. 11. En Santa Elena: infortunios. 12. En San Agustín: lamentable estado de la guarnición. 13. Los naufragos del cabo Cañaveral. 14. Penosa peregrinación a San Agustín; de nuevo en el fuerte. 15. En Santa Elena; los jesuitas capellanes. 16. Borja y la selección del personal misionero. 17. Cooperación condicional en la Florida y el fin peculiar de la Compañía; ofertas para el colegio de la Habana. 18. Expediciones a Ajacán detenidas por Menéndez. 19. En busca de los mártires; por el río Potomac: indios prisioneros. 20. Rescate de Alonso. 21. El castigo. 22. Rogel y la misión ajacana; los jesuitas a la Habana. 23. Los misioneros de Nueva

España; decisión de abandonar la Florida y la Habana.	<i>Pag.</i>
24. Los de la Habana quieren retener a los jesuitas: Francisco de Briceño. 25. Los misioneros floridanos a Nueva España. 26. Últimos años de Menéndez; capitulación de Middelburg; preparativos de la armada. 27. Muerte del adelantado: corso, conquistador y colonizador	391
CONCLUSIÓN	429
APÉNDICES	433
ÍNDICE ANALÍTICO	445
FE DE ERRATAS	475

INTRODUCCIÓN

El fin que nos propusimos al empezar esta obra fue escribir, a base de documentación nueva y exhaustiva, la historia de la misión jesuítica de la Florida: 1566-1572. No tuvo esta empresa apostólica el éxito continental y secular que obtuvieron las misiones de la Compañía de Jesús en el Perú y México, con sus gloriosos renuevos del Paraguay y la California; pero fue la *primera* que la joven orden estableció en N. América y aun en todo el perímetro del Imperio español, rubricándola con la sangre de sus primeros mártires que, por el escenario del sacrificio, podríamos llamar « americanos ». Bastaba esta prerrogativa para atraer la atención del historiador.

El avance en el estudio de sus fuentes nos hizo pronto advertir que no era ese el único interés del argumento. Los nuevos datos que, gracias sobre todo al archivo romano de la Compañía de Jesús, íbamos recogiendo, iluminaban por primera vez varios aspectos de importancia en la geografía, en la etnografía y en la historia del continente norteamericano, y no menos en la historia colonizadora y misionera de España y de la Compañía de Jesús. Así, por ejemplo, las noticias sobre costumbres de *calusanos* y *guleanos* en los actuales estados de la Florida y de Georgia; la configuración de las inmensas regiones que se extendían a ambos lados del Misisipi y se denominaban entonces con el nombre genérico de « la Florida »; las negociaciones entre Felipe II, Menéndez de Avilés y San Francisco de Borja para introducir por primera vez la Compañía en el « coto cerrado »

del Patronato español de Indias; el juicio de los primeros misioneros de América sobre el uso de la fuerza armada en la evangelización y colonización; las verdaderas causas que explican el abandono por parte de San Francisco de Borja de aquella difícil empresa, iluminando de paso los ideales y la táctica de misiones mundiales de la nueva orden. Nos lisonjea la esperanza de que estos y otros semejantes puntos de la historia general de las misiones recibirán alguna luz nueva de los documentos extractados en las presentes páginas.

Otro efecto de nuestras rebuscas sobre la misión jesuítica de la Florida fue la ampliación europea y americana del campo de estudio. Pronto nos convencimos de que, para entender los antecedentes y el sentido de la llamada de jesuitas a la Florida por parte de Menéndez de Avilés y de Felipe II, precisaba estudiar y exponer las trayectorias muy diversas, pero igualmente esenciales de historia: en *América misma*, la de los descubrimientos y exploraciones españolas que desde las Antillas y desde México se fueron haciendo de 1513 a 1562, en el mundo desconocido que yacía al norte y occidente de la Habana; en *Europa*, la de los antagonismos nacionales y luchas de religión que llevaron primero a Inglaterra y luego a Francia a sus expediciones a N. América, desde las de Cabot en 1497-1498 hasta la decisiva de Ribault en 1562, como instrumento de los planes hugonotes y antiespañoles de Coligny.

Si la primera trayectoria fue sugiriendo más bien a los gobernantes españoles el abandono de la colonización en tan pobres e ingratas regiones, y explica por lo mismo, al menos en parte, por qué hubieron finalmente de abandonarlas poco después los jesuitas, la segunda impuso la necesidad imperativa de ocuparlas, para oponerse con armas y misiones estables al avance estratégico y amenazador del calvinismo francés. De esa dura necesidad brotan los planes y la actividad del adelantado Menéndez de Avilés, y con el adelantado, las condiciones verdaderamente complicadas y anormales en que hubo de nacer, desarrollarse y morir la breve misión jesuítica de la Florida.

Como efecto de esta ampliación de perspectiva en el objeto de nuestro estudio, dedicamos los seis primeros capítulos a las exploraciones españolas en N. América hasta los tiempos de Avilés, logrando así conocer el escenario floridano y la naturaleza de sus tierras y habitantes. En los capítulos siguientes, séptimo, octavo y nono, concentramos la atención en la lucha política europea que lleva a la empresa de Ribault y a los planes y acción de Menéndez de Avilés hasta la llegada de los primeros jesuitas, preparando de ese modo el camino a la inteligencia de la misión propiamente dicha. Finalmente en los seis últimos capítulos del libro exponemos la historia de la misión, sus vicisitudes y las causas de su abandono.

Por lo que hace a los *subsídios bibliográficos y principales fuentes*, hemos querido basar principalmente nuestro estudio en documentos de archivos, publicados o inéditos, en el examen directo de la correspondencia de los protagonistas, en crónicas, biografías y relaciones contemporáneas.

Para la orientación geográfica de la América del norte, fundamento esencial de la historia floridana en la época que estudiamos, nos han guiado las acreditadas, aunque generales obras de RUGE, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen...*, y KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerika's...*, Texto y correspondiente Atlas, y la especializada para las provincias septentrionales de la América del norte de Lowery, *The Spanish Settlements...*

Para ver la labor de colonización y misional en los primeros descubrimientos españoles de las provincias septentrionales americanas, precisaba estudiar las capitulaciones dadas por la corte a los respectivos descubridores, y las relaciones originales de las expediciones. Tan preciosos documentos los hemos hallado fácilmente en las siguientes obras: *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización en las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, aunque algo defectuosa en la parte de la transcripción crítica, única en el género por la multitud de documentos que encierra; FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos...*; *Historiadores primitivos de Indias*, incluidos en la *Biblioteca de Autores Españoles*; *Documentos históricos de la Florida* (siglos XVI al XVIII); BUCKINGHAM SMITH, *Colección de varios documentos para la historia de la Florida...* Como material inédito hasta ahora,

hemos de señalar la capitulación e instrucción dada a los frailes que tomaron parte en la expedición de Narváez, de grande interés para la finalidad evangélica de la conquista que se quería efectuar en la Florida (A. I. *Contratación* 3308).

Complemento importante de estas colecciones principales es la *Colección de documentos inéditos... de Ultramar*, por sus frecuentes referencias a las expediciones de América en general y a las de la Florida en particular.

Para las expediciones que salen de Nueva España a la Florida recogen preciosos documentos ilustrativos las *Cartas de Indias*.

Auxiliar muy importante para penetrar la ideología y espíritu de las primeras expediciones y sorprender los ideales que guiaban a los conquistadores, son las historias contemporáneas de Herrera, Fernández de Oviedo, Garcilaso de la Vega, Díaz del Castillo etc.

Al querer presentar la historia de la evangelización floridana en todos sus aspectos, precisaba estudiar las diversas familias de indios pobladores del continente norteamericano, sus tribus, lengua, mentalidad y costumbres. Las relaciones de conquistadores y exploradores de aquellas regiones durante el siglo XVI, las crónicas e historias escritas en la misma época con informaciones de testigos inmediatos, contienen inapreciables datos sobre ese ambiente local. Naturalmente en esta parte hemos dado la preferencia a las cartas e informes de los misioneros jesuitas que trabajaron en la Florida durante el período que estudiamos, y suministran noticias nuevas e importantes sobre costumbres, ritos, creencias religiosas indias; aunque su autoridad no es de atendidibilidad inconcusa, pues habiendo vivido los informadores poco tiempo con los indígenas, no podían penetrar satisfactoriamente en la significación de las ceremonias e ideología de los naturales.

Se pueden explicar y enriquecer las anteriores informaciones con la acreditada obra *Handbook of American Indians*, editada por Hodge con la cooperación de los más renombrados etnólogos americanistas: compilación sistemática y ordenada de cuanto se conoce sobre las tribus norteamericanas. Nótese sin embargo que se trata de un *manual*.

Más ricos en el detalle y erudicción, sobre todo en el campo arqueológico y etnográfico, son los informes anuales en sendos y voluminosos tomos presentados por los miembros del *Bureau of American Ethnology* sobre alguna tribu o región especial de la América del norte.

La lucha de las naciones occidentales europeas contra el predominio español en las provincias septentrionales americanas amenazaba extender demasiado el campo de nuestras investigaciones, de no existir material reunido. Así las principales re-

percusiones de los viajes de Cabot en la corte española, se hallan recopiladas en los apéndices de la obra de HARRISSE, *Jean et Sébastien Cabot*. Por lo que se refiere a las expediciones de los portugueses Corte-Real y a la de Verrazzano, aunque en esta última estaba interesada Francia como nación, ninguna de ellas preocupó a las cancillerías españolas, en cuyos protocolos no han dejado rastro alguno.

Francia comienza definitivamente su política antiespañola de conquista y colonización en Ultramar con las empresas de Cartier. Podemos seguir la trayectoria de los designios del rey cristianísimo en las capitulaciones dadas por Francisco I al conquistador del Canadá. El valioso documento lo recoge HARRISE en sus *Notes*. El repetirse de los viajes del marino bretón preocupa a la corte del emperador y al Consejo de Indias y produce aquel activo intercambio epistolar de los consejeros y delegados imperiales entre sí y con la corte lusitana para examinar los designios franceses. Esta agitación diplomática hállase suficientemente delineada en los documentos editados por BUCKINGHAM SMITH en su obra *Colección de varios documentos para la Florida...*

Después de los viajes de Cartier la cuestión del continente septentrional americano se convierte en europea y entra de lleno en la política del viejo mundo, de tal manera que en los tratados y convenios pacíficos de España con sus naciones rivales sobre cuestiones europeas, los artículos concernientes a la América del norte, meta principal de las aspiraciones francesas, forman parte del protocolo firmado. Todos estos tratados en los que se resuelven puntos referentes a la América septentrional, los ha dado a la luz pública ordenados cronológicamente DAVENPORT en sus *European Treaties...* Si se quiere seguir más de cerca la política de las naciones participantes en los mencionados tratados, las informaciones de los *European Treaties* hay que ampliarlas con las documentadas obras de Santarem, *Quadro Elementar das Relações Políticas e diplomaticas de Portugal*, y las nutridas publicaciones *Colección de Documentos inéditos para la historia de España* y *Calendar of State Papers, Spanish* I (1559-1567), II (1568-1579), donde se encuentra la correspondencia de Felipe II con sus embajadores de Londres.

La correspondencia inédita del monarca católico con sus delegados de Francia, en la que se agitan como cuestión vital las vicisitudes de la Florida en el periodo que estudiamos, se halla en los Archivos Nacionales de París, aunque su natural y primitiva sede fue el de Simancas. Es esta documentación fuente imprescindible para estudiar la política de Felipe II y sus designios sobre Francia, y la reacción de la corte española ante los proyectos franceses en las provincias septentrionales de América.

Durante las luchas religiosas que ensangrentaban el suelo de Francia, Isabel de Inglaterra se asocia, al principio algo veladamente, a la actividad francesa antiespañola. Estos manejos tienen su natural reacción en Felipe II y le sugieren métodos e iniciativas políticas interesantes que se nos patentizan en sus cartas con los embajadores españoles de Londres, impresas en la *Colectión de Documentos inéditos para la historia de España*, obra poco antes mencionada.

Después de la derrota de las colonias francesas enviadas por Coligny, Francia sintiéndose ofendida y herida en lo más vivo, reclama sus derechos, según ella injustamente violados, mientras España proclama su absoluto dominio en las provincias septentrionales de América. La obligada labor de seguir todo este litigio en la correspondencia de Catalina de Médicis (DE LA FERRIÈRE, *Lettres de Catherine de Médicis...*), y de Carlos IX con su embajador en España (DOUAI, *Lettres de Charles IX a M. de Fourquevaulx...*), o en las cartas e informes enviados por el embajador francés de Madrid a sus soberanos (C. DUAIS, *Dépêches de M. de Fourquevaulx...*), nos la ha simplificado casi completamente GAFFAREL en los apéndices de su *Histoire de la Floride Française*, donde recoge las cartas más interesantes sobre el pleito de las regiones de N. América.

La figura de Coligny, consejero de Catalina de Médicis y principal inspirador en Francia de la política antiespañola en Europa y Ultramar, la hemos esbozado sobre todo con la obra de DELABORDE, *Gaspard de Coligny*, de tan abundante documentación en los apéndices, notas y en el mismo texto.

Frente al adalid de los reformados franceses se levanta el asturiano Menéndez de Avilés, encargado de deshacer los planes del almirante Coligny, de la defensa de las regiones amenazadas por los franceses en Ultramar, y de organizar y llevar a efecto la conquista y colonización floridana. De consiguiente había de ocupar este un puesto preferente en nuestro trabajo. Para entender sus iniciativas, sus ideales y los móviles de su conducta en las provincias de la Florida, hemos creído necesario estudiar detenidamente su vida reconstruyéndola, y penetrar en su mentalidad política y religiosa, labor no hecha hasta ahora, puesto que es él el iniciador e impulsor de los planes conquistadores, colonizadores y misionales de N. América. A este fin nos vimos obligados a recorrer minuciosamente su correspondencia con el rey, con los consejeros reales y aun con personas particulares; sus memoriales, las capitulaciones y los demás documentos regios dirigidos al genial marino. La mayoría de estos documentos están publicados en la obra de RUIBÍAZ, *La Florida. Su conquista y colonización*. Hemos podido enriquecerlos con otros originales e

inéditos del mismo adelantado o enviados a él, de no escaso valor para ilustrar su vida. De los principales damos aquí la lista.

- A. I. *Sto. Domingo*, leg. 71, lib. I, f. 292: *Memorial de Menéndez Avilés sobre la armada de Nueva España* (22 de septiembre de 1553).
- A. I. I. c. *Menéndez de Avilés. Sobre armada para la Florida [hacia 1558]*.
- A. S. *Estado Castilla*, 144. *De su Md. para el Consejo de Indias. De Barcelona a XIII de hebrero de 1564* (Sobre la causa de Pedro Menéndez).
- Arch. Revilla Gigedo (Oviedo), leg. 2, n. 3. *Felipe II al Presidente y oidores de la Nueva España...* Madrid 22 de marzo de 1565.
- A. S. *Estado* 145. Carta de Menéndez al rey. Cádiz 28 de junio 1565 (Sobre su inmediata expedición a la Florida).
- A. S. *Contratación* 5101. Dos cartas de Menéndez a los de Contratación. La Habana 17 y postrero de febrero 1567.

Igualmente documentos de capital importancia para nuestro protagonista son las biografías de Solís de Merás, Barrientos y Cárdenas, contemporáneos los dos primeros del biografiado. Merás es testigo presencial de los más destacados episodios que tienen lugar en las provincias septentrionales en 1565 y parte del siguiente, hasta su vuelta a España en julio. Su relación alcanza hasta la venida del adelantado a su patria en 1567. Hacen así mismo apreciable la obra de Barrientos, que escribe en 1568, los sólidos sillares sobre que se erige: la relación presentada por Menéndez al rey en 1567, parte de la correspondencia del adelantado y las conversaciones que el cronista tuvo con el adelantado. Las grandes semejanzas de las dos biografías contemporáneas demuestran la analogía y aun identidad de las informaciones en que se basan. Cárdenas toma como fundamento de su historia floridana en la época de Menéndez y de su biografía sobre el asturiano, la relación de Solís de Merás.

La lucha de las colonias francesa y española en la Florida la hemos querido seguir en las fuentes contemporáneas más inmediatas de ambas naciones, prescindiendo de la apasionada literatura escrita sobre ella de interés exclusivamente polémico.

Parte principal de nuestra investigación es la misión jesuítica de la Florida, encuadrada en los planes de Menéndez y en la política general de España sobre las posesiones de Ultramar. Los documentos referentes directamente a esta misión se han de publicar en la sección misional de la colección *Monumenta Historica Societatis Iesu*. Sin embargo de ellos daremos aquí una pequeña reseña, incluyendo algunos otros que se refieren también

queña reseña, incluyendo algunos otros que se refieren también muy de cerca al punto central de nuestra investigación.

Gran parte del campo misional donde trabajaron los jesuitas durante su permanencia en la Florida está descrito en las historias de los cronistas franceses del siglo XVI, LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...*, y LE MOYNE, *Breviſ narratio eorum quae in Florida...*; en la relación de SOLÍS DE MERÁS, *Memorial que hizo... de todas las jornadas y sucesos del Adelantado...*, y en los informes y cartas de Menéndez.

Por lo que se refiere a las negociaciones del adelantado y de los superiores jesuitas españoles con la curia jesuítica romana, para el establecimiento de la misión floridana y envío de misioneros, excepción hecha de algunas cartas publicadas en *Monumenta Historica Societatis Iesu*, todo el material es inédito, existente en el archivo romano de la Compañía de Jesús o en el español de la provincia jesuítica toledana.

Los documentos examinados para el conocimiento del personal misionero son también en su mayoría inéditos. A ellos pertenecen en primer lugar lo que abreviadamente podemos llamar *formularios* o *cuestionarios*. En las visitas que en los años de 1561-1562, 1566-1568 (MHSI *Nadal* I, p. IXs.; XLVIII, cod. 16; pp. 789-795) hizo el padre Jerónimo Nadal a las provincias jesuíticas de España, Portugal y algunas otras de Europa, daba a cada uno de los jesuitas, formularios en los que estos debían especificar por escrito su patria, edad, familia, fecha de la entrada en la Compañía, estudios, aficiones o inclinaciones, ánimos en la virtud y otras noticias interesantes de su vida. De tal manera el padre visitador podía darse perfecta cuenta del estado aun interno de la Compañía. Felizmente se nos han conservado estos cuestionarios y son evidentemente de inapreciable valor.

Así mismo nos proporcionan datos seguros sobre el personal misionero los catálogos primitivos de la orden, igualmente inéditos.

El conocimiento más inmediato del carácter de los operarios apostólicos destinados a la Florida, lo hemos adquirido con la lectura de las cartas que estos escriben a Roma, antes de su ida a las provincias de N. América, para pedir aquella misión o exponer sus entusiasmos misionales u otras nobles aspiraciones. El archivo romano de la Compañía de Jesús nos ha conservado tan valiosos documentamentos, de los que sólo algunos están editados en las secciones de *Litterae Quadrimestres* y *Lainii Monumenta* de la mencionada publicación de *Monumenta Historica Societatis Iesu*.

Así mismo toda la historia de la misión floridana la hemos desarrollado a base de documentos y cartas de misioneros, en su mayoría originales e inéditos; pues si se exceptúan las que el

padre Rogel escribe: 1) probablemente a Hinistrosa en 1569, cuyo original está en el archivo de Indias (*Patron. real, leg. 179, n. 5, r. 2*), y se halla editada en la *Colección de Documentos inéditos... de América y Oceanía...* XIII, pp. 301-307; 2) a Menéndez de Avilés desde la Habana el 9 de diciembre de 1570, publicada por ALCÁZAR, S. I. (*Crono-Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Toledo*, II, pp. 219-223), y RUIDÍAZ (*La Florida...* II, pp. 301-308); 3) a San Francisco de Borja desde la bahía de la Madre Dios (1572), recogida por el padre ASTRÁIN, S. I. en su obra *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, II, pp. 640-644; y todas las del Fondo jesuítico romano, cuya traducción inglesa publicó el padre RUBÉN VARGAS UGARTE, S. I. en *Historical Records and Studies* [United States Catholic Historical Society] XXV, 1935, pp. 59-148; toda la restante documentación yace inédita o en el archivo romano de la Compañía de Jesús o en el jesuítico de la provincia de Toledo.

Para el estudio de la organización y desarrollo de nuestra misión, complemento esencialísimo de las cartas y documentos de los misioneros, son las cédulas enviadas por el monarca católico para pedir misioneros o conceder subvenciones o privilegios a los mismos, documentos que en su mayoría se encuentran en el archivo de Indias; la correspondencia epistolar de Menéndez con los jesuitas referente a la Florida, que se halla casi toda inédita en los archivos jesuíticos de España o Roma; las muchas cartas escritas desde la curia romana a jesuitas españoles o a otras personas oficiales, para preparar la misión u organizarla. El registro original completo de tales cartas se conserva en el archivo romano de los jesuitas.

De esta manera se puede apreciar en su conjunto la misión floridana, con visión más amplia que las presentadas hasta ahora. Los principales historiadores que de ella han tratado: SHEA, *Ancient Florida*; el padre ASTRÁIN, S. I. en el cap. VI, tomo II, lib. II, de su *Historia* sobre la Asistencia de España, y LOWERY, en su acreditada publicación *The Spanish Settlements...* (1911), o han usado el material publicado hasta entonces o se han asomado un poco al inédito. El padre KENNY, S. I. en su *Romance of the Floridas*, que dispuso de documentación más abundante y en parte inédita, apenas ha estudiado las negociaciones que precedieron a la misión, ni examinado las principales dificultades con que esta tropezó y se ha fijado muy poco en el ambiente indígena.

En un método rigurosamente histórico, convendría añadir un copioso apéndice con la edición de los muchos documentos inéditos de la misión floridana sobre los que se basa nuestra narración. Pero como esa edición crítica y completa hemos de hacerla pronto en la colección *Monumenta Historica Societatis Iesu*,

sección misional americana, no creemos oportuno reproducirlos ahora.

Finalmente, en deber de justicia, agradecemos a los que han guiado nuestros primeros pasos en este derrotero por el que fácilmente nos hubiéramos extraviado sin su oportuno consejo. En primer lugar al padre Pedro Leturia, decano de la Facultad de Historia Ecclesiástica en la Universidad Gregoriana que, tras de asistirnos constantemente en nuestro trabajo, nos impulsó con sus indicaciones orientadoras a reanudar (como lo hicimos gustosos) trechos de nuestro camino, para recorrerlos con nuevas luces; al padre Roberto Leiber, profesor en la misma Facultad Histórica, por sus atinadas observaciones; a los redactores veteranos y competentes de *Monumenta Historica Societatis Iesu*, padre Dionisio Fernández Zapico, quien con su profundo conocimiento paleográfico nos asistió en nuestras dudas o con su erudición sobre la historia de la Compañía de Jesús, nos suministró datos y referencias; y padre Arturo Codina, por sus oportunas indicaciones; al padre Félix Ayuso que tan afanosamente trabajó en reunir gran parte del material perteneciente a la misión floridana, del que tan profusamente nos hemos aprovechado; al hermano Mario Arana que con tanta solicitud y escrupulosidad nos ha hecho la transcripción de los documentos, base principal de nuestro trabajo. Igualmente vaya nuestro más sincero reconocimiento a las selectas corporaciones directivas de los archivos de París, Sevilla y Simancas que tan sin reservas nos abrieron los fondos de sus alacenas; a los abnegados archiveros de nuestra orden, y a los ilustres directores de la Biblioteca Nacional y de la del Centro de Americanistas de París, de la Nacional de Madrid y de la del Instituto de Americanistas de Sevilla, donde hemos encontrado benévola acogida para todas nuestras rebuscas y a la honorable familia de los condes de Revilla Gigedo que generosamente pusieron a nuestra disposición los tesoros de su archivo.

Abreviaturas de Revistas Archivos y Colecciones:

- AHSL: Archivum Historicum Societatis Iesu. Periodicum semestre (Romae).
 A.I.: Archivo general de Indias (Sevilla).
 A.S.: Archivo de Simancas.
 A.N.: Archivos nacionales de Paris.
 MHSL: Monumenta Historica Societatis Iesu.

OBRAS IMPRESAS Y MANUSCRITAS

- ALCÁZAR BARTOLOMÉ, S. I. *Chrono-historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Toledo*. 2 vol. Madrid, 1710.
- ALEGAMBE PHILIPPUS, S. I. *Mortes illustres, et gesta eorum de Societate Iesu, qui in odium fidei, pietatis, aut cuiuscumque virtutis, occasione Missionum, Sacramentorum administratorum. fidei, aut virtutis propugnatae: ab Ethnicis, Haereticis vel aliis, veneno, igne, ferro, aut morte alia necati, aerumnisque confecti sunt*. [Extremos aliquot annos, mortesque illustres usque ad annum 1660 adiecit Ioannes Nadasi, S. I.]. Romae, 1657.
- ALEGRE FRANCISCO JAVIER, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España, que estaba escribiendo el P. Fr. J. Alegre al tiempo de su expulsión. Publicala... Carlos María de Bustamante*. 3 vol. México, 1841-1842.
- ÁLVAREZ GABRIEL, S. I. *Historia de la provincia de Aragón de la Compañía de Jesús*. Ms. 2 t.
- ASTRÁIN ANTONIO, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. 7 vol. Madrid, 1902-1925.
- BANCROFT GEORGE. *History of the United States of America, from the discovery of the Continent. (The author's last revision)*. 6 vol. New York, 1892.
- BARRIENTOS BARTOLOMÉ. *Vida y hechos de Pero Menéndez de Avilés, Cauallero de la Hordem de Sanctiago, Adelantado de la Florida: Do largamente se tratan las conquistas y Poblaciones de la Prouincia de la Florida, cómo fueron libradas de los Luteranos que dellas se auian apoderado. Compuesta por el maestro Barrientos, Catedrático de Satalamanca*. [GARCÍA GENARO, *Dos antiguas relaciones de la Florida. Publicadas por primera vez*. México, 1902, pp. 1-152].
- BRINTON DANIEL G. *The American Race: A Linguistic Classification and Ethnographic description of the Natives Tribus of North and South América*. New York, 1891.
- *The Myths of the New World, a treatise of the symbolism and Mythology of the red race of America*. New York, 1896.
- BULLÓN Y FERNÁNDEZ ELOY. *Un colaborador de los Reyes Católicos. El doctor Palacios Rubios y sus obras*. Madrid, 1927.

- CÁRDENAS Y CANO GABRIEL DE. *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida. Contiene los descubrimientos, y principales sucesos, acaecidos en este gran Reino, a los Españoles, Franceses, Suecos, Dinamarqueses, Ingleses, y otras Naciones, entre sí, y con los Indios: cuias costumbres, Genios, Idolatria, Gobierno, Batallas, y Astucias se refieren: y los Viages de algunos Capitanes y Pilotos por el Mar del Norte, a buscar Paso a Oriente, o unión de aquella Tierra con Asia. Desde el año de 1512 que descubrió la Florida Juan Ponce de León hasta el de 1722*, Madrid, 1723.
- Cartas de Indias*. Madrid, 1877.
- CASTRO CRISTÓBAL, S. I. *Historia del Colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares*. Ms. [Llega hasta 1600].
- Colección de Documentos inéditos para la historia de España*. 112 t. Madrid, 1842-1895. [En nuestro trabajo usamos la cita abreviada: C. D. I. España].
- Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacadas de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*. 42 vol. Madrid 1864-1884. (Cita abreviada: C. D. I. Am.).
- Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar. Segunda serie, publicada por la Real Academia de la Historia*. 25 vol. Madrid, 1885-1932. (Cita abreviada: C. D. I. Ultramar).
- CHALLEUX. *Histoire memorable du dernier voyage en Floride* [GAFFAREL PAUL. *Histoire de la Floride française* pp. 457-476].
- CHARLEVOIX FRANCOIS XAVIER DE, S. I. *Histoire de l'isle Espagnole ou de S. Domingue*. 2 vol. Paris, 1730.
- DAVENPORT FRANCES G. *European Treaties bearing on the History of the United States and its Dependencies to 1648*. Washington, 1917.
- DAWSON SAMUEL E. *The Saint Lawrence Basin, and its Border-Lands being the story of their discovery, exploration and occupation*. London, 1905.
- DE CROZE JOSEPH. *Les Guises Les Valois et Philippe II*. 2 t. Paris, 1866.
- DELABORDE JULES. *Gaspard de Coligny, amiral de France*. 3 vol. Paris, 1879-1881.
- [D'ELVAS]. *Relaçam verdadeira dos trabalhos que ho governador dom Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaram no descobrimento da provincia de Frolida. Agora novamente feita por hum fidalgo Delvas*. [Colleção de opusculos reimpressos relativos a Historia das navegações viagens e conquistas dos portugueses pela Academia real das sciencias de Lisboa - I - Relação do Descobrimento de Florida]. Lisboa, 1844.
- Diálogo de la guerras de Orin, compuesto por el capitán Baltasar de Morales, natural de Rambla, que se halló en todas las que aqui se tratan del tiempo que los Condes de Alcaudete tuvieron aquella tenencia*. Dirigida a Martín Alonso de Montemayor. Córdoba, 1593.

- DÍAZ DEL CASTILLO BERNAL. *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*. [Biblioteca de Autores Españoles... Historiadores primitivos de Indias II]. Madrid, 1853.
- *Histoire véridique de la conquête de la Nouvelle-Espagne*. (Traduction par D. Jourdanef. 2e édition corrigée). Paris, 1877.
- Documentos históricos de la Florida y la Luisiana. Siglos XVI al XVIII*. [Biblioteca de los Americanistas]. Madrid, 1913.
- DOUAIIS CELESTIN. *Fourquevauux, Raimond de Beccarie de Pavie, baron de, 1509-1574. Dépêches de M. de Fourquevauux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne, 1565-1572*. 3 vol. Paris, 1896-1904.
- *sac., 1847-1915 ed. Lettres de Charles IX, à M. de Fourquevauux ambassadeur en Espagne, 1565-1572; publiées pour la première fois*. Paris, 1897.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS GONZALO. *Historia general y natural de las Indias, Islas Y Tierra firme del Mar Océano*. [Publicada la Real Academia de la Historia. Cotejada con el código original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor, e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por D. José Amador de los Ríos]. 4 t. Madrid, 1851-1855.
- FERNÁNDEZ DURO CESÁREO. *Disquisiciones náuticas*. 6 vol. Madrid, 1876-1881.
- *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. 9 vol. Madrid, 1895-1903.
- FRENCH BENJAMIN FRANCIS. *Historical Collections of Louisiana and Florida including translation of original manuscripts relating to their discovery and settlements, wich numerous historical and biographical notes. New series*. New York, 1869.
- GAFFAREL PAUL. *Histoire de la Floride française*. Paris, 1875.
- GARCÍA GENARO. *Dos antiguas relaciones de la Florida. Publicadas por primera vez...* México, 1902.
- GILMARY SHEA JOHN. *Ancient Florida* [Narrative and critical history of America, edited by Justin Winsor... II, pp. 231-298].
- *The Catholic Church in colonial Days (1521-1763)*. New York, 1886.
- GOSSART ERNEST. *La domination espagnole dans les Pays-Bas à la fin du règne de Philippe II*. Bruxelles, 1906.
- GRANERO JESÚS MARÍA, S. I. *La acción misionera y los métodos misionales de San Ignacio de Loyola. Sección de « El Siglo de las Misiones »*. Burgos [Asociación para el fomento de los Estudios Misiológicos en España: AFEME. Bibliotheca Hispana Missionum VI]. Burgos, 1931.
- HARRISSE HENRY. *Jean et Sébastian Cabot, leur origine et leurs voyages, étude d'histoire critique, suivie d'une cartographie, d'une bibliographie et d'une chronologie des Voyages au Nord-Ouest, de 1497 a 1550 d'après de document inédits*. Paris, 1882.
- *Les Corte-Real et leurs voyages au Nouveau-Monde... Suivi du texte inédit d'un recit de la troisième expédition de Gaspar Corte Real...* Paris, 1872.

- *Notes pour servir à l'histoire, à la bibliographie et à la cartographie de la Nouvelle-France et des pays adjacents. 1545-1700. Par l'auteur de la Bibliotheca Americana vetustissima.* Paris, 1872.
- HERRERA ANTONIO DE. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i Tierra firme del mar Océano.* Madrid, 1601.
- Historia del Colegio de la Compañía de Jesús de la villa de Marchena.* Ms. [Copia moderna].
- Historia del Colegio de la Compañía de Jesús de Granada.* Ms. [Copia moderna].
- HITOS FRANCISCO A. S. I. *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568).* Madrid, 1935.
- HODGE FREDERICK W. *Handbook of American Indians North of Mexico.* [Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin 30] Edited by. In two Parts. Washington, 1907-1910.
- HOEFER DR. *Nouvelle biographie générale, depuis les temps les plus reculés jusqu'à nos jours.* 46 t. Paris, 1857-1870.
- HUME MARTIN. *Calendar of letters and State Papers relating to english affairs preserved principally in the Archives of Simancas (1558-1586).* 3 vol. London, 1892-1896.
- IRVING THEODORE. *The conquest of Florida by Hernando de Soto.* New York, 1851.
- JAL AUGUSTE. *Glossaire nautique. Répertoire polyglotte de Termes de marine anciens et modernes.* Paris, 1848.
- KENNY MICHAEL, S. I. *Pedro Martinez, S. I. martyr of Florida, 1566. Jesuit protomartyr of the New World.*
- *The Romance of the Floridas. The Finding and the Founding.* New York, 1934.
- KRETSCHMER KONRAD. *Die Entdeckung Amerika's, in ihrer Bedeutung für die Geschichte des Weltbildes.* [Festschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin zur vierhundertjährigen Feier der Entdeckung Amerika's]. Berlin, 1892.
- *Die Entdeckung Amerika's, in ihrer Bedeutung für die Geschichte des Weltbildes. Atlas.* Berlin, 1892.
- LA FERRIÈRE HECTOR DE. *L'Entrevue de Bayonne.* [Revue des Questions historiques, 35, 1883, pp. 457-522].
- LAFUENTE MODESTO. *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII. Continuada desde dicha época hasta nuestros días por Don Juan Valera, con la colaboración de Don Andrés Borego y Don Antonio Pirala.* 25 t. Barcelona, 1889-1900.
- LANNING JOHN T. *The Spanish Missions of Georgia.* Chapell Hill, 1935.
- LA RONCIÈRE CHARLES DE. *La Floride française. Scènes de la vie indienne peintes en 1564.* Paris, 1928.
- *Notre Première tentative de colonisation au Canada.* Paris, 1912.
- LAS CASAS BARTOLOMÉ DE. *Historia de las Indias. Prólogo de Don Gonzalo de Repáraz.* 3 t. Madrid, s. f.

- LAUDONNIÈRE RENÉ GOULAINÉ de. *L'histoire notable de la Floride située es Indes occidentales, contenant les trois voyages faits en icelle par certains capitaines et pilotes françois, décrits par le capitaine Laudonnière, qui y a commandé l'espace d'un an trois mois: à laquelle a esté adjousté un quatriesme voyage fait par le capitaine Gourges. Mise en lumière par M. Basanier.* Paris, 1853.
- LA VEGA GARCILASO DE. *La Florida del Inca. Historia del adelantado Hernando de Soto... y de otros heróicos caballeros españoles e indios.* Lisboa, 1605.
- LAVISSE ERNEST. *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution, publiée avec la collaboration de MM. Bayet, Bloch, Carré, Corville, Kleinclausz, Langlois, Lemonnier, Luchaise, Mariéjol, Petit-Dutaillis, Pfister, Rebeliau, Sagnar, Vidal de La Blanche.* 9 t. Paris, 1903-1911.
- LEITE SERAFIM, S. I. *Historia da Companhia de Jesus no Brasil.* 2 t. Lisboa; Rio de Janeiro 1938...
- LE MOYNE DE MORGUES JACQUES. *Brevis narratio eorum quae in Florida, Americae provincia, Gallis acciderunt, secunda in illa navigatione, duce Renato de Laudonnière, classis Praefecto, anno 1564. Quae est secunda pars Americae... auctore Jacobo Le Moyne, cui cognomen de Morgues... nunc primum Gallico sermone a Theodoro de Bry... in lucem edita, latio vero donata a C. C. A. [Carolo Clusio Atrebatensi].* Francoforti, 1591.
- LETURIA PEDRO, S. I. *Felipe II y el Pontificado en un momento culminante de la Historia Hispanoamericana.* [Estudios Eclesiásticos. Número Extraordinario, Mayo-Octubre 1928, pp. 41-77].
- *Misiones Hispano-Americanas según la junta de 1568.* (Madrid) [Colaboración científica de la AFEME en Illuminare, Noviembre-Diciembre 1930, pp. 2-20].
- LÓPEZ ATANASIO, O. F. M. *Cf. Oré Jerónimo de, O. F. M.*
- LÓPEZ DE VELASCO JUAN. *Geografía y Descripción universal de las Indias, recopilada por el cosmógrafo-cronista..., desde el año de 1571 al de 1574, publicada por primera vez en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, con adiciones e ilustraciones, por Don Justo Zaragoza.* Madrid, 1894.
- LORENZANA FRANCISCO ANTONIO. *Concilios provinciales primero y segundo celebrados en la... ciudad de México, presidiendo el Illmo. y Rmo. Señor D. Fr. Alonso de Montúfar en los años de 1555 y 1565, dados a la luz por el Illmo. Sr. D... México, 1769.*
- LOWERY WOODVERY. *The Spanish Settlements within the present limits of the United States Florida 1513-1561.* New York, 1911.
- *The Spanish Settlements within the present limits of the United States Florida 1562-1574.* New York, 1911.
- MAC NUTT FRANCIS A. *Bartholomew de Las Casas. His Life, Apostolate and His Writings.* New York, 1901.
- MARCKS ERICH. *Die Zussammenkunft von Bayonne, das französische Statsleben und Spanien in den Jahren 1563-1567.* Strassburg, 1889.

- *Gaspard von Coligny, sein Leben und das Frankreich seiner Zeit.* Stuttgart, 1892.
- MEDINA JOSÉ TORIBIO. *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)*. 7 t. Santiago de Chile, 1898-1907.
- Monumenta Historica Societatis Iesu a Patribus eiusdem Societatis edita.* 65 t. Madrid, 1894-1938.
- MOONEY JAMES, *The Siouan tribes of the East* [Smithsonian Institution Bureau of Ethnology: J. W. Powell, Director]. Washington 1894.
- MUÑOZ ANDRÉS. *Viaje de Felipe segundo a Inglaterra por...* (impreso en Zaragoza en 1554) y *Relaciones varias relativas al mismo suceso. Dadas a luz la Sociedad de Bibliófilos Españoles*. XV. Madrid, 1877.
- NAVARRETE ADOLFO. *Historia marítima militar de España. Armada española y Marinas que le antecedieron en la Península Ibérica. Con un prólogo de Don Cesáreo Fernández Duro*. I. Madrid, 1901. [No se publicó el segundo tomo].
- NAVARRETE MARTÍN FERNÁNDEZ DE. *Colección de viages y descubrimientos que hicieron los españoles desde fines del siglo XV. Con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*. 5 vol. Madrid 1825-1837.
- NIEREMBERG JUAN E., S. I. *Vidas exemplares y venerables memorias de algunos claros varones de la Compañía de Jesús... IV*. Madrid, 1647. [Toda la obra se conoce con el título general: « Varones ilustres », 9 vol. Madrid 1644-1736: Juan E. Nieremberg, Alonso de Andrade, José Cassani].
- NORDENSKIÖLD ADOLF E. *Facsimile-Atlas to the early history of cartography, with reproductions of the most important maps printed in the XV and XVI centuries. Translated from the Swedish original by Johan Adolf Eielöf... and Clements R. Markham*. Stockholm, 1889.
- O' DANIEL V., O. P. *Dominicans in Early Florida*. [United States Cath. Histor. Soc. Monogr. Series XII]. New York, 1930.
- ORÉ JERÓNIMO DE, O. F. M. *Relación histórica de la Florida escrita en el siglo XVII. Edición, prólogo y notas del P. Atanasio López O. F. M.* Madrid, 1931, 1933, 2 fasc. [Extract. de Erudición Ibero-ultramarina, 1930-1934].
- OWEN DORSEY J. *A Study of Siouan Cults* [Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution 1889-1890 by J. W. Powel Director, pp. 361 ss.).
- Paises Baxos o Belgia dividida en dos partes: La primera contiene las Provincias que obedecen a la Magestad Cathólica de los Reyes de Hespaña. En la segunda se describen las Regiones confederadas*. Amsterdam, Juan Blaeu, 1663.
- [PAREJA FRANCISCO]. *Arte de la Lengua Timuquana compuesto en 1614 por el pe. Francisco Pareja y publicado conforme al ejemplar original único por Lucien Adam y Julien Vinson*. Paris, 1886.
- PASTOR LUDWIG, *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*. 16 t. Freiburg im Breisgau 1891-1933.

- PAULIN CHARLES O. *Atlas of the Historical Geography of the United States*. Edited by John K. Wright. Published jointly by the Carnegie Institution of Washington and the American Geographical Society of New York, 1932.
- PEREA JUAN AUGUSTO. *Historia del adelantado Juan Ponce de León* (origenes puerto-riqueños), por los doctores J. A. Perea y Salvador Perea. Caracas, 1929.
- PÉREZ DE RIBAS ANDRÉS, S. I. *Historia de los triumphos de nuestra santa fee entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe, conseguidos por los Soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Provincia de Nueva España*. Madrid, 1645.
- PIRENNE HENRI. *Histoire de Belgique*. 7 vol. Bruxelles, 1921-1932.
- REIN ADOLF. *Der Kampf Westeuropas um Nordamerika im 15. und 16. Jahrhundert*. [Geschichte der Aussereuropäischen Staaten herausgegeben von Oncken. Drittes Werk]. Stuttgart-Gotha, 1925.
- RENIÉ FR. *La politique de Catherine de Médicis*. Paris.
- RIBADENEIRA PEDRO, S. I. *Historia de la Asistencia de España*. Ms. [Copia moderna].
- *Vita del P. Francesco Borgia terzo generale della Compagnia di Gesù*. Torino-Roma, 1869.
- RICARD ROBERT. *La « conquête spirituelle » du Mexique. Essai sur l'apostolat et les méthodes missionnaires des Ordres Mendicants en Nouvelle-Espagne de 1523-24 à 1572*. Paris, 1933.
- ROBERTSON JAMES A. *List of Documents in Spanish Archives relating to the History of the United States, which have been printed or which Transcripts are preserved in American Libraries*. Washington, 1910.
- ROMIER LUCIEN. *Les origines politiques des guerres de religion*. 2 vol. Paris, 1913-1914.
- RUGE SOPHUS. *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*. [Allgemeine Geschichte in Einzeldarstellungen, herausgegeben von Oncken, II, 9]. Berlin, 1881.
- RUIDÍAZ Y CARAVIA E. *La Florida. Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. 2 t, Madrid, 1893.
- SACCHINUS FRANCISCUS, S. I. *Historiae Societatis Iesu. Pars tertia, sive Borgia*. Romae, 1649.
- SANTAREM VISCONDE DE. *Quadro Elementar das Relações politicas e diplomaticas de Portugal com as diversas potencias do mundo, desde o principio da Monarchia Portugueza até aos nossos dias*. 19 vol. Paris, 1842-1860.
- SCHÄFER ERNEST. *Der Königl. Spanische Oberste Indienrat. Consejo Real y Supremo de las Indias. I Teil: Geschichte und Organisation des Indienrats und der Casa de la Contratacion im sechzehnten Jahrhundert*. [Ibero-Amerikanisches Institut Hamburg]. 1936.
- SMITH BUCKINGHAM, *Colección de varios documentos para la historia de la Florida y tierras adyacentes*. Madrid, 1857.

- SOLÍS DE MERÁS. *Memorial que hizo el Doctor... de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado y de la Conquista de la Florida y justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses, 1565.* [Ruidiaz y Caravia E. La Florida... I].
- SENTENACH NARCISO. *Monedas de oro castellanas: La dobla, el excelente o ducado, el escudo.* [Rev. de Archivos Bibliotecas y Museos, XIII, 1905, pp. 180-199].
- TANNER MATHIAS, S. I. *Societas Iesu usque ad sanguinis et vitae profusionem militans.* Praga, 1675.
- THOMPSON JAMES W. *Wars of religion in France, 1559-1576: the Huguenots, Catherine de Medicis, and Philip.* Chicago, 1914.
- VARGAS UGARTE RUBÉN, S. I. *The first Jesuit mission in Florida* [Historical Records and Studies. United States Catholic Historical Society, XXV, 1935, pp. 59-148].
- VIÑAZA CONDE DE LA. *Bibliografía Española de Lenguas Indígenas de América.* Madrid, 1892.
- WHITEHEAD ARTHUR W. *Gaspard de Coligny, admiral of France.* London, 1904.
- WINSOR JUSTIN (ED.). *Narrative and Critical history of America.* 8 vol. Boston and New York, 1884-1889.
- WRIGHT I. A. *The Early history of Cuba (1492-1586), writen from original Sources.* New York, 1916.
-

EL PRIMER DESCUBRIDOR DE LA FLORIDA, JUAN PONCE DE LEÓN

SUMARIO: — 1. La Florida actual y la del siglo XVI. — 2. Ponce y las primeras capitulaciones, 1512. — 3. Primer descubrimiento, 1513. — 4. Entre los indios timucuanos. — 5. Mala acogida de los tequestanos. — 6. En lucha con los calusanos; de vuelta a Puerto Rico. — 7. Segunda patente real a Ponce, 1514; el avance colonial y las juntas de Burgos (1512) y de Valladolid (1513). — 8. Las instrucciones y el requerimiento. — 9. Frustrado éxito de la empresa de 1521 y muerte de Ponce.

1. - Están perfectamente definidos los límites de la actual Florida, península situada en la parte sudeste de los Estados Unidos de N. América. Su magnitud en el siglo XVI era mucho mayor, pues se extendía, según los españoles, a todo lo descubierto en el norte y este de Nueva España (1), y llegaba en la costa oriental del Atlántico hasta la isla de Terranova o tierra de los Bacalaos, por la que, previo convenio entre Portugal y España, pasaba la línea de demarcación (2).

Los mapas anteriores a 1513 señalan generalmente en el norte de América tan sólo la tierra de Labrador, (una parte de la actual península) y la de los Bacalhaos (3);

(1) La Nueva España del s. XVI correspondía, más o menos, a la actual México, con exclusión de las provincias de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán. RICARD, *La « conquête spirituelle » du Mexique*. p. VII.

(2) KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerika's... Atlas*, Taf. XII, n. 2. PAULLIN CHARLES, *Atlas of the Historical Geography of the United States*. P. 11, A.

(3) KRETSCHMER, o. c. *Atlas*, Taf. VII, nn. 1, 2.

todo el resto del inmenso continente septentrional estaba por descubrir. Se ignoraba el nombre de la Florida, y los territorios a los que se dio tal nombre, eran igualmente desconocidos a los europeos. Dada su proximidad a las Antillas, no pocos audaces marinos se acercarian a la región que después se llamó Florida, atrayente por el aspecto de sus riberas. Los fantásticos relatos de algún aventurero, visitante de la desconocida tierra, que afortunadamente pudo escapar de las manos indígenas, envolverían las regiones que en aquel entonces se denominaban con el nombre de Bimini, en un ambiente seductor; y ya los habitantes de las islas de Bahama hablaban de una tierra maravillosa del noroeste (4). Juan Ponce de León, gobernador de Puerto Rico, recogió estos relatos y los remitió a la corte de los Reyes católicos, con miras a una empresa de exploración (5).

2. - El veintitrés de febrero expedía la corte una real cédula a Miguel de Pasamonte para que con Ponce entendiese en la población de la isla de Bimini (6). Con la misma fecha firmaban en favor del gobernador de Puerto Rico una capitulación, autorizándole para el descubrimiento de la mencionada isla (7): En los tres años a contar desde el día en que Ponce recibiera la capitulación, ningún otro podía ir a descubrirla; tendría aquel en ella, con el título de *adelantado*, la jurisdicción civil y criminal y obligación de poblarla; los doce primeros años pertenecería al descubridor el diezmo de

(4) HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos...* d. I, lib. IX, c. X, p. 302. RUGE, *Geschichte des Zeitalters...* p. 335.

(5) *C. D. I. Am.* XXXII, pp. 340-342: En esta real cédula enviada a Miguel de Pasamonte se dice expresamente: « Xoan Ponce mescribió que quería poblar la isla de Bymini » (l. c. p. 342).

(6) En la región que Ponce llamó Florida, se suponía la existencia de una o varias islas llamadas Bimini; el mismo descubridor, después de su primer viaje, obtiene el título de adelantado de la Florida e islas de Bimini, calificativo que se siguió dando, aun posteriormente, a aquella región: KRETSCHMER, *o. c. Atlas*, Taf. 12, n. 2; el mapa parece un poco anterior a los descubrimientos de Pineda (1519). PAULLIN CHARLES, *o. c.* P. 11, A. Sobre el gobernador de Puerto Rico cf. PEREA JUAN Y SALVADOR, *Historia del adelantado Juan Ponce...*

(7) *C. D. I. Am.* XXII, pp. 26-32. LOWERY, *The Spanish Settlement...* 1513-1561 Appendix F. pp. 437-441.

todas las rentas y provechos reales; el repartimiento de los indios lo habían de hacer la persona o personas de antemano nombradas por la corte, quienes, en la distribución beneficiosa, darían la ventaja a los primeros descubridores; del oro, metales y demás bienes, se pagaría a la corte, el primer año sólo el diezmo, el segundo el noveno, y así sucesivamente, hasta llegar a la quinta parte, renta esta última que debía quedar invariable en los años posteriores.

Era este el primer esbozo de legislación que en España se hacía para la América del norte. Inspirado, al parecer, por las halagüeñas noticias que el gobernador de Puerto Rico enviara de las nuevas tierras, casi exclusivamente regulaba la administración pecuniaria, atendiendo muy poco al bienestar de los indígenas que habían de estar *repartidos* bajo el dominio de los descubridores.

3. - En fuerza de las capitulaciones, el año de 1513 armó Ponce, a su costa, tres navíos en el puerto de San Germán de Puerto Rico (8); navegó hacia el noroeste, tocando en algunas islas de Bahama, hasta que el veintisiete de marzo vieron tierra, de la que tomaron posesión el ocho de abril, en las inmediaciones del río San Juan. Risueña y seductora a la vista, llana y pareja, rompían la monotonía de un suelo arenoso y empantanado, frescas y abundantes arboledas. Por ser el tiempo de Pascua y apropiarse el nombre a la exuberante vegetación, se la llamó Florida (9).

A la ceremonia de la toma de posesión estarían presentes no pocos indígenas que nada bueno podían augurar del aspecto de aquellos guerreros de tez tostada, triunfal mirada, armados algunos de ellos de cortantes aceros y pesados arcabuces.

Algún respeto infundirían también a los españoles los

(8) CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* p. 1s. pone la expedición de Ponce en 1512. Generalmente se adopta ya la fecha de 1513. cf. SHEA GILMARY, *Ancient Florida*, p. 233°. KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerika's...* p. 334'. RUGE, *Geschichte des Zeitalters...* p. 407s.

(9) Para la expedición, véanse las obras citadas en la nota anterior y HERRERA, *Historia general...* d. I, lib. X, p. 302.

fornidos y macizos músculos de los naturales, de color bronceo, corpulentos, bien proporcionados, sin alguna deformidad que afease su belleza. Con pieles de ciervo defendían su pudor natural, ostentaban en el cuerpo, muslos y brazos, caprichosos dibujos incrustados en la piel con picaduras; la negra cabellera o les llegaba flotante hasta las caderas o la mantenían hábilmente recogida (10). Un perspicaz observador hubiera entrevisto a través de la inquieta mirada de los naturales espíritu doblado y traidor, contrariado por la presencia de tan decididos visitantes, y preocupado de hallar un medio para desentenderse de ellos. Los enormes arcos de entrañas de ciervo y las gruesas saetas, apretadas en el carcaj que les colgaba a la espalda, denotaban ánimo belicoso. Tal era el exterior de los que entonces por primera vez se presentaban ante los españoles.

4. - Para seguir de cerca, en el ambiente en que se desarrollan, las interesantes alternativas de dos pueblos que tan difícilmente llegarán a comprenderse, fuerza es que al menos sumariamente conozcamos el carácter de las nuevas tribus norteamericanas que comienzan a formar parte de la conquista española.

Los indígenas desparramados por las orillas del río San Juan (Florida), los primeros que vislumbraron los albores de la cultura española, en el norte de América, pertenecían, atendida su lengua, a la raza *timucua* y ocupaban el territorio que se extendía, en la costa oriental del Atlántico, próximamente, desde el cabo Cañaveral hasta el río de Santa María; y en la occidental, desde la bahía de Tampa hasta la de Apalache, comprendido todo el macizo intermedio. Su exterior denotaba un linaje vigoroso, curtido por el sol, lluvia y aire. Agobiábanles muy poco las faenas del campo, pues, satisfechos con la pesca de

(10) De la religión y costumbres de los timucuanos dan abundantes noticias, sobre todo, LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...*; LE MOYNE, *Brevis narratio...*; las obras del insigne misionero de los *timucuanos*, Francisco Pareja, franciscano (cf. CONDE DE LA VIÑAZA, *Bibliografía española de Lenguas indígenas de América*); HODGE, *Handbook of American Indians*. « Timucuan Family ».

sus mares y ríos, y la caza de sus montañas y bosques, exigían tan sólo de su suelo generalmente pantanoso y de arena, un poco de maíz y algunas frutas silvestres. Sus reducidos pueblos, concordes con la frugalidad obligada de sus habitantes, formábanlos chozas circulares, construidas con estacas clavadas en el suelo; los vanos y techo se recubrían, las más de las veces, con hojas de palma. Estas chozas rodeaban a una mayor, de forma cuadrada, morada del cacique, en la que los principales indios trataban con su caudillo los negocios más importantes referentes al pueblo, quedando naturalmente a la voluntad del cacique la última determinación; pues el prepotente jefe, por su autoridad y atribuciones, en cierto modo ilimitadas, aparecía ante sus súbditos revestido como con carácter divino. En las que pudiéramos llamar provincias existía un caudillo principal que recibía vasallaje de los caciques de los diversos pueblos y tenía jurisdicción sobre ellos.

En el terreno religioso prevalecía el culto idolátrico al sol, al que sacrificaban preferentemente ciervos. Las ceremonias litúrgicas las regulaban y ejecutaban los sacerdotes que juntaban en sí las atribuciones de exorcistas, nigromantes, hechiceros, médicos, adivinos etc., y con sus magias, invocaciones, fuerza de sugestión y otros medios simbólicos y empíricos se constituían medianeros entre el mundo de los espíritus y el de los crédulos indígenas, ejerciendo sobre estos ascendiente reverente y fatal (11).

Las provincias y regiones limítrofes manteníanse generalmente en continuas guerras entre sí, y el vencido había de someterse a la ferocidad del vencedor. Igual o mayor crueldad habían de mostrar naturalmente con gentes extrañas que trataran de invadirles la tierra.

La breve permanencia de Ponce entre los *timucuanos* hizo desistir a estos de adoptar conducta hostil. Concluido el solemne acto de la toma de posesión, continuaron los españoles reconociendo la costa oriental, hacia el sur.

Pronto aparecieron a su vista las regiones que circun-

(11) BRINTON, *The Myths...* pp. 263ss.

dan el cabo Cañaveral, donde los naturales les mostrarían la malquerencia que posteriormente les quedará proverbial en la tradición española (12). Desembarcar allí hubiera sido temeridad y no creemos que los españoles se expusieran a tan manifiesto peligro.

5. - Pasado el cabo Cañaveral, se encontraban fuera de los pueblos timucuanos.

Las costas del sudeste de la península floridana, en las inmediaciones del lago Okeechobee, ocupábalas, por aquella época, la provincia de Tequesta (13), de afinidad lingüística desconocida, colocada en la parte oriental de la de Calus y más o menos sujeta a ella. Los pequeños y numerosos pueblos que la formaban, generalmente de treinta y cuarenta vecinos, buscaban con preferencia la vecindad del lago, mar o ríos, pródigos en proporcionarles variada pesca. La tierra, frágosa y empantanada, brindábales alguna caza de venados y aves; la necesidad del pan suplíanla con raíces.

Rudos en su aspecto exterior, habituaban sus desnudos cuerpos a todas las inclemencias del tiempo, mientras las indias los protegían, en fuerza a la honestidad más elemental, con tejidos de hojas de palma.

Casi nos son desconocidas sus costumbres y ritos religiosos, que serían semejantes a los de Calus, de quienes nos darán apreciables noticias los misioneros jesuitas.

En la orilla, tal vez, de uno de los ríos que desde el lago Okeechobee se deslizan hasta la costa del actual cabo de Florida, quisieron desembarcar los españoles, a lo que se opusieron los tequestanos con sus flechas y varas « armadas las puntas de agudos huesos y espinas de pescados ». No bien pertrechos de armas los expedicionarios y pocos en número, evitaron el combate, esperanzados con hallar mejor acogida en otras provincias.

6. - Por el interior de los parajes descubiertos era muy aventurado un viaje de exploración, ante la violenta agresivi-

(12) Por las inmediaciones del cabo estaban los de la tribu de Ays, de afinidad desconocida: HODGE, *Handbook...* « Ais ».

(13) O. c. « Tequesta »: de ellos hablaremos más largamente cuando tratemos de la misión jesuitica.

dad de los indígenas. Esto no obstante, algunos valerosos soldados, en una de las entradas efectuadas por las orillas circunvecinas, recogieron unos pocos indios, medio necesario para entenderse con los naturales (14). No sin dificultad, por desconocer en absoluto la lengua, dedujeron los de Ponce más por los gestos que por las palabras de los prisioneros, que a poca distancia de donde estaban, vivía el poderoso cacique Carlos, rico en oro, y allá se dirigieron, sin más tardanza, doblando el cabo de Florida y haciendo cruzar rápidas las proas de sus veleros por entre las islas de los Mártires.

El cacique que los españoles del siglo XVI llamaban Carlos, era señor de la provincia y tribu de Calus, que comenzaba en las inmediaciones de la bahía de Tampa, y se extendía por el cabo Sable y Florida, con el correspondiente territorio, hasta el lago Okeechobee, y hacía sentir su predominio en las tribus circunvecinas hasta las regiones del cabo Cañaveral (15). Gente feroz y aguerrida, habían subyugado con el poder de sus armas a los tequestanos, y manteníanse en continua enemistad con los de Tocobaga (16), tribu *timucuana*, habitante de la parte septentrional de la bahía de Tampa, émula perpetua de su grandeza. Trofeos de sus victorias de guerra eran los pericráneos o alguno de los descuartizados miembros de sus enemigos vencidos; y frecuentes ofrendas en sus sacrificios, víctimas humanas escogidas entre sus adversarios o entre los indios *arawacanos* de las Antillas que, en inseguras barcas, llegaban a aquellas playas, halagados por la atrayente virtud de míticas fuentes imaginadas en Bimini o Florida que hacían

(14) Que llevaban algunos indios, lo deducimos de la relación misma, pues querían los españoles internarse en la tierra floridana, por la costa occidental, « para ir en busca del cacique Carlos que decían los indios de los navios tenía oro » (HERRERA, *Historia general...* d. I, lib. IX, p. 305s): estos indígenas serían tequestanos, muy conocedores de sus vecinos los de Calus, con quienes se mantenían en estrecha comunicación.

(15) HODGE, *Handbook...* « Calusa ». De ellos nos darán pormenores interesantes las relaciones de SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* y las cartas de los misioneros jesuitas.

(16) HODGE, *Handbook...* « Tocobaga ».

rejuvenecer los cuerpos de los que en ellas se bañaban. Tantos habían sido los engañados por tales patrañas que, aun a pesar de las víctimas sacrificadas por el cruel caudillo calusano, hasta 1570 se conservaba allí una colonia arawacana. Una fundada tradición atribuíales además la práctica del canibalismo.

En los vestidos no se prodigaban más que sus vecinos los *tequestanos* o *timucuanos*. La abundante pesca de sus ríos y mares, a la que se dedicaban con singular pericia, haciales descuidar casi completamente el cultivo del campo.

Temidos por la fuerza de sus armas, orgullosos de su predominio, aunque levemente inquietados por la ambición de sus vecinos los de Tocobaga, estaban muy lejos de imaginar los calusanos que a sus costas intentarían llegar gentes extrañas para disputarles el dominio de sus propias tierras.

Las tres naves de Puerto Rico se deslizaban junto a la desembocadura del río Caloosahatchee, sin barruntar el decidido combate que los naturales les preparaban. Numerosas canoas cargadas de valientes flecheros indígenas se decidían a impedir el desembarco de los navegantes que no se creyeron preparados para una ocupación sangrienta de las codiciadas provincias. Un soldado que se puso al alcance de las vigorosas saetas cayó atravesado por dos de ellas, dirigidas por manos diestras, mientras los demás emprendían el viaje de vuelta para San Juan de Puerto Rico a donde llegaron en octubre del mismo año 1513 (17).

7. - No parece que el optimismo del gobernador de Puerto Rico diera mayor importancia a la siniestra amenaza de las flechas calusanas, ni a la poca simpatía que sus soldados hallaran entre los indígenas, pues el siguiente año de 1514, después de informar verbalmente de su viaje a los Reyes católicos, pedía « la conquista de las islas y tierra descubierta », obligándose a poblarla, con sólo trescientos

(17) LOWERY, *The Spanish Settlement... 1513-1561*, p. 143. HODGE, *Handbook... « Calusa »*.

hombres, en el término de tres años (18). Aunque el valor de los conquistadores no se arredraba ante las mayores dificultades, y muchas veces un puñado de soldados ejecutó proezas, poco podían hacer, sin embargo, trescientos soldados contra la continua obstinación de los indios y ante las inmensas latitudes septentrionales que se ocultaban detrás de las costas visitadas por Ponce, y de las que este, ni remotamente podía sospechar la extensión.

Una segunda patente real de veintiséis de septiembre de 1514 (19) confiaba a Ponce el descubrimiento y población de la Florida. La parte administrativa poco o nada variaba de la capitulación de 1512; la colonial señalaba avance notable y dejaba entrever las maduras deliberaciones que en la junta de Burgos (1512) habían tenido los eminentes teólogos y juristas Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Palencia, los dominicos Tomás Durán y Pedro de Covarrubias, el doctor Palacios Rubios y los licenciados Santiago y Gregorio. Las resoluciones tomadas habíanlas concretado en un mensaje al rey católico insistiendo en el respeto a la libertad de los indios, en la instrucción religiosa de los mismos, según expreso mandato de los pontífices en sus bulas de Ultramar, en el trabajo moderado al que se debía someterles, con la paga del correspondiente salario en vestidos y utensilios de casa, concediéndoseles, así mismo, la propiedad de casas y haciendas (20).

A algunos varones apostólicos, entre los que se hallaba el superior de los dominicos de la Española, padre fr. Pedro de Córdova, llegado por entonces a España, parecieron todavía duras las leyes promulgadas en Burgos el veintisiete de diciembre de 1512 y presentaron sus reparos a la corte. Atendió esta tan oportunas observaciones e hizo revisar las

(18) CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* a. 1513, p. 2. *Doc. Hist. de la Florida y Luisiana...* p. 31s.

(19) Esta capitulación en *C. D. I. Am.* XXII, pp. 33-37, aparece con la fecha de 1512, que evidentemente está equivocada. En confirmación, véanse *C. D. I. Ultramar* XX, p. 325; LOWERY, *o. c.* p. 146¹.; SHEA, *Ancient Florida*, p. 234; SHEA, *The catholic Church...* p. 102.

(20) BULLÓN, *Un colaborador de los Reyes Católicos*, p. 120ss.

leyes de Burgos por otra comisión de teólogos y juristas, de la que formaban parte, entre otros, los consejeros reales, licenciado Santiago y doctor Palacios Rubios, perpetuos favorecedores de los indios, como los llama las Casas (21). Cuatro leyes publicadas en Valladolid el veintiocho de julio de 1513, ratificaban, moderaban y ampliaban las primeras, y añadían la prohibición de ocupar en trabajos penosos a las mujeres y a los niños indígenas, menores de catorce años (22).

8. - Tuvieron estas leyes aplicación práctica en las instrucciones que hubieron de darse en 1513, a Pedro Arias de Córdoba, nombrado gobernador de Castilla del Oro, en Ultramar. De su redacción se encargó el doctor Palacios, miembro, como hemos visto, de las dos comisiones que respectivamente se formaron en Burgos y Valladolid. Compuso igualmente el *requerimiento* o misión pacífica que acompañaba a las instrucciones, según la cual, el conquistador o colonizador, como delegado de la corte, debía intimar, con todas las formalidades jurídicas, a los indígenas, aceptasen el dominio extranjero sobre sus tierras, pues el papa, representante de Dios en la tierra y señor universal, las había donado a los reyes españoles: acto preliminar indispensable, exigido absolutamente por los monarcas para que apareciera clara la legitimidad de la ocupación, declinando sobre los indios la responsabilidad de la guerra, caso de no acceder al llamamiento amistoso, y justificación, por otra parte, de la conquista, no precisamente ante los indígenas que, tras de desconocer completamente la lengua que se les hablaba, ignoraban igualmente la religión, cultura e ideología de los conquistadores, sino ante las naciones europeas para que no inquietasen el dominio español en Ultramar (23).

Los capítulos de las instrucciones dadas a Pedro Arias de Córdoba se repitieron sustancialmente en 1514, al descubridor de la Florida, y se irán repitiendo en los años poste-

(21) LAS CASAS, *Historia de las Indias*, III, lib. III, c. 17 p. 436.

(22) BULLÓN, *o. c.* p. 124s.

(23) *O. c.* p. 130ss.

riores. Luego de desembarcados (se inculcaba al gobernador de Puerto Rico), inducirían a los caciques e indios, por todas las vías y mañosamente, viniesen al conocimiento de la fe católica, y a la obediencia y sumisión. Este requerimiento de los reyes españoles, debía hacerse con todas las formalidades judiciales, por escrito, ante dos o tres escribanos, si los hubiese, y ante testigos los más calificados.

Si los naturales se negaban a obedecer, se les podría declarar la guerra, prenderlos y aun traerlos como esclavos; si se sometían, haríaseles el mejor tratamiento posible; si, prometida la obediencia, se rebelaban, de nuevo se les brindaría con el requerimiento, antes de entablar la lucha o hacerles daño alguno (24).

Aparte de otros inconvenientes anteriormente indicados, no se podía esperar incondicional sumisión por parte de los indios a propuestas que no entendían, ni en su cumplimiento veían utilidad alguna. Por parte de los españoles se miraba a una colonización estable en la Florida, pues los conquistadores se encargarían de edificar casas y organizar pueblos.

9. - Sólo en 1521 pudo intentar Ponce llevar a efecto el compromiso contraído con la corte. Doscientos hombres, entre los que irían no pocos soldados, y se contaban frailes y clérigos, abastecidos de todo lo necesario para un duradero establecimiento, se acomodaron en dos naves, que, sin percañe alguno, salvaron la distancia oceánica que les separaba de la costa occidental de la Florida. Los bravos navegantes desembarcaron probablemente no lejos de donde lo intentarían la primera vez (25). ¿Quién hubiera garantizado el éxito a expedición tan reducida, después del infeliz suceso de la de 1513 ? Poco tardaron los indios en acometerlos, y en la batalla que se trabó furiosa, perdieron los españoles *alguna gente*, recibiendo su empresa el golpe de gracia con la desventura del capitán que resultó herido. Se hacía casi necesaria una prudente retirada, y a ella se acogieron bien

(24) *C. D. I. Am.* XXII, pp. 33-37.

(25) Según SHEA, *Ancient Florida*, p. 236, no se sabe el lugar preciso donde desembarcó Ponce en esta segunda expedición.

pronto, llevando a su gobernador maltrecho. Al poco tiempo moría este en Cuba, de resultas de la herida (26).

Ya los cartógrafos europeos del siglo XVI esbozarán en el noroeste de las islas de Bahama el contorno del nuevo continente que comenzaba a surgir en el Atlántico y representaba aproximadamente (27) la costa marítima de la actual península floridana. Al pie de la maravillosa aparición podía dibujarse la colosal figura del que la descubrió, pero que quedó tristemente defraudado en su insistente empeño de colonizarla.

(26) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general...* III, lib. XXXVI, c. I. p. 622. HERRERA, *o. c. d.* III, lib. I, c. XIV, p. 30s. CÁRDENAS, *o. c. a.* 1521.

(27) Cree LOWERY, *o. c.* p. 141, que Ponce, en este segundo viaje, subió hasta la extremidad occidental de la actual península floridana, siguió un poco hacia el oeste, y volvió a bajar costeando por la misma ribera occidental.

EN LAS COSTAS DE AMICHEL (FLORIDA)

SUMARIO: — 1. Irradiaciones de la Florida. — 2. Los áureos rescates de Miruelo. Yucatán: fatal balance. — 3. Entre los aguerridos floridanos. — 4. Francisco de Garay. — 5. Pineda en el golfo mexicano: los muscogeanos, apalaches, mobileanos, choctauanos, chittimachanos, atacapanos, karankauanos, coahuiltecanos. — 6. Las dos banderas descubridoras. — 7. El reconocimiento de Amichel. — 8. Diego Camargo. — 9. Información a la corte; erección de la diócesis floridana. — 10. Instrucción para la colonización de Amichel; Camargo abandona el Panuco. — 11. Expedición y muerte de Garay.

1. - Para la época en que nos hallamos, 1521, no eran únicamente las regiones de Ponce las que se levantaban al conjuro del valor y ansias conquistadoras en el norte de América. Los hallazgos de la Florida suscitan entusiasmos para el descubrimiento de nuevos continentes, y estas tierras que van apareciendo influyen para que se amplíe con ulteriores descubrimientos el territorio floridano.

2. - La fama que Ponce y sus soldados llevaron a las islas del mar Caribe de los prodigiosos hallazgos, suscitaron naturalmente la curiosidad de no pocos. Añadióse la circunstancia de que el piloto Miruelo, en un viaje a las cercanías de la bahía de Apalache, 1516, recogió de los indios de las costas floridananas porción de oro, a cambio de bujería (1). El brillo del precioso metal iluminó con mágicos resplandores el ambiente saturado de deseos de conquista, y muy poco después, febrero de 1517 (2), zarpaban desde Ajaruco,

(1) *Doc. Hist. de la Florida y Luisiana*, p. 32, CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* a. 1516, p. 2s.

(2) DÍAZ DEL CASTILLO, *Verdadera historia... de la Nueva España*, p. 1s.

puerto cercano al de la Habana, cuatro navíos, con ciento diez soldados, capitaneados por Francisco Hernández de Córdoba. Por piloto principal de la expedición iba Antón de Alaminos, natural de Palos, que había tomado parte en la primera de Ponce. Sin duda, por estar todavía confiado a este, en virtud de la capitulación de 1514, el descubrimiento de la Florida, dirigieron su rumbo hacia occidente, en demanda de otras tierras. Sus deseos se satisfarían bien pronto, veintiún días después de salidos de Cuba, con el continente de Yucatán que se ofreció a su vista, región no descubierta hasta entonces. No pudieron ilusionarse mucho con la primera acogida favorable de los indios, pues en un rápido cambio de escena, blandieron estos las flechas, y las saetas que silbaban, fueron para los españoles el grito de combate, al que respondieron haciendo sentir el cortante filo de sus espadas y el golpe de sus ballestas y arcabuces. Quince indios quedaron muertos en la refriega, y de los españoles igual número heridos.

Bien pagado quedaba el sacrificio de los heridos con el risueño litoral desplegado ante los radiantes ojos de los conquistadores y con las esperanzas más halagüeñas que se escondían tras de los montes del noroeste, las riquezas de Nueva España.

Signieron con avidez el reconocimiento de la costa. Bordan con cuidado cabos, ancones y arrecifes por ver de rodear a la que suponían isla, y el continente se aumenta y agranda más y más, sin denunciar barreras de mar que lo circunden y limiten. Las costas de Campeche les halagan con el verdor de sus fértiles campos, y la capital del mismo nombre, que, dentro de pocos años verá relucir en sus puertos el rico metal, destinado a las arcas reales, recibe a los valerosos navegantes. Ansiosos por reconocer el campo de sus descubrimientos, montan de nuevo en sus naves y descienden, en la dirección que les señala la costa, a la proximidad del pueblo de Potonchán, al que en los años posteriores sustituirá el de Champotón (3).

(3) DÍAZ DEL CASTILLO, *Histoire véridique... de la Nouvelle-Espagne*. p. 9^o.

Mientras desapercibidos se dedicaban los expedicionarios a los trabajos de aprovisionamiento de agua, se organizaron los indígenas en escuadrones para atacarlos. Sorprendidos los españoles por la repentina acometida, en la imposibilidad de reaccionar, hubieron de palpar desconsolados el balance fatal de la derrota con más de cincuenta soldados que sucumbieron ante el ímpetu de los indígenas, mientras los restantes, más o menos heridos (el mismo Córdova recibió doce flechazos), se acomodaron, de mala manera, en las naves ancladas y presurosos emprendieron la fuga.

3. - No habiéndoles sido posible abastecerse de agua en el último desembarco, aconsejó Alaminos pasar por la Florida, donde satisfacerían la necesidad. Dura sería la vuelta con los heridos a bordo y la carestía de agua, hasta que llegaron al lugar preciso de la Florida donde Ponce había sido atacado por los indios, en su primer viaje. Para prevenirse contra una emboscada de los indígenas colocaron centinelas en la playa, mientras se procedía a la rebusca del agua que se halló en seguida. Cuando la estaban recogiendo, dieron los centinelas la voz de alerta y, en un instante, se vieron los de tierra y los de las naves empeñados en la lucha contra los indios. Cubrían estos ligeramente sus grandes cuerpos con cueros de venados, y venían armados de enormes arcos, flechas, lanzas y machetes. Pusieron los españoles de tierra en la pelea todo el repuesto de sus armas: estoques, cuchillos, arcabuces y ballestas, hasta que hicieron huir a los indios que habían desembarcado. Fueron estos a juntarse con los de las canoas para de ellas atacar a los de las naves. Llevaban los expedicionarios la peor parte y aun habían perdido uno de los bateles que los indios arrastraban río arriba. Los españoles de la ribera, libres de sus enemigos, se echaron al agua; hundidos hasta la cintura, se lanzaron contra la nave que sus contrarios remolcaban con sus canoas; afortunadamente la pudieron recuperar. La suerte no les había sido tan adversa como en Yucatán, pues de los naturales sucumbieron en la pelea veintidós, mientras de los expedicionarios, se contaron tan sólo cinco heridos, uno de los cuales fue el piloto Alaminos que recibió

« una mala herida en la garganta ». Uno de los centinelas de la playa había quedado prisionero de los indígenas. Por otra parte el abastecimiento de agua se pudo llevar a feliz término.

4. - En el golfo mexicano se habían definido dos orientaciones descubridoras, marcadamente diversas, una, la de la Florida, encomendada en 1512 a Ponce de León, cuyos derechos confirmados, según hemos referido, por la cédula real de 1514, manteníanse inalienables en los años en que se efectuaban las exploraciones circunstanciales y extraoficiales de Miruelo (1515) y de los compañeros de Córdova (1517); la otra, la de Yucatán, que a pesar de la desgraciada suerte de muchos de los héroes, exploradores de aquella región, preparó la adhesión de un riquísimo litoral a la corona española.

Cuando los sobrevivientes de la expedición de Córdova llegaron a Cuba para excitar, con sus relatos, nuevos conquistadores, Ponce se hallaba todavía en Puerto Rico, ocupado en los preparativos de su segunda expedición que no pudo efectuar, según hemos visto, hasta 1521, con los resultados que sabemos. Las gestas de Yucatán, atrayentes con la vívida relación de sus protagonistas, y favorecidas por las generosas ofertas de personas influyentes, tuvieron como efecto inmediato la magnífica empresa de 1518 (4), patrocinada por Diego Velázquez, gobernador de Cuba y dirigida por Juan de Grijalva, con cuatro naves y doscientos cuarenta expedicionarios, en toda la península de Yucatán, y como efecto más remoto, la colosal hazaña de fines del mismo año, llevada a cabo por unos trescientos soldados, distribuidos en diez naves y capitaneados por Hernán Cortés, con la gloriosa conquista de Nueva España (5).

Las dos moles gigantescas, la Florida, en la parte oriental, y Yucatán y Nueva España en la occidental del golfo mexicano, se levantaban como dos enormes atalayas, sin que de la región intermedia se tuviera noticia alguna.

(4) DÍAZ DEL CASTILLO, *Verdadera historia...* cc. VII-XVI, pp. 7-14.

(5) *O. c.* cc. XIXss., pp. 16ss.

Antón de Alaminos, compañero de Ponce en la empresa de 1513 y piloto de las dos expediciones de Córdova y de Grijalva al Yucatán, había interesado a Francisco de Garay, gobernador de Jamaica y persuadídole pidiese a la corte española el adelantamiento de los ríos San Pedro y San Pablo, en Nueva España, con todo lo que en el norte descubriese, asegurándole la existencia de grandes tierras (6).

5. - Fiado en la experiencia de tan experto marino, sin notificar de ello, por entonces, a la corte española, envió cuatro navíos a las órdenes del piloto Alonso Álvarez de Pineda, y señalóle como fin « descubrir algún golfo o estrecho en la tierra firme » (7) que diera entrada a las tierras de que hablaba Alaminos y no pertenecieran a la jurisdicción de la Florida, Nueva España o Yucatán.

En los ocho o nueve meses que duró la expedición, costearon la parte occidental de la Florida, hasta entonces conocida, con intento de pasar adelante y explorar los mares que circundaban a la que suponían isla; no siéndoles esto posible por la configuración de la tierra, cuyas riberas se prolongaban indefinidamente, la siguieron hacia occidente, examinando minuciosamente sus puertos. A los ávidos ojos de los navegantes se presentaba la región más lejana, cubierta de bosques, montes y hondonadas, y cruzada por caudalosos ríos o risueños arroyos, plétórico todo de salvaje vegetación.

En sus frecuentes exploraciones por la tierra costanera, pasado el territorio *timucvano*, que anteriormente hemos tenido ocasión de conocer, entraban en contacto con los muscogeanos (8), poderoso grupo indígena que, al este del Misisipí, ocupaban casi toda la provincia homónima, la de Alabama, gran parte de las de Tennessee, Georgia, Carolina del Sur y algo también de la actual Florida. Altos, por lo general,

(6) CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* a. 1518, p. 3.

(7) NAVARRETE M., *Colección de Viajes...* III, pp. 147-151: « Real cédula dando facultad a Francisco de Garay para poblar la provincia de Amichel... ». De ella tomamos toda la relación del viaje de Pineda.

(8) HODGE, *Handbook...* « Muskogean Family ».

y bien formados, de larga cabellera, ligeramente cubiertos con pieles de venados, armados muchos de ellos con los imprescindibles arcos y flechas. Contentos los españoles con una ligera inspección del territorio, sobre el que formarían posteriores planes de conquista y colonización, no parece que en las playas muscogeanas tentaran un comercio inmediato, y así pasarían casi de largo, primero por la tribu de los *apalaches* (9), parte de la gran familia *muscogean*, diseminados en el norte de la bahía del mismo nombre, desde las inmediaciones del río Ocilla (Florida), hasta las cercanías de la bahía de Pensacola. Pueblo diligente y próspero, estaba consagrado, sobre todo, a la agricultura, y se señalaba entre todas las tribus circunvecinas por su espíritu guerrero, del que los colonizadores españoles de los posteriores tiempos tendrán manifiestas pruebas.

Ofrecíaseles en seguida la tribu de Mobile (10), de igual origen que la anterior y dedicados como ellos a las labores del campo en la región septentrional de la bahía de Mobile. Divisaban después las tierras habitadas por los *choctauanos* (11), en la parte oriental del medio y bajo Misisipí, indios de cabeza achatada en la parte frontal, extraña deformación a la que llegaban sometiendo las frentes de los niños a un método de opresión sistemática, en diversos tiempos, con pesos o aparatos apropiados; tribus todas las anteriores valientes en la guerra, nativa herencia de la sangre muscogean.

Para atravesar las corrientes del Misisipí que entran varias millas en el mar, conservando su color turbio, las naves exploradoras se internarían en las aguas del golfo mexicano.

Aunque la prudente distancia en que se mantuvieron de los aguerridos muscogeanos, evitó a los españoles disgustos y contratiempos que les hubieran sido de fatales consecuencias, todavía debíanse sentir muy afortunados con la suerte de sus naves, en costa tan accidentada, pues ninguna de ellas se extravió ni naufragó.

(9) *O. c.* « Apalachee ».

(10) *O. c.* « Mobile ».

(11) *O. c.* « Choctaw ».

Si bien el territorio del otro lado del Misisipi, en el aspecto silvestre de sus montañas, bosques y valles, a los ojos de los que de lejos lo contemplaban, poco se diferenciaba del anteriormente recorrido, lo miraban los expedicionarios con creciente interés, sintiendo la emoción del descubridor, y a sus ansiosas miradas ningún mínimo detalle pasaba desapercibido. Los indígenas que habitaban aquellas regiones en su costa marítima, *chittimachanos* (12), al menos por los escasos datos que de su historia conocemos, no podían ufanarse de abolengo tan esclarecido como el de los muscogeanos, pues la única familia lingüística que la formaba era la tribu homónima. Por el color de su piel se apropiarán posteriormente el nombre de *raza roja* que probablemente les dieron los blancos visitantes de sus tierras. Población reducida, poco nos cuentan de sus costumbres los europeos que después de Pineda trataron con ellos. Aun los hombres ostentaban larga su cabellera que les caía por las espaldas y la recogían en su extremo inferior. La pesca y raíces silvestres constituían su principal alimento, aunque después, con el contacto de los colonizadores, cultivaron, sobre todo, maíz y patatas. De sus creencias religiosas, el sol de mediodía parece haber sido su destacada deidad; de totemismo no se han encontrado indicios algunos. Las costumbres morales estarían contaminadas del materialismo de sus creencias y cultos idolátricos, si bien la monogamia estaba sancionada por la ley; y que la dignidad de la mujer se respetase, lo deducimos, de que estas parecen haber tenido considerable autoridad en el gobierno de la tribu.

Pormenores eran muchos de estos que pasarían inadvertidos a los de Pineda que rápidos bordearon, con las ligeras quillas de sus naves, las playas *chittimachanas*, para entrar en seguida en las de los *Attacapanos* (13). Tenían estos, dentro de su agrupación lingüística, tan solo la tribu del mismo nombre, residente en la costa suroeste de la

(12) O. c. « Chitimacha », « Chitimachan Family ».

(13) O. c. « Attacapa », « Attacapan Family ».

provincia de Luisiana. Aunque su apelativo de caníbales (14) con que los señalaban los *choctauanos* haga suponer un pueblo cruel, posteriores historiadores nos los pintan pacíficos y amables, haciéndose, por lo tanto, obvia la suposición de un cambio radical con el contacto posterior de culturas civilizadas y cristianas. No estaba la mujer tan considerada entre ellos, pues sobre ellas pesaban las labores de la casa y campo y aun la construcción de terraplenes de barro y tierra, destinados a túmulos; mientras los hombres se reservaban para la pesca y la caza, sobre todo del búfalo, en la que, armados de arcos y flechas, mostraban singular destreza.

Los intentos de mera exploración señalados por Garay a Pineda, y el temor a la agresividad de los indígenas, puesta tan de manifiesto en los tristes sucesos de la Florida y Yucatán, no permitían hacer a los navegantes un reconocimiento detenido de toda aquella costa. Por tal motivo, las noticias que nos dan de su empresa, aunque preciosas, por ser de testigos inmediatos, acusan más bien al navegante que, desde la borda, contempla la maravillosa visión panorámica que ante sus ojos se despliega: la tierra era muy buena, apacible y sana, e de muchos bastimentos e frutos e otras cosas de comer; en muchos ríos había oro fino, como se podía deducir de las muestras que ostentaban los naturales y por las joyas que en sus orejas y narices traían (15). Si la rica mercancía la prodigaban de esta suerte los indios, no la recogían en las orillas o cauces de sus ríos, sino que la importarían de remotos países. En años posteriores, los despojos de las naves cargadas del codiciado metal, que, procedentes de Campeche y Veracruz, naufragarán en las costas floridananas, proporcionarán a los indígenas preciosos dijes para el ornato de sus cuerpos.

En el límite suroeste de la provincia de Luisiana

(14) En la lengua choctauana, *hatak*: hombre y *apa*: comer; es decir, canibal, nombre que aplicaban los choctauanos y sus congéneres a las tribus del suroeste de la Luisiana y del sur y sudeste de Texas (HODGE, o. c. « Attacapa »).

(15) NAVARRETE M., *Colección de Viajes...* III, p. 148.

veían los conquistadores las tribus de los *karankauanos* (16); aunque semejantes en la cultura a sus vecinos los *attapanos*, la lengua era diferente. Montados en sus canoas y piraguas, único medio de que disponían para la navegación de sus ríos y costas, se acercarian curiosos los indígenas a los costados de las naves españolas para admirar la potencia de aquellos monstruos marinos de ignota procedencia. Los que tan recelosamente los examinaban, eran para los españoles el tipo ordinario de las costas que dejaban atrás: muy altos y bien formados los hombres, algo más pequeñas y gruesas las mujeres; salvaje la cabellera que aun a los hombres les llegaba, por las espaldas, hasta casi la cintura; el cuerpo, expuesto casi todo él a las inclemencias del tiempo, con los más variados y caprichosos dibujos. La pesca, caza, plantas silvestres, y, cuando su instinto salvaje más los azuzaba, la carne humana (pues como la mayoría de las tribus costaneras de Texas eran caníbales), constituían su alimento ordinario. Los sobrevivientes de la malograda expedición de Pánfilo de Narváez y Cabeza de Vaca nos darán pormenores interesantes sobre ellos.

Las inmediaciones de la bahía de Galveston, en la Luisiana, formaban el límite suroeste de los *karankauanos* y daban entrada, para los que navegaban en la dirección occidental del golfo mexicano, a las tribus de lengua *coahuilteca* (17). Aparte de las deducciones que podemos hacer de sus costumbres, por la vecindad con otras tribus que nos son más conocidas, nada positivo nos da su escasa historia de antiguos tiempos.

6. - Atravesaron los exploradores las aguas del Río Grande que avanzaban inconfundidas con las del mar, y en seguida pasaban los confines de las tribus *coahuiltecanas*, para dirigirse hacia el sur y llegar más tarde a la desembocadura del río Panuco, (nombre que se debe al mismo Pineda), donde les habían precedido otros no menos valientes y afortunados conquistadores, con Hernán Cortés, para la

(16) HODGE. *Handbook...* « Karankawan Family ».

(17) O. c. « Coahuiltecan ».

espléndida ocupación de Nueva España. Las dos banderas se abrazaron para enviar a España el mensaje de dos continentes colosales que a su imperial corona se sometían. Pineda y sus compañeros instintivamente miraron hacia las playas que, durante varios meses, recorrieran. Habían ansiado un *estrecho* para buscar, en mares perdidos y desconocidos, islas no visitadas por sus compatriotas u otros europeos, y se encontraban con un mundo nuevo, absolutamente desconocido.

Por otra parte, la trascendental importancia de los descubrimientos de Ponce aparecía en toda su realidad, pues la ruta por él señalada, abría horizontes insospechados; y lo que él y sus contemporáneos imaginaran isla de la Florida, se demostraba, con el arrojador de Pineda y sus compañeros, ser continente unido al de México y tan colosal que sus límites, en la concepción española, llegarían hasta Nueva España.

Tuvieron la precaución los bravos descubridores de amojonar el confín hasta donde habían descubierto y tomar, en nombre de su rey, posesión de la nueva tierra, a la que, durante la solemne y emocionante ceremonia, se llamó provincia de Amichel, nombre que muy pronto debía ser sustituido por el genérico de Florida.

7. - De nuevo se prestaron para desandar el camino recorrido, examinando con la indecible sensación del triunfo, más detenidamente la región y señalar puesto propicio para una posterior expansión colonial. En los indios habría desaparecido la primera esquividad y recibirían sin tanto recelo a los que poco antes habían visto pasar.

Con tan concreto plan sería mayor el acercamiento a los naturales y más frecuentes los desembarcos, hasta que, después de mucho navegar, se encontraron junto a las grandes avenidas del Misisipí. En un pueblo colocado a su misma entrada y probablemente en la orilla derecha, perteneciente, como hemos dicho, al territorio *chittimachano*, quisieron descansar de las pasadas faenas y poner en carena sus trabajadas naves. Tal vez, el acentuado color rojo de aquellas tribus había, desde el principio, suscitado la

curiosidad de los visitantes. Más de cuarenta días que estuvieron allí, participaron de la generosidad de los naturales que les darían pescado y raíces silvestres, obligado fruto de sus costas, riberas y campos, que los expedicionarios, por su parte, en amigable compañerismo con los indígenas, lo sazonarían con los bizcochos, imprescindible recurso de tales viajes, y con el exquisito vino cosechado en los viñedos españoles. Una vez remozadas las naves, prosiguieron río arriba, en una distancia de seis leguas, el reconocimiento de las dos orillas, en las que contaron cuarenta pueblos, representación de las dos culturas de *chittimachanos* y *choctauanos*. Con ellos continuarían las amistosas relaciones iniciadas en el primer pueblo.

8. - El mismo año de 1519 volvían los descubridores de Amichel a Jamaica para notificar al gobernador el portentoso hallazgo e impacientes por reanudar la comenzada obra. Pocos estímulos necesitaría Garay, ante la palpable realidad de provincias prometedoras de riquezas, para secundar las ansias de los héroes. Aprovechando aquel general entusiasmo, pues disponía de navíos para organizar otra nueva expedición, reclutó, entre los que acababan de llegar, a los más animosos y admitió las ofertas de otros que quisieron añadirseles. Equipó cuatro carabelas que puso a las órdenes del piloto Diego Camargo; las abasteció de abundante cal y ladrillo para que en lugar estratégico de la descubierta provincia construyeran una fortaleza para defensa y refugio de los españoles que se encargaran de la colonización. Ilusionado con la realización de tan halagüeños proyectos, los despachó aquel mismo año a coronar la colosal hazaña, sin esperar siquiera la confirmación oficial de la corte (18).

9. - Mientras en Jamaica esperaban confiados el feliz éxito de aquella expedición digna de mejores resultados, Garay, en un informe enviado a la corte (19), aquel mismo año de 1519, encareció la conveniencia de poblar el país descu-

(18) NAVARRETE M., o. c. III, p. 148. SHEA, *Ancient Florida*, p. 248.

(19) No conocemos este informe, cuya respuesta es la cédula de que hemos hecho mención (NAVARRETE, M., o. c. III, pp. 148-151).

bierto, alegando como convincentes razones la apacibilidad de su clima, las esperanzas de abundante oro y de la conversión de los naturales. La corte había de aceptar naturalmente tales propuestas y aun idear nuevas bases para el completo y sólido establecimiento de Amichel.

En Roma, a donde en 1519 había llegado una petición de Carlos V para la erección de la iglesia de Yucatán (20), recientemente descubierta, con obispo propio, se recibía el siguiente año, otra análoga (21). En la isla de Yucatán, escribía el emperador, sintetizando el inexacto concepto que de la configuración de aquel territorio, aún no bien explorado, se tenía, región tan inmensa que se le creía continente y algunos la llamaban *nuevo mundo* y donde los conquistadores descubrían frecuentemente nuevas regiones, recientemente se había hallado la provincia de la Florida, de grandes y notables pueblos, provista de todo lo necesario para la vida; por el esplendor de la república cristiana y para la conversión de los naturales, deseaba que el principal pueblo se llamase también Florida y su iglesia, consagrada a Santiago, se erigiese en catedral.

El cinco de diciembre de 1520 se tuvo el consistorio en la ciudad eterna (22) y el mismo día se expedía la bula de erección de la diócesis floridana, con la concesión de las cláusulas pedidas.

Una ligera comparación de esta, con la que el pasado año se había dado para la diócesis de Yucatán, nos hace sospechar que en Roma se había iniciado alguna oposición contra el grande influjo de la corte española en las iglesias ultramarinas que tan rápidamente se iban multiplicando, pues en

(20) Véase la bula de erección de la diócesis de Yucatán en LORENZANA, *Concilios provinciales primero y segundo celebrados en la... ciudad de México*, pp. 229-232.

(21) No tenemos la petición de la corte a la que responde la bula del establecimiento de la diócesis floridana (Arch. Vat. *Reg. Lat.* 1400 ff. 273-274). La noticia de la bula y del acta consistorial que citaremos en seguida, la debemos a la diligencia de nuestro estimado amigo y compañero don Sergio Méndez pbro., actualmente ocupado en un estudio sobre la fundación de las diócesis hispanoamericanas del s. XVI.

(22) El acta consistorial en Arch. Vat. *A. V. C.* 2 ff. 146v-147.

el documento de Yucatán la limitación del territorio diocesano se dejaba a la voluntad del emperador, y en el de la Florida se confiaba a los obispos de Palencia y Canarias o a uno de los dos; en el primero, hecho no poco significativo, explícitamente se concedía el derecho de patronato, mientras en el segundo ninguna mención se hace de él, aunque sabemos por las actas consistoriales que se concedió. En las mismas actas se hace constar expresamente que en la cédula pontificia podía callarse el otorgamiento de tal privilegio (23). La provisión de la dignidad episcopal se hacía en la persona de Jorge de Priego, prior de San Marcos de León, de la orden militar de Santiago de España, el cual nunca pudo tomar posesión de su obispado, pues aunque la S. Sede, con su habitual celo, se había mostrado tan diligente en la erección de aquella diócesis, sin embargo, la petición había sido prematura. Las costas recorridas por Pineda y Ponce de León no habían de admitir tan fácilmente iniciativas extrañas, aunque procedieran de cortes tan autorizadas como las de Roma y España.

10. - Carlos V, tal vez, algo después de presentar su solicitud en Roma, respondía favorablemente a la del gobernador de Jamaica, con cédula de 1520 (24), e incluía algunas instrucciones para la población y colonización de Amichel, inspiradas naturalmente en las que, durante el reinado de los Reyes católicos, se daban a los conquistadores. La especial insistencia del documento imperial en la prohibición de los repartimientos de indios, en el respeto con que se debía tratar a las mujeres y niños de los indígenas, no arrancándolos de sus hogares, y su alusión expresa a la isla Española, hacían recordar las recientes conferencias que, para defender la causa indígena e impugnar los abusos de algunos colonizadores, habían tenido el año de 1519, en Barcelona, delante del joven emperador, el fogoso y apasionado Bartolomé de las Casas y el primer obispo de Darién

(23) « ... necnon ius patronatus et presentandi, Carolo regi et aliis suis descendentibus regibus Hispaniarum existentibus dumtaxat, vel quod possit omitti in cedula concessio iuspatronatus huiusmodi » (l. c.).

(24) NAVARRETE M., *Colección de Viajes...* III, pp. 147-151.

fr. Juan Quevedo, llegado aquel mismo año a España (25).

Aquella legislación, la primera que Carlos V daba para las Indias, de principios pacificadores, imbuída en el espíritu de libertad cristiana, herencia de los Reyes católicos y norma sagrada para los posteriores monarcas, si es honra de la colonización española y enaltecedora de muchos conquistadores que la aplicaron, afea más la conducta de otros mercenarios que no supieron comprenderla, ciegos por la ambición del lucro.

La fatal realidad de que tan benignas leyes pudieran desfigurarse en Ultramar, la veía clara el emperador, pues al recomendar a Garay una colonización de paz, le advierte que *todos* los que entonces iban para ayudarle de España, ansiaban que los indígenas fueran guerreros y no se sometieran pacíficamente al requerimiento.

Despachaba igualmente al veeedor (26) Cristóbal de Tapia, quien decidiría los confines pertenecientes a cada uno de los tres descubridores, Diego Velázquez, iniciador de las conquistas en Yucatán, Francisco de Garay y Juan Ponce de León, que, como sabemos, el siguiente año de 1521, había de sucumbir en sus intentos de colonizar la península por él descubierta.

La conquista de Amichel que tan prósperos resultados había tenido en su primera etapa con las exploraciones de Pineda, no estaba todavía asegurada. Al encargado de seguirla, Camargo, lo vimos partir de Jamaica al frente de cuatro carabelas; en la dirección occidental llegaron al río Panuco, donde, por la pobreza de la tierra, trabajaron en vano por establecer colonia duradera.

11. - Esta decepción no desanimó a Garay. Empeñado en

(25) MAC NUTT, *Bartholomew de las Casas...* pp. 140ss.

(26) Los *tesoreros, contadores y veeedores* en el gobierno de las Indias eran los oficiales de la hacienda real, con subordinación de los dos últimos al primero. A su cargo estaba toda la administración pecuniaria, la percepción de las rentas de las varias propiedades, derechos del oro, la vigilancia de las fundiciones, rescates, penas de cámara etc. Tenían que avisar igualmente a la corte lo que convenía al bien de la colonización o población, buen tratamiento de los indios, conversión, culto divino, etc. (*C. D. I. Ultramar*, XXIV, pp. 40-48).

no defraudar al emperador, tan interesado en la empresa, armó una poderosa flota de trece naves que confió al piloto Juan de Grijalva, descubridor de Yucatán. Iban en ellas ciento treinta y seis de caballería y ochocientos cuarenta de infantería, con abundantes piezas de artillería; el mismo gobernador capitaneaba la expedición. Llegados el veinticinco de julio al río de las Palmas, con propósito de establecerse allí, los pocos recursos de la tierra les obligaron a abandonarla. Divididos en dos grupos, uno a las órdenes del capitán, por tierra, y otro, a las de Grijalva, por mar, se dirigieron hacia el sur, en busca del río Panuco. Cuatro de las naves se perdieron en la costa y una en el mismo puerto. Muchos de los expedicionarios de tierra, agotados por la dureza del camino, desertaron del gobernador, y se pasaron a Cortés que, en las orillas del Panuco, había fundado la ciudad de San Esteban del Puerto. El mismo Garay hubo al fin de sometérsele, para morir al poco tiempo en la ciudad de México, sin que ninguno de sus compañeros recogiera la sagrada herencia de la colonización de Amichel (27).

(27) SHEA, *Ancient Florida*, p. 238.

POR LA COLONIZACIÓN DE CHICORA

SUMARIO: — 1. Los mensajeros de Ayllón; entre los ucheanos; el reconocimiento de la región. — 2. Las malévolas redes. — 3. Ayllón en España: planes de colonización. — 4. Preparación de la empresa definitiva: Pedro de Quexos. — 5. El héroe de la vuelta al mundo: Elcano; Esteban Gómez; creciente interés de la Florida. — 6. La expedición de Ayllón: los indígenas del cabo Fear; en la región del río Pedee; muerte de Ayllón.

1. - Después de los descubrimientos de Yucatán, existía para los conquistadores la fundada opinión de que entre sus dilatadas riberas había algún estrecho (1), camino para el mar del sur. Esta creencia casi desapareció completamente con las posteriores empresas de Pineda, y ya las siguientes expediciones van preferentemente a la Florida oriental, donde esperaban hallar el codiciado estrecho (2). Como sabemos, Ponce había explorado allí, proximamente, hasta la desembocadura del río San Juan (Florida); ¿no era muy posible que más al norte existieran todavía territorios desconocidos? (3).

En 1520 salía del puerto de la Plata (Española) una carabela armada por uno de los oidores de la isla, el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y encomendada al piloto

(1) Todavía en 1524 vemos a Hernán Cortés intranquilo por hallar « el secreto de la costa que está por descubrir entre el río de Panuco y la Florida »: cf. carta de 15 de octubre al emperador (KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerika's...* p. 337^a).

(2) En la misma carta escribía el conquistador de Nueva España: « ... porque se tiene cierto que en aquella costa (de la Florida hasta Bacalhao) hay Estrecho que pasa a la Mar del Sur » (l. c.).

(3) Por ser algunos de los términos marinos de nuestro estudio apenas usados actualmente, damos en el Apéndice I, la significación de los principales.

Francisco Gordillo. A través de las islas de Bahama debían navegar hacia septentrión, por ver de hallar alguna nueva región no descubierta hasta entonces. En su viaje encontraron junto a una de las islas Lucayas otra nave del capitán Pedro de Quexos, epuipada, al menos en parte, por otro oidor de la Española, Juan Ortiz de Matienzo; volvían estos de una frustrada caza de indios caribes para la agricultura, minas y otros trabajos de Santo Domingo. Por concierto de los dos capitanes persiguieron sus respectivos intentos más al norte.

Después de una travesía de ocho o nueve días, llegaban a la desembocadura de un caudaloso río, en el continente, al que llamaron San Juan Bautista. Según sus cálculos estaba en los 33°30' de longitud (4). Probablemente se trataba del actual Savannah, límite entre las dos provincias de Georgia y Carolina del Sur e igualmente confín meridional de la antigua región de Chicora que se extendía, por el norte hasta el río Charleston, en la Carolina del Sur.

Sus indios pertenecían, quizás, al ramo lingüístico de los *ucheanos* (5), del que formaban tribu principal los *yuchi*. Ligeramente cubiertos con pieles de venados, y larga su cabellera, vivían en pueblos rodeados por campos de cultivo, (prueba de su consagración a la agricultura), y cercanos ordinariamente a algún río o torrente abundante en pesca. Sus chozas, recubiertas por lo general con esteras o cortezas, unas pocas, con paredes de barro amasado, se orientaban hacia un solar en cuadro, en el que se tenían las ceremonias religiosas y las reuniones que podríamos llamar comunales: actos que naturalmente estaban íntimamente ligados con la organización política de la tribu. Se componían estas de una serie de *clanes*, descendientes respectivamente de un *tótem* animal, cuyos miembros eran exogámicos, con parentesco real o teórico. Los derechos de propiedad particular y común se trasmitían por línea materna. En el cua-

(4) NAVARRETE, M., *Colección de Viajes...* III, p. 69. HERRERA, *Historia general...* d. II, lib. X c. VI, p. 330. CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* a. 1520, p. 5. SHEA, *Ancient Florida*, p. 238s.

(5) HODGE, *Handbook...* « Uchean Family »; « Yuchi ».

drado a que aludimos, símbolo del firmamento, destacaba el sol, héroe o deidad de la historia *ucheano*, de toda su cultura y vida religiosa, creador de los animales, padres de los diversos clanes, dador de todos los beneficios; de él dependían también todos los demás espíritus.

La enfermedad y otros males que nos sobrevienen, en el concepto indígena, no eran sino el espíritu dañino, lanzado sobre nosotros por algún animal ofendido; para ahuyentarlo, eran medios recomendables o la bebida de un líquido preparado con hierbas que tenían alguna relación con el nombre del animal, causa de la perturbación, o apropiados cantos; remedios ambos en los que intervenía el hechicero.

El culto y los ritos religiosos, que principal y casi exclusivamente se dirigían al sol, al menos los más solemnes, se hacían durante la recolección de la cosecha del maíz, en el cuadrado. Reunido todo el pueblo, se repartían en las cuatro especies de cobertizos colocados en los ángulos, con la consiguiente separación de clanes. Partes principales de las ceremonias, que duraban tres días con sus noches, eran acción de gracias por los beneficios recibidos, la presentación del primer maíz, sacrificios de animales, actos de reparación, purificaciones producidas por medio de vomitivos, los típicos juegos de danzas en los que se imitaban los movimientos del *tótem*, para venerarlo o aplacarlo, la admisión de los jóvenes a la virilidad. Esta última ceremonia constituía el símbolo del reconocimiento que a la deidad se tenía por la perpetuidad de la tribu y por la posterior protección esperada.

En la constitución política y social, todos los hombres de la tribu se dividían en dos categorías, jefes y guerreros; sus distintivos eran los dibujos de la cara. Entre los primeros se escogían, para el gobierno, un cacique y un sacerdote, y entre los segundos, un jefe militar, a los que asistían respectivamente tres oficiales subalternos, elegidos de los dos grupos para la administración de los negocios internos y externos; la aclamación unánime constituía la designación para un oficio.

Atareados con las labores de su terruño u ocupados en la caza y pesca, pronto se dieron cuenta los ucheanos de la costa, de la aparición de las dos carabelas (suceso desconocido en su región), y no pocos curiosos se aprestarían para ver de cerca tan extraordinario acontecimiento. Su admiración, que crecía a medida que avanzaban las dos naves, se cambió en preocupación y miedo cuando vieron descender de ellas gentes de aspecto extraño, crecida barba, uniforme y ajuar abundante en comparación del suyo rudimentario y ligero. Preocupados, sin duda, por el decidido ademán de los visitantes, huyeron todos. Para quitarles tan natural inquietud, persiguiéronles los españoles hasta dar alcance a un indio e india, que trajeron a sus barcas para vestirlos a la española y darles de comer y beber. Este remedio les sirvió para entrar en comunicación con los demás indígenas que perdieron el primer miedo, con el excelente trato que se tributara a los dos españolizados. Intranquilo el cacique por los belicosos planes que podrían abrigar los navegantes y codicioso de ganarse la benevolencia de los resueltos soldados, envióles cincuenta de sus súbditos con bastimentos; los de las naves se esmerarían en agasajarlos. Una comisión española se encargó de ir a la casa del caudillo a agradecerle el regalo y pedirle algunos guías para reconocer la tierra. Satisfecha la demanda sin dificultad alguna, se organizó la caravana exploradora.

2. - Atendidos en todas partes abundantemente por la generosidad indígena, afanosamente rescataron por fútiles objetos, presentes en oro, plata y aljófara. En pocos días se terminó el reconocimiento de los parajes circunvecinos, del que volvieron muy bien impresionados a juntarse con los de las naves y emprender el viaje a Sto. Domingo. En el obligado aprovisionamiento de agua para la travesía ayudarían los indígenas. Familiarizados ya los *chicoranos* con los extraños huéspedes, accedieron muchos de ellos a la invitación que se les hizo de visitar las embarcaciones. Mientras curiosos las recorrían, sin percatarse de la malévola intención de los que se las enseñaban, inquietos vieron izarse rápidamente las velas; al impulso del viento, crujieron los

mástiles, se desperezaron las pesadas naves para avanzar lentas primero y más ligeras después, y, cuando rehechos del primer pánico, quisieron saltar a tierra o salvar a nado el espacio que los separaba de la orilla, era ya tarde y tan sólo pudieron dirigir una mirada de terror y súplica a sus compañeros que quedaban en la playa desconsolados e indignados: triste recuerdo y fatal principio para una posterior colonización que se quería llevar a efecto. Si las sutiles redes, burladas por los indígenas de las Lucayas, habían cazado a los incautos chicoranos, poco les aprovechó el crimen (6) a sus fautores, pues una de las naves se perdió en el viaje de vuelta y la mayoría de los indios se murieron de tristeza y de hambre porque se negaban a comer.

3. - Los triunfos de sus emisarios pudo contárselos verbalmente Ayllón a Carlos V, en un viaje que hizo a España, acompañado por uno de los indios traídos de Chicora, para pedir el descubrimiento de la región septentrional, desde los treinta y cinco hasta los treinta y siete grados de longitud (7): Era la tierra muy fértil y rica en perlas y otros tesoros, y desde el principio podía introducirse en ella población española; sus habitantes, de buen entendimiento, estaban más dispuestos para la vida social que los de Sto. Domingo y demás islas hasta entonces descubiertas. Deseaba además el veedor ampliar los descubrimientos de los suyos, revelando de una vez el secreto de la costa, sus materias de valor y precio, estudiar la calidad y costumbres de sus habitantes, para que doctrinados e instruídos, abrazasen la fe católica.

Tales propuestas las secundó de plano el emperador: armaría Ayllón, a su costa, las carabelas y navíos necesarios y prepararía gente y mantenimientos; para sus exploraciones no habría límite alguno, con que se tratara de tierras e islas no descubiertas o no pertenecientes a la demarcación

(6) Así lo califica BANCROFT, G., *History of the United States...* I, p. 25.

(7) *C. D. I. Am.* XIV, pp. 503-515. Es la capitulación que el 12 de junio de 1523 otorgaba el emperador al veedor de la Española y en la que se trasluce la magnífica impresión traída de la Florida por los enviados de Ayllón.

del serenísimo rey de Portugal; más aún, vería Ayllón si por el norte confinaba la Florida con alguna tierra conocida y si, durante su examen, daba con el afortunado estrecho, lo recorrería todo, para dar o enviar exacta relación del número y grandeza de las regiones del otro confín; todo ello debía efectuarse en tres años, a partir desde el día en que los navíos zarparan de la Española; y en ese tiempo, ninguno fuera del oidor o de sus encargados exploraría aquellos países ni contrataría con los indígenas.

No imaginaba el emperador que, por el mismo tiempo, en la corte de su rival Francisco I, se llevaban muy adelantados los proyectos de navegación al oriente, precisamente a través del apetecido estrecho, por iniciativa del florentino Juan de Verrazzano; y naturalmente, caso de no hallarse dicho estrecho, la amenaza que se cernía sobre los dominios orientales de Portugal, se trasladaba a los españoles de la América septentrional.

Compaginar tan vastos descubrimientos con la evangelización y conversión de los naturales, fin principal de la empresa (8), como lo recalca Carlos V, era poco menos que imposible, aunque escogiera Ayllón como auxiliares de su empresa las personas religiosas que mejor le pareciese; para la manutención de estas, durante el viaje, y el sostenimiento del culto divino en los países que se conquistaran, se tomaría de las rentas del fisco imperial; al posterior sustento de los clérigos, en la Florida, se atendería con los diezmos eclesiásticos, que darían, además, para la construcción de iglesias y de un convento de San Francisco: con tal base se podría pensar en la provisión de obispos.

Las adjuntas instrucciones para los pobladores estaban inspiradas en el mismo espíritu que las de la colonización de Amichel.

(8) Dice la mencionada capitulación: «... porque a los habitadores e naturales dellas, que están sin lumbre de fee e conocimiento della, se les dé a entender las cosas de nuestra santa fee católica, para que vengan en conocimiento della y sean cristianos y se salven; y este es el principal intento que vos habéis de llevar e tener en esta negociación » (*l. c.*, p. 508).

Espléndidos planes de colonización espiritual, pero que, tratándose de la Florida, no pasaban de meros ideales, pues, para un territorio inmenso, eran escasísimos los descubridores y colonizadores y la mayor parte de ellos iban arrastrados o por las promesas que se les hacían de dinero, o por el encanto que en el siglo XVI y en todos los siglos tienen las empresas descubridoras y conquistadoras. Ni fácilmente los que iban como simples descubridores podrían hacerse al compromiso de una colonización lenta y suave, sobre todo, cuando, como sucedía en la Florida, a una tierra generalmente pobre, se añadía la hostilidad de los naturales.

4. - Asegurado Ayllón con la quinta parte de todas las rentas y derechos, quince leguas en cuadro de tierra de labrantío, y los títulos de alguacil mayor, adelantado y gobernador, volvió a la Española. De allí se trasladó temporalmente a Puerto Rico, por encargo del emperador; viaje que no poco complicaba los preparativos de la empresa (9). Pidió se le prorrogase hasta 1525 el tiempo de sus exploraciones, lo que le fue concedido por cédula imperial de veintitrés de marzo de 1524.

Con el fin de garantizar a la corte la sinceridad de su empeño, envió Ayllón a Pedro de Quexos con dos carabelas, a principios de 1525, para que, como preparación de la empresa definitiva que él mismo llevaría a efecto, examinara la costa recientemente descubierta. Acogidos en general favorablemente por los indígenas, la recorrieron en un trayecto de doscientas cuarenta leguas: ardua hazaña que habían de testimoniar las cruces de piedra que fueron dejando en algunos puntos del camino, con la inscripción de Carlos V, los ejemplares de oro, plata, perlas y otros objetos de poco valor traídos, y algunos indios que recogieron, (uno o dos de cada provincia de las recorridas), para que al oírlos sirvieran de intérpretes en las posteriores exploraciones (10).

(9) SHEA, *Ancient Florida*, p. 240.

(10) HERRERA, *Historia general...* d. III, lib. VIII, p. 308.

5. - Además del motivo religioso, dos eran los fines peculiares señalados a la expedición de Ayllón: conocer los límites septentrionales de la Florida y buscar el estrecho, unión de dos mares; fin este último que, dentro de poco tiempo, había de adquirir interés vital en los designios del emperador.

En 1522 volvía a España el héroe de la primera vuelta al mundo, el guipuzcoano Sebastián Elcano, con una de las naves de Magallanes, tal vez la más digna entonces de llevar su nombre Victoria; y lo que hasta aquel momento habían afirmado los cosmógrafos por deducciones apriorísticas sobre el canal septentrional, adquiría base casi segura. Se suscitó el estímulo de los navegantes ansiosos por emular Elcano, y uno de ellos, Esteban Gómez, que había sido compañero del malogrado Magallanes en el viaje hasta el estrecho homónimo, donde desertó de él, mereció la confianza y aprobación del emperador para la rebusca, en el norte, del canal, patrimonio exclusivo de Ayllón, hasta 1526, según las cédulas imperiales (11). Coincidencia, tal vez, no difícil de explicar: las visiones políticas de los dos mayores monarcas europeos de su tiempo, como lo insinuamos anteriormente, Carlos V y Francisco I, se fijaban en el mismo punto: el florentino Verrazzano, como después veremos, por parte de Francia y el portugués Esteban Gómez, por la de España, fueron los designados para abrir a los grandes monarcas, horizontes para la ejecución de vastísimos planes. Siempre los dos augustos rivales se encontraban en sus comunes aspiraciones: la lucha por las conquistas de Italia amenazaba extenderse a Ultramar.

Con sólo una nave de cincuenta toneladas abandonaba Gómez el puerto de la Coruña, a fines de 1524 o principios del siguiente, para examinar la costa de la Florida hasta la isla de Terranova. Después de un viaje de diez meses, en el que recorrió, probablemente de sur a norte, las referidas playas, y recogió contra las instrucciones del empe-

(11) DAWSON, *The Saint Lawrence Basin...* p. 99s.

rador los indios que pudo, volvía a la Coruña, sin haber hallado el suspirado estrecho (12).

¿Sería más feliz, en esta parte, la expedición de Ayllón? En la corte no se habían perdido todavía las esperanzas; pero aun, sin tales perspectivas, ¿por qué ignotos países se perdían los límites de la Florida, de la que ni los enviados del oidor de la Española, ni Gómez, en sus largas exploraciones, habían llegado a los límites septentrionales? Tal vez Ayllón despejaría la incógnita; con tales esperanzas le instaba el Consejo de Indias al cumplimiento de lo capitulado (13).

6. - En junio de 1526 zarpaban del puerto de la Plata tres navíos con seiscientas personas, entre las que se contaban clérigos y médicos, además de los misioneros dominicos padres fr. Antonio de Montesinos, (el que primero denunció la esclavitud de los indios) y fr. Antonio de Cervantes y el lego fr. Pedro de Estrada. Para comodidad de sus futuras correrías llevaban un centenar de caballos (14). Apenas llegados a la desembocadura del río Jordán, (llamado así por el nombre del piloto que primero lo descubrió) en las inmediaciones del cabo Fear (15), hundiéndose la nave Capitana, con todos los bastimentos, aunque se pudieron salvar los tripulantes. Para colmo de desdichas, aprovechando, sin duda, la confusión reinante, escapóseles el indio chicorano y los otros intérpretes. En el consiguiente aplanamiento, no les satisfizo la tierra. Los indígenas que la habitaban pertenecían a una tribu, cuyo verdadero nombre desconocemos, y a los que los antiguos colonizadores aplicaron el de la región, indios del cabo Fear (16). Se

(12) O. c. pp. 100ss. SHEA, *Ancient Florida*. p. 241s.

(13) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general...* III, lib. XXXVII, Prohemio, c. II, p. 627.

(14) *Ibidem*. Según HERRERA (*Historia general...* d. III, lib. VIII, c. VIII, p. 308) salió con tres navíos de la Española. SHEA, *Ancient Florida*, p. 240s.

(15) LOWERY, *The spanish Settlements...* 1513-1561, Según SHEA (*Ancient Florida*, p. 240) el actual río Wateree; y según RUGE, (*Geschichte des Zeitalters...* p. 408) el Charleston.

(16) HODGE, *Handbook...* «Cape Fear Indians». MOONEY, *The Siouan tribes...* p. 65s.

les supone de la rama siú. Su espíritu irreconciliable con los extranjeros se nos manifiesta ya desde su primera aparición en la historia: cuando en 1661, se estableció una colonia inglesa en la desembocadura del río Fear, no descansaron los naturales hasta echarla de su provincia.

El descontento de los indios por la presencia de los de Ayllón cambiósse pronto en alegría, cuando los vieron partir en dirección al sur, sin guías ni intérpretes, y eso que los activos soldados habían procurado dar caza a algunos indígenas.

A unas cuarenta y cinco leguas de distancia, encontraron el río Guldape, probablemente el actual Pedee (17), en la Carolina del Sur. Remontándose por su cauce, decidieron establecerse en sus márgenes bastante alejados de la desembocadura. La casa donde cobijar la gente y arrees, hubo de construirse desde sus cimientos, pues las de la región eran pequeñas chozas de cortezas o esteras, y estaban muy diseminadas en terreno pobre y cenagoso.

La reducida tribu con quienes se proponían alternar los expedicionarios, formaba parte, a lo que parece, de la familia que perpetuó su nombre en el río Pedee y ocupaban sus riberas en lo que actualmente es Carolina del Sur (18). Sin noticias algunas de la lengua de aquellos indígenas, aunque se los supone de la rama lingüística de los siuanos, por pertenecer a esta muchas de las tribus vecinas, poseemos muy escasas de su historia, que comienza a principios del siglo XVIII y termina a mediados del mismo con la extinción de la tribu.

Tratar de definir las costumbres y creencias religiosas de toda la confederación, en general, dada la heterogeneidad de las partes componentes, sería tarea por demás difícil. Érales común la organización por clanes (19), algunos totémicos, otros no. En las relaciones de su vida económica y aun política, entraba profundamente el búfalo del que

(17) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 166: Appendix H, pp. 448-452.

(18) HODGE, *Handbook...* «Pedee». MOONEY, *o. c.* p. 77.

(19) HODGE, *o. c.* «Siouan Family».

dependían, al menos parcialmente, en el vestido y en gran parte de la comida; a su caza, legislada en todos sus pormenores, se dedicaban patrullas organizadas, durante algunos meses del año. Sus animales domésticos eran únicamente los perros, de los que se servían para el transporte de pieles, ajuar doméstico, niños etc. Sus preferidos alimentos eran el maíz, cuando la condición de la tierra permitía su cultivo, y el búfalo; en las épocas del año en que estaba vedada la caza, el principal recurso lo buscaban en la pesca (20).

Con la pérdida de la nave de bastimentos y la privación absoluta de otros medios, los españoles hubieron de confiarse á la pesca del caudaloso Pedee. El monótono y escaso alimento, el riguroso invierno y el deficiente acomodamiento hicieron riza en los expedicionarios, de los que sucumbieron muchos a las penalidades, contándose entre las víctimas el mismo oidor, que falleció el quince de octubre de 1526. Antes de morir, había señalado como sucesor, en el gobierno, a un sobrino suyo, residente entonces en Puerto Rico. El desaliento y descontento se hicieron muy pronto generales, pues a las grandes privaciones e inclemencias del tiempo se juntaba la pertinaz y traidora persecución de los indios que mataban con sus flechas a algunos que se desperdigaban por los montes en busca de comida o caza. La decisión de volverse a Sto. Domingo fue unánimemente aceptada. Ocuparon los ligeros veleros y dirigieron su ruta hacia la Española, con las trágicas huellas de la empresa que había reducido a ciento cincuenta los quinientos que jubilosos partieran de la isla.

Aunque el resultado de las *exploraciones* de la Florida hasta 1526 era positivo y aun alentador, (el descubrimiento de todo el golfo mexicano, hasta su unión con Nueva España, y en la costa oriental hasta el cabo Fear), los intentos de colonización habían chocado principalmente con la oposición guerrera de los indígenas y la pobreza de la tierra.

(20) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general...* III Prohemio, c. II, pp. 628-630.

Si los enviados y compañeros de Garay hubieron de abandonar las riberas del Panuco, insuficientes para sustentar una colonia numerosa, los de Ayllón dejaron igualmente las del Pedee, por razón análoga, y porque de aquellos países nada lucrativo se podía esperar, pues los indígenas se presentaban míseros, y en la región no aparecía rastro alguno de oro ni plata, ni algunos objetos de valor, a excepción de algunas perlas de conchas marinas (21).

Por lo que hace al progreso evangelizador de estas primeras expediciones, los pocos misioneros que en ellas tomaron parte, casi nada pudieron hacer en la conversión de los indios.

(21) HERRERA, *Historia general...* d. III, lib. VIII, c. VIII, p. 390. REIN, *Der Kampf Westeseuropas um Nordamerika im 15 und 16 Jahrhundert.* p. 91¹.



EXPEDICIÓN DE PÁNFILO DE NARVÁEZ

SUMARIO: — 1. La cédula imperial de 1526. — 2. Voluntad reformatoria del emperador: plan de evangelización. — 3. En las inmediaciones de la bahía de Tampa: Tocobaga. — 4. Hacia Apalache. — 5. Los muscogeanos: criques, choctouanos, chickasauanos, mobileanos. — 6. Entre los belicosos apalaches. — 7. En los improvisados astilleros. — 8. ¿Labor colonizadora o misionera?. — 9. En busca del Panuco: el naufragio. — 10. En la isla Mal-Hado: los indígenas coaques. — 11. Los sobrevivientes.

1. - Cuando todavía a la península española no habían llegado las desconsoladoras nuevas de la última expedición floridana y asiduo tema en calles y plazas eran las riquezas de México, no pocos pensarían que en las tierras limítrofes de N. América podrían encontrarse análogos tesoros. De tales ideas no tardó en hacerse intérprete Pánfilo de Narváez que, pocos años antes, patrocinado por el gobernador de Cuba, Velázquez de Cuéllar, había intentado, en vano, suplantar a Cortés en el gobierno de México.

- Recomendable por sus antiguas proezas, obtiene, con cédula imperial de diecisiete de noviembre de 1526, la facultad de conquistar y poblar desde el río de las Palmas (norte del Panuco), hasta la isla de la Florida, la misma isla y toda su costa, aunque esta se prolongara por el decantado estrecho, hasta el mar del Sur; y los títulos y rentas concedidos a los anteriores conquistadores. Por su parte se comprometía Narváez a fundar tres fortalezas y dos pueblos o más, cada uno con cien personas, por lo menos: todo ello a sus expensas (1).

(1) *C. D. I. Am.* XVI, pp. 67-87; XXII, pp. 224-245.

Además de los habituales encarecimientos sobre la conversión de los indígenas y el buen trato que debía darse a estos, incluía Carlos V en la capitulación, las instrucciones generales que en adelante debían observar todos los descubridores (2) y cuyos principales puntos se resumían en estos: Era obligación del Consejo informarse de los excesos que se cometían contra los indios, para hacer justicia, y de los religiosos, velar por el buen tratamiento de los mismos. En los rescates y contratación debía pagarse a los naturales el equivalente. La esclavitud se prohibía bajo la pena de pérdida de los bienes, y si el indígena se ofrecía a trabajar voluntariamente, se le remuneraría el trabajo. Las encomiendas de indios se harían con parecer de los religiosos y sólo para apartarlos de los vicios y doctrinarlos, y en ellas el servicio sería libre.

2. - Creyó el emperador deber de conciencia, (lo observa en la cédula), iniciar una radical reforma de los males y desórdenes que se cometían en los descubrimientos y poblaciones y poner freno a « la desordenada cobdicia de algunos de nuestros súbditos que pasaron a las Nuestras Islas e Tierrafirme » (3). Tan decidida se mostraba esta voluntad reformatoria que « Nos suspendimos algún tiempo y sobreseímos en el dar licencia para las dichas conquistas y descubrimientos » (4).

Al mismo tiempo se pretendió dar principio a un plan sistemático de evangelización de la Florida, que quiso concretar Carlos V, incluyendo en la capitulación de Narváez una *instrucción para los frailes* (5). En ella incul-

(2) *C. D. I. Ultramar*, XX, pp. 320-322.

(3) *C. D. I. Am.* XVI, p. 73; XXII, p. 231.

(4) *L. c.* p. 233.

(5) Por ser inédita, damos su transcripción: « *Capitulación e instrucción para los frayles*. E otrosí mandamos que la primera e principal cosa que después de salidos en tierra los dichos capitanes e otros frayles e otras qualquier gentes que hubieren de hazer, sea procurar que, por lengua de intérpretes que entiendan los yndios e moradores de la tal tierra o ysla, les digan e declaren cómo Nos les embiamos para les enseñar a buenas costumbres, e apartarlos de vicios e de comer carne umana e ystruirlos en nuestra santa fee, e predicarla para que se salven, e atraellos a nuestro señorío para que sean tratados muy mejor que lo son y faborecidos e mirados como los otros

caba el carácter evangelizador, como primero y principal de la empresa, y recomendaba se hiciera entender a los naturales que, de convertirse, se les trataría como a los demás súbditos españoles. Descargaba además toda la responsabilidad de la santa cruzada sobre la conciencia de religiosos, clérigos y descubridores.

3. - Con tan felices auspicios salía de Sanlúcar, el diecisiete de junio de 1527, la expedición capitaneada por Pánfilo de Narváez (6). Cinco naves recogían la numerosa tripulación de seiscientas personas, entre las que se contaban cuatro misioneros franciscanos, con su comisario, padre fr. Juan Suárez, de la misma orden. Llegados a Santo Domingo, descansaron unos cuarenta y cinco días, oportunidad que aprovecharon más de ciento cuarenta de los pasajeros para quedarse en la isla, halagados por las promesas que los de la tierra les hicieron. De tan sensible pérdida pudo rehacerse Narváez, sólo parcialmente, en Santiago de Cuba, con nueva gente, armas y caballos.

Sin duda, para ultimar los preparativos de una hazaña que se podría prolongar por muchos meses, invernarón en Xagua, puerto de la isla cubana, hasta fines de febrero de 1528. Allí se formó definitivamente la expedición compuesta de cuatro navíos y un bergantín, cuatrocientos hombres y ochenta caballos. La disminución del personal nos manifiesta que en no pocos se había apagado el primer fervor por las regiones septentrionales de América. Zarpa-

nuestros súbditos cristianos. E les digan todo lo demás que fue ordenado por los dichos reyes cathólicos... e se lo notifiquen e hagan entender particularmente por los dichos religiosos o clérigos que conbiniere e fueren necesarios para que lo entiendan, por manera que nuestras conciencias queden descargadas; sobre lo qual encargamos a los dichos religiosos e clérigos e descubridores sus conciencias » (A. I. *Contratación* 3308).

(6) Tenemos de esta expedición dos relaciones, ambas de Cabeza de Vaca que tomó parte en ella como tesorero: una, « *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Relación de la jornada que hizo a la Florida con el Adelantado Pánfilo Narváez* (Biblioteca de Autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. *Historiadores primitivos de Indias*. I, pp. 517-548); y la segunda, más breve: « *Relación de Cabeza de Vaca, tesorero que fue en la expedición* » (C. D. I. Am. XIV, pp. 269-279). Las dos son la principal fuente de este capítulo.

ron pues del puerto cubano en dirección de la parte occidental de la Florida y fueron a desembarcar, el doce de abril, en las inmediaciones de la bahía de Tampa (7). Antes aún de proceder a la ocupación de la provincia que se extendía por los alrededores, fue reconocido el capitán por gobernador de aquella tierra.

Pertenecía esta a la tribu de Tocobaga, probablemente de la familia lingüística *timucuana*, conocida para nosotros en sus costumbres y manera de vivir, que ocupaba un territorio considerable en el norte de la bahía mencionada y, tal vez, la región del río Withlacoochee (Florida) (8).

Cerca de donde estaban ancladas las naves levantábase un pueblo al que muy pronto se dirigieron los de Narváez, deseosos de conocer a los habitantes. Estos, ignorantes de los pacíficos designios de los españoles, lo habían abandonado; aunque volvieron al siguiente día, amonestados, tal vez, por algunos mensajeros de paz, se mostraban descontentos de la importuna compañía: impresión muy natural en los floridanos, que no concebían tan fácilmente convivencia de dos tribus, sin sujeción de la una a la otra.

Una patrulla de soldados fue a explorar la tierra circunvecina que, de ningún modo les satisfizo. El natural desaliento se suavizaba con las noticias suministradas por los habitantes, de que en una provincia lejana de allí, Apalache, había gran cantidad de oro. ¿Era exacta la afirmación o únicamente se pretendía alejarlos del terruño? No quisieron sondear los españoles en la intención indígena, pues la región se les hacía antipática por la falta de mantenimientos y porque ni en sus costas había puerto para los navíos. Se pensó en seguida en una excursión exploradora. El grupo más nutrido, trescientos hombres además de los cinco misioneros, con cuarenta caballos, irían por tierra hacia el norte, mientras los navíos, con la demás gente y vituallas, bordearían la costa, en la misma dirección, para buscar acomodado puerto, pues ase-

(7) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1562, p. 177.

(8) HODGE, *Handbook...* «Tocobaga».

guraban los pilotos que el del río Panuco distaría de allí diez o quince leguas: opinión no muy explicable, cuando Pineda, pocos años antes, había examinado la costa, desde la bahía de Tampa hasta el Panuco, palpando la enorme distancia entre los dos puntos.

4. - No imaginando los grandes trabajos que les aguardaban, se proveyó cada uno de los de tierra con la escasísima ración de dos libras de bizcocho y media de tocino, para caminar quince días por desierto, sin ver indio alguno, ni casa ni poblado. Terminada ya los primeros días la misera porción, no hallaron cosa de comer sino palmitos silvestres, como los andaluces, que aparte del grato recuerdo y añoranzas patrias, de poco alivio serían para sus agotadas fuerzas, hasta que, atravesado el caudaloso río Suwanee (9) a nado y en balsas, en un pueblo de la opuesta orilla, pudieron satisfacer el hambre con el maíz de los campos, no sin antes vencer la resistencia indígena. Con los guías aquí habidos, recorrieron lo que les quedaba de la región occidental del territorio timucvano, y llegaron, el veinticinco de junio, al pueblo de Apalache, no lejos de la actual ciudad de Tallahassee, con la esperanza que allí terminarían sus trabajos, fiados en lo que los indios de Tocobaga les dijeran.

Apalache, pueblo de unas cuarenta casas pequeñas y bajas, de construcción semejante a la *timucvana* y colocadas en sitios resguardados, por temor a las tempestades que azotan aquella región, era el principal de la tribu del mismo nombre (10), perteneciente, como hemos dicho, a los potentes *muscogeanos* que ocupaban una enorme zona al este del río Misisipi. Su nombre, que significa pueblo de la otra orilla, de incierta etimología, parece ser de origen *choctavano*, con quienes, dentro de la gran familia *muscogeano* tenían más inmediatas relaciones lingüísticas. Sus pueblos más importantes se extendían por la región

(9) LOWERY, o. c. p. 148.

(10) HODGE, o. c. « Apalachee ».

comprendida entre las actuales ciudades de Tallahassee y San Marcos (Florida).

Las costumbres de los *apalaches* nos son conocidas por las comunes de los *muscogeanos*, y más especialmente por las de los *criques*, (es esta una de las tribus de N. América sobre cuya etnografía y constitución política más pormenores se nos han conservado en la tradición histórica), con quienes tendrían muchas analogías, entre otras razones, por la vecindad territorial.

Puesto que los *muscogeanos* empiezan con los de Narvárez el inmediato contacto que han de seguir con los posteriores conquistadores, hemos de esbozar un cuadro esquemático de las derivaciones de sus más importantes tribus (11).

5. - El apelativo *muscogeano*, a falta de otra opinión más fundada, puédesse suponer de procedencia *algonquiana*: pantano, fangal, tierra pantanosa, con que se hace alusión a la calidad de su extenso territorio que, en el este del río Misisipí, incluía las tribus de los *criques*, *choctauanos*, *chickasauanos*, *mobileanos*, *apalaches* y algunas otras.

Los *criques*, nombre que les dieron los colonizadores ingleses por los múltiples riachuelos del territorio habitado por los indígenas, constituían la tribu mayor de la común familia y se extendían por una gran parte de las actuales provincias de Alabama y Georgia. Sus más importantes residencias radicaban en las márgenes de los ríos Coosa y Tallapoosa, (los mayores tributarios del Alabama), en la provincia de Alabama, y en las de los ríos Flint y Chattahooche, de la provincia de Georgia. Conservaban una posición preponderante entre las vecinas tribus.

A su izquierda se desparramaban los *choctauanos*, en la región del medio y bajo Misisipí, abarcando, por consiguiente, casi toda la provincia de Misisipí, y parte de las de Alabama y Georgia.

Los *chickasauanos* que habitaban el alto Misisipí en la sección norte de la provincia del mismo nombre y en la

(11) O. c. «Muskhogeian Family».

de Tennessee, estaban íntimamente ligados con los choctauanos en lengua y costumbres, aunque al mismo tiempo fueran irreconciliables enemigos. Igual origen tenían también los *mobileanos*, situados en una porción no muy grande de la bahía de Mobile.

Dentro de una extensión tan grande, habían de existir marcadas desemejanzas físicas y culturales entre las diversas tribus *muscogeanas*: los *choctauanos*, por su parte, eran más bien gruesos y macizos; los *criques*, altos y bien formados. Aunque el espíritu de todos ellos era aguerrido, contentos los primeros con el producto de sus campos, se oponían en guerra defensiva contra las aspiraciones conquistadoras de sus vecinos, mientras los *criques* y más particularmente los *chickasauanos* eran agresivos. Esta bellicosidad general hacía que todos los pueblos fronterizos estuvieran protegidos con empalizadas, al mismo tiempo que los del interior se hallaban sin ese aparato de fortificaciones. Dada la fertilidad de los campos podían ejercitar la agricultura provechosamente; sin necesidad de emigrar a otros países para buscar comida, sus pueblos se mantenían estables.

Sus sistemas de gobierno han sobrevivido casi exclusivamente en la tradición crique. El clan exógamo formaba la unidad de la estructura política y social. El fallo en los pleitos y el castigo de los crímenes pertenecían a los miembros del respectivo clan, aunque el acusado podía presentar instancia ante las autoridades del pueblo o tribu. El pueblo con sus varios clanes, y muchas veces una posesión aneja, se regía por un gobierno independiente, cuya sede oficial eran cuatro edificios, de igual tamaño, orientados hacia los cuatro puntos cardinales y colocados en los ángulos de un cuadrado, análogo al que vimos en el territorio *chicorano*. El pabellón oriental, sede de los jefes consejeros, se destinaba probablemente a la sección administrativa; el del sur a lo que actualmente llamaríamos ministerio de guerra; el del norte a las autoridades inferiores o auxiliares y el del oeste, entre otras cosas, para guardar los atavíos de guerra y ornamentos usados en las ceremonias de la bebida ne-

gra (12), rito este último al que recurrían los indios para las purificaciones prescritas o antes de las deliberaciones conciliares, por la excitación nerviosa que producía.

Incumbencia de este gobierno eran los negocios particulares referentes al pueblo, en los que muchas veces cabía recurso al de la *confederación*, alianza de varias tribus con relaciones de sangre reales o ficticias, para fin político. Este gobierno más universal tenía como fin primordial la defensa mutua de las entidades conferadas y constaba de un consejo, en el que estaban representados delegados de todos los pueblos y cuya elección se hacía anualmente en tiempos y lugares determinados o en otras ocasiones requeridas por el cacique o mico. El voto de las diferentes delegaciones era únicamente consultivo.

Sobre todo la política militar había adquirido entre los muscogeanos mayor desarrollo, por el continuo peligro en que las tribus estaban de ser atacadas por los enemigos limítrofes. Especialmente los pueblos *criques* se clasificaban en dos categorías, *blancos o de paz*, de cuyo régimen se encargaban casi exclusivamente oficiales del gobierno civil, y *rojos o de guerra*, que estaban bajo la jurisdicción inmediata de jefes militares.

El cuadrado en el que se levantaban los diversos ministerios era también el lugar consagrado para el culto público del sol y de otros espíritus inferiores, encarnados en seres animados o inanimados. Allí se tenían juegos y danzas a los que acompañaban ceremonias religiosas; el *busk* o la ofrenda de los primeros frutos, importante institución que sustancialmente existía en la mayoría de las tribus americanas. En su celebración, animada igualmente de danzas y juegos, producíase el primer fuego con el que se encendían los de la ciudad, se perdonaban los pecados, excepción hecha del asesinato, y se daba comienzo al año nuevo.

Para los ritos purificadores eran elementos indispensables la bebida negra, anteriormente mencionada y los suda-

(12) Llamada así por los ingleses, debido a su color. Se hacía con hojas del « *ilex cassine* », hervidas en agua. Su efecto era un trastorno semejante al de la borrachera (Hodge, *Handbook*... « Black drink »).

deros, refugios semiesféricos u ovalados, con una pequeña puerta y capacidad para algunas personas, recubiertos generalmente con pieles, para que se mantuviera constante, en el interior, el calor producido con vapor de agua. En ellos se encerraban por varias horas los penitentes, mientras el hechicero acompañaba con cantos la ceremonia.

La deformación de la cabeza parecen haberla practicado en cierto grado todas las tribus *muscogeanas*.

Las principales lenguas de la gran familia, cada una con sus diferentes dialectos, eran el *muscogeano*, de la mayoría de los criques, el *hitchiti*, de los mismos *criques* meridionales, y tal vez, de los *apalaches*, el *choctauano*, de la homónima confederación y de los *chickasauanos*.

Es muy difícil dar aun aproximadamente el número de los indígenas de que tratamos, en la época de su primer encuentro con los españoles; algunos les hacen ascender a unos cincuenta mil, cifra ciertamente que no parece exagerada.

6. - Entrados los de Narváez en el pueblo de Apalache, sólo hallaron mujeres y niños que, alarmados por la repentina invasión, enviarían a llamar a los hombres ocupados en las faenas del campo. Llegados estos a sus casas, les faltó tiempo para empuñar sus arcos y flechar a los invasores que, provistos de mejores armas, muy pronto se hicieron dueños del pueblo, obligando a los habitantes a abandonarlo. Los veinticinco días que permanecieron allí los españoles, no se avinieron los naturales a una convivencia pacífica, sino que se mantuvieron en actitud constantemente hostil. Situación tan precaria no había de durar mucho tiempo, porque, en algunas salidas que se hicieron para explorar la tierra, se halló muy pobre de gente y difícil de andar, por los muchos montes, pantanos y malos caminos. Ni la información de los indígenas era más halagadora: más adelante había menos gente, más dispersa y más pobre, grandes lagunas, espesos montes y desiertos; así que, decidieron los expedicionarios dirigirse hacia la costa, donde, según los mismos indios, estaba el pueblo de Aute, probablemente de la misma tribu,

abundante en víveres. ¿ No se les quería acercar al mar, para que en sus naves emprendieran el viaje a países más remotos?

7. - Nueve días tardaron en llegar al señalado lugar, en las cercanías de la actual ciudad de San Marcos (13) (Florida); del pueblo sólo quedaban casas quemadas y abandonadas. Fácil era suponer que mensajeros venidos del primer pueblo hubieran pintado a los naturales con negras pinceladas el saqueo y ruina que les amenazaban, y los dirigentes de la tribu resolverían oponerse por todos los medios a la invasión extranjera. El sacrificio para los de Aute era no pequeño, pues alejados de su terruño, o recibían hospitalidad entre sus hermanos los de Apalache, o más probablemente, desprovistos de lo que sus campos les daban, debían andar errantes a merced de la caza y pesca.

Bien pronto dieron cuenta los fatigados expedicionarios del abundante maíz, frisoles y calabazas de Aute; después de poco tiempo, hubieron de continuar el camino del próximo mar, en situación trágica, pues ni los caballos bastaban a llevar los enfermos, que eran un tercio de la expedición, y por momentos crecía su número, con el consiguiente malestar y descontento. Los que podían hacerse con un caballo se huían secretamente, con la ilusión de buscarse remedio, hasta que, por las instancias de los más fieles, desistieron de tan descabellados planes. Ya en la orilla del mar, se enviaron por la costa patrullas por si divisaban las naves que desde la bahía de Tampa habían partido, hacia el norte, en busca de puerto; no se pudo recoger el menor indicio. Sin medios para salir de *tan mala tierra*, resolvieron finalmente hacer navíos, solución que en un principio les pareció utópica, pues ni los sabían hacer, ni tenían instrumentos ni material, y sólo la habilidad e iniciativas desperdadas en circunstancias tan desalentadoras, debían vencer dificultades insuperables.

El cuatro de agosto comenzaban los trabajos y el veinte de septiembre estaban terminadas cinco barcas, de veintidós codos, cada una, después de estrujar sus haberes

(13) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 186.

y los de las cercanías, para suplir los necesarios elementos de las embarcaciones. Felizmente los pinos de los vecinos bosques darían abundante madera; con el alquitrán de los mismos, un griego, por nombre Teodoro, hizo pez. Las palmas suplieron la estopa, con lo que se pudieron calafatear y brear las construídas naves. Con las mismas palmas y las colas y crines de los caballos se hicieron maromas y jarcias; de las camisas, las velas, y de las sabinas que abundaban en la región, remos. Desolladas las patas de los caballos fácilmente se convirtieron en botas para llevar el agua. Durante todo este tiempo de febril faena, el maíz recogido en los campos de Aute, contra la oposición de los indígenas, y la carne de los caballos, manteníanles las fuerzas. El veintidós de septiembre se comió el último caballo y los saqueados campos de los alrededores les darían el último resto de víveres para la difícil jornada que todavía les quedaba. El mismo día, jubilosos los ánimos, con el fulgor de esperanza que, entre tantas desventuras, se les abría, arrastraron las naves hasta la orilla del mar. Durante la botadura una inquietud preocupante contrajo todos los rostros, que bien presto recuperaban su aspecto risueño al verlas flotar seguras entre las ondas.

8. - Esta clase de empresas, más que para fin colonizador eran para probar el temple férreo de soldados aventureros, pues murieron en ella de enfermedad y hambre más de cuarenta, además de los que los naturales mataron con sus flechas.

Sus ilusiones de riquezas, de fértiles tierras no podían satisfacerse ante las miserables realidades de la Florida. Desembarcados apenas junto a la bahía de Tampa, y palpada la pobreza del primer pueblo, pidió Narváez al escribano hiciese constar que, por falta de mantenimientos y de puerto, levantaba la colonia, para ir en busca de mejor paraje (14). La misma escasez, más o menos, se fue sintiendo en los demás, además de que los indígenas no podían mostrarse favorables para una empresa de carácter casi exclusiva-

(14) *Naufraios...* c. IV, p. 519 s.

mente militar: de esta suerte el fin colonizador quedaba completamente frustrado. La intervención de los misioneros apenas aparece en las dos relaciones de Cabeza de Vaca. El padre comisario Juan Suárez participa en algunas deliberaciones con el gobernador y otros oficiales sobre decisiones que se habían de tomar en trances difíciles; su labor se reduciría únicamente a levantar el ánimo de los soldados y asistir a los muchos que morían en el camino.

9. - Los tripulantes de las cinco naves emprendían la ruta del oeste, ilusionados con llegar presto a la desembocadura del Panuco o hallar en el camino las que despidieran en Tampa. En la del gobernador montaban cuarenta y nueve, otros tantos en la del contador y comisario, uno menos en la de los capitanes Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, cuarenta y siete en la de los capitanes Téllez y Peñalosa y dos más en la del veedor Cabeza de Vaca. Con el peso de los apretados navegantes, que no se podían menear, iban tan hundidas que apenas dejaban ver « un gema de bordo fuera del agua » (15); para remate de tan temeraria aventura, no tenían ningún reconocido piloto. Impacientes por llegar al suspirado término, harían sólo los imprescindibles desembarcos para abastecerse de agua y víveres; así llegaban, sin infortunio alguno, a la desembocadura de un gran río, el Misisipí, que entraba en el mar de avenida. Atravesadas sus corrientes, todavía siguieron por algún tiempo imperturbados, hasta que un fuerte viento de norte les arrastró mar adentro, donde prosiguieron su camino por dos días, afanosos por acercarse a la playa. Una noche cerrada que les sobrevino, dispersó las naves que, en adelante, se vieron a merced de las olas, sin que los remeros pudieran sacar fuerzas de sus agotados cuerpos para vencerlas. La de Cabeza de Vaca se vio malamente lanzada a una isla, la actual Galveston, costa de Texas, en la que se salvaron afortunadamente todos. Por los muchos infortunios en ella padecidos, la llamarán después Mal Hado. Se salvó igualmente la de los capitanes

(15) *O. c. c.* VIII, p. 523.

Alonso del Castillo y Dorantes en una orilla de la tierra firme, vecina a la isla. Las tres restantes desaparecieron en la costa o entre las olas, muriendo todos los tripulantes ahogados o de hambre, o a manos de los indios.

10. - Poco podían alegrarse los sobrevivientes náufragos con su suerte, pues, tal vez, les aguardaba muerte más terrible entre los *karankauanos*, aunque de ellos, en un principio, recibieran benigna acogida. Con tal temor, intentaron los de Cabeza de Vaca rehabilitar la barca, que había quedado hundida en la arena, lo que consiguieron después de enormes esfuerzos. Montados en ella, una ola la volcó y hundió para siempre, mientras los que la ocupaban, a excepción de tres, se salvaron, gracias a las sacudidas del mar que los arrojaron a la orilla desnudos. En tan miserando estado merecieron la compasión de los indígenas que los acogieron en sus casas.

Fue esta la ocasión para conocer el paradero de sus compañeros salvados en las cercanías de la tierra firme. En el primer encuentro, trágico por el ambiente que lo envolvía, aunque disimulado por la alegre sorpresa, resolvieron adobar la maltrecha nave restante y partir los que se sintieran con fuerzas; los demás se repondrían de su debilidad entre los indígenas, y emprenderían después el viaje hacia el Panuco, a lo largo de la playa, donde les podría recoger alguna nave española. La castigada nave defraudó muy pronto las fútiles esperanzas, porque, puesta en el agua, se hundió inmediatamente.

Sin amparo alguno, se veían forzados a convivir con las tribus de los *karankauanos*, nombre que parece haberse aplicado a las familias confederadas del sur del estado de Texas, entre las bahías de Galveston y Padre (16); y en más íntimo contacto con los habitantes de la reducida isla de Mal Hado, pertenecientes a dos familias lingüísticas diversas, *couques* (17) y *haneses*. Eran todos estos indí-

(16) HODGE, *Handbook...* « Karankawa ».

(17) O. c. « Coaque ». Las principales noticias sobre estas tribus las encontramos de los *Naufragios...* pp. 528 ss.

genas, por lo general, altos y bien dispuestos, de instintos brutales y astutos en la guerra. Tan sólo las mujeres defendían su pudor más rudimentario con cueros de venados. Llevaban los hombres uno o los dos pechos atravesados con cañas del grosor de dos dedos, y el labio inferior con otra de medio. En su alimentación dependían de la pesca y de las raíces que se criaban en los cañizos o pantanos; cuando estas se terminaban, vagaban por los montes tras de la caza o de las sabrosas tunas, grandes como huevos, bermejas y negras, que constituían su exclusivo sustento durante tres meses. Satisfechos en este tiempo del exquisito y abundante regalo, día y noche se entregaban a fiestas y francachelas. En épocas de más carestía, echaban mano de las arañas, huevos de hormiga, gusanos, lagartijas, salamanquesas, culebras y víboras. Esta subordinación a tan variados recursos, hacía que sus casas fueran fácilmente trasportables y sustancialmente constaran de cuatro arcos, de los que pendían toscas esteras o cueros de venado.

Semejante carácter de agreste libertad estaba en consonancia con la licencia civil y moral de los indígenas (18). Sin caudillo que los coartase, los más destacados de los diversos clanes aplicarían penas a los culpables. Según parece, los verdaderos árbitros eran los hechiceros, por su misterioso ascendiente entre aquellas tribus, debido al absoluto poder que se les atribuía en lanzar los malignos espíritus y en la cura de las enfermedades, a cambio de una no escasa retribución de los familiares de la víctima. De tan sumisa veneración se prevalían los hechiceros para la disolución más desenfrenada, con dos o tres mujeres que se les permitían, cuando a los demás se les reconocía una sola. Los cadáveres de estos hechiceros, a diferencia de los otros, que se enterraban, quemábanse entre fiestas y danzas, y el polvo de los calcinados huesos, lo tomaban sus parientes con agua, en las honras que de nuevo se les hacían para conmemorar el aniversario de su muerte.

(18) Expresamente nos dice CABEZA DE VACA: « no hay entre ellos señor » (*Naufragios...* p. 529).

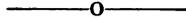
En la vida familiar, una vez contraído matrimonio, todo lo que el marido pescaba o cazaba lo entregaba, por medio de su mujer, al suegro, quien se encargaba de pasarles la necesaria comida, sin que pudiera comunicarse con el yerno; a las mujeres permitíaseles tratar libremente con los parientes. Hasta tener descendencia, pequeñas discordias ocasionaban la separación de los casados, lo que, en modo alguno, acaecía, apenas la tenían. El cariño por los hijos estaba tan profundamente arraigado, que al morirse alguno, llorábanlo los padres, parientes y pueblo, con grandes muestras de dolor.

No era sin embargo general entre los *karankauanos* amor tan entrañable por los hijos. Los *mariameses*, que habitaban probablemente las proximidades de la bahía de Matagorda, los abandonaban, los mataban o los entregaban a los perros, por sueños que sus padres habían tenido de desgracias que les sobrevendrían o por no darlos en casamiento a otras tribus, a todas las cuales consideraban como enemigas, no siéndoles por otra parte permitido casarlos dentro de la suya. Los que se casaban compraban su compañera entre los enemigos, por un arco y dos flechas, o por una red de pescar. No era extraño, que del fruto de tales enlaces se desentendieran por una nonada y terminaran por separarse. A los *mariameses* y a los *iguaces*, sus vecinos, atribúyese Cabeza de Vaca grande desprecio de los ancianos y de la dignidad de la mujer, sobre las que pesaban las más duras cargas.

El culto idolátrico del sol subsistiría con las modalidades generales de las demás tribus. La degenerada conducta moral de los indígenas no se cohibía ante los más nefandos hechos antinaturales, mostrando además una refinada crueldad contra sus enemigos y aun contra sus compatriotas.

11. - A tribus tan bárbaras se vieron confiados los pobres náufragos, de los que no pocos murieron, por efecto de los malos tratamientos, o a manos de los indígenas, y algunos fueron sacrificados, para servir de comida a sus compañeros en tan extrema necesidad. Sólo cuatro sobre-

vivieron, Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y *el moro* Estebanico, gracias a la veneración que se conquistaron entre los naturales, por su afortunada suerte en curar los enfermos. Después de más de seis años de durísimo cautiverio, atravesaron las regiones de Texas y Nueva España, para llegar a la ciudad de México el veintitrés de julio de 1536, de donde, el diez de abril del siguiente año, salían para la península ibérica Cabeza de Vaca y Dorantes y tomaban tierra en Lisboa el nueve de agosto.



EXPEDICIÓN DE HERNANDO DE SOTO

SUMARIO: — 1. Las capitulaciones de 1537. — 2. En la Habana. — 3. En la región de la bahía de Tampa: Tocobaga (1539). — A Apalache: combates en la provincia de Yustaga. — 5. El invierno en Apalache (1539-1540). — 6. A través de los criques. — 7. Coñitachique. — 8. Hacia Kusa. — 9. Entre los mobileanos: sangriento combate. — 10. Nuevamente hacia el interior: el invierno de Chicaza (1540-1541). — 11. En las orillas del Misisipi. — 12. Los campamentos invernales de Autianque (1541-1542); muerte de Soto. — 13. Los navegantes del río Misisipi. — 14. Intentos de la expedición.

1. - Aún estaban recientes en España las noticias de la catástrofe de la expedición de Narváez, cuando en 1538 zarpaba otra del mismo puerto de Sanlúcar, con cinco naves y seiscientos hombres, (entre ellos no pocos hidalgos y algunos clérigos), organizada y capitaneada por Hernando de Soto, a quien acompañaba la fama de sus anteriores proezas en Castilla del Oro y Nicaragua, y el título de teniente de capitán general con que Pizarro le distinguiera en el Perú (1).

La habían precedido las capitulaciones habituales, firmadas por el emperador en Valladolid, veinte de abril de 1537, según las cuales, debía Soto conquistar y poblar desde el río de las Palmas hasta la Florida, cuya gobernación había estado, poco antes, encomendada a Narváez, y las tierras confiadas a Ayllón (2); además de los títulos de gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor de doscientas leguas de costa que señalaría el mismo descu-

(1) RUEF, *Geschichte des Zeitalters...* p. 411.

(2) *C. D. I. Am.* XXII, pp. 534-546.

bridor, recibía el de gobernador de Cuba, para facilitar los trámites y provisión de la conquista floridana; la distribución de los indios por encomiendas la haría el mismo Soto, según instrucciones de la corte, y a su cuenta correría también el flete, matalotaje y mantenimiento de las personas religiosas o eclesiásticas, señaladas por la corte, para la instrucción de los naturales.

De los tesoros de los caciques, continuaba la instrucción de Carlos V, se separaría una quinta parte para la hacienda imperial, y del resto, una sexta para el emperador, repartiéndose lo demás entre los conquistadores, pues eran grandes los trabajos y peligros a que estos se exponían; de las alhajas que se hallaran en las sepulturas y templos indígenas o en otros lugares destinados para los sacrificios de los ídolos, la mitad sería para el emperador, y la otra mitad para el que hubiera descubierto, siendo excluido el que no las denunciara de la participación en el fruto del hallazgo y castigado con la pérdida de todos los bienes (3).

2. - El siete de junio desembarcaban los expedicionarios en el puerto de Santiago (4). A mediados de septiembre seguía el gobernador con algunos capitanes y caballeros por tierra hacia la Habana; veinte días antes habían partido las naves, en la misma dirección, con los soldados de la armada.

Para asegurar el éxito de la empresa, había despachado el adelantado, por navidad, un capitán con una carabela, un bergantín y una canoa grande, para buscar seguro puerto en la Florida e informarse de la calidad de la tierra a él confiada (5). Provisto además con la gobernación cubana, pudo efectuar en grande escala y con relativa rapidez los demás preparativos. El dieciocho de mayo del siguiente año 1539, desde la capital cubana informaban los oficiales imperiales de la Florida a Carlos V de la inminencia de la partida; constaba la expedición de cinco

(3) *O. c.* XXII, p. 544. Véase lo que en esta parte determinaba la legislación de Indias (*C. D. I. Ultramar*, XXIV, p. 42s.).

(4) *C. D. I. Ultramar*, VI, p. 33.

(5) *O. c.* pp. 50, 55s.

naos gruesas, dos carabelas y dos bergantines, doscientos treinta y siete caballos, con algunas dobladuras, trescientos treinta peones, numerosos marinos, para los que se habían recogido más abundantes mantenimientos que de España pudiera sacar armada alguna (6). Los misioneros que los acompañaban eran cinco, representación de los dominicos, franciscanos y trinitarios (7).

3. - Llegados el veinticinco de mayo, día de Pentecostés, a uno de los puertos occidentales de la bahía de Tampa (8), (al que por la concurrencia litúrgica llamaron del Espíritu Santo), desembarcaron seiscientos veinte hombres con doscientos veintitrés caballos. Algunos días después, tres de junio, con la acostumbrada ceremonia religiosa, ante las recelosas miradas de los *tocobagas* que, algunos años antes, habían contemplado análogo espectáculo con la expedición de Narváez, tomaban posesión de la tierra, en nombre del emperador. Para dicha suya, hallaron entre los indios un sobreviviente de los de Narváez, Juan Ortiz, natural de Sevilla, que conocedor de la lengua indígena y hecho a las costumbres de estos, les ayudaría en los primeros requerimientos, y después les serviría de guía y de intérprete.

(6) O. c. p. 55.

(7) LÓPEZ, O. F. M. *Fr. Jerónimo de Oré, franciscano...* p. 9.

(8) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 219. Tenemos cuatro relaciones principales sobre esta expedición, de cuyos autores, tres tomaron parte en ella. La *primera*, del hidalgo Rodrigo Ranjel, que FERNÁNDEZ DE OVIEDO incluye o al menos sigue en su historia (*Historia general...* I, lib. XVII, cc. XXI-XXVIII); la *segunda*, del factor de la expedición Luis Hernández de Biedma, que fué presentada al Consejo de Indias por su autor (*C. D. I. Am.* III, pp. 414-441); la *tercera*, del portugués gentilhombre D'ELVAS (*Relação do Descobrimento da Florida...*), relaciones que en lo sustancial tienen la apariencia de muy verídicas. Con todo es muy verosímil que Fernández de Oviedo haya recargado algunas noticias contra Hernando de Soto, por quien no parece demostrar mucha simpatía. La *cuarta*, del inca GARCILASO DE LA VEGA (*La Florida del Ynca. Historia del Adelantado Hernando de Soto...*), quien no participó a la expedición, sino que, venido a España en 1560, preparó su historia aprovechando las memorias de dos soldados, compañeros de Soto en la Florida; tuvo además información oral de uno de los oficiales de la expedición. LOWERY, (*The Spanish Settlements...* 1513-1561, Appendix N, pp. 458-461) la califica de ampulosa, difusa, exagerada, extravagante y poco crítica.

Más o menos se repetirían los episodios e impresiones de la frustrada empresa última. Permanece el gobernador en el pueblo y se dispersan algunos grupos por los alrededores, por si hallaban tierra más fértil, que desgraciadamente no se halló. Ortiz, que, sin peligro de engaño, podía informarlos, aseguraba que más allá de las diez leguas, no tenía noticia alguna de riquezas; únicamente había oído que a unas veinte o treinta, vivían Paracoxi y Hurriparacussi, a los que daban tributo todos los pueblos de la región. Los poderosos caciques mencionados no eran, probablemente, sino el jefe y el caudillo guerrero, respectivamente, de la provincia de Tocobaga (9). Con ganarles para su causa, adelantaban los españoles no poco en la proyectada colonización, además de que las tierras habitadas por los influentes caudillos fácilmente serían las más ricas de la región. Dejó Soto veintiséis de a caballo y sesenta peones al cuidado de las dos carabelas y de los dos bergantines, (las naos las había ya despachado para la Habana), y con todos los demás, emprendió la marcha hacia el noroeste, quince de julio, para entrevistarse con los dos poderosos caciques, lo que no le fue posible, a pesar de los varios mensajes enviados.

4. - Las ciénagas y ríos de la región *timucuana* dificultaban la marcha; y el escaso sostén de sus provisiones, las raquíticas frutas y raíces que ansiosos rebuscarían por los zarzales del camino, y los pocos víveres de los campos incultos y salvajes, se hicieron sentir en el agotamiento y debilidad de los soldados, durante unos veinte días de forzada marcha, hasta que, a principios de agosto, llegan a la provincia de Ocale, probablemente en las inmediaciones de la actual ciudad de Ocala, condado de Marión, (Florida) (10). Allí pueden infundir vigor a sus fuerzas con el maíz y frisoles de los campos y casas y con los perrillos (11)

(9) HONGE, *Handbook...* «Tocobaga».

(10) *O. c.* «Olagale».

(11) Dice FERNÁNDEZ DE OVIEDO de estos perrillos (*Historia general... I*, lib. XVII c. XXV, p. 562): «Estos son unos perros pequeños que no ladran. e los crían en las casas para los comer».

que recogen por las chozas. Después del obligado descanso de unos siete u ocho días, en los que se procuraron vituallas, (que no podrían ser abundantes para la dura brega que todavía les aguardaba), e indios que los guiaran a la famosa provincia de Apalache, reanudaban su expedición, con los fuertes calores de mediados de agosto, algo suavizados por los gratos ensueños despertados en su fantasía al recuerdo de aquella provincia, como en otro tiempo se suscitaban entre los de Narváez.

No podían los de Ocale mostrarse indiferentes al saqueo de sus escasos recursos y a la separación de muchos de sus compañeros, arrastrados por los visitantes; aunque inferiores en número y en armas, hostigaban a los expedicionarios con emboscadas y no pocas veces caían algunos de estos heridos y aun muertos por las certeras flechas.

En Aquacalecuen, pueblo igualmente *timucvano* de las cercanías del río Suwannee (12), oeste de la Florida, a donde llegaban algunos días después, se repetía la caza de indios, con el agravante más sensible para los naturales, de que esta vez tocaba la infausta suerte, entre otros, al cacique y su hija. Si para los que andaban perdidos en intrincados senderos, montes y bosques, eran estos medios indispensables para su orientación, la manera afrentosa con que trataban a los prisioneros, atándolos con cadenas y collares (13), y sometiéndolos a castigos, incluso el aperreo, denigraba a los fautores e imposibilitaba la obra colonizadora. Sobre todo, con la captura de los caciques, aunque para los españoles tuviera la inmediata utilidad de que a las instancias forzadas del caudillo, franca o veladamente prisionero, no escatimaran los súbditos dones ni víveres, se hería notablemente el amor de tribu de los indígenas con la consiguiente aversión.

(12) HODGE. *Handbook...* « Aquacalecuen ».

(13) Afirma FERNÁNDEZ DE OVIEDO (*Historia general...* I. c. XXV, p. 555), que salidos de Iviahica y llegados al río Capachiqui, « tomaron las cadenas en que traían los indios con unas SS de hierro recias juntadas: e fechas una cadena de todas, ataron... »; y en Coste (*l. c. c. XXVI, p. 564*) prendieron el cacique y doce principales » e pusieronles en cadenas con colleras... ».

Con semejantes trofeos abandonaban Aquacalequen; después de pocos días, mediados del mismo mes, entraban en la provincia o tribu de Yustaga que se esparcía entre las cabeceras del río Suwannee, norte de la Florida (14). Habían llegado ya allá las noticias de la incursión extranjera, y confederados los naturales, tal vez, con la tribu a la que pertenecía el jefe prisionero, querían dar un golpe de mano para arrancar a los expedicionarios la distinguida presa.

Efectivamente, en las inmediaciones de Napetaca (15), pueblo muy alegre, posición pintoresca y de abundantes provisiones, habíanse juntado siete caciques de la vecina comarca, con los guerreros que cada uno pudo juntar. Simulando un mensaje de paz invitaron a venir a su campo al gobernador español, quien, naturalmente, dudoso de la buena intención de los caudillos, avanzó a donde estos estaban, rodeado de una escolta de soldados y un piquete de caballos; muy pronto se vio cercado por los indígenas que blandían sus arcos y flechas. Los españoles, a aquella señal de combate, se lanzaron ávidos a la pelea, que duró por mucho tiempo, hasta que los indios hubieron de acogerse a la huida que les fue imposible, y quedaron prisioneros trescientos con cinco o seis caciques.

El pánico que se extendió por la región fue enorme. Al atravesar ya los siguientes pueblos *timucuanos*, los hallan casi despoblados. No renunciaban, sin embargo, los españoles a los rancheos por los montes, en los que recogían alguna gente que, mal a su pesar, habían de seguir a los expedicionarios para llevar las cargas de estos. Así llegaban, a fines de septiembre, al último pueblo *timucvano*, Aquile, noroeste de la Florida, para entrar en seguida en Ivitachuco, (tal vez en las cercanías de la actual Wacahotee) (16), tribu apalache.

Sus indígenas, que tan helicosos se mostraran con los

(14) HODGE, *Handbook.*, « Yustaga ».

(15) *O. c.* « Napetaca ».

(16) *O. c.* « Ivitachuco ».

de Narváez, prometían no serlo menos con los de Soto, pues incendiaron el pueblo, apenas vieron acercarse a estos.

5. - Deseaban los exploradores de tierra verse con los de las naves, que habían quedado junto a la bahía de Tampa, antes de emprender el viaje hacia el interior de la Florida. Envía el gobernador al capitán Juan de Añasco, con treinta de a caballo, a llamarlos mientras con los suyos se dirigía a la costa del mar, para juntarse a las barcas que habían de subir por la orilla. El encuentro se hizo precisamente donde la anterior expedición construyera las embarcaciones, en las inmediaciones de Aute; allí decidieron pasar todos juntos el invierno que comenzaba a hacerse sentir. No era tan trágica su condición como la de los exhaustos compañeros de Narváez, además de que las provisiones traídas por las naves serían no escasas. ¿Aprovecharían la ocasión que les brindaban las circunstancias, para captarse la amistad de los naturales? Las obligadas entradas por la tierra, en busca de los productos campestres, y aun por las casas de Aute y de la región, con la natural disminución de las reservas indias, motivos eran bastantes para enajenar las voluntades de los naturales. Estos se mantuvieron constantemente enemigos de los visitantes. De esta suerte no podrían los misioneros insinuarse con los indios, por más que lo intentarían.

6. - Levantaban los españoles sus campamentos de invierno a principios de marzo de 1540. Las carabelas y bergantines irían con el capitán Maldonado a la Habana, para volver de nuevo a la bahía de Tampa y esperar a los de tierra; estos con el gobernador toman la dirección norte. Allí, según decía uno de los indios, existía una region gobernada por una mujer, a la que muchos señores le eran tributarios y le ofrendaban preciosos vestidos y oro abundante, sacado de la minas de las cercanías; la ciudad donde residía era de maravillosa grandeza. Fácilmente soñaría Soto con una princesa, semejante en riquezas al prepotente cacique Atabaliba que años atrás apresara en el Perú, para enriquecerse con sus tesoros; fantásticos ensueños de que se contagiarían los soldados, para entrar afanosos en la región

crique, cuyas costumbres e ideología nos son ya conocidas y seguir hasta Cofitachique, ciudad aludida por el indígena, en la orilla izquierda del río Savannah, Carolina del Sur (17).

Hasta llegar a la risueña capital, harían tan sólo las necesarias estaciones, para abastecerse de comida y renovar los peones, guías e intérpretes; extraña carabana que infundía más temor que curiosidad a los naturales. Sus compatriotas, atados con cadenas, acompañaban a los expedicionarios de rostros demacrados, crecida y desordenada barba, desgredados cabellos, rotos y embarrados los vestidos por las malezas y cerrados bosques o por las ciénagas y ríos que interrumpían el durísimo camino. A estas fatigas se añadían los continuos ataques de los indios, y más cuando algún grupo se extraviaba por los montes o por el cansancio quedaba rezagado; agresiones que añadidas al enorme desgaste y agotamiento de la penosa brega, habían de producir en los caminantes exagerada irritabilidad que se desfogaba contra el indígena.

Después de unos quince días, veinte de marzo, daban vista al pueblo de Toalli (18), habitado por los *criques*, en la región suroeste de la Georgia.

A las miserables chozas, cubiertas de heno u hojas de palma de la región recorrida, sucedían otras, mejor aderezadas, con tejados de cañas, un horno adjunto por fuera para cocer y, muy cerca, una garita o barbacoa, con paredes de madera, suelo y techo de cañas, para guardar la cosecha de los campos. Sobre las casas ordinarias se señalaban unas pocas mayores del jefe y principales, balcón grande en la fachada, y delante del edificio asientos de madera y cañas, destinados, sin duda, a las reuniones del cacique con sus consejeros; junto al mismo edificio, la acostumbrada barbacoa, mayor que las de la gente común, en la que se depositaban los tributos de los súbditos.

Tal era el aspecto del que podíamos llamar pueblo veraniego, con cuyas ligeras moradas veíanse confundidas

(17) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 228.

(18) HODGE, *Handbook...* « Toalli ». La relación la entresacamos principalmente de D'ELVAS (*Relação do Descobrimento da Florida...* p. 36s).

otras más sólidas, con paredes de barro y puerta estrecha, para mejor conservar el calor que dentro se hacía con unas pocas brasas, donde los naturales pasaban las noches de invierno.

Durante él, igualmente estaba más provisto el vestuario de los indígenas. A las indias caíales por los hombros una manta, hecha con cortezas de árboles e hierbas entretejidas y apelmazadas, que les dejaba libre el brazo derecho, y otra desde la cintura, mientras los indios se contentaban con la de los hombros. Para proteger el pudor natural, tenían estos el habitual cuero de venado, del que hacían igualmente las toscas sandalias, mantas y cueros teñidos con los más caprichosos colores.

Dos o tres días en Toallí dieron a los españoles el necesario descanso, algunos viveres e indios de relevo.

Más al nordeste, y separada por unos días de camino, estaba Chisi (19), donde, según oportunamente observa la relación de Oviedo, recibieron los primeros dones en señal de paz, cueros y mantas de la tierra: manifiesto síntoma de la resistencia que la colonización hubiera hallado en las provincias *timucuanas* y *criques*, aun caso de haberla pretendido más sosegadamente.

Aunque los conquistadores, con el desgaste físico y moral por los largos caminos y continuas privaciones, olvidaban algunas veces las sabias normas que recibieran de la corte sobre el fin evangelizador de las expediciones y el buen trato a los indígenas; otras hacían honor a tan prudentes instrucciones. Así, no dejó de aprovechar el adelantado la oportunidad de preguntarle uno de los mensajeros del pueblo, en correcto castellano, ¿quién eres, qué quieres, a dónde vas?, para notificarle, según el obligado requerimiento, la misión que traía de parte del rey de España: Venían a predicarles la doctrina de Jesucristo y su conocimiento, la obediencia y sujeción, en lo espiritual, a la Iglesia de Roma y a su cabeza, el vicario del mismo Jesucristo, y en lo temporal, al emperador. En no pocos

(19) HODGE, *Handbook...* « Chisi ».

de los pueblos se repetirían estos atisbos de evangelización, que en ocasiones se acompañaban con la erección de una cruz en alguno de los cerros del pueblo, y la explicación, por medio del intérprete, de su santidad. Se terminaban estos actos con la adoración, por parte de los españoles y de los indios, de la sagrada insignia.

Lástima grande (y esto hemos de señalarlo a fuer de imparciales) que debido a las circunstancias en que se llevaban a cabo las empresas floridananas, este símbolo de paz y redención contrastara no poco, a las veces, con el recuerdo desfavorable que quedaba en los mismos pueblos, al exigirles inexorablemente mantenimientos, indios de carga e intérpretes, y sobre todo, con el injusto trato dado a estos.

Seguían, de esta suerte, los españoles con indecibles trabajos, a través de las regiones de la Georgia, dejando en pos de sí no pocos que sucumbían a los sufrimientos y cansancio o a las saetas indígenas. Los mismos guías aumentaban estos padecimientos, haciéndoles extraviarse por aquellas intrincadas veredas, hasta que, al anochecer del último día de abril, llegaban a la orilla del río Savannah. De la otra parte estaba el pueblo tantas veces soñado de Cofitachique, tribu que generalmente se supone de la familia muscogeaana (20). Allí esperaron hasta la mañana siguiente para hacer la solemne entrada.

7. - Esta se les preparó mejor de lo que hubieran podido imaginarse. A los primeros rayos de un espléndido sol de primavera, vieron que entre los frondosos nogales y morenas de las opuestas márgenes avanzaban grupos de indígenas. Entre ellos divisaron muy pronto una india llevada en andas, cubiertas de blancos tapices, por los que dedujeron serían los principales del pueblo. Llegados estos a la orilla, montaron en una canoa, para ir al encuentro de los expedicionarios. La que muy pronto se dio a conocer

(20) O. c. « Cofitachique », « Yuchi ». En el citado *Handbook*, palabra « Cofitachique », a estos indígenas se les cree de familia muscogeaana, mientras en la « Yuchi », de esta última familia: hecho muy explicable, dados los muchos autores que han intervenido en la compilación de esta obra, tan competente por otra parte.

como la señora de aquella tierra, (hecho muy explicable entre los *criques* que hacían el debido aprecio de la dignidad de la mujer), era joven, de buen parecer, modales graciosos y desenvueltos. A las primeras de cambio quitóse el collar de perlas que llevaba y púsosele al gobernador, con lo que acabó de captarse las simpatías de todos los españoles. Con las canoas que pudieron juntarse se organizó el traslado de todo el personal y arreos a la opuesta orilla, lo que quedó terminado después de tres días.

Las casas y vestidos de los naturales poco se diferenciaban de la región poco antes recorrida. Las barbacoas de las casas, juntamente con el maíz, contenían abundantes ropas, pieles y mantas; la gente limpia, aseada y bien acondicionada. El regalo de perlas recibido de la cacique, y algunas otras rescatadas en el pueblo, azuzarían la codicia de los españoles, que llegó hasta el extremo de buscarlas en los sepulcros donde yacían los principales. Se recogió la no despreciable suma de unas catorce arrobas. Algunos rosarios y otros objetos que se hallaron en los mismos enterramientos y entre los naturales, denotaban los recuerdos todavía existentes allí de la expedición de Ayllón.

Todas las circunstancias hacían presumir, allí o en la costa del mar, que sólo distaba dos jornadas, el establecimiento de una colonia, y por ella se inclinaba la mayoría de la oficialidad y de los soldados. El adelantado, sin embargo, para quien el brillo de aquellas fingidas esmeraldas palidecía ante el oro peruano, insistía en que era menester acudir a la cita dada al capitán Maldonado en la bahía de Tampa. Para apoyar su resolución, alegaba además que todas las provisiones de la región apenas bastarían para mantenerlos durante un mes y que a doce jornadas de allí vivía un poderoso cacique. Aunque no convencidos por tan inciertas esperanzas, abandonaban los expedicionarios aquel soñado edén, a mediados de mayo, para dirigirse hacia el noroeste, llevando consigo a la cacique que logró, por fin, evadirseles en uno de los bosques del camino.

8. - Atraviesan nerviosos, a lo largo del Savannah, la Caro-

lina del Sur, y unos diez días después, entran en Juala (21), provincia de la tribu *cheraua*. Radicada en la familia siú, ocupaba probablemente la región montañosa del sur de la actual ciudad de Asheville (Carolina del Norte). El cacique principal hubo de mostrarse manirroto en las ofertas de indios, maíz, perrillos y petacas.

Tuercen al suroeste y cruzan nuevamente Georgia, para llegar, a principios de junio, a Chiaba (22), ciudad *crique* del bajo Chattahoochee, que, más o menos, ocupaba la región donde actualmente se levanta Columbus (Georgia). Las cercas y empalizadas que protegían los pueblos eran indicio claro de territorio guerrero y de la desconfianza que mutuamente se tenían las poblaciones fronterizas de las tribus *musco-geanas*. Los cansados expedicionarios restablecen sus fuerzas y se previenen para las futuras fatigas con gachas, abundante maíz, aceite de bellotas, nueces y sobre todo, con sabrosa miel, que en ningún otro paraje de la Florida habían hallado. Unos quinientos indios que a regañadientes hubieron de resignarse a las férreas cadenas y colleras, fueron el penoso tributo de aquella tribu. Este sacrificio borró la magnífica impresión que perduraba entre los *chiabanos* por las amistosas relaciones que los quince primeros días mantuvieran con los exploradores. La simpatía indígena recibía todavía un golpe más rudo con la atrevida demanda que se les hizo de indias; para sosegar la excitación y alboroto suscitados entre ellos, hubo de valerse Soto de la autoridad del cacique. Indignación digna y noble que tanto contrastaba, en aquel momento, con la conducta desenfundada de los expedicionarios.

Van hacia el oeste a través de Alabama. En los primeros días del mes de junio, llegan a la provincia de Coste, cuyo principal pueblo estaba, tal vez, en una de las islas que forma el río Coosa. Contra la habitual costumbre de los soldados de asaltar y saquear las barbacoas cargadas de

(21) HODGE, o. c. «Cheraw». LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 230.

(22) HODGE, o. c. «Chiaba». LOWERY, *l. c.*

maíz y otros productos de los campos y tierra, reaccionan los naturales con sus palos y flechas. Esta represión había de tener su castigo. Abandonaban los españoles la villa, acompañados del cacique y principales, cuando en las afueras echaron mano de la honrosa comitiva y los apresaron, amenazándolos quemarlos vivos, por la agresividad usada contra los cristianos; afortunadamente no se pasó más allá de la terrible amenaza. Este malhumor de los de Soto era, en parte, debido al desgaste por los continuos y duros trabajos, y a que iban perdiendo las esperanzas de hallar riquezas. Desde Coste había enviado el gobernador patrullas que explorasen la provincia de Chisca, territorio montañoso del noroeste de la Georgia o nordeste de la de Alabama, donde les aseguraban los indios la existencia de cobre y oro; metales que no se pudieron hallar en la afanosa rebusca.

Guiados por los distinguidos prisioneros salían de Coste (23), hacia el diez de julio, para seguir por las márgenes del Coosa y llegar a la provincia del mismo nombre (Kusa). La capital homónima, de las mejores y más ricas encontradas en toda la Florida, se hallaba entre las actuales ciudades de la provincia de Alabama, Columbiana y Talladega (24). El recibimiento fue espléndido, comparable al de Cofitachique: vino a su encuentro el cacique trasportado en andas, tapizadas de blanco, traídas en hombros por unos setenta de los principales que se relevaban a tiempos.

Agradeciendo no poco el aparatoso homenaje, los hambrientos y cansados conquistadores se lanzaron muy pronto al saqueo de barbacoas y campos, con grande disgusto de los indígenas que abandonaron el pueblo y su cacique y hermana en manos de los españoles.

Con ellos salían los de Soto, trascurrido casi mes y medio, para llegar, después de otro a Tabasse (25), tierra espaciosa y fértil, en las proximidades del actual condado de Elmore, donde libertando al caudillo, continuaron con la

(23) HODGE, *o. c.* « Coste ».

(24) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 232.

(25) HODGE, *Handbook...* « Talasse ».

hermana hacia el suroeste. Muy pronto dejaban atrás el territorio *crigue*, para penetrar en el de las tribus *mobileanas*.

En uno de los principales pueblos de esta última confederación, hacia el diez de octubre, hallaron al cacique que ha perpetuado su nombre en el actual río Black Warrior y la ciudad de Tuscallosa (26), sentado sobre altos cojines, en el mirador de un cerro que se levantaba a un lado de la plaza. Era de estatura gigante, bien proporcionado, con una especie de almaizar en la cabeza y una manta de plumas que le caía desde los hombros hasta los pies. Acompañabanlo muchos indios principales, mientras uno de los indígenas sostenía delante del caudillo un quitasol grande y redondo, color negro, con una cruz blanca en medio.

Después de los primeros saludos y cumplimientos, aceptaba Tascalusa la amable invitación de comer con los españoles y aun, con no pequeño malhumor, hubo de resignarse a dormir en el campamento de estos. El fruto de los interesados agasajos fueron cuatrocientos peones que el régulo hubo de poner a disposición de los españoles, prometiéndoles igualmente que en Mabila, provincia de un vasallo principal suyo, les daría en mayor número las indias que pedían. Humillada la soberbia del prepotente jefe, surgió en él el instintivo deseo de venganza; despachó mensajeros a la subordinada provincia para un combinado ataque.

9. - La capital Mabila del mencionado protectorado, situábase en el actual condado de Clark, márgenes del Alabama (27). El trayecto lo recorrieron los españoles en unos seis días, desde el doce hasta el dieciocho de octubre, haciéndose acompañar del cacique Tascalusa. Entraron en el pueblo el caudillo indígena con su acompañamiento y el gobernador, con cuarenta de los suyos, a caballo; los demás andaban por los montes a caza de indios y víveres. Al recibimiento pomposo siguieron danzas y fiestas de los naturales que querían entretener así a los extranjeros, para prepararles un ardid de guerra. Muy pronto se percató

(26) HODGE, o. c. « Tascalusa », nombre que significa guerrero negro, del choctouano *taska*: guerrero: *lusa*: negro.

(27) HODGE, o. c. « Mobile ».

el gobernador de los peligrosos lazos, y calándose la celada, envió un grupo de jinetes que reunieran a los dispersos soldados, mientras con los demás se aprestaba para la lucha. Por el momento hubieron de renunciar a ella y huir con dificultad a las afueras, ante la superioridad de los indios. Recogidas algunas de sus huestes, nuevamente se acerca Hernando de Soto a la entrada principal del pueblo bizarramente defendida por los indígenas sin mucho alejarse de ella. Simulan los españoles una huida y persiguenlos sus enemigos codiciosos de emplear sus arcos; revuelven rápidamente los acosados, y antes que puedan retroceder sus adversarios, alancean sin compasión. Los que de los indígenas pudieron escaparse corren a ocupar las posiciones de la entrada del pueblo. Con tiempo los españoles para juntarse todos, atacan furiosos la población por tres partes a fuego y sangre. El encuentro fue feroz. Aunque los indígenas recibieron desde el primer momento la ayuda de los peones que acompañaban a los de Soto, mataron estos con el fuego, espadas y lanzas unos tres mil, sin contar los que quedaron o escaparon heridos, a muchos de los cuales encontraban después muertos. De los atacantes sucumbieron tan sólo unos veinte y resultaron heridos unos doscientos cincuenta; siendo así el total de los fallecidos hasta la sangrienta victoria de Mabila, ciento dos españoles.

10. - De manera tan trágica parece había de terminar la jornada de aquellos aventureros, pues se enteraron que distarían del mar unas cuarenta leguas, si el adelantado, contra la voluntad de muchos, no hubiera resuelto internarse nuevamente en el continente.

Reanudan su camino el catorce de noviembre y penetran en la provincia de Chicaza, tribu *chickasauana*, dentro de la gran familia *muscogean*, cuya sede principal estaba en el condado de Pontotoc (Misisipi) (28). Para llegar a ella hubieron de vadear un río, venciendo el ataque de

(28) O. c. « Chicaza ». LOWERY. *The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 236.

los indígenas que los flechaban desde la opuesta orilla; abandonaron estos el pueblo, vista la inutilidad de sus esfuerzos. Ante el propósito de los expedicionarios de invernar en la rebelde villa, cambiaron sus habitantes de táctica y resolvieron ganar la voluntad de los valientes soldados, con ofertas de perrillos, cueros de venados y conejos, lo que no les fue difícil conseguir. Desaparecido el primer recelo de los españoles, podían los indígenas tentar la ejecución de sus malévolos planes. Una de las noches, burlando la vigilancia de los centinelas pusieron fuego al campamento donde aquellos dormían, pereciendo en el violento incendio unos catorce expedicionarios, cincuenta y siete caballos, casi todas las provisiones y la mayor parte de sus armas, única defensa en tan crítico momento; pérdida esta la más dolorosa, dada la actitud amenazante de los chicazanos. Impotentes para una dura represalia, prefirieron los españoles retirarse a una cabaña, distante una legua del pueblo, para pasar lo restante del invierno y rehacerse de la grande catástrofe: de esta suerte el contacto con los indios se reduciría al mínimo.

11. - A fines de abril de 1541, levantaban los acampados sus miserables tiendas y reanudaban la marcha hacia el noroeste. Pasan casi de largo por Alibamu, tribu *crique*, de las márgenes del río Alabama (29), que se diseminaba en los parajes regados por los afluentes Coosa y Tallapoosa, donde tienen que empeñarse en dura refriega con los belicosos indígenas. Después de andar doce días por despoblado, llegan el ocho de mayo a Quizquiz, pueblo que se asomaba al Misisipí, en el sur de la moderna Memphis (30). Mientras los laboriosos indígenas estaban ocupados en las labores del campo, hacen los de Soto el recorrido de las chozas, recogiendo los escasos haberes de ellas y las indias que las cuidaban, de las que más de trescientas quedaban cautivas. Por su rescate se exigió a los apenados naturales canoas para pasar el caudaloso río.

(29) HODGE, *Handbook*... « Alibamu ».

(30) LOWERY, *o. c.* p. 237. HODGE, *o. c.* « Quizquiz ».

No bastando las que en el pueblo se encontraban para la ingente impedimenta de los expedicionarios, construyen estos cuatro grandes piraguas, capaz cada una de ellas de trasportar unas setenta personas y seis caballos, que estuvieron terminadas al cabo de un mes. Así pudo acelerarse el paso a la opuesta orilla, sin otro contratiempo que tener que vencer la tenaz resistencia de nutridos grupos de indios, apostados allí con sus flechas, para impedir la navegación y el desembarco.

Continúan río arriba y tropiezan muy pronto con Casqui (31), provincia y ciudad no identificadas hasta ahora, en la parte oriental de la provincia de Arkansas. Enterado, sin duda, el cacique principal de alguna cruz que los expedicionarios hubieran levantado en la vecina provincia de Alibamu y del extraordinario poder que a ella atribuían los informadores, en el primer encuentro con los de Soto rogó al gobernador le dejara alguna señal, a la que pudiera pedir ayuda en sus frecuentes guerras y agua para sus sembrados resecos, pues sus súbditos se morían de hambre. Con dos pinos que allí mismo se cortaron, se construyó una cruz muy alta. Indios y españoles mezclados en ordenada procesión la llevan al pueblo, para erigirla en un cerro que se levantaba en frente de la casa del cacique. Siguióse la conmovente ceremonia de la adoración, en la que igualmente fraternizaron todos. Al final de ella formaron los indígenas alrededor del árbol redentor una valla de cañizos: confiado acto del que en seguida se habían de sentir los benéficos y consoladores efectos (32).

Incansables prosiguen su ascensión y llegan después de tres días, fines de junio, a la provincia y capital Capaha (33), tribu *siú*, en el estado de Arkansas. Cercábanla

(31) HODGE, o. c. « Casqui ».

(32) Mientras estaban los españoles en el pueblo de Pacaha, vino el cacique de Icasqui con un escuadrón de los suyos a ayudar a los españoles, porque había llovido el día anterior (BIEDMA en *C. D. I. Am.* III, p. 432s.). FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general...* I, lib. XVII, c. XXVIII, p. 574.

(33) HODGE, *Handbook...* « Quapaw ».

sólidos y torreados muros, protegidos, en su exterior, por una fosa de agua corriente en la que se criaba abundante y variada pesca. El progresivo espíritu de los indígenas manifestábase en la fortaleza torreada que defendía la población y en el espacioso puente, de construcción sólida y artística, sobre el que pasaron los españoles una ciénaga, para entrar en la villa. Los pueblos de estas dos últimas provincias eran los más prósperos, los mejor cercados y defendidos y los más abastecidos de toda la Florida.

Mientras el grupo principal permanecía entre los capahanos, algunos más valientes se lanzan hacia el norte, codiciosos de hallar preciosos metales, o alguna venturosa tierra que más les satisficiera o una vía para el mar del Sur. Así recogía esta expedición las dos grandes aspiraciones de la época de los descubrimientos, hallar escondidos tesoros en alguna desconocida tierra y abreviar la ruta para el oriente.

Como labor constructiva de la empresa en aquella provincia relativamente floreciente, hemos de señalar las amistades que, por medio del adelantado, hicieron los dos caciques de Casqui y Capaha, hasta entonces enemigos irreconciliables.

Ante las desalentadoras impresiones de los exploradores retroceden los expedicionarios, para atravesar nuevamente Casqui y entrar, a principios de agosto, en Quigaute, provincia y pueblo del oeste de Misisipí (34), el mayor de los visitados en las provincias septentrionales. Con el ánimo deprimido y sin esperanzas, continúan sus viajes de inspección, sin mucho alejarse de las márgenes fluviales, recibidos en todas partes con prevención, cuando no con manifiesta guerra.

12. - Invernán en Autianque, junto a uno de los afluentes del Misisipí (35), desde el dos de noviembre hasta principios de marzo de 1542, atraídos por el copioso maíz

(34) O. c. « Quigaute ».

(35) O. c. « Autiamque ».

y provisiones de aquellos campos, y siguen después vagando por las regiones orientales de Arkansas.

A sus ansias defraudadas de hallar prósperas regiones, había sucedido la preocupación de encontrar el mar o algún sendero que los condujese a Nueva España. A este fin se envían patrullas que reconozcan los alrededores y ninguna de ellas trae la consoladora nueva. Para trágico remate de tan angustiosa situación, los desperdigados exploradores reciben a su vuelta la dolorosa noticia de la muerte del adelantado, guía y animador de su fantástica empresa, al que la ingrata tierra floridana tan sólo ofreciera el cauce de uno de los numerosos afluentes del Misisipí; poco antes de morir había señalado como sucesor a Luis de Moscoso.

13. - La resolución del nuevo jefe, aprobada, sin duda alguna, unánimemente, fue la de renunciar a ulteriores descubrimientos. La retirada a Nueva España, por tierra, hubiera sido una locura, y para la navegación por el Misisipí y el golfo mexicano, no disponían de medios algunos. El ejemplo de la expedición de Pánfilo de Narváez despertó en los agobiados espíritus esperanzas alentadoras. Con ingeniosas iniciativas y desesperados recursos para fabricar o suplir desde las piezas más fundamentales de las embarcaciones marinas hasta las partes más complicadas, trabajando incesantemente y con actividad febril durante seis meses, construyen siete bergantines. La inquietud al calafatearlos con cortezas de morales, a falta de medios más aptos, cambióse en indescriptible gozo, cuando puestos en el agua los vieron sólidos y estancos.

En seguida se hizo el reparto de los expedicionarios en las preocupantes barcas. Para el transporte de los caballos, facilitando así la navegación, habíanse procurado de los indios algunas canoas. Las grandes avenidas del Misisipí se encargarían de coronar felizmente la malograda empresa.

Al segundo día de su rápido descenso, divisan unas cincuenta lanchas que ligeras se dirigen a su encuentro;

a medida que estas se acercaban, podían apreciar la magnitud de ellas, pues en algunas montaban no menos de ochenta guerreros. Poco podían hacer las flechas indígenas contra los altos y sólidos costados de los bergantines, aunque no sería pequeña pérdida, si alcanzaban aquellas en los indefensos caballos de las canoas. A pesar de tan sensible daño, preferían los más seguir imperturbados, a favor de la corriente, pues sólo disponían, para su defensa, de unas pocas espadas y rodelas. Algunos sin embargo, a quienes, el no aceptar o esquivar el desafío, les parecía cobardía o poquedad, temerarios más que valientes, saltaron sobre las canoas más cercanas que pronto se vieron rodeadas y volcadas por los indígenas; los doce animosos guerreros que las ocupaban, perecieron ahogados. Era este el último de los infortunios sufridos por los españoles en el inmenso territorio recorrido.

En diecinueve jornadas dan vista al mar. Con los ánimos exultantes de entusiasmo hacen girar rápidas las quillas hacia Nueva España y van costeano hasta llegar, después de los sufrimientos necesarios de una improvisada navegación, a la desembocadura del Panuco.

14. - El carácter de esta empresa, gloriosa por los descubrimientos, fatal para la colonización que no se llevó a efecto y por las dificultades que creaba para la posterior que se intentara, fue casi exclusivamente de exploración, sin que sea fácil definir qué es lo que en ella se pretendía por parte de los expedicionarios. No cabe dudar que una de las esperanzas que los halagó fue la de hallar oro. En el primer pueblo de los alrededores de la bahía de Tampa, observóles, en su primera entrevista, el sobreviviente de la expedición de Narváez, Juan Ortiz « que no había punta de oro » (36) en la tierra; aunque muy poco había de amilanarlos tal afirmación, pues comprendieron que más allá de las veinte leguas nada sabía « ni por vistas ni por oídas » el intérprete. Hasta Apalache, sin embargo, vieron con pesar cumplidos los pronósticos de su compatriota. Desde aquí los reanimaron las gratas nuevas de un indio cautivo sobre el

(36) BIEDMA en *C. D. I. Am.* III, p. 415.

tributo en oro que daban a la cacique de Cofitachique sus súbditos, metal que sacaban los indígenas de las minas de las cercanías. Tras de ellas anduvieron afanosas algunas patrullas de españoles por la región montañosa de la Carolina del Sur, aunque sin algún resultado; igual fortuna tuvieron las exploraciones del alto Misisipí.

Ni la fertilidad de los campos les satisfizo. Ya en el primer desembarco, palpando la esterilidad de la tierra, se internaron en busca de mejores países. En esta primera etapa iban seducidos por la fama tan extendida de Apalache. Establecidos allí durante el invierno, quedaron gratamente sorprendidos por la fertilidad y abundancia de mantenimientos de toda aquella provincia; con todo se opuso el gobernador a fundar pueblo español entre aquellos indios *timucuanos*, seducido por las maravillas que oyera de Cofitachique. Dos meses de asperísimos caminos hasta la prometida ciudad, hacíanlos dignos de una tierra privilegiada. Efectivamente satisfizo esta los ideales no exagerados de la mayoría, aunque hubieron de abandonarla por orden superior, despues de sólo doce días de permanencia. Intérprete de estas aspiraciones algo quiméricas, difícilmente realizables, de los que dirigían la expedición, fue uno de los hidalgos que participaron en ella; ni ellos ni el adelantado sabían el paradero, pues su intento era hallar una tierra tan rica que hartase todas sus codicias y escudriñar los secretos que el gobernador decía conocer de aquellas regiones por informaciones que se le habían dado (37): ilusiones muy concebibles en el oriente de Nueva España, donde pocos años antes asombraran los hallazgos de Cortés.

La labor colonizadora y espiritual se apuntaron muy poco a su favor. En la mayoría de los pueblos no tuvieron materialmente tiempo para ella, pues únicamente se hacían las necesarias paradas para el indispensable descanso y obtención de viveres, guías e indios de carga. Ni siquiera se ofreció oportunidad para una mayor comunicación con

(37) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general...* I. lib. XVII, c. XXVI. p. 566.

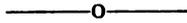
los indígenas, los tres inviernos que los expedicionarios pasaron en la Florida. En el primero de Apalache, que se prolongó casi por cinco meses, la enemistad guerrera de los indios imposibilitó toda relación de paz. En el segundo de la provincia de Chicaza, a orillas del Misisipí, que duró algo más de tres meses, desde el principio les mostraron los naturales ánimo adverso y lo mantuvieron hasta el fin, quemándoles los campamentos y alejándolos de junto a sus casas; y en el último de Autianque, a orillas de uno de los afluentes del Misisipí, por cuatro meses, los indígenas, con alarmas nocturnas, procuraban despedirlos de su tierra.

Si por una parte les negó la Florida la satisfacción de sus ensueños, fue también campo de amarga prueba para la inquebrantable dureza de los expedicionarios. Los ásperos y largos senderos agotaban sus fuerzas; a esto se juntaban privaciones, sufrimientos y la acometividad de los naturales. De esta suerte los agotados exploradores entraban en los pueblos, resueltos a apagar su hambre y encontrar nuevos recursos para seguir su camino. Contra tal determinación reaccionaban los indígenas, con el firme propósito de defender resueltamente sus escasos haberes. Esta tensión de guerra perduró casi todo el tiempo que los animosos expedicionarios ejecutaban el recorrido del continente septentrional, y la peor parte generalmente la llevaban los indígenas. Aun en algunas partes que se les recibió de paz, la conducta de los españoles debía ser muy dolorosa a los floridanos, pues numerosos grupos de estos tenían que abandonar sus hogares para servir de esclavos de carga, oficio en que se les trataba con poca consideración. Más de deplorar eran todavía los desacatos contra las indias. Sin duda alguna, fruto no pequeño de la ingente hazaña fueron las cruces que en no pocos de los pueblos se erigieron; lástima que esa predicación permanente y provechosa hubiese estado acompañada, a las veces, con una conducta desenfrenada.

La comunicación de los misioneros con los indígenas no pudo ser grande. Mayor sería con los indios que acompañaban a los españoles, aunque no podían ser aquellos campo propicio para la evangelización, por las duras faenas a que

se veían forzados. Accidentalmente se nos refiere la intervención de uno de los misioneros fr. Juan de Torres, franciscano, con un guía endemoniado a quien echó los exorcismos. Nos consta así mismo que se bautizaron algunas indias y es de suponer que también indios; tristemente a las primeras se bautizaba no simplemente « para enseñarles la fe ».

Aunque la legislación dada por la corte española para la colonización de Ultramar y particularmente para la Florida, hasta la época en que se terminó la expedición capitaneada por Hernando de Soto, era en sus líneas generales irreprochable, los delegados a quienes se encomendó la ejecución de tales leyes, encontraron en el continente septentrional campo en su mayoría ingrato; aunque hemos de añadir también que no eran aptos para una colonización pacífica, principalmente porque sus intereses eran muy opuestos a esa labor lenta y sacrificada. Estos iniciales desaciertos se dejaron sentir profundamente en la sistemática oposición de los floridianos a las posteriores tentativas de establecimiento por parte de España y en general de las naciones europeas.



ESCASO PORVENIR EN LA COLONIZACIÓN DE LA FLORIDA

SUMARIO: — 1. Luis Cáncer y la evangelización sin armas. — 2. Las primeras víctimas misioneras en la Florida. — 3. Los naufragos de las costas de Texas. — 4. Necesaria protección del misionero. — 5. Plan de colonización: Pedro de Santander. — 6. El estandarte real a Tristán de Luna. — 7. La expedición en la bahía de Pensacola: primera catástrofe. — 8. Santa Cruz de Nanicipacna. — 9. Los exploradores de Kusa. — 10. De nuevo en la bahía de Pensacola: Angel de Villafañe. — 11. A la Habana; en Santa Elena (1561). — 12. La Florida convertida en baluarte: Pedro Menéndez de Avilés; parecer de la junta de Nueva España. — 13. La Florida en la apreciación española.

1. - Mientras en la conquista de N. América se habían desenvainado espadas y blandido lanzas, sin preocuparse mucho del acercamiento amistoso a los indígenas, tan recomendado por la corte de España; en 1537, ante las voces y escritos insistentes principalmente de las Casas, quien defendía que a los indios debía convertírseles con afabilidad y justicia, no pocos colonizadores prometieron renunciar a sus métodos de fuerza y soltar sus esclavos, si el ardoroso defensor de la causa indígena mostraba prácticamente la eficacia de su vano empeño. Aceptado el reto por el elemento religioso, escogieron las montañas de la provincia de Tuzututlán (México), ocupadas por gente guerrera, como campo de experimentación y encomendóse el pacífico encargo al misionero dominico padre fr. Luis de Cáncer de Barbastro, residente entonces en la capital de Nueva España. El mismo las Casas se le ofreció

como colaborador en aquella obra eminentemente apostólica, que poco tiempo después se coronaba con los más satisfactorios resultados (1).

Plenamente confirmado en sus doctrinas de evangelización pacífica, entre gentes las más bárbaras, estaba el benemérito apóstol de Tuzututlán, Cáncer, cuando a fines de 1542 llegaban a México los exploradores de la Florida. Para justificar su decisión de no establecerse en aquellas regiones ponderarían estos la miseria y pobreza de ellas y la ferocidad indígena, circunstancias que lejos de amedrentar el celo apostólico del dominico lo habían de estimular. Hacia las agrestes tribus floridanas habían mirado igualmente, con simpática compasión, los celosos misioneros de Guerrero, Oaxaca y Puebla, padres fr. Gregorio de Beteta y fr. Juan García, dominicos y se estimularían con Cáncer para la noble empresa de aquella conquista espiritual (2).

Las extensas regiones de Ultramar que todavía estaban sin pastor, y las frecuentes opresiones de que eran víctimas en algunas partes los indios, suscitaron la reacción misionera, que en el concilio de 1546, celebrado en la ciudad de México, decidió reclamar ante el emperador el aumento de misioneros y la reivindicación de los derechos indígenas. Los señalados para exponer tan justa causa a Carlos V fueron el obispo de Chiapas, las Casas, y los padres fr. Rodrigo Labrada y Cáncer, todos dominicos.

Apenas llegados a España en 1547, comenzaron la tramitación de sus negocios, que muy pronto se orientaron hacia las extensas regiones floridanas, en las que todavía se vislumbraban risueñas auroras de porvenir colonial y donde se podrían aplicar los planes propuestos por los misioneros: predicación evangélica sin la presión de las armas. Generosamente se ofreció para la empresa Cáncer, oferta que fue aceptada por sus compañeros y la corte, que el veintiocho de diciembre del mismo año expedía una real cédula al virrey de México, Antonio de Mendoza, para que facilitara

(1) MAC NUTT, *Bartholomew de las Casas...* pp. 193ss.

(2) O' DANIEL, *Dominicans in Early Florida...* p. 45.

al misionero todo lo necesario para la obra espiritual (3). El siguiente año volvía Cáncer a México, sin haber podido reclutar en la Península ningún efectivo colaborador de sus desinteresados deseos; los halló sin embargo en el caldeado ambiente misionero de Nueva España.

2. - A principios de 1549 salía del puerto de San Juan de Ulúa (Veracruz) con sus compañeros los padres fr. Gregorio de Beteta, fr. Diego de Peñalosa y fr. Juan García y el lego Fuentes, dominicos, en una carabela en que iban pocos marineros capitaneados por Juan de Arana. Dirigieron su ruta a la Habana, donde se abastecerían de viveres y de objetos con que atraer a los indígenas. Recogieron también allí una convertida floridana, Magdalena, que les podría ayudar en los primeros tanteos misionales.

Desprovistos de armas, se dirigen hacia el oeste, por decisión del capitán, aunque los misioneros hubieran deseado visitar primero el oriente floridano. Ven tierra el veintinueve de mayo, y el siguiente día, fiesta de la Ascensión, montados algunos en el batel que llevaban a bordo, comienzan el reconocimiento de la costa, junto a la bahía de Tampa, hasta que el aspecto jovial de los indígenas inducen a fr. Diego de Peñalosa, Fuentes, un marinero y la intérprete a tomar tierra; aquel día nada se volvió a saber de ellos.

El siguiente nuevamente se acercó cauteloso el batel a la orilla donde pudieron reconocer a la intérprete, entre un grupo de indios. No dejó de inquietarles la ausencia de los otros compañeros, aunque ella desde lejos les aseguraba que estos habían ido al pueblo del cacique. Como en los posteriores reconocimientos que se fueron haciendo por la costa, para encontrar lugar propicio de evangelización, ningún indicio se veía de los desaparecidos compañeros, comenzaron a temer de la suerte de los mismos.

El veinte de junio, Corpus Christi, tal vez, en uno de los puertos retirados de la habia de Tampa, los padres Cáncer y García celebraron el augusto sacrificio, sin más oyentes que parte de la tripulación y algún que otro indio

(3) *O. c.* pp. 46ss.

que desde lejos atisbaría curioso la devota ceremonia; recogidos el altar portátil y los ornamentos ocupaban nuevamente el batel, tristes porque no podían en aquel tan solemne día, ofrendar al Divino Sacramentado la adoración de los indígenas.

Tres días después, cuando los del batel llegaron a la carabela, bastante alejada de la costa, encontraron a bordo un desconocido español, Juan Muñoz, que, desembarcado en aquellas playas con la expedición de Soto, fue apresado y hecho esclavo de los naturales. Burlando ahora la vigilancia de los indios había alcanzado la embarcación. De sus labios escucharon el detallado relato del fin de los dos extraviados misioneros, tal como lo oyera a los ejecutores del sangriento martirio y a los que, con orgías, después lo celebraron; él mismo había visto los pericráneos sangrientos; al marinero que los acompañaba, lo retenían los indígenas como esclavo.

Cáncer, ilusionado, tal vez, con que la cruel obstinación de los indios hubiera cedido con el sacrificio de las víctimas inocentes y esperanzado de que la sangre mártir hubiera ablandado los corazones de los verdugos, sin hacer caso de las instancias de sus compañeros que le querían disuadir de ello, montó en el batel y resuelto se hizo conducir hacia la orilla. A poca distancia de ella, para no comprometer a los que lo llevaban, saltó al agua para vadear el escaso trecho que de los indios le separaba. Tuvo el necesario tiempo para arrodillarse en la arena y levantar las manos al cielo: era la generosa oración del mártir. Arrastrado brutalmente por sus verdugos, fue bárbaramente sacrificado, mientras los del batel contemplaban consternados la sangrienta escena.

Todavía los dos misioneros restantes, Beteta y Peñalosa urgían al capitán de la carabela los condujese a algún otro puerto de la Florida, por si hallaban gente más hospitalaria. De ningún modo quiso acceder Arana, escarmentado por la triste experiencia (4).

(4) SMITH, *Colección de varios documentos para la Florida...* pp. 190-202. CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* a. 1549. p. 26. SHEA, *Ancient Florida*, pp. 254 ss. LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, pp. 411 ss. O' DANIEL, *Dominicans in Early Florida...* pp. 80-83.

3. - ¿No quedaban confirmadas con esto las afirmaciones de los expedicionarios floridanos sobre la barbarie y crueldad de los naturales ?

A apoyar este ambiente de prevención contra aquellas regiones, contribuyó un episodio que terminaba con siniestro epilogo en las costas de la Florida.

Una numerosa flota, rica con las barras de oro y plata extraídas de las minas de Nueva España, abandonaba en 1553 el puerto de San Juan de Ulúa, con abundante tripulación que volvía a su patria; entre ellos se contaban algunos religiosos dominicos. Después de la acostumbrada escala en la Habana, habían ya enderezado sus quillas hacia la suspirada patria cuando un violento huracán los arrastró hacia el poniente. Tras de prolongado e inútil forcejeo, para vencer las furiosas olas, fueron a chocar y naufragar casi todas las conculsas naves contra el litoral floridano, tal vez, en las inmediaciones de la costa de Texas. Sólo dos embarcaciones pudieron escapar a la catástrofe. Una de ellas volvió al puerto de donde partiera; la otra, con temerario arrojo, se aventuró a cumplir el contraído compromiso, llegando casi milagrosamente a Sevilla. Los míseros náufragos de la costa de la Florida, escuadrón heterogéneo de unos trescientos entre hombres, mujeres y niños, que fatigosamente se pudieron salvar en la costa, (los desaparecidos con las naves serían unos setecientos), con escasísimas armas, sin víveres, muchos de ellos casi desnudos, hubieron de emprender, por la orilla del mar, el camino hacia México que no suponían lejano. En tan penoso calvario casi todos sucumbieron a las flechas indias, al hambre o al cansancio. Los poquísimos sobrevivientes que con el padre fr. Marcos de Mena, dominico, llegaron más muertos que vivos a la capital mexicana, eran también calificados testigos de la crueldad floridana (5).

4. - Los que abogaban porque allí se aplicasen los sistemas misionales, con tan feliz éxito probados en las montañas de Tuzutlán, quedaron no poco perplejos ante los tristísimos efectos que con los mismos se habían recogido en la expe-

(5) CÁRDENAS, *Ensayo cronológico* a. 1553, p. 28. O' DANIEL, *o. c.* pp. 84-109.

dición de Cáncer. Todavía aparecía el horizonte más oscuro con las indefensas víctimas del último naufragio. Se olvidaba, quizás, que los indígenas de Tuzututlán respetarían la persona del misionero por temor a las numerosas guarniciones de valientes soldados dispersos por Nueva España, quienes con rigor exigirían responsabilidades sobre la menor agresión contra el misionero. Estos temores no los podían tener por entonces los de la Florida. Una vez que en el corazón de los naturales se hubiera entrañado el respeto y amor por su pastor, fruto espontáneo de una vida apostólica de sacrificios y desinteresada, le bastaba al misionero este baluarte seguro para su defensa. Aunque siempre cabía la preocupante duda: ¿el colonizador o el soldado coadyuvarían con el misionero o serían más bien estorbo para su labor? Se formuló la cuestión de manera concreta: ¿había que seguir en la Florida las normas de las que se hacía propagandista oficial el obispo de Chiapas, las Casas, o se defendería al misionero con la protección de las guarniciones o del colono?

El celoso apóstol de Nueva España, padre fr. Toribio de Benavente (Motolinía), franciscano, en carta de 1555 al emperador, tras de justificar la conquista de México y quitarle parte de los escrúpulos que las Casas le hacía, le suplica se compadezca de las almas floridanas y mande predicar el santo evangelio en aquellos países no por la manera que las Casas ordenaba, sino que irían con el misionero gente de Nueva España para establecerse allí y asegurar el resultado de la obra evangelizadora (6).

Casi en el mismo sentido escribía a Felipe II, en 1558, el provincial de los dominicos de México, padre fr. Domingo de Santa María: El celo de Cáncer y sus compañeros había sido santo, aunque indiscreto; en ningún modo convenía que los misioneros fueran sólo, sino acompañados de gente honrada que lejos de hacerles mal les guardaran las espaldas (7).

(6) SMITH, *Colección de varios documentos para la Florida...* p. 69.

(7) *Cartas de Indias*, p. 135.

A las autorizadas voces de pastores tan experimentados que categóricamente aseguraban la necesidad de que la persona del misionero estuviera salvaguardada, había acompañado la del ilustre arzobispo de México, fr. Alonso de Montúfar, dominico. Ponderaba al emperador, en carta de primero de noviembre de 1555, las muchas almas que en la vecina región de la Florida se perdían, por no haber quien les predicara el santo evangelio (8).

5. - Estas comunes aspiraciones de Ultramar las cristalizó el licenciado Pedro de Santander en un detallado plan de conquista y evangelización para la Florida que presentó al emperador, en carta de quince de julio de 1557 (9): Las muertes que los indígenas hicieran en Luis Cáncer y sus compañeros y en los sobrevivientes náufragos de la flota de 1553, justificaban la conquista de aquellas tierras, aunque fueran de cristianos, cuánto más siendo de idólatras; con tal posesión se garantizaba además la seguridad de las naves ultramarinas que impelidas por los vientos llegaban a aquellos puertos; se impedía que vasallos de otro rey conquistaran los mencionados países y al mismo tiempo se obtendría la conversión de multitud de almas; para el feliz coronamiento de tales proyectos, en los sitios más fértiles de las provincias septentrionales se reunirían pueblos de gente traída de Nueva España y bien remunerada, para que no vejaran a los naturales, con perjuicio para la predicación evangélica; en los conquistadores, finalmente, debían predominar motivos nobles de colonización, pues hasta entonces se había adelantado muy poco en la población de las regiones floridanas, porque a los encargados de ella estimulaba la codicia del oro.

6. - Fruto de tan repetidas instancias de Nueva España y de la Península, fue la expedición encomendada a Tristán de Luna, nombrado gobernador y capitán general de la

(8) SHEA, *The catholic Church...* p. 127^a.

(9) *C.D.I. España*, XXVI, pp. 340-365.

Florida por su caballerosidad cristiana, prudencia, experiencia y temor de Dios (10).

El primero de noviembre de 1558, en la iglesia mayor de México, presentes el arzobispo de aquella iglesia, Montúfar y representantes de las tres órdenes religiosas de agustinos, dominicos y franciscanos, el virrey don Luis de Velasco entregaba a Tristán el estandarte real que ostentaba la insignia de la cruz y había de izarse en las regiones floridananas, para que los indígenas viniesen al conocimiento y servicio de Dios y de su majestad; esta conquista debía efectuarse con suavidad y buen trato de los naturales; poderosos auxiliares del gobernador en la empresa serían los religiosos señalados por el señor arzobispo y provinciales de las tres órdenes y todos los que lo acompañaran, atraídos por la grandeza, bondad y fertilidad de la región.

Después del discurso del virrey, recibió este entre las suyas las manos plegadas de Tristán, quien, como caballero hijodalgo, según fuero español, juraba conservar las tierras y puertos a él encomendados por la majestad real de Felipe II. Quedaba así sellada esta empresa con el doble carácter militar y religioso, como todas las de España en el nuevo mundo.

De tan solemnes preparativos augurábase no pequeños resultados, según escribía fr. Francisco de Toral al rey, el veinte de febrero del siguiente año, porque principalmente se habían puesto como objetivos el servicio de Dios y el de su majestad (11).

7. - Ya en septiembre de 1558, el virrey de Nueva España había despachado al capitán Guido de Labazares para que explorase toda la costa floridana y escogiese el mejor puerto para el ulterior establecimiento. Después de varios meses de inspección, se decidió el marino por la bahía que llamó Filipina, probablemente en la actual de Mobile (12).

(10) A. I. *Patronato real*, leg. 19, r. 6: Testimonio del auto que se celebró en México para la entrega del pendón a Tristán que va a la Florida.

(11) *Cartas de Indias*, p. 138.

(12) Cree SHEA (*Ancient Florida*, p. 256) que la bahía Filipina fuese la de Pensacola, mientras LOWERY, (*The Spanish Settlements... 1513-1561*, p. 473) se inclina por la de Mobile.

Diez meses después, once de junio de 1559, zarpaban desde Veracruz los mil quinientos expedicionarios a las órdenes del capitán general Tristán (13), y de los oficiales subalternos Juan Gerón, maestre de campo, seis capitanes de caballería y otros tantos de infantería. Acompañábanlos seis misioneros dominicos, padre fr. Pedro de Feria, nombrado vicario general de la Florida, Domingo de la Anunciación, Domingo de Salazar, Juan Mazuelos, Domingo de Santo Domingo y Bartolomé Mateos.

Aunque las recomendaciones de Labazares habían sido por la bahía de Mobile, el catorce de agosto, vispera de la Asunción de Nuestra Señora, fondeaban en la apacible de Ichuse, que los expedicionarios denominaron de Santa María, quizás la moderna de Pensacola (14). Se envió en seguida a México una nave con el aviso de la próspera llegada y se aprestó otra que llevase la misma nueva a España; en esta iría con otros fr. Bartolomé Mateos. Simultáneamente se comenzó el desembarco de la gente y víveres.

Para hallar apropiado puesto a tan numerosa colonia, un destacamento de cien soldados, a las órdenes de los capitanes Álvaro Nieto y Gonzalo Sánchez, con un capellán misionero, se encargó de examinar la región circunvecina.

Los demás proseguían en su afanosa labor de desembarco, cuando la noche del diecinueve de agosto se desató una furiosa tempestad que duró veinticuatro horas. Los estragos del repentino huracán fueron enormes: cinco naves hundidas, entre las que se contaba la embarcación que estaba preparada para partir a España, ahogándose todos los tripulantes de ella, un galeón y una lancha. Además la carabela de los víveres, arrastrada por las olas, fue a parar a un arcabuco cercano, quedando en su mayor parte inservibles las provisiones. Al desaliento causado por el fatal desastre, se añadió

(13) Seguimos en esta expedición las relaciones de CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* años 1559-1561, pp. 32 ss. : SHEA, *Ancient Florida...* pp. 257 ss.; LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1513-1561, pp. 351ss.

(14) LOWERY, *o. c.* p. 358. Según SHEA (*Ancient Florida...* p. 257) la bahía de Rosa.

la triste nueva traída por los exploradores que no habían hallado sino tierra estéril y deshabitada.

8. - Cuatro compañías con el sargento mayor debían extender el campo de las primeras exploraciones, porque precisaba salir de tan apurado trance.

En contacto primero con los indígenas de Apalache, después con los de Mobile y últimamente con los *criques*, anduvieron cuarenta días por despoblado, hasta llegar a las riberas de un gran río, tal vez el Alabama (15).

Siguen por su orilla hasta Nanicpacna (16), parte meridional de la provincia de Alabama, pueblo rico en maíz y frisoles. Ante las esperanzas que prometía aquella región, no mal abastecida, envían mensajeros a llamar a sus compañeros que habían quedado en la orilla del mar.

Estos, demasiados en número (no bajarían de un millar), acosados por el hambre, habían decidido seguir las huellas de los exploradores, lo que, naturalmente, aceleró el encuentro. Todos juntos prosiguieron para la fértil zona, donde muy pronto comenzarían también a sentir grandes privaciones. Al pueblo que tan ingrato se mostraba con los hambrientos colonizadores se le llamó Santa Cruz de Nanicpacna.

9. - Era necesario poner término a tantos sufrimientos. Entre los expedicionarios se encontraban algunos que con Hernando de Soto habían recorrido aquellos parajes; indicaron estos que campos más fértiles se hallarían en la región de Kusa. Doscientos soldados con el sargento mayor, seis capitanes y los misioneros fr. Domingo de Salazar y fr. Domingo de la Anunciación se comprometieron a descubrir la ruta para la floreciente provincia.

Después de mil privaciones y andar extraviados por perdidos senderos, dieron con el ansiado pueblo, donde se abastecieron de maíz para sí y para sus fatigados caballos. Estaban los indígenas, por entonces, en guerra con sus vecinos los *napochies* (17), tribu *crique*, como la primera, de las orillas

(15) LOWERY, o. c. p. 361. SHEA (o. c. p. 258) se inclina por el Escambia.

(16) HODGE, *Handbook...* « Nanicpacna ».

(17) O. c. « Napochies ».

del Coosa, y se esmeraron en tributar espléndida acogida a los valientes exploradores, pues consideraban de decisiva importancia para la victoria aprovechar en su favor aquel numeroso contingente de avezados soldados. Al primer recibimiento correspondieron los agasajos y regalos posteriores, por tres meses, periodo suficiente para vencer completamente a los *napochies*. Durante el tiempo bélico se esforzaron los misioneros por doctrinar a los indígenas, aunque inútilmente, pues de nada se preocupaban estos sino de vengarse de sus enemigos.

Consolidada la paz después de la brillante victoria y asegurada la amistad de los cusanos, mandó el sargento mayor un capitán y doce soldados que hiciesen venir a los que en Santa Cruz habían quedado con Tristán. Mientras tanto continuaban los misioneros en el cultivo de los indígenas con escasísimos resultados, hecho no muy difícil de explicar, pues vencedores estos de sus temibles émulos, considerarían importuna y pesada la vecindad extranjera: sólo una india moribunda pidió el bautismo que le suministró fr. Domingo de Salazar.

No fue pequeña la sorpresa de los mensajeros de Kusa, cuando llegados a Santa Cruz, ningún indicio vieron de sus compañeros, quienes obligados por la insuficiencia de la tierra para abastecer a tanta gente, habían resuelto volverse al puerto de Pensacola. Siguieron hasta dar con ellos en la mencionada bahía.

10. - El descontento que había comenzado a extenderse entre los expedicionarios se agravó notablemente, al oír el relato poco optimista de los delegados: las tierras cusanas eran también insuficientes para asegurar por largo tiempo el porvenir de una nutrida colonia. Tristán no podía avenirse a abandonar aquellos países que había prometido conquistar para la corona de España. Algunos de los subordinados que se dieron cuenta de esta resolución, para imposibilitar entre sus conmlitones la más mínima reacción favorable a la permanencia en la Florida, enviaron ocultamente a los de Kusa orden fingida del gobernador para que volbiesen.

Reunidos todos en Pensacola, cuando el capitán general

instó por el establecimiento en Kusa o en alguna otra provincia floridana, la oposición adquirió proporciones de franco motín, tanto que Tristán hubo de doblegarse a tratar desapasionadamente con los oficiales y principales sobre lo que en definitiva se había de hacer.

Aún no se habían terminado las deliberaciones cuando el primero de abril de 1561 se divisaron en el horizonte algunas naves que avanzaban en la dirección de la bahía de Santa María. Poco tiempo después podían saludar alegres los desengañados expedicionarios a Ángel de Villafañe enviado por el virrey de Nueva España, don Luis de Velasco, con el título de gobernador de la tierra floridana y con el encargo de explorar la región de Santa Elena (18), situada hacia los treinta y tres grados de longitud de la costa oriental de la Florida, por si se hallaba tierra acomodada para poblarse. Acompañaban al nuevo gobernador los misioneros dominicos fr. Juan de Contreras, fr. Gregorio de Beteta y el lego fr. Mateo de la Madre de Dios. El desembarco de los recién llegados aceleró la marcha de las deliberaciones que se decidieron, por parecer de la mayoría, en que se había de abandonar aquel país, pobre en habitantes y recursos.

11. - Los impacientes exploradores ocuparon ansiosamente las naves traídas por Villafañe. Tristán se sometió también a acompañarlos. Para no renunciar completamente a la colonización que se había iniciado en las inmediaciones de Pensacola, quedarían allí unos sesenta soldados con el capitán Biedma, otro medio año, si no recibían orden en contrario.

Trascurridos unos pocos días de feliz navegación, las embarcaciones capitaneadas por Villafañe fondeaban en el sosegado puerto de la capital cubana. ¿Serían muchos los valientes exploradores que se sintieran con ánimos para subir por el canal de Bahama, hasta la costa de Santa Elena, y examinar minuciosamente la tierra firme de la última región? El desengaño por las recientes aventuras sufridas se manifestó en muchos soldados y algunos oficiales que desertaron

(18) *O. c.* « Saint Helena ».

del animoso gobernador y prefirieron el apacible descanso de la Habana o de Nueva España (19). Con los restantes emprendió Villafañe la difícil empresa, encomendando la dirección de las naves al piloto Gonzalo Gayón.

El veintisiete de mayo de aquel mismo año de 1561 llegaban a Santa Elena. Aunque muy poco satisfechos de aquella agreste e inculta tierra, inmediatamente tomaron posesión de ella (20). Más arriba, las inmediaciones del río Jordán, hacia los treinta y cuatro grados de longitud, eran tan sin provecho como las anteriores, por ser bajas y areniscas. Decididas siguen las naves hacia septentrión, donde en los alrededores del río Canoas, próximamente en los treinta y cinco grados, se presentaba igualmente la tierra ruin. Una tormenta impidió a los navegantes proseguir sus exploraciones más al norte; no muy descontentos del contratiempo, pues no parecía que en aquella parte del continente pudiera hallarse campo para un cómodo establecimiento, volvieron a Nueva España.

12. - La corte española, según escribía Felipe II al virrey de México, don Luis de Velasco, el veintitrés de septiembre de 1562 (21), ante el mal suceso de las últimas expediciones de Tristán y de Villafañe, había de tomar alguna resolución definitiva sobre la conquista de la Florida, pues hasta entonces, a las ingentes pérdidas en personal y dinero había correspondido resultado casi nulo; además aquellas provincias, aun caso de poblarse, rendirían muy poco; supuesta esta pobreza, no había fundado motivo para temer que los franceses intentaran ocupar algún paraje de aquellas posesiones, pues el único puesto donde podía ser temible la

(19) SHEA. *Ancient Florida...* p. 259. O' DANIEL. *Dominicans in Early Florida*, pp. 110-200.

(20) A. I. *Patronato real*. leg. 19, r. 12: « Descripción de la costa de la Florida por el gobernador Villafañe y otros (1562) ». Advertimos anteriormente que el río Jordán, según LOWERY (*The Spanish Settlements...* 1513-1561, p. 165), estaba en las inmediaciones del Cape Fear.

(21) A. I. l. c. Este documento tiene dos partes: la *primera* es la copia de la carta de Felipe II, de 23 de septiembre de 1562, cuyos puntos principales reseñamos en el mismo texto: y la *segunda*, el parecer de la junta que por orden del mismo rey se reunió.

presencia enemiga, el puerto de Santa Elena, no tenía entrada a países mas fértiles.

Esta inalterabilidad del monarca aparece algo extraña si se considera que pocos meses antes, dieciocho de febrero de 1562, había salido del Havre la flota encomendada al capitán Juan Ribault por el almirante de Francia Coligny, con el expreso intento de establecerse en el oriente de la costa floridana. Observaremos después que la grande trascendencia de aquella expedición se ocultaba por entonces a la política española.

Según opinaba el experto marino Pedro Menéndez de Avilés, continuaba el documento regio, los contingentes para la población de la Florida se debían enviar de España y no de México; ni había por qué poblar la región de Santa Elena, sino que desde los treinta y ocho grados de longitud hacia Terranova, se examinaría la calidad de la tierra y « en el mejor lugar y más acertado » se escogería acomodado puerto para instalarse en él.

Momento verdaderamente crítico para la ulterior evolución de la historia floridana. Las extensas provincias recorridas por las expediciones de Pánfilo de Narváez y de Hernando de Soto, pierden el atractivo que un día tuvieron por las riquezas soñadas en sus campos y el interés de su organización colonial. Bastaba sólo que un fortísimo baluarte, afianzado en las inmediaciones de Terranova, impidiese la ocupación extranjera de la Florida: se aseguraban así las ricas posesiones de Ultramar y el tráfico de las naves de Indias que, cargadas de oro, venían a enriquecer el tesoro nacional. Ya desde ahora aparece esbozado el carácter del asturiano Menéndez, genial marino y conspicuo general, no igualmente colonizador.

Por la trascendencia del negocio, proseguía la carta real, antes de que en la corte se tomara una última resolución, deliberaría el virrey Velasco con las personas que más conocimiento tuvieran de las provincias y costas de la Florida sobre si convenía o no proseguir la colonización de aquel país, y caso de efectuarse, de qué manera; los diversos pareceres se enviarían al monarca.

El resultado unánime de las conversaciones tenidas por el virrey con Villafañe y con los principales capitanes cono- cedores de las provincias septentrionales fue que en toda la costa oriental del Atlántico hasta los treinta y cinco grados no había ni tierras ni puerto para organizar población española; la colonización y misión de los indígenas se hacía casi imposible por vivir estos muy dispersos y no poderse reunir para la enseñanza de la doctrina cristiana; aunque estaban conformes en que la exploración de los puertos existentes más arriba de los treinta y cinco grados se hiciera con naves enviadas desde España, prevenían, con todo, al rey no adelantara grandes sumas de dinero para la empresa hasta cerciorarse de la calidad de aquellas costas y tierra.

13. - Ya la Florida ni por sus poblaciones, ni por sus riquezas, ni por sus puertos se presentaba muy atractiva a la conquista, colonización y evangelización españolas. Si las naciones de la Europa occidental no hubieran codiciado, precisamente en la Florida, puesto para su colonización, y para su ataque a la preponderancia marítima española del siglo XVI, probablemente España hubiera permanecido, por mucho tiempo, indiferente para la conquista del continente septentrional de América.

—o—

LAS POTENCIAS EUROPEAS OCCIDENTALES EN LA FLORIDA Y LA POLÍTICA ESPAÑOLA

SUMARIO: — 1. Las expediciones de Cabot. — 2. Los Corte-Real. — 3. Significado político del viaje de Juan de Verrazzano. — 4. Los viajes de Cartier y Roberval: política colonial francesa. — 5. Preocupación española por los viajes de Cartier e indiferencia portuguesa. — 6. Deliberaciones españolas sobre los planes franceses. — 7. La paz de Crepy y la política de Ultramar (1542). — 8. Portugal y España contra los corsarios franceses. — 9. La tregua de Vaucelles; su ruptura: el papa Paulo IV y Enrique II de Francia. — 10. Cateau Cambresis y el mare liberum.

1. - En la extensión de los descubrimientos de N. América el único límite puesto a los exploradores españoles era la línea de demarcación con Portugal. La orden que Carlos V dio a Ayllón de no descubrir « dentro de los límites e demarcación del serenísimo rey de Portugal » (1), se repitió a los siguientes conquistadores. No era difícil que la nación amiga fijara para sus descubridores la misma norma de conducta con prohibición de entrar en demarcación española.

Era imposible, sin embargo, que las potencias europeas contemplasen indiferentes esta repartición que las dos naciones ibéricas se hacían del mundo, sin disputarles predominio tan absoluto. Contra España se concretaron estos ataques principalmente en la América del norte, región, como hemos indicado, de la Florida del siglo XVI. Esto obligó a España a dirigir la trayectoria de su política, en la conquista del continente septentrional, más que a la instrucción y evangeli-

(1) *C.D.I. Am.* XIV, p. 506.

zación de los naturales, a formar allí un baluarte, defensa de todas las posesiones ultramarinas. Por tal motivo, a partir de mediados del siglo XVI, predomina en la Florida el elemento militar; y el encargado de su colonización y población es uno de los más célebres marinos, curtido en las luchas del mar contra corsarios, valiente soldado que muy pronto se acreditará en victoriosos combates contra los franceses.

Ya mucho antes de que España pensara en poblar la Florida, había surgido en el norte de América la amenaza para las posesiones de Ultramar, con ocasión de que algunas naciones de la Europa occidental estaban muy interesadas en hallar paso para las Indias orientales en las tierras desconocidas aún del septentrión.

Enrique VII rey de Inglaterra, con patente regia de cinco de marzo de 1496 (2), concedía al genovés Juan Cabot, ciudadano veneciano, y a los tres hijos de este, Juan, Sebastián y Santos, plena y libre autoridad para navegar a las regiones de oriente, occidente y septentrión y descubrirlas, con que fueran de gentiles o infieles y no las conocieran príncipes cristianos. Respetábanse consiguientemente las posesiones españolas del sur de América.

Aun antes de la publicación de la licencia real, el veintuno de enero de aquel mismo año, escribía el doctor Ruy González de Puebla, embajador de los Reyes católicos en Inglaterra, a sus soberanos que un personaje como Colón se había presentado en aquella corte, « para poner al rey de Inglaterra en otro negocio como el de las Indias, sin perjuicio de España ni de Portugal » (3).

Poco satisfarían a la corte española las seguridades que, por medio de su delegado, se le prometían, pues sospechaba, no sin fundamento, que en el importante negocio pudiera estar complicada la vecina Francia; ni podía entender su ejecución sin daño propio o de Portugal (4).

(2) La patente real en HARRISSE, *Jean et Sébastian Cabot...* p. 413 s.

(3) HARRISSE, *o. c.* p. 315. No conservándose la carta del embajador español, la palabras citadas las tomamos de la respuesta del rey de 28 de marzo de 1496.

(4) *l. c.*

Persuadidos los perspicaces Reyes católicos que los planes ingleses encerraban mayor amenaza de la que a primera vista parecía, categóricamente negaban la posibilidad de que en las tierras oceánicas existieran regiones no pertenecientes a príncipes cristianos, después de las concesiones hechas por los soberanos pontífices a las dos naciones ibéricas.

Con la implícita negación que en la patente de Enrique VII se hacía de tales concesiones, y la complicidad que, a juicio del rey católico, tenía Francia en la proyectada empresa, surgían en Europa émulos temibles de la soberanía marítima de Portugal y España. La carta del rey Fernando es el primer documento de la lucha que se enciende contra Portugal y España por las conquistas de Ultramar (5).

A pesar de la protesta regia, en los primeros días de mayo del siguiente año, salían del puerto de Bristol, Juan Cabot y su hijo Sebastián, con cinco o seis naves y unos cien expedicionarios. Su intento era hallar el Catay, extremo oriente del Asia. Probablemente tomaron tierra en la península de Labrador, y a fines de julio del mismo año, estaban ya de vuelta en Inglaterra.

Ocho meses después, el primero de abril, los dos valientes marinos abandonaban de nuevo Bristol con cinco naves, sin que conozcamos los resultados de esta segunda empresa (6).

El embajador español Puebla, oportunamente avisado por su sagaz monarca, había seguido con curiosidad y prevención los preparativos de la primera expedición y observado atentamente la ruta de las naves; de todo lo cual pudo deducir, según escribía a sus reyes el veinticinco de julio de 1498, que los audaces navegantes buscaban las posesiones españolas (7). Con la misma fecha y desconfianza escribía también el ayudante del embajador Pedro de Ayala a los monarcas católicos, que el mapa traído por los descubridores era falso, para hacer

(5) REIN, *Der Kampf Westeuropas...* p. 74.

(6) HARRISSE, *Jean et Sébastien Cabot...* pp. 49-60, 225. RUGE, *Geschichte des Zeitalters...* p. 502. DAWSON, *The Saint Lawrence Basin...* p. 28, afirma categóricamente que la expedición tomó tierra en el cabo Bretón, no en la península de Labrador.

(7) HARRISSE, *o. c.* pp. 101-105, 225, 328, 329^a.

creer a los incautos que las islas descubiertas no pertenecían a España (8).

A pesar de la fundada preocupación que en la Península se tenía de los proyectos ingleses, cesaron estos hasta bien mediado el siglo XVI, en sus expediciones a N. América.

2. - Los viajes de los dos hermanos portugueses Gaspar y Miguel Corte-Real, al continente septentrional de América, no parece preocuparon la política española. En el verano de 1500 Gaspar zarpaba de Lisboa o de una isla de las Azores, con una o dos naves. Entre septiembre y octubre hacía sus primeros descubrimientos en una región septentrional, donde el clima era muy frío. Por los grandes y frondosos árboles la llamaron Tierra Verde.

El entusiasmo suscitado en Portugal por los intrépidos navegantes despertó imitadores. A fines de 1500 o principios del siguiente año, partía de Lisboa una segunda expedición de tres naves, capitaneada por los Corte-Real. En los comienzos del quinto mes divisaban una gran región, tal vez, la península de Labrador. Internados por uno de los numerosos ríos que cruzaban el inmenso territorio, se apoderan de unos cincuenta indígenas para presentarlos a la corte de Lisboa. Envía Gaspar una de las naves a su patria, para recibir los plácemes de sus compatriotas, mientras con la tercera examinaba el país descubierto, para cerciorarse si era isla o tierra firme. En Lisboa a donde la embarcación mensajera llegó a principios de octubre, seguían primero con interés y después con ansia, la suerte de Gaspar, de quien no se tenían noticias algunas. Trascurridos cinco meses de angustiosa espera, vuelve Miguel, con tres naves, en busca de su hermano. A la inquietud por el paradero de los primeros desperdigados marinos, se añadió otra preocupación no menor, pues después de bastante tiempo, ninguno de los dos hermanos daba señales de vida. Finalmente envió el rey dos carabelas que hallaran algún indicio de los valerosos descubridores; vuelven sin la ansiada nueva ni en adelante se pudo saber nada de ellos. Ante tan inesperado y trágico fin, pro-

(8) *O. c.* p. 329s.

hibió el rey emprender nuevos viajes a la tierra de los Corte-Real, como en adelante se la llamo (9).

3. - Francia había de ser más insistente en sus exploraciones de N. América. Estas actividades tendían a oponer a la inveterada adversaria colonia contra colonia y una fuerza y poder temibles contra la preponderancia marítima de España. En esta época de emulación de las dos rivales, proclama Francia la fórmula del « mare liberum », defendiéndola calurosamente y aplicándola hasta las últimas consecuencias en la guerra de corsarios y en el ataque directo a las posesiones españolas.

El mismo año de 1523 que la corte imperial había firmado las capitulaciones con Ayllón, para los extensos descubrimientos de que hemos hablado, e ideaba una hazaña émula de la de Elcano, a través del estrecho que se suponía en las cercanías de Terranova, empresa confiada el siguiente año a Esteban Gómez, con los resultados expuestos, Francisco I abrigaba también análogos planes. El florentino Juan de Verrazzano, puesto a las órdenes del rey cristianísimo, zarpaba a fines de 1523, con cuatro naves del puerto de Dieppe, para llegar hasta el Katay, a través del continente septentrional de América. Dos de las embarcaciones, arrastradas por la tempestad, se estrellan contra las costas de la Bretaña. Una tercera sucumbe también en lucha con los españoles junto a la isla Madera. Con la única restante, sale el valeroso marino de un escollo vecino a la referida isla, el diecisiete de enero y encuentra tierra en las cercanías de la actual ciudad de Wilmigton (Carolina del Sur). Navega hacia el sur unas cincuenta millas para subir de nuevo hasta los cincuenta grados de longitud. Puesto en el meridiano de Dieppe, hace girar la proa y llega victorioso al puerto de donde partiera, el ocho de julio, sin haber encontrado el apetecido estrecho para el oriente (10).

El significado político de esta empresa era muy grande, pues había estado secundada por el mismo rey que hizo

(9) Para las expediciones de los Corte-Real, seguimos igualmente la obra del mismo HARRISSE, *Les Corte-Real...*

(10) RUGE, *Geschichte des Zeitalters...* p. 505. DAWSON, *The Saint Lawrence Basin...* pp. 87-97. LA RONCIÈRE, *La Floride française...* pp. 5-13.

aprestar las naves. Con ella entraba Francia por primera vez, como nación, en territorio marítimo español, aunque por el momento no pensara en un ataque directo contra la preponderante enemiga, pues su fin era dar con la ansiada ruta de oriente. Así al menos se interpretó en el ambiente oficial de las cancillerías y los primeros que se sintieron ofendidos y amenazados por los viajes del florentino fueron los portugueses (11). Sin embargo fácilmente se podía deducir que, cerrado el paso en occidente para las posesiones de Portugal, las aspiraciones francesas habían de tender espontáneamente hacia las españolas.

4. - Al parecer, no fue muy grande el entusiasmo producido entre la gente marinera francesa con la navegación de Verazzano, pues durante bastantes años, ninguna otra embarcación se lanzó a la arriesgada empresa. Sólo el veinte de abril de 1534 salía del puerto de Saint Malo, lugar de su nacimiento, Diego Cartier, con dos naves de sesenta toneladas próximamente cada una; los expedicionarios eran setenta y uno. Una patente real los animaba a descubrir algunas islas y regiones donde, según fama, debía de haber gran cantidad de oro con otros objetos de valor. Veloz cual ningún otro viaje hasta entonces fue, quizás, el de los afortunados expedicionarios, pues el diez de mayo estaban en Terranova. Suben al actual estrecho de Belle Isle, y atravesándolo, siguen hasta la desembocadura del río San Lorenzo, para recorrer el golfo del mismo nombre. El quince de agosto vuelven a Saint Malo, a donde llegan en rapidísima travesía, con dos salvajes recogidos en las tierras visitadas.

El incansable bretón, satisfecho de su primera experiencia, caldeó los ánimos de los navegantes franceses y activó los preparativos para un segundo viaje. Un ambiente propicio favoreció la propaganda. Con una comisión firmada el veintiocho de octubre por Felipe Chavot, señor de Brión y almirante de Francia, para proseguir los anteriores descubrimientos, salió nuevamente de Saint Malo, el diecinueve de mayo de 1535, con tres naves, una de ciento veinte, otra de sesenta

(11) REIN, *Der Kampf Westeuropas...* pp. 136-139.

y la tercera de cuarenta toneladas. El contingente de los expedicionarios se había aumentado notablemente desde la primera travesía, pues eran ciento diez. Pasan otra vez el estrecho de Belle Isle, visitan la isla de Anticosti, Saguenay y el río San Carlos. Suben por el río San Lorenzo hasta Hochelaga en Montreal. El seis de julio entran triunfalmente acogidos en el puerto francés de donde zarparan.

En las dos expediciones habían tenido la precaución los previsores marinos de señalar los sitios visitados en América con cruces que llevaban la flor de lis y la inscripción: *Franciscus primus Dei gratia Francorum rex regnat* (12). Quedaba así fundado para Francia, dentro de las posesiones españolas de la Florida, (para los españoles del siglo XVI aun la región del Canadá estaba comprendido en el mencionado territorio), un derecho que ella reclamará y defenderá tenazmente.

La guerra que se reanudaba en 1536 entre Francisco I y Carlos V, parece haber impedido, por entonces, la continuación de las empresas de Cartier (13). Terminaba aquella el dieciocho de junio de 1538 con la tregua de Niza.

Impaciente el descubridor del Canadá por continuar sus magníficas hazañas conquistadoras, apenas había cesado entre los combatientes la animosidad guerrera, presentaba en septiembre de 1538 al duque de Montmorency un memorial y un proyecto de colonización en los países recientemente descubiertos. El hábil e influyente político que había dirigido por la parte de Francia las negociaciones de la tregua de Niza, no creyó oportuno secundar las propuestas del marino bretón, en tiempo en que tan amigables eran las relaciones de Francisco I y el emperador, y esperaban de este la cesión del Milanesado. Sólo cuando en junio de 1540 se rompía la amistad entre los dos perpetuos rivales, y en octubre del mismo año entregaba Carlos V a su hijo, el príncipe don Felipe, la región italiana tan apetecida, podía pensar Cartier en reanudar su empresa.

(12) HARRISSE, *Notes...* p. 1. REIN, *o. c.* p. 153s. DAWSON, *The Saint Lawrence Basin...* pp. 121-124.

(13) REIN, *o. c.* p. 154s.

Con letras patentes de diecisiete de octubre de 1540 (14) le nombraba el monarca cristianísimo piloto mayor de la expedición que había de continuar los anteriores descubrimientos en el Canadá y Hochelaga. En consideración a los magníficos provechos que de la empresa se esperaban, Francisco I había querido revestirla de carácter nacional, nombrando lugarteniente suyo para ella a Juan Francisco de la Roque, señor de Roverbal (15). Según constaba en el documento regio entregado a los expedicionarios, el móvil principal de la corte para ejecutar tales conquistas era atender a los muchos países habitados por gente salvaje que ningún conocimiento tenían de Dios; aunque debían los descubridores establecer ciudades y fortalezas para el consolidamiento de su posesión, construirían igualmente templos e iglesias para predicar a los indígenas la fe católica y enseñarles la doctrina cristiana; con esto se haría obra agradable a Dios, al aumento de la fe cristiana y acrecentamiento de la iglesia católica, de la que eran los franceses los hijos predilectos; si las mencionadas tierras no estaban sujetas al emperador o al rey de Portugal, podían ocuparlas por vías amistosas o por la fuerza, si fuera necesario.

Como se ve, la política colonial francesa se movía con la misma orientación y directivas que la de Portugal y España: supuesto el motivo de evangelización, como título justificativo del dominio, se podía defender este contra los naturales aun por las armas (16).

A pesar del interés y recomendaciones de la corte por la expedición, la acogida que se le tributó no fue excesivamente entusiasta, pues hubo de echarse mano para ella aun de los criminales condenados a muerte que yacían en las prisiones de París, Toulouse, Burdeos, Rouen y Dion (17). Con tan sospechosa tripulación puesta a las órdenes de Cartier, salían de Saint Malo, el veintitrés de mayo de 1541, cinco audaces veleros.

(14) La patente del rey en HARRISSE, *Notes...* pp. 243-253.

(15) *O. c.* p. 4.

(16) *O. c.* pp. 244-247.

(17) *O. c.* p. 4.

Después de tres meses de fatigoso viaje, llegaban al río San Lorenzo; exploran sus riberas y en la región de Stadacona, norte de Quebec, construyen el fuerte de Charlebourg. En las continuas luchas con los indios, y por las grandes privaciones y rigores del invierno, mueren no pocos de los expedicionarios. Desistiendo de labor tan ardua, en mayo del siguiente año, emprende el capitán con los restantes compañeros extenuados el viaje de vuelta. Durante la travesía encuentran al de la Roque que venía a infundir alientos y prestar colaboración a los esforzados colonizadores. No pudo, sin embargo, este desviar la ruta de los desengañados marinos.

No muy satisfecho el señor de Roverbal del imprevisto desaire, continúa su camino hasta el Canadá y guiado por las informaciones de Cartier o por alguno de los compañeros de este que se resignaría a acompañarlo, escoge como centro de colonización el fuerte abandonado por los anteriores expedicionarios. La oposición de los indios y las penalidades por la falta de víveres y el riguroso invierno no serían pequeñas, hasta que en 1543 izaban los valientes descubridores las velas de sus embarcaciones para dirigirse a Francia, dejando abandonadas las tierras que tanto en un principio les halagaran (18).

5. - El repetirse de los viajes franceses no poco preocupaba a la corte española que tenía distribuidos atentos observadores por los principales puertos de Francia para estar enterada de todas las embarcaciones que tomaban rumbo hacia América. Uno de estos escribía al Consejo de Indias en 1541 que, por mandato del rey cristianísimo, se aprestaba en las costas de la Bretaña armada de trece naos, bien aderezadas y artilladas, encomendada a Cartier; por este y por un suegro del mismo había sabido que iban a poblar una tierra que se llamaba Canadá (19).

Con más preocupación se expresaba, en un informe en-

(18) Según HARRISSE (*Notes...* p. 5), por orden de Francisco I volvió Cartier en un cuarto viaje al Canadá, aunque de él no se tengan noticias algunas, viaje que, a juicio de DAWSON (*The Saint Lawrence Basin...* p. 205ss.) no existió.

(19) SMITH, *Colección de varios documentos para la Florida...* p. 108.

viado a la corte española en abril de aquel mismo año, otro espía de Saint Malo, centro principal entonces de los viajeros de Ultramar, quien estaba muy informado por Rolet Morin y de Corvel de todo lo que se decía y oía sobre la empresa del bretón: La soberanía española en América quedaba amenazada, porque el Canadá, a donde, según voz común, iba la armada, estaba situado seiscientas leguas más allá de Terranova; se asomaba a las Indias del emperador y era ciertamente su término, porque en el puerto escogido por las naves del rey cristianísimo, desembocaba un gran río de agua dulce proveniente de ellas (20).

Como por las noticias recibidas, aunque existía peligro de próxima incursión en demarcación española, la violación había sido del territorio portugués, la corte de Carlos V, por medio de su embajador en Lisboa Juan Sarmiento, ofreció ayuda a Juan III, para alejar el enemigo común. No sintiéndose el rey lusitano tan amenazado, respondió que en ninguna otra parte hicieran menos perjuicio los franceses que en la frigidísima tierra de los Bacalaos (21).

Más explícitamente había significado la razón de esta despreocupación el infante don Luis, hermano de Juan III, en una entrevista con el mismo embajador Sarmiento: Si los franceses no pasaban por el río descubierto al mar del Sur, serían de poquísimo o de ningún efecto sus trabajos (22). Con idéntico tono de serenidad, pues ninguna nube de tempestad se cernía sobre el oriente portugués, podía el príncipe añadir en el mismo coloquio, esta otra afirmación tan verdadera como desconsoladora para la corte de España: « muchas cosas había que era mejor disimularlas que no ponerse en ellas, pues no las podrían estorvar, como era que los franceses no armasen y no fuesen a descubrir ». Manifestación paladina de la política portuguesa que descubría su escasisimo empeño en ayudar a la nación hermana en lo que no tocaba a sus intereses vitales de oriente o a otras

(20) La RONCIÈRE, *Notre première tentative...* p. 11.

(21) SMITH, *o. c.* p. 112.

(22) *o. c.* p. 113.

posesiones más apreciables que las de la América septentrional.

España consciente y aun temerosa de la rivalidad francesa, buscaba un acercamiento a Portugal. Este, por su parte, tenía que mantener con su actitud, el equilibrio político entre Francia y España, para no verse supeditado a ninguna de las dos naciones. El embajador español en Lisboa había palpado muy de cerca esta política de balancín, tan necesaria para la conservación del predominio lusitano. « Creo que la respuesta que el rey me dará, escribe al emperador en 1541, será como la pasada, y así creo que harían aunque los franceses le tomasen aquí a Lisboa, que nunca han de querer romper con ellos públicamente ».

6. - Mientras los delegados de la política exterior española tan activos se habían mostrado para alejar, en los comienzos, el peligro extranjero sobre Ultramar, los pareceres en España andaban bastante divididos al querer precisar los fines que las expediciones francesas podían tener en N. América. Según el Consejo de Indias, en lo que quedaba por poblar del mar del norte, no había nada que los franceses pudiesen codiciar, además de que los corsarios que iban a sus aventuras (23), no pretendían tierras, sino el oro y plata que cargaban los navíos de Indias; con esto no se negaba la existencia de algún peligro para las posesiones del Atlántico (24).

(23) Parece aludir al informe enviado por el Consejo de Indias: « Dice que en Crucique se aderezaban dos Naos, una de porte de 130 toneladas, otra de 120, bien aderezadas de artillería y municiones, con 180 hombres; no se pudo saber dónde iban, decíase que *a sus aventuras* » (SMITH, *o. c.* p. 104).

(24) SMITH, *o. c.* p. 104. Aseguraba el Consejo de Indias en su parecer de 1541: « Y también hubo pareceres, pues se dilataba la Armada, que era cosa conveniente que se embiasen al Nombre de Dios, ciento y cinquenta Arcabuceros, con un Capitán que residiesen en aquel pueblo, para que en caso que los Franceses se llegasen allí, les defendiesen la entrada, y que no pudiesen pasar a Panamá, por estar allí el oro y plata de su Mag^d. En Puerto Rico de la Isla de Sant Joan, otro capitán con cinquenta arcabuceros, y en el puerto de Sancto Domingo de la Isla Española, otro Capitán con 100 arcabuceros, y en el puerto de la Havana, de la Isla de Cuba, otro Capitán con cinquenta arcabuceros. E que cada uno de estos lleve dos, o tres personas a quien se diesen pagas dobles porque las puedan llevar honrradas » (*o. c.* p. 104 s.).

El cardenal de Sevilla, García de Loaysa, en carta de 1541 al secretario de su majestad Samano, ni siquiera reconocía peligro para el tráfico marítimo: Con la jornada de Cartier, no pretendían los enemigos establecerse en lugar de donde pudieran fácilmente asaltar las naves españolas, pues las ventajas de tal empresa aprovecharían únicamente, rota la tregua de Niza y rayaba en locura hacer tan enormes gastos por guerra que sólo se temía; el móvil de tales aventuras era la ambición de oro y plata, pues, dando oído a algunas habillitas, creían los franceses existir en aquellas tierras grandes tesoros; reconocerían el fatal engaño al encontrarse con una costa infructuosa; naufragarían en ella, o a buen librar, volverían con pérdida de hombres y de lo que llevaran de su patria (25). Coincidió sustancialmente este parecer, como hemos visto, con el del rey de Portugal.

En una declaración posterior del mismo año de 1541, decididamente advertía el Consejo de Indias a su majestad que la presencia de los franceses en las provincias septentrionales de América era peligrosa para la Florida y para las naves españolas que habían de atravesar el canal de Bahama, pues las regiones ambicionadas por los enemigos no podían ser otras que las halladas por los bretones en anteriores tiempos, o la costa de la Florida, descubierta por el licenciado Ayllón y por Esteban Gómez y encomendada actualmente a Hernando de Soto; por otra parte, el canal de Bahama, en tiempo de guerra, era el lugar más estratégico para caer sobre las naves de Indias y apoderarse de ellas; con tan codiciado y rico botín se darían los franceses por muy bien pagados, aunque de la descubierta tierra no sacasen utilidad alguna (26). Como consecuencia práctica de las consideraciones expuestas urgía el Consejo al emperador rogara e instara al monarca lusitano, como el caso lo requería, no concediera a los navíos franceses ninguno de sus puertos, y caso de refugiarse en ellos, los hiciera tratar como enemigos de su majestad y suyos (27).

(25) SMITH, *o. c.* p. 111.

(26) *O. c.* p. 109.

(27) *O. c.* p. 116. El documento es de 1541 * Corsarios franceses. Memo-

Parece vislumbrarse en esta decisión de los consejeros reales la solución que algunos años más tarde dará Menéndez de Avilés, de convertir la Florida en baluarte y defensa para las posesiones de América, parecer, como hemos visto, asesorado por la junta de Nueva España en 1562.

7. - Cuando Cartier, después de haber renunciado a ulteriores proyectos de colonización en el Canadá, volvió en el verano de 1542 de su tercera expedición, había estallado la cuarta y última guerra entre Carlos V y Francisco I (julio de aquel mismo año) (28), con amenaza de convertirse en europea por las alianzas que los beligerantes se consiguieron, Francia la del turco y España la de Enrique VIII de Inglaterra. Decidieron, en gran parte, el resultado de esta guerra las ocupaciones de Epernay y Château-Thierry, distantes sólo veinte leguas de París. Aun antes de la definitiva conquista de estos dos centros, estratégicamente tan importantes, Francisco I había iniciado negociaciones para la paz que Carlos V debía aceptar por la falta de dinero a que se veía reducido. Sin la suficiente remuneración, se negaban sus soldados a combatir, en tanto que los estados alemanes le presionaban también por los sacrificios en dinero que debían hacer para continuar la guerra (29). Se firmaba la paz en Crepy el diecisiete de septiembre de 1542.

Como era de esperarse, se sintieron las repercusiones de este convenio en la política de Ultramar. Según consta por una instrucción que el Consejo de Indias pasó al emperador durante las negociaciones, era firme voluntad de los consejeros reales prohibir a los franceses el comercio en América, como hasta entonces, por los grandes inconvenientes que se seguían; si estos no consentían en ello, podriase tolerar la concesión, caso de que prometiesen guardar las leyes y pragmáticas españolas que ellos mismos y los de-

rial de lo que pareció a los del Consejo de Indias sobre lo del Armada para resistir a la de los Franceses que dicen bienen a descubrir y poblar en las Indias » (o. c. pp. 114-117).

(28) LAVISSE E., *Histoire de France*, V (II), p. 107.

(29) O. c. pp. 114-117.

más vasallos extranjeros habían guardado en la contratación de América (30).

Aunque en el artículo de la paz referente a las Indias el sacrificio exigido del vencido fue muy grande, no fue cual lo hubieran deseado los consejeros reales: « El rey cristianísimo, sus sucesores y vasallos no inquietarían al emperador ni al rey de Portugal, en la pacífica posesión de las Indias descubiertas o por descubrir; ni directa ni indirectamente atentarian nada contra ellas, permitiéndoseles tan sólo el comercio; los violadores del pacto serían castigados según su culpa y donde se hallasen culpables » (31).

La defensa que en el citado artículo se hace de los derechos de Portugal hace creer que la corte de Lisboa, después la aparente indiferencia ante las empresas de Cartier, hubiera pedido al emperador la salvaguardia de sus posesiones americanas, a lo que gustoso accedería Carlos V en espera de oportunas compensaciones.

8. - La situación creada por la paz de Crepy no podía ser duradera por el gran sacrificio impuesto a los franceses, pues oficialmente perdían estos todos sus dominios en el continente septentrional de América; y todo lo descubierto y por descubrir en las Indias, por justo título, en virtud del tratado de Tordesillas, previa la donación de los papas, pertenecía al emperador y al rey de Portugal.

Los temores del consejo real de que los franceses no se contentarían con sólo el comercio, y el empeño del rey de Portugal porque se mantuviese la intransigencia de los consejeros reales, pues los que se decían comerciantes, iban con naves armadas para poder robar sobre seguro (32), pronto se justificaron con los hechos. En 1545, el regimiento de Santiago de Cuba pedía al emperador socorros para la defensa de la ciudad, porque si la tomaban los franceses la destruirían (33); y el diecisiete de febrero del siguiente, escribía desde Santo Domingo, Diego de Ocina al obispo de

(30) DAVENPORT, *European Treaties...*, p. 207¹⁵.

(31) *O. c.* p. 208s.

(32) SANTAREM, *Quadro elementar...* III, p. 308s.

(33) *C. D. I. Ultramar*, VI, p. 245.

Cuba, que los súbditos del rey cristianísimo habían conquistado y robado la villa de Baracoa, que hallaran desamparada (34).

Como ni los barcos portugueses estaban libres de estos ataques de sorpresa, aprovechó Carlos V la inquietud de la corte lusitana para proponerle una alianza defensiva contra el enemigo común, en la que podían comprometerse sin romper con la corte francesa, porque los corsarios no eran armada a sueldo del rey, « syno ladrones que andan a robar a toda ropa, como parece por el daño que los Portugueses han recibido dellos, y justamente el señor Rey de Portugal los puede mandar buscar y seguir para castigallos » (35).

En 1552 se firmaba la convención defensiva, cuyo fin era la custodia y seguridad de los barcos de ambas naciones, en sus viajes a las respectivas posesiones; y la razón para esta protección mutua, las pérdidas y daños que los vasallos de las dos potencias ibéricas sufrían por los continuos robos e insultos de corsarios que en todos tiempos y lugares recorrían los mares para este efecto (36).

9. - Fue oportunísimo, sobre todo, para España este tratado, pues el mismo año comenzaban la guerra Enrique II de Francia y el emperador. Los efectos de la animosidad guerrera, como era de suponerse, alcanzaron sensiblemente a Ultramar. Ya el nueve de mayo de 1552, el gobernador de la capital cubana anunciaba a su soberano que por personas particulares se había enterado de la guerra contra Francia; inmediatamente había mandado fortificar el puerto con los medios de que disponía y avisado a Santiago para que estuviesen apercebidos; barruntábanse ya los primeros estallidos del combate, pues un navío enemigo había lomardeado otro español que iba de Santiago a la Habana (37).

Un año después, el diez de julio de 1553, una banda de franceses ocupaba la ciudad de Santiago de Cuba (38). La

(34) O. c. p. 256s.

(35) DAVENPORT, *European Treaties...* p. 210^o.

(36) O. c. pp. 210-214.

(37) C. D. I. *Ultramar*, VI, p. 328s.

misma fecha de 1555, doscientos corsarios armados de coseletes, celadas y arcabuces y capitaneados por Jacques Soria, se apoderaban de la fortaleza principal de la Habana, con toda la artillería que en ella había; entraban la ciudad a saco, destruyéndolo todo, sin hallar oposición alguna (39). Tres meses después, cuando todavía estaban los españoles en las obligadas reparaciones de los edificios destrozados y desmantelados, una nueva patrulla enemiga penetró en la aterrorizada villa y quemó las estancias que habían escapado a la primera destrucción (40). El predominio de los corsarios era tan absoluto en algunas zonas del Atlántico, que en 1554 avisaban desde Panamá que tres o cuatro navíos adversarios señoreaban el mar del norte, lo mismo que el emperador el de Sanlúcar (41).

Con estas lides parciales intentaba Francia debilitar el poder español en Ultramar e impedir el tráfico de las naves de Indias que proporcionaban al emperador abundantes recursos para seguir sus victoriosas campañas y preparaba, por otra parte, un ataque más a fondo a las posesiones españolas de América. De esta suerte, el perspicaz almirante Coligny encontrará señalado el camino para sus planes guerreros en Ultramar contra la preponderancia colonial española.

La guerra entre los monarcas de las dos naciones rivales no había de durar por mucho tiempo. Invitada por Montmorency había intervenido María Tudor, reina de Inglaterra y esposa del príncipe don Felipe, a fin de que se entendiesen las partes combatientes. Las negociaciones para la paz se iniciaron en mayo de 1555. Las exigencias de los delegados franceses, apoyadas por Enrique II y por el duque Francisco de Guisa, parecieron exageradas al emperador. Contribuían a confirmar la actitud del monarca y del de Guisa, la fuerte oposición de los estados alemanes contra Carlos V y la simpatía que la política francesa encontraba en la italiana, con el nue-

(38) *L. c.* pp. 361, 427-429.

(39) *L. c.* p. 373.

(40) *L. c.* pp. 374, 376 (doc. 497); 376-386 (doc. 498); 386-427 (doc. 499); 429-433 (doc. 501); 434-437 (doc. 502).

(41) *O. c.* p. 360.

vo papa Paulo IV, elegido el ventitrés de mayo de 1555 (42).

El resultado de las nueve primeras sesiones para las gestiones pacíficas fue nulo. El mismo emperador que, a fines del año anterior, había abdicado en Bruselas los estados de Flandes y Brabante, cediéndoselos a su hijo don Felipe, y en enero del siguiente, lo declaraba heredero de la corona de España y Nápoles, hacía reanudar de improviso las conversaciones para la paz, en la abadía de Vaucelles, el primer mes de 1556. No influiría poco en esta determinación de Carlos V su firme voluntad de no legar a su hijo la enemistad francesa. Circunstancias eran todas estas que favorecían a los enviados del rey cristianísimo, quienes, desde el principio, manifestaron que no cederían ninguna de las conquistas del Piamonte, ni renunciarían a la alianza con el turco y con algunos príncipes italianos (43). Los representantes del emperador hubieron de aceptar todas estas condiciones en la paz que se firmó el cinco de febrero de 1556.

Por inconsecuencia no fácilmente explicable en los embajadores franceses, renunciaban estos a sus conquistas en América y, cosa más extraña, aunque a esta segunda cláusula accedieron con mucha dificultad, al comercio que hasta entonces les había sido permitido en los dominios españoles (44). El hecho era más significativo si se considera que uno de los representantes en Vaucelles era Gaspar de Coligny, almirante de Francia desde 1552. De todos modos tenían el magnífico recurso de no coartar la navegación de los particulares que, de propia iniciativa, visitaban las posesiones españolas; además no se fijaban trabas algunas para el comercio en las conquistas portuguesas, y así una pequeña desviación de las embarcaciones en el Atlántico, fácilmente la podría excusar aun la exigente política de Felipe II o del Consejo de Indias.

Si bien hubiera sido mucho mejor para Francia afianzar la posición ventajosa adquirida en Vaucelles; por intereses particulares, no por un bien general que pudiera esperar de

(42) LAVISSE E., *Histoire de France*, V (II), p. 159.

(43) *O. c.* p. 159s.

(44) DAVENPORT, *European Treaties...* pp. 216^o, 217s.

la guerra contra España, se desentendió muy pronto de los compromisos de la tregua (45). Insistía por la enemistad el papa Paulo IV, quien por sus doctrinas sobre el poder eclesiástico, en sentido completamente medioeval y por amor nacional, era adversario del predominio español (46). La actitud del pontífice se manifestaba cada vez más hostil contra los españoles, debido en parte al influjo que sobre él ejercía el cardenal Carafa y a su persuasión de que los imperiales querían envenenarlo. El quince de diciembre de 1555 firmaba con los enviados de Enrique II, los cardenales Guisa y Tournon, una alianza defensiva y ofensiva que había de mantenerse secreta, mientras ni de palabra ni por los hechos se recataba de ocultar su antipatía por los españoles. Por ambas partes se hicieron preparativos de guerra. Mandó el papa fortificar los estados confines con Nápoles, de donde podían asaltar los enemigos. Felipe II consultó a la universidad de Lovaina si podía prevenir el ataque del papa, iniciando la guerra. Ante la respuesta afirmativa, mandó al duque de Alba salir de Nápoles y entrar en los estados pontificios. El primero de septiembre de 1556 ejecutaba el decidido general las órdenes de su monarca (47).

A principios del siguiente año interrumpía Enrique II las relaciones diplomáticas con España, sin que por parte de esta hubiera precedido ningún acto de provocación (48). El impulso definitivo para decisión tan severa lo hizo dar Paulo IV con la esperanza de derrocar el poder español. Estas iniciativas del pontífice hallaban favorable acogida en el ambiente de hostilidad contra España que se respiraba en la corte francesa, fomentado principalmente por los Guisas.

10. - La paz de Cave, septiembre de 1557, ponía término a la deplorable guerra con el papa. Poco antes, agosto del mismo año, la victoria de San Quintín daba a los españoles el definitivo triunfo sobre los franceses y confirmaba su supremacía en Europa. Hasta fines del siguiente año no comenzaron las

(45) LAVISSE E., o. c. V (II), pp. 165-167.

(46) PASTOR, *Geschichte der Päpste...* VI, pp. 272ss.

(47) O. c. pp. 383ss.

(48) LAVISSE E., o. c. V (II), p. 166s.

conferencias para la paz que definitivamente se firmaba en Cateau Cambresis, abril de 1559. Así terminaban, al menos aparentemente, las inveteradas y continuas hostilidades entre Francia y España.

Además de las dos naciones rivales estaba interesada en los resultados del tratado pacífico Inglaterra, arrastrada a la guerra por su reina María Tudor, esposa de Felipe II desde julio de 1554. En los preparativos para la paz fue táctica de los embajadores franceses separar desde el principio los intereses de España de los de Inglaterra (49), pues estaban decididos a recuperar la antigua plaza fuerte francesa de Calais. Los alegatos por ambos lados prolongaron las negociaciones y excitaron la animosidad de los litigantes. Al fin hubo de resignarse la aliada de Felipe II a ceder el magnífico baluarte, último que poseía en Francia desde los tiempos de Eduardo III (1327-1377); pérdida que predisponía el pueblo inglés a la política antiespañola de Isabel que subía al trono, después de la muerte de María Tudor, acaecida el dos de diciembre de 1558.

Finalmente el dos de abril de 1559 se firmaba el tan debatido tratado entre Francia e Inglaterra; el siguiente día el de España y Francia; esta hubo de someterse a considerables pérdidas en Europa (50). Algo disimulaban esta situación desfavorable los matrimonios concertados durante las conferencias, de Felipe II con doña Isabel, hija de Enrique II, y

(49) Escribía Felipe II a su embajador en Londres, el conde de Feria, el 28 de diciembre de 1558; «... estando en guerra común por virtud de los tratados pasados, ni queremos contra la forma dellos hacer concierto con franceses sin que juntamente se trate el particular de los dese reino, o a lo menos, que la que se hubiere de hacer sea con satisfacción y consentimiento; y con cuánto calor se haya mirado y tratado su negocio, por nuestra parte, desde el principio hasta el fin, así en tiempo de la Reina, que está en gloria, como después, puede dar buen testimonio el conde de Arundel y los otros comisarios, como tenemos por cierto lo habrán hecho por sus cartas, y dando noticia particular de la gran sinrazón que en lo que les toca tienen los franceses, los cuales, en toda la negociación, han tenido principal fin a procurar de apartarnos de los dese Reino, y no tenemos gana de hacer cosa ninguna por ellos » (*C. D. I. España*, LXXXVII, p. 100s.).

(50) LAVISSE E., *Histoire de France*, V (II), p. 175. DE CROZE, *Les Guises, les Valois et Philippe II*, II, pp. 50ss.

el de Manuel Filiberto de Saboya con doña Margarita, hermana del mismo rey de Francia.

Los delegados del rey cristianísimo se mostraron intransigentes en las pretensiones españolas sobre las posesiones de Ultramar. La discusión del artículo separado sobre el comercio de Indias absorbió no pequeña parte de las actividades diplomáticas. El proyecto de los enviados del rey católico de excluir totalmente a los franceses del tráfico en Ultramar, chocaba contra la incommovible firmeza de los delegados de Enrique II. Reconocían estos a Portugal y España el poder de prohibir la entrada a las naciones extranjeras en sus posesiones, de ninguna manera en tierras no ocupadas, aunque estuvieran dentro de las demarcaciones. Para mantener esta actitud inquebrantable alegaban la libertad de los mares. Contra esta declaración irrefutable se estrelló el fundamento alegado por sus adversarios de las concesiones de Alejandro VI, de Julio II y del tratado de Tordesillas (51).

Ante la inflexibilidad francesa prometió España imponer por la fuerza la línea de demarcación e impedir dentro de aquellos límites todo comercio extranjero (52).

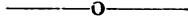
Aunque en las mismas conferencias para la paz, después de las primeras invectivas, se procuró fijar un artículo de inteligencia (53), la política *del más fuerte*, proclamada por los representantes de Felipe II, prevaleció, en no pocas ocasiones, dentro de la línea de demarcación española y muy especialmente en el territorio de la Florida. Por parte de Francia era muy explicable su decisión en defender oficialmente, ante los delegados españoles, la doctrina del *mare liberum*, pues, de un lado, no se resignaba a renunciar en América a la tradición de Cartier, y al comercio que hasta

(51) DAVENPORT, *European Treaties...* p. 220^o.

(52) En la carta de 13 de marzo de 1559, refieren los embajadores de Cateau Cambresis a Felipe II la amenaza que hicieron a los enviados franceses: « Et que nous leur voulions bien declarer que silz y venoient, encoires quil fut en paix, que lon procureroit de les jecter au fond, sans que par ce nous entendission que lon peust alleguer davoir contrevenu ausdits traictez en que quilz traictent de la communication et conversation des subjectez de lung sur les pays de laultre » (DAVENPORT, *o. c.* p. 221^o).

(53) DAVENPORT, *o. c.* 221^o).

entonces le había sido concedido, y de otro, quería compensarse en Ultramar de las grandes pérdidas a que en Europa hubo de someterse. Ni lo era menos por parte de España, pues en la época de 1559, en que nos hallamos, estaban vinculados a las posesiones de América muy pingües intereses, y el territorio de la Florida, aún no del todo descubierto, por su proximidad con la Nueva España, ofrecía esperanzas de grandes tesoros.



REPERCUSIÓN EN LA FLORIDA DE LAS LUCHAS RELIGIOSAS EUROPEAS

SUMARIO: — 1. Inglaterra y Francia ante el derecho de demarcación. — 2. Protestantes franceses bajo Enrique II y Francisco II; los Guisas y la insurrección de Amboise; Catalina de Médicis y su política de tolerancia. — 3. La regente y el apoyo español: la razón de estado. — 4. El edicto de tolerancia (enero de 1562) y Felipe II. — 5. Primera expedición francesa a la Florida: en el río Mayo y en el fuerte de Charlesfort. — 6. Escasa reacción en España: Chantonai. — 7. Catalina de Médicis y la primera guerra de religión: edicto de pacificación de Amboise (1563). — 8. Guerra con Inglaterra; paz de Troyes y sus consecuencias en la política de Ultramar: Stukeley. — 9. Francia ante el desgaste español; expedición francesa a la Florida: Laudonnière y Ribault. — 10. Actitud indecisa de España: los informes de los embajadores. — 11. Menéndez de Avilés consejero de la política floridana. — 12. El duque de Alba y la política de represión; Felipe II. — 13. Coligny y el peligro protestante en Ultramar.

1. - A fines de octubre o principios de noviembre de 1561 (1), salía de uno de los puertos ingleses, una flota de nares inglesas y francesas, a la que el embajador español en Londres, obispo de Quadra, atribuía resuelta determinación de romper el derecho de demarcación. Eran continuas las réplicas que se le hacían contra la autoridad del papa para dar y quitar reinos; según sus sospechas iban a saltear las naos que venían del Perú (2).

(1) Lo deducimos por la carta que el embajador español escribe al rey de Portugal, el 23 de noviembre de 1561: « Las naos de que aquí partieron avrá XX días » (A. S. *Estado Inglaterra*, 815).

(2) « Copia de ciertos artículos de las cartas escritas por el obispo de la Quadra a Mr. de Chantonay, a 23 de noviembre 1561 »: A. N. K. 1494 (B. 12).

Con fecha de veintitrés de noviembre igualmente escribe al rey de Portugal que el consejo inglés estaba firme en que el derecho de demarcaciones tan sólo se podía extender a lo ocupado, de ningún modo a lo no conquistado, donde no se les podía prohibir el comercio (3).

Los principios defendidos por los embajadores franceses en las conferencias para la paz de 1559, tan sólo eran tenue eco, aunque oficial, de las doctrinas que en Francia e Inglaterra se proclamaban. Chispazos eran estos de un ambiente que fácilmente podía estallar en un ataque contra las posesiones de Ultramar, y cuya recargada atmósfera se preparaba sobre todo en la política francesa.

2. - El tratado de Cateau Cambresis fue una verdadera abdicación de Enrique II en España del dominio exterior. Las causas para esta exagerada condescendencia fueron entre otras el empeño del rey cristianísimo por los matrimonios concertados durante las negociaciones y los deseos de extirpar de sus reinos la herejía (4); de esta suerte hasta el fin de este reinado tuvieron que someterse los reformados a una política de represión. El diecisiete de agosto de 1558 escribía Macar a Calvino: Si el rey firma la paz con su enemigo, y la firmará incondicionalmente, todo su furor se volverá contra nosotros; actualmente no se recata de decirlo (5).

No poco cambió la condición de los disidentes en el siguiente período de Francisco II (1559-1560). La antipatía que los Guisas se habían atraído por su predominio en la corte y por su empeño en tener alejados de ella a los príncipes de sangre real, Borbones y Condé, tachados de pertenecer a la nueva religión, no poco ayudó a estos para juntar un partido con el doble carácter de oposición a la política y a las ideas religiosas de los influyentes cortesanos. Desde entonces en Francia los disidentes religiosos, por el mismo hecho, se convirtieron en disidentes políticos, lo que bien

(3) A. S. *Estado Inglaterra*, 815.

(4) ROMIER, *Les origines politiques des guerres de religion*. II, p. 345.

(5) *O. c.* p. 287.

pronto se manifestó en la insurrección de Amboise de diecisiete de marzo de 1560. Aunque los Guisas pudieron prevenir el ataque, organizado principalmente por los nobles, y castigarlo severamente, hicieron saber oportunamente los opositores que no iban contra el rey, sino contra los consejeros reales (6). La violenta represión que ejercitaron estos contra los rebeldes perjudicó a los primeros, circunstancia que no se ocultó a Catalina de Médicis, carácter por naturaleza tolerante, que quiso iniciar una política moderada para desenrojar y atraer al partido de Condé. Nombró canciller a Miguel del Hospital (primero de abril de 1560), espíritu conciliador, mientras permitía al almirante Coligny moverse en la corte como su consejero (7). En la asamblea de Fontainebleau (veintiuno de agosto de 1560), el de Châtillon representó abiertamente la facción protestante y atacó la política de los Guisas, hecho no poco significativo que denunciaba el carácter oficial dado al partido protestante en una reunión del estado.

Tan arriesgada condescendencia alarmó al nuncio de su Santidad en Francia que escribía al de España el último día de agosto: La religión católica no podía estar ni en peor situación ni en mayor peligro; si Dios no lo remediaba iba a perderse totalmente; el negocio, por sus consecuencias, afectaba a todos los príncipes, especialmente al rey católico, por ser unos los confines de ambos países; debía este dar a los franceses consejo y ayuda, aunque no se los pidiesen (8).

El peligro se hacía más inminente con la muerte de Francisco II, acaecida el cinco de diciembre de 1560 y con la siguiente regencia de Catalina de Médicis, durante la menor edad de Carlos IX. El discurso que el canciller del Hospital pronunció en la apertura de los estados generales (trece de diciembre de 1560), fue el manifiesto de una política de tolerancia. Después de su clausura, el treinta y uno de enero del siguiente año se trasladaba la corte a

(6) LAVISSE E., *Histoire de France*, VI (I), pp. 12ss.

(7) DELABORDE, *Gaspar de Coligny...* I, p. 246.

(8) A. N. K. 1496 (B. 14).

Fontainebleau, donde la de Médicis, resuelta a no admitir junto a sí la exagerada preponderancia de ningún partido, resolvió tener representados los de Guisa y de Condé, para que se contrapesasen en la oposición que le podían hacer. Cuando, reunidos los tres órdenes del prebostazgo de París, la nobleza designó como regente al rey de Navarra, y caso de que no aceptara, al más próximo pariente, claramente les declaró Catalina que de ninguna manera se dejaría suplantar (9). Para hacer sentir a sus rivales la eficacia de sus propósitos, buscó el apoyo de España que presurosa acudió al llamamiento, por medio de su monarca: Podía la regente contar con su favor para conservación de la autoidad y del gobierno del reino que tan justa y debidamente pertenecían a ella (10).

3. - El ofrecimiento madrileño no era simplemente para mantener en el trono a la regente. Felipe II había sido más explícito en la entrevista con el mensajero extraordinario de Catalina, Osance: sus intereses eran la conservación de la religión católica.

Esta decisión del monarca español en circunscribir su ayuda únicamente para la causa católica, alarmó naturalmente a la de Médicis que quería valerse de ella para sus fines políticos. En la primera entrevista con el embajador español Chantonai, manifestó la regente todo el disgusto que le producía la condicional oferta. Se le había presentado, escribía el delegado a su monarca el cuatro de octubre de 1561, con cara muy resuelta, y, sin responder siquiera a sus preguntas, le había dicho muy secamente que agradecía los ofrecimientos, pero que no podía entender a quién daría su majestad ayuda para conservar la religión; ni creía que la ofrecería a ninguno sin su consentimiento; « que el rey su hijo tenía fuerzas para hacerse obedecer de sus vasallos sin otra ayuda, y que quando ellos acudiesen a otro para que les favoreciesse, sin licencia de su rey, ella proveería

(9) LAVISSE E., o. c. VI (I), pp. 29 ss. DELABORDE, *Gaspar de Coligny...* I, p. 491. THOMPSON, *The Wars of religion...* p. 65.

(10) A. N. K, 1495 (B. 13).

en ello de manera que les pesasse y les castigaría muy bien ».

Esta espontánea manifestación de la solapada regente evidenció al embajador la sinceridad que podía haber en el interesado acercamiento a España; su único móvil era *la razón de estado*, por la que dondequiera pediría socorro antes de dar entrada en Francia a las fuerzas españolas, por temor al poder del rey católico y porque sus únicos consejeros de plena confianza eran Coligny y los protestantes (11).

Aunque la misma razón de estado impedía a Catalina entregarse incondicionalmente a sus consejeros, podían en la corte de Madrid apreciar lo que había de verdad en las afirmaciones del delegado. Ya para este tiempo entre los del consejo real sonaba el nombre de Coligny como algo fatídico: como almirante, se le atribuían los robos de los corsarios y como consejero, se le achacaba hostil empeño de romper la amistad de las dos naciones (12).

4. - Por temor a una intervención española en los negocios franceses, el doce de noviembre de 1561, la reina envió nuevamente su mensajero especial Osance para tratar con Felipe II: Aunque agradecía las prodigadas ayudas, estaba escandalizada por ellas y no las podía comprender; debía el monarca católico ofrecer su auxilio al papa y a la iglesia; el ataque al rey cristianísimo únicamente era imaginable cuando estuviera este en campo contrario; dentro de Francia con ninguno podía estar en inteligencia el soberano español sino con ella y con su hijo (13).

Quedaban así en los planes de la de Médicis completamente definidos los límites a que se había de reducir el apoyo español: el excesivo predominio que uno de los dos

(11) Ibidem. Esta razón de estado, como norma de conducta de la Médicis, la desarrolla competentemente RENIE, *La politique de Catherine...*

(12) Coligny para defenderse de la complicidad que la corte española le atribuía en los robos de los corsarios, escribe al embajador francés d'Aubespine, el 5 de enero de 1562 (DELABORDE, *Gaspar de Coligny...* II, p. 11s.). Con la misma fecha escribe también Catalina al mismo embajador, manifestándole *cuán sin razón* imputaba la corte de Felipe II a Coligny decidido empeño de romper la amistad de las dos naciones (*l. c.* p. 12).

(13) A. N. K. 1495 (B. 13).

partidos franceses tuviera sobre el otro, lo contrastaría Catalina con el ascendiente del monarca católico. Si este hacía sentir demasiado su influjo, ella encontraría, dentro de la nación, medios con que oponérsele eficazmente. Precisamente la intromisión de Felipe II en los negocios franceses tiene su correlativo hecho contemporáneo en la marcada tendencia de Catalina a los reformados.

La ansiedad con que el rey de España seguía los progresos de la nueva religión en el país vecino le hacía definirse cada vez más. La respuesta al embajador extraordinario Osance, en la entrevista de quince de diciembre de 1561, fue absolutamente categórica: Atribuyendo el lamentable estado de los asuntos religiosos franceses al poco caso que la reina madre hiciera a sus consejos buenos y saludables, según, ella misma lo confesaba, afirmó claramente, fundado en la experiencia e historia, que donde se mudaba la religión, se mudaba igualmente el gobierno en lo temporal; deseaba alejar esta amenaza del suelo francés como si se tratara de sus propios reinos, porque si Francia se perdía, España corría evidente peligro; para desarraigar tan funesto mal, insistía en la fuerza de las armas, aunque muy peligrosa, y causa de la destrucción del reino, porque no cabía remedio con blandura y medios suaves.

Poníanse de esta suerte en abierta oposición las dos tesis francesa y española. Si la de Médicis quería tener regulada, con su voluntad, la participación española en sus dominios, Felipe II, por motivos de religión católica, la ofrecía aun a los que se rebelasen contra el trono, y más tratándose de Francia donde el predominio del partido de Condé fácilmente podía significar el desquiciamiento de la monarquía católica española. Motivo es este de la política de Felipe II que no debe olvidarse cuando se estudia su participación inmediata en el gobierno de Catalina. En país de soberanos católicos, toda escisión religiosa era, al mismo tiempo, escisión política o sedición, y desde el momento que prevalecieran los sediciosos, sucumbía el poder contrario a ellos. No era esta únicamente persuasión del monarca español; el luteranismo, el calvinismo y el anglicanismo, des-

concedores en absoluto del espíritu de tolerancia que generalmente en el siglo XVI ni siquiera era concebible, aplicaron estos mismos principios hasta las últimas consecuencias. Las circunstancias políticas de Francia hacían adoptar a la de Médicis actitud de tolerancia, quizás, tan sólo aparente. Los acontecimientos de la Florida de 1565 son la aplicación de estos mismos principios por parte de España.

Aun antes de la respuesta a Osance, escribía claramente Felipe II a la regente, el veintisiete de noviembre de 1561: « Los católicos perseguidos en todas partes, en alguno han de hallar refugio, y este no le pese a V. M. que sea en mí, donde, mientras Dios me hiziere la merced que agora me haze de conocer su verdad, como la conozco, no les he de faltar » (14).

Que actitud tan amenazante hubiera de decidir a Catalina a adoptar alguna pronta resolución, y a trincherarse en segura posición de defensa, era de todo punto manifiesto. La solución no se veía tan fácil, pues, por una parte, la hostilidad entre los partidos franceses contendientes imposibilitaba una mutua inteligencia, y por otra, aliados los católicos con la nación limítrofe, podían atentar peligrosamente contra el poder y la soberanía de la regente. Una ley de concesiones para el partido de Condé pareció la única salida posible a la de Médicis que se apresuró a proclamarla el diecisiete de enero de 1562. Sus artículos principales eran libertad de culto fuera de las ciudades, y aun en estas, caso de que las reuniones se tuvieran en casas particulares (15).

5. - Con esta discreta libertad concedida a los reformados, comenzaron estos una política de oposición a España, pretendiendo distraer la atención del rey católico de los asuntos franceses y alejar la lucha del suelo patrio. Aprovechando el tiempo de relativa calma que había sucedido a las sangrientas guerras religiosas, envió Coligny una expedición a la Florida y por capitán de ella a Juan Ribault. Nada importaba que las pretendidas tierras pertenecieran a la de-

(14) A. N. K. 1494 (B. 12).

(15) LAVISSE E., *Histoire de France*, VI (1), p. 53. DELABORDE. o. c. I, pp. 1ss.

marcación española, pues en un conflicto con Felipe II, tendrían incondicionalmente de su parte a la de Médicis.

Salidos del Havre los expedicionarios el dieciocho de febrero de 1562, después de dos meses de navegación, toman puerto junto a un promontorio, no muy saliente, que llamaron François (Florida). Se dirigen poco después hacia el norte para llegar a la desembocadura del río San Juan, por ellos denominado Mayo. Después de la oficial ocupación, en el primer contacto con los indígenas, quedan plenamente satisfechos del recibimiento de los *timucuanos*, y de nuevo, acomodados en sus naves, siguen, hacia el norte, el reconocimiento de la costa. Pasados nueve ríos, que llaman con nombres evocativos de su país, encuentran uno grande, el Savannah, que tenía en su desembocadura no menos de tres leguas francesas. De haber subido por sus corrientes, hubieran hallado Cofitachique, el paraíso soñado por la expedición de Hernando de Soto. Sin noticias algunas de aquel ameno jardín, continúan los de Ribault, por la costa, hasta la risueña isla París, junto a la de Santa Elena, pocos meses antes reconocida por Angel de Villafañe. Allí se ofrecen a quedarse veintiocho voluntarios, halagados por las maravillas que oyen a los naturales de las riquezas y vegetación de Chicora, país circunvecino, en las orillas del río Pedee, donde había sucumbido Ayllón con gran parte de sus compañeros. Construyen el fuerte de Charlesfort en la frondosa isla, dispuestos a convivir con los indígenas de la tribu de los Cusabos (16), radicada en la poderosa familia *muscogeana*, e iniciar la obra colonizadora que se había de ampliar con refuerzos traídos posteriormente. Ribault con los restantes emprendía el viaje de vuelta y llegaba a Francia el veintiocho de julio del mismo año (17).

6. - Lo que parece había de levantar inmediatas protestas por parte de los embajadores españoles y consejos reales, dejó escasos indicios en las cancillerías. En 1561 algunos espías dan noticia a la corte de Madrid del intenso movi-

(16) HODGE, *Handbook...* « Cusabo ».

(17) LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...* pp. 16ss. CÂRDENAS, o. c. a. 1561, p. 40. LA RONCIÈRE, *La Floride Française...* pp. 23 ss.

miento que se nota en Dieppe de gente, en su mayor parte, luterana; de las diez galeazas que habían de ir a robar a las Indias, una había partido ya con sesenta marineros, todos luteranos (18). Terminada la primera exploración floridana, ninguna alusión a los peligrosos intentos colonizadores de Coligny ni a la guarnición establecida en Charlesfort.

Sólo después de seis meses de la vuelta de los expedicionarios, el embajador Chantonai informaba a su monarca el veinticuatro de enero de 1563 (19) sobre los descubrimientos en el río Mayo y en la región de Santa Elena: En un fuerte de madera, habían quedado veinticinco soldados. La perspicacia del delegado apreciaba con certera intuición las consecuencias de tales hechos: reclamarían como suya la parte descubierta, sin admitir la demarcación entre Portugal y España; causarían grande perjuicio a la navegación, pues dada la proximidad de Santa Elena con el canal de Bahama, paso obligado de las naves de Ultramar, fácilmente harían presa sobre ellas; por otra parte, si conseguían fortificarse en el país conquistado, costaría trabajo echarlos.

Fue mérito de Chantonai haber señalado el primero, concretamente, el peligro francés en la Florida.

La preocupación en la corte española por estas informaciones del embajador, no fue cual se hubiera podido creer; sin duda, porque las guerras entre católicos y luteranos que ensangrentaban el suelo de Francia, hacían muy difícil la suposición de una seria amenaza. Estos conflictos internos impedirían a Ribault conseguir refuerzos para una segunda empresa de consolidación.

7. - Condé había iniciado la lucha con su manifiesto de ocho de abril de 1562, declarando que tomaba las armas para libertar el rey y la reina y hacer respetar el edicto de enero de aquel año y la paz religiosa, pisoteados por el duque de Guisa. Respondió el parlamento que el edicto de pacificación, además de su carácter provisorio, no había estado

(18) A. N. K. 1495 (B. 13).

(19) A. N. K. 1500 (B. 17). El mismo embajador, el 9 de enero de 1563, había narrado simplemente el hecho de la expedición sin algún comentario A. N. K. 1499 (B. 16).

registrado por ellos; que el rey y la reina gozaban de plena libertad y que su oficio era no hacer innovaciones e impedir disturbios en el campo religioso. Poco después, con decreto de quince de julio, declaraba a los reformados fuera de la ley.

Ya en mayo de aquel mismo año la reina madre con su corte se había trasladado espontáneamente a Monceaux, con lo que cesaba uno de los motivos principales de los disidentes para la guerra (20).

Cualquiera de los dos partidos contendientes que venciera, creaba para Catalina situación comprometida, pues los de Condé no habían renunciado a la regencia de alguno de sus adictos; al mismo tiempo, la figura de Guisa proyectaba siniestra sombra en el trono. Con ánimo ambicioso tanteó las voluntades de los beligerantes, para reducirlos a pacífica inteligencia. Coligny le aseguró, (once de mayo de 1562), que podía contar con la servidumbre, lealtad y obediencia de los suyos, pero que jamás se someterían al arbitrio de jueces interesados. Condé, por su parte, el diecinueve de mayo del mismo año, la instaba a prolongar el edicto de enero, que los adversarios querían mutilar y abolir; y a conservar y salvaguardar a innumerables súbditos de su majestad en sus estados y en sus bienes (21).

Se renegaba así de toda posibilidad de concordia, mientras en la regente persistiera el influjo de los triunviros católicos. La de Médicis no podía renunciar a la ayuda de los católicos, pues el creciente desenvolvimiento del partido de Condé amenazaba su regencia. Ante la imposibilidad de un acuerdo, no dudó en declararse por el partido que más probabilidades tenía de triunfo, el de los Guisas. Contaban estos con el favor del papa, de España y del duque de Saboya y reclutaban soldados en Alemania y en los cantones católicos de Suiza. Los adversarios pactaron, por su parte, con la reina de Inglaterra en el castillo de Hampton Court (veinte de septiembre de 1562). Isabel les enviaría cien mil coronas y seis mil soldados, a cambio del Havre, donde debía

(20) LAVISSE E., *Histoire de France*, VI (I), p. 64.

(21) DELABORDE, *Gaspar de Coligny...* II, p. 104 s.

permanecer la mitad del ejército; astuta maniobra que le aseguraba la posterior entrega de Calais, por parte de los reformados (22).

En la batalla de Dreux (diecinueve de diciembre de 1562), el duque de Guisa decidió la guerra en favor de los católicos, y un mes después, dieciocho de enero, felicitaba el monarca español a Carlos IX por la victoria sobre los hugonotes. Despachaba al mismo tiempo al prior Hernando de Toledo, para que exhortara y animara a la regente a tomar más de veras y no con la tibieza acostumbrada las cosas de la religión (23).

En el horizonte tan amenazador para los reformados se habían divisado algunos rayos de esperanza con la muerte de Antonio de Borbón, jefe, en aquella época, del partido católico, acaecida en el cerco de Rouen el diecisiete de noviembre de 1562. Igualmente había sucumbido en la batalla de Dreux, el mariscal de San Andrés, otro de los dirigentes católicos. El ambiente apareció completamente despejado para los partidarios de Condé, cuando el dieciocho de febrero del siguiente año, caía asesinado el duque de Guisa (24).

No fue ciertamente perjudicial para los fines políticos de Catalina la muerte de estos adalides que la reducían a segundo término. Necesitaba más que nunca acercarse a los reformados y comenzó las negociaciones con Condé; se terminaban estas el diecinueve de marzo de 1563 con el edicto de pacificación de Amboise (25). Fue golpe maestro de la política artera de la regente hacer la nueva religión privilegio exclusivo de la nobleza. Coligny quedó muy descontento de las concesiones y Calvino trató a Condé de miserable « que en su vanidad había traicionado a Dios » (26).

8. - Consolidada la paz interna, quedaba todavía mucho que hacer, pues las guarniciones inglesas seguían acuarteladas en el Havre, esperando que los de Condé hicieran cumplir a

(22) LAVISSE E., o. c. VI (I), pp. 65 ss. DELABORDE, o. c. II, p. 151.

(23) A. N. K. 1496 (B. 16). •

(24) LAVISSE E., o. c. VI (I), p. 71.

(25) Los puntos principales del edicto en DELABORDE, o. c. II, p. 246.

(26) LAVISSE E., *Histoire de France*, VI (I), p. 74.

la de Médicis el tratado de Hampton Court. El amor patrio unió a protestantes y católicos franceses. Catalina había tentado anteriormente la disposición de ánimo de Felipe II para el caso de una guerra contra Isabel. No pudo satisfacerle la respuesta de su majestad que « no podía dexar de acudir a lo que le obligaban las antiguas confederaciones » (27) con los ingleses. Esta actitud reservada hacía suponer en Felipe II fundado temor a una probable alianza de Francia con Isabel (28). La paz era igualmente necesaria para Inglaterra y Francia en un eventual ataque que les viniese de España, y aquella se firmó en Troyes el once de abril de 1563 (29).

La convención de las dos grandes potencias repercutiría muy pronto en América. El embajador español de Londres, obispo de Quadra, escribía a su soberano el primero de mayo de 1563 que, por iniciativa y con dinero de algunos particulares, se armaban allí cinco navíos destinados al descubrimiento de aquella parte de la Florida donde en meses pasados había estado Juan Ribault; se encargaría de la flota un caballero mozo, Juan Stukeley a quien, para asegurar el éxito de la empresa, acompañaría el nauta francés. Más que los fútiles propósitos de los expedicionarios de conquistar nuevas tierras preocupaban al embajador sus probables designios de hacer algún robo notable (30). Los decididos marinos habían desistido finalmente de sus planes descubridores porque Ribault y algunos otros franceses se habían negado a acompañarlos (31).

Todavía en octubre de 1565, el nuevo embajador de Inglaterra Guzmán de Silva informaba a Felipe II que Stukeley persistía en sus intentos de construir algún fuerte en la

(27) A. N. K. 1501 (B. 18).

(28) *C. D. I. España*, LXXXVII, p. 509.

(29) Francés de Álava escribía a Felipe II desde París, el 12 de marzo de 1564: « Trabajan, según me afirma una persona muy inteligente, con nuevo desseo de concluir la paz con ingleses, porque tienen por cierto que V. Md. rompe la guerra con ellos, y quiere hazeḡ el casamiento de Escocia y que preparan armada para ello en Vizcaya »: A. N. K. 1501 (B. 18).

(30) *C. D. I. España*, LXXXVII, p. 524 s.

(31) *L. c.* p. 351.

Florida; si hallaban tierra buena y fértil, contratarían con los indígenas de aquellas provincias; de ser la región estéril, como corsarios acecharían las naves de Indias para enriquecerse con su botín (32).

9. - Aún no estaba preparada Inglaterra para emular el poder colonial de España. Francia, según inveterada tradición, más que nación alguna, debía hacerse sentir en esta época por sus pretensiones sobre los dominios españoles.

Una vez que los Guisas, con la victoria de Dreux, aseguraron su predominio, parece habían de cesar las expediciones antiespañolas del Atlántico; sin embargo, continuaron estas con ritmo imperturbado. El hecho se explicaba fácilmente con la continuada presencia de Coligny en el almirantazgo. Un ataque eficaz a España suponía la consiguiente independencia absoluta de su patria del yugo de Felipe II y el acercamiento natural a Inglaterra, donde los suyos (33) hallaban favorable acogida. Además, conquistado algún territorio en Ultramar, él y los suyos tendrían allí seguro amparo en tiempos de persecución. Por otra parte, el título de conquistador de nuevas tierras con que se vería honrado, daría singular autoridad a su partido ante el trono y el reino y creciente prestigio a sus doctrinas innovadoras.

Después de la primera guerra de religión, fines de 1562, estaban preparados en el Havre tres navíos que habían de zarpar para la Florida. Llevaban gente y armas para fortificar la guarnición de la isla París y asegurar el dominio de aquellas regiones (34). Las revueltas suscitadas en el puerto francés del Atlántico frustraron la partida de las embarcaciones y los planes de Coligny.

Más tarde, empeñada Francia en la guerra contra Inglaterra, un ataque a las posesiones españolas de Ultramar hubiera ocasionado la alianza de Felipe II con Isabel. Era mejor

(32) *O. c.* LXXXIX, p. 205.

(33) Después de la batalla de Dreux había conducido Coligny sus tropas al pueblo de Anneau, donde, tenido el consejo de guerra, por unanimidad fue elegido comandante en jefe, durante la cautividad de Condé (DELABORDE, *Gaspar de Coligny...* p. 174).

(34) A. N. K. 1499 (B. 16): Carta de Chantonai y Francés de Álava a Felipe II, 9 de enero de 1563.

que durante todo este tiempo, el temible poder del rey católico se fuese desgastando en las guerras de África, con las naturales pérdidas de gente, naves y dinero.

Hassen, hijo y heredero del temido Barbarroja, aprovechando el desastre español en los Gelbes (mayo de 1560), proyectaba la conquista de Orán y Mazalquivir. Ayudado por otros príncipes mahometanos, con treinta galeras y un ejército de cien mil hombres, atacó la última plaza fuerte valerosamente defendida, durante once meses de terrible asedio, por Martín de Córdoba, hermano del conde de Alcaudete, virrey de Argel. Ante las demandas de socorro de los asediados, se había formado en Barcelona, para auxiliarlos, una flota de veinticuatro galeras y cerca de cuatro mil hombres, al mando de Juan de Mendoza. Apenas había salido de Málaga la potente armada, una tempestad deshizo contra las rocas las más de las naves; otras se anegaron con toda la gente de guerra y remo, incluso el general.

En seguida se despachó de la Península otra no menos poderosa flota a las órdenes de Francisco de Mendoza. Tan oportuna ayuda decidió, en junio de 1563, la victoria de los que defendían Orán y Mazalquivir (35).

Aunque no precisamente por las victorias finales, este continuo desangrarse de la vitalidad española se seguía con fruición y contento en la nación limítrofe, pues con él se hacía muy posible azuzar las revueltas de Flandes, a donde preferentemente se dirigían, por este tiempo, las actividades francesas, y el establecimiento en Ultramar de la apetecida colonia (36).

El veintidós de abril de 1564 salían del Havre tres naves, una de veinte, otra de ochenta y la tercera de cien toneladas,

(35) LAFUENTE, *Historia general de España*, IX, pp. 200 ss.

(36) Esta utilidad que veían los franceses para su política de Flandes y Ultramar en las guerras españolas de África, la comenta el embajador Francés de Álava en carta a Felipe II, de 7 de junio 1564, donde igualmente habla de la expedición que del Havre había salido para la Florida: « V. Md. crea que para estos no ay cosa que tanta alegría les dé como ver ocupado a V. Md. en las cosas de Berbería, porque suceda como succedere, en fin veen enflaquecer las fuerzas de V. Md. descuidado de venir en Flandes, que es a lo que principalmente ellos tienen puesta la oreja »: A. N. K. 1501 (B. 18).

con el capitán René de Laudonnière por jefe. Pasando por las Antillas, llegan el veintidós de junio, hacia las tres o cuatro de la mañana, a una parte de la costa situada unas diez leguas más arriba del cabo François, Florida. Después de explorar algunas otras regiones, vuelven, el veintidós de junio, al río Mayo (San Juan), y construyen en su orilla derecha, distante unas dos leguas de su desembocadura, el fuerte Carolina.

Acostumbrados los indígenas *timucuanos* de aquella provincia a estas breves incursiones de europeos, muéstranse hospitalarios y aun generosos, con la esperanza de los atractivos rescates. El jefe guerrero de la tribu de Tocobaga, Paracoxi, envía mensajeros con el fin de asegurarse la amistad del capitán y la ayuda de los soldados, pues quiere guerrear contra sus enemigos, que serían probablemente sus perpetuos émulos los *calusanos*, del suroeste de la Florida. No cree oportuno Laudonnière acceder a la propuesta, porque tiene firme propósito de trabar amistad con todos los caciques. Cuando en el país ocupado comenzaron a faltar los víveres, el descontento de los expedicionarios se hizo general. Algunos más decididos, contra la voluntad y órdenes de su jefe, se apoderan de una de las embarcaciones, izan las velas y emprenden la ruta de las Antillas. Prefieren vagar como piratas y aventureros antes que sufrir tantas privaciones. Laudonnière con los demás, para no sucumbir a la miseria y el hambre, emprende la subida del río San Juan para proveerse de víveres que, no pocas veces, tienen que arrebatar a los indios por la fuerza.

Tan penosa situación amenazaba prolongarse por mucho tiempo, pues sin la embarcación llevada por los huídos, no disponían de suficientes barcas para el viaje de vuelta. De improviso, aparecen en la desembocadura del río San Juan cuatro naves inglesas, capitaneadas por Hawkins (37). Enterados los recién llegados de las privaciones y propósitos de los franceses, les venden un velero por setecientos escudos.

(37) Sobre la expedición de Hawkins, véase *C. D. I. España*, LXXXIX, pp. 328 ss.

Con tan valioso refuerzo deciden los de Laudonnière emprender el viaje a su patria. En tales preparativos los sorprendió una embarcación francesa que llegó a aqual puerto el veintiocho de agosto. Traía por capitán a Juan Ribault, enviado de Coligny, quien había de sustituir a Laudonnière en el gobierno de las nuevas tierras. Este, por comisión real, volvería a Francia, para informarle sobre el porvenir de la región conquistada. Se trataba de escoger entre dejar la empresa floridana o seguirla, aun a costa de grandes sacrificios (38).

10. - Tres expediciones francesas habían llegado a la Florida, sin que por parte de España nada efectivo se hubiera hecho contra ellas. ¿Fue esta maniobra política o más bien la corte madrileña no veía amenazadas sus posesiones? Que después de la primera expedición de Ribault (1562) y a pesar del informe algo inquietador de Chantonai, siguiera inadvertida, tenía su explicación en las guerras civiles que atormentaban la nación limítrofe; además la posterior victoria de los católicos, de fines de 1562, velaba lo que de funesto podían tener tales vaticinios. Sólo cuando en Troyes se firmó la paz de las dos potencias rivales de España, comienza a manifestarse la inquietud del monarca católico. A su embajador en Londres, el obispo de Quadra, que le daba cuenta de los proyectos de Stukeley, le escribe el quince de junio de 1563: « hicistes muy bien en avisarme de las naos que yban a la Florida »; así mismo debía el delegado tenerlo al tanto de lo que ulteriormente hubiese (39).

Hasta 1564 cesan los proyectos de colonia extranjera en la región septentrional de América; y ese año tiene lugar el de Laudonnière y el siguiente el de Ribault. ¿Se opuso Madrid decididamente a ellos desde el principio? Categóricamente podemos responder que no. Gran parte de la actividad peninsular de 1563, como hemos indicado, desenvolvíase en las guerras de Argel, y sus principales naves empeñadas en los combates del Mediterráneo, no podían imponer su prepon-

(38) LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...* pp. 86ss. LA RONCIÈRE, *La Floride française...* pp. 23 ss.

(39) C. D. I. *España*, LXXXVII, p. 522; pp. 512, 524.

derancia en el Atlántico. Los efectos de estas guerras persistían durante el siguiente año, en la armada y en el ejército, y se hacía prácticamente imposible una acción tajante contra las pretensiones de las dos aliadas Francia e Inglaterra en Ultramar.

A confirmar esta actitud de forzada resignación contribuía el no verse con claridad la trascendencia de los planes adversarios. La preocupación suscitada por el embajador Chantonai debía desvanecerse pronto con la escasísima guaranía que Ribault dejara en la región de Santa Elena, además de que, pasaba el tiempo, y ni Francia ni Inglaterra se interesaban por reforzarla.

Algo más extraña se hace la tranquilidad de Francés de Álava, sucesor del sagaz Chantonai, en la corte de Catalina. Recién salidas del Havre las naves de Laudonnière, para conquistar las tierras del rey católico y descubrir otras nuevas, sugiere al monarca, que probablemente irían para asaltar los veleros del Perú, con que enriquecer al almirante Coligny y darle facilidad para establecerse en alguna parte e inquietar a su majestad (40).

Esta atención preferente a los daños que las naves enemigas podían hacer en las españolas, sin dar mayor importancia a los deseos de colonizar en demarcación del monarca católico, se nota igualmente en los embajadores ingleses. El obispo de Quadra, según hemos indicado, achacaba a la expedición de Stukeley malignos planes de hacer algún robo notable; y su sucesor Guzmán de Silva, todavía en 1565, en carta a su rey, reputaba peligrosas las pretensiones francesas e inglesas de afianzarse en la Florida, sobre todo, para los navíos de Nueva España y del Perú (41).

En una palabra, a juicio de los embajadores, para oponerse en Ultramar a las aspiraciones de las potencias extranjeras que más que otra cosa codiciaban la rica mercancía de las naves de Indias, bastaba activar la guerra contra corsarios, con lo que igualmente se impediría a estos el

(40) A. N. K. 1501 (B. 18).

(41) C. D. I. *España*, LXXXIX, p. 205.

comercio en los dominios americanos. Ninguna alusión aparece en la correspondencia de los delegados al inmenso continente que en septentrión se abría para la colonia que se estableciera en la Florida.

11. - Hasta 1564 no era diverso el parecer de la corte española. Sin embargo, con la expedición de Laudonnière una curiosidad nerviosa se hizo sentir en ella. Hacia fines de aquel año 1564 (42), mandaba el monarca a Menéndez de Avilés, conocedor de las riberas orientales de la Florida (43), declarase lo que sabía de aquellas tierras y costas, de los corsarios que habían ido a poblarlas y del daño que podrían hacer en las naves de Indias; indicaría además la manera eficaz de echarlos para predicar después el evangelio en aquellas regiones del norte.

El calificativo de corsarios dado en la cédula real a los franceses dejaba entrever el rigor que se usaría contra ellos.

El asturiano, después de incluir en su respuesta (44) consideraciones muy conocidas para la corte, de que si los enemigos se fortificaban en algunos puestos del canal de Bahama, podrían apoderarse de los barcos de Ultramar y echarlos de aquel baluarte sería muy difícil; presenta la Florida (y era esta la parte interesante del memorial), bajo el dominio de franceses e ingleses, como centro de influjo político y religioso contra España, hasta entonces jamás sospechado (45): Los negros y mulatos esclavos de las islas de Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba, vecinas a la Flo-

(42) Escribe Felipe II al virrey de Nueva España, Luis de Velasco, el 23 de septiembre 1561: «... y que no ay que temer que franceses pornán pie en aquella tierra, ni tomarán posesión en ella» (A. I. *Patron. real*, leg. 19, r. 12).

(43) Aunque no tenemos la consulta del rey, creemos que tuvo que ser de fines de 1564 o principios de 1565, pues Menéndez dice en la respuesta de principios de 1565: «Yten, que si el verano pasado son ydos a la Florida franceses o yngleses...» (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 321). Tal vez, inmediatamente después que en la corte se tuvo noticia de la segunda expedición de Ribault, se expidió la consulta.

(44) En la consulta que en 1561 hacía la corte al virrey de Nueva España, sobre la costa oriental de la Florida, el único testimonio aducido es el de Menéndez: «... También a dicho acá el capitán Pero Menéndez que la costa de aquella tierra de la Florida no conviene poblarse ni proveerse dende esa Nueva España» (A. I. *Patron. real*, leg. 19, r. 12).

(45) RUIDÍAZ, *La Florida...*, II, pp. 320-326.

rida, con la esperanza de vivir libres bajo la protección de los franceses, se rebelarían contra los españoles con sólo saber que aquellos estaban cercanos; peligraban igualmente las minas y tierras de Nueva España, dada su vecindad con la costa oriental de la Florida (46); sufriría grandísimos inconvenientes la navegación a la China y el Maluco y el comercio en aquellas regiones; porque dueños los franceses de Terranova, lo serían también del brazo de mar que, partiendo de sus inmediaciones, pasaba por las minas de Zacatecas e iba a dar al mar del Sur (47).

La inmediata decisión de la corte, al leer este memorial, fue encomendar a Menéndez de Avilés, por la capitulación de veinte de marzo de 1565, averiguase si en la Florida había algunos pobladores corsarios; en cuyo caso, los echaría de todos aquellos dominios por las mejores vías que juzgase y pudiese (48).

12. - Había entre los consejeros reales quien deseaba resoluciones más eficaces y decisivas. Como respuesta a dos cartas del embajador Francés de Alava, redactaba el duque de Alba, con fecha de once de abril de 1565, un memorial para el rey, proponiendo definitiva solución en el negocio floridano (49): Sin dilación alguna se prepararía armada para arrojar a los franceses de donde estaban; contemporáneamente pondrían por escrito los del Consejo de Indias las razones de su majestad para no permitir población francesa en aquellas regiones; a la de Médicis, porque eran ella y Coligny los autores del conflicto, se le hablaría muy gallardamente no sólo para que no se enviasen refuerzos, sino

(46) *L. c.* pp. 322 ss.

(47) *L. c.* p. 323 s. Esta concepción geográfica de Menéndez era general en el s. XVI. Aun muy entrado el XVII fue aspiración de las naciones occidentales de Europa hallar este brazo de mar que suponían detrás de Terranova. Entre los españoles se creía además que el mencionado estrecho pasaba al norte de las minas de Zacatecas y San Martín, pues a la Florida se la consideraba muy cerca de la Nueva España. Precisamente por esta supuesta proximidad, fueron tantas las expediciones españolas en el siglo XVI a la Florida, creyendo hallar en aquellas regiones las riquezas que Cortés hallara en la N. España.

(48) *L. c.* p. 417.

(49) A. N. K. 1503 (B. 19).

para que se revocasen los enviados. Comprendiendo el duque de Alba que ni las concesiones pontificias ni el posterior tratado de Tordesillas harían fuerza a la parte litigante, previene la defensa de su decisión con que de muchos años atrás estaba hecha la posesión de aquella provincia.

El hábil político aun había seguido con suspicaz curiosidad, a través de las informaciones del embajador, el ambiente que se había formado en Francia sobre la empresa de la Florida; el alborozo y furia con que la comentaban, eran motivo bastante para oponerse a ella; el embajador apretaría para que en la corte de Catalina adoptasen la resolución conveniente y si se frustraba el deseado efecto, se comisionaría a uno de los del consejo, para averiguar toda la trama; el resultado sería más seguro si las instancias se hacían antes de las proyectadas juntas de Bayona (50). Aunque el negocio, termina el duque, no tuviera la importancia que le atribuyen los concededores de aquella navegación (había visto, sin duda, el memorial presentado por Menéndez), tanto lo habían manoseado amigos y enemigos, que sería grande menoscabo de la autoridad del rey católico, si no se hacían las demostraciones necesarias para su remedio.

No creyó oportuno el prudente rey comunicar este ultimatum a la regente (51); encargaba, con todo, el dieciséis de abril de 1565, a su embajador Francés de Álava, le tuviera al corriente, tan cuidadosamente como hasta entonces, de cuanto se refería a la Florida, porque a su tiempo se haría la diligencia necesaria.

En la práctica, sin embargo, siguió Felipe II la política de severidad sugerida por el duque de Alba. El asturiano Menéndez recibía en Sevilla un despacho real de siete

(50) Para las entrevistas de Bayona entre Catalina y su hija la reina de España, *Revue de Questions historiques*, 34 (1883) 457-522. MARCKS, *Die Zusammenkunft von Bayonne...*

(51) Al margen del documento de Alba: A. N. K. 1503 (B. 19), « no se escribió nada de esto ».

(52) RUIBÍAZ, *La Florida...* II, p. 60.

de mayo de aquel año de 1565 (52): Con doscientos infantes, además de los convenidos pertrechos, y otros que oportunamente se le darían, fácilmente podría echar a los luteranos.

Aunque el tono de todo este documento oficial se mantiene moderado; que las órdenes, tal vez secretas, dadas al valiente marino fueran terminantes, lo deducimos de la respuesta que dio este a Ribault, en el primer encuentro junto a la barra de San Mateo (Florida), tal como la describe a Felipe II, en carta de once de septiembre de 1565: « Yba por mandato de V. M. a esta costa y tierra a quemar y ahorcar los franceses luteranos que hallase en ella » (53).

Podía la corte, sin mayores consideraciones, mandar castigar los corsarios, que por sí y ante sí iniciaban tales empresas; el que Coligny las hubiera organizado no era impedimento para que se retractase la intimación.

Para justificar esta conducta, y porque las posteriores informaciones de Francés confirmaron que la reina madre había apoyado las iniciativas del almirante, el veintidos de junio de 1565, esbozó Felipe II una carta para su delegado (54): Estaba maravillado y con el sentimiento que era razón, porque la de Médicis había aprestado y despachado para la Florida el refuerzo de naves que próximamente iban a zarpar de Dieppe; si todavía no habían partido, expondría el embajador a la de Médicis que pretender conquistar una provincia de los dominios españoles, desde tantos años atrás sujeta a la corona del monarca católico, era ajeno de la amistad de las dos cortes; hasta entonces no había intervenido queja oficial porque se consideraba a aquellos expedicionarios como corsarios que iban a robar sin encargo ni mandato alguno de la corte; y por tal causa, él los había mandado castigar como era razón que lo fueran « los infractores de la paz pública, que sin orden ni mandamiento de su rey acometen semejantes empresas ».

No era muy peligroso para Felipe II aventurar tal intransigencia ante la política de acercamiento que ansiosa

(53) *L. c.* p. 76.

(54) *A. N. K.* 1504 (B. 19).

buscaba la de Médicis, y en previsión de las próximas reuniones de Bayona, en las que tantas esperanzas cifraba Catalina.

Si la flota estaba en alta mar, proseguía el rey, no haría el embajador diligencia alguna; las circunstancias serían mucho más favorables para el duque de Alba que dentro de dos o tres días saldría para Bayona, como consejero de la reina española durante las entrevistas.

Las órdenes dadas a Menéndez siguieron irrevocadas y la corte de Madrid esperaba impaciente los consiguientes acontecimientos. Francés no removió el negocio con la regente, porque de las siete naves de refuerzos, que mencionaba el documento regio, ya cuatro se habían dirigido a la Florida, y tres, con diverso derrotero, tal vez, hacia la Habana, a robar navíos que venían de las Indias. Por otra parte le intranquilizaba tener que adoptar posición poco segura delante de la de Médicis, porque no sabía de cierto que esta hubiera contribuido a la formación de la armada; que lo sabía y lo consentía sí (55).

¿Por qué en la política floridana prevalecieron contra los franceses los dictámenes del duque de Alba? El sólo hecho de que las pretensiones francesas estuvieran secundadas por la de Médicis y Coligny, era motivo suficiente para que España se opusiera decididamente contra ellas. Si en 1562 el nombre del almirante se aducía en la corte de Madrid con inquietud, en los años posteriores se aumentó esta desconfianza con los frecuentes informes de los embajadores españoles de Francia que lo presentaban como consejero imprescindible de la regente. Era este para España el símbolo de la amenaza protestante sobre Francia, amenaza que se hacía mucho mayor por la tolerancia de Catalina. Con las expediciones de Ribault y Laudonnière, en la mentalidad española, el peligro protestante se extendía a Ultramar. Tal convencimiento lo había manifestado Menéndez en su memorial, y lo vemos también expreso en el informe dado por el Consejo de Indias, a petición de Alba, sobre el de-

(55) *L. c.* La carta del embajador es de 8 junio de 1565.

hecho español a la Florida: La gente que pretendía ocuparla era « luterana y podría persuadir a los naturales sus errores »; con enseñanza tan nociva se impedía la predicación de la fe católica en aquellos países; el remedio único, arrojar de allí a los propagadores de doctrinas falsas (56).

El sistema que se aplicará contra los reformados en las provincias septentrionales de América será el mismo que Felipe II y el duque querían se aplicase en la nación vecina; sistema de severa represión.

13. - La política española con intuición certera vio en Coligny el principal enemigo de su dominio colonial. Con Coligny igualmente se cernía sobre América la amenaza protestante. El almirante, por amor patrio y mucho más por veneración a su partido, renegaba de toda intromisión del monarca católico en los negocios de su país. Por tal motivo, miraba con simpatía y aun fomentaba las revueltas de los Países Bajos y se empeñaba en un ataque a fondo contra las posesiones españolas: extender el ataque contra España era debilitar la potencia de esta y desligarla de su patria. Refiriéndose al campo colonial en el que principalmente nos hemos fijado, dice acertadamente Whitehead sobre la actividad antiespañola del Almirante: Desde el primer viaje de Ribault (1562) es el grande colonizador, porque se convierte en arco antagónico de España; colonización es el factor principal de su política, y lo significativo en ella es la tendencia a las posesiones españolas; Catalina, enemiga de España, deseaba colonias y esperaba, con todo, impedir un conflicto con su adversaria; Coligny no tiene esta ilusión; de hecho adelanta el choque y era este, sin duda, su anhelo: una guerra fuera de Francia era para él el único antidoto contra la guerra civil (57).

(56) A. N. K. 1504 (B. 19).

(57) WHITEHEAD, *Gaspard de Coligny...* p. 335.

EL EJECUTOR DE LOS DESIGNIOS ESPAÑOLES

SUMARIO: — 1. Alba y Coligny; Avilés y Ribault. — 2. Primeros años de Menéndez. — 3. El navegante y el corso: prisionero de los franceses. — 4. Nombrado por el príncipe don Felipe general de las flotas de Indias. — 5. Consejero del príncipe en el viaje a Inglaterra. — 6. Capitán general de las flotas de Indias (1555-1556). — 7. Bajo las inmediatas órdenes de Felipe II: San Quintín. — 8. General de la armada regia. — 9. En las flotas de Indias con título real; acusado por los oficiales de Contratación. — 10. En las atarazanas de la torre del Oro. — 11. El abogado ante el rey; bajo la jurisdicción de Contratación. — 12. Sentencia.

13. Rehabilitado; memorial de principios de 1565; capitulación real. — 14. Guerrero y evangelizador. — 15. Pide jesuitas a San Francisco de Borja; los misioneros señalados. — 16. Frustrada expedición misionera: ¿designios providenciales?

17. Hacia la Florida. — 18. El primer encuentro con los franceses. — 19. En San Agustín: inspeccionados por los franceses. — 20. El asalto al fuerte Carolina: móviles de Menéndez. — 21. Las dos matanzas. — 22. ¿Existió promesa por parte de Menéndez? — 23. Los franceses de junto al cabo Cañaveral. — 24. La Florida baluarte de la América española. — 25. Las negociaciones oficiales sobre la Florida: el equívoco y la realidad.

1. - Si la política colonial antiespañola en la corte francesa la representaba Coligny, el duque de Alba se declaró en la corte de Madrid, portaestandarte de la defensa colonial. El campo de batalla se había fijado en la Florida. El duque de Alba se arrogaba decididamente incumbencias del Consejo de Indias, porque en aquel momento, la Florida, centro de defensa y de ataque de la política ultramarina, entraba en la constelación más amplia de la política europea. La lucha religiosa, núcleo fundamental de la política del viejo mundo occidental, se trasladaba a los campos del nuevo mundo.

Coligny, con un fuerte ataque a las posesiones españolas de América, quiere desbaratar la preponderancia de Felipe II en Ultramar y en Europa. Con la guerra de corsarios intenta disminuir uno de los fundamentos de la grandeza peninsular, los tesoros de México y Perú; y con el establecimiento de una vigorosa colonia francesa en el inmenso continente septentrional, donde podría hallarse fecundo venero de riquezas, espera emular la grandeza de España. El ejecutor de los planes del almirante había de ser Juan Ribault, compenetrado con él en los sentimientos religiosos y en las aspiraciones antiespañolas. El asturiano Pedro Menéndez de Avilés sería el delegado de Alba, amante, si cabe, como él de la grandeza española e irreconciliable enemigo de las ideas luteranas. A él se confían desde 1565 la población y gobierno de la Florida, delegaciones que mantiene hasta su muerte en 1574; y todas las actividades militares, coloniales y aun misionales, durante todo este tiempo, estarán bajo su dirección mediata o inmediata.

2. - Nació hijodalgo en la villa de Avilés (Asturias), el quince de febrero de 1519; descendían sus padres de antiguas casas solariegas asturianas. Desde los primeros años manifestó marcada propensión a la milicia de mar y tierra; por seguirla olvidará después el contento de su tierra y familia. En estas aficiones casi innatas del nervioso niño no poco influirían los pocos bienes de fortuna que se prometía para lo porvenir, pues distribuidos estos entre veinte hermanos, todos quedarán pobres. Todavía muy pequeño perdió a su padre y la porción que recibió en la desparramada herencia fue la casa de doña Paya, antigua habitación de los reyes de Asturias. Se casó su madre por segunda vez y confió la educación del vivaz muchacho a un pariente. Echando de menos, tal vez, los cariños de su difunto padre, abandonó Menéndez el hospitalario hogar y marchó en busca de aventuras a tierras más lejanas. Después de seis meses de incesante y angustioso trajín lo encontraban sus parientes en Valladolid. Para cohibir las ansias peregrinas del irreflexivo niño y retenerlo en casa, todavía de ocho años,

lo desposaron con Ana Solís de Merás de diez, pariente en cuarto grado. Poco podía reflexionar el inquieto aventurero sobre los ligámenes de la nueva vida, y otra vez abandonó su casa, pues sueños de proezas, en luchas de mar y tierra, lo tenían infantilmente sugestionado (1). En qué ambiente se le suscitaron tales aficiones, no lo podemos deducir de las escasas noticias que de sus primeros años tenemos; el movimiento de naves en el puerto de Avilés era propicio campo para tales ensueños.

No tenemos datos algunos de su formación literaria y religiosa, aunque el fruto de ella se manifiesta claramente en muchas cartas y memoriales que de él conservamos, los cuales demuestran, al menos, mediana cultura y arraigada fe cristiana. El principal esfuerzo del ardoroso joven estuvo orientado hacia la carrera de marino en la que desplegó y puso de manifiesto extraordinarias dotes de técnica y experiencia. En el bosquejo que de él hacen sus biógrafos contemporáneos, aparece el invicto nauta con sólida base de inquebrantable fe, y arraigadas creencias religiosas, de carácter resuelto, lleno de nobles ideales, valiente en sus empresas hasta la temeridad, marino perspicaz y afortunado, fiel en el servicio del rey hasta el más abnegado sacrificio. Esta fisonomía general queda, por otra parte, absolutamente justificada con la lectura de las cartas del mismo Menéndez y con la ilimitada confianza que siempre encontró en la corte. Sus cualidades, virtudes y defectos parecen el obligado marco donde se tiene que mover el castizo tipo del marino español del siglo XVI. Avezado a la libertad de los mares y acostumbrado a mandar a sus marinos y vencer a sus enemigos, su temperamento independiente no fácilmente se someterá a órdenes de subalternos imperiales o reales. Empeñado, además, en empresas las más variadas y afortunado en terminirlas pronto y felizmente, no mostrará el tesón insistente y la inquebrantable constancia necesaria en

(1) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...*, p. 1s. BARRIENTOS, *Vida y hechos de Pero Menéndez...* p. 9s. En la introducción hemos indicado la importancia de estas fuentes.

obras que no podían terminarse únicamente con rápidas soluciones.

3. - ¿Cuándo comenzó su carrera de navegante? Sus primeras hazañas parece coincidieron con la cuarta y última guerra del emperador Carlos V contra su eterno rival Francisco I (1542-1544) (2), en la que dio Menéndez su nombre para la armada que había de luchar contra corsarios.

Firmada la paz de Crepy (1544), volvió a su tierra, vendió parte de su hacienda, hizo un patache, y con algunos de sus amigos se dedicó a la aventurera vida de corso, con sucesos tan notables, que en 1549, recibió del archiduque Maximiliano I, gobernador entonces de España (1548-1549), el encargo de perseguir al capitán francés Juan Alfonso Portugués, corsario famoso, que en el cabo de Finisterre había robado algunos navíos vizcaínos, cargados de hierro. Con su rápido patache recuperó cinco y prendió al capitán junto al puerto de La Rochela. Obligado por el viento contrario a tomar tierra, con patente del archiduque reclamó los demás, y el resultado fue plenamente satisfactorio (3).

En la lucha con los franceses transcurrirá ya nuestro héroe toda su vida, no siempre con favorable suerte. En 1552, reciente todavía el comienzo de la guerra entre Enrique II y el emperador, fue sorprendido en la carrera de Indias por una galeaza y patache enemigos (4). Quince días estuvo en poder de corsarios, hasta llegar a Santiago de Cuba, donde, gracias a la generosidad del obispo Fernando de Uranga, pudo pagar, por su rescate, mil pesos y noventa y ocho por el de su nave. Para evitar la contingencia de una segunda captura, pues eran muchos los corsarios que merodeaban por las Antillas, aprovechó la escala que hicieron en aquel puerto algunos bateles del general Bartolomé Carreño de paso para Nueva España y siguió con ellos a Veracruz. Presentándose después en la ciudad de México, propuso al virrey don Luis

(2) Véase en el *Apéndice II*, la prueba de esta afirmación.

(3) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 2ss. Según este autor fueron dieciocho los navíos vizcaínos (p. 4). CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* p. 58, dice que las naves apresadas eran 10 o 12.

(4) Véase en el *Apéndice I*, la significación de estos nombres.

de Velasco la necesidad de proteger con fuerte armada las islas de las Antillas, continuamente amenazadas por franceses en tiempo de guerra. Concretó su plan en un memorial que el virrey remitió a la corte, con su voto de aprobación (5).

4. - Con su extraordinaria pericia de piloto y con las victorias que alcanzaba con sus veleros sobre las naves enemigas, recomendaba Menéndez las empresas de que se hacía cargo; por lo que será en adelante para la corte, reconocedora de sus méritos, uno de los consejeros obligados de las armadas defensivas y ofensivas españolas.

Las muchas dilaciones de las flotas de Indias y las numerosas bajas que en ellas hacían los enemigos, (pérdidas que no poco habían aumentado en la última guerra que todavía duraba), indujeron a la corte, en 1554, a designarle por capitán general de la armada y flota contra corsarios (6). Este nombramiento le venía directamente del príncipe don Felipe, contra el derecho ejercido anteriormente por los de Contratación (7), quienes no habían de mirar indiferentes esta disminución de sus prerrogativas. Redactó en seguida un memorial (8) para su armada que preferentemente formarían los que en tiempo de paz habían sido robados por los franceses, pues, para vengarse de sus enemigos, serían los mejores servidores; su puerto de refugio, durante la navegación, sería la isla Dominica. En el mismo documento,

(5) A. I. *Sto. Domingo*, leg. VI, lib. I, f. 292. Aunque no aparezca fecha en el documento, tiene que ser de 1553, pues dice en él Menéndez; « yo fui prisionero abrá un año de una galeaça... » o sea, en 1552, porque poco después, cuando estaba aprestándose en Santiago de Cuba para volver a España, llegó allá la armada de Bartolomé Carreño que iba para N. España, y sabemos que esta salió de Sevilla en 1552 y volvió el siguiente año. (C. D. I. *Ultramar*, XIV, pp. 239-241).

(6) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 51 ss.

(7) Ufano podrá escribir algunos años después, 8 de enero de 1564, al rey: « Hasta entonces (1554) fue siempre costumbre usada y guardada en la casa de Sevilla, después que ella se fundó y las Indias se descubrieron, que todos los Generales que eran de Flotas los señalavan y nombravan los Jueces Oficiales que eran de la dicha casa de la Contratación y Prior y Cónsules » (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 51).

(8) A. I. *Sto Domingo*, leg. 71, lib. I, f. 292.

(uno de los primeros que conocemos de Menéndez), aparece ya la característica de su política, que desde ahora podemos llamar colonial, en la que había de entrar como parte esencial el elemento religioso: Para que la propuesta escala fuera sitio seguro, algunos frailes se encargarían de pacificar la isla en poco tiempo, ganándose las voluntades de los indígenas.

5. - Durante los preparativos de esta armada, habían adelantado también los trámites para el casamiento de don Felipe con María Tudor, reina de Inglaterra. En mayo de aquel mismo año de 1554, llegaba a la corte el conde flamenco Egmont, con la comunicación de la impaciencia con que la reina aguardaba al príncipe.

El descontento de los protestantes ingleses de verse súbditos de potencia extraña y católica, había sido azuzado por los que atribuían a la reina designios de abolir el culto protestante y restablecer el católico. Las ambiciones de Isabel de suplantar a su hermana, se habían claramente manifestado con el apoyo dado a los descontentos que organizaban disturbios y rebeliones armadas. La vecina Francia, amenazada con la unión de las dos grandes potencias, fomentaba las insurrecciones inglesas, y aun se temía que, con un golpe de mano, frustrara el proyectado matrimonio.

Consultado nuestro experto marino sobre el peligroso viaje que debía emprender el príncipe, preveníale que nada debía temer a los franceses con la poderosa armada que llevaba de escolta, si la travesía se hacía pasado mayo; pues, terminado aquel mes, habrían ya zarpado para Terranova los cuatrocientos navíos franceses, poco más o menos, que todos los años, desde principios de marzo, salían para aquella región; si el monarca cristianísimo conocía los proyectos del príncipe, sin excesivos gastos podría retener, hasta fines de mayo, todas estas embarcaciones en los alrededores de las costas irlandesas, donde debía fondear la armada española; retener por más tiempo la numerosa flota, sería costosísimo y carga insoportable para el rey francés; la maniobra enemiga podía ser fatal para el príncipe, pues los navíos eran los mejores del reino, sus pilotos los más dies-

tros marinos y en tiempo de guerra navegaban armados (9).

Como la flota de Indias encomendada al capitán general Menéndez no había de hacerse a la vela sino hasta después de algún tiempo, lo llamó el príncipe y tomó por consejero para el viaje a Inglaterra.

Salía de la Coruña la majestuosa flota el trece de julio de 1554, con unas ochenta naves. Otras treinta quedaban en el puerto gallego, a las órdenes de Luis de Carvajal, para recoger los soldados rezagados. Llegados el séptimo día a la isla de Wight, el siguiente desembarcaba el príncipe en Southampton, donde lo aguardaban ocho caballeros principales enviados por la Tudor (10).

6. - Menéndez volvió en seguida a España para ponerse a las órdenes de doña Juana de Austria, encargada del gobierno español durante la ausencia del emperador y su hijo (11). Algo después recibía del Consejo de Indias la confirmación de su título de capitán general para la flota y armada que en 1555 iría a Ultramar (12). Poco antes las huestes de Jacques Soria habían sembrado el pánico y la desolación en los puertos cubanos de Santiago y la Habana, y las victoriosas naves enemigas se paseaban por todas las Antillas, para dar caza a los veleros que, con rica mercancía, volvían de México y Perú. Por circunstancias tan peligrosas se habían reducido a una (13) las dos flotas que todos los años zarpaban para las Indias. Agravábase la situación del capitán, por tener que proteger, con sólo seis navíos de armada, setenta naves mercantes, atrayente botín para los enemigos. La corte española había cifrado además no pequeñas esperanzas en aquella arriesgada empresa pues las compro-

(9) I. c. LAFUENTE, *Historia general de España*, IX, p. 100s.

(10) LAFUENTE, *o. c.* IX, p. 102.

(11) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 53.

(12) *O. c.* II, p. 328.

(13) En tiempo de guerra no podía salir para las Indias flota que no llegara a diez naos, y debían ir dos cada año, la una por marzo y la otra por septiembre (*C. D. I. Ultramar*, XXV, p. 227.) El año de 1555, sólo aparecen como salidas de Sevilla la armada encomendada a Juan Tello, para guarda de las costas de Sto. Domingo y la flota de Menéndez (*l. c.* p. 242s.).

metidas guerras en que estaba empeñada la Península y los propósitos de Felipe II de atraerse las simpatías del partido que tan adverso le era en Inglaterra, exigían sumas enormes de dinero.

El doce de septiembre del siguiente año 1556, la flota y armada encomendadas al asturiano, volvían de América portadoras de los codiciados bienes, con todas las naves que de Sevilla habían zarpado. La peligrosa y larga travesía se había efectuado con presteza y brevedad no acostumbradas hasta entonces.

Los de Contratación hallaron algo que reprochar en los dos hermanos Pedro Menéndez y Alvar Sánchez de Avilés, que habían capitaneado y dirigido las naves. Tal vez habrían condescendido con los lucrativos manejos de algunos negociantes de Nueva España. En los trámites del proceso y como efecto de la sentencia, perdieron los dos marinos el doble del sueldo ganado en el viaje (14).

Las bandas de corsarios que infestaban las rutas de Ultramar, después de la ruptura de la tregua de Vaucelles, suscitaban no pocas alarmas en las Antillas y en los nautas españoles que atravesaban el Atlántico. Esto obligó a los de Contratación a adoptar las necesarias precauciones para la seguridad de las flotas: a la que había de salir en marzo acompañaría una armada y ambas las capitanearía el que tan diestro perseguidor de corsarios se manifestaba. Menéndez, todavía no bien rehecho del importuno contratiempo que le sobreviniera después del anterior viaje de Ultramar, aceptó gustoso el nombramiento (15), tanto más honroso para él, cuanto que le venía de los oficiales de Sevilla, quienes, algo resentidos por las distinciones que el asturiano recibía de la corte para la carrera de Indias, con menoscabo de las tradicionales prerrogativas de Contratación, lo miraban con poca simpatía. El nuevo título le llegaba el veintiséis de febrero de 1557; poco antes había estallado la guerra contra Francia.

(14) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 53.

(15) *O. c.* II, p. 329. No poseemos el texto de este nombramiento.

7. - Estaba ya ultimando en Sevilla los preparativos de la expedición, cuando el veintidós de marzo recibía comunicación del rey (16), confiriéndole el título de capitán general para una armada de mil doscientas toneladas y ochocientos hombres de mar y guerra que se había de formar inmediatamente, porque noticias provenientes de la nación limítrofe anunciaban que muchas naos armadas andaban por las Azores, en espera de los halagadores tesoros de Indias; la fidelidad del valiente vasallo, su habilidad, suficiencia y celo en servicio de su majestad lo hacían acreedor a la distinción real.

Naturalmente Contratación hubo de sentirse un poco humillada y herida por esta independencia con que el nuevo monarca prometía dirigir el gobierno de las flotas americanas, y el distinguido marino no poco satisfecho con la tendencia que veía en Felipe II de sustraerlo a la jurisdicción de los oficiales de Sevilla. Por entonces no pudo, sin embargo, desplegar su pericia de corso en los alrededores de las islas portuguesas, porque no estaba allí la principal actividad de su patria en la guerra contra Francia.

El duque de Alba había logrado imponerse en Italia a las fuerzas del papa Paulo IV, y a las más aguerridas del duque de Guisa. Felipe II, heredero desde hacía poco tiempo de los dominios de su padre, apenas recibió en Flandes la nueva de la declaración de guerra por parte de la inveterada adversaria, quiso acreditarse como digno sucesor del emperador. Con afortunado golpe político arrastró a su favor Inglaterra y envió sus capitanes para que reclutaran gente en Hungría, Alemania y España. Al decidido marino, honrado poco hacía con el título regio de capitán general de las flotas indianas, le tocó su parte en la ayuda que había que dar al monarca. Mientras aprestaba en Laredo su armada para la región de las Azores, una nueva provisión de Felipe II, de dos de junio de 1557, le hizo interrumpir sus trabajos; acompañaría a Inglaterra más de veinte naos mercantes, cargadas de lana. Con esa oportunidad trasportaría

(16) O. c. II, pp. 379ss. C. D. I. *Ultramar*, XIV, p. 245 (1557).

mil quinientos soldados de infantería y un millón doscientos mil ducados, poderoso auxilio para los planes del monarca. Partió Menéndez el siguiente día con cuatro naves, la mitad de su armada, sin esperar las otras, a la escolta de la mercadería y de los valiosos refuerzos. Después de quince días de navegación tomaban tierra los valientes soldados y entregaba Menéndez su dinero en Calais (17).

Gracias a tan poderosas reservas se pudieron organizar debidamente las huestes guerreras. El ejército del rey lo dirigía el valeroso general en jefe Manuel Filiberto, duque de Saboya. Con admirable táctica guerrera, avanzó improvisamente y comenzó el asedio de la ciudad de San Quintín, donde, con gran riesgo y pérdida de la mayor parte de su ejército, entró el almirante Coligny para defenderla y reforzar la escasa guarnición. Algo después acudió el condestable Montmorency con dieciocho mil armados, de los que pocos pudieron filtrarse en la plaza cercada. El diez de agosto de aquel año, el de Saboya decidía a su favor una de las más grandes batallas que han existido y el veintisiete de agosto cedía la plaza fuerte definitivamente al ímpetu de los asaltantes. El héroe de la defensa francesa fue Coligny, que quedó prisionero con su hermano Andelot y un hijo de Montmorency. Menéndez se ufano de su cooperación al triunfo y con noble orgullo recordará años después al monarca que su presteza fue la principal ocasión para ganar la jornada de San Quintín (18).

A la inmediata postración que se extendió por Francia, sucedió pronto el común deseo de defender la nación que se veía amenazada. El entusiasmo se convirtió en optimismo con la venida de Italia del duque de Guisa, a quien se confió la prosecución de la campaña. Ante su repentino e inesperado ataque a la ciudad de Calais, cedió la fortaleza inglesa (enero de 1558), y con la pérdida de baluarte tan estratégico

(17) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 329s. SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 12. Lafuente, IX, p. 154s.

(18) Dice Menéndez a Felipe II en el memorial de fines de 1561: «... y desto fue V. M. muy servido, porque fué la principal ocasión para conseguir la jornada de San Quintín » (Ruidíaz, *La Florida...* II, p. 330).

cundió el desaliento, sobre todo, en las tropas de Albión. El monarca español, falto de recursos para reanimar el valor de sus combatientes, licenció un gran contingente de tropas extranjeras que tan necesarias le eran para atajar el avance de Guisa. La sustitución hubo de hacerse con tropas enviadas urgentemente desde España y de cuyo transporte se encargó Menéndez con cuatro zabras (19) que quitó a los pescadores del Cantábrico. Con los pocos soldados que se pudieron reclutar, por ser entonces invierno, llegó a Amberes en rápida travesía, a principios de 1558, esquivando prudentemente un funesto encuentro con la fuerte armada que se preparaba en San Juan de Luz, precisamente para evitar el envío de tales socorros al rey de España. Con las mismas zabras repitió de nuevo el viaje desde Laredo al citado puerto, para proporcionar dinero a su monarca que podía, de esta suerte, continuar imperturbado la guerra y aun decidirla a su favor, el trece de julio del mismo año, con la definitiva victoria de Gravelinas. Al poco tiempo se iniciaban las negociaciones para la paz de Cateau Cambresis.

8. - En la reorganización de los estados de Flandes distribuyó el victorioso príncipe los gobiernos de las diecisiete provincias entre los flamencos que más se habían distinguido en los anteriores combates. La regencia general la reservaba para su esposa la reina de Inglaterra y aun había encargado al asturiano la trasladara a Flandes con lujosa flota. La muerte de la Tudor acaecida el diecisiete de noviembre de 1558, frustró la expedición. La designada para sustituirla en la regencia fue Margarita de Parma, hija natural de Carlos V (20).

Quedaban los estados flamencos con el malestar consiguiente a la presencia de tropas españolas y de elementos extranjeros en los consejos de las provincias, cuando Felipe II, ultimados sus negocios administrativos, se resolvió a volver a la Península. Menéndez que había ido, por encargo de doña Juana de Austria, con despachos para el rey, re-

(19) Véase el significado de esta palabra en el *Apendice I*.

(20) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 331ss. SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 12ss.

cibió de este, en Bruselas, la alta dignidad de general de la armada que lo había de trasladar a España (21).

Para comenzar los preparativos, salía a fines de abril de 1559 de la capital, con dos gentiles hombres, uno de los cuales era su hijo Juan. Sin ser conocidos, atravesaron el territorio francés a pie. Desde Fuenterrabía siguieron por la risueña costa reclutando en los varios puertos soldados y marinos y señalando navíos para la armada real. En Bilbao encargó una galeaza hechiza, que habían de acabar con brevedad, destinada para el mismo monarca. Los marinos que impacientes aguardaban en las costas para lanzarse durante los codiciados meses de primavera y verano al inmenso mar, gustosos respondían a la invitación, ufanándose porque sus veleros sirvieran de escolta al joven rey que venía a establecerse en la patria, laureado con las victoriosas campañas de Flandes. El diez de julio estaban ya de vuelta los mensajeros con el considerable acompañamiento de cincuenta naves recogidas en la costa del Cantábrico, y fondeaban en el puerto de Rammekens (22). Desde allí envió el general una zabra de anuncio al rey, con doce capitanes que le sirvieran de consejeros. En días posteriores irían llegando también a aquel puerto otras embarcaciones que habían de escoltar al soberano; a mediados de agosto estaba ya reunida toda la armada regia. El veintisiete zarpaba esta de Flesinga, brillante por su esplendor y lujo e imponente por el número. Ochenta veleros, entre los que se contaban potentes galeones, naos, urcas y ocho ligerísimas zabras de remo y vela (23), avanzaron majestuosos por la

(21) SOLÍS DE MERÁS *Memorial...* p. 27s. *C. D. I. Ultramar*, XIV, pag. 248 (1558).

(22) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 28: Ramna parece debe ser Rammekens. Sabemos que Felipe II se embarcó en Flesinga para venir a España el 25 de agosto de 1559 (PIRENNE, *Histoire de Belgique*, III, p. 393). En Rammekens había edificado Carlos V la fortaleza o castillo que todavía existe y está cercano a Flesinga (*Paises Baxos o Belgia dividida en dos partes...* p. 119s); de suerte que Menéndez envió a Felipe II la zabra de aviso desde Rammekens.

(23) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 31.

costa occidental de Francia, hasta que el ocho de septiembre desembarcaba el rey en el puerto de Laredo.

9. - Mientras la comitiva real se dirigía a Toledo, para fijar allí la corte por poco tiempo, el diestro y avezado marino recogería todas las naves y artillería y las enviaría a Santander; de allí iría a la ciudad cortesana a recibir órdenes del monarca. Creyó el fiel vasallo que por sus arriesgados servicios de los últimos años prestados al soberano, recibiría de este alguna mayor remuneración que le aliviara de la pobreza que sufría. Por el momento hubo de renunciar a tan halagüeñas esperanzas. Sin duda pensaba el rey gratificarlo copiosamente en Toledo donde lo aguardaba dentro de algunos días. Sintió el pundonoroso marino honda amargura por el imprevisto desaire y, tal vez, como efecto de la grande desazón, se vio atacado por fuertes cuartanas que le duraron veinte meses. A pesar de la molesta enfermedad, cuando hubo puesto a buen recaudo las naves y el armamento de la flota regia, fue a donde le necesitaba su soberano. Recibió de este la designación para general de la flota que a principios del siguiente año saldría para Nueva España. Aunque sus relaciones eran algo hostiles con los de Contratación y escasos los honorarios de sus servicios (inconvenientes que no se retrajo de exponer respetuosamente al rey), accedió, sin embargo, ante la promesa del monarca de que ambas dificultades se solucionarían convenientemente.

Terminadas las guerras con Francia, podían con más normalidad y sin tantos peligros organizarse las expediciones marinas, aunque las naves mercantes, portadoras siempre, a lo que se suponía, del precioso metal del Perú y México, jamás estaban exentas de las asechanzas corsarias. Sobre todo en los primeros años del reinado de Felipe II las dos flotas anuales que venían de América eran grande alivio para las arcas reales, casi exhaustas por las pasadas guerras (24).

(24) Véase el orden de flotas para los tiempos normales, no de guerra, en *C. D. I. Ultramar*, XXV, p. 162. Sobre la situación interior del reino, LAFUENTE, *Historia general de España*, IX, pp. 177ss.

Juntamente con su armada y flota traería el general los navíos recogidos en la Nueva España. Llegado allá, los veleros a los que debía acompañar, habían zarpado. Para no desaprovechar la ida y compensar los gastos de tan larga navegación, contra la instrucción que se le había dado de no esperar más de cincuenta días; hizo tiempo a que se recogiera en las ricas minas abundante cantidad de dinero, con que llegó a Sevilla el seis de julio de 1561 (25). Contratación, algo sentida por la arbitrariedad con que el subalterno marino interpretaba sus órdenes, inquirió por una parte y por otra las razones de la tardanza y vino a deducir, no sabemos si con seguro fundamento, que algo le habían seducido al necesitado marino los furtivos regalos ofrecidos por los comerciantes americanos en pago de una prolongada demora en las costas mexicanas: episodio, de otro lado, no raro entre los capitanes y generales de las flotas ultramarinas. En el litigio perdió el acusado el triple del sueldo ganado (26).

No obstante las querellas litigiosas, los oficiales de Sevilla no podían fácilmente prescindir de la valiosa cooperación del que se acreditaba como uno de los primeros marinos de su época; y en adelante, cuando con la venida de Felipe II a España, cesaban los frecuentes viajes de Menéndez a Flandes, será este el general indispensable para una de las flotas anuales ultramarinas. El intranquilo nauta, criado en la borda de su patache, perseguido o perseguidor entre los navíos enemigos e inquieto como el vaivén de su ligero velero, demasiado avezado al murmullo de las olas o al gesto amenazador de la tempestad, aunque no pocas veces (él nos dice siempre), (27) terminara su jornada sin que ni él ni

(25) Véase el *Apéndice II*.

(26) Rumbiáiz, *La Florida...* II, p. 55. La acusación que se le había hecho era: « Que agora (1563) dos años, que no eran ellos Jueces, viniendo yo por General de la Flota de Nueva España, había recibido de los Mercaderes quinientos ducados porque me detubiese en aquellas partes cierto tiempo » (*o. c.* II, p. 36).

(27) *O. c.* II, p. 335. Aun supuesta exagerada esta afirmación del asturiano, el fundamento de verdad persistía, pues sabemos que el mismo monarca, desembarcado en Laredo, no le dio remuneración alguna, ni los de Contratación parece que se mostraron generosos con él.

sus oficiales percibieran sueldo alguno, y otras lo perdía entero en los posteriores litigios, sentíase demasiado ligado al timón que ciegamente obedecía a sus más geniales iniciativas.

Casi al mismo tiempo que los documentos del último litigio que tan fatalmente se hicieron sentir en sus escasos haberes, le llegaba el nombramiento regio de capitán general para la flota de 1562. Más impresionado por la exigua quiebra que por la honorífica designación, pedía al rey título en forma, con el sueldo y raciones que se daban a Luis de Carvajal y Álvaro de Bazán, pues la jornada de Indias era más trabajosa, difícil y arriesgada y en tierra más enfermiza que en las costas españolas (28). Suponemos que los de Contratación no dejarían completamente desatendidas estas justas querellas.

En junio del siguiente año 1563, volvía con sus navíos a Sevilla; desembarcado apenas, tuvo que iniciar los habituales trámites preparatorios para la flota que en agosto había de zarpar. Al mes, según escribía a Felipe II en carta de veintisiete de julio, tenía ya en carena los tres galeones que habían de formar la flota; dentro de poco tiempo comenzarían a cargarlos, de suerte que a mediados de septiembre podrían emprender la travesía (29).

10. - No habían de seguir tan imperturbadas, como suponía Menéndez, las actividades de la rada sevillana. En la carta, poco antes citada, refería apurado y quejoso al monarca que dos alguaciles enviados por Contratación habían apresado con grillos y cadenas a su hermano Bartolomé; contra él corrían también malévolas e infundadas acusaciones de que en la expedición de 1560 había recibido quinientos ducados de los mercaderes de Nueva España, para quedarse allí algún tiempo (30).

Casi un mes después, el veintiuno de agosto, escribía nuevamente al soberano desde las atarazanas de la torre del

(28) *O. c.* II, p. 333. En 1562, se le habían asignado « cuatro (sic) ducados al año, y quinientos ducados de ayuda de costa de las averías » (*C. D. I. Ultramar*, XXV, p. 245s.).

(29) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 34.

(30) *O. c.* II, p. 35s.

Oro, a donde lo habían llevado dos alguaciles, mandados por los consejeros reales, quejándose amargamente de la injusta prisión (31).

11. - Hasta qué punto fueran fundadas las imputaciones que se hacían al valeroso piloto, no lo podemos averiguar satisfactoriamente, pues los únicos documentos que poseemos en esta parte son del asturiano y de sus biógrafos contemporáneos, en los que predomina marcada tendencia laudatoria. En no pocas ocasiones protesta contra la maldad de los que le robaban la honra y fama (32). Con el corazón en la mano y poniendo por testigo a Dios, se sincera así solemnemente en carta al rey de ocho de enero de 1564: « Que de mí sé decir a V. M. que por la verdad que devo decir a Dios y a V. M. como a mi Rey y Señor, que con obra ni pensamiento no he pecado en cosa de quantas soy calumniado, y que con tanta fidelidad y cuidado he servido a V. M. en esta jornada (de 1560) como en todas las demás en que hasta hoy he servido y lo mismo creo ha hecho mi hermano » (33).

El noble e hidalgo soldado se rebelaba al pensar que sus servicios por el rey y por la Casa de Contratación, no hubieran merecido defensa por parte de estos, y ante ellos se constituye abogado de su propia causa. Los de Contratación, discurría hábilmente el encarcelado, no podían tener la necesaria imparcialidad para juzgarle, pues desde que en 1554 había sido nombrado personalmente por el príncipe, general de la flota indiana, era mal visto por ellos (34); ni poseían estos la debida jurisdicción, porque si aun sobre los generales que nombraban y a los que daban instrucciones, no

(31) *O. c.* II, p. 38.

(32) *O. c.* II, p. 36. En carta de 21 de agosto de 1563, escribe a Felipe II: « Ninguna de las acusaciones que me pone [el lic. Martín Alonso] son verdaderas, ni en ellas he pecado mortal ni venialmente, como V. M. lo entenderá después de fenecidas y acabadas » (*o. c.* II, pp. 38ss., 43).

(33) *O. c.* II, p. 58.

(34) Escribe al rey el 21 de agosto de 1563: « Claramente me dicen que yo les he quitado mucha autoridad de sus oficios » (*o. c.* II, p. 58); más fuertemente vuelve sobre lo mismo el 24 de septiembre del mismo año: « Por agraviarme y aniquilarme, por odio que contra mí todos los oficiales de esta Casa tienen, porque dicen que les quité el nombramiento de los Generales... » (*o. c.* II, p. 49).

tenían más poder de castigarlos y conocer las causas de los mismos, conforme a las leyes existentes, no podían ejercerla con quien había recibido su dignidad del monarca y las instrucciones del Consejo de Indias (35).

No obstante los títulos regios que alegaba el asturiano para declararse exento de la jurisdicción de los consejeros sevillanos, en el terreno económico, con todas las derivaciones aun judiciales, estaba subordinado a ellos. Ante las atribuciones que de hecho se tomaban los oficiales de Contratación, se vio desconcertado y llegó a sospechar que su prisión la permitía expresamente el monarca (36). De ningún modo consentía quedar menoscabado en la estima que siempre le había mostrado el soberano ni en la honra justamente adquirida por sus empresas. « Hállome con espada y capa y honra, le escribe el quince de septiembre de 1563, y esta no querría perderla, ni que los jueces de la Contratación me la quitasen, ni el nombre que tengo de buen soldado y capitán » (37). Por esta honra reclama más enérgicamente, pocos días después, en carta de veinticuatro de septiembre al mismo Felipe II. « Pues esta me la quieren quitar y robar sus ministros tan injustamente, debe V. M. defendérmela y castigarlos por ello, entendido V. M. que esto sea justicia, porque de otra manera darme ha V. M. mal galardón de mis servicios y porque yo quedo con poca salud y harto descontento » (38).

Se convenció pronto, sin embargo, que este tono de amargura y resentimiento no hacía mucha mella en el rey. Con actitud más sumisa le escribe el ocho de enero del siguiente año, pidiéndole encarecidamente mandara trasladar su proceso y el de su hermano al Consejo de Indias (39).

(35) *O. c.* II, p. 55.

(36) Refiere al rey, en carta de 15 septiembre de 1563, que se había sometido a los alguaciles, porque temió no tuvieran licencia del monarca, « y aun me parece que la deven de tener, pues no quieren inviar mi cargo, aunque se lo han inviado a pedir, ni testimonio de mi prisión » (*o. c.* II, p. 46).

(37) *O. c.* II, p. 47.

(38) *O. c.* II, p. 50.

(39) *O. c.* II, p. 57.

Atendiendo a la razonable súplica del benemérito vasallo, el catorce de febrero de 1565, remitió el monarca la petición al referido Consejo, para que vieran y examinaran las razones alegadas; vistos los pareceres de los oficiales, él mismo daría la última decisión (40). Como era natural, los derechos de Contratación fueron reconocidos por los delegados (41).

12. - Antes de que los oficiales de Sevilla emitan su sentencia en este tan debatido proceso, debemos hacer algunas ligeras observaciones por ver de precisar la responsabilidad de Menéndez en las acusaciones que sobre él pesaban.

Que la ecuanimidad de los de Contratación, tratándose de nuestro capitán, difícilmente pudiera ser completa, aparece claro, dada la prevención con que aquellos lo miraban por los títulos marinos de concesión regia de que se ufanaba el piloto, siendo así que anteriormente las únicas distinciones de los que dirigían las flotas de Indias provenían de los oficiales sevillanos. Estos comenzaban ya a sentir las consecuencias del espíritu centralizador que manifestaba el joven monarca.

Otro episodio, contado por el mismo Menéndez a Felipe II, en carta de quince de septiembre de 1563, pudo ser ocasión para la definitiva ruptura de las partes contendientes. Mientras el asturiano se aprestaba, a lo que parece, para la expedición de 1562, tenía surtas las naves en el río de Sanlúcar. Las visitaban una vez los oficiales de Contratación, enarbolando un estandarte regio, guarnecido con primor, de damasco carmesí, y con las armas reales, cual su majestad podía izarlo en campaña. Viendo el piloto en aquella manifestación pomposa de los oficiales una desatención a su título real, y juzgándola además desacato del monarca, y con-

(40) A. S. *Estado Castilla*, 144.

(41) Todavía el 9 de mayo se queja al rey de que su causa no hubiera sido llevada a los del Consejo: ni consiguió que esta se trasladara, pues la última sentencia la dieron los de Contratación, como diremos después. Además, los del Consejo, en julio de 1563, habían fallado expresamente en favor de la jurisdicción de los jueces sevillanos: « A Pedro Meléndez, general de una flota, que reconozca por jueces a los Oficiales de Sevilla, habiéndose querido eximir de su jurisdicción » (*C. D. I. Ultramar*, XXV, p. 244).

traría a les leyes españolas que prohibían enarbolar una insignia exclusiva del rey o de sus delegados, los capitanes generales, tuvo el suficiente atrevimiento para arrebatar el pendón al que lo llevaba. Heridos los de Contratación en lo más vivo por esta sensible humillación, y privados, como dice Menéndez, del derecho de nombrar generales y de la real insignia (todavía la conservaba en su poder el piloto, cuando escribía esta carta), prometieron desquitarse en la honra y aun en la vida del asturiano (42).

Con todo, aun suponiendo que la apasionada parcialidad de los jueces desfigurase las faltas del acusado, aumentando su culpabilidad; y no pudiendo, de nuestra parte, con los escasos documentos que poseemos, aquilatar debidamente la sinceridad que en las protestas de inocencia del asturiano podía haber; a los dos hermanos se les juzgó culpables y se les multó, a Bartolomé en doscientos y a Menéndez en mil ducados. La mitad de esta última suma la pagó Felipe II en agradecimiento a los servicios del fiel súbdito. Había estado Menéndez en las atarazanas veinte meses y Bartolomé veinticinco. Al abandonarlas, temeroso de estar en desgracia del rey, ansiaba recobrar su reputación que con tantos peligros y a costa de su hacienda, y con pérdida y muerte de su hijo, hermanos, deudos y amigos, había ganado (43).

13. - Con las importantes y honoríficas responsabilidades que muy pronto se le confiarán en las provincias de N. América, podrá rehabilitarse plenamente ante la corte y la nación entera. A petición de la primera, en su memorial de principios de 1565, de que anteriormente hemos hablado, trazaba un proyecto de colonización y evangelización inicial en la Florida: De la parte religiosa se encargarían doce frailes, cuatro jesuitas y doce niños que enseñaran la doctrina a los hijos de los principales indígenas; y de la colonial, quinientas personas, no incluyendo en este número los la-

(42) RUIDÍAZ, *La Florida...* II. p. 44.

(43) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 43ss.

bradores y la gente de mar y tierra, quienes en los mejores sitios de los alrededores de Terranova, construirían dos o tres pueblos, con sus correspondientes fortalezas, para defenderse de los indios y de los extranjeros que fueran a disputarles aquellas posesiones. Prometía detallar en un segundo memorial los pormenores y gastos de la expedición (44).

A ambos documentos contestó el rey con la capitulación de veinte de marzo de aquel mismo año: Para doctrinar a los naturales de aquellos países, irían personas religiosas, diez o doce de la orden que juzgase Menéndez, ejemplares en su vida y costumbres, y cuatro de la Compañía de Jesús; de los quinientos colonos que habían de poblar las nuevas tierras, al menos cien, y a poder ser doscientos, serían casados, todos gente limpia y no de los prohibidos; formarían estos con los indígenas dos o tres pueblos, de unos cien vecinos cada uno, y protegidos con sus respectivas fortalezas para defensa de la población; en la construcción de los edificios ayudarían los quinientos esclavos que formarían también parte de la expedición; el descubrimiento del país y la instalación de los pobladores se habían de hacer con toda paz, atrayéndose la amistad de los indios, y con espíritu cristiano (45).

14. - Con toda el ansia del que quiere rehabilitarse completamente, activó Menéndez los preparativos comenzados de la magna empresa. Además de las naves que por los documentos regios estaba obligado a llevar, había comprado una magnífica galeota y un bergantín grande; con estas embarcaciones y otros dos bergantines que iban de Vizcaya, podrían dar cuenta de los corsarios franceses que se habían establecido en la Florida; para tal lucha, quería prescindir de la chusma (46).

Se suscitan casi al mismo tiempo en el colonizador improvisado ideas de conquista guerrera y de evangelización, juntándose así estrechamente, desde el principio, en sus

(44) RUIDÍAZ, o. c. II, p. 325.

(45) O. c. II, pp. 416ss. Para las concesiones hechas a Menéndez, véase o. c. II, pp. 200ss.

(46) O. c. II, p. 63s.

planes el elemento combativo y el misional, que han de seguir inseparables en los posteriores años de la colonización floridana. El rey, escribía con ánimo guerrero, debía mandar a sus oficiales le dieran cien quintales de pólvora de cañón para batir las fuerzas enemigas (47). Y pocos párrafos después, con acento de celoso misionero añade: Luis, el indio floridano, residente en Nueva España, como señor de la tierra, y los religiosos como operarios experimentados, le podían servir de potentes auxiliares en la conversión de los indígenas (48).

Confiado el campo religioso de las provincias septentrionales a las iniciativas del impetuoso marino, ¿surgiría la misión evangelizadora como lábaro de paz en las luchas sangrientas que se presentían o impedirían estas la labor apostólica?

15. - Posteriormente los propósitos de llevar religiosos de varias órdenes se concretaron en sólo los jesuitas. Influiría no poco para tales designios la simpatía personal de Menéndez por el jesuita Diego de Avellaneda, rector primero del colegio de Sevilla y provincial después de Andalucía. Este había conocido y tratado al decidido marino en las atarazanas de la torre del Oro; siguió después recibiendo de él la confianza más plena y será en adelante el colaborador más entusiasta de los proyectos conquistadores y misionales de su fiel compañero. En espera de posterior rehabilitación del asturiano, debieron de tratar los dos amigos, en la cárcel sevillana, de la conveniencia de una misión jesuítica en Ultramar (49). Al encargarse después Menéndez de la conquista del continente septentrional, evocando antiguos recuerdos, no dudó en pedir como realizadores del carácter

(47) *O. c.* II, p. 64.

(48) *O. c.* II, p. 65. Manda el rey en carta al presidente de la audiencia de N. España, 22 de marzo de 1565, entreguen a Menéndez el indio de la Florida, Luis de Velasco: Arch. Conde Revilla Gigedo (Oviedo) leg. 2, n. 3.

(49) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 102, f. 211: « A este Sor. P. Meléndez, escribe Avellaneda a Borja el 29 de junio de 1565, conozco desde el tiempo de su aflicción quando estava preso en las atarazanas de Sevilla, y especialmente el año pasado... y sentí dél mucho valor y tener partes para flarle gente de la Compañía que llevase a Indias ».

evangelizador de sus ingentes planes, los compañeros del rector sevillano.

Felipe II, accediendo a los deseos de Menéndez, le concedía, por la cédula de veinte de marzo de 1565, facultad de llevar jesuitas a la Florida. Inmediatamente comenzó el asturiano las oportunas diligencias para conseguirlos. Habló con el provincial de Toledo, padre Juan de Valderrábano y con algunos otros padres del colegio de Madrid, quienes unánimemente le previnieron que para iniciar labor tan nueva, como era una misión jesuítica en América, el permiso había de venir de la curia romana; la cual no daría resolución definitiva en el asunto hasta la nueva congregación general que se había de reunir, para elegir sucesor del padre general Diego Laínez, muerto el diecinueve de enero de 1565.

El audaz marino no temió tentar por sí mismo el vado. A fines de marzo de aquel año escribió al vicario general San Francisco de Borja (50), residente en Roma, manifestándole sus planes y deseos de obtener misioneros jesuitas para la Florida, y recomendando su petición con la autoridad de los padres con quienes había tratado: Con la industria y trabajo de los jesuitas que tomaran parte en la jornada, se esperaba fuera esta de gran servicio de Dios y fructuosa para la conversión de los indios, pues era aquel país de N. América, enorme en sus proporciones, tierra firme con la China y Tartaria; limitaba hacia el noroeste con el imperio mongol y el Maluco (51), con los que se podía comunicar por medio de un brazo de mar; como la congregación general se había de celebrar después de su partida, rogábale

(50) MHSI. *Borgia* III, p. 762s. Aparece sin fecha esta carta. Tiene que ser posterior al 20 de marzo, pues en tal día se firmaba la capitulación real que concedía permiso a Avilés para llevar jesuitas. Por otra parte, el 12 de mayo le escribían desde Roma: « Por dos letras de v. s. una copia de otra, del fin de Marzo... » (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 67, f. 99v).

(51) Los conceptos de proximidad de la Florida con N. España, y la comunicación del brazo del mar, nos son conocidos. El de tierra firme con la China, aparece en el Mapa de Tolomeo de 1548 (KRETSCHMER, *Die Entdeckung... Atlas*. Taf. 18, n. 3. NORDENSKIÖLD, *Facsimile-Atlas...* Taf. 45). En otro mapa del mismo Tolomeo, existente en Basilea, 1540, en el brazo de mar del suroeste de Terranova, leemos esta inscripción: « Per hoc fretum iter patet ad Molucas » (NORDENSKIÖLD, *o. c.* Taf. 44).

podieran ir con él algunos padres de la misma Sevilla; y si entre los señalados estaba el padre Avellaneda, sería « muy mayor merced y consuelo ».

En la concepción cartográfica de Menéndez, absurda para nuestros tiempos, generalizada en la época en que se escribía la carta, se unían en estrecho abrazo las prósperas misiones jesuíticas de oriente con las que se establecieran en occidente. Esta idea de comprensión mundial no podía menos de halagar las ansias apostólicas y universales de San Francisco de Borja, y los propuestos planes, que posteriormente, por su amplitud e indeterminación, habían de suscitar no pequeñas dificultades en la curia jesuítica, hallaron por entonces favorable acogida. Respondió el padre vicario con fecha de doce de mayo, que aunque para decidirse en empresa tan nueva y de tanta importancia, se debía contar posteriormente con la decisión del preósito general que se eligiera, habían determinado señalar, por el momento, tres misioneros para ella; porque estos primeros ensayos evangélicos podían ser la causa de que Dios N. S. fuese servido perpetuamente en aquellas tierras (52).

En otra carta de la misma fecha, expedida para el rector del colegio madrileño, padre Gonzalo González, daba Borja los nombres de los tres misioneros que habían de ponerse a las órdenes del adelantado: El superior de todos sería el padre Jerónimo Ruiz del Portillo; si en el mencionado nombramiento había alguna dificultad, se podría disponer para este cargo del padre Juan Bautista de Segura, rector de Monterrey o del padre Pedro Martínez, ministro del colegio de Valladolid; el segundo sería el padre Juan Rogel, residente en Toledo, al que sustituiría, en caso de algún inconveniente, el padre Peña de Salamanca; y el último, un hermano del colegio de Medina, ordenado in Sacris, del que igualmente, por algún impedimento, nombrarían reemplazo el provincial de Castilla o el de Toledo, para que de ningún modo se frustrase la expedición (53).

(52) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 67, ff. 99v-100: Carta de Borja a Menéndez, de 12 de mayo de 1565.

(53) MHSI. *Borgia* III, p. 798s.

Juntamente con las dos anteriores cartas, redactaba el padre vicario otra para infundir aliento a los misioneros que definitivamente fueran señalados por los superiores españoles: A la empresa misional de las provincias septentrionales, tan importante por ser la primera de la Compañía en la América española, no se podían enviar sino sujetos de plena confianza y de los que se esperaba gran servicio de Dios y edificación de los conquistadores e indígenas (54). Dos días después, conferiales a los mismos todas las gracias espirituales de la Compañía (55).

16. - Los trámites en la última designación de los misioneros no procedieron tan expeditamente como se hubiera deseado; y así, cuando el veintiocho de junio salió Menéndez con su flota de Cádiz, con rumbo para la Florida, ningún jesuita iba con él. Al recientemente electo general de la Compañía, San Francisco de Borja (dos de julio), no desagradó mucho el contratiempo, pues atribuía a especial providencia divina el que los misioneros no hubieran ido, hasta que se tuviera más luz de la empresa, y de la disposición que en aquellas regiones había para el fructuoso trabajo de los misioneros (56).

Era muy justo que en negocio tan trascendental desearan adquirir los jesuitas noticias más concretas que las comunicadas por Menéndez, además de que los designios de la armada del impetuoso guerrero podían fácilmente estorbar los planes de una misión pacífica.

17. - Con el ánimo resuelto y firme para resarcir pasados infortunios, zarpaba el general de Cádiz, el veintiocho de junio de 1565. Constaba su armada (57) de un poderoso

(54) *L. c.* p. 797s.

(55) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 67, f. 101v.

(56) *L. c.* f. 116v.

(57) Tenemos cuatro relaciones de esta expedición: una del mismo Menéndez que en carta escrita desde Puerto Rico a Felipe II, 13 de agosto de 1565 (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 70-74) cuenta el viaje desde Canarias a aquella isla; en otra escrita desde la Florida, 11 de septiembre (*o. c.* II, pp. 74-84) al mismo monarca, refiere la salida desde Puerto Rico, la llegada a la Florida y la ocupación de San Agustín. La *segunda*, del capellán de armada, Francisco López de Mendoza (*o. c.* II, pp. 431-465). La *tercera*, de SOLÍS DE MERÁS (*Memorial...* pp. 55ss.), compañero de Menéndez en este viaje y en algunas de las expediciones en la misma Florida. Es lástima que

galeón, cinco chalupas, un bergantín y tres carabelas; alrededor de mil expedicionarios, entre los que la gran mayoría eran soldados, no pocos oficiales, y cuatro sacerdotes seculares (58). Después de una permanencia de pocos días en las Canarias, a donde venía destinada una de las carabelas, salían para Puerto Rico. En este trayecto la flota, por los grandes temporales, se redujo a cuatro navíos. Con un quinto, comprado en la isla, se dirigieron a la Florida, sin pasar por la Habana, donde temían encontrarse con naves de corsarios franceses, pues no hubieran podido soportar una seria lucha, dada su poca defensa.

En previsión de un próximo combate en las costas de la Florida, se repartieron armas y municiones entre los soldados, para que las tuvieran preparadas y a punto. En el canal de Bahama crecían por momentos la impaciencia y las ansias de pelea de los expedicionarios, estimuladas por el general que presentaba la empresa como guerra religiosa en la que defendían la parte justa y santa. El ambiente de cruzada, que se respiraba a bordo, obsesionaba los ánimos: el resplandor de un cometa que una de las noches surcó el horizonte de este a oeste, se interpretó como señal de celeste amparo.

18. - El avezado piloto encaminó la flota con precisa orientación al puerto francés, que suponían entre los veintiocho y veintinueve grados de longitud; lo descubrieron el cuatro de septiembre, a las dos de la tarde. Atalayaban la entrada del río San Juan (Mayo) cuatro navíos. Siguieron los españoles navegando hasta media legua de distancia de sus contrarios. Sabedor Menéndez del poderoso socorro que pocos

esta última la tengamos incompleta en Ruidíaz, quien suple con la historia de CÁRDENAS (*Ensayo cronológico...*) lo que está roto o aparece ilegible en el manuscrito (RUIDÍAZ, o. c. I, p. 2, nota). La *última* de BARRIENTOS (*Vida y hechos de Pero Menéndez...* pp. 34ss.). Véase el inventario de los navíos, gente, bastimentos y armas en RUIDÍAZ, o. c. pp. 558-566.

(58) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 61. Mendoza (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 437) dice que en Puerto Rico desertaron del adelantado más de treinta hombres « entre los cuales fueron tres clérigos, de siete que veníamos ». En el inventario mencionado (RUIDÍAZ, o. c. II, p. 561) sólo se habla de « cuatro clérigos presbíteros, los cuales mostraron sus letras dimisorias y licencias de sus prelados para decir misa y confesar ».

días antes habían recibido los franceses (59), reputó única vía de triunfo sorprender las ancladas naves, sin dar tiempo a los ocupantes de pedir ayuda a sus compañeros del fuerte Carolina. La orden de avance había sonado ya por las bordas de los veleros españoles, cuando, cesando el viento, hubieron de permanecer inmóviles las naves. Toda aquella tarde persistió la inoportuna calma. Sólo cuando en el horizonte se hubieron apagado los últimos resplandores del sol poniente, a merced de ligero viento que se hizo sentir a las diez de la noche, avanzó la cautelosa armada. Colocó Menéndez su Capitana entre la Capitana y Almirante enemigas, mientras con voz resuelta preguntaba a los adversarios por sus designios y su capitán. Por mandato del rey de Francia habían venido a aquellas costas, a las órdenes de su jefe Juan Ribault. También él venía, replicó provocador el valiente marino, por mandato de su rey a quemar y ahorcar a los franceses luteranos; y acompañando la amenaza con los hechos, colocó la popa de su Capitana sobre la proa de una de las naves contrarias, mientras con ronca voz ordenaba a su gente arrastrarla. La batalla prometía desatarse sangrienta con ímpetu tan acometedor. Sorprendidos los franceses por el imprevisto ataque, cortaron como pudieron el cable del navío prisionero y huyeron con los cuatro veleros a alta mar, perseguidos por sus contrarios que, maltrechos por las pasadas tormentas del largo viaje, no consiguieron darles alcance.

19. - Contentos los españoles con la retirada de tan considerable y poderoso refuerzo, vuelven al ataque para ocupar la isleta de la desembocadura del río Mayo, pues desde ella podían impedir con escasas armas el paso de las naves francesas al fuerte Carolina. Igualmente codiciada por los de

(59) Cuenta Mendoza (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 442) la entrevista que el 20 de agosto tuvo en Puerto Rico con el adelantado, a quien recordaba la visita que él mismo le hiciera en el Puerto de Santa María, donde le había mostrado Menéndez una carta de Felipe II « en que le decía cómo a veinte de Mayo del dicho año avian salido de Francia siete navíos con setecientos hombres y docientas mugeres y en San Juan de Puerto Rico hallamos nuevas de cómo avian tomado la caravela de los avisos que arriba tengo referido ».

Ribault tan estratégica posición, cuando los de Menéndez se acercaban a ella, tres navíos enemigos la defendían. No quiso aventurarse el piloto español en un problemático combate y tomó la dirección del canal de Bahama, con propósito de desembarcar junto al puerto contrario.

Al sur del fuerte Carolina, en los treinta grados y medio, formábase sosegado puerto que escogieron los españoles como punto de partida para sus conquistas posteriores. Se le dió el nombre de San Agustín por haberlo reconocido el veintiocho de agosto, fiesta del gran doctor de la Iglesia. El seis de septiembre desembarcaron doscientos soldados y el siguiente día trescientos con los casados, mujeres y niños. Mientras el tercer día estaban desembarcando los demás expedicionarios, aparecieron a media legua de distancia, ofreciendo combate, las naves Capitana y Almirante enemigas. Los apercebidos españoles los invitaban a acercarse. En espera, quizás, de tiempo más oportuno, desaparecieron los dos veleros en alta mar.

Menéndez, con las solemnidades de rito, tomó posesión de la nueva tierra en nombre del rey, y fue jurado por los capitanes, oficiales y soldados, adelantado, gobernador y capitán general. A la solemne ceremonia asistieron muchos indígenas *timucuanos* con sus capitanes y caciques. Habitados ya estos al porte extraño y a las temibles armas de aquellos guerreros, con la larga permanencia de los franceses en la provincia limítrofe, mirarían sin mucha preocupación el porvenir de una convivencia duradera con los nuevos visitantes.

Más inquietos los españoles con la proximidad francesa que con la presencia de los robustos naturales de poderosos arcos y acerados músculos; los primeros que saltaron a tierra, habían comenzado la construcción del fuerte que quedó terminado en pocos días. En él podrían resistir hasta que llegase de Santo Domingo y la Habana el socorro que esperaban por horas.

El orgullo bélico de Menéndez y su irreconciliable enemistad con los luteranos le hacían durísimo soportar aquella

vecindad buscada de los franceses (60). Reuniendo a sus capitanes, les declaró su decisión de atacar el fuerte enemigo con quinientos hombres. Contra la oposición de la mayor parte (61), mantuvo su resolución que se fundaba principalmente en el temor de verse precedido en el ataque por los enemigos y las señales extraordinarias con que creía ver confirmada la protección celeste de su causa.

La oportunidad de la agresión bélica no se hizo esperar. Apenas habían trascurrido dos días desde la toma de posesión de la provincia de San Agustín. Hallábase Menéndez sobre la barra del puerto con una chalupa y dos bateles, cuando se apercibió que venían sobre él los cuatro barcos enemigos que en días anteriores persiguiera. Para no caer con tan preciosa carga en manos de sus adversarios, aunque el viento era contrario, arriesgó con feliz fortuna una audaz entrada por la barra. Las codiciosas naves enemigas tuvieron que retirarse sin la envidiable presa.

A los dos días, episodio no raro en el borrascoso mar de las Antillas, una furiosa tormenta embraveció las olas. Nuestro valiente marino que en otras ocasiones hubiera contemplado con ánimo indiferente tal espectáculo, sintió emoción extraña y brillaron radiantes sus ojos. Pensó en las cuatro naves francesas que poco antes viera con zozobra y temor y conjeturó que con la brava tempestad o habrían perecido en alta mar o no habrían podido volver, en tan breve tiempo, al puerto del río San Juan. Además, para venirle a buscar, traerían el mayor número de soldados y los mejores. ¿No era pues aquella circunstancia oportunísima para acometer el fuerte Carolina, desprovisto de defensa?

(60) « Nuestro buen General, como es tan orgulloso en las cosas de la guerra, y tan enemigo de franceses, especialmente destes... »: Mendoza, (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 453s).

(61) Según el mismo Mendoza (RUIDÍAZ.. *La Florida...* II, p. 454): « ... y aunque tubo contradicción de la mayor parte de los Capitanes, y de mí y de otro clérigo que estamos deutados para las consultas, dixo que él se resumía en lo que avía de hazer ». De muy distinta manera habla Menéndez en carta a Felipe II, 11 de septiembre, 1565 (o. c. II, p. 75): « Y abiendo pedido parecer sobre ello a los Capitanes y Oficiales de mar y guerra, todos de un parecer les pareció lo mismo ».

20. - Inmediatamente mandó organizar un ejército de quinientos asaltantes: trescientos arcabuceros, los demás piqueros y rodeleros, todos bien armados. Para que ninguno desfalleciera en la próxima batalla, se proveyó de abundantes víveres y por igual a soldados, capitanes y al mismo Menéndez. Emprendieron en seguida la marcha hacia la fortaleza francesa. El camino resultó más largo y pesado de lo que imaginaban, pues tuvieron que vadear algunos ríos que iban muy crecidos con la lluvia de los días anteriores. La noche precedente al asalto, diecinueve de septiembre, pernoctaron a una legua del fuerte enemigo. A la mañana siguiente, víspera de San Mateo, después de ferviente plegaria a Nuestro Señor y a su bendita Madre (62), para obtener completa victoria sobre los luteranos, avanzan rápidos contra el baluarte, amparados por la oscuridad. El primero en caer muerto fue el centinela francés. Penetran en seguida atropelladamente en el cuartel para sorprender los enemigos que todavía descansaban. En el aturdimiento y pánico ni siquiera pudieron organizar estos un amago de defensa. A excepción de unos pocos que huyeron, aprovechando la semioscuridad, todos los demás, ciento treinta y dos soldados, murieron degollados.

Se perdonó la vida a las mujeres y a los niños de menos de quince años, cuarenta por todos (63). El grupo inerme de los sobrevivientes hacía aparecer en toda su realidad trágica la situación de los franceses. La impresionante mortandad Menéndez ni la juzgó cruel ni injusta. « Su divina Majestad nos hizo tanta merced, escribe a Felipe II el quince de octubre de 1565, y lo guió de manera que, sin morir hombre, ni ser descalabrado sino uno, que ya está bueno, ganamos la fuerza con todo lo que dentro tenía » (64).

(62) RUIDÍAZ, *o. c.* II, p. 85s. Momentos antes de que los españoles se lanzaran al ataque del fuerte, pone MERÁS en labios del adelantado esta especie de arenga: « Señores; yo, aunque gran pecador, toda esta noche he suplicado a Nuestro Señor, y a su preciosa Madre, nos favorezca y encamine en lo que hubiéremos de hazer, y así creo lo habréis vosotros, señores, hecho » (*Memorial...* p. 91).

(63) RUIDÍAZ, *o. c.* II, p. 86. La relación con todos los pormenores está en SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 91-98.

(64) RUIDÍAZ, *o. c.* II, p. 287. SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 98.

Se esparcieron los combativos asaltantes por las arboledas circunvecinas, para buscar a las indefensas víctimas que se hubiesen refugiado en ellas. Sólo unos catorce o quince pudieron escapar a la inexorable pesquisa; entre ellos estaban Laudonnière y Diego Ribault, hijo del jefe de la expedición. Al amparo de matorrales y arbustos alcanzaron llegar a la orilla del río donde estaba surta una de sus naves. Malamente acomodados en ella, el siguiente día la dirigieron a la desembocadura del río San Juan, temiendo cada momento caer en manos de los españoles que los amenazaban desde la ribera. En el puerto quedaban aún dos navíos anclados. Equipando uno para el viaje de vuelta, hundieron el otro, para disminuir el botín de los contrarios. Todavía bajo la impresión del pánico, rápidamente se provisionan de agua, izan apresuradamente las velas y emprenden la huida, para llegar primero a Inglaterra y después a su patria con la fatídica noticia del trágico fin del fuerte francés (65).

21 .- Dejando una pequeña guarnición en la fortaleza conquistada, que en adelante se llamará de San Mateo, había vuelto Menéndez con sus animosas huestes y los prisioneros a San Agustín, a recibir los plácemes y laureles de victoria, después de disipar la cargazón de nubes que pesaba sobre ellos, con la vecindad del enemigo bien guarnecido y amenazador.

Aquel mismo día de emociones triunfales, recibía la nueva traída por algunos indígenas de que a unas seis leguas al sur de San Agustín, había en la costa muchos franceses; náufragos de la pasada tempestad, se habían salvado llegando a nado a aquella orilla. Eran precisamente los valientes soldados escogidos por su capitán Juan Ribault, que habían

(65) LE MOYNE, *Brevis narratio...* p. 26. RUIDÍAZ *o. c.* II, p. 86. A Laudonnière lo imaginaba Menéndez menos afortunado que lo fue en realidad, pues escribía sobre él a Felipe II, el 15 de octubre de 1565: « Y el que estava por governador y alcayde, que se dezía musier Ludunier, debdo del Almirante de Francia, y que avía sido su mayordomo, huyó al bosque, y siguiéndole un soldado, le dio un picazo; no podemos saber lo que se ha hecho dél » (RUIDÍAZ, *l. c.*).

salido en las cuatro naves sorprendidas por la tempestad, con intento de asaltar y conquistar el baluarte español.

La numerosa colonia de la fortaleza francesa no estaba tampoco resignada a soportar por mucho tiempo la vecindad enemiga. Fuertes con los pertrechos que les trajera la expedición de Juan Ribault y decididos a imponer su predominio, en las deliberaciones que tuvieron para adoptar los medios más conducentes para este último intento, se manifestaron desde el principio dos tendencias. La mayoría se inclinaba porque se enviase por tierra buen contingente de soldados que dieran cuenta del baluarte enemigo, ataque justísimo, según ellos, porque San Agustín pertenecía a la jurisdicción de la provincia francesa, recientemente ocupada. Ribault dió su parecer y fue el que se trató de ejecutar. Distribuido un nutrido grupo de soldados en cuatro naves se apoderarían de las embarcaciones españolas ancladas en el puerto enemigo; los ocupantes de ellas huirían a la guarnición donde los atacantes podrían fácilmente completar la victoria. Por desgracia para los de Ribault, su primer encuentro, como sabemos, fue con el valiente marino Menéndez que, en un audaz paso de la barra, se les escapó con el valioso botín. Internadas las naves francesas en el mar, una tempestad había deshecho tres de ellas, aunque los tripulantes, a excepción de uno, pudieron salvarse en la vecina orilla. Esta circunstancia del naufragio, como hemos visto, supo aprovecharla el astuto Menéndez para sorprender la guarnición enemiga con resultados tan satisfactorios (66).

Informado el asturiano por los indígenas, del naufragio de las naves francesas, tomó en sus bateles cincuenta soldados que deberían enfrentarse con los indefensos despojos vivientes de la tempestad y a la mañana siguiente, amaneció en una orilla opuesta a la que ocupaban los de Ribault, en las inmediaciones de la isla Matanzas (67). Habiéndose re-

(66) LE MOYNE, *Brevis narratio...* p. 23. RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 86ss.

(67) LE MOYNE, *Brevis narratio...* p. 24. Dos naves de las de Ribault habían naufragado a lo largo de la costa entre Matanzas y la ensenada de Mosquitos (LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1562-1574, p. 190), en cuyos alrededores estarían los náufragos, cuando Menéndez los fue a buscar.

conocido los grupos de las dos riberas, uno de los franceses, a quien el adelantado llama « hombre de buen entendimiento, maestro de una nao » (68), previo el consentimiento de los españoles, atravesó a nado el río, con intento de exponer a estos los detalles del naufragio y pedir paso para su fortaleza, a través del territorio español, pues estaban de paz. Respondióle paladinamente Menéndez que el fuerte lo habían ellos conquistado, degollando a todos los defensores, porque se hallaba en posesión española; además de que no podía consentir en la Florida una colonia cuyo fin era propagar la doctrina luterana; él como evangelizador de aquellas regiones, los perseguiría por mar y tierra hasta quitarles la vida (69).

No parece que con respuesta tan categórica y amenazante se tentarían ulteriores arreglos. Pidió el enviado se le permitiera ir a los suyos para volver con la respuesta, lo que se le concedió, porque de él esperaba Menéndez conocer muchas cosas que le interesaban. En vez del anterior mensajero, vino un lugarteniente de Laudonnière: entregarían las armas con que se les otorgase la vida. Negándose a compromiso alguno, respondió el adelantado que sólo admitía rendición y entrega a su gracia, que él haría de ellos lo que el Señor le ordenase. Privados los náufragos de otro medio salvador, se acogieron a la escasísima esperanza que se les daba. Una vez que hubieron entregado las armas, los hizo Menéndez amarrar las manos atrás y pasarlos a cuchillo, perdonando la vida a dieciséis porque de ellos tenía necesidad (70).

No envainaron los españoles las ensangrentadas espadas. Inconsciente había declarado el mensajero francés que Juan Ribault con los suyos estaba no lejos de allí; abandonarlos a su suerte, era dejar la empresa a medio terminar

(68) RUIDÍAZ, *o. c.* II, p. 87.

(69) *O. c.* II, p. 88.

(70) *O. c.* II, pp. 88ss. RUIDÍAZ, *l. c.* deja incompleta la relación, pues de la cláusula « ... sólo quedaron diez » (*o. c.* II, p. 89) pasa a « ... y de la barra dos cañones » (*ibidem*). Véase en el *Apéndice* III la continuación. El hallazgo lo debemos a la diligencia del padre Félix Ayuso, S. I.

y no ahogar el poderoso germen de la oposición antiespañola.

No estaban los maltrechos náufragos para soñar las aventuras que les atribuía Menéndez: Con los bastimentos salvados de sus naves, intentarían construir un fuerte o se volverían al suyo de antes, que no supondrían ocupado por los españoles, o se alzarían con los caciques de las orillas del río San Juan, para luchar contra sus enemigos; podrían igualmente aprovecharse de la noticia que tenían de que al noroeste de Santa Elena estaba la serranía que venía de las minas de Zacatecas y levantar allí un baluarte; (71) ni tampoco habrían renunciado a los planes de establecerse en la bahía de Juan Ponce, (actual Tampa), cercana a Nueva España, Honduras y Yucatán; proyecto muy factible para ellos, por la amistad que tenían con los caciques de las regiones del río San Juan (72); tratarían después de fortificarse en las islas de los Mártires, cerca de la Habana y atacar las naves comerciales del Perú y de Nueva España, dando al mismo tiempo libertad a los negros de la Española, Puerto Rico y tierra firme (73). Más que en construir castillos y fortalezas en región tan ingrata, pensaban ya los de Ribault en aderezar una nave que los llevara a su tierra.

Quando el quince de octubre de 1565 comentaba el bizarro general español, en carta a su monarca, las anteriores matanzas, fuéle comunicado que el fuerte de San Mateo, conquistado a los franceses, se había quemado con todo el depósito de víveres y municiones (74). La siniestra figura de Ribault cruzaría por su mente como autor o maquinador de tal incendio. Una hora después recibía con emoción nerviosa la noticia de que el jefe francés, con doscientos soldados, estaba en el lugar donde poco antes hiciera ajusticiar al desperdigado grupo de sus contrarios; con ciento cincuenta de los suyos salió a su busca.

Ignorantes los de Ribault de la catástrofe de sus com-

(71) Véase el texto en el *Apéndice* III.

(72) RUIDÍAZ, *o. c.* II, p. 94s.

(73) *O. c.* II, p. 92.

(74) *O. c.* II, p. 101s.

pañeros, aunque desbaratados por el naufragio sufrido, volvían ansiosos y alegres por encontrarse con los suyos de la fortaleza, a quienes desde lejos enviaron un mensajero que les notificara el milagroso salvamento y su pronta llegada. El transformado fuerte y las insignias que en las cercanías se divisaban, hicieron sospechar al delegado trágicos sucesos y volvió en seguida a los suyos con tan fundadas sospechas. Entre los informados compañeros se siguieron ansiosas deliberaciones sobre lo que habían de hacer, pues no dejaba de intimidarles la severidad de los españoles. Deciden finalmente enviar a estos algunos mensajeros para tener noticias más concretas y detalladas.

El encuentro se hizo muy pronto. A la pregunta de los intranquilos delegados sobre el paradero de sus compatriotas, responde uno de los españoles, (el testimonio es del cronista francés Le Moyne) que su jefe humanitario y clemente los había despachado para Francia en una nave grande, bien abastecida y que no usaría de menos consideración con ellos (75). Según la relación de Menéndez, no hubo ni falsedad ni doblez en la respuesta a los mensajeros: Él, enemigo de luteranos, había ya ganado el fuerte Carolina y estaba empeñado en guerra a fuego y sangre contra los que habían venido a aquellas provincias a propagar su mala secta; tan sólo les pedía la entrega de banderas y armas y la sumisión a su gracia (76). Era, como se ve, esta respuesta completamente análoga a la que se dio al segundo grupo degollado y capaz, por su franqueza, de aterrar a los más confiados.

Los de Ribault comentan las informaciones de los enviados con ansiedad e incertidumbre. Con un segundo delegado tratan de disipar la terrible zozobra: se rendirían si con juramento se les prometía conservar la vida. Si hemos de creer al mencionado cronista Le Moyne, por parte de Menéndez no se retrocedió ni ante la promesa jurada (77). Sin embargo, tan solemnes protestas no fueron suficien-

(75) LE MOYNE, *Brevis narratio...* p. 28.

(76) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 102.

(77) LE MOYNE, *Brevis narratio...* p. 29.

tes para hacer desaparecer la desconfianza de la mayoría que se dispersaron por los alrededores, mientras se entregaba Ribault con unos setenta soldados, entre los que había mucha gente principal y algunos capitanes. Separó Menéndez de los rendidos los pocos católicos que había, con otros tres que eran respectivamente pífano, tambor y trompeta; a todos los demás, según informaba a su monarca en la carta de quince de octubre, poco antes mencionada, « hize pasar a cuchillo, entendiendo que así convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y de V. M. » (78).

22. - No hemos de pasar por alto la obligada pregunta que se han hecho algunos historiadores al tratar de estos episodios floridanos. ¿Prometió Menéndez a los franceses conservarles la vida si se le entregaban? Generalmente se ha respondido a esta pregunta sin el debido examen de los principales documentos contemporáneos a los hechos de que se trata. Según las tendencias del historiador, casi siempre se han tenido en cuenta o exclusivamente las fuentes francesas o las españolas. Hacemos notar que al querer examinar la cuestión objetivamente, nos fijamos principalmente en la última matanza, única en la que los testimonios contemporáneos franceses incluyen la promesa de Menéndez; además los términos en que este se expresó en ambas ocasiones fueron casi idénticos (79). Ahora bien, ni Challeux, ni Le Moyne, los dos principales autores franceses que se han alegado por los posteriores historiadores como testimonios incontestables, fueron testigos presenciales de la respuesta que el jefe español dio a los delegados franceses ni de la matanza. Al contrario los tres testimonios españoles, Menéndez de Avilés, Solís de Merás y el capellán Mendoza, son testigos inmediatos de los hechos y ninguno de ellos hace mención explícita ni implícita de promesa (80). Le-

(78) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 103.

(79) Damos en el *Apéndice* IV las fuentes de las dos matanzas y transcribimos los párrafos necesarios para la inteligencia del texto.

(80) Lo único que podría inducir en la respuesta de Menéndez a suponer una promesa implícita, sería la relación de Merás de la segunda matanza:

yendo atentamente las relaciones de estos últimos se puede hablar de tergiversación en la manera de expresarse del asturiano, de equívoco, más en las palabras que en las frases, no de promesa. Una confrontación desinteresada de los documentos de ambas partes, con toda la consideración debida a los franceses, no puede dar como resultado la afirmación de una promesa por parte de Menéndez. El factor de parcialidad existe igualmente en los testimonios de los respectivos campos, mientras que a los españoles favorece la concordia en lo sustancial y el que sus autores presenciaron los hechos que narran.

23. - Andaban dispersos por las provincias septentrionales los fugitivos franceses que huyeran del fuerte Carolina en el asalto español y los numerosos soldados del grupo de Juan Ribault que no quisieron entregarse a sus enemigos. Según cálculos del adelantado, serían por todos unos ciento cincuenta. Era esta una de las grandes preocupaciones del impetuoso marino que no dejará de perseguirlos porque tan mala secta no se arraigase en aquel país (81).

Poco después que una de las naves españolas zarpara del puerto de San Agustín a la Península con las gratas nuevas de los gloriosos triunfos (82), se enteró Menéndez, por informe de algunos indígenas, que unos ochenta de sus irreconciliables enemigos construían un fuerte en las inmediaciones del cabo Cañaveral. En tres bajeles ligeros de vela y remo acomodó cien soldados, para que fueran costeando al referido puerto; él con otros ciento cincuenta iría por la orilla. Salían de San Agustín el veintiséis de octubre y el primero del mes siguiente se hallaban en el lugar de la cita. Muy pronto se percataron los franceses de la temible pre-

« ... que si ellos querían entregarle las banderas ... e ponerse a su misericordia, lo podían hacer, para que él hiciera dellos lo que Dios le diese de gracia » (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 114); sin embargo lo que puede tener de esperanza vaga la primera frase, se oscurece con la siguiente, donde se insinúa incondicional entrega: « que otras treguas ni amistades no habían de hacer con él » (*ibidem*).

(81) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 103.

(82) O. c. II, p. 105s. SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 130s.

sencia y huyeron al monte, abandonando la construcción de la incipiente fortaleza y de la nave que debía conducirlos a su patria. Quemaron los de Menéndez las interrumpidas obras y enviaron a los huídos un mensajero intimándoles entregaran las armas y se rindieran, si querían conservar las vidas. A los que obedecieron, que fueron todos menos el capitán y tres o cuatro navarros, criados del príncipe Condé, se les cumplió la promesa (83).

Fue este el epílogo final de la corta permanencia de los franceses luteranos en las provincias septentrionales de América.

24. - Siguieron los españoles con los prisioneros hacia el sur. En las cercanías de la actual isla de Santa Lucía, habitadas por la tribu de Ais (84), de afinidad desconocida, encontraron un puerto, no muy bueno, que se extendía por un trecho largo de costa. Decidió Menéndez construir una fortaleza allí por las magníficas condiciones estratégicas de aquel puesto, pues desde él podían vigilar el canal de Bahama e impedir que en él entrasen naves enemigas, para hacer presa en las embarcaciones españolas que volvían de Nueva España y tierra firme (85). Doscientos soldados a las órdenes de un capitán se encargaban de la obra y de la guarnición. El adelantado reanudaba su viaje con los restantes cincuenta soldados y veinte prisioneros hacia la Habana, donde tenía que organizar el aprovisionamiento de las guarniciones que quedaban establecidas en la costa oriental de la Florida.

Menéndez comenzaba así la fortificación del continente septentrional de América con los tres baluartes emplazados respectivamente en Ais, San Agustín y San Mateo. Con ellos no se hacía, según él, la defensa completa de la Florida y de las posesiones de Ultramar; en la región de Santa Elena debía fundarse otra guarnición, porque, en distancia de tres

(83) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 106. SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 130.

(84) HODGE, *Handbook...* « Ais ».

(85) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 107. El capitán era probablemente Diego de Maya, que iba con los bajeles que se dirigían al cabo Cañaveral (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 131).

leguas, había otros tantos puertos comunicados entre sí por ríos navegables y quien fuera señor de uno, lo sería de los demás; una quinta fortaleza en la bahía de Santa María (actual Chesapeake), constituiría la clave para la defensa de las provincias más septentrionales, pues desde allí hasta Terranova no había sitio donde poblar; con ella se defendía el brazo de mar que, partiendo del oeste de aquella isla, terminaba en el mar de la China, y quedaba cerrada la puerta a la amenaza enemiga para las posesiones de Nueva España (86).

Esta figura de baluarte militar con que Menéndez se representaba la Florida orientará casi todas sus posteriores empresas en N. América, haciéndole descuidar los oficios de colonizador.

Para tener mejor atendidas de gente y de provisiones las mencionadas fortalezas, discurría Menéndez, debía poblarse la región limítrofe a la bahía de Tampa, pues desde allí, a través del estrecho de las Tortugas, suroeste de la actual península floridana, o remontándose por el río San Juan (según opinión del adelantado llegaba hasta aquella bahía), podrían auxiliarse rápidamente las guarniciones de la costa oriental (87).

Si todas estas posiciones estratégicas aseguraban la defensa de la América española, serán igualmente, como después veremos, los centros de la expansión colonial y misionera, organizada por el adelantado. Por consiguiente, para el feliz éxito de sus planes, debían colaborar íntimamente unidos, el militar, el colono y el misionero. ¿No era así Menéndez el reflejo y el ideal de la política española del siglo XVI en América?

Otro hecho de no menor significación histórica podemos columbrar en el diseño de tan grandiosos planes: la atención de España se vuelve definitivamente a la región septentrional. Renacen en ella con todo vigor las aspiraciones, casi olvidadas, de los insignes descubridores españoles

(86) RUIBÍAZ, *La Florida...* II, p. 94).

(87) *O. c.* II, p. 148.

Ponce de León, Pineda, Narváez, Hernando de Soto y Tristán de Luna, del valeroso conquistador francés Cartier y del genial almirante Coligny. Si la ocasión para estas nuevas orientaciones fueron los planes de Coligny, mérito fue de Menéndez el perpetuarlas en su patria.

25. - El desastre de las expediciones luteranas influía también no poco en la política del viejo mundo. España reafirmaba su predominio sobre la nación vecina, imponía su método de represión con los reformados, recomendado a la regente, y hacía fracasar los proyectos coloniales del iniciador de las expediciones, Coligny; derrota de la que este difícilmente se reharía. Sin embargo, esta postración del almirante y de la nación entera podría ser principio de una reacción fatal para España; porque si en la guerra contra Isabel de Inglaterra, se habían unido el partido de Condé y el de Guisa; contra el poder de Felipe II podrían también lanzarse católicos y reformados reconciliados, y más que la de Médicis había terminado las entrevistas de Bayona con la amargura de no haber obtenido casi nada de la política española. Con el temor de un funesto recrudecimiento de la ofensiva francesa, avisaba Menéndez a su monarca, el quince de octubre de 1565, que convenía llegara a Francia lo más tarde posible la noticia de la catástrofe de Ribault y sus compañeros, porque de esta suerte se descuidarían pensando que tenían allí buen recaudo (88).

Motivos políticos y religiosos decidieron a España a usar en N. América medios tan decisivos: fenómeno nada extraño, pues las negociaciones del tratado de Cateau Cambresis hacían presagiar durísimas refriegas en la Florida. Tampoco los franceses abrigaban designios más pacíficos en aquel continente, pues sus eficaces propósitos de apoderarse del fuerte español de San Agustín fácilmente hubieran podido tener desenlace análogo. En el motivo religioso (89),

(88) *O. c.* II, p. 104.

(89) « Parecióme que castigarlos desta manera se servía Dios nro. Señor y V. Mt. para que adelante nos dexen más libre esta mala seta, para plantar el evangelio en estas partes y alumbrar a los naturales y traerlos a la habi-dencia de V. Mt. (Véase el *Apéndice* III).

más que en otro ninguno, halló el ejecutor de los planes de Felipe II y del duque de Alba, el justificativo de su conducta.

Las embajadas de Francia y de España comenzaron a tratar oficialmente el negocio de la Florida cuando las matanzas eran un hecho consumado, aunque su noticia no había llegado a Europa. El delegado de Carlos IX en Madrid escribía a la regente el tres de noviembre de 1565, haber oído a la reina española que de ninguna manera sufriría el rey católico anidaran los franceses tan cerca de sus conquistas, ni que las flotas de Nueva España se vieran sometidas a tan peligrosa vigilancia. Las naves que salieran de Francia para Ultramar, concluía el embajador, debían ir fuertes y bien equipadas; ella dejase hacer, porque hasta que se decidiera el litigio de la conquista pasaría tiempo y sus dificultades obligarían a Felipe II o a retirarlo o a dejarlo descansar, para acercarse a Francia, ante la amenaza turca (90).

El momento político escogido por Francia para el establecimiento colonial en América le hubiera sido más favorable de no haber decidido el asturiano rápidamente el conflicto.

El veinticuatro de diciembre del mismo año, escribe el embajador de nuevo a la regente para referirle, entre otras cosas, una reciente entrevista con el duque de Alba; defendía este, que aun suponiendo que la costa floridana la hubieran ocupado los franceses, antes de la guerra o durante ella, el último tratado de Cateau Cambresis había quitado a los franceses la posesión de aquellas tierras; además de que la alegada conquista era una expoliación y usurpación reciente; rebatió él esta última afirmación aduciendo el título de « costa de los bretones » que aparecía en mapas antiquísimos; y supuesta la lejanía de aquella costa, de la Española, Cuba y Nueva España, de ningún modo podrían estorbar los franceses la navegación española; a propósito de la supuesta costa bretona, decididamente le había repli-

(90) DOUAIS, *Dépêches de M. Fourquevaux...* I, p. 63.

cado el duque que su monarca haría todo lo posible para reconquistar sus posesiones. Comprendiendo Fourquevaux el alcance de tal amenaza, avisaba preocupado a la de Médicis: debe creer V. M. que harán cuanto pueden para arrojar ignominiosamente a vuestros súbditos; si esta conquista importa a vuestro servicio, enviadles prontamente socorro (91).

Con tono más inquieto por la alarma y entreviendo ya en el horizonte funestos acontecimientos, escribía el diecisiete de enero del siguiente año: « Toman el negocio de N. América muy a pechos, de suerte que si salen victoriosos, llegarán tristes nuevas de los súbditos franceses, pues los matarán con 'martirio cruel » (92).

Madrid vibraba radiante de alegría, al saber la conquista del fuerte Carolina, comunicaba el mismo embajador a Carlos IX, casi un mes después, el once de febrero; aunque había sido muy pasajero el festoso entusiasmo, pues se temía que un contraataque francés ahogase el júbilo (93). A los pocos días, diecinueve del mismo mes, puede hacer al soberano la relación de las matanzas (94).

Apenas recibida en la corte madrileña la sensacional noticia, quiso esta justificar ante el embajador francés la violenta conducta usada con la expedición de Ribault; se les había castigado como a corsarios y piratas, pues a la petición hecha al rey cristianísimo para que mandara volver a los expedicionarios, había este respondido que ninguno tenía mandato suyo para ir a la Florida (95).

En el mismo sentido se había expresado también la de Médicis en carta de diciembre de 1565 a su hija la reina de España, usando de una restricción fatal que no poco favo-

(91) *O. c. I*, p. 17s.

(92) *O. c. I*, p. 45.

(93) *O. c. I*, p. 52.

(94) *O. c. I*, pp. 54-57. Según el embajador había traído la noticia de las matanzas un primo de Menéndez (*l. c.* p. 55). Probablemente era este Diego Flórez Valdés, almirante de la armada del asturiano, a quien despachó Menéndez desde San Agustín con una nave para que diese aviso al rey de todo lo sucedido (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 130).

(95) DOUAIS, *o. c. I*, pp. 59-62: Carta de Fourquevaux al rey de Francia, Madrid 22 de febrero de 1566.

recia la actitud española: Jamás habían enviado a alguno a la Florida ni quería ella que ninguno de los súbditos del rey su hijo fuera a usurpar los estados del monarca español y a robar a los vasallos de este, y si alguien tenía tal atrevimiento, recibiría con todo rigor su merecido, para que otros quedaran avisados y el rey católico satisfecho. Hacía con todo notar oportunamente que no se considerasen como pertenecientes a la Florida regiones de otros confines (96).

Era este el equívoco de las negociaciones diplomáticas, pues mientras los franceses hablaban de la tierra o costa de los bretones, los de Madrid comprendían aquella provincia en el nombre genérico de la Florida.

Lo que estaba fuera de todo equívoco era la firme decisión de Felipe II manifestada a Fourquevaux por la reina española: « no podía sufrir la usurpación de sus reinos por nación del mundo y menos por los adversarios de su religión » (97). Consecuente la política española con esta inquebrantable voluntad de su monarca, usó de tanto rigor con los enviados de Coligny, calificándolos de piratas y eso que, como argüía Fourquevaux, ofrecían estos a Menéndez mostrarle patente del rey y de hecho le presentaron del almirante, quien, tratándose de la marina, representaba la persona del mismo rey (98).

Para salvar su riguroso proceder no alegó España ni las concesiones pontificias, ni su ocupación de la región del río San Juan, pues la colonia francesa había tomado posesión de ella anteriormente. Exsistía el hecho consumado de las mantanzas y había que hacerlo aparecer delante de Francia como justo.

(96) FERRIÈRE DE LA, *Lettres de Catherine...*, X, pp. 328-330.

(97) DOUAI, *Dépêches de M. Fourquevaux...*, I, p. 69.

(98) *O. c.* I, p. 74.

PRIMERA EXPEDICIÓN JESUÍTICA A LA FLORIDA

SUMARIO: — 1. Deseos de Menéndez de llevar jesuítas a la Florida. — 2. Actitud reservada de Roma. — 3. Celo de Pedro del Castillo y del padre Avellaneda por la misión floridana. — 4. Menéndez de Avilés y la misión jesuítica en América: interviene la corte. — 5. Diligencias frustradas para llevar jesuítas a América. — 6. Fr. Agustín de Coruña: admitida la Compañía para las misiones de América. — 7. Cédula real a Araoz; preocupación de Borja. — 8. Expedición de Arciniega. — 9. Cédula real al padre Carrillo. — 10. Su oposición a enviar nuevos sujetos. — 11. Los tres misioneros en Sevilla.

12. Padre Pedro Martínez: datos biográficos; estudios. — 13. Entra en la Compañía: estudios en Valencia y Gandía. — 14. Ordenado sacerdote; expedición a Orán. — 15. Operario apostólico en Granada, Toledo y Cuenca; deseos de misiones. — 16. En Alcalá; preocupaciones; en Salamanca. — 17. Ministro en Valladolid; deseos de misiones y del martirio. — 18. De Monterey a Sevilla; profesión en Sanlúcar.

19. Padre Juan Rogel: el piadoso estudiante. — 20. Jesuíta; estudios en Valencia y en Gandía. — 21. En Cuenca y en Toledo: el confesor.

22. El hermano Francisco Villarreal; elogio del padre Avellaneda.

23. Ministerios de los tres misioneros en Sanlúcar. — 24. A bordo. — 25. En Canarias. — 26. Otra vez en alta mar. — 27. En busca del puerto de Santa Elena. — 28. El batel de los exploradores. — 29. La urca en Montecristi. — 30. Extraviados los del batel; muerte del padre Martínez. — 31. Pena de Menéndez y del padre Avellaneda. — 32. Criterio de la curia jesuítica romana.

33. Rogel y Villarreal en Montecristi: ministerios. — 34. Viaje a la Habana: peligros de naufragio; benévolamente acogidos. — 35. Ambiente floridano en la Habana.

1. - El mismo día que salió de Cádiz Menéndez de Avilés para su magna expedición (veintiocho de junio de 1565), se confesó con el padre Avellaneda, provincial de Andalucía y

le declaró su pena por no llevar misioneros que predicasen el evangelio, sobre todo, siendo su empresa para este fin; aunque se tranquilizó con la esperanza que le dio el padre que, mientras estuviese en la Florida, se proveería a esto.

En la misma Cádiz dejó, antes de embarcarse, una carta para el rey en que le pedía misioneros de la Compañía para las provincias de la Florida, suplicándole el envío, apenas diera aviso de su llegada; Pedro del Castillo regidor de la ciudad gaditana, se encargaría de aprestarlos con todo lo necesario. Reconocía el padre provincial la delicada situación de los misioneros que hubieran de acompañar entonces a los expedicionarios, pues iban estos más a pelear contra unos franceses luteranos que ocupaban aquellas tierras, que a ocuparse de la enseñanza a los indígenas; con todo podrían estar preparados los señalados para mejor oportunidad (1).

Menéndez no olvidó las promesas que se le hicieron de misioneros. Antes de completar la conquista de la costa floridana, con la toma de la última fortaleza francesa de las cercanías del cabo Cañaveral, escribía el quince de octubre, desde San Agustín al padre Avellaneda: « La esperanza que tengo de ver por estas partes algunas personas de la Compañía, compañeros de v. m., me haze pasar mis trabajos con todo contento »; él y sus soldados los servirían y obedecerían en todo (2).

2. - Previendo que el adelantado señalaría el tiempo para la partida de los misioneros, el nueve de octubre de 1565, insinuaban desde Roma al provincial andaluz, los mismos candidatos (con exclusión del padre Segura), que en mayo señalaran al rector de Madrid: Se escogerían dos entre los padres Portillo, Peña, Martínez y Rogel, a los que se añadiría un hermano para que fueran desde el principio tres, en nombre de la Santísima Trinidad (3).

No era ciertamente el personal tan numeroso cual lo deseara Menéndez. Que en la curia jesuítica se mostraran

(1) Carta de Avellaneda a Borja, 29 de junio 1565 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 102 ff. 210-211v).

(2) *L. c. Mex.* 16, f. 1.

(3) *L. c. Hisp.* 67, ff. 116v, 117.

un poco reservados en el ofrecimiento, se explica por el fin que señalaban a esta primera expedición: ayudar en los principios y ver la disposición que había en aquel país para esperar frutos espirituales. Era tal precaución muy justificada en empresa más guerrera que misionera.

Después del primer ofrecimiento siguió San Francisco de Borja en actitud expectante. Por alguna indicación que le haría el celoso padre Avellaneda sobre las instancias del adelantado por obtener misioneros, escribía al provincial con fecha de veintinueve de noviembre: Puesto que Menéndez insistía tanto en querer llevar jesuitas, se había comunicado a los provinciales de Castilla y de Toledo tuvieran designados y preparados los misioneros para la Florida, a fin de que partieran estos a Sevilla, al recibir aviso del provincial andaluz (4). No deja de ser sintomática la razón de Borja para escribir a los provinciales, la insistencia de Avilés.

En una de las dos cartas a que hacía alusión San Francisco de Borja se ordenaba al padre Carrillo señalara para la misión de la Florida al padre Portillo o al padre Segura que con el padre Ramírez ejercía en Salamanca el oficio de rector (5). Y en la segunda al provincial de Toledo, padre Gil González, designara para el mismo intento al padre Rogel con un hermano coadjutor (6).

3. - Por los meses de invierno no podían pensar los misioneros en un inmediato viaje a Ultramar; las naves españolas durante aquella temporada estaban surtas en los puertos. Hacia fines de febrero o principios de marzo comenzaba la gente marinera sus labores en la preparación de las flotas y armadas para América. Principales centros de este movimiento eran Sevilla, Sanlúcar y Cádiz. Aquel año de 1566 se había intensificado la actividad portuaria, pues además de la acostumbrada flota que en marzo zarparía para Nueva España, debía aprestarse numerosa armada para la Florida, pues corrían rumores de que los franceses querían vengar

(4) *L. c. f.* 131.

(5) *L. c. ff.* 130, 131.

(6) Carta de Roma al provincial de Toledo, Gil González, 28 de noviembre 1565 (*l. c. Hisp.* 67, f. 130).

su sensible desastre de la colonia de Ribault y era necesario oponer fuerte barrera a la violenta reacción.

Ante la intensa agitación que se notaba en las cubiertas de los barcos del puerto gaditano, escribió el regidor de aquella ciudad, Pedro del Castillo, con fecha de veintiuno de febrero, al padre Avellaneda, fueran allá, con la mayor brevedad posible, los misioneros destinados a las provincias septentrionales de América, pues creía que a mediados de abril partiría la armada de la Florida; podían también los padres embarcarse en la flota de Nueva España y bajar en Santo Domingo, desde donde fácilmente conseguirían pasaje seguro para su destino; si preferían ir derechos a la Florida, estaba dispuesto a proporcionarles un navío suyo muy capaz, pues no quería atender a gastos en cosa tan deseada por el adelantado (7).

El provincial andaluz remitió este capítulo de carta a San Francisco de Borja, juntamente con otras dos que con fecha de quince de octubre del año anterior escribía Menéndez, una al rey, contándole « el próspero suceso más milagroso que humano », obtenido contra los luteranos y otra al mismo padre Avellaneda; para que vieran en Roma cuán en el corazón llevaba el adelantado a los de la Compañía, pues no quería en aquella misión religiosos de otras órdenes (8).

Copias de estas mismas cartas las despachó igualmente a los provinciales de Castilla y de Toledo para que se entusiasmaran con los designios de Menéndez y no retardaran el envío de los misioneros a Sevilla, pues la empresa de la Florida, reservada, al parecer, por la divina Providencia a sólo la Compañía, era de suma importancia por las grandes esperanzas que ofrecía de provecho espiritual; convenía que los operarios apostólicos partieran en la armada de fines de marzo o principios de abril, y fueran tales y tan cabales, que con su labor pudieran recoger abundante fruto y con su ejem-

(7) *L. c. Hisp.* 103, f. 77.

(8) *L. c.* ff. 84-86. La carta de Menéndez a Felipe II, en RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 84-105; y la del mismo a Avellaneda en Arch. S. I. Rom. Mex. 16, f. 1.

plo suscitaran en aquellos campos, nuevas vocaciones para la Compañía; así se formaría un verdadero seminario que conservara el fruto y lo acrecentara; la copiosa mies se iría aumentando con los nuevos contingentes que en años posteriores se enviarían de España (9).

Esta idea de seminario, insinuada por Avellaneda, la veremos después calurosamente recomendada por Menéndez: claro indicio de la enorme amplitud que desde el principio se quiso dar en la Península a esta misión de Ultramar.

4. - Hasta ahora los trámites para la organización de las misiones de N. América se habían mantenido en un ambiente extraoficial, con la natural trayectoria, salvo complicaciones accidentales, o de Menéndez directamente a Roma o más frecuentemente por medio del padre Avellaneda. Los mismos acontecimientos en la política de Ultramar ampliaron el campo de las negociaciones e hicieron interesarse a la corte de Madrid en el asunto, con lo que la perspectiva misionera de América se agrandó para los jesuitas. En los primeros memoriales de Menéndez y en algunas de sus posteriores cartas dirigidas al rey para orientar la conquista y colonización de la Florida, deslizábanse peticiones de jesuitas, para misionar a los naturales (10). Por el momento la corte pensaba sólomente en satisfacer a estas demandas, permitiendo a Menéndez llevar a la Florida a todos los jesuitas que juzgase convenientes; pero con esto se habituaba poco a poco a la idea de un envío de misioneros de la Compañía a las provincias del nuevo mundo, sin distinción de regiones. No fue pequeño el avance obtenido por las instancias de Menéndez, al conseguir que los jesuitas pudieran cooperar en la obra misionera de un país tan extenso de la América española.

5. - Aunque, según parece, ni Carlos V ni Felipe II se opusieron expresamente al envío de los miembros de la nueva Compañía a sus dominios de Ultramar, las diligencias hechas en este sentido por algunas personas autorizadas, no tuvieron resultado satisfactorio. Para citar las principales de-

(9) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 103, ff. 84v, 85.

(10) RUIÍAZ, *La Florida...* II, pp. 133, 147, 148s. MHSI. *Borgia* III, pp. 762^a, 785-786. *Borgia* IV, p. 192s.

mandas, antes de que la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús fuese verbalmente aprobada por Paulo III, el embajador de Carlos V en Roma, Don Juan Fernández de Manrique, marqués de Aguilar, había rogado al papa permitiese a algunos sacerdotes de la nueva orden ir a catequizar a los indios del emperador. Por entonces no quiso Paulo III desprenderse de aquellos preciosos auxiliares.

Posteriormente, tal vez, hacia fines de 1542, Juan Bernal Díaz de Luco, del Consejo de Indias, escribía a San Ignacio de Loyola, manifestándole su interés de que algunos de la Compañía fueran a la América española. El santo Fundador le declaraba que sólo mandándolo el papa se podrían ejecutar aquellos deseos y le indicaba, al mismo tiempo, algunos medios para presentar al Pontífice la petición. No parece que el consejero imperial persistiese en su empeño y ningún jesuita zarpó para las costas del nuevo mundo.

A estas peticiones que procedían de distinguidas personalidades de la Península y no determinaban el campo de la América española, en el que habían de trabajar los jesuitas, siguieron en años posteriores otras que venían del nuevo mundo, designando concretamente el país.

El ilustre obispo de Mechoacán, don Vasco de Quiroga (1538-1565), personalmente y por medio de su agente el canónigo Negrón, trabajó con el padre Antonio Araoz para conseguir misioneros jesuitas. El pequeño número de religiosos con que todavía contaba la nueva orden y las continuas peticiones que tenían de Europa y de las misiones de Oriente, impidieron secundar las iniciativas del celoso obispo.

En 1554, el franciscano Fr. Juan de San Francisco, escribiendo de Nueva España a Felipe II le rogaba destinase a aquellas regiones alguno de la Compañía. El mismo año, un tal Gregorio de Pesquera, ofrecía a los jesuitas una casa de huérfanos en México con dos mil ducados de renta. Las dos peticiones quedaron desatendidas.

Las gestiones para la ida de los jesuitas al Perú estuvieron a punto de cumplirse en 1555. Andrés Hurtado de Mendoza, nombrado virrey aquel año, pidió a San Francisco de

Borja, comisario general de España, dos padres de la Compañía que lo acompañasen. Accediendo gustoso a la petición, nombró Borja a los padres Gaspar de Acevedo y Marco Antonio Fontova. Hicieron estos la profesión y partieron a Sanlúcar para esperar la partida de las naves. Zarparon estas sin los dos misioneros, pues el virrey, en las cédulas obtenidas para los religiosos que iban con él, no había incluido los nombres de los dos jesuitas (11).

¿Fue esta omisión, descuido del virrey o efecto de alguna indicación de los consejeros reales que no querían en la América española órdenes religiosas nuevas? De hecho, hasta la entrada definitiva de los jesuitas en América, la corte española, no por alguna ley expresa, sino por convenio establecido, confió la evangelización del nuevo mundo a cuatro órdenes: agustinos, dominicos, franciscanos y mercedarios (12).

6. - Esta antigua tradición se había roto con el permiso dado a Menéndez de Avilés de llevar misioneros jesuitas a una parte tan conspicua de América. Sin embargo, a pesar de tan generosa concesión, parece que todavía querían los consejeros reales la permanencia en vigor del privilegio de las cuatro órdenes mendicantes.

Poco después de las instancias de Menéndez en pro de las misiones de la Florida, las extensas regiones de Popayán, representadas por su digno obispo Fr. Agustín de Coruña, agustino, recientemente electo, hacían presión en los consejeros de Indias, por misioneros de la Compañía (13), sin que las importunaciones del celoso obispo tuvieran, por bastante tiempo, favorable acogida. La continua réplica de los del Consejo era que bastaban en América las mencionadas órdenes preconizadas. Esta oposición cedió finalmente ante la inquebrantable voluntad del agustino que descargaba su responsabilidad y las lamentables consecuencias de la

(11) GRANERO, S. I. *La acción misionera y los métodos misionales de San Ignacio de Loyola*, pp. 38-47.

(12) LETURIA, S. I. *Misiones hispanoamericanas según la junta de 1568. - Felipe II y el Pontificado en un momento culminante de la Historia Hispanoamericana*, pp. 41 ss.

(13) MHSI, *Borgia* III, pp. 785-787.

negativa, en la conciencia de los consejeros reales, pues su padre provincial, por otra parte, se negaba a concederle misioneros de su orden, por tener que proveer a las extensas regiones del Perú y Nueva España. Ante esta apostólica y santa obstinación del electo obispo, hubieron de doblegarse las tradiciones tan firmemente mantenidas por los consejeros de Indias, quienes finalmente le concedieron llevar todos los misioneros jesuitas que obtuviera de los superiores de la orden.

Nuevamente se admitía en la América española, aunque todavía parcialmente, a la institución religiosa que ya en Oriente y en el Brasil se había manifestado gloriosamente como esencialmente misionera.

La Florida y Popayán: ¿qué extraño que se abrieran estos dos baluartes para la actividad jesuítica, cuando en sus inmensas regiones no había ningún misionero que cultivara a los naturales? Con este avance tan considerable para la historia misionera de los jesuitas, conseguido por los esfuerzos de Menéndez de Avilés y de Fr. Agustín de Coruña, ¿se opondría la corte a franquear, de par en par, para los hijos de Loyola los inmensos países de los dos continentes americanos?

7. - Las instancias de los dos insignes adalides, la simpatía con que ya, por esta época, era mirado el jesuita padre Antonio de Araoz en la corte y entre los del consejo, movieron definitivamente a estos a conceder libre campo misional a los jesuitas en América (14). Las peticiones que en este sentido elevaría el jesuita guipuzcoano, tuvieron como efecto inmediato la cédula real de tres de marzo de 1566, dirigida al mismo Araoz (15); primer documento público y oficial (los que conocemos de la Florida eran de carácter privado y las concesiones a fr. Agustín de Coruña se mantuvieron en

(14) En la carta que le escribe Borja el 16 de marzo de 1567, le dice expresamente: « Esta es para lo que toca a las misiones de las Indias: y pues Dios N. S. ha tomado [a] V. R. por instrumento para abrir aquella puerta a la Compañía, de que tanta gloria y servicio esperamos se seguirá... » (MHSI. *Borgia* IV, p. 446).

(15) En el documento regio (MHSI. p. 226^o) se llama a Araoz *comisario general de la Compañía*, título que ya no tenía (*l. c.* p. 177^{as}).

la intimidad de una correspondencia también privada), que daba principio a una historia de tres siglos de pujantes actividades misionales, sobre todo en los virreinos del Perú y Nueva España: Por la necesidad que en las Indias había de gente que instruyera y convirtiera a los naturales, decía el documento regio, y por el fruto que en España hacían los jesuitas, enviaría el padre Araoz al lugar de Ultramar señalado por los del Consejo, veinticuatro jesuitas, personas doctas, de buena vida y ejemplo, cuales convenían a tierra recientemente conquistada.

En días anteriores el mismo Araoz había recibido otra cédula de Felipe II, enviada por los consejeros de Indias, de idéntico contenido, con la petición de veinticuatro de la Compañía para las regiones de América que los del Consejo señalasen. El padre se apresuró a comunicarla a San Francisco de Borja, añadiéndole que la corte proveería a los misioneros con todo lo necesario (16).

El padre general que en las negociaciones para enviar misioneros a la Florida había procedido tan cautamente, no queriendo comprometerse en empresa tan ardua, sin comprobar primero las esperanzas de fruto que en ella había, se vio no poco desconcertado al leer la carta de Araoz: « Quanto a lo que V. R. toca de las Indias, escribe al jesuita guipuzcoano, en abril del mismo año, por passar V. R. en ello tan de priessa, no sé lo que diga » (17).

No podía someterse sin ulteriores explicaciones a enviar veinticuatro misioneros a donde los del Consejo señalasen, pues si la organización misionera se dejaba en manos de estos, ¿no formaría parte de un plan muy general de colonización, excluyendo el legítimo derecho que tenía la Compañía de saber el paradero de sus hijos? Quería saber Borja más en particular a dónde irían los misioneros y de qué modo; si se preocupaban los dirigentes de que los operarios apostó-

(16) MHSI. *Borgia* IV, p. 192 s. Escribe Araoz (*l. c.*): « Anoche me ymbió el presidente de Indias una cédula de S. M. en que refiere lo que antes me ymbió a dezir con el Dr. Vázquez, del consejo de Indias, sobre que ymbiase gente de la Compañía a ellas ».

(17) MHSI. *Borgia* IV, p. 226s. .

licos tuvieran algún lugar para recogerse, « pues no hay religioso que no tenga necesidad dél, para cobrar fuerças espirituales y corporales para más servir al Señor ».

Si la corte hubiera pretendido responder de manera tranquilizadora a estas preguntas, no hubiera podido salir tan airosa del compromiso. En toda la Florida, (y damos a este nombre la extensión que tenía en el siglo XVI), no había lugar donde pudiese el misionero dedicarse tranquilamente a su labor, pues las guarniciones españolas allí existentes se sentían inseguras por las amenazas de los indios o por el descontento de los soldados. Igualmente la región de Popayán, brindada a los jesuitas, era tierra virgen para el misionero (18). En el Perú y Nueva España, una vez repartido el campo misional entre órdenes religiosas que tan celosamente y con tanto provecho de las almas se habían consagrado a su labor, ¿habría lugar para las actividades jesuíticas?; y aun caso de haberlo, ¿se interesaría alguno en introducir a los nuevos misioneros, con garantías de éxito? No quería Borja que sus respetuosas propuestas se interpretasen en la corte como oposición sistemática y urge a Araoz que responda a ellas con la mayor claridad posible, pues deseaba atinar en la organización misional de América y escoger el personal que más del agrado fuera de su majestad. « Y esto sea con diligencia, porque no querría que con verdad me atribuyesen descuydo en lo que toca al servicio de S. M. pues ni le tuve con el padre, ni espero tenerle con el hijo » (19). Actitud noble y digna en que al deseo de condescendencia con el rey católico, se juntaba el santo empeño de asegurar el fruto de los futuros sacrificios apostólicos de sus hijos en América.

Hasta conocer claramente la voluntad del rey, Roma se creyó libre de ulterior compromiso; y así, escribían el quince

(18) Escribe el obispo de Popayán a Borja el 8 de abril de 1565: « Venido a este Consejo, el Consejo me dixo que en todas las Indias no avía tierra más necesitada de doctrina, porque en ella no avía religiosos de ninguna orden, y clérigos qual y qual, y que los naturales estaban sin doctrina » (MHSI. *Borgia* III, p. 785).

(19) *O. c. Borgia* IV, p. 227.

de abril al padre Carrillo, provincial de Castilla, no destinara ningún otro misionero para la Florida, porque no se veía en concreto lo que el rey quería (20); esto no impedía que se mantuvieran intactos los compromisos contraídos con Menéndez, pues según comunicaban al padre Avellaneda, en carta del veinticinco del mismo mes, aunque dudaban si de los veinticuatro que el monarca pedía irían algunos a las provincias septentrionales, tendrían cuenta en que se cumpliesen las promesas hechas anteriormente al adelantado (21).

8. - Posteriores sucesos vinieron a desviar la atención del inmenso campo americano para concretarlo en las provincias del norte. En la carta que Menéndez escribiera a su delegado gaditano, Pedro del Castillo, con fecha treinta de enero de 1566, incluía algunas líneas para el padre Avellaneda, provincial de Andalucía: Aguardaba a los jesuitas como la salvación de las regiones floridananas, pues era grande la necesidad que en ellas había de doctrina; él los honraría, favorecería y acataría como señores, no como compañeros (22).

A pesar de estas apremiantes peticiones de Menéndez y del grande interés que tenía Avellaneda por el feliz éxito de la misión de N. América, pasaba el tiempo y ninguno de los señalados llegaba a Sevilla. Un poco impaciente comunicaba este desde la ciudad andaluza a San Francisco de Borja, el siete de abril, que estaba preparada en el puerto la potente armada que debía dirigirse a la Florida, de mil quinientos soldados, capitaneados por Sancho de Arciniega; y de los misioneros no se tenía noticia alguna; había escrito cartas a los provinciales de Castilla y de Toledo sin obtener respuesta ni ver resultado alguno (23).

Antes de que fuera despachada esta carta, se presentaba en la ciudad del Betis, el once de abril, jueves santo, el padre Pedro Martínez, uno de los misioneros esperados por Avellaneda. Satisfecho el provincial del generoso aspecto del recién

(20) Arch. S. I. Rom., *Hisp.* 67, f. 170.

(21) *L. c.* f. 174v.

(22) *L. c.* *Hisp.* 103, f. 136v.

(23) *L. c.* ff. 136, 137.

llegado, añadía en la postdata de su carta: « me parece muy bueno para la misión ».

La alusión de Avellaneda a la armada de Sancho de Arciniega dejaba entrever las consecuencias de los pasados combates de la Florida. Francia (así informarían los espías españoles, apostados en algunos puertos estratégicos de la nación vecina), en una reacción naturalísima, armaba barcos y aprestaba soldados para vengar el fatal siniestro. Para resistir al poderoso choque, quería España, con el numeroso contingente de soldados que marchaban a las órdenes del capitán vizcaíno, tener bien guarnecidas y defendidas las fortalezas de la América septentrional a las que atacarían los enemigos.

Aunque el padre Avellaneda no se inquietaba por aquel ambiente bélico, ni parecía vislumbrar el gran peligro que se creaba con él para la obra de los misioneros, ¿podrían estos en medio del blandir de las espadas y del fuego de los arcabuces ejercitar su pacífico mensaje? Si cuando estaba inminente el encuentro mortal de los soldados capitaneados por el asturiano con los de Ribault, atribuyó Borja el fracaso de la expedición misionera a especiales designios de la Providencia, ahora que el choque se vislumbraba más terrible, ¿no se opondría desde el principio al embarco de los padres?

9. - Por dicha para Menéndez y para la santa impaciencia de Avellaneda, ante la urgente partida de las naves de Ultramar, el monarca católico, en vez de acudir a la curia jesuítica romana, donde las razonables reflexiones del padre general podían retardar la concesión de los deseados misioneros, expedía desde Uclés, el nueve de abril, una cédula para el padre Carrillo, provincial de Castilla: Por su devoción a los jesuítas, había acordado fueran en la próxima armada de Arciniega seis misioneros; él se encargaría de que se les diera pasaje y matalotaje con todo lo necesario; a los tres que anteriormente había señalado el padre general, a saber, los padres Segura, Portillo y Martínez, añadiría el padre Carrillo otros tantos (24).

(24) *L. c. f.* 141.

10. - Acogió el padre la cédula regia con marcada antipatía y vio en ella un ardid del padre Araoz que, valiéndose de la autoridad real, quería echar de España a los que no secundaban sus planes. En el primer malhumor, se desahogaba así con Borja, en carta confidencial de veintisiete de abril (25): Supuesto que no tenía él autoridad para enviar ningún súbdito fuera de la provincia, sin licencia del padre general, y de Castilla había partido para la Florida el padre Martínez, tan buen sujeto, los otros dos (pues tres habían de ser los señalados, según órdenes de Roma), se escogiesen de otras partes, porque, de lo contrario, se vería en la necesidad de suprimir el colegio de Valladolid, del que el padre Segura era el rector y el padre Portillo el predicador; si todavía se insistía en que fueran seis en la próxima expedición, contribuyeran todas las provincias proporcionalmente; aunque conjeturaba que era tal el empeño de Araoz en que fueran los tres designados por el rey, que si él no los destinaba para la misión de América, a él lo desterrarían de España y los enviaría el Consejo de Indias.

Aunque la cédula real, proseguía el padre Carrillo, señalaba para la Florida al padre Martínez, a quien Araoz deseaba mantener a todo trance en España, nada significaba esto contra la solapada intervención del jesuita guipuzcoano, pues se esquivaría la dificultad comisionando al capitán de la armada Arciniega, no dejara embarcarse al padre Martínez, so pretexto de alguna calentura. « El hecho lo dirá, continuaba el suspicaz Carrillo, mas pocas sospechas me engañan por lo mismo que tengo conocido y experimentado ». Tal sinceridad se podía permitir el provincial, en carta privada a Roma, pues lo que hubiera de pasión lo cercenaría el prudente y ecuánime Borja.

En seguida envió respuesta el provincial con el padre Luis de Medina al monarca católico y al padre Araoz, significando a este que no podía acceder, por el momento, a la cédula regia, pues no tenía órdenes del padre general para

(25) *L. c. f. 140.*

enviar más de uno a la misión de la Florida y este había partido ya para Sevilla.

Un poco desairado el padre Araoz con la conducta intransigente del provincial, remitió a este las cédulas reales que hasta entonces había guardado, desentendiéndose de la designación de los misioneros y dejándole plena libertad para que pusiera en ellas los nombres de las personas que juzgase conveniente. No poco se alegraría Carrillo de resultado tan apetecido. En un arranque generoso de su noble carácter, había pensado confiar al jesuita guipuzcoano la elección entre los padres Portillo y Martínez para la Florida; desistió, sin embargo, de esta su determinación, porque escribía el último que iba muy contento a su destino y renunciar a él le hubiera sido grande mortificación. Por otra parte, como observaba el provincial, no quedaba tiempo para estos trámites, pues zarparían las naves de Sevilla el diez de mayo (26).

Aunque eran muy justas estas réplicas del animoso Carrillo, pues sus atribuciones en disponer de los misioneros dependían de las normas dictadas en Roma, imposibilitaban el embarco de los seis pedidos por las cédulas reales en la armada de Arciniega. Además ni había que contar con que los anteriormente concedidos por los provinciales españoles acompañaran al capitán vizcaíno, pues todavía el diecisiete de junio, según escribía el padre Martínez a Borja desde Sevilla, cuando la potente armada esperaba viento favorable para izar las velas, faltaban sus dos compañeros; dejaban, sin embargo, para los tres, una nave de provisiones que partiría con la flota de Nueva España (27).

11. - Efectivamente, hacia fines de abril, la bélica armada partía en dirección a las costas septentrionales de América, sin que entre sus numerosos tripulantes figurara ninguno de los tres jesuitas. El padre Rogel llegaba a la ciudad bética el cinco de mayo; desde el veintinueve de abril se encontraba allí el hermano Villarreal, quedando así comple-

(26) MHSI. *Borgia* IV, p. 247.

(27) Arch. S. I. Rom. *Hispan.* 103, f. 155.

tado el reducido contingente de la primera expedición jesuítica a la Florida (28). En los necesarios preparativos para el largo viaje trascurrió más de un mes. El provincial andaluz, en carta de siete de junio anunciaba a San Francisco de Borja que iban provistos los misioneros de todo lo espiritual y temporal que necesitaban y únicamente aguardaban tiempo favorable para la partida (29). Esta se difirió aún por bastante tiempo.

Finalmente el veintiocho de junio la Capitana de la flota de Nueva España dio el consolador anuncio de abandonar el puerto y los tres misioneros jesuitas con honda emoción de tristeza y de alegría dieron el último adiós a las costas españolas (30).

12. - ¿Quiénes eran los tres fervorosos operarios que iniciaban la serie de las nutridas expediciones de misioneros jesuitas que seguirían después a la América española?

El superior del reducido grupo era el padre Pedro Martínez. Nacido en Cella, provincia de Teruel, en la segunda mitad de octubre de 1533 (31), fue bautizado el veintiuno del mismo. El veintidós de abril de 1535, recibía el sacramento

(28) Lo deducimos de lo que el tesorero de Contratación, Juan Gutiérrez Tello pagó a los tres misioneros por su alojamiento en Sevilla y Sanlúcar: « el dho maestro (Pedro Martínez) desde once de abril y el dho Juan Rojel, desde cinco de mayo y el dho Franc. de Villa Real, desde veinte e nueve de abril » (A. I. *Contaduría* 295, ff. 366v-267).

(29) Arch. S. I. Rom., *Hisp.* 103, f. 235.

(30) *L. c.* f. 316.

(31) *Responsa ad Interrogationes patris Nadal (Fondo Gesuitico, Roma, Piazza del Gesù 45) IV, f. 334*, donde responde así Martínez: « oy cumpló 28 años, tres meses y dos días ». No podemos precisar el día exacto en que esto escribe. Nadal llegó a Salamanca, donde entonces estaba el aragonés, 17 de enero de 1562, y estuvo allí doce días (MHSI. *Nadal* I, p. 653^o); probablemente los Cuestionarios se darían algunos días después de comenzada la visita.

Los principales autores que han escrito sobre el padre Martínez son: SACCHINUS, S. I. *Historiae Soc. Iesu*. Pars II, lib. II, n. 162; Pars III, lib. II, nn. 142-151. PÉREZ DE RIBAS, S. I., *Historia de los Triumphos...* p. 745. NIEREMBERG, S. I. *Vidas exemplares...* IV, pp. 607-610. ALEGAMBE S. I. *Mortes illustres...* pp. 443-447. ALCÁZAR, S. I. *Chrono-historia...* I, pp. 146-155. ALEGRE, S. I., *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, I, pp. 7-9. LOWERY, *The Spanish Settlements... 1562-1574*, pp. 264-274. ASTRÁIN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús...* I (2 ed.), p. 392 s. II, pp. 286-290. KENNY, S. I., *The Romance of the Floridas*, pp. 175-188.

de la confirmación de manos de don Jaime de Casanat que como delegado del arzobispo de Zaragoza don Fadrique de Portugal, hacía la visita de la arquidiócesis (32). Sus padres Francisco e Isabel Martínez eran, a lo que parece, de condición bastante acomodada que dio a su hijo posibilidad de estudiar: « Estudiante he sido toda mi vida, nos dirá después el padre Martínez en el Cuestionario de Nadal, si no fue un año que me huí de mi madre y fui paje » (33). Cursó « cinco años de gramática en Daroca, Zaragoza, Teruel y Valencia », sin que hayamos podido averiguar cuánto tiempo estuvo en cada una de estas partes.

Encontramos una síntesis de su vida, hecha por él mismo en el referido Cuestionario: « ejercicio de virtud nunca lo tuve en el siglo, sino de liviandades de mozo »; aunque no parece fuera tan dado a liviandades, cuando a renglón seguido añade: « de niño hice voto de castidad, después hice votos de cinco romerías de Hierusalén, Roma etc. ».

Siendo de edad competente se trasladó a Valencia, a casa de un pariente, para estudiar facultad y prepararse al sacerdocio (34). No era su pasión por Aristóteles y Santo Tomás tan grande que no encontrara holgado tiempo para empuñar el montante o la espada y embrazar la rodela, de tal suerte que nos asegura de él el padre Gabriel Álvarez, tal vez, con alguna exageración, que « no avía desafío en la ciudad en el qual no hiciese uno de tres personajes, porque o él era el desafiado o el desafiador o a lo menos el padriño » (35). Su complexión vigorosa y la seguridad por el triunfo le arrastraban, quizás, a estas ambiciones guerreras. « He sido y soy sano, nos dirá años después, y no se qué es dolor sino once días que estuve enfermo en Orán y de niño tuve viruelas y una modorrilla » (36). Y en otra parte

(32) Arch. S. I. Rom. *Peruana Historia. mss. Peru* 19, f. 1: AHSI. VII (1938) p. 33¹⁰.

(33) *Responsa ad Interrogationes patris Nadal, l. c.*

(34) Arch. S. I. Rom. *Peruana Historia, l. c.*

(35) ÁLVAREZ, S. I. *Historia de la provincia de Aragón...* mss. I, p. 382s. La descripción del tomo primero en MHSI. *Monum. Ignat.* ser. 1^a, I, p. 53, cod. 54.

(36) *Responsa... l. c.*

del mismo Cuestionario: « siempre me he hallado muy sano, porque soy muy recio de complexión y de muy sana cabeza y pecho ».

El aprovechamiento en los estudios, antes de ser jesuíta, a pesar de las diversiones estudiantiles, fue satisfactorio, según confesaría confidencialmente, en carta de primero de julio de 1564, al padre general Diego Laínez: « De niño era muy buen latino », y en artes daría razón en lo que se le confiara (37).

13. - Terminados sus estudios de filosofía en Valencia, estaba muy lejos de pensar en hacerse jesuíta. Por misteriosos designios de la divina Providencia, con aborrecer la Compañía de Jesús, « por no ser mal criado en dejallos », según él mismo nos dice, acompañaba a cuatro de sus amigos que pretendían hacerse jesuitas, en sus visitas al colegio (38), más por burlarse de los padres que por dejarse influenciar de ellos. El resultado fue muy distinto del que imaginaba: escogió Dios, « por su misericordia », para militar en las huestes de los que él tanto aborrecía y se separó definitivamente de los cuatro pretendientes, compañeros suyos, que no se animaron a seguir su ejemplo. Las circunstancias que últimamente decidieron esta resolución, fueron unas pláticas del entonces rector del colegio de Valencia, Juan Gamero y la caridad que veía entre los jesuitas durante sus visitas al colegio (39).

A fines de mayo o principios de junio de 1553, lo admitía

(37) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 101, f. 217.

(38) *Responsa... l. c.*

(39) *Ibidem.* No nos dice Martínez si era la caridad de los hermanos entre sí o con él. No poco se ilustra esta afirmación con lo que escribe ÁLVAREZ, S. I. (*Historia de la provincia de Aragón... I*, p. 383), como referido por otro que se lo había oído al mismo Martínez: lejos de tener devoción a los jesuitas de Valencia. « hacía burla y mofa dellos, y de sus cosas, y con este intento se fue un día a aquel collegio con tres o quatro de sus amigos, diciendo que iba un rato a reirse de aquellos padres...: entrado en la puerta se sienta en la porteria: preguntale el H^o. portero con mucha modestia y cortesia si mandaba alguna cosa; responde que ninguna más que estar sentado allí un rato, y mientras lo estuvo puso con atención los ojos en los Pes. y Hos. que por allí pasaban, por ver si podía coger algo de lo que venía a buscar; pero él quedó coxido para Dios por ese mismo medio, porque vio tanta modestia, tanta devoción y compostura en las palabras y en lo demás, que comenzó a pensar en sí de dexar el mundo... ».

en la Compañía el padre Jerónimo Nadal que, por comisión de San Ignacio, hacía la visita de Portugal y España, para promulgar y explicar las reglas y constituciones de la Compañía y hacer conocer en todas partes la mente del santo Fundador al componerlas (40). Caracteriza el ánimo generoso del candidato y la voluntad firme en ejecutar sus decisiones, el diálogo que tuvo con el visitador (41), la noche que, con su ható a cuestras, se presentó en el colegio de Valencia para ser admitido (42). En la segunda mitad de septiembre de 1553 (43), comenzaba su noviciado en la misma Valencia, donde categóricamente nos asegura que estuvo « estudiando theología y siendo ministro y predicador » (44), el año más o menos de su fugaz permanencia; ya desde entonces se manifestó el fogoso predicador de los años posteriores (45).

En 1554 pasó a Gandía para continuar la teología (46) y alternar su estudio con los oficios de comprador y refitollero, por casi dos años, y con los de ministro y predicador, cerca de tres (47). No contento con desplegar en la ciudad la actividad de su celo apostólico, recorría algunos pueblos

(40) El mismo Nadal escribe desde Barcelona a S. Ignacio el 16 de mayo de 1553: « y con esto me parto mañana para Valencia » (MHSI. *Nadal* I, p. 150). No sabemos el día que llegó. El 7 de junio del mismo año, el padre Pedro Tablares, que salió de Valencia con Nadal, escribe a S. Ignacio: « Partímonos por la mañana, que son a los 7 del presente, derechos a Alcalá » (*l. c.* p. 763).

(41) MHSI. *Nadal* I, p. 763.

(42) Que el del diálogo fuera Martínez, casi lo da por cierto ASTRÁIN, S. I. (*o. c.* I, p. 392^a); ni es el menor indicio la espontánea franqueza del candidato. Además Lucio Croce (MHSI. *Quadrim.* II, p. 360) dice de él que era « jam philosophus », y sabemos que Martínez, antes de entrar, había estudiado la filosofía en Valencia.

(43) Hacemos el cómputo, según los datos que Martínez nos da en el Cuestionario (*Responsa... l. c.*): « A que entré [en la Compañía] 8 años, tres meses y 26 días ».

(44) *Responsa... l. c.*

(45) En el catálogo valenciano de los primeros meses de 1554, se añade al nombre del hermano Pedro: « aptus ad ministerium » (MHSI. *Nadal* I, p. 760).

(46) El catálogo titulado: « memorial de los Pes. y heros. de la Comp^{ia}. de Jesús q. residen en el colegio de Gandia, hecho a 28 de deze. 1554 (Arch. S. I. Rom. *Tolet.* 12, f. 9), dice de él: « El hero. Martínez, natural de Sella, de Aragón, de edad de 21 años, oye theología y ha poco q. entró en la Comp^{ia} ».

(47) *Responsa... l. c.*

predicando y confesando. La cuaresma de 1556 predicó en Denia (Valencia) con general aceptación (48), ayudado por el padre Juan Rogel que había de ser también su compañero de fatigas en el viaje a la Florida.

Si estos trabajos apostólicos eran, por una parte, casi una expansión necesaria del celo ardiente del padre Martínez, le impidieron, por otra, adquirir sólida base de ciencia sagrada y fueron ocasión de múltiples congojas en su vida posterior de ministerios (49).

En Gandía como en Valencia, el observante religioso mostró siempre sólidos e intactos sus aceros como en los antiguos lances de honor, pues « era fervoroso, de gran pecho y corazón y fecundo en asistir a bien morir » (50). En Gandía explicó seis meses gramática y recibió las sagradas órdenes hasta el diaconado inclusive (51).

14. - El diecinueve de abril de 1558, sábado de Pascua, lo encontramos en Murcia bajo la intensa emoción del carácter sacerdotal que aquel faustísimo día recibía del obispo Esteban de Almeyda (52).

Así preparaba y templaba sus armas en la pasajera demora murciana y se aprestaba para la expedición que en fecha

(48) MHSI. *Quadrim.* IV. p. 177.

(49) Nos dice Martínez en el Cuestionario (*Responsa... l. c.*): « Después de entrado en la Compañía, he estudiado theología a pedaços y muy ocupado: de manera que con no leer en Valencia sino el texto de San Tomás, y en Gandía poco más, aun oír no podía, y así estudié poco y quedé muy manco a mi ver; oý a pedaços, como digo, no sé si dos años y más en Gandía, y en Valencia, medio y más; y esto lo digo adivinando, sin poder decir cosa cierta ».

(50) Aseguraba esto de él el padre Matías Borrassa, que lo encontró en Valencia en 1554 (ÁLVAREZ, S. I. *Historia de la provincia de Aragón... I*, p. 385).

(51) La noticia del diaconado la recogemos en el catal. de Aragón (Arch. S. I. Rom. *Arag.* 15), colegio de Gandía (*l. c. f.* 26v): « El hero. Pedro Martínez, aragonés, de 23 años, y de Comp^a. tres y medio, es algo gramático y maestro en artes, a oýdo una poca theología, tiene órdenes de diácono, es de buen sujeto ». Por los datos referentes al aragonés, deducimos que el catálogo es de los primeros meses de 1557.

(52) Escribe Pedro Cabrera desde Murcia al padre Láinez el 29 de abril de 1558: « ordenó [el señor obispo] a uno de los que van a la empresa de Argel, de sacerdote » (MHSI. *Quadrim.* V, pp. 609, 610¹); y algo después añade: « después dió órdenes el sábado de pascua de resurrección en nuestra capilla » (*l. c.* pp. 610, 608^{a,2}).

próxima partiría a Orán, con numeroso contingente de soldados, encargados de la defensa de aquella plaza; en la aguerrida empresa tomaría parte con sus compañeros jesuitas el padre Pedro Doménech y el hermano Juan Gutiérrez (53). Aunque por este tiempo la principal actividad marítima de España se desarrollaba en el Atlántico, no pocas de sus naves se internaban en el Mediterráneo para el comercio con Italia, Francia y los países orientales. Los corsarios de Argel que acechaban las indefensas embarcaciones, no raras veces hacían presa en ellas, amenazando, por otra parte, y asolando temerariamente la costa mediterránea española (54). La poderosa armada en que habían de ir los tres jesuitas, compuesta de once o doce mil hombres y encomendada al capitán Alfonso de Córdoba, conde de Alcaudete, tenía por fin ahuyentar del Mediterráneo el peligro moro y turco. El invicto capitán y Juan de Vega (55), virrey que había sido de Sicilia y actualmente presidente del consejo real, habían

(53) Toda la relación del viaje a Orán la hace Pedro Doménech, en carta a Lainez desde Granada, 2 de diciembre 1558, o sea, poco después de volver de la expedición (MHSI. *Lainii Monum.* IV. pp. 26-30).

(54) Véase la petición de los procuradores de las ciudades en las cortes de Toledo de 1560 a Felipe II (LAFUENTE, *Historia general de España...* IX, p. 198s).

(55) Escribe desde Valladolid el padre Juan B. Ribera al padre Lainez, 26 de mayo de 1558: «... en esta diré, cómo perseverando el Sr. Presidente Joan de Vega en la devoción que Nuestro Señor le ha dado y mostrándonosos y al mundo por verdadero padre y protector de la Compañía... propuso al pe. [Borja], pidiéndole lo encomendasse a Dios, cómo yendo el conde de Alcaudete ahora a la empresa de África, le havia pedido un par de sacerdotes de los nuestros que fuessen en el ejército para la ayuda spiritual de los soldados... El pe. Francisco, considerada la qualidad del negocio tan proprio de nuestro instituto, y la persona que lo pedía, que le hazía más aceptable, respondió que sin más consulta, haría lo que su señoría le pedía. Hase encomendado a Dios y hase el pe. determinado de darle dos con un lego que les acompañe, el uno de los quales es el pe. Pedro Doménech, que fue rector en la probación de Simancas y después en este collegio y al presente está en Salamanca; y el otro un tal Martínez que está en Murcia, que dizen tener buen talento para predicar, con presencia authorizada y suficientes letras, y hase scritto al dor. Baptista, viceprovincial de Aragón, que allí reside, que no siendo ordenado, le haga ordenar luego; el lego se llama Joan Gutiérrez, hermano del pe Gutiérrez, mancebo rezio y prudente y apto para todo trabajo con edificación. La yda del Martínez pende de la resolución del dicho pe. Baptista... » (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 96, f. 52).

pedido al comisario general de las provincias de España, San Francisco de Borja, algunos de la Compañía para tal empresa. Naturalmente Borja atendió a tan justos deseos.

Salidos de Cartagena a fines de junio de 1558, después de dos días y medio llegaban a las costas de Orán. No poco tuvieron que trabajar los tres jesuitas en el hospital, repleto de enfermos, tanto que a más de trescientos hubo que llevar a las naves, para de nuevo volverlos a la Península. Dos meses estuvieron las embarcaciones en el puerto, sin poder salir, lo que obligó al celo de los incansables jesuitas a prodigarse en el hospital y en las naves, confesando a los enfermos, sirviéndolos y proveyéndolos de comida. No bastando los subsidios del hospital para alimentar a todos, tenían que acudir los operarios apostólicos al conde y a su hijo Martín, en demanda de nuevos recursos.

Siguieron los expedicionarios a Mostagán, distante del primer puerto unas catorce leguas españolas, con ánimo de ofrecer batalla campal al enemigo. La empresa tuvo fin desastroso, pues todos murieron bajo las armas de los moros, incluso Alfonso de Córdoba o quedaron cautivos con el hijo del conde. Aunque en un principio se había pensado que los tres jesuitas acompañaran a los expedicionarios, por las numerosas ofertas que tuvo el conde de otros clérigos y frailes, se determinó este a dejarlos al cuidado de los enfermos que quedaban en Orán.

Como efecto de los grandes trabajos que tuvieron que sobrellevar los celosos operarios atendiendo espiritual y temporalmente a los muchos dolientes, cayeron enfermos los dos padres y poco después el hermano que los servía. De esta enfermedad escribirá el padre Martínez a San Francisco de Borja, el primero de julio de 1564, con ocasión de ofrecerse a las fatigas misionales que se podrían sufrir en Alemania o entre otros herejes: « fue aquella caída por excesivos trabajos de hambre y malas comidas y curar en mar y tierra 600 enfermos entre tres, y ser yo (56), sobre todo, el

(56) Suponemos que la tarea del confesonario se repartiría entre los dos sacerdotes jesuitas.

confesor de ellos; y así aquella enfermedad la tomo por prueba de mis fuerzas » (57).

La labor desinteresada y abnegada de los tres jesuitas suscitó entusiasmo y edificación y muchos les pedían quedasen en aquel puerto africano donde tan saludablemente podían ejercitar su apostólico celo. No creyéndose con facultad los jesuitas para el cumplimiento de tales deseos, sin la autorización de los superiores, partían de Orán el veintiocho de octubre, en las seis galeras que había llevado el finado conde. Con viento favorable, aunque algo tempestuoso, llegaban el siguiente día a Almería, de donde siguieron a Granada, hasta que el comisario general, San Francisco de Borja les señalase sitio donde trabajar.

Los arrestos apostólicos con que el padre Martínez había emprendido la expedición, nos los describe el padre Gabriel Álvarez, como referidos por el padre Pedro Doménech, compañero del aragonés en las costas africanas: « Todas sus pretensiones eran grandes y no menos el ánimo y confianza en salir con ellas, y dos eran sus principales deseos, el uno convertir infieles y el otro verter su sangre por Cristo, o a lo menos ser cautivo, para padecer algo por su amor, y tener ocasión de ayudar a los christianos cautivos, y como ellos le avían llevado a Orán, bolvía de allá muy triste, como dixo al padre Doménech, porque ninguno de ellos le avía cumplido nuestro Señor » (58).

15. - Durante el pasajero descanso en la risueña vega granadina (59), predicó el adviento de 1558, y probablemente, en abril del siguiente año, hacía rumbo a la señorial Toledo (60), que dentro de poco se había de convertir en ciudad cortesana con la llegada del joven rey. Activo operario sé

(57) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 101, f. 217.

(58) ÁLVAREZ, S. I. *Historia de la provincia de Aragón...* I, p. 386.

(59) *Responsa...* l. c.

(60) El primero de mayo de 1559, escribe el padre Gil González, desde Toledo (MHSI. *Quadrim.* VI, p. 170) que el padre Bartolomé Bustamante había salido de aquel colegio, dejando como rector al padre Pedro Doménech; probablemente vendría con él el aragonés; de todos modos, en enero del siguiente año, escribe Martínez desde aquella ciudad a Láinez (*l. c.* pp. 485-487), en nombre del rector.

dedicó celosamente a la predicación en las parroquias y cárceles, al mismo tiempo que ejercía el oficio de ministro (61). Su temple de ánimo en los ministerios nos lo manifiesta este trozo de carta escrito desde aquella ciudad al padre general, pidiendo insistentemente la misión de China: « Sólomente quiero descubrir mi corazón a V. P. y echármele a sus pies, pidiéndole de charidad, por la sangre de Jesu Christo que me señale y mande hir a la China con los nuestros que creo irán. Y si todavía me dice V. P. que es atrevimiento, atribúygase al desseo tan grande que tengo deste negocio y de tantos años, que él me escusa » (62).

Aceptaron en Roma tan generoso ofrecimiento (63). Al escribir el secretario general, padre Polanco, el cuatro de enero de 1561, al padre Nadal, que había comenzado la nueva visita de las provincias jesuíticas españolas, le recomendaba tres buenos sujetos de Castilla que hacían instancia para ser enviados a la India, uno de los cuales era el padre Martínez (64). El visitador recibió la indicación romana pocos días antes que la armada de Portugal saliera para Oriente, así que tuvo que desistir de enviar ninguno de los tres señalados a aquella misión (65).

En septiembre de 1560 se encontraba el activo operario en la residencia de Cuenca. Todavía recién llegado se había hecho sentir por sus conmoventes sermones (66) y en esta vida de púlpito empleó su posterior demora de poco más de un año, predicando sucesivamente el adviento y la cuaresma, además de todos los domingos y fiestas (67). Constante en sus aspiraciones misioneras y ansioso por ver cumplido aquel santo ideal, en carta escrita a Roma, el catorce de octubre, agradecía las esperanzas que se le daban para ir a la China (68);

(61) MHSI. *Quadrim.* VI, pp. 485-487.

(62) O. c. *Lainii Monum.* V, p. 45.

(63) Carta de Roma al padre Martínez, 18 de julio de 1560 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 66, f. 202).

(64) MHSI. *Nadal* I, p. 367s.

(65) *L. c.* p. 410.

(66) MHSI. *Quadrim.* VI, p. 828.

(67) *Responsa... l. c.*

(68) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 97, f. 393.

no menos que las labores apostólicas efectuadas por los misioneros en el imperio mongol, le entusiasmaban las consoladoras nuevas que llegaban de la región del preste Juan; a cualquiera de las dos partes « iría de buena gana a perder, o por mejor decir, ganar la vida por Christo. Una y mil veces torno a pedir de rodillas a V. P. no se olvide de mí y me mande señalar para qualquiera destas dos jornadas, pues no lo desseo para descansar sino para padecer por Christo ». Conservaba el carácter que antaño mostrara cuando universitario en Valencia. Estos rasgos de nobleza y de generosidad, estos ofrecimientos de padecer por Cristo, de sufrir en las misiones, hasta derramar su sangre, se repiten con bastante frecuencia en sus cartas. Como preparación a las misiones, había extractado todos los concilios y comenzado a resumir la teología escolástica, « para en poco volumen llevarlo todo ».

16. - Casi sin tiempo para establecerse en los varios colegios recorridos, de la pacífica Cuenca se trasladaba a la ilustre Alcalá. No eran ni la fama de los púlpitos ni el glorioso renombre de las aulas universitarias las que le arrastraban a la ciudad complutense, pues, según nos dice escuetamente en el Cuestionario de Nadal, fue allí « mozo de cocinero cerca de dos meses » (69). Estas rápidas desviaciones que en la primitiva Compañía solían imponer frecuentemente los superiores y que no tenían mayor significado que el de habituar el probado a una vida de abnegación y de renuncia al propio amor, pudieron significar, como lo indicaremos en seguida, tratándose del padre Martínez, el agudizarse de una situación crítica que se quería resolver, por parte de los superiores, favorablemente.

Era muy conforme a las aficiones del fogoso jesuita la ordinaria tarea de predicación a la que se había dedicado hasta entonces. « A theología scolástica y cosas de Metafísica tengo grande inclinación, pero mucho más a theología positiva, por amor de predicar ». Los apuntes que durante sus estudios en la Compañía y aun después había recogido, especialmente eran de retórica, de doctrina positiva y sermones.

(69) *Responsa... l. c.*

Espíritu curioso y escudriñador sentía en sí la deficiencia de una sólida formación teológica, pues durante sus tres años, tal vez, escasos dedicados a esta ciencia sagrada, había estado distraído con diversas actividades, sin poderse consagrar completamente a tan fundamentales estudios para la vida posterior de operario apostólico. Angustiado con la responsabilidad que sobre sí cargaba, una vez puesto en los ministerios temía no le diesen ocupaciones de las « que quedase con escrúpulo de pecado mortal » (70), por su ineptitud culpable. Ni aun con el recurso a la obediencia, cuya era la responsabilidad de que se le encargasen estos trabajos, se sentía libre de tales congojas, pues, según discurría preocupado, él mismo tenía que buscarse su salvación y nadie le podría sacar del infierno si allá iba. Posteriormente cuando consideró más en sereno estas tentaciones las calificó de necedad e imperfección. Por ocho años no continuos le atormentaron estas preocupaciones y cuando el padre Nadal llegó a Cuenca en 1561, lo halló con propósito de pasarse a la Cartuja, aunque por medios lícitos y sin pecado. Tal vez, la posterior ida a Alcalá como mozo de cocinero, se debió a que juzgó necesario el padre visitador apartarlo de los ministerios y condescender con sus deseos de completar los estudios teológicos. En la segunda mitad de 1561 fue enviado a Salamanca donde ultimó su formación por dos años, aunque al mismo tiempo seguía ocupado en la predicación (71).

17. - Después de aquel ansiado intervalo escolar se aprestaba a descender nuevamente a la arena, provisto de armas mejor templadas, con una invitación que recibió de Valladolid para predicar el adviento de 1563 (72). Al poco tiempo lo designaban ministro del colegio, previo aviso del padre pro-

(70) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 101, f. 217.

(71) Escribe Martínez en el Cuestionario (*Responsa... l. c.*): « y agora (enero de 1562) estoy en Salamanca estudiando theologia y predicando cada domingo y e predicado este adviento, y la quaresma me han mandado proveher quatro sermones, cada semana, para una parroquia, por no caber la gente en nuestra iglesia ».

(72) Carta de Martínez a Roma, Valladolid 1 de julio de 1564 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 101, f. 216).

vincial « que aunque el nombre era de ministro, pero que en obra había de ser rector » (73).

Con el tesoro de teología adquirido en las aulas salmantinas se sentía libre de trabas para la actividad de su celo apostólico, así que no le podía halagar sobradamente el porvenir de un ministerio, con investidura efectiva, si no oficial, de rector. En carta de primero de julio de 1564 (74) manifestaba al padre general el deseo que por justos respetos había tenido reprimido en su pecho hasta entonces « de ir a Alemania o entre herejes »; las grandes necesidades de aquella región y el abundante fruto que recogían allí los de la Compañía, habían encendido su vocación misional de tal suerte, que cada carta que venía de aquellos parajes era fuego para su corazón; conjeturaba que valdría algo para aquel apostolado, pues con la gracia del Señor, en lo que tocaba a la fe, antes se dejaría hacer pedazos que faltar; había tardado en manifestar tales aspiraciones por sentirse falto en letras. Para justificar su demanda hace en seguida el recuento de su caudal científico: « si fuese menester, predicaría en latín de 8 en 8 días...; hebreo, he oído y sé algo; artes, daré razón de mí, y con libros, haré lo que me mandaren entre esos herejes; theología, lo mismo; he sido dado a positivo y doctores; he pasado los concilios y materia de herejes...; confesar, confesaré a quien me dieren, como hago acá; predicar, acá los mejores púlpitos me dan ».

Satisfechos en la ciudad eterna con los apostólicos fervores del ministro valisoletano, el dieciséis de septiembre del mismo año escribían al padre provincial de Castilla, dejando la solución definitiva del asunto a él; en caso de duda podían acudir ulteriormente a Roma (75).

Solución ciertamente no satisfactoria para el interesado que la había procurado esquivar expresamente, porque, según indicaba en su carta, si se confiaba el negocio a la voluntad

(73) La razón era que en Valladolid a los sermones principales no llamaban sino al rector y superior, y así, ocupado este en tales ministerios, no podía atender al gobierno del colegio » (*l. c.*).

(74) *L. c.* ff. 216v, 217.

(75) Arch. S. I. Rom. *Hispan.* 67, f. 27.

de los superiores españoles, era gastar tiempo, pues todos querían tener un sujeto sano, para todo; prueba de ello, el provincial de Aragón envió un padre, más de trescientas leguas, para hacerlo volver, cuando de aquella provincia salió a Orán. « Si algo se a de hacer, resoluta a de venir y cerrada la puerta a réplicas, y si no es con eficaz llamamiento, que no me lo puedan impedir, hágame la charidad V. P. que no lo sepan los superiores de acá, pues no avrá para qué » (76).

La discreta respuesta romana la consideró el pretendiente como despedida de sus deseos. « Gloria al Señor, escribe al padre general el ocho de febrero de 1565, que como, a lo que creo, me mueve desseo de hazer la voluntad de Dios y esta se hace obedeciendo, assí me consuelo en que me lo niegue V. P. como en que me lo conceda » (77).

Una de las razones que movían al fervoroso aragonés para pedir las misiones eran los trabajos que en ellas se sufrían. « No hay misión difficil, que si Dios me da su gracia y con la obediencia, que le vuelva el rostro, porque por experiencia sé, que en las más difficilísimas, donde ay peligro, da Dios superabundantemente gracia y esfuerzo » (78). Hemos de añadir también, que sin excluir el motivo de apostolado, la nota que más recalca en sus peticiones de misiones es la del martirio. « Tengo fuerzas corpóreas, escribe al padre Láinez el cuatro de mayo de 1560, para pedirle la misión de la China, y desseo, por la gracia de Dios, emplearlas en el divino servicio, hasta derramar la sangre y la vida » (79). Más obsesionado se muestra todavía por el sacrificio cruento en 1564, con ocasión de pedir la misión de Alemania. « Muchas veces sueño de noche que me martirizan, con gran alegría, y a la mañana, aunque es sueño y vanidad, gusto mucho. Muchas veces, entre día, pensando en otro, se me va el pensamiento, sin advertir, que me están martirizando y cortando parte a parte. Bien veo que no merezco, pero deséolo más que cosa ninguna, pidiendo primero la gracia a Dios, y aun digo muchas veces que no sé,

(76) *L. c. Hisp.* 101, f. 217.

(77) *L. c. Hisp.* 102, f. 120.

(78) *Responsa...* l. c.

(79) *MHSI. Lainii Monum.* V, p. 45.

con experiencia, qué cosa es dolor ni enfermedad, sino para que en un golpe la dé por su amor y la gaste en su servicio » (80).

18. - Con tan heroicos ideales abandonaba el colegio de Valladolid para instalarse como rector en el de Monterrey. Aunque a este cambio se había opuesto el padre Araoz, lo efectuó decididamente el padre provincial, pues quería que el resuelto aragonés fuera a la Florida. Estando el padre Martínez en Valladolid, conjeturaba Carrillo, hubiera sido muy difícil conseguir tal intento, supuestos los designios del padre Araoz de retener al fervoroso misionero, por las buenas o por las malas, en aquel colegio.

El rectorado en la apartada región gallega fue completamente pasajero. Sin tiempo para demostrar sus cualidades gubernativas en el nuevo cargo, hacia principios de abril de 1566, emprendía el penoso viaje a Sevilla.

Temeroso Carrillo de que todavía el padre Araoz pudiera oponerse a los planes misioneros de Martínez, comisionó al padre Avellaneda, provincial de Andalucía, no le diera la profesión de cuatro votos hasta saber con toda certeza el viaje de aquel a Ultramar. No creyó el cuidadoso Avellaneda tener tal seguridad, sino después de acompañar al misionero al puerto de Sanlúcar, donde fondeaba la armada, porque « entendía la voluntad de los oficiales del rey » de oponerse a la expedición del resuelto aragonés (81).

El inspirador de estas sospechas no podía ser otro que el padre Carrillo, quien, según hemos indicado, imaginaba en los consejeros regios, instruidos por Araoz, propósitos de retener al aragonés, antes de embarcarse. Nos consta ciertamente que hubo quienes tuvieron semejantes designios; pero hay indicios bastante claros de que no eran de Araoz. Ambas cosas sabemos por la carta que escribía este al entusiasta misionero el tres de junio de 1566, animándole a continuar en deseos tan santos y apostólicos: « Alguna gente sé que estaba determinada de estorbar esa jornada de V. R. hasta que vieron sus cartas y el hervor de ellas y no osaron

(80) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 101, ff. 216v, 217.

(81) *L. c. Hisp.* 103, ff. 235, 235v.

resistir al espíritu del cielo que muestra en ellas, y así pienso que esa misión apostólica es de Dios y no ab homine neque per hominem » (82).

El padre Martínez, por su parte, conservaba vivísimos sus ideales misioneros. Recién llegado a la ciudad del Betis, herido por el recuerdo de las inmensas regiones, casi inexploradas para el misionero católico, que se extendían en las provincias septentrionales de América, escribía el diecisiete de abril a San Francisco de Borja: « Estoy contentísimo, bendiciendo a Dios por tan gran merced y rogando a sus ángeles le bendigan y alcancen gracia para suplir mis faltas, y a V. P. no querría empezar a darle gracias que nunca acabaría; millones y millones de gracias le [dé] Dios » (83).

Sus propósitos de entera consagración a la empresa misional nos los declara este trozo de la misma carta: « Voy con gran ánimo y aceros, con la gracia de Dios, de gastar la vida y sangre en esta empresa, y gracias a Dios, no se perderá por diligencia ni por poner medios ni por plañir mis trabajos ». Tales aceros eran menester para tierra que tan recalitrante se mostraba para la colonización y evangelización que los españoles no pocas veces habían intentado.

Se trasladó con sus dos compañeros a Sanlúcar, porque los preparativos de la flota iban muy adelantados e hizo la profesión solemne en manos del provincial andaluz, padre Avellaneda, en una tribuna de la iglesia mayor, perteneciente a la condesa de Niebla. Asistieron al conmovente acto el conde, la condesa y sus hijos, con dos prelados de la orden de Santo Domingo y San Francisco (84).

19. - Carácter menos impetuoso era su compañero el padre Juan Rogel, nacido en Pamplona (Navarra) hacia 1529 (85).

(82) RIBADENEIRA, S. I. *Historia de la Asistencia de España*, mss. II, lib. IV, c. 12; la cita la tomamos de una copia. La descripción del manuscrito en MHSI. *Ribadeneira* I, p. XXIX, cod. 13.

(83) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 103, f. 155v.

(84) *L. c. Hisp.* 103, f. 235v.

(85) Lo deducimos de lo que Rogel nos dice en el Cuestionario (*Respon-sa... l. c.* III, ff. 259-262), firmado en Toledo el 18 de noviembre de 1561: « Soy de treynta y dos años ».

Hizo en la ciudad natal los primeros estudios de gramática y pasó después a Alcalá, para cursar, en el ambiente de sano humanismo y de pujante y ortodoxa espiritualidad de las aulas complutenses, artes y medicina, asignatura esta última cuyo conocimiento completó con un curso de anatomía en Valencia; a esta formación universitaria dedicó seis años y medio.

Alma piadosa, se acostumbró desde su niñez a rezar los siete salmos penitenciales, práctica que en los años posteriores sustituía o alternaba con el oficio de la Santísima Virgen o el romano.

20. - Estaría, tal vez, ultimando el curso de anatomía, cuando sintió vehemente deseo de abandonar el pesado yugo del mundo y apartarse de las ocasiones de pecar. El dieciséis de abril de 1554 (86) era recibido en la Compañía por el padre Bautista Barma, rector del colegio valenciano. Después de un corto noviciado de cuatro meses pareció maduro para hacer los primeros votos religiosos (87). En seguida se trasladaba el fervoroso estudiante al colegio de Gandía para recibir en sólo año y medio una modesta dosis teológica y ordenarse (88).

Las especulaciones escolásticas debieron de desconcertar al que hasta entonces se había movido principalmente en un campo experimental. Algo desorientado con los conceptos abstractos, creíase con poca memoria y confuso entendimiento; en el terreno de la moral casuística se sentía más seguro (89). En esta última palestra comenzó a probar sus primeras armas en Gandía, con grande provecho de las almas que se le acercaban. Modesto en sus pretensiones, acompañó al que había de ser después su compañero de

(86) Recibiómelo el padre doctor Baptista (Barma) que está en gloria en Valencia » (*Responsa... l. c.*). En un catálogo que da los nombres de los « entrati in Gandia », aparece Rogel (Arch. S. I. Rom., *Arag.* 15, f. 38); en el mismo folio está también Martínez, como entrado en Gandía, y sabemos que entró en Valencia.

(87) *Responsa... l. c.*

(88) En la carta cuatrimestre de Gandía, 20 de abril de 1556, se hace mención del hermano Martínez y del padre licenciado Rogel (MHSI. *Quadrim.* IV, pp. 176ss.

(89) *Responsa... l. c.*

viaje a la Florida, en la misión de Denia. Encargado de la doctrina a los niños y de las confesiones de los que se movían por las fervientes exhortaciones del padre Martínez, indujo a muchos a frecuentar los sacramentos de la penitencia y comunión (90).

21. - En esta labor oculta y sacrificada de confesonario debió de ocuparse los siguientes años, hasta principios de 1559 (91), en que aparece en el colegio de Cuenca, con el oficio de prefecto de iglesia, miembro de una reducida comunidad que con él formaban el rector, (quizás el padre Juan León) y un hermano (92). El peso de los ministerios sería no pequeño para tan escasos operarios.

El siguiente año se encontraba en Toledo (93), su última residencia en la Península, con su habitual ocupación de director de almas. Llevado por su celo apostólico que le impulsaba a empresas más arduas, en carta de veinte de agosto de 1560, exponía al general sus deseos de las misiones de Indias (94): Una voluntad desinteresada de padecer por el Señor producía en él estas aspiraciones que tuvo desde que entró en la Compañía y aun había manifestado al comisario general San Francisco de Borja. Con su característica humildad sincera añade: « El talento que yo tengo no es cierto para tal empresa, porque es muy pequeño, pero consuélame mucho que infirma et contemptibilia huius mundi eligit Deus ut fortia quaeque confundat ».

Por comisión del padre Láinez le respondió el padre Polanco, con fecha de doce de abril de 1561 (95), prometiéndole que se tendrían en cuenta tan santos deseos. De hecho, el cuatro de enero de aquel mismo año (96), entre los tres buenos sujetos de Castilla que desde la ciudad eterna

(90) MHSI. *Quadrim.* IV, p. 177s.

(91) Arch. S. I. Rom. *Tolet.* 12, f. 157.

(92) MHSI. *Quadrim.* VI, p. 236^v.

(93) Desde esta ciudad; el 20 de enero de 1560, pide dispensa para un penitente que tenía impedimento para casarse (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 97, f. 30).

(94) MHSI. *Lainii Monum.* V, pp. 192ss.

(95) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 66, f. 244.

(96) MHSI. *Nadal* I, p. 367.

se recomendaban al padre Nadal para la misión de la India se encontraba el padre Rogel. Por entonces siguió este en la pacífica Toledo, consagrado a sus acostumbradas ocupaciones de ayudar a bien morir y de confesonario (97). Muchas veces trascurría todo el día oyendo a los penitentes que se le acercaban y tanto se había acostumbrado a este ministerio que, según él mismo nos asegura, fuera de él no se hallaba (98).

Sin la fogosidad del padre Martínez, temperamento sosegado y constante, tendrá ocasiones de poner a toda prueba su incansable tesón en las futuras misiones.

22. - Como compañero de los dos sacerdotes, había sido señalado para la misión de la Florida el hermano Francisco Villarreal, nacido en Madridejos (Toledo) hacia 1530 (99). Los escasísimos datos que conocemos de su vida de seglar, nos los da él mismo en el Cuestionario. Desempeñó el cargo de secretario de la audiencia de Granada, no sabemos cuándo ni por cuánto tiempo, y dejó este oficio para dedicarse a los estudios, aunque abandonó muy pronto la palestra intelectual, por no sentirse con ánimos ni afición.

A mediados de 1559 (100) entró en la Compañía y dos años después, el primero de noviembre de 1561, fiesta de todos los Santos, hizo los primeros votos de religión. El temple de su carácter generoso se nos manifiesta en el mencionado

(97) *Responsa... l. c.* En el catálogo del colegio de Toledo, probablemente de 1561, está Rogel con el oficio de procurador y consultor, y se dice de él que tiene talento para confesar (Arch. S. I. Rom. *Tolet.* 12, f. 38); y en otro de hacia 1566, se añade a su nombre: « Confesor ordinario y procurador: para todo esto tiene talento; es muy trabajador y de fuerzas y sano » (*l. c. f.* 74).

(98) MHSI. *Laini Monum.* V, p. 193.

(99) Nos dice Villarreal en el Cuestionario (*Responsa... l. c.* II, f. 142): « Creo ando en treynta e un años ». La fecha en que esto escribe, sería aproximadamente hacia fines de noviembre de 1561; pues dice (*l. c.*): « El día de Todos Santos de este año de sesenta y uno, hice votos ». Por otra parte, tenía que ser bastante antes del 9 de diciembre, día en que llegó Nadal a Alcalá (MHSI. *Nadal I*, p. 648). Allí habían llegado poco antes los provinciales de Andalucía y Aragón, « los cuales traían los exámenes y cartas de todos los particulares ». Bustamante traería los de su súbdito Villarreal.

(100) Nos dice en el Cuestionario (*Responsa... l. c.*): « Avrá que entré en la Compañía seis años y cerca de medio ».

Cuestionario, donde nos habla de sus deseos de padecer y morir por nuestro Señor.

El elogio más acabado del hermano nos lo hace su provincial, padre Avellaneda, en carta que escribe a San Francisco de Borja, el diez de septiembre de 1566: Era el mejor coadjutor de la provincia jesuítica andaluza y muy conforme al corazón de sus compañeros misioneros padres Martínez y Rogel (101).

23. - La urca en que habían de zarpar los tres misioneros jesuítas del puerto de Sanlúcar para la Florida, acompañaría a la flota de Nueva España. El reducido grupo misionero se dirigió a la villa costanera para ultimar los inmediatos preparativos de la expedición. Mientras la gente de mar activaba los trabajos de cargamento, mostráronse los jesuítas celosos en su labor (102) que se reducía a la tarea habitual de sermones, confesiones y explicación de la doctrina cristiana en el pueblo y en el puerto. En tan apostólica faena iba a la cabeza el padre Martínez, quien, incansable en su cotidiana brega, emprendió un ministerio que el padre Rogel califica de « harto trabajo pero de muy gran servicio de Dios » (103). Preocupado de los marineros y gente de las naves, imposibilitados, por sus ocupaciones, de oír la palabra de Dios, iba a predicarles y prepararles para la confesión y comunión, con tan palpable fruto, que los dos jesuítas hubieron de ser ayudados por otros, para atender a los muchos que se confesaron y comulgaron. Principal preocupación de los celosos operarios debió de ser extirpar los pecados públicos y escandalosos, fijándose especialmente en los juramentos, vicio inveterado en la gente marinera. Los mismos capitanes y maestros secundaron la honrosa campaña, imponiendo penas a los culpables (104). Sin duda resultó de grande efecto la labor unida de misioneros y

(101) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, f. 96.

(102) Carta del padre Rogel a Avellaneda, Montecristi y la Habana, noviembre de 1566 y 20 de enero de 1567 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, ff. 72-77).

(103) *L. c.* f. 72.

(104) La pena era: « a unos que les quitasen la ración de beber de mediodía, a otros la comida, otros que pagasen por cada juramente tanto » (*l. c.*).

oficiales, pues confesaría más tarde, en Canarias, el general de la expedición Juan de Velasco (105), que en aquella flota, « en comparación de otras, iban todos hechos unos santos ».

24. - Los pasajeros y la gente de mar ocuparon ansiosos las aprestadas naves y aguardaron impacientes el momento de izar las velas. Estas se mantuvieron plegadas todavía por bastante tiempo, pues el temporal contrario y la presencia de corsarios que se decía andaban por la costa de Portugal, hacían muy arriesgada la partida. El veintiocho de junio, viernes, por la mañana, se sintió suave viento de levante que arreció a eso de las nueve. En seguida se aceleraron las maniobras de a bordo para el inmediato viaje. A las once izó la Capitana sus velas, mientras un barco llevó los misioneros a la urca que les estaba señalada. Comenzaron a ondear pausadamente los mástiles de la flota. Para prevenirse contra un ataque de corsarios y estar apercebidos para la pelea, con una salva hizo reunir el general todas las naves. A merced de un fuerte viento que agitó las olas y duró toda la noche, pudieron las embarcaciones internarse en alta mar sin temor de enemigos.

Con la perspectiva de tan larga navegación, el padre Martínez, superior del grupo misionero, bosquejó un plan de vida y del cotidiano trabajo: Además de los ordinarios ejercicios de oración y examen, se confesarían todas las noches, por el continuo peligro de muerte; para no dejar ociosos e inactivos a los numerosos tripulantes de la urca floridana, el padre Rogel explicaría la doctrina y confesaría en castellano a los pocos que podían hacerlo; el superior ejercitaría la misma labor con los flamencos, valiéndose de la cooperación de algunos de estos que le podían servir de intérpretes. La primera labor preparatoria fue traducir a aquella lengua los mandamientos y oraciones. En todos estos ministerios sería no pequeño el trabajo que tocaba al hermano Villarreal. Como ejercicios comunes se cantaban todas las tardes las letanías y la salve, y los domingos y fiestas,

(105) *C. D. I. Ultramar*, XIV, p. 260. Sabemos también (*l. c.*) que iba en la misma flota el marqués de Falces, Gastón de Peralta, con el nombramiento de virrey de Nueva España.

hacia el superior las ceremonias de la misa cantada, predicando en medio de ella.

25. - Estas pinceladas de ambiente religioso amenizaban y animaban el cuadro monótono de la pesada navegación. Las islas Afortunadas ofrecieron la primera escala a los audaces navegantes que desembarcaban en las Palmas, la mañana del siete de julio. Dos días después, octava de la visitación de Nuestra Señora, por invitación del provisor, predicaba el padre Martínez en la iglesia. ante una apiñada multitud a cuya cabeza se distinguían los gobernadores y gente principal. La acogida que se tributó a los misioneros en toda la ciudad fue espléndida. Muchos querían llevarlos a sus casas ofreciéndoles benévolo hospedaje y aun por varias partes tuvieron ofertas de dinero para fundar colegio. Quizás, entonces por primera vez, las calles de la capital isleña resonaban con los cantos de la doctrina cristiana que los celosos jesuitas alternarían con fervorosas exhortaciones a la penitencia; no pocos se movieron a confesarse. El superior hubo de dejar escrita, como recuerdo de tan memorable permanencia, una plática en que trató de los deberes del cristiano al acostarse y al levantarse.

26. - El trece del mismo mes reanudaban su marcha los descansados veleros. Una apacible brisa los fue empujando mansamente hasta dar vista a la isla de Monserrat, nordeste de Puerto Rico (nueve de agosto), donde debían separarse los floridanos de la restante flota. El piloto y maestre de la urca fueron a rendir los honores al general Velasco y despedirse de él. Entre los numerosos tripulantes de la flota estaba don Gastón de Peralta, marqués de Falces, que iba a Nueva España con el título de virrey. Entusiasmado, quizás, por el apostólico celo que en toda la travesía habían desplegado los misioneros jesuitas, mostró interés de hablar con ellos. Por la hora avanzada no se pudo satisfacer a los deseos del honorable marqués. ¿Querría proponer el establecimiento de una misión jesuítica en alguna de las provincias de Nueva España, a donde, según hemos indicado, iba con el título de virrey?

27. - La solitaria urca siguió segura su ruta hacia las

costas de la Florida, a cuyas inmediaciones llegó el veintiocho de agosto. Ni el piloto ni los marineros las conocían, de suerte que se orientaban vagamente por instrucciones recibidas. Según ellas, debían buscar el puerto de Santa Elena, señalado para el desembarco, entre los treinta y uno y treinta y dos grados y medio. Por ser la urca demasiado grande, no podían acercarse a la orilla, poco profunda y sembrada de bajos, para preguntar a los naturales del país la posición del mencionado puerto. Enviaron a tierra un batel con un español y algunos flamencos que averiguaran la ansiada nueva. Resultó inútil el viaje, pues no apareció por la costa ningún indígena.

Desde los treinta y un grados, donde se mecía la urca, divisaron hacia el norte, distante unas dos leguas, un promontorio que avanzaba en el horizonte. Por las noticias recibidas de informados marinos se llamaba de San Román (106). El piloto dirigió en seguida la urca para doblar aquel saliente y buscar más arriba el apetecido puerto; debido al viento contrario tardaron en salvar la pequeña distancia tres o cuatro días.

Parece que se iban a coronar gloriosamente las rudas faenas, cuando el tres de septiembre, se levantó furioso huracán y puso a la embarcación en tan inminente peligro de naufragio, que se confesaron todos los que entendían el castellano. Se sosegaron finalmente las alborotadas ondas y los expedicionarios pudieron dirigirse hacia la costa.

28. - Bastante lejana se entreveía una apacible bahía que, según opinión del piloto, distaba de Santa Elena ocho leguas. La ruta estaba con esto señalada; los resueltos marinos maniobraron rápidamente para encontrar en aquel puerto el apetecido descanso. Nuevamente crujieron los mástiles con una fuerte tempestad y la nave se vio arrastrada por el viento al interior del mar. Cuatro días necesitaron para vol-

(106) La junta de N. España, reunida por mandato de Felipe II, 12 de marzo de 1562, colocaba la punta y río de Santa Elena en los treinta y tres grados: en los treinta y cuatro escasos, el río Jordán, que estaba cerca del cabo de San Román (A. I. *Patron. real*, leg. 19, r. 12). Véase el mapa de Le Moyne (RUIDÍAZ, *La Florida...* I, al principio).

ver a la costa; estaban precisamente junto al promontorio de San Román. Escarmentados por la experiencia de los días anteriores, en vez de acercarse a la orilla, bajaron hasta los treinta y dos grados y medio, y determinaron enviar desde allí algunos voluntarios para inspeccionar la costa. El único batel que les quedaba en la nave serviría para la delicada empresa. Montaron en él el padre Martínez, dos españoles, seis marineros flamencos y el escribano de la nave, flamenco españolado, como lo llama el padre Rogel, y decididos avanzaron hacia la costa, para aprovisionarse del agua que faltaba a bordo y enterarse de la posición del puerto de Santa Elena.

29. - El batel de los valientes exploradores se había alejado el catorce de septiembre, después del mediodía, y todavía al anochecer no había vuelto. Preocupados los de la urca por la extraordinaria tardanza, dispararon un tiro de aviso, sin que el desperdigado grupo acudiera al llamamiento. Era peligrosísimo prolongar la espera, pues amenazaba en el horizonte siniestra tempestad y decidió el piloto internarse mar adentro. A media noche bramó el huracán y la impotente urca avanzaba rápidamente arrastrada por las furiosas olas, hasta que se vio internada en una ensenada que se remansaba en los alrededores del cabo Cañaveral. El viento contrario y las corrientes del mar imponían allí un descanso forzado. La situación se hacía más peligrosa porque los indígenas de aquellas costas eran agresivos y guerreros. El fantasma de la muerte pareció erguirse sobre la indefensa urca y todos se apercibieron para ella. Desapareció pronto la inquietante zozobra cuando un viento favorable los sacó del mortal peligro. Cansados los expedicionarios de tantas aventuras y viendo que los víveres de la nave se reducían a pan y unos ajos, obligaron al piloto a ir en busca de puerto conocido. El veinticuatro de octubre desembarcaban los maltrechos navegantes en Montecristi (Santo Domingo), después de más de tres meses de navegación desde Canarias.

30. - No pudo ser tan alegre la llegaba de los dos misioneros a la Española, por la preocupación que sobre ellos pesaba,

de la desconocida suerte de su compañero. ¿Habrían los exploradores encontrado favorable acogida entre los indígenas o más bien estarían cautivos de los mismos? Cabía también la posibilidad de que hubiesen dado con alguna de las fortalezas españolas de la costa floridana. Tan angustiosa incertidumbre se desvaneció muy pronto. Llegó a Montecristi una capitania de soldados, enviados de la Florida por el adelantado para defender la isla Española de las incursiones corsarias; traían estas detalladas noticias sobre la suerte del padre y de los que con él montaron en el batel (107).

Alejados de la urca, con el ansia de encontrar agua potable, se habían detenido en la costa floridana más de lo convenido, de suerte que cuando volvieron al lugar donde la nave fondeara, había esta desaparecido. Refugiándose en

(107) Sobre la muerte del padre Martínez, tenemos dos principales relaciones: La *primera* del padre Rogel hecha a Avellaneda en carta desde Montecristi, noviembre de 1566 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, ff. 72-74v). Algo después de desembarcados Rogel y Villarreal en Montecristi, llegó allá « una capitania de soldados que los enviaba el Adelantado », que contaron al jesuita lo acaecido a Martínez (*l. c. f.* 73v), aunque ninguno de ellos lo había acompañado. Según estos datos, escribió Rogel una carta a Avellaneda, por vía de Sto. Domingo, que no hemos podido hallar. Posteriormente por uno de los flamencos que iba en el batel con Martínez, adquirió Rogel nuevos y más inmediatos detalles sobre la muerte del misionero y según ellos escribió al provincial de Andalucía la carta que hemos mencionado de 10 de noviembre.

La *segunda*, de Alonso López de Almazán, en carta a San Francisco de Borja, desde Sto. Domingo, 1 de diciembre 1566 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, ff. 245, 245v). Pasó Almazán a la Española en la misma armada en que iban los tres misioneros y aunque instalado en diversa nave, « venía consolado con verle [al padre Martínez] y hablarle cada día, de una nao a otra » (*l. c. f.* 245). De la Florida vino a Sto. Domingo, Flórez, compañero del jesuita en el batel, y pariente de Almazán, con quien largamente hablaría este sobre la muerte de Martínez. Comunicaba después estas informaciones a Borja. Tiene esta relación, sobre la de Rogel, la ventaja de ser bastante más detallada, aunque convienen ambas en lo sustancial. Tenemos una tercera de Menéndez, en carta a Avellaneda desde San Agustín (Florida), 15 de octubre de 1566 (ALCÁZAR, S. I. *Chrono-historia...* II, pp. 151-154), muy breve y sin detalles algunos, aunque sus informadores habían sido los compañeros del jesuita en el batel. En otra relación del mismo Menéndez, enviada a la real audiencia de Sto. Domingo, que no conocemos, se funda una cuarta, del licenciado Santiago de Riego, en carta, desde Sto. Domingo al rey, 8 de mayo de 1567 (A. I. *Sto. Domingo*, leg. 71, lib. II, f. 424). Riego llegó a la Española en la armada en que iban los tres jesuitas y habla muy en general de la muerte de Martínez.

la vecina playa de la actual isla de Cumberland (108), antiguamente llamada Tacatucuru, esperaron diez o doce días, por si alguna bienhechora embarcación blanqueaba en el horizonte. Perdida toda esperanza decidieron ir costeanado con su batel hacia el sur donde podrían encontrar alguna de las guarniciones españolas. Subieron por el caudaloso río de Santa María, límite de los estados de Georgia y Florida, sin encontrar en todo el trayecto rastro de pueblo indígena. Reanudaban después el viaje por la accidentada costa. Aunque procuraban avanzar pegados a la orilla, no pocas veces el batel, juguete de las olas, se veía arrastrado mar adentro y en tales circunstancias se servían para su orientación de una brújula improvisada por el jesuíta.

Para el descanso de la noche se buscaba alguna apacible ensenada, de suerte que sin salir del bote podían rehacerse parcialmente de las grandes zozobras y trabajos del día. Una de aquellas tristes mañanas los sorprendió en el remanso de un río. Para cerciorarse si por aquellas cercanías existía alguna fortaleza española o rescatar algo que les diera fuerzas para proseguir su inseguro viaje, determinó el padre Martínez explorar los alrededores. Colocó un Cristo en el extremo de una lanza y acompañado por algunos de sus compañeros saltó a la orilla. Penetraron en seguida en una arboleda vecina cantando con intensa devoción las letanías. Yacían ocultas entre los pinos algunas pequeñas chozas sin indígena que las vigilara o custodiara. En fuerza de la grande necesidad y hambre que padecían, se creyeron con el derecho de abastecerse, en una de las chozas, de medio caimán; y para no perjudicar al desconocido propietario, dejó uno de los soldados, colgadas en el muro, una jaqueta y una gargantilla de vidrio. Cantando victoria por el feliz hallazgo, volvieron a sus compañeros y, por temor de los naturales, dirigieron el batel al medio del río: precaución que, según se vio después, era infundada, porque

(108) En la identificación de las costas y ríos recorridos por los del batel seguimos al padre MIGUEL KENNY, S. I. (*Pedro Martínez, S. I. martyr of Florida*) quien ha recorrido todos estos parajes para determinar el puesto donde fue martirizado el padre Martínez.

atraídos, tal vez, los indígenas por los caprichosos rescates, aquel día y el siguiente los agasajaron copiosamente.

En compañía de algunos de estos siguieron río arriba como tres leguas, ilusionados, quizás, de encontrar a sus compatriotas, hasta que, con no pequeña inquietud, vieron, en una de las orillas, multitud de indios, blancos, de buena apariencia, todos enalmagrados, con sus flechas y aljabas. La primera zozobra se cambió en grata sorpresa, cuando oyeron que el grupo de los indígenas les gritaba « amigos llegaos acá » (109). Lo que en el doblado espíritu de los indígenas podía ser presagio de funesto desenlace, terminó con regalos de pescado y rosquetas de maíz, al uso de España, que los naturales les ofrendaron en una canastilla de paja.

No viendo por aquellas riberas señal alguna de fortaleza española, descienden hasta el mar y prosiguen inquietos su trabajoso viaje. De vez en cuando contemplan pequeños grupos de chozas y se enteran por los indígenas que, pasados tres pueblos o caciques, estaba el capitán de España. Sin detenerse en el primero, los esforzados bogadores hacen crujir los remos para llegar pronto a la ansiada meta. La vista del segundo pueblo halagó sus esperanzas. Las casas se agolpaban en la misma orilla y muy cerca estaban pescando cuatro muchachos; ocupación a la que el indio de las costas tenía que consagrarse forzosamente por la pobreza de la tierra. Contra la voluntad del padre se les acercaron los flamencos, saltando a tierra. No poco asustados los indígenas, dieron a los extraños visitantes la pesca que tenían, mientras, con mal disimulada treta, uno de los pescadores corría al pueblo. La sospechosa maniobra alarmó a los bogadores. No habían aún salido de su inquietud, cuando doce (110) de los naturales habían asaltado el batel y más de treinta ocupaban posiciones en la orilla. Uno de los españoles del batel empuñó la espada y mandó internar la barca. El padre se opuso decididamente a que se cumpliera la orden, antes de recoger a los flamencos que habían desem-

(109) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, f. 245v.

(110) *Ibidem.* Según Rogel, eran 15, los que subieron al batel (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, f. 73v).

barcado. Siguiendo el caritativo mandato, se acercó la lancha a la ribera y los flamencos se aprestaban a montar en ella. Codiciosos los indios de tan favorable coyuntura, se abrazaron al padre por detrás, cogieron igualmente un español y dos flamencos y a todos ellos los arrojaron al agua. A golpes y sacudidas los sacaron después medio ahogados, con propósito de rematarlos con palos a su placer. Los indígenas que todavía ocupaban el batel, ante la imposibilidad de arrastrar a los valientes remeros, se unieron, de un salto, a sus compañeros de la orilla y comenzaron a flechar furiosamente a los de la barca. Estos, aunque muy a su pesar, hubieron de abandonar a sus infortunados compatriotas. Mientras indefensos huían, contemplaron al padre que a empellones era arrastrado a la orilla, hincar las rodillas, levantar las manos al cielo y recibir así el golpe que uno de los indios le asestó en la cabeza con un garrote (111). Análoga suerte tendrían las otras víctimas que con el jesuita fueron arrebatadas por los indígenas.

Los súbditos de Saturiba (112), de la tribu timucuaana, esparcidos a ambos lados del río San Juan, comenzaban su oposición decidida a la colonización española. Las primeras víctimas inocentes, tan bárbaramente sacrificadas, caían hacia fines de septiembre de 1566 (113), probablemente donde hoy se extiende Fort Georgia, junto al monte Cornelia (Florida) (114).

Los expedicionarios del batel se habían reducido a un español y tres flamencos heridos (115). Temerosos de acabar

(111) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, f. 245v.

(112) HODGE. *Handbook...* « Saturiba ».

(113) Sólo podemos señalar aproximadamente la fecha de la muerte. Según Menéndez (ALCAZÁR, S. I. *Chrono-historia...* II, p. 153), el 14 de septiembre de 1566, apareció una nave, cerca del puerto de San Agustín, que era, sin duda alguna, la urca donde iban los misioneros jesuitas. Los marinos no habían reconocido el puerto. A los quince días hallóse un batel en el río de San Mateo (San Juan), con seis flamencos, quienes dijeron que un día antes, una legua de allí, habían los indios muerto al padre Martínez. Según esto, la muerte sería el 28 o 29 de septiembre.

(114) KENNY S. I. *Pedro Martínez...* p. 10.

(115) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, f. 245v. Según la relación de Almazán, los indios mataron en la orilla a Martínez, otro español y dos flamencos;

aquella trágica empresa en manos de otros feroces indígenas, siguieron por la costa hacia el sur y al amanecer del siguiente día entraban por el caudaloso río San Juan. Una barca que por él bajaba acabó de asustar a los derrotados bogadores. En el primer saludo se reconocieron los brazos compatriotas. El suspirado hallazgo reanimó las fuerzas de los naufragos y juntos emprendieron la subida del río, para llegar muy pronto al fuerte de San Mateo, donde los maltrechos sobrevivientes contaron a sus compañeros los trágicos episodios de la pasada aventura.

31. - Cuando el adelantado se enteró de la fatal desgracia se entristeció profundamente, lamentando, sobre todo, la muerte del jesuita. Su estima por la labor que podía efectuar el misionero en las nuevas tierras conquistadas era muy grande. Alonso López de Almazán, al contar a San Francisco de Borja, en carta de primero de diciembre de 1567, los pormenores del triste episodio y el sentimiento de Menéndez por tan grande pérdida, le atribuye a este la frase de « que el padre Martínez hiciera más provecho que todos quantos soldados » había en la Florida (116); expresión que reflejaba exactamente el aprecio del asturiano por la obra, en general, de los operarios apostólicos en la empresa de conquista y colonización, pues hacían de los indios súbditos españoles, no con la espada sino convirtiéndoles a la fe católica (117).

comenzaron en seguida a flechar a los del batel y les mataron tres hombres. Con esto los muertos serían siete. Los tres flamencos salvados huyeron. De donde, los que montaron en el batel con el padre Martínez habrían sido 10, lo cual no concuerda con lo que el mismo Almazán, nos dice al principio de su carta: para reconocer la tierra « fue necesario que los de la nao saltasen a tierra en el batel seis o ocho hombre... ». En el texto hemos seguido a Rogel que señala 9 además del padre.

(116) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, f. 245v.

(117) Parecidos sentimientos sobre la muerte de Martínez mostró el adelantado en otras circunstancias: cuando el 28 de junio de 1566 llegó a los fuertes de la Florida el grande socorro de gente, municiones y bastimentos enviados por Felipe II con Arciniega, recibió grandísimo contento con tal auxilio, pero se consideró « affligido y perdido de ver que no venía ninguna persona de la Compañía, ni aun religioso docto » (ALCÁZAR, S. I. *Chrono-historia...* II, p. 152); y explicando en la misma carta a Avellaneda, 15 de octubre de 1566, la razón de esta su tristeza, añade: « Más harán en un mes seis religiosos tales, que en muchos años haremos muchos millares de

El padre Diego de Avellaneda que tan en el corazón llevaba la conversión de las provincias septentrionales de América, al tener noticia de la fatal desgracia, se sintió también hondamente conmovido. Su único consuelo en tal acaecimiento, escribía al padre general el veintiuno de enero de 1567, era adorar los profundos juicios de Dios y, aunque no los entendía, decir « omnia bene fecit, aunque nos mate, sit nomen eius benedictum ». Auguraba, sin embargo, grandes bienes para la iglesia de la Florida, pues el Señor la fundaba con sangre (118).

32. - Polanco en carta de dieciocho de marzo del mismo año al padre Cristóbal Rodríguez, manifestaba análogos sentimientos: Si « la sangre de los mártires es semilla de cristianos, se puede esperar más que nunca que se abrirá en aquellos países amplia puerta al evangelio » (119)).

Asintiendo a esta declaración laudatoria del secretario de la Compañía, el padre general, con ocasión de la primera víctima jesuítica que caía en las misiones de la América española, debía también manifestar sus sentimientos y definir un criterio sobre la disposición de ánimo que habían de tener sus hijos para la oblación cruenta. Escribiendo al padre provincial de Andalucía, el once de marzo de 1567, dice categóricamente: los que pasasen a la India, no sólo debían ser « animosos para morir, sino avisados para conservar la vida, para mejor emplearla en el servicio de Dios N. S. ». De la muerte del padre Martínez hace en seguida el siguiente comentario: « que no se ofrece acá causa bastante para [que] hubiese de salir de la barca a tomar lengua de la tierra un

hombres; que para doctrinarnos a nos los avíamos menester. Y es andar perdiendo el tiempo en esta tierra, pensar plantar en ella el santo Evangelio con sólo la milicia ». En la misma carta comenta de esta suerte la muerte del misionero: « Bendito sea N. Señor por todo. Y pues la Divina Magestad lo permite y quiere, démosle infinitas gracias por todo: que los que acá estamos merecemos tan poco, que ha querido N. Señor darnos este açote, para que tanto bien como el P. Martínez, de quien tanta necesidad teníamos, assí los Españoles, que estamos en esta tierra, como los naturales de ella, de quitarlo de nuestra compañía (o. c. p. 153).

(118) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, ff. 55, 55v.

(119) MHSI. *Borgia* IV, p. 451.

Padre de la Compañía, cuya salud tanto importava » (120).

Quizás para este tiempo había recibido Borja la relación de la muerte del padre Martínez hecha por López de Almazán, quien, al parecer, de propósito quería justificar la conducta del jesuíta aragonés: Los flamencos se habían negado a saltar en tierra « si el padre Martínez no iba delante » (121), y los demás exigían la misma condición; esto había bastado al valeroso padre para ofrecerse a salir el primero.

Ciertamente si atendemos a todas las circunstancias en las que el superior de la primera misión floridana se decidió a acompañar a los exploradores, no parece reprochable su conducta. No sabiendo el piloto y los marineros el lugar donde estaba situado el puerto de Santa Elena, y supuesta la carestía de agua que se sentía a bordo, una negativa se hacía muy comprometedora y difícil, además de que peligro fundado de muerte no parecía existir. El juicio del padre general parece estar dictado por la fama que, al menos en España, corría de la tradicional crueldad de los floridanos, que mataban a cuantos llegaban indefensos a sus costas (122): el reducido número de los que montaban en el batel había de peligrar igualmente entre tan inhumanos indígenas.

Era demasiado noble para Borja la divina legación confiada a los enviados apostólicos, para ponerla, sin garantías de seguridad, a merced de gente bárbara como lo eran los naturales de las provincias septentrionales de América, que no podían ni reconocerla ni respetarla. Además si una porción de misioneros sucumbía antes de entrar en la lid apostólica, ¿cómo podría la Compañía, tan poco desarrollada todavía en número, hallar nuevos operarios que recogieran la rica mies en los amplísimos campos abiertos al evangelio en la América del norte y en todas las posesiones de Ultramar?

33. - Después de la muerte del superior misionero, alma y sostén de la empresa floridana, quedaban el padre Rogel y

(120) *L. c.* p. 431s.

(121) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 104, f. 245.

(122) Léase a este propósito la relación que de los indios floridanos hace el padre Jerónimo Ruiz del Portillo, nombrado provincial del Perú, en carta a San Francisco de Borja, Sevilla 26 de junio 1567 (MHSI. *Borgia* IV, p. 486s.).

el hermano Villarreal en posición un poco insegura. Forzados a permanecer un mes en Montecristi, decidieron remover el ambiente religioso publicando el jubileo, con lo que la labor de confesonario e instrucciones fue no pequeña. Fundaron la cofradía de los juramentos, vicio del que estaba toda aquella tierra muy contaminada, establecieron la explicación cotidiana de la doctrina a los morenos y a los niños del pueblo. Para la gente mayor se organizaron pláticas y sermones (123).

El benéfico influjo de los dos misioneros se fue sintiendo en varias partes de la isla. Así se repartieron por Santiago de Vega, Vega y otros pueblos principales las constituciones de la cofradía de los juramentos, copias de la doctrina cristiana, de las coplas sobre el pecado mortal y de los misterios del rosario. El obispo Juan de Arzola, prior general de la orden de San Jerónimo, promulgó en la capital, en la misa mayor de un día de fiesta, la cofradía de los juramentos, exhortando « a todos a que entrasen en ella » (124). Obligado tema en los sermones e instrucciones de los misioneros fueron los vicios principalmente públicos, para los que contribuían no poco la temperatura luxuriante de la isla y la escasez de obreros cultivadores de aquella viña del Señor.

34. - Por el excesivo trabajo y el necesario tributo a la aclimatación, cayeron enfermos los dos jesuitas. No bien curados de su enfermedad, aunque muy aliviados por la generosidad de los isleños, el veinticinco de noviembre se embarcaban nuevamente para la Habana en la castigada urca, acompañados de una nave capitaneada por Menéndez Márqués, pariente del adelantado. En el viaje abundaron peripecias y sufrimientos que el padre Rogel llama regalos del Señor. Los primeros días avanzaron tranquilamente los veleros empujados por viento próspero. Siguieron unas calmas que casi imposibilitaban la marcha de las embarcaciones, y tras ellas sopló « un viento norte de travesía » (125), que dio con la urca en unas isletas o cayos, donde muy poco

(123) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, f. 74v.

(124) *L. c.* ff. 74v-75. Nada nos dice de esta visita jesuítica a la Española el padre CHARLEVOIX en su *Histoire de l'isle Espagnole o S. Domingo*.

(125) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, f. 75.

faltó no quedase varada. Para no estrellarse contra los peñascos quisieron los marineros sujetarla. Entre las rocas del fondo del mar se rompieron tres áncoras que se echaron sucesivamente. Antes de arrojar la cuarta y última, con la natural inquietud y zozobra, cortaron el mástil mayor y el del trinquete, para disminuir la fuerza que el navío podía hacer en ellos. Resistió así el ancla los empellones de la aligerada barca los cuatro o cinco días que duró el temporal.

Restablecida la calma, lograron salir penosamente de aquellos cayos por la escasa profundidad del agua, y desprovistos de velas siguieron la ruta de la Habana. A poca distancia del codiciado puerto, se abrió la nave por debajo, sin que las bombas pudieran descargarla de la abundante agua que entraba. En tan apurado trance los halló Marqués que desde los cayos se había adelantado para conseguirles un ancla. Enterado del inminente peligro de naufragio, volvió en seguida a la capital cubana para reclutar negros que dieran a la bomba. Con ellos vinieron también algunos bateles de auxilio que a remolque metieron la urca en puerto seguro. Así terminaba, por ahora, la averiada travesía de los dos misioneros que desembarcaban en la Habana el diez de enero de 1567.

Al pisar tierra, fueron benévolamente recibidos por el tesorero del rey, Juan de Hinistrosa, grande amigo del adelantado, que tenía encargo de este de atenderlos en todo y proporcionarles cuanto necesitasen. Pensó el confidente de Menéndez que más contentos que en su propia casa estarían los misioneros en lugar independiente y así les buscó una modesta habitación adjunta a la iglesia. En ella se instalaron los dos jesuitas con su ligerísimo ajuar. « Estamos sólos, escribía el padre Rogel recién establecido, al padre Avellaneda, el hermano y yo, y tenemos dos aposentos... y vivimos como si estuviéramos en una casa de religión nuestra ».

35. - El cansancio del largo y trabajoso viaje marítimo y la presión del clima tropical se dejaron sentir en los dos misioneros que cayeron con unas ligeras tercianas. « Ya, bendito sea el Señor, escribía Rogel en enero de 1568, tenemos entrambos salud: plega a S. M. la empleemos en su servicio ».

Según las órdenes del adelantado debían los futuros misioneros de la Florida permanecer en la capital cubana, para aprender la lengua de la región norteamericana o dirigirse a los dominios del mayor cacique floridiano, amigo de Menéndez, llamado Carlos, quien le había prometido hacerse cristiano (126). Aún no restablecidos de la molesta enfermedad, decidieron esperar la venida del adelantado que se creía próxima, e ir en su compañía a la Florida; con esto la palabra de Dios y la enseñanza misionera tendrían más autoridad delante de los infieles.

Aunque lejos de su predilecto campo apostólico, pudieron los dos jesuitas entrever lo que serían sus posteriores trabajos misioneros. Deseoso Menéndez de poner a disposición de los operarios evangélicos de la Florida catequistas indígenas que les ayudaran, había enviado dieciocho indios, doce de Calus, entre los que estaba la hermana del cacique, y seis de Tequesta, provincia, como sabemos, vecina a la primera, para que, instruídos suficientemente en la religión católica se bautizaran. En la iglesia donde moraban los jesuitas, hacíanles estos, todos los días, la explicación del catecismo, por medio de un intérprete, venido con los indios. Los progresos de los nuevos catecúmenos, gente ruda y de menguado entendimiento, no correspondían a la voluntad de los noveles misioneros, por lo que ninguna prisa se daban estos en bautizarlos, si no había peligro de muerte.

Eran estas las primeras escaramuzas que preparaban a los dos fervorosos jesuitas para entrar dentro de poco tiempo en una lid mucho más ruda, para la conquista espiritual de las provincias septentrionales de América.

(126) Dice Rogel (*l. c. f. 75v*) que los españoles a la provincia de Calulus, corrompiendo el vocablo la llamaban Carlos; de hecho el cacique de la provincia se llamaba así; en el mapa de Le Moyne (RUIÑÍAZ, *La Florida...* I, al principio) aparece Calos; nosotros adoptaremos el nombre de Calus para la provincia.

PRINCIPIOS DE EVANGELIZACIÓN EN LA FLORIDA: PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS

SUMARIO: — 1. La mision floridana y Menéndez de Avilés. — 2. Primera visita a Calus; — 3. Prevención del cacique e indios. — 4. En la casa del cacique; generosas ofertas de este. — 5. Principios de evangelización. — 6. Indios de Calus a la Habana. — 7. Segunda visita a Calus: síntomas de doblez en el cacique. — 8. Guarnición española: labor catequística. — 9. Indios calusanos a la Habana.

10. Exploración del río San Mateo; atisbos de evangelización: Hotina, Macoya, Calabay y Saturiba. — 11. ¿Unión de Saturiba con Tocobaga? — 12. Tercera visita de Avilés a Calus: la política de Carlos opuesta a los fines de Menéndez. — 13. A Tocobaga: hostile acogida. — 14. Después del primer temor: iniciación evangélica. — 15. Guarnición española. — 16. Temores en Calus.

1. - Si atendemos al carácter de conquista que todavía predominaba en la Florida, nos parecerá muy natural que la labor de los misioneros estuviera subordinada a aquella primera necesidad. Además, en virtud de las amplísimas prerrogativas concedidas al adelantado en aquellas tierras, la obra evangelizadora de los jesuitas depende grandemente, en sus resultados, de la acertada orientación que pueda recibir del conquistador, por ser él el iniciador de ella y el que le imprimirá las directivas fundamentales. Por esta dependencia del carácter misional, de los factores considerados, tienen que acomodarse los jesuitas, en las provincias septentrionales de América, a la situación allí preexistente y creada por el ambiente de guerra que todavía no había desaparecido, aun después de la derrota de los hugonotes franceses. El fruto de su labor depende, casi en su totalidad, de la simpatía o antipatía con que los indígenas miraban a los españoles y

prácticamente no pueden contrarrestar el efecto de los demás, pues debían colaborar a una con el conquistador y el colono.

Por tanto, la historia de la misión jesuítica de la Florida, parte integral del plan vastísimo concebido por Menéndez, empieza con los primeros memoriales de este enviados a la corte en 1565, en los que pedía los de la Compañía como ejecutores del carácter evangelizador de sus colosales proyectos. Los futuros combates con los hugonotes en las provincias que se habían de misionar, con su epílogo sangriento, no podían ser buena preparación para la conquista espiritual, por la prevención y aun temor con que los naturales recibirían a los aguerridos combatientes.

Junto a esta labor nociva que el adelantado reputaba necesaria aun para los fines misionales, existe otra llevada a cabo con apostólico celo y visibles resultados por el mismo asturiano, magnífica preparación para los futuros trabajos de evangelización. Recorre el incansable general varias provincias de la América del norte para ganarse la amistad de los indios y de los caciques, fundar doctrinas, establecer guarniciones con el fin principal de mantener relaciones amistosas con los indígenas e instruirlos. Imprescindible fundamento si se quería asegurar la solidez del grandioso edificio encomendado a los misioneros, y previa empresa destinada a hacer prosperar sus posteriores fatigas. Una ligera reseña de tales expediciones, tras de ser necesaria para la inteligencia y desenvolvimiento de los hechos que expondremos, nos dará a conocer todo el campo misional.

2. - El diez de febrero de 1566, Menéndez con siete navios y quinientos hombres de mar y guerra, abandonaba el puerto de la Habana, para averiguar si entre las islas Tortugas (1),

(1) Fontaneda, que escribe hacia 1575 (SHEA, *Ancient Florida...* p. 291¹) y vivió por muchos años en Calus, nos dice que las islas de los Mártires corren de poniente a oriente de la Florida y fenecen « junto a un lugar de Indios, que han por nombre Tequesta » (*C. D. I. Am.* V, p. 534). LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía y Descripción universal de las Indias...* p. 163). Según el mismo Fontaneda (*l. c.* p. 533s.), las islas Tortugas están hacia poniente de los Mártires. Aparecen en el mapa de Le Moyne (RUIDÍAZ, *La Florida...* I, al principio). LÓPEZ DE VELASCO, *o. c.* p. 122.

suroeste de la Florida, había posibilidad de navegación; de existir, se abreviaría el camino de las flotas que de México y tierra firme se dirigían a España. Hallando el nuevo derrotero siguió para explorar la parte occidental de la Florida (2).

Según creencia de los españoles, hombres y mujeres cristianos yacían cautivos en poder del cacique calusano Carlos, en la bahía de Charlotte, desde las anteriores expediciones de conquistadores. Estas víctimas servían al desalmado régulo para sus sacrificios a los ídolos. Menéndez quería libertar a los cautivos que todavía sobrevivieran.

Además las riquezas atribuidas desde antiguo al prepotente caudillo halagaban las más codiciosas ilusiones.

Separáronse de la restante flota dos bergantines, cada uno con treinta soldados, capitaneados respectivamente por Menéndez y Diego de Maya, para acercarse al pueblo del cacique. En sus inmediaciones se encontraron con una canoa; el que la dirigía se dio a conocer como cristiano. Enteró a los curiosos navegantes de la situación de los demás cautivos, de la calidad de la tierra y condición de los naturales (3). Poco después entraban todos juntos en el puerto.

3. - Distaba de allí el pueblo indígena media legua. Avisado oportunamente el cacique por el cristiano, se presentó a la mañana siguiente con trescientos flecheros (4). ¿Había reconocido en los visitantes a los decididos guerreros de la lucha contra los hugonotes? En tal caso, querría estar preparado para cualquier eventualidad. ¿O pretendía apoderarse de los que tan audazmente se acercaban a su puerto, como lo hiciera con tantas inocentes víctimas perdidas en aquellas riberas? Lo segundo parecía más probable.

Los españoles, por su parte, para imponerse también por la fuerza si no valían los medios pacíficos, habían colocado junto a la orilla los dos bergantines, la proa del uno sobre la popa del otro, mientras en la banda que daba a

(2) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 149s. Todavía Fontaneda nos dice (*l. c.* p. 533) que entre los Mártires y las Tortugas « hay un canal grande que ningún piloto se atreve a pasar con navío grueso ».

(3) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 151s.

(4) *O. c.* p. 153.

tierra amenazaban los bersos cargados de perdigones. Igualmente habían levantado en la ribera un estrado donde había de sentarse el régulo. Depuso Carlos su actitud guerrera y ofreció a Menéndez una barra de plata que pesaba como doscientos ducados (5). Recibió en cambio del general y de otros españoles regalos para sí y sus mujeres que, según el abuso de los jefes floridianos, serían más de una. Vistiéronle después los españoles una camisa, unos zaragüelles de tafetán, una ropeta y un sombrero; resaltaba así la gentil figura del gallardo joven de unos veinticinco años. Se terminó el homenaje con una comida ofrecida al jefe y su comitiva.

Intranquilos los españoles por los propósitos guerreros que podrían tener los naturales, determinaron que cada convidado estuviese acompañado y vigilado por su correspondiente soldado. El diversivo de la fiesta dio magnífica ocasión a setenta y seis flecheros para diseminarse por las naves y esperar el momento oportuno del ataque. No se escapó esta circunstancia al general quien, para evitar desagradables sorpresas, mandó alargar los cabos que sujetaban los bergantines con la natural alarma de los indios. Se les tranquilizó con decirles que se quería evitar la entrada de más gente. Durante el festín inusitado para los indígenas, pidió Menéndez al cacique los cristianos cautivos. Algunos indios comisionados para esto trajeron cinco mujeres y tres hombres que el adelantado hizo vestir.

En la despedida aceptó el general la invitación de Carlos de visitar el pueblo. No le sorprendería mucho el aviso del intérprete sobre los designios que el cacique tenía de matarlo.

4. - Al día siguiente avanzó con los dos bergantines hasta donde estos podían navegar, y allí, al son de los clarines y campeando las banderas, hizo señales para que vinieran a recogerlos las canoas; ninguna apareció. Bajó al puerto donde habían quedado las otras cinco naves para réforzar su escolta y estar preparado contra un probable ataque de los calusanos. Las embarcaciones habían desaparecido. Siguió

(5) Un ducado o excelente tenía por este tiempo 11 reales de 34 mrs. cada uno, o sea, 375 mrs. (SENTENACH, *Monedas de oro...* p. 198).

por la costa hacia el norte sin poder dar con ellas. Vuelto nuevamente a Calus, halló las cinco naves ancladas: sus oficiales y soldados habían desembarcado para visitar el pueblo.

Las noticias que los visitantes trajeron de los indígenas, debían confirmar a Menéndez en sus deseos de congraciarse con el caudillo; recibidos benévolamente por Carlos y sus súbditos, habían rescatado de estos más de dos mil ducados de oro por chucherías (6).

Al poco tiempo vino Carlos a las naves con algunos indios para invitar a Menéndez a visitar sus mujeres y el pueblo. Interesado en ocultar sus malévolos intentos, quería tomarlo por su hermano mayor sujetándose a cuanto le mandara el adelantado. En prueba de tal sumisión, ofrecíale por mujer una hermana suya, consintiéndole llevarla a tierra de cristianos; cuando ella volviese, él se iría también y se convertiría con todos los suyos.

Comprendió Menéndez que su numeroso ejército, y los deseos de obtener con su amistad decisivo refuerzo para subyugar a los enemigos, movían al cacique para tan fingidas promesas. Prometió sin embargo hacerle una visita el siguiente día. Esta conducta desagradó no poco a capitanes y soldados que hubieran preferido retener al cacique hasta que diera por su rescate todas sus riquezas. Con tan mezquinos ideales de aquellos soldados poco se podía prometer el general en la colonización de la costa floridana, tierra sobremanera pobre. Menéndez, por el contrario, reputó bellaquería faltar a la confianza que de él hacía el cacique: además si con tan falsos métodos se enajenaban el amor del régulo e indígenas, no se podía esperar de estos se hiciesen cristianos.

La escolta del romántico marino en su visita al pueblo era para infundir curiosidad y recelo a los indios: doscientos arcabuceros con su bandera, dos pífanos y tambores, tres trompetas, un arpa y vihuela de arco, un salterio y un enano, gran cantor y danzante que ordinariamente lo acompa-

(6) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 154ss.

ñaba (7). La nota de alegría era indispensable a las comitivas del adelantado, fiel a la herencia que recogiera en las frondosas y risueñas colinas y valles de la tierra asturiana; los artistas que lo entretenían tenían que ser además de los escogidos. Escuadrón heterogéneo en el que alternaban el guerrero y el músico: verdadero símbolo del carácter de su general, rico en alternativas y contrastes, como el caprichoso mar en que se criara y educara.

Llegados a la casa del cacique, amplia y espaciosa (8), distante dos tiros de arcabuz de donde desembarcaran, entró el adelantado con veinte gentiles hombres, mientras los demás quedaban fuera con las mechas de sus mosquetes encendidas. Tal precaución era necesaria. En uno de los aposentos estaba sentado Carlos con grande autoridad; y un poco separada de él, sentada igualmente, una indígena, a los que hacían corte quinientos indios e indias respectivamente (9). Acomodado Menéndez junto al caudillo, hízole este una gran reverencia, ceremonia que repitieron la india y toda la comitiva. En seguida más de quinientas niñas, sentadas en la parte exterior del edificio, comenzaron a cantar mientras los de dentro cantaban también y bailaban simultáneamente. Algo desconcertados los españoles por la extraña algarabía, supieron por el intérprete que era aquella la mayor muestra de regocijo, respeto y amor de los caciques.

Para responder a tan extraordinarios agasajos, haciendo llamar Menéndez a la principal mujer del cacique, les leyó a ambos algunas palabras de agradecimiento y galantería que el intérprete previamente le había escrito. Se coronaron los festejos con una espléndida comida en que Carlos ofreció cuanto sus costas daban; varias especies de pescado asado y cocido. Acompañaron los invitados el monótono convite

(7) *O. c.* p. 158.

(8) *O. c.* p. 158. De la casa del cacique nos dice Merás (*l. c.*) que podían caber en ella «dos mill hombres, aunque no estuvieran muy apretados».

(9) *O. c.* p. 159. La representación que nos da LE MOYNE (*Brevis narratio...* Icon XXIX, con su correspondiente explicación) puede ilustrar esta escena que nos describe Merás. En Le Moyne aparece el cacique sentado con sus principales; y aunque el autor francés nos habla de las regiones del río San Juan, parece existían costumbres muy semejantes en la de Calus.

con abundante vino y miel que trajeron de sus naves. Por ambas partes se amenizó la fiesta con danzas y cantos, en los que hubieron de prodigarse los visitantes, pues oyéndolos el cacique, mandó callar los suyos (10).

5. - Al final presentó Carlos su hermana al adelantado que se negó a llevarla por no ser cristiana. Le replicó el cacique que todos eran ya cristianos, pues lo habían declarado su hermano mayor. Con esto tomó pie el adelantado para concretarles los puntos fundamentales de la religión. Movido el cacique más por lo que viera y gustara que por lo que oía, respondió que reconociendo la superioridad de la nueva religión en la manera de ser de los españoles, en su música y manjares, deseaba abrazarla. Como testimonio de su sinceridad, renovó a Menéndez la oferta de su hermana. Con esto cesaban aparentemente en Carlos los intentos de inmediata traición.

Efectivamente fue la india con los españoles que la agasajaron y festejaron y aun, según parece, la bautizaron con el nombre de Antonia. La ilusión de la conquista de la Florida y la conversión al catolicismo de la provincia de Calus ofuscaron al apasionado marino y le hicieron olvidar aquella noche los más elementales deberes de cristiano (11).

Satisfecha Antonia del trato que recibiera de los soldados, llamó a su hermano que vino a verla. En tal coyuntura le pidió Menéndez tuviera junto a su casa una gran cruz expuesta a la adoración de los indios; ella debía sustituir todos los otros ídolos. El cacique condescendió en parte, indicando que no podía deshacerse de sus ídolos hasta la vuelta de su hermana. Mostraba así su natural desconfianza por los ulteriores planes españoles.

Solemnizaron estos la ceremonia de la exposición de la cruz con música y cantos; y la adoraron y besaron después con todos los indígenas. Un capitán, pariente de Carlos, se encargó de llevarla al pueblo, ponerla en el lugar que se

(10) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 160ss.

(11) *O. c.* p. 165s. A los capitanes y al mismo Menéndez pareció que el efecto de la conversión de los indios de Calus, pudiese justificar un hecho; no justificable por algún motivo.

había señalado de antemano y hacer que todo el pueblo la adorase cotidianamente las mañanas. Se prestaría muy de grado a ejercitar este oficio para captarse la simpatía de los extranjeros y usufructuarla para la consecución de sus ambiciosos planes sobre el trono del cacique.

6. - Momentos después Menéndez con los suyos, con Antonia, algunos indios y siete cristianos de los que habían estado cautivos, montaba en sus veleros.

Confió a Esteban de las Alas llevara a la Habana a los cautivos libertados y los indios. Del cuidado de todos y de la conveniente instrucción de estos últimos se encargaría su lugarteniente, Juan de Hinistrosa; debidamente preparados se les conferiría el bautismo. En tanto él se desviaba para visitar los fuertes de la Florida (12).

7. - Después de inspeccionar rápidamente las guarniciones, a mediados de junio de 1566, volvió a la capital cubana (13), donde encontró al licenciado Valderrama, del Consejo de Indias, que por comisión del rey había visitado Nueva España (14). Nada pudo conseguir del influyente delegado para socorro de sus soldados. Ya para este tiempo se habían suscitado en la Habana opositores contra el conquistador de la Florida, entre los que estaba el mismo gobernador Rojas (15), quienes fácilmente habrían influido en el con-sejero real.

Las noticias que le dio su lugarteniente no poco suavizaban tan desagradable contratiempo: la hermana del cacique, que admiraba a todos por su gravedad, y una criada de esta, habían aprendido con facilidad la doctrina cristiana y estaban ya bautizadas (16).

(12) *O. c.* pp. 166ss.

(13) Después de visitar el fuerte de San Agustín, « se embarcó el adelantado con los cien hombres en los 3 bergantines a principio de junio... e llegó a la Habana con los dos bergantines dentro de 8 días »; el tercer bergantín tuvo que desviarse para Sto. Domingo » (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 222s).

(14) Sobre la visita de Valderrama, CUEVAS, S. I. *Historia de la Iglesia en México*, II, pp. 180ss.

(15) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 141s.

(16) *O. c.* p. 228. Tal vez se trataba ahora del bautismo solemne, pues según el mismo Merás (p. 165), anteriormente los españoles habían bautizado a Antonia.

Visitó después a Antonia y decidieron volver juntos a Calus. A la mañana siguiente zarpaban en un patache y una chalupa, acompañados de treinta soldados y marineros, una criada de la indígena (los demás indios habían muerto) y dos de las mujeres cautivas. Al tercer día anclaban en el puerto calusano. No quiso desembarcar Menéndez, aunque a ello le instaba Antonia, pues debía partir en busca de cristianos que viviesen allí e instruyesen a los naturales; además las circunstancias no eran favorables, pues los parientes de los indios muertos creerían tal vez, que él hubiese sido el causante de la desgracia y esto le creaba situación comprometida.

Pronto se enteró Carlos de la llegada de su hermana, y se dirigió al puerto con lujosa comitiva para recibir dignamente a los deseados huéspedes. Componíanla doce canoas. Rompían la marcha dos más vistosas, amarradas entre sí, cubiertas y entoldadas con arcos y esteras, destinadas probablemente para Menéndez y Antonia. El cacique y capitán pariente entraron en el patache. Después de los rituales saludos con la hermana, que no poco interesaron a los españoles, se improvisó una comida amenizada con música. Obsequió Menéndez con regalos al cacique y a los demás indígenas. Aprovechando la oportuna coyuntura preguntó a Carlos si, como había prometido, quería convertirse e ir a tierra de cristianos. Algún tanto embarazado el cacique, pidió le dejase hablar con su capitán, nada interesado en el acercamiento de su jefe a los españoles. Después del misterioso coloquio respondió que no podía hasta pasados nueve meses ni acompañarlos ni hacerse cristiano, pues sus súbditos se levantarían contra él para matarlo; trascurrido aquel tiempo las circunstancias habrían cambiado.

Aunque trató de justificar su conducta, comenzaban así a desvanecerse las esperanzas e ilusiones de Menéndez. Por otra parte la presencia de Antonia nada influiría para un avance decisivo, pues vuelta a su ambiente pagano recaería en los antiguos ritos y costumbres (17).

(17) *O. c.* p. 233s.

8. - El intrépido marino de pie junto al timón de su patache zarpó para la Habana. Poco después, el primero de julio de 1566, con una fragata, un bergantín y una chalupeta, al frente de unas setenta y cinco personas, salía de aquel puerto para socorrer las guarniciones de la Florida. El diligente trabajo de su lugarteniente Hinistrosa y el precio de sus propias alhajas, le habían procurado bastimentos, no ciertamente muchos, para los necesitados fuertes. Después de ocho días fondeaba en la desembocadura del río San Juan (Florida). El aspecto de la guarnición estaba cambiado, pues poco antes, con la poderosa armada de Sancho de Arciniega, vizcaíno, habían llegado a las tres fortalezas de San Mateo, San Agustín y Santa Elena, ingentes recursos de gente y de víveres (18).

El enviado del rey traía también la nueva de la amenaza francesa que se cernía sobre Ultramar, y principalmente sobre las islas del Atlántico. Para oponerse a los belicosos proyectos de la nación limítrofe, otra vez el vencedor de los luteranos tenía que reanudar su actividad militar con los consiguientes efectos desastrosos para la labor de colonización que había iniciado en las provincias de septentrión.

El veinte de octubre dejaba San Agustín (19), con el fin de fortificar sistemáticamente las islas de Puerto Rico, Española y Cuba contra el vigoroso ataque que se temía. Envió antes a Calus a Francisco de Reinoso, soldado de armas de su majestad y valiente guerrero, con treinta soldados para que construyeran un fuerte, doctrinasen a los indígenas habituándolos a la adoración de la cruz todas las mañanas y tardes (20).

La reducida guarnición debía secundar planes más vastos de Menéndez. Mientras indagaba él si el río San Juan terminaba en el lago de Okeechobee, sudeste de la península

(18) La gente del barco informó a Menéndez « que en el puerto de San Agustín estaban otros 14 navíos, y en el de Sta. Elena otros 2, e que todos venían cargados de bastimentos, e que traían 1500 infantes para socorrer aquellos fuertes e las Indias, porque se tenía noticia que franceses luteranos hacían gruesa armada para aquellas partes » (o. c. p. 235).

(19) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 264.

(20) O. c. p. 277s.

floridana, averiguarían los de Reinoso si el río de la provincia calusana, el actual Caloosahatchee, llegaba hasta la misma laguna, pues de existir tal comunicación se acortaría la distancia entre España, México y tierra firme a través de la Florida actual, y se aceleraría la labor de colonización en las regiones del norte; dentro de tres meses los visitaría en el fuerte calusano y examinarían los resultados finales.

Como se ve, para esta época la provincia de Calus, además de sus esperanzas misionales, tenía para los españoles valor estratégico especial.

Enterado Carlos de la llegada de los españoles se presentó inmediatamente para prometerles su amistad y la de sus vasallos. Hízoles construir una casa y en ella se acomodó la guarnición. Levantaron junto a ella una cruz y mañana y tarde se juntaban para adorarla, ejemplo que gustosos imitaban los indígenas. Se completaba el ejercicio con la instrucción catequística (21).

9. - Asegurados los españoles de la amistad indígena, despacharon a la Habana el bergantín en que habían venido y enviaron con él a Antonia acompañada de algunos indios principales. Con tales rehenes aseguraban sus vidas en la insegura provincia, según instrucciones del adelantado que mostraba escasa confianza de las promesas del cacique.

En el puerto de la capital cubana recogió a los indígenas el gobernador Alonso de Rojas y los llevó a su casa para hacerlos catequizar. En la Habana estaban también seis indios de Tequesta, provincia colindante con la de Calus, y entre ellos un pariente del cacique. Con estos catecúmenos probarían sus primeras armas misioneras y se iniciarían en la difícil lengua indígena el padre Rogel y el hermano Villarrreal, que llegaban a la capital, a fines de aquel año. Los bravos neófitos serían, según el padre, las primicias de la grande conversión de la Florida (22).

10. - Al confiar Menéndez a Reinoso la exploración del río Caloosahatchee, habíase reservado la del San Mateo, para

(21) *O. c.* p. 279.

(22) Arch. S. I. Rom. *Hispan.* 105, f. 76.

llegar hasta sus cabeceras que sospechaba estarían en el inmenso lago de Okeechobee. Un recorrido parcial del mencionado río lo había llevado a cabo, aunque no con resultados satisfactorios.

Hacia julio de 1566 (23), después de ascender veinte leguas por su corriente con tres bergantines y cien soldados, desembarcaron probablemente en la orilla derecha, para internarse por la región *timucuana*. A unas seis leguas, estaba el pueblo del cacique Utina (24), cautivo, poco antes, de los hugonotes franceses (25). Para quitarle toda sospecha que pudiera tener sobre los belicosos planes españoles, tan enérgicamente usados con las legiones de Ribault, envióle el adelantado algunos soldados y un intérprete con regalos. Aceptó Utina los dones con no pequeña prevención y manifestó a los mensajeros el temor que tenía al general. Tal vez, ante las manifestaciones tranquilizadoras del intérprete que le hablaría de los designios españoles de predicar la doctrina del verdadero Dios a los naturales, rogóles el cau-

(23) Sabemos que Menéndez salió de la Habana para la Florida el primero de julio, y dentro de ocho días llegó al fuerte de San Mateo (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 235), donde estuvo el tiempo necesario para arreglar las desavenencias entre el capitán Aguirre, enviado de Arciniega, y Vasco Zabal, lugarteniente del maestre de campo, Pedro Meléndez Valdés (*o. c.* p. 237s). De San Mateo pasó a San Agustín, donde pudo estar hacia el 13 de julio. Escogemos esta fecha, porque el maestre de campo, en la conversación que tiene con Menéndez, en el viaje de San Mateo a San Agustín, al contarle el choque tenido con Arciniega, añadía que por estos choques estaban sin fortificarse en San Agustín, había 12 días, desde que la armada de socorro había entrado (*o. c.* p. 243). Ahora bien, sabemos por una carta de Menéndez a Avellaneda, 15 de octubre 1566, que la « vispera de San Pedro... aparecieron por la entrada » del puerto de San Agustín diez y siete naos (ALCÁZAR, S. I. *Chrono-historia...* II, p. 151), el socorro del capitán vizcaíno. En San Agustín arregló Menéndez las relaciones entre el maestre de campo y Arciniega (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 243-245), hizo construir el fuerte en otro lugar, « porque la mar le iba comiendo » (*o. c.* p. 245), y al tercer día, llamó a consejo a los capitanes para tratar de repartir los 1500 soldados enviados por el rey. Mientras se descargaban los recursos de la recién llegada armada y se preparaban las naves que había de llevar contra los corsarios franceses, decidió visitar nuevamente el fuerte de San Mateo (*o. c.* p. 247s); de suerte que pudo empezar la expedición del río Mayo el 20 de julio.

(24) HODGE, *Handbook...* « Utina.

(25) LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable...* pp. 152ss.

dillo indígena que, si el adelantado quería entrevistarse con él, no trajese más de veinte soldados de escolta, y pidiese antes al Dios de los cristianos lluvia para los resecos mazaes. Aceptó el asturiano la condición y se adelantó con la requerida defensa. Sus esperanzas de ganarse la confianza del cacique crecieron notablemente, cuando a la entrada misma del pueblo comenzó a llover. Utina y los suyos, desconfiando de las pacíficas promesas que se les hicieran, habían abandonado la villa, y no quisieron volver, a pesar de las mayores diligencias hechas por los españoles (26).

Desistiendo de entrevistarse con el suspicaz régulo, al siguiente día despachó Menéndez a San Mateo el mayor de los bergantines, con cincuenta soldados y siguió con los demás la subida del río. Treinta leguas más arriba yacía desierto el pueblo del caudillo Macoya (27). Por el momento ningún indio apareció de los habitantes indígenas que debieron de esparcirse por las riberas enmarañadas, pues, nuevamente en marcha los bergantines, comenzaron a ver los españoles por las dos orillas, indios con sus arcos y flechas y en actitud amenazante. Para interrumpir el avance de los audaces bergantines, habían cerrado los flecheros con estacas uno de los pasos más estrechos del río. Rota la valla, seguían los bogadores por la impetuosa corriente que se iba estrechando cada vez más, hasta que se les acercaron algunos enviados de Macoya, amenazándoles con atacarles, si no retrocedían. Más que el belicoso reto atemorizaron a los españoles las aseveraciones del intérprete que decía haber por aquellos parajes muchos indios y muy guerreros. Aunque de mala gana, hubieron de desistir de exploración tan trascendental para los planes del adelantado (28).

Ya de vuelta, encontraron a unas ocho leguas algunos indios que no mostraban ni esquividad ni miedo. Después de ganarlos con caprichosos donecillos, les persuadió el adelantado que llamaran a su rey. Pronto apareció este, Calabay, súbdito del desconfiado Utina. A las primeras de cambio,

(26) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 249ss.

(27) HODGE, *Handbook...* « Mayaca ».

(28) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 252ss.

formuló su petición que debió de halagar a los españoles: deseando tomar al adelantado por su hermano mayor, pedía una cruz y seis cristianos que los catequizaran, pues él y sus indios querían convertirse. Tal vez pretendía Calabay conquistarse la amistad de los soldados y el asturiano, para sacudir el yugo de Utina o refrenar la ambición del caudillo de Saturiba. No dejó de preocupar a Menéndez la inesperada petición, por la obediencia del cacique a Utina y por su amistad con Saturiba, irreconciliable enemigo de los españoles. Como aquella región distaba no más de doce leguas de San Agustín, dejóle soldados catequistas que voluntariamente quisieron quedarse, amenazándole que si a alguno de ellos mataban, vendría a hacerles la guerra, les quemaría el pueblo y las canoas, les desbarataría las pesqueras, casi el único recurso de vida para aquellos indígenas, y al caudillo y súbditos les cortaría las cabezas. Para disimular el mal efecto de tales amenazas, obsequió a Calabay con algunos regalos, y entrególe igualmente otro para Macoya con tres catequistas que instruyeran a este y a sus indios. Contento Macoya con el apreciable don, despidió los cristianos avisando a Menéndez que, mientras no viniese a sus tierras, le tendría por su amigo y hermano mayor.

Alarmado Saturiba por la amistad que podría consolidarse entre los españoles y Calabay, envió dos hijos suyos con otros indios que matasen a los extranjeros catequistas, a lo que resueltamente se opuso el cacique. Un ultimatum del poderoso caudillo, intimándole los mandase matar o se los remitiese, si no quería tenerlo por el mayor enemigo, decidió al impotente jefe a embarcarlos para San Mateo (29).

Contra lo que podían temer, fueron bien acogidos los de Menéndez en algunos pueblos de la jurisdicción de Utina y, caso más extraño, desembarcados en las cercanías del pueblo del caudillo jefe, a una invitación del adelantado, vino este con trescientos hombres de guerra. Temeroso el régulo de que tuviera que habérselas con enemigos mejor armados y más valientes que sus flecheros, a respetable distancia avisó

(29) *O. c.* pp. 254ss.

a Menéndez que se adelantase con sólo veinte de los suyos. Todavía rogó al general que avanzaba con los señalados arcabuceros, bien en orden, se acercara con dos únicamente, condición que igualmente fue aceptada. Después de las acostumbradas ceremonias, pidió Utina una cruz, catequistas y un trompeta. Al parecer, el inusitado instrumento había excitado la curiosidad de los indígenas. Condescendió Menéndez en todo (30).

En doce días se había hecho la exploración, aunque incompleta, del río San Mateo (San Juan), significativa, sobre todo, porque en sus riberas comenzaba a sentirse el influjo español; y a la misión hugonote, iniciada por los enviados de Coligny, seguía la católica, bajo los auspicios del asturiano Menéndez, aunque todavía con pocas esperanzas de resultado.

11. - Aún seguían para el valeroso marino en el misterio las fuentes originarias del río San Mateo, recientemente examinado. No poco, sin embargo, le había iluminado y alegrado lo que, por medio del intérprete, oyera de los aguerridos *macoyanos* que las caudalosas corrientes llegaban al lago Miami (Okeechobee), y este, a su vez, desaguaba en las partes del cacique Carlos (31). Tal afirmación se la comprobaría Reinoso, enviado a la provincia calusana.

Posteriormente o por las informaciones de Reinoso o por las suyas propias, simpatizaba más con la opinión de que el misterioso río unía el puerto de San Mateo con la bahía de Tampa, en cuya costa septentrional, como sabemos, estaba la provincia de Tocobaga.

En esta última creencia escribía desde la Habana a los de Contratación el diecisiete de febrero de 1567: Iba derecho a la bahía de Juan Ponce (Tampa), para pasar de allí, por una ribera, a los fuertes de San Mateo y San Agustín; porque, si como sospechaba, existía tal comunicación, sería esta de grandísimo provecho para Nueva España y tierra firme,

(30) *O. c.* p. 257.

(31) *O. c.* p. 253s.

desde donde, con más facilidad llegarían las naves a aquella bahía que a la Habana; en las cercanías de la mencionada ensenada se procuraría la amistad del potente cacique Tocobaga, cuyas tierras eran comarcanas a Calus, y trabajaría, al mismo tiempo, porque los dos caciques, encarnizados enemigos, se reconciasen entre sí (32).

Algunos días después, postrero de febrero, escribía a los mismos oficiales regios: « Yo me parto oy con [seis] bergantines la vuelta de la baya de Juan Ponce a buscar la ribera que va a dar a Sant Matheo »; había encargado al maestre de campo del último puerto, subiera con dos bergantines por el río, para ver si este unía las dos costas, en cuyo caso se encontrarían los exploradores de ambas partes (33).

12. - Zarpaba pues Menéndez de la capital cubana, con los seis bergantines y ciento cincuenta hombres. Habíanse añadido a la tripulación los indígenas tequestanos y calusanos (entre los últimos estaba la hermana de Carlos), y los jesuitas padre Rogel y hermano Villarreal. Para esta época, la guarnición establecida en Calus y los españoles residentes en Tequesta, habían sido ocasión para la ruptura de relaciones de los dos respectivos caciques. Carlos, en abierta oposición con el jefe español Reinoso y los del fuerte, había pretendido matarlos, porque veía, tal vez, vacilar su trono ante las simpatías que en estos encontraba su capitán pariente, en quien reconocía un temible aspirante a su dignidad. Igualmente se sentía amenazado por su subordinado, el cacique de Tequesta, quien, con el apoyo de los soldados establecidos en esta última provincia, podría negarle el vasallaje y aun disputarle su propio territorio. Para disipar tan inminente peligro, había enviado alguno de los suyos que persuadiera al cacique e indígenas tequestanos exterminaran el germen extranjero. Decididamente se negó el caudillo subordinado y aun hizo quitar de en medio dos calusanos que tra-

(32) A. I. *Contratación*, leg. 5101.

(33) *L. c.*

taban de matar a los españoles, con lo que naturalmente se atrajo el odio y enemistad de su señor (34).

A la venida de Menéndez, entrevió Carlos todas las fatales consecuencias que podría tener la inesperada visita y aparentó regocijarse. Informó Reinoso al adelantado de la devoción que los naturales mostraban a la cruz y, como sombra y contraste de tan risueño cuadro, de la obstinación del cacique que se reía de las ceremonias cristianas; muchas veces les habían querido matar los indios, instigados, sin duda, por su jefe (35).

Partidario el general de una política de acercamiento a los indígenas, para catequizarlos y convertirlos, recomendaría a su delegado disimulara la hostilidad del régulo e impidiera, sobre todo, que sus soldados previnieran con un golpe de mano las malévolas asechanzas, haciéndole desaparecer de la escena, peligro muy manifiesto en las actuales circunstancias. Enterado después que no existía salida por el interior de aquellas partes al puerto de San Mateo, determinó seguir para Tocobaga, dejando en Calus los dos jesuítas que sabrían cohibir los ímpetus de la soldadesca.

Carlos, adversario inveterado del cacique de Tocobaga, y conocedor de los funestos efectos que podía tener la amistad de su enemigo con Menéndez, instaba a este le declarase la guerra, prometiéndole naturalmente incondicional ayuda. Así veía el adelantado en toda su realidad, el aspecto utilitario de la política de los jefes floridanos que buscaban el apoyo extranjero contra el temible poder de los émulos indígenas; y palpaba la dificultad de ganarse la amistad de los dos caciques, declarados adversarios entre sí. Por otra parte, ambas amistades le eran necesarias para extender su influjo a la Florida occidental. Se negó a las propuestas de Carlos, alegando como razón, que su señor, el rey de España, no le enviaba a guerrear con los caciques sino a reconciliarlos entre sí, hacerles cristianos y enseñarles la manera cómo lo habían de ser, para irse al cielo (36).

(34) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 280ss.

(35) *O. c.* p. 283.

(36) *O. c.* p. 283s.

13. - Simuló Carlos doblegarse a tan incomprensible programa y aun se ofreció a acompañarlo con veinte de sus principales, para reconciliarse con Tocobaga. Satisfecho Menéndez con los efectos de su política conciliadora, urgió al altanero indígena hiciera las paces con el tequestano, por medio de algunos súbditos de este (entre quienes estaba un hermano del cacique) que habían venido con el adelantado. Aun a esto se allanó. Asegurada así la importante alianza de los dos caudillos indígenas, dejó Menéndez en Calus los indios de Tequesta, hasta que volviera de su expedición a Tocobaga.

Llegados los seis bergantines a la bahía de Tampa e internados hacia el norte, donde vivía el cacique principal, una hora antes de amanecer fondeaban no lejos de la casa de este. Sintió Carlos avivársele el odio contra su émulo e incitó al adelantado a saltar a tierra, quemar el pueblo y matar los indios y cacique, o que le dejase ejecutar con sus principales tal castigo; a nado volverían después a los bergantines. Naturalmente se opuso el marino a los vengativos designios, prometiéndole paces muy honrosas con Tocobaga y aun la devolución de los indios que este le tenía cautivos. Tranquilizóse aparentemente el calusano, pues entre los prisioneros había una hermana suya (37).

En seguida despachó Menéndez junto a la casa del cacique una chalupa con ocho bogadores y un cristiano de los cautivos de Carlos, quien le gritaría no temiese por la gente de los navíos, que eran cristianos de verdad y amigos de los naturales. A los gritos despertaron azorados los habitantes. Asustados a la vista de los seis bergantines, huyeron abandonando el pueblo y su cacique con unos pocos súbditos y una mujer. Sospechando el régulo la procedencia de los visitantes, envióles un cristiano portugués, tal vez cautivo de los indígenas desde la expedición de Soto, para agradecer al general no les hubiese muerto, mientras dormían y notificarle la huída de sus vasallos; en tanto, quedaba él en la casa de oración de sus dioses, y allí permanecería hasta morir, si fuera menester; estaba dispuesto a ir a los navíos o esperar la visita de los

(37) *O. c.* p. 285.

españoles sin algún temor a la muerte, pues no pensaba huir. Respondió Menéndez al mensajero que él mismo lo visitaría; mientras tanto debía el cacique hacer volver a sus vasallos, porque a ninguno harían mal (38).

Aunque a primera vista se haga algo extraña la actitud de Tocabaga y sus indios con quienes, por primera vez, se presentaban en aquellas provincias, recuérdese, sin embargo, que por allí habían pasado las expediciones de Narváez y de Soto, y su memoria en la región era bastante ingrata. Además habrían ya comentado los indígenas con terror las sangrientas escenas de la vecina provincia de San Mateo, y fácilmente supondrían a aquellos extranjeros los ejecutores de tales muertes. Esta fama de acometividad con que iban rodeados los expedicionarios, nada les ayudaba para su obra de colonización. No sabemos si Carlos se insinuó en el adelantado para sondear la causa de tales matanzas, aunque la escolta de flecheros con que se les presentó en su primera visita a Calus delataba a las claras sospecha de planes guerreros en los españoles.

14. - A la mañana siguiente encontró el general a Tocabaga con el escaso acompañamiento que sabemos. Este le hizo sentarse junto a sí en lugar más alto y, por medio del intérprete, le manifestó que no pensaba fueran los cristianos tan buenos con él, su gente e ídolos. La alusión a las matanzas francesas no se hizo esperar, pues hablaba el cacique veladamente y con algún dejo de lisonja de unos primeros cristianos que pedían maíz a los indios, con amenazas de muerte, y de otros, así mismo cristianos, venidos posteriormente que mataran a los primeros; la obligada pregunta final era de cuáles eran ellos. Entendió Avilés todo el alcance de la demanda y respondió sin vacilar, que eran de los que mataran a los primeros, por ser cristianos de mentira; sin embargo, no venían a usar la misma conducta con los indígenas ni a hacerlos esclavos ni a robarles el maíz, sino a cristianizarlos y tenerlos por amigos y hermanos; únicamente harían guerra y aun matarían a los que quisieran hacer mal a los naturales

(38) *O. c.* p. 286.

o matarlos a ellos mismos (39). En señal de reconocimiento a tan consoladoras promesas y de agradecimiento por ellas, se levantaron el cacique y sus principales, besaron las manos al adelantado y volvieron a sentarse.

A las ofertas de paces con Carlos y de dejarle cristianos, respondió Tocabaga que no podía satisfacer, sin hablar primero con sus capitanes, principales y vasallos, para lo cual lo mandaría llamar. Con un rasgo de profunda veneración por sus ídolos y temeroso de que los soldados los profanaran, rogó a Menéndez prohibiese a estos la entrada en la casa de los dioses. Prometióselo el general.

El siguiente día se presentó el cacique en los bergantines, para entrevistarse con el calusano. Carlos, creyendo oportuna aquella ocasión para idear ulteriores planes, quería desembarcar con los suyos, para hablar sosegadamente. Comprendiendo el adelantado que una inteligencia, aun pasajera de los significados caciques, podía frustrar sus designios, accedió a su pesar y envió dos intérpretes que los vigilasen de cerca (40). Aunque tal desconfianza podía ser causa de romper las amistosas relaciones con Carlos, escogió este modo de proceder por la sencilla razón de preferir más tener un adversario que dos. Además, en la misma Calus no estaba bien arraigado el poder del cacique, por no aparecer clara la legitimidad de sus títulos, y un golpe de mano, lícitamente secundado por los españoles, fácilmente podría hacer pasar la suprema dignidad al capitán pariente, que alegaba contra su señor fundadas razones para el trono.

Los tres días que los bergantines estuvieron en Tocabaga, acudieron a verlos muchos indios, todos bien armados, con sus arcos y flechas. Temeroso Menéndez de que se tratara de algún secreto plan tramado en la anterior entrevista, previno al cacique que sus soldados estaban alegres por pensar que los indígenas querían pelear con ellos; para tratar las paces, dejara a los principales, y a los demás los despachara. Un poco desorientado Tocabaga por previsión tan suspicaz, ejecutó inmediatamente la voluntad del asturiano.

(39) *O. c.* p. 288s.

(40) *O. c.* p. 290.

15. - Llamado el cuarto día el adelantado para ultimar las negociaciones pacíficas, acudió a la cita en compañía de Carlos. Fueron recibidos por veintinueve caciques y unos cien indios principales. Pronto se dejaron traslucir las deliberaciones que había tenido Tocobaga con los suyos, pues se apresuró a declarar al adelantado que si en lo que había prometido decía verdad, « todos holgaban de tomarle por hermano mayor », hacerse cristianos, reconciliarse con el calusano y devolver al último los prisioneros. No del todo satisfecho de las paces hechas con Carlos y preocupado de que en un conflicto con este, pudiera el general español inclinarse al de Calus, quiso tener de Menéndez la promesa de que en una ruptura del tratado pacífico, ayudaría a la parte agredida. Más aún, para prevenirse, de hecho, contra un probable ataque que le pudiera venir de la provincia enemiga, pidió un capitán español con treinta soldados que los catequizasen. Los escogió inmediatamente Menéndez poniéndolos a las órdenes del capitán García de Cos, inteligente y buen cristiano, quien, sin embargo, quedó muy contra su voluntad (41).

Aunque los fundamentos en que se apoyaban los planes del adelantado no fueran tan sólidos, se iban desarrollando sistemáticamente. La escasa guarnición iría preparando los ánimos de los indígenas para convertirlos a la fe y, al mismo tiempo, con algunas excursiones fluviales, averiguarían si aquella costa estaba unida, por algún estrecho, con la oriental.

El fondo oscuro del panorama se destacaba desde el primer momento. Tan pocos soldados para indagar el secreto de aquellos ríos e iniciar una colonización que se extendiera primero a Apalache y después a la Florida occidental, en un ambiente de no franca simpatía por parte de los indios, o más exactamente, de velada antipatía, no prometían porvenir halagüeño para las pretensiones del almirante.

16. - En la travesía de vuelta, cuatro días hasta Calus, mostró Carlos todo el odio que tenía acumulado contra los españoles, desahogándolo contra un marinero que descuidadamente dejó caer sobre su cabeza una cuerda delgada. Des-

(41) *O. c.* p. 291.

pués de descargarle un fuerte bofetón, lo hubiera arrojado al agua de no acudir Menéndez en auxilio del pobre soldado (42). Sin haber podido dar rienda suelta a su reconcentrada ira, apenas desembarcados en Calus, para expiar las injurias que decía haberle hecho el adelantado, quiso matar a este. Hubo de renunciar a sus designios, disuadido, en parte, por los suyos que le aseguraban no podría salir con su intento y antes era perderse (43).

En ambiente tan cargado de hostilidades, reforzó el general la guarnición con otros cincuenta soldados y les dejó algunas piezas de artillería para mayor defensa. El padre Rogel quedaba encargado de doctrinar a los indios en circunstancias nada favorables para su apostólico celo. Por otra parte, poco podía esperar de la colaboración de la hermana del cacique, Antonia, que estaba decididamente de la parte de Carlos y muy triste por las paces concertadas en Tocobaga con el cacique, cuando ella deseaba que le hubieran muerto y quemado el pueblo. Carlos seguía también pertinaz en sus deseos de venganza. Ofreciósele buena conyuntura para la ejecución de sus malignos propósitos, cuando habiéndose de trasladar la guarnición a una isla, enviáronle a pedir doce canoas para el transporte de todo el ajuar. Instruyó a los indios que las habían de conducir, para que en un canal hondo las anegasen con todo lo que llevaban, y a los cristianos los ahogasen. Sospechosos, tal vez, los españoles de las siniestras asechanzas indígenas, renunciaron a la oferta y llevaron en sus propios barcos los escasos haberes a la nueva residencia.

Una vez que allí se instalaron y fortificaron debidamente, siguió el adelantado para la Habana. De camino, dejaría en Tequesta los indígenas que llevaba de esta última provincia, con el hermano Villarreal y una guarnición, para que cuanto antes se diera principio a la labor catequística.

(42) *O. c.* p. 292.

(43) Arch. S. I. Rom. *Peru* 19, f. 18v: Carta de Rogel a Portillo, Habana 25 de abril 1568.



LAS MISIONES DE CALUS Y TEQUESTA

SUMARIO: — 1. La misión jesuítica en los planes de Menéndez. — 2. El campo misional de Rogel: Calus. 3. Obstáculos para su labor. — 4. El jesuíta a la Habana. — 5. Los españoles matan a Carlos. — 6. Rogel pasa por Tocobaga para ir a Calus. — 7. El nuevo cacique Tocampaba: dignidad política y religiosa del cacique entre los calusanos. — 8. Plan de evangelización; conducta del cacique; catequesis. — 9. Creencias de los calusanos: unidad de Dios, Trinidad, las tres almas mortales; los enterramientos. — 10. Labor de Rogel; perversión de costumbres de los calusanos. — 11. Rogel a la Habana. — 12. El misionero a Tocobaga: trágico fin de la guarnición. — 13. Planes frustrados de colonización en la Florida occidental. — 14. En Calus: labor catequística; ennegrecido el horizonte. — 15. Rogel abandona definitivamente la misión.

16. Tequesta: posición estratégica. — 17. Refugiados españoles. — 18. La guarnición española con el hermano Villarreal. — 19. Campo de misión: esperanzas de fruto. — 20. Las primicias cristianas. — 21. Fin de la guarnición y sus causas.

1. - Los dos puestos de Calus y Tequesta señalados a los dos jesuítas Rogel y Villarreal, nos sugieren algunas consideraciones necesarias para entender la relación de los dos centros misionales con el plan general del conquistador de la Florida y con su política de colonización. Estos proyectos los examinaremos por ahora únicamente en la actual península floridana. Conocemos en ella las seis guarniciones fundadas por Menéndez, una en el fuerte de San Mateo, junto a la desembocadura del río San Juan, la segunda en San Agustín, la tercera entre las tribus del cacique Ais, sur del cabo Cañaveral, la cuarta en Tequesta, parte oriental del lago Okeechobee, y las dos últimas, Calus y Tocobaga. Por su carácter estratégico, principalmente los fuertes orientales

significaban para Menéndez la defensa de N. América y aun de todas las posesiones ultramarinas; y al mismo tiempo, la protección de las naves de Indias que podían así atravesar seguras las aguas meridionales del canal de Bahama, sin que fueran atacadas por los corsarios. Bajo el aspecto colonial y misionero, cuatro eran los puntos fundamentales y céntricos para la posterior irradiación: San Mateo, complementado, por decirlo así y unido con San Agustín, Calus y Tocobaga.

Una vez que el asturiano se convenció de que los dominios de Carlos no tenían comunicación directa fluvial con San Mateo, perdían algo del valor estratégico, aunque conservaban entero el colonial, por el influjo enorme del caudillo calusano en Tequesta y aun en Tocobaga. Hubo un momento en que esta última provincia de las inmediaciones de la bahía de Tampa, comunicada, en la opinión española, por un río con la de San Mateo, se iba a convertir en punto de apoyo para la política conquistadora de Menéndez y para sus planes coloniales y misionales en el resto de la Florida. Contando Menéndez desde el fuerte de San Agustín al rey, en carta de quince de octubre de 1565, sus decisivos triunfos contra los luteranos, le añadía que el río de San Mateo se internaba por la actual península floridana sesenta leguas y que de la costa oriental a la occidental se podía comunicar con facilidad; esto último aceleraría la conversión de los indios de aquella región (1). Poco después, el treinta de enero del siguiente año, le expone ya sus proyectos de poblar en las cercanías de la bahía de Ponce (Tampa), si hallaba acomodado puerto, porque el río de San Mateo desaguaba allá o muy cerca (2); la guarnición que se estableciera en aquel país, influiría mucho en el acercamiento y conversión de los indígenas, porque los misioneros y soldados, destinados a las provincias floridanas, podrían desde la Habana ir directamente a la mencionada bahía y desde allí repartirse por San Mateo y San Agustín (3).

(1) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 98.

(2) *O. c.* pp. 143, 146s. *C. D. I. Am.* V, p. 545.

(3) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 148.

Además, desde la misma bahía de Tampa se podía extender a la parte oeste del enorme continente septentrional, según el mismo Menéndez, una actividad extraordinaria, pues junto a ella estaba la provincia de Apalache, en las inmediaciones de la bahía homónima, tribu indomable, contra la que nada habían conseguido hasta entonces los colonizadores; una vez conquistada esta, se abría camino para la de Cosa (Alabama), visitada por los expedicionarios de Hernando de Soto y ansiosamente apetecida por los de Tristán de Luna; desde allí se ponían ya en contacto con las provincias de Nueva España, alejadas de Apalache trescientas leguas (4).

Las colosales distancias entre estas regiones que los españoles no habían podido calcular con precisión, aun después de las anteriores expediciones, sin las dificultades mayores que existirían para la conquista espiritual de las mismas, habían de frustrar las esperanzas de Menéndez, tan empeñado, por otra parte, en empresas tan múltiples y diversas.

2. - Después de la partida del adelantado, instalado el padre Rogel con los de la guarnición, en una de las reducidas islas vecinas al pueblo de Calus, y consciente de las difíciles condiciones en las que debía desarrollar su labor misional, comenta su situación, en carta de veinticinco de abril de 1568 al padre Jerónimo Ruiz del Portillo, con esta gráfica y exactísima expresión: « quedamos nosotros, como dicen, a los cuernos del toro » (5).

Sobre su campo misional, pocas noticias tenemos que añadir a las que conocemos y sobre todo, a las más preciosas que nos irá dando el jesuita navarro. Los principales pueblos de la tribu calusana (6), estaban en las cercanías de la bahía de Charlotte, suroeste de la Florida, aunque sus dominios se extendían, según indicamos en el capítulo primero, por el norte, hasta la bahía de Tampa, por el este hasta Tequesta y por el sur hasta el mar. No tenemos noticias algunas directas ni de la originaria estirpe de la tribu

(4) O. c. p. 98.

(5) Arch. S. I. Rom. *Peru*. 19, f. 18v.

(6) HODGE, *Handbook...* « Calusa ».

ni de su procedencia lingüística. Sin embargo la frecuente comunicación de sus indígenas con los de Tocobaga (7), pertenecientes, como sabemos, a la tribu timucuaana, y la entrevista de Carlos con el temido caudillo que dominaba en la región y bahía de Tampa, con quien se pudo entender sin necesidad de intérprete, nos hacen sospechar fueran de la misma rama lingüística y de la común familia *timucuaana*. Tradicionales han quedado en la historia la crueldad de los calusanos y el agreste aspecto de sus casi desnudos cuerpos.

Aunque ni Solís de Merás, tan minucioso en contarnos las visitas de Menéndez a Calus, ni los misioneros jesuitas que posteriormente trabajaron con aquellos indígenas, nos dan el número de los habitantes del pueblo; con datos aislados, recogidos aquí y allí, podemos averiguarlo aproximadamente. Cuando por primera vez llegó el adelantado a los dominios del cacique Carlos, febrero de 1566, se le presentó este con unos trescientos indios flecheros (8). Imaginando, tal vez, en los que venían proyectos de guerra y de conquista, recogería entre los suyos el mayor número y los mejores combatientes, para luchar contra los supuestos enemigos. En la posterior visita del mismo asturiano a la casa del caudillo, los números que nos da el biógrafo Solís, presente a aquella ceremonia, hacen deducir en Calus población numerosa: En el aposento donde estaba sentado el prepotente régulo con su hermana, hacíanles la corte quinientos indios y otras tantas indias; en la parte exterior del edificio estaban también sentadas otras quinientas niñas, de diez a quince años, para cantar y festejar a los recién venidos (9).

Fácilmente pueden ser exageradas estas cifras que supondrían un número total de habitantes muy crecido; lo que no parece compaginarse con este dato que recogemos en la carta de Rogel, poco antes mencionada: « había pensado Carlos, después de dar muerte a todos los de la guarnición española, acogerse *con toda su gente* a vivir a unas lagunas,

(7) O. c. « *Tocobaga* ».

(8) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 153.

(9) O. c. p. 159.

donde no pudieran ir » los de Menéndez (10). Esta movilidad presupone una población reducida. Además, la pobreza general de víveres en las tierras floridananas (y de Calus nos consta que la tenía en no pequeño grado), sólo permitía pueblos muy reducidos y diseminados.

Cabe, con todo, alguna explicación para las afirmaciones de Solís. Las provincias y distritos floridananos incluían muchos pueblos, a cuya cabeza estaban caciques que rendían vasallaje a uno principal, y sus habitantes se juntaban en algunas solemnidades. Ahora bien, la curiosidad de los indígenas por conocer a los extranjeros que venían a sus playas, la precaución del caudillo jefe, aún no enterado de los planes de los visitantes, su interés por captarse la amistad de tan equipados guerreros, organizando fiestas en su honor, pudieron reunir en el pueblo de Calus algunos otros circunvecinos o para agasajar a los españoles o para estar preparados contra un presunto ataque de estos.

Si hemos de dar una cifra probable de las familias existentes en aquel pueblo, aunque era la sede del cacique principal, creemos que no pasarían de treinta o cuarenta.

Como la tribu a la que pertenecían, no tenían los de Calus más ocupación que la caza y pesca; eran ambiciosos de nuevas tierras y dominios, guerreros por instinto, feroces en la venganza de sus enemigos y diestros en el manejo de los arcos y flechas.

3. - ¿Qué porvenir tendría la misión que se iniciaba con tan escaso personal? Los pocos recursos de la tierra, la crueldad natural de los indígenas y su hostilidad contra los que tan establemente querían instalarse en sus regiones, eran obstáculos más que suficientes para impedir la consecución de los fines pretendidos por la guarnición. A estos inconvenientes se añadía la malevolencia de Carlos que, lejos de deponer su odio, persistía en sus planes de matar a los españoles y huir con todo el pueblo, sin que por ello se recatase de visitar la fortaleza española, comer con los sol-

(10) Arch. S. I. Rom. *Peru.* 19, f. 18v.

dados, tratarlos familiarmente, enviarles pescado y otros viveres, con indios que les sirvieran. No podían con todo fiarse los de Reinoso de los que, so pretexto de obsequiarlos y ayudarlos, venían al fuerte; pues, de hecho, la vigilancia de los centinelas frustró un premeditado ataque indígena. Creció la alarma y aumentóse la guardia en la fortaleza cuando se supo la orden dada por el cacique a sus vasallos de que todos se hicieran con sus arcos y flechas y estuvieran apercebidos para cuando los llamara (11).

Terminada en el pueblo una casa de madera para los españoles, se les brindó el cacique a trasladarles el hato. Aunque comprendían estos que en tal coyuntura podría el vengativo Carlos aprovechar un momento para hacerles todo el mal posible, privados de otros medios para el transporte, hubieron de aceptar la oferta. Mientras dirigía el régulo las canoas, hábilmente maniobró para que se fueran al mar la mayor parte de las municiones y comida, y aun procuró de ahogar a los soldados que cayeron al agua.

La correspondiente represalia no se hizo esperar. El capitán indígena pariente de Carlos, que de tiempo atrás aspiraba al trono de este, y lo acechaba muy de cerca, para sorprender en la conducta y palabras de su jefe, armas que le facilitarían el logro de sus intentos, miraba con simpatía esta enemistad del cacique con los españoles, pues daba mayores garantías de triunfo al partido de oposición que dirigía. Muy pronto hizo saber a los de Reinoso que la deplorable pérdida había sido maniobra tramada por el cacique.

Esta tensión entre los españoles y Carlos coartaba naturalmente la actividad del jesuita, cuya labor tan sólo se podía extender a los de la guarnición. Por otra parte, la aversión del caudillo llegábale igualmente al misionero, y aun de manera especial, porque desautorizaba los ídolos, diciendo mal de ellos. Para desarraigar propaganda tan contraria a las costumbres y creencias indígenas, había encargado el cacique a algunos criados suyos lo secuestraran cuando se alejara del fuerte.

(11) *L. c. f. 19.*

Agravábase tan delicada situación con la irritación de los soldados que no podían mantenerse en actitud pasiva ante las frecuentes provocaciones de Carlos y con los propósitos de Reinoso que, dando entera fe a las informaciones, no poco sospechosas del capitán indígena, había preguntado al jesuíta si mataría al régulo por la última traición. Ante la resuelta negativa del misionero, habíale asegurado que lo ejecutaría y que nada sabría Rogel, hasta que estuviese consumado el hecho (12).

El cacique, por su parte, ocupó también posiciones, porque los momentos eran críticos y fácilmente podían decidirse de su futura suerte. Mientras retiraba a su hermana Antonia del campamento español, sacó del pueblo sus mujeres e hijos, síntomas manifiestos, como después pudieron confirmar los españoles en sus indagaciones, de que pretendía tener desembarazado el campo, para libremente llevar a cabo sus malignos propósitos.

4. - Era muy difícil que las partes contendientes oyeran las exhortaciones pacíficas del misionero y depusieran las armas. Intranquilo este ante el inminente choque, entrevió una pequeña claridad en el horizonte oscuro con un barco cargado de maíz que, por este tiempo, vino de Campeche, para abastecer a los de la guarnición. Invitado, tal vez, por el capitán y soldados, lo aprovechó para pasar a la Habana, sin que sepamos de cierto ni la fecha ni los móviles de tal partida. Las declaraciones que Reinoso le hiciera de sus planes de terminar con Carlos, eran suficiente motivo para la solución del jesuíta. Quizá el mismo capitán le confiaría algún mensaje para desentenderse de un importuno opositor de sus designios o para que el jesuíta informara a los delegados del adelantado de lo que en Calus pasaba; suposición esta última que parece insinuarse en esta frase de Rogel: « Y así vine [a la Habana] con muy grande cuydado de bolver presto con recaudo, porque quedavan a muy grande riesgo los cristianos » (13).

(12) *L. c.*

(13) *L. c. f. 19v.*

5. - En la ausencia del jesuíta, mandó Carlos juntar algunos pueblos para organizar fiestas, como de costumbre, y encargóles trajeran oro y plata que rescataran los españoles; mientras estuvieran estos ocupados en la compra de los preciosos objetos, otros los matarían. Reinoso se le adelantó, hallando modo cómo se viniera el cacique al fuerte, donde lo mataron con otros dos indios que lo acompañaban. Llamaron en seguida al capitán émulo para proclamarlo rey.

Era este el naturalísimo desenlace y epílogo de una tensión de ánimos que no podía prolongarse por mucho tiempo, pues el régulo se oponía a que sus súbditos se fueran acercando poco a poco, a los españoles y se aficionaran a ellos. Por otra parte, apenas comprendió Carlos que la amistad española de nada le servía para sus ambiciones de aniquilar al cacique de Tocobaga, no veía la hora de deshacerse de ellos. Además, establecidos en sus dominios gente de aspiraciones religiosas diversas, de ambiciones conquistadoras, zozobraba su trono. Este peligro era más de temer por el apoyo que su capitán buscaba en aquellos valientes soldados para el seguro logro de sus aspiraciones.

A los españoles era también indeseable la presencia de Carlos. Para sus planes de conquista y colonización necesitaban la comunicación directa con los indios, término al que difícilmente podían llegar en Calus, pues se les interponía el cacique como muro infranqueable.

Si la muerte de Carlos se presentaba llena de esperanzas para el nuevo caudillo indígena abría porvenir mucho más halagüeño para los de la guarnición que podrían ya, sin estorbos algunos, desplegar sus actividades.

6. - A mediados de junio de 1567, salía el jesuíta navarro de la Habana con Menéndez Marqués, para dirigirse primero a la provincia de Tocobaga. Confesó y comulgó allí a todos los cristianos con excepción de un intérprete, que públicamente estaba amancebado con una infiel, y vio la disposición que había para predicar el evangelio. El día de San Juan Bautista, veinticuatro de junio, dijo la misa e hizo que asistieran a ella, hasta el ofertorio, el cacique y sus principales.

Hablóles, por medio de un intérprete, de la unidad de Dios, criador y señor universal, a quien todos deben vasallaje y reverencia, de la inmortalidad del alma, de la resurrección de los muertos, del premio y pena que Dios da en la otra vida y del engaño de los malos en adorar los ídolos. Después de un segundo sermón, predicado igualmente delante del régulo y los españoles; con la impresión de no estar todavía preparado el campo para la semilla evangélica, volvía a Calus el primero de julio. Quedó aquí instalado con los de la guarnición, mientras Marqués seguía para la capital cubana.

7. - Al anterior jefe asesinado, había sucedido, como sabemos, el que los españoles designaban, durante el reinado del primero, con el título de capitán o capitán general, Tocampaba. El jesuita lo conocía y aun lo había tratado. Con la segunda venida del padre Rogel, se establecía la misión con irradiación más completa, pues, desde el principio, podía entrar de lleno en la conversión de los indígenas.

El cacique entre los calusanos, con su chaguala de oro en la frente y dos sartas de cuentas debajo de las rodillas (14), era el jefe político y religioso; en su dignidad, que suponían los indígenas aureolada con carácter divino, no se reconocían límites algunos (15). En una de las primeras entrevistas de Carlos con los españoles, se les presentó sentado, con grande dignidad, sobre un solio, levantado medio estado del suelo (16), acompañado de sus indios y sacerdotes, con quienes trataba sobre los negocios más capitales de la tribu. La última decisión en estas deliberaciones estaba reservada a él (17).

(14) *L. c.*

(15) Se sacrificaban en su honor los primogénitos con solemnes ceremonias (LE MOYNE, *Brevis narratio...* Icon XXXIII).

(16) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 159.

(17) Según LE MOYNE, *Brevis narratio...* Icon XXIX), en la región del río Mayo, el cacique deliberaba con sus principales para la decisión de los negocios más importantes. Igualmente en Tocobaga, cuando Menéndez propuso al cacique si quería hacer las paces con Carlos, respondió que tenía « su gente e los principales e caciques, sus sujetos e amigos, lejos de allí, y que sin que viniesen o les hablase, no podría responderle... » (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 289).

En el campo religioso era, en cierta manera, el medio de trasmisión de las creencias religiosas. Preguntaba Rogel a Tocampaba si creía en la unidad Dios y en la creación del mundo, a lo que respondió afirmativamente, añadiendo que era este « uno de los secretos qué y sus antepasados los reyes lo tenían en su pecho guardado », y que sólo lo comunicaban a sus sucesores (18). Para sus vasallos era además el régulo el criterio directivo de lo que habían de creer. Al jesuíta que les instaba a dejar sus idolatrías y a hacerse cristianos, le respondían que no podían serlo hasta que lo fuera su cacique; « y créolo, añade el misionero, porque aun en las mismas ydolatrías no saven nada en lo que adoran, ni en el culto de sus ydolos, sino aquello que el rey y el echizero mayor les dizen, de suerte que viven yn fide maiorum » (19).

8. - Con esto estaba trazado para el padre Rogel el plan de sus trabajos: convertidas las dos cabezas, el caudillo y el hechicero, todos los demás se podían considerar como conversos, porque adoraban estos en sus ídolos lo que adoraba el rey y ni se podían desprender de ellos ni de su culto hasta que aquel lo hiciera (20).

Desde el principio presentábase al jesuíta llena de esperanzas la conversión de aquel pueblo y de toda la provincia, pues el nuevo cacique, al comienzo de su reinado, con determinación de hacerse vasallo del rey español y darle la posesión de sus dominios, delante de sus capitanes y jefes de las villas circunvecinas, y delante de todos los españoles e indios, se ofreció solemnemente a Menéndez Marqués, delegado entonces del monarca, como tributario y súbdito del rey de España. Sus caciques subalternos, en prenda del mismo vasallaje, ofrendaron también al delegado español los tributos que solían dar a su caudillo principal.

Que tan solemnes protestas de fidelidad pudieran estar,

(18) Arch. S. I. Rom. *Peru.* 19, f. 10v.

(19) *L. c.* f. 12.

(20) Dice Rogel : « Pero quando les persuado que los [ídolos] dejen, me responden que aguardan a que los dexen su rey, porque, hasta entonces, ellos no los pueden dexar » (*l. c.* f. 12v).

en gran parte, dictadas por el interés, no era difícil adivinarlo, y muy de cerca lo comprobaba Rogel viendo que este vasallaje le era necesario al cacique para la seguridad del reino y para vivir con quietud y sosiego. Más duro le sería a Tocampaba arrostrar las consecuencias prácticas de tal sumisión, una de las cuales era abrazar la moral predicada por el misionero; aunque siempre su sutileza indígena le sugeriría medios para guardar las apariencias externas y conservarse en sus convicciones y ritos. Así, al quererlo inducir el jesuita a que se hiciera cristiano, los primeros días mostrábase algo duro y recalcitrante, si bien cedió después y aun pidió le explicasen la ley cristiana. Se le ofreció Rogel a enseñársela a él y a todos los que la quisiesen oír. Señalado el sitio de la catequesis, que probablemente sería muy cerca de la casa del régulo, se levantó una gran cruz que presidiera la enseñanza religiosa, y diariamente iba Tocampaba allá y aun hacía ir a sus *principales*, mujeres y niños. A los cánticos del Padrenuestro y Ave María en castellano, con que se daba principio a los actos, seguía la explicación lenta y gradual que el misionero hacía, por medio de un intérprete, de los principales atributos de Dios, uno, criador, señor universal: verdades todas, según nos asegura el jesuita, admitidas por los indios (21); extraña afirmación, a primera vista, cuando en las tribus floridananas era general el politeísmo. Se pueden compaginar, sin embargo, estas aseveraciones del misionero con la creencia común de los indígenas norteamericanos en un ser superior, no precisamente el Dios espiritual de los cristianos, del que dependían todos los seres y fuerzas de la naturaleza, poderoso agente que muchas veces se confundía con el tótem (22).

9. - Atribúyeles igualmente el jesuita la confesión de la Trinidad, en la que las tres Personas tienen desigual poder, perteneciendo a la primera, la mayor, el general gobierno de las cosas más universales, como los movimientos celestes, espíritus, etc. A la segunda el de los reinos, imperios

(21) Arch. S. I. Rom. *Peru.* 19, ff. 9v, 10.

(22) HODGE, *Handbook...* « Totem », « Religion ».

y repúblicas; y a la tercera e inferior, la ayuda en las guerras, inclinándose la victoria a la parte que ella favorecía (23).

Aunque la nomenclatura del padre Rogel era muy ajena a la concepción indígena, para quienes los únicos imperios y reinos eran las confederaciones de las tribus o familias, que, a su vez, se componían de clanes o fraternías (24); ni conocían más espíritus que las fuerzas y actividades manifestadas en el mundo sensible; la dependencia trinitaria (más exactamente la llamaríamos jerárquica), de tales fuerzas estaba fundada en la teogonía común sustancialmente a las tribus de N. América y que insinuábamos en uno de los párrafos anteriores: una fuerza superior o espíritu (generalmente un tótem), ejercía su jurisdicción en otros inferiores que incorporados o personificados con los elementos cósmicos sensibles, los gobernaban. Estos inferiores espíritus, dependientes del primero, eran los reguladores de las guerras, enfermedades, salud etc.

El mismo Rogel palpaba el abismo que separaba sus creencias de las de los indígenas en lo referente al mundo de los espíritus; pues al hablarles de la inmortalidad del alma, verdad incomprendible para ellos, asegurándoles que las de cuantos hombres han existido, vivían en la gloria o en el infierno, y que otra vez habían de juntarse con sus cuerpos para una vida inmortal de premio o de castigo, reñáansele, sin poder concebir ni un ser inmaterial ni una vida eterna.

Al consolador dogma del catolicismo habían sustituido los *calusanos* otro por demás extraño, con suponer en cada uno de los hombres tres almas, una, la niñeta del ojo, otra, la sombra que cada uno hacía, y la tercera, la figura que se veía en el espejo o en el agua clara. La primera seguía en el cuerpo aun después de la muerte hasta la posterior corrupción; y las otras dos entraban en un animal, general-

(23) Arch. S. I. Rom. *Peru*, 19, f. 10.

(24) HODGE, *Handbook...* « Confederation », « Clan and Gens ».

mente pez; y muerto este, iban pasando a otros menores, hasta que, poco a poco, venían a resolverse en nada (25).

La supervivencia de una de las almas en el cadáver hacía que los indígenas fueran a los enterramientos a hablar con sus muertos y pedirles consejo en lo que debían hacer; « y creo que hallí les habla el demonio, continúa el misionero, porque muchas cosas que acaezan en otras partes o que después bienen, las saben por lo que hallí les dicen » (26). Suponemos que en estas comunicaciones espiritistas andarían de por medio los sacerdotes o hechiceros, quienes, en efecto, cuando enfermaba alguno de los indios (lo que en la concepción indígena significaba que una de las almas se había huido del enfermo), iban a buscarla por los matorrales y arbustos y « dicen que la traen, nos lo describe gráficamente Rogel, haciendo los mismo meneos que hacen los que meten en corral alguna cabra o conejo que no quiere encerrarse; y después ponen a la puerta de la casa y a las ventanas mucho fuego, porque no se torne a salir, y dicen que se la tornan a meter al hombre por el cogote haciéndole allí ciertas cirimonias » (27).

10. - Sin desanimarse ante el vastísimo e inculto campo que tenía que roturar; según sus prefijados planes, intensificaba el jesuíta su labor con el cacique que le había prometido, a la llegada del adelantado dejar sus idolatrías, desprenderse de todos sus ídolos y quemarlos, y aun cortarse el cabello, uno de los mayores sacrificios para los indígenas (28). Esta última condición la exigían los misioneros con no mucha comprensión de la mentalidad india, para que en el converso nada existiera de las reminiscencias paganas. Hubieran podido tal vez transigir en ella, lo mismo que en otras prácticas indiferentes que en nada menoscababan la pureza de la nueva fe.

Fundadas razones tenía, sin embargo, el padre para

(25) Arch. S. I. Rom. *Peru.* 19, ff. 9v, 10.

(26) *L. c.* f. 10.

(27) *L. c.*

(28) *L. c.* f. 11v.

no fiarse demasiado de las promesas condicionadas de Tocampaba, pues seguía muy aferrado a las habituales idolatrías y hechicerías. No dejaban, con todo, de consolarle y esperanzarle las afirmaciones de algunos cristianos e indios, que decían haberlo sorprendido, a veces, de noche, arrodillado ante la cruz del fuerte español; y aun el mismo cacique se lo había confesado, sin preguntárselo el padre, que todas las noches, postrado delante de la cruz, se ofrecía a Dios de todo corazón, con un sacrificio que solía ofrendar a sus ídolos. El que precisamente hiciera estas manifestaciones externas delante de los de la guarnición, con quienes debía estar en las mejores relaciones, lanzaba alguna sospecha en la sinceridad de tales actos; además de que seguía en su habitual vida de desenfreno, pues sin otras muchas mujeres que tenía (29), habíase juntado a una hermana suya de padre y madre. Al ponerle delante el misionero lo abominable de tal delito, trató de justificarlo Tocampaba con que su promesa de conversión era para cuando viniera el adelantado; era además costumbre antigua entre los caciques y su privilegio exclusivo tener por mujer una hermana, no pudiendo renunciar, por otra parte, a lo que le exigían sus vasallos; daba su palabra de dejarla antes de hacerse cristiano (30).

Tomó pie Rogel de tan repugnante hecho para hablarle de la monogamia, con la consiguiente rápida reacción de parte del cacique que le opuso ser muy difícil una mudanza en los que desde su niñez se habían acostumbrado a un modo de vivir, para tomar otro totalmente diferente; y a hombres de mayor edad y viejos, « quitarles todas sus costumbres y hazerles perfectos cristianos »; a los niños, ignorantes de sus ritos, podría el misionero habituarlos al cumplimiento de aquella ley; se contentase con que él había de cumplir la promesa de deshacerse de sus ídolos y quemarlos, abominar de sus hechicerías y renunciar a los abusos antinaturales;

(29) Rogel en su carta a Portillo (25 de abril 1568): « començaron los pueblos a darle mugeres al don Felipe, pues es el modo que tienen en esta tierra de jurar a uno por rey... » (*L. c.* ff. 19v, 20).

(30) *L. c.* ff. 11v, 12.

ni a la muerte de sus hijos o de otros seres queridos haría sacrificar niños (31); no se tiznaría la cara y cuerpo, se cortarían el cabello: en una palabra, en todo ejecutaría los mandatos del padre, menos en lo de tener una mujer; le permitiera siquiera esto y en lo demás se atendería a los preceptos divinos (32).

No deja de ser interesante la enumeración de propósitos que al padre misionero hacía el cacique y manifiesta la degradación moral de los caudillos y las abominables costumbres de los indígenas. La negación de la inmortalidad del alma, con la consiguiente de premio y pena eterna en la otra vida, hacen suponer moral tan corrupta; además de que los abusos de los vasallos se justificaban con las abominaciones de los caciques. Esta general disolución, salvaguardada por los mayores desórdenes de los jefes, era el mayor obstáculo para que fructificaran las enseñanzas del misionero. Nos lo dice el padre con dejo de amargura: « la conversión de todo el reyno depende de la caveza ».

11. - Por otra parte, según se lo había hecho saber repetidas veces el mismo Tocampaba, antes de la venida de Menéndez era tiempo perdido pensar en su conversión. Con el desaliento de un celo ardiente defraudado, intentó muchas veces el jesuita irse a las islas de los Mártires, que se extendían al sudeste de la península, donde, como aseguraba uno de los intérpretes, estaban los naturales más dispuestos para ser cristianos; o a Tocobaga, cuyo cacique se mostraba, tal vez, más propenso a convertirse que el de Calus; o a Tequesta, pues aquellos indígenas, según podía deducir de los que había conocido en la Habana, eran más llanos y humildes que los

(31) Parece que estos sacrificios se hacían en honor del mismo rey o de la gente principal: LE MOYNE. *Brevi narratio...* Icon XXXIII con su explicación: « Primogeniti solemnibus ceremoniis Regi sacrificantur »; cultos que se hacían aun cuando moría alguno de los allegados de los indios principales: así, con ocasión de morir en Tequesta una nieta de un principal, el intérprete le dijo a Villarreal « que si en su ley muriera y no estuviésemos aquí, avían de matar quatro niños con ella » (*Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.*, Rogel a Borja, 25 de julio 1568, ff. 327v, 328). La carta de Villarreal a Rogel, Tequesta 23 de enero 1568, está intercalada dentro de la anterior.

(32) Arch. S. I. Rom. *Peru.* 19, f. 12.

calusanos. A la ejecución de tales propósitos se opusieron resueltamente los de la guarnición (33).

Continuaba no poco desesperanzado la explicación de la doctrina, para la que iba diariamente, dos veces, a la cruz, y volvía después al fuerte, para estudiar y recibir a los muchos indios que le venían, atraídos por la curiosidad de los libros e imágenes y de algunas cosillas que les regalaba. Aprovechaba esta conyuntura el diligente misionero, para enseñarles, por medio de intérprete, las verdades cristianas. El fruto que con tales industrias recogía era mayor que el de las catequesis y sermones en la cruz.

Sus escasos recursos, principal motivo de la asistencia y acercamiento de los indígenas, agotáronse muy pronto, y de poco le servían sus otras iniciativas. De tales preocupaciones hubiérale sacado una nave que llegó a Calus, el ocho de diciembre de 1567, para abastecer la guarnición, si ante las desconsoladoras noticias que se tenían de los de Tocobaga, a quienes con las abundantes lluvias se les habían perdido todos los víveres, no hubieran creído oportuno Reinoso y sus soldados comisionar al jesuita, para que en la Habana expusiese al lugarteniente de Menéndez las necesidades de aquel fuerte. Rogel, a pesar de hacérsele duro y difícil el encargo, porque el embarcarse tantas veces para la ciudad cubana era dar fundado motivo para que se sospechara de él que huía de la cruz y padecimientos de la Florida (34); algo aplanado, sin embargo, por la esterilidad de sus labores misionales, condescendió con lo que se le proponía y el diez de diciembre abandonaba Calus, para llegar en dos días a la Habana.

El mes que tardaron en reunir las provisiones, se consagró a la enseñanza de la doctrina cristiana y predicación contra los vicios públicos de blancos y morenos; de los últimos, todos o los más vivían amancebados, por la incuria de los primeros. Bautizó solemnemente una india traída de Calus por Menéndez, a la que el jesuita había catequizado antes

(33) *L. c. f. 13.*

(34) *L. c. f. 13v.*

de conocer la Florida, y la encomendó a unos vecinos buenos y virtuosos que se preocupasen de hacerla buena cristiana y la casasen después con algún español; de ellos creía el padre servirse posteriormente en la conversión de los indios (35).

12. - En enero del siguiente año se aprestaba Rogel para volver a su misión. Formaban la flota tres barcos de víveres capitaneados por Menéndez Marqués. Decidieron navegar directamente a la bahía de Tampa, para que el jesuita consolara espiritualmente a los de la guarnición y persuadiera al cacique desagraviase a Tocampaba por la conquista de algunos pueblos calusanos, contra la paz asentada con el adelantado; el reconocimiento que por tal favor le debería Tocampaba apresuraría la conversión de este (36).

En Tocobaga ninguno de los del fuerte salió a recibirlos ni vieron por los alrededores quien les informara del misterio. Con fuertes descargas a boca de noche, quisieron avisar a sus compañeros que, tal vez, andaban escondidos por los montes, acudieran a los barcos, sin que ninguno diera señales de vida. A la mañana siguiente, saltando a tierra un pelotón de unos dieciséis soldados, bien armados para el caso de una agresión de parte de los indígenas, tan sólo hallaron los cadáveres de dos cristianos en el pueblo y otro en el río. Según se enteraron después, a los tres retenían los indios en esclavitud y sólo los mataron, al ver acercarse las naves; a los demás habíanlos sacrificado cuando más desparramados y descuidados estaban.

Las tres naves de Marqués hubieron de dirigir su ruta hacia la bahía de Charlotte, sin intentar tomar represalias de los belicosos indígenas de Tocobaga.

Aunque ninguno de los españoles quedó para informarnos del penoso desenlace, podemos reconstruir sus probabilísimas etapas. Se hacía difícil la vida del pequeño grupo en tierra nada atrayente y pobre, con indios tan opuestos a su ideología. Además, el descontento inicial del capitán y algunos otros, se extendería a todos los demás y se agudi-

(35) *L. c. ff. 14, 14v.*

(36) *L. c. f. 14v.*

zaría notablemente al inutilizárseles los víveres. La comida la buscarían entre los naturales que a regañadientes se privarían de su escaso bocado, y aun no raras veces se verían obligados a arrancárselo por la fuerza. Tal tensión parecían significar los informes de los indios de Calus que vivían en Tocabaga con los españoles y afirmaban de estos que tenían mezquino corazón; en todos ponían las manos, menos en el rey y en el capitán general; y faltos de comida eran para los indígenas pesados e importunos (37).

Aun sin tales exigencias por parte de los españoles, ¿no había de aumentarse la prevención del cacique contra ellos, temiendo, sobre todo después de la muerte de Carlos, que su fin podía ser de manera análoga? No había ciertamente en su provincia un capitán que pretendiera la herencia de su trono; pero ¿no podría suscitarse entre sus jefes vasallos algún émulo, apoyado por las armas extranjeras?

En tan contrario ambiente, difícilmente un escaso número de soldados podía consolidar la influencia española. Cuando el cacique pidió a Menéndez treinta soldados que los catequizasen, era casi imposible suponer en él motivos religiosos y deseos de conversión; pues ni el régulo ni los suyos conocían las costumbres y aspiraciones de los que entonces por primera vez se presentaban a su provincia; y la fama que en las regiones de la bahía de Tampa corría, en general, de los extranjeros, después de las expediciones de Narváez y de Hernado de Soto, era bastante desfavorable. Con tal petición, como lo indicamos anteriormente, pretendía el cacique igualar sus fuerzas con las de Carlos, que contaba con respetable guarnición española en sus provincias. Sin embargo, cuando con el imprevisto y trágico fin de su contrincante, el caudillo calusano, previó Tocabaga la ayuda que podía tener de los extranjeros, buscaría medios para alejarlos de sus tierras o deshacerlos. Estos, por el contrario, con medios suaves, no podrían impedir el alejamiento de los indígenas, e imponerse por la fuerza les era imposible.

(37) *L. c. f. 15.*

13. - Una de las principales bases de colonización, en los planes de Menéndez, para la Florida occidental, caía por tierra. Si los de Apalache se habían mostrado tan enemigos de las expediciones de Narváez y de Soto, igualmente se manifestaban ahora los de Tocobaga con los nuevos héroes. La inmensa cadena Tocobaga, Apalache, Cosa, Nueva España en que soñara el adelantado y que debía asegurar la sujeción de la América septentrional al poder de España, fallaba muy pronto en su primer eslabón. Iniciada apenas la ejecución de las colosales aspiraciones del asturiano, palpábase la enorme dificultad en coronarlas con el éxito. Ausente en aquel entonces Menéndez de la Florida, podía hablar ante la corte española de los risueños proyectos y esperanzas, no de las duras realidades.

No desagradó a Tocampaba la catástrofe que mejoraba su condición de émulo y adversario de Tocobaga; podía así contar con la incondicional amistad española para una guerra contra este. Se preparó para el combate y mandó que todos sus súbditos se hicieran con armas. Envió espías que averiguaran el paradero del temido cacique y pidió a Marqués más soldados para el fuerte calusano, con los que, en caso de oportunidad, daría asalto a su adversario.

14. - Con el maíz traído de Cuba, no cuanto hubiera deseado el misionero, y con algunos regalillos que hacía a sus catecúmenos, seguía el padre Rogel su labor catequística en el fuerte y en la cruz del pueblo, siendo más los que asistían a las explicaciones que hacía en el aposento. Mientras había algo que dar, venían los indígenas de buena gana a oír las cosas de su salvación y en muchos se veía el fruto; todo el día estaba ocupado el misionero y aun necesitaba la ayuda de un muchacho que enseñase las oraciones. El estímulo de algunos premios especiales podía tanto en los asistentes que, por ganarlos, se estaban en sus casas repitiendo la doctrina y preguntándose unos a otros, con el consiguiente progreso y aprovechamiento (38). Además, diariamente explicaba la

(38) *L. c.* f. 15v.

doctrina y predicaba, a veces, a las mujeres del cacique que de buena gana acudían a oírle, atraídas por algunos doncellillos que les enviaba.

Se recogía el fruto de los trabajos, pues los indios no trataban de sus idolatrías tanto como solían ni con el fervor de antes. Muchos, clara y abiertamente confesaban ser todo ello engaño y mentira, « lo qual si antes lo dijieran, les costara la vida ». Con todo, juzgaba prematuro el jesuíta prodigarse por los pueblos circunvecinos, porque no disponía ni de maíz ni de rescates para labor tan amplia; además de que la conversión del cacique y principales sería disposición para la conversión de todo el reino.

Una nube de tempestad vino a cernirse sobre la mies que casi amarilleaba. A los dos meses faltóle el maíz, y el que le enviara el obispo de Yucatán, Francisco de Toral, no le llegó. Fatalmente era también aquella la época en que los naturales padecían más hambre; el resultado fue que la asistencia a la doctrina comenzó a disminuir.

Merodeaban además por Calus indios de tres pueblos de la jurisdicción de Tocampaba, pasados a Tocobaga, que venían ahora a pedir perdón a su anterior señor. Temieron los españoles y el cacique no los hubiera enviado aquel caudillo para matar a los españoles y a los del pueblo. Se fortificó más el fuerte, se apercibieron los soldados contra una peligrosa treta y se prohibió al misionero bajar al pueblo para la explicación de la doctrina cristiana y para la instrucción a las mujeres de Tocampaba. El cacique, sin embargo, durante todo este tiempo seguía su asistencia a la fortaleza y persistía en su promesa de convertirse, cuando viniera el adelantado (39). El padre Rogel se hallaba condenado a casi completa inactividad.

15. - El cuatro de abril de 1568 llegaba a Calus un barco con el hermano Villarreal y dieciocho de los soldados que estaban en la guarnición de Tequesta, quienes tuvieron que abandonarla, por no perecer, como los otros, a manos de los indígenas. Por parecer de los del fuerte calusano, se embar-

(39) *L. c. f. 17v.*

caría el misionero navarro para instar en la Habana abastecieran abundantemente la guarnición, si se quería llevar adelante la comenzada empresa. Aunque su disgusto por tal mensaje tan ajeno de su profesión era no pequeño, se vería forzado a aceptarlo, para no exponer la fortaleza al fatal peligro de las de Tocobaga y Tequesta.

Así perdía aquella casi naciente cristiandad a su fundador que se separaba de ella con propósito de no volver, si la santa obediencia no le ordenaba otra cosa: ausencia lamentable después del notable avance efectuado en la catequesis de los indios. Algo se atenuaba la sensible pérdida con la sustitución del hermano Villarreal que, en parte, podría llevar adelante la labor comenzada.

El veinticinco de julio del mismo año escribía desde la Habana al padre Avellaneda: « Entenderá V. R. cómo todo lo de Carlos está suspenso hasta la venida del adelantado, porque hasta entonces ha pedido [Tocampaba] término de vivir en sus ritos y quiere que le cumplamos la palabra » (40).

16. - Durante la peligrosa crisis en que fluctuaba la fortaleza de Calus, habían sucumbido la de Tocobaga y poco después la de Tequesta, cuyos últimos restos vimos llegar a los dominios de Tocampaba.

Con la llegada del hermano Villarreal y de unos pocos soldados al pueblo de Tequesta, situado en la costa sudeste de la Florida, se fundaba la misión. Era esta la primera guarnición española que se establecía en aquel puesto, si bien algunos expedicionarios lo habían anteriormente visitado (41).

Aunque no precisamente en el mismo pueblo, de tiempo atrás se había fijado Menéndez en la región tequestana, vecina a las islas de los Mártires. Exponiendo al monarca, en carta de quince de octubre de 1565, por qué la colonia francesa de Ribault resultaba tan peligrosa en la Florida, le detalla la orden que tenían de fortificarse en los Mártires, cerca de la Habana; conseguirían con esto que ningún navío desembo-

(40) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.*, Rogel a Borja, 25 de julio 1568, f. 327.

(41) LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía...* p. 166.

case en el canal de Bahama sino a su vista (42); para oponerse a tales designios examinaría él toda la costa, desde el cabo Cañaveral hasta los Mártires y en el mejor puerto haría un fuerte, porque con él el de la Habana ganaría no poco; impediría, al mismo tiempo, que entre las Antillas y San Agustín se fortificasen los enemigos para atacar las naves de Indias (43).

17. - Disipada la amenaza francesa con las victorias del asturiano, si bien no creyó este tan necesario establecer el mencionado fuerte, impensadamente los españoles entraron en comunicación con aquellos indígenas. Los primeros meses de 1566, por la escasez de víveres y desilusión de muchos que, en vez de las riquezas de Nueva España con que soñaran, se encontraban con tierra infecunda, comenzó a acentuarse el descontento en el fuerte de San Mateo, conquistado a los franceses. Tentados por la oportunidad de haber llegado a la desembocadura del río San Juan (San Mateo), mediados de febrero, una fragata de setenta toneladas con bastimentos, unos veinte soldados se apoderaron de ella, con intento de probar fortuna en regiones más prósperas de Ultramar (44). Próximos a comenzar el arriesgado viaje, los sorprendió Menéndez que llegaba con nuevos navíos de víveres. Desoyendo las razones y súplicas del adelantado que quería disuadirles de tan descabellado propósito, navegaron hacia la Habana por junto a la orilla. Mientras algunos que habían desembarcado en las cercanías de la provincia tequestana examinaban la región, un fuerte viento alejó la nave y los exploradores hubieron de quedar en tierra. La suerte les fue benigna, pues tuvieron un magnífico recibimiento de los indios por las amistades que el adelantado había contraído con Carlos y su hermana Antonia, parientes cercanos del cacique de aquella región (45).

(42) RUIÑÁZ, *La Florida...* II, p. 91.

(43) O. c. p. 93. El siguiente año de 1566, vuelve a insistir Menéndez a Felipe II, en carta de 30 de enero, que irá a descubrir « algún buen puerto en la cabeza de los Mártires, que es cosa muy importante para la brevedad y seguridad de las Naos y flotas que navegan a las Indias » (o. c. p. 143).

(44) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 179.

(45) O. c. p. 260.

Parece que aquel puerto de Tequesta hubiera de ser en adelante refugio de amotinados. Por motivos análogos a los del fuerte de San Mateo, se suscitó una revuelta en la guarnición de San Felipe (Santa Elena) (46). Sesenta de los descontentos, empeñados en huir de la mísera provincia, en junio de 1566 resolvieron apoderarse de un bergantín de víveres que el conquistador de la Florida había enviado. Para asegurar su arriesgado golpe, apresaron al capitán del fuerte, Esteban de las Alas y a los oficiales, con lo que fácilmente pudieron conseguir su intento (47). Hechos a la vela, una tempestad les obligó a ampararse en la costa meridional de Tequesta, donde informados por dos de los anteriores cautivos de la benevolencia con que el cacique recibía a los cristianos, no pocos resolvieron confiársele (48).

No era fácil que los que no habían podido sufrir las privaciones de los fuertes de San Mateo y San Felipe, soportaran la escasez de la provincia tequestana. Algo aliviaron, sin embargo, tan precaria situación la novedad de la tierra, el no excesivo número que tenía que vivir a expensas de la pesca y caza y de los fútiles productos de los campos, y sobre todo, los víveres que las dos expediciones habrían descargado.

Las favorables impresiones de todos estos refugiados las recogían los tripulantes de un bergantín español despachado por el asturiano desde la Florida a la Habana, en busca de víveres, quienes burlaban los ímpetus de una tempestad en la bienhechora costa. A pesar del optimismo general que reinaba entre los refugiados, por el buen trato recibido de los indígenas, prefirieron algunos, aun con peligro de tener que dar estrecha cuenta de su anterior desertión, aprovechar la

(46) *O. c.* p. 207.

(47) A principios de junio de 1566, salía Menéndez de San Agustín en busca de víveres, con tres bergantines y cien hombres (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 222): el mismo día encontraba un navío suyo, de cien toneladas lleno de municiones, que dirigió a San Agustín. Escribió al maestro de campo repartiese aquellos bastimentos por los fuertes y « que un bergantín que les quedaba en el puerto, le cargasen de maíz e lo inviasen » a Esteban de las Alas, a Sta. Elena (*o. c.* p. 222s). Apenas llegó el bergantín a aquel puerto, se amotinaron los soldados (*o. c.* p. 260). De suerte que estos saldrían del fuerte septentrional hacia mediados de junio.

(48) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* pp. 222s., 260.

inesperada visita del barco para abandonar aquella provincia. Con ellos enviaba el hospitalario cacique un hermano, tres indios y otras tantas indias, para anunciar al adelantado su voluntad y la de sus vasallos de hacerse cristianos; cuando Menéndez visitara aquella provincia, lo tomaría por su hermano mayor y todos se someterían a lo que les mandase (49). Llegados los mensajeros al término de su viaje en la segunda mitad de 1566, comunicaban la grata nueva al asturiano que se mostró muy inclinado a seguir las amistosas relaciones. En seguida se dio principio a la instrucción religiosa de los indígenas, que continuarían después con los dos jesuitas, padre Rogel y hermano Villarreal que, al final de aquel año, desembarcaban en la capital cubana.

Aunque el interés misional de Tequesta y su importancia estratégica, por la proximidad a la Habana y por internarse por aquellas partes, en opinión de Menéndez, una de las ramificaciones del río San Juan (50), eran circunstancias favorables para el establecimiento de una guarnición en aquel lugar; no pudo el asturiano aprovechar tan pronto como deseaba la oportunidad de tales coyunturas por la variedad de empresas que patrocinaba o dirigía.

18. - Finalmente el último día de febrero de 1567, después de haber terminado la fortificación de las tres principales islas de las Antillas, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, comenzada a fines de octubre del año anterior, salía, como hemos referido, del puerto de la Habana, con su expedición de seis bergantines, para la Florida. Además de los soldados destinados para las guarniciones que quería fundar en las provincias septentrionales, iban en ellos los indígenas de Calus y Tequesta con los dos misioneros jesuitas Rogel y Villarreal. Previa las etapas de Calus y Tocobaga, con los sucesos que conocemos, hacia mediados de marzo, llegarían a Tequesta, donde el hermano Villarreal, ayudado por los catequistas indígenas, se encargaría de la parte misionera. Un capitán, treinta soldados y algunos carpinteros que construyeran el

(49) O. c. pp. 260, 281.

(50) En la exploración del río Mayo, había oído Menéndez que aquel río desaguaba a Tequesta (Solís de MÉRÁS, *Memorial...* p. 253s.).

fuerte, formarían la guarnición. Como halagador principio de los bienes que los indígenas se podían augurar de los visitantes, traíales Menéndez la alegre nueva de las paces, que como delegado del cacique tequestano, había hecho con Carlos. Los cuatro días que el adelantado permaneció allí, pudo fantasear fundadamente el risueño porvenir que se presentaba para la posterior colonización. Apenas hecha la cruz, los indígenas la veneraron reverentes en la ceremonia de la erección, a continuación de los españoles. Después diariamente, las mañanas y tardes, todos los indios, grandes y pequeños, acudían a adorarla y besarla con gran devoción (51). Se confirmaban tales esperanzas con la plena confianza que el cacique cifraba en el almirante, pues no contento con declararle su hermano mayor, le había entregado un hermano suyo y dos indios principales, de los cuales uno era capitán de un pueblo de Calus, para que los llevara a España.

19. - La vecindad de Tequesta con Calus y la frecuente comunicación entre sus habitantes, nos hacen presumir creencias religiosas y costumbres análogas en ambos países, aunque el carácter de los respectivos indígenas era bastante diverso, como lo pudo comprobar Rogel con algunos indios que trató en la Habana, antes de visitar la Florida; pues contrastaba no poco el ánimo inquieto y desasosegado de los calusanos con el llano, humilde y quieto de los tequestanos (52). Por esta su experiencia y porque conocedores de aquella provincia le aseguraban la buena disposición de los tequestanos para recibir la fe católica, había destinado al hermano Villarreal para ella.

Tan favorables recomendaciones pudo comprobarlas el hermano en sus primeras actuaciones, pues le venían a la doctrina, que se hacía junto a la casa del cacique, todos los niños y niñas hasta los quince años (53). Aunque no era tan asidua la asistencia de los mayores a estas instrucciones, no por negarse a ser cristianos, sino por la dificultad que tenían

(51) *O. c.* p. 297.

(52) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.*, Rogel a Borja, 25 de julio 1568, f. 327.

(53) *L. c. f.* 327v.

en aprender el catecismo, las frecuentaban muchos, y hacían progresos con visible fruto (54). A este aprendizaje se sometía aun el mismo cacique. Los más diligentes habían aprendido con relativa presteza las cuatro oraciones y casi los mandamientos y seguían con vivo interés la explicación del Credo. La aridez que podía venir del prolongarse de tales instrucciones, amenizábase, los días de fiesta, con procesiones a la cruz, en las cuales se cantaban letanías e himnos. Hecho más consolador, si cabe, para el jesuíta: su actividad irradiaba más allá de los estrechos linderos del pueblo, pues en ocasión de juntarse las villas circunvecinas para construir casa a su caudillo, se acercaban muchos a oírle (55).

En tocándose los dogmas que, como el de la inmortalidad del alma con todas sus trascendentales consecuencias, directamente influían en las costumbres (y las de los *tequestanos* adolecerían, más o menos, de la degeneración *calusana*, por ser vecinos), resentíanse los indígenas y se negaban resueltamente a admitir estas verdades; ni por más medios que en sus habilidades buscase el misionero, salía a flote en su intento de persuadirles (56).

Cuando, durante la caza de la ballena o de las tortugas, o en tiempo de pesca, tenía el indígena que comer; o cuando en circunstancias no tan prósperas, recibía del misionero maíz o algunas otras cosillas para el socorro de su necesidad, asistía constante a las instrucciones y explicación del catecismo. Estas se hubieron de interrumpir fatalmente por falta de oyentes, con grande pesar del celoso catequista, dos o tres meses de hambre general entre los indios, en los que igualmente se hallaban agotadas las subsistencias de los de la guarnición (57).

El fruto se vislumbraba no lejano, pues el cacique mozo, aficionado a los cristianos e inclinado, tal vez, a serlo, había llamado al misionero para que rezase por su hijo enfermo y le impusiese la cruz. La completa curación que se declaró el siguiente día aumentó la afición del régulo a la nueva

(54) *L. c. f. 328.*

(55) *L. c. f. 327v.*

(56) *L. c. f. 328.*

(57) *L. c. f. 327v.*

doctrina. Los niños, creía Villarreal, todos se harían cristianos y aun algunos de los grandes, pues mostraban devoción a la cruz, con la natural reforma de costumbres.

20. - De hecho recogió las primicias de dos cristianos indígenas, una vieja, muy mala, que había retardado su conversión hasta la hora de su muerte, y una niña de cuatro o cinco años, nieta de un caballero principal, a quienes bautizó en el último trance. Según testimonio del intérprete, el segundo bautismo conmovió profundamente a los familiares de la niña; y uno de ellos, el abuelo, había asegurado que quería dejar su secta y abrazar la nueva ley; porque si en su nieta habían comenzado los nuevos ritos, en ella, consiguientemente, se habían de terminar los indios. Esta conversión, según el misionero, sería punto de partida para otras muchas, pues era aquel señor el más temido y estimado de la tierra. El padre de la misma niña, impresionado, tal vez, con los recientes acontecimientos, al oír el castigo eterno de terribles tormentos en el infierno con que el jesuíta amenazaba a un hechicero, si moría sin convertirse, confesó creer lo que el misionero decía (58).

21. - Las nutridas gavillas en que soñara Villarreal no habían de galardonar sus abnegados sudores. Los mayores que, en un principio, atraídos por la novedad, alternaban cautelosamente con los niños en el catecismo; considerando, tal vez, que las nuevas doctrinas exigían cambio fundamental en su conducta, se apartaron del misionero y de sus instrucciones, mostrando el disgusto de ver entre ellos gentes de tan contrarias mentalidades.

En esta tensión, que se iría sintiendo por la parte indígena y española, un indio avanzado en edad, cacique en otros tiempos, no sabemos si provocado, afrentó a un soldado. Los compañeros de este se apresuraron a vengarle, matando al agresor, que, a su vez, quedó vengado por sus antiguos súbditos, con la muerte de algunos cristianos. Se hubieran seguido las recíprocas represalias, si el capitán español, con los restantes dieciocho, de los treinta soldados que fundaron la guarnición,

(58) *L. c.* ff. 327v, 328.

no decidiera prudentemente retirarse a Calus, acompañado del misionero que se apartaba muy triste de su grey (59).

Tal fue el rudo golpe que decidía de la suerte de una, tal vez, próxima cristiandad que tanto prometía y cuyas progresivas etapas, hasta llegar a tan violento desenlace, podemos reconstruir al menos sustancialmente.

Rogel, informado, sin duda alguna, por su compañero de fatigas, y desconocedor en absoluto de la responsabilidad indígena, nos asegura que el impedimento para el ulterior progreso de la misión lo pusieron los mismos cristianos. Tras de lanzar severas frases, en carta al padre Avellaneda, contra sus compatriotas soberbios e indómitos que todo lo quieren atropellar, añade, que los soldados comenzaron a tratar a los naturales como si los hubieran conquistado por la guerra, haciéndoles grandes agravios y vejaciones (60). Tales afirmaciones dejan entrever alguna pasión en el celoso misionero. Sentido y no poco amargado por los escasísimos resultados de sus pasados trabajos en Calus, en la misma carta al antiguo provincial de Andalucía, se desahogaba con violentas censuras contra sus compañeros, sin hacerse mucho cargo de la precaria situación a que estos se veían reducidos: « Con tratar entre indios indómitos, ynquietos y quam malos se puede pensar, ningún trabaxo e tenido que llegue al que e tenido en ir a la mano a los soldados, con quienes e vivido, en que no hagan agravio a los naturales, y a sido esto tanto, que muchas vezes me e puesto a tú por tú con ellos, ofreciéndome muy de buena gana a la muerte y amenazándoles que, aunque me diesen de estocadas, no avía de dexar de dezirles el mal que hazían » (61).

Cuáles fuesen estos grandes agravios y vejaciones, ninguno de los dos misioneros nos los especifica. Sin creerlas de plano, no podemos renunciar a indagar el valor que puedan tener tales afirmaciones.

(59) Archiv. S. I. Rom. *Iap-Sin.* 6, f. 265 : La carta es del hermano Villareal, a Borja, desde Tupique, región de Guale, 5 de marzo de 1570.

(60) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.*, Rogel a Borja, 25 de julio 1568, ff. 328, 328v.

(61) *L. c. f.* 328v.

Las dificultades que agobiaban las guarniciones de Calus y Tocobaga se hicieron sentir no menos pesadas en Tequesta. La escasez de alimentos en tierra privada casi completamente de cultivo, no sería el menor sufrimiento. Esta dolorosa circunstancia coartó, por otra parte, no poco la labor del misionero al no poder atender a las necesidades de los indios. Desatendidos estos forzosamente en el auxilio material que necesitaban, se irían alejando del jesuita y de los soldados.

Las mismas privaciones dieron también ocasión a una desagradable tirantez de relaciones entre los del fuerte y Villarreal. Desoyendo este la petición unánime de los soldados y el capitán, se había negado a ir la Habana, para procurarles mantenimientos, porque era entonces cuando se juntaban los naturales y quería aprovechar la oportunidad de tal coyuntura para la explicación de la doctrina (62). Aunque sus razones para tal negativa eran muy atendibles, no podían comprenderlas tan fácilmente los necesitados españoles que veían en el jesuita el más indicado valedor para conseguirles recursos y víveres.

Motivos, tal vez, más eficaces que los que alegaba ante los soldados, tenía el hermano para permanecer en su puesto (63). No sería el menor querer impedir con su presencia lo que Rogel llama vejaciones de los españoles contra los indios, y eran las violentas expansiones producidas por una atmósfera de miseria y contrariedad, pues se veían faltos de lo más indispensable para su alimentación.

A esos sufrimientos se añadía la falta de los medios más indispensables para un cómodo establecimiento. Por unos cuatro meses fueron el tormento de la guarnición los mosquitos que los acosaban día y noche. Las mismas precauciones que tomaban para defenderse de las picaduras de los importunos insectos, dormir « alrededor de la lumbre y cercados de muchos humos », les imposibilitaban conciliar el sueño (64).

(62) *L. c. f.* 328.

(63) No se atrevía a exponerlas a los soldados, ni en la carta a Rogel, por temor, sin duda, de que alguno de los aludidos las leyera.

(64) *L. c. f.* 327v: « Algunas noches y días, nos dice Villarreal, se me pasaban sin poder dormir una hora »; noches insomnes de las que más o menos participarían los soldados.

El malestar y excitación producidos por tal agotamiento y ausencia de reposo, había de afectar más profundamente a los que abandonaban su patria con ideales caballerescos y en busca de risueños y prósperos países. Este malhumor se convertía primero en desprecio al indio, rudo e inconsciente ante las necesidades españolas; después en ofensas y malos tratamientos que fácilmente tomarían el carácter de ultrajes y vejaciones con la agresiva y natural reacción de los indígenas. Tal parece haber sido la triste historia de la fortaleza de Tocabaga, análoga amenazaba ser la de Calus e igual aparecía la de Tequesta. Los indios, resueltos a no soportar por más tiempo la convivencia extranjera, al principio con serias amonestaciones, después con amenazas de pegar fuego al pueblo y matarlos, incitaban a los de la guarnición a irse de su provincia. Ante la inutilidad de las amenazas, blandieron los arcos y a los certeros golpes sucumbieron algunos españoles (65). Los demás, sin apoyo y expuestos a una completa catástrofe, hubieron de alejarse de aquella región de tan tristes recuerdos.

Grande loa es, sin duda, para el misionero jesuíta haber abandonado su puesto únicamente cuando sus poco agradecidos catequizados lo arrojaron de él.

(65) Podían los de Tequesta quemar el pueblo sin menoscabo mayor, pues eran las casas de madera y de fácil construcción (LE MOYNE, *Brevís Narratio...* Icon XXX).



ABANDONAN LOS JESUITAS LA FLORIDA MERIDIONAL

SUMARIO: — 1. Instrucciones al padre Portillo para la misión del Perú. — 2. Borja y la dispersión misionera. — 3. Misioneros para la Florida, Perú y Nueva España. — 4. La Florida pospuesta al Perú y Nueva España. — 5. Intervención de Menéndez; celo del padre Avellaneda. — 6. Cooperación de Borja. — 7. Menéndez y los despachos reales. — 8. Entrevista con los misioneros. — 9. El colegio de la Habana y la misión floridana. — 10. El ofrecimiento de Borja. — 11. Los misioneros de la segunda expedición. — 12. El padre Juan Bautista de Segura: datos biográficos; estudios en Alcalá; el jesuita. — 13. El superior de Villimar, Monterrey, Salamanca y Valladolid. — 14. Deseos de misiones; las misiones y el aprovechamiento espiritual. — 15. Escogido para las misiones; se decide su ida a la Florida. — 16. El padre Antonio Sedeño; destinado a Honduras. — 17. Datos biográficos: el servidor del conde Landriano; el jesuita. — 18. Dificultades en los estudios. — 19. Su ideal. El hermano Pedro Mingot Linares. — 20. El padre Gonzalo del Álamo. — 21. El hermano Juan de la Carrera. — 22. El hermano Agustín Váez: sus deseos de misiones. — 23. A bordo; en Canarias; peligro de naufragio. Puerto Rico. — 24. Las huestes de Gourgues: conquista de los fuertes españoles del río San Juan. — 25. En San Agustín. — 26. En Tequesta. — 27. Las reuniones de la Habana; misterios. — 28. En Calus: simpatía interesada del cacique; el déspota; inseguro apoyo de la colonización española. — 29. Esperanzas en Calus con la venida del adelantado; quemados los ídolos: — 30. Decisiones prematuras; los españoles matan al cacique. — 31. Reorganización misionera de Tequesta. — 32. Fin de la guarnición y de la misión.

1. - Los preparativos de la primera expedición jesuítica no se hicieron según los deseos de Roma que vio partir a tres de sus hijos, sin que de antemano supiera a qué parte iban del inmenso continente americano. Habiéndose de aprestar

en seguida otra segunda al Perú; para el superior de ella, padre Jerónimo Ruiz del Portillo y para los demás que la formaban, se redactaron instrucciones prácticas y concretas, encaminadas a unificar la acción misionera: Se procuraría ir a pocas partes, pues no estando repartidos los misioneros, se ayudarían y consolarían mutuamente, y sería de mayor duración lo que emprendiesen; estaría el padre provincial en el mejor puesto, de donde más cómodamente se pudiese comunicar con los centros de misión; en las partes no del todo conquistadas, procurarían fijar su residencia donde la tuviera el gobernador o hubiera presidio seguro, ni se pondrían fácilmente en peligro notable de la vida, entre gentes no subyugadas, pues era grande la falta que de obreros había en aquella viña del Señor (1).

Normas en verdad prudentes y apropiadas al estado de inseguridad de las misiones de la América septentrional, y eso que cuando se redactaron, dieciocho de marzo de 1567, no habían llegado a Roma las voces de desaliento del padre Rogel y del hermano Villarreal, y tan sólo se sabía la muerte del valiente aragonés, padre Martínez.

2. - Unos días antes de firmarse estas instrucciones, once de marzo, prevenían al padre Bustamante, visitador, que para la venida que se esperaba del adelantado a España, convenría tener aparejada nueva expedición misionera para la Florida (2). Esta observación la hacía Borja con ánimo algo preocupado, no tanto porque la presencia del asturiano podía significar nuevo contingente de misioneros a Ultramar, cuanto porque veía el peligro de querer extender demasiado el campo de actividad jesuítica, con el consiguiente decrecimiento de intensidad y fruto en la labor. « Temo que su majestad, escribía el quince de marzo de aquel mismo año al provincial castellano, padre Carrillo, allende de la Florida, nos mande enviar gente al Perú o Nueva España »; había recomendado al padre Araoz trabajara con el rey para que fuesen los jesuitas a sólo una parte (3).

(1) MHSI. *Borgia* IV, pp. 419-421.

(2) *L. c.* p. 427.

(3) *L. c.* p. 442.

No podía esperar mucho el padre general atendiera la corte a sus deseos e instancias, pues iban muy adelantados los preparativos de la expedición al Perú, y los del Consejo de Indias estaban en que otros ocho fueran a Nueva España (4). Por otra parte, el mismo rey, el quince de enero de 1567, había pedido cuatro misioneros para Honduras (5). Tentando San Francisco de Borja de oponerse, con todos los medios posibles; a esta dispersión misionera, escribió el dieciséis de marzo al padre Araoz, hiciera valer su influjo en la corte, para que no se repartiesen los jesuítas en muchas partes de las Indias; se contentasen al principio con sólo la Florida, donde se había entrado ya; si el buen suceso convidaba a nuevas empresas, se podría pensar en el Perú y Nueva España; en el mejor de los casos, fuesen los primeros como exploradores, para enterarse de la tierra, gente y costumbres, y ensayar el modo más acomodado para convertir los indígenas a la fe (6).

Aunque tales providencias eran necesarias para el feliz éxito de la empresa floridana, y justísimos los derechos reclamados para los misioneros, comprendió Borja toda la delicadeza del negocio; y así, tras de recomendarlo al influyente Araoz, le encarga el mayor cuidado posible en tratarlo: « Esto deseo, si se puede persuadir buenamente al señor presidente de Indias o S. M., si en este negocio ha mostrado voluntad de que vayan a más partes; pero si todavía fuere servido que vaya[n] a otra o otras partes, desde luego no ay que hazer sino obedecer a S. M. ». Hasta el último momento conservará Borja inmutables sus principios sobre la extensión misionera en América; si cedió, fue por respeto y consideración al soberano español. « Y si no sólo a dos partes, más aun a tres fuesse voluntad precisa de S. M. (lo qual no creo), que vayan los nuestros, scilicet Nueva España, Perú y Florida », los

(4) Escribe Portillo a Borja desde Madrid, 20 de enero 1567: « Hablé al presidente y díxome q. para 24 avía licencia aora y aunq. al Perú no vamos sino los ocho, parece desean q. a la Nueva España vayan otros ocho... » (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 103 f. 30).

(5) MHSI. *Borgia* IV, p. 443.

(6) *L. c.* p. 446s.

superiores de España señalarían los que habían de ocupar tales puestos (7).

Ante la tendencia madrileña de no recurrir fuera de la Península para la preparación de las misiones ultramarinas, (de la curia jesuítica romana se hizo poco menos que caso omiso), San Francisco de Borja, dándose perfecta cuenta de tal actitud, prefirió desde el principio llevar las negociaciones por medio del sagaz Araoz. Este, por su parte, según creemos, conservaría como norma privada de conducta las prudentes observaciones de su general, en vez de presentarlas a la corte o a los consejos que las hubieran juzgado como menoscabo de su independencia patronal.

3. - Aunque entre las misiones de América las preferencias de Roma se dirigían a la Florida, porque convenía continuar la obra allí donde se había comenzado, y los misioneros en aquellas provincias contaban con la protección y cuidados del asturiano (8); hubieron de ceder a las exigencias de la corte española que miraba con predilección al Perú y Nueva España, y someterse a la voluntad de Felipe II que quería diera la Compañía sencillamente los sujetos pedidos por las cédulas reales, y que la determinación del lugar en América la hiciera el Consejo de Indias.

No había de ser tan fácil reunir entre las provincias de España los misioneros requeridos por estas cédulas, aunque la curia jesuítica romana había recomendado, en general, a los padres provinciales dieran algunos súbditos, dejando la ulterior decisión al celo y generosidad de los superiores españoles. El padre Portillo, nombrado provincial de las futuras misiones americanas, sintió los efectos de esta providencia tan indeterminada. Escribía al padre general que los superiores locales llevaban a mal el elegir misioneros entre sus subordinados, y cuando a ello se sometían, daban *lo más ruin*; esto era tanto más duro, cuanto que la empresa importaba a toda la Compañía y se hacía a la vista del rey y del reino (9).

(7) *L. c.* p. 447s.

(8) *L. c.* p. 448.

(9) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 103, f. 30.

Disgustados en Roma de tal conducta, escribían el once de marzo de 1567 al provincial castellano, quien, sin duda, era el menos recatado en sus espontáneas reacciones: « Si al padre Portillo no se le dieron los dos compañeros que avía de llevar de esa provincia, se a caído en falta »; temían que, entre réplicas y disputas, se hubiera embarcado sólo, en cuyo caso, debían remitirsele un padre y un hermano, como anteriormente se había escrito (10).

Humildemente se sometió el padre Carrillo a la paternal corrección; podía señalar Borja los que le pareciesen en el Señor, que él los enviaría sin ninguna pesadumbre (11).

4. - Ya para este tiempo, veinticuatro de abril, estaban comisionados los padres Araoz y Bustamante, para señalar, con inteligencia de Roma, los sujetos para las misiones de Ultramar (12). Las deliberaciones de los dos delegados dieron por resultado que lo de la Florida no convenía remover por entonces, pues oficio de los misioneros era más predicar, evangelizar y ganar almas, que conquistar pueblos; en aquellas provincias sólo se podía entrar a punta de guerra; cuando avanzase la conquista, podrían trabajar allí los jesuitas que estaban avisados y escarmentados con la muerte del padre Martínez (13).

Coincidió sustancialmente con este el parecer del rey y del Consejo de Indias, cuyo presidente había manifestado al padre Portillo que, de los veinticuatro pedidos, quería el rey fueran doce al Perú y doce a la ciudad de México. Como observaba el mismo Portillo, faltaban sólo los nombramientos de Roma para completar el número (14).

Poco después, el veintiséis de junio de 1567, decididamente puede escribir a San Francisco de Borja que, según el provincial andaluz Avellaneda, el rector de Sevilla y él

(10) *L. c. Hisp.* 68, f. 33v.

(11) *L. c. Hisp.* 105, f. 220v. Carta de Carrillo a Borja, 24 de abril (Medina del Campo): « Si yo hize falta en no dar al pe. Portillo lo que quería, me pesa... » (*l. c.*).

(12) MHSI. *Borgia* IV, p. 447.

(13) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 105, f. 330.

(14) *L. c. Hisp.* 105, f. 266. Carta de Portillo a Borja, Sevilla, 8 de mayo 1567.

mismo, no se debía seguir por entonces la misión floridana, hasta dar cuenta a Roma de lo que de ella se esperaba; pues, por las informaciones recibidas, no existía allí pueblo alguno organizado, la gente era antisocial y muy salvaje, vivían detrás de matas, como fieras, y sólo se juntaban, cuando sentían gente extranjera, con silbos y otras señales silvestres, para volver a sus cuevas; andaban desnudos y eran traidores. Tan pocas eran las esperanzas de conversiones, seguía el informe, que el padre Rogel y el hermano Villarreal estaban todavía en la Habana (15), por no hallar en la Florida disposición para santificarla; en consecuencia no sólo no se atrevía a enviar nuevo contingente, sino antes dudaba si no llamaría a los dos misioneros, para ponerlos en parte donde fructificaran más en las almas, a mayor gloria divina (16). Oportunamente observaba el mismo superior del Perú, aunque casi por vía de paréntesis, que eran estas noticias distintas de las que diera Menéndez.

Tras de no ser insuperables tales dificultades para iniciar una misión, algunos de estos informes provendrían de gente descontentadiza, que no había podido soportar la escasez de recursos de las guarniciones floridanas, y empeñada, por tanto, en presentarlas repulsivas. Hemos visto hasta ahora, que ni los *tequestanos*, ni los *tocobagas*, ni los indígenas de las orillas del río San Mateo, eran tan bárbaros y cavernícolas cuales, de buena fe y por referencias, los pintaba el padre Portillo; ni a los inquietos y arrogantes *calusanos* cuadraban costumbres tan salvajes.

En carta del catorce de julio a Roma, repite Portillo casi las mismas consideraciones, y aun acentúa algunas: Estaban los floridanos empeñados en la guerra contra los cristianos y no había medio de entrarles sino con mucha gente, « porque alias no es sino a que hagan carnicería, como la hazen de todos los que cojen » (17). Sin mostrarse ya tan intransigente, pasa porque vayan el padre Juan Bau-

(15) Sabemos que para este tiempo estaban los dos misioneros trabajando en la Florida: Rogel en Calus y Villarreal en Tequesta.

(16) MHSI. *Borgia* IV, p. 486s.

(17) *L. c.* p. 495s.

tista de Segura y un hermano, como compañeros del padre Rogel y el hermano Villarreal; con los cuatro sobran y aun habían de estar holgados; si con el tiempo brillaba alguna esperanza de porvenir, se enviarían misioneros en mayor número. No resignándose, sin embargo, a privarse de operarios tan valiosos, juzgaba más conveniente fueran los doce al Perú, « hasta saber si estaba de paz la Florida », además de que para allá no había ni licencia ni despachos del rey, ni de Menéndez (18).

Aunque en un principio no se admitieron en Roma los planes de los padres Portillo, Araoz y Bustamente, de una exclusión total de nuevos misioneros para las provincias del adelantado, con las repetidas instancias acabaron por seguirlos. En esta determinación influiría no poco la cédula real de Felipe II de quince de enero de 1567, al padre Avellaneda: Atendiendo el monarca a los deseos del nuevo gobernador de Honduras, don Juan Vargas de Carvajal que quería algunos de la Compañía para las provincias a él confiadas, le pedía cuatro jesuitas que acompañaran al gobernador y se embarcaran en la primera flota que partiera de Sevilla (19). Sorprendido Borja por la nueva petición, decidió mandar al Perú los que de antes estaban designados; y a Honduras, los padres Segura y Sedeño con los hermanos Linares y otro que escogiera el padre Portillo entre los señalados para los antiguos dominios del Inca (20).

5. - No era esta una última solución, pues, según indicaba el mismo padre general en su carta, no convenía « dar más gente para la Florida, hasta oír al señor Pero Menéndez ». El cambio no se hizo esperar; nos lo anuncia el padre Portillo en carta de veinticinco de septiembre a San Francisco de Borja: Tenían el flete despachado y el hato casi preparado para zarpár el siguiente día de Sanlúcar; quedaban cuatro para la Florida, quienes, como había escrito Menéndez, recibirían pronto los despachos reales y podrían embarcarse dentro de dos meses. No había puesto él, añadía el

(18) *L. c.* p. 496.

(19) MHSI. *Borgia* IV, p. 443s.

(20) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 68, f. 92v.

superior, dificultad alguna a esta solución, pues por las últimas cartas de Rogel se deducía que no eran tan salvajes, como se creía, todos los indígenas de la Florida (21).

Como era natural, la presencia del resuelto y emprendedor conquistador en España había de hacer tomar distinta orientación a los acontecimientos. Llegado el veinte de julio de aquel año de 1567 a la corte y recibido con todos los honores merecidos por sus proezas (22); después de ultimar los negocios más urgentes, escribía el primero de agosto al provincial andaluz, padre Avellaneda, que había deseado darle personalmente la alegre nueva de su llegada, mas, por temor de los moros, no había querido desembarcar en Sevilla; sus prósperos sucesos en el continente septentrional de América eran fruto de las oraciones de los jesuitas; por ellas el Señor se había mostrado milagrosamente; ante el magnífico porvenir de la predicación evangélica, debían ir allá seis padres de la Compañía y algunos legos.

El celo del provincial andaluz había de excitarse no poco con la descripción, exageradamente optimista, con que el adelantado pintaba las ansias de los indígenas para convertirse, pues a gritos protestaban que querían ser cristianos. Pasando por alto Menéndez la oposición que había tenido en las márgenes del río San Mateo, y las nubes de solapada traición que se cernían sobre las provincias de Calus; podía hablar de las risueñas perspectivas de Santa Elena, Tequesta y Tocobaga, cuyos habitantes se daban mucha prisa a aprender la doctrina cristiana; los más se habían desprendido de sus ídolos y adoraban la cruz con gran reverencia, de suerte que en todo el mundo no había tan buena disposición para convertirse ni tanta obligación de servir a Dios (23).

6. - Si ante el atrayente porvenir, aun misionero, del Perú y Nueva España, se había casi olvidado el interés de la Florida, llegaba oportunamente el adelantado para avivarlo. Espontáneo y entusiasta cooperador halló en Borja, quien en carta de treinta de octubre de 1567 al padre Juan Bau-

(21) *L. c. Hisp.* 107, ff. 53, 54.

(22) SOLÍS DE MÉRAS, *Memorial...* pp. 316ss.

(23) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 106, f. 225.

tista de Segura, alababa el buen ánimo y fortaleza del misionero para trabajar en tierras donde tantas dificultades forjaban algunos; si unos espantaban con recelos, otros, entre ellos los que estaban en la Florida, daban grandes esperanzas de fruto. Su majestad, continuaba Borja, por la confianza en la Compañía que Menéndez le había inspirado sólo quería en aquellas provincias jesuítas; cuando aquella nueva planta, regada con la sangre de la Compañía, augurara abundante fruto, se enviarían más misioneros; el método práctico para la evangelización lo darían la experiencia y prudencia, aunque se debía tener « particular cuenta con la ternura de aquellas almas y con la rudeza de sus entendimientos », incapaces de sufrir las cargas llevaderas a los que tenían perfecta razón y mayor conocimiento de Dios (24).

7. - Alarmado Menéndez con la fama que en la corte y en varias partes de la Península había recogido sobre el carácter bárbaro de los floridanos y esterilidad de aquellas provincias; después de disipar la mala impresión que tales voces hicieran en el monarca y en los consejeros reales, ansiaba presentarse en Sevilla, donde los misioneros jesuítas, desde hacía algún tiempo, esperaban navegación, para hacer desaparecer con su optimismo, el desaliento que podía haberse insinuado en ellos.

En la carta de veinticinco de septiembre de 1567, según hemos visto, observaba el padre Portillo que Menéndez había avisado enviaría pronto los despachos reales. Esta actividad del adelantado fue decisiva para la organización de la empresa misional de la Florida e impidió que se titubeara en la determinación del continente ultramarino a donde irían los jesuítas que todavía esperaban en Sevilla. Enterado Menéndez por Araoz y Bustamante y otros padres, de las dificultades suscitadas para la misión de la Florida, decidió afrontarlas y vencerlas. Antes de emprender su camino para la ciudad del Betis, consiguió de Felipe II cédula real para ocho jesuítas, destinados a aquella región de América. La presentó primero a los consejeros reales, y después en Se-

(24) MHSI. *Borgia* IV, p. 539s.

villa a los de Contratación, por quienes hizo añadir los nombres de los seis jesuitas que en aquella ciudad aguardaban la salida de las naves, incluyendo naturalmente al padre Segura, temporalmente ausente de allí. Cambiar o quitar nombres, una vez que las libranzas estaban hechas y escritas en los libros de Contratación y pagado casi el matalotaje, era muy difícil y prácticamente imposible (25). Así quedaba decidida la suerte de Segura y de sus compañeros, a quienes el adelantado ampararía como sus protegidos y colmaría de cuidados.

8. - Para animarlos y desengañarlos de algunas falsas informaciones que acaso tendrían (26), se presentó en el colegio sevillano el dieciséis de diciembre de 1567. Después de un alentador preámbulo en que repitió lo que para los misioneros era conocido, que desoyendo las ofertas que otras órdenes le hicieran de sujetos, había escogido a los de la Compañía, por conocer lo mucho que Dios N. S. obraba por ellos en la India, contóles sus primeros pasos de evangelizador entre los indígenas: Hábiales predicado sobre la existencia de Dios, del cielo e infierno, con palpable fruto, que el Señor había querido aumentar, mostrando su misericordia con cuatro o cinco milagros; interesados los indios por los padres misioneros de quienes les hablara, instábanle porque los llevara pronto; dos de estos permanecerían en la Habana, en el colegio que allí se había de fundar para los naturales, junto al que se podría construir otro, capaz para albergar y educar ochenta o cien niños, hijos de los caciques floridanos; así aprenderían estos la lengua de los misioneros y convertidos obligarían a sus padres a imitar su ejemplo; al mismo tiempo, servirían de rehenes para la seguridad de los cristianos que trabajaban en el campo misional. Ideal risueño con el que hubieran fraternizado los cubanos y los floridanos, y a la conversión de los caciques se hubiera seguido la de los súbditos. Para la eficaz ejecución de tales

(25) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 108, f. 59v: Carta de Segura a Borja, Sevilla, 8 de febrero 1568.

(26) Toda la relación de la entrevista en *Fondo Gesuitico, l. c. Collegia*, Florida. Cf. *Historical Records and Studies*, XXV (1935) pp. 126-129.

planes, seguía el adelantado, era menester que con los misioneros señalados, fueran otros veinte, entre niños y mozos que ayudaran en la explicación de la doctrina y enseñasen a leer y escribir; el superior padre Segura, tendría su residencia habitual en la capital cubana, de donde podría visitar todos los centros misionales de la Florida; en la acción unida de misioneros y conquistadores estribaba el fruto de la conversión y esta concordia se debía manifestar en la doctrina, disciplina y buen acuerdo; la doctrina la darían los padres, « la disciplina para regir a los que a su cargo estaban », la ejercitaría él, guiado siempre « por amor, nunca por temor y castigo », y el buen acuerdo dependía de las dos partes.

Esta unidad en la labor del adelantado y de los misioneros levantó los ánimos de los jesuitas que miraban la Florida como campo inaccesible (27).

Otra circunstancia ideada desde mucho antes por el conquistador, acabó de templar a los misioneros. Los súbditos que el cacique de Tequesta le entregara y otros tres indígenas de las cercanías de San Agustín que quisieron venir a España con el adelantado, habían sido enviados por este a Sevilla, para que Segura y sus compañeros los instruyesen. Doctrinados convenientemente para este tiempo, quiso Menéndez que el bautismo se celebrara con toda solemnidad en la iglesia mayor. De la ceremonia litúrgica se encargó el obispo chileno Fernando de Barriovero O. S. F. A la simpática fiesta estuvieron presentes el adelantado con otros muchos caballeros, los jueces de Contratación que hicieron de padrinos y los misioneros, que auguraron en aquellas primicias cristianas la futura conversión de toda la Florida (28). El acto resultó verdadero símbolo de la colonización tal cual la deseaba Menéndez, pues la representación

(27) En la carta annua de Sevilla, 25 de enero 1568, escribe el padre Jerónimo Maldonado: « Van [los misioneros de la Florida] con grande confianza en Dios nro. Señor, se a de hazer grande fructo en aquella tierra por el sancto zelo y deseo de la salvación de aquellas almas que el adelantado tiene » (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 141, f. 167v).

(28) *L. c.* f. 167.

política de Contratación y la del mismo adelantado, la eclesiástica del obispo chileno y de los misioneros, erigían las piedras angulares de la iglesia de la Florida.

9. - La idea más saliente expuesta por Menéndez en su entrevista con los misioneros, era sin duda alguna la del colegio de la Habana, semillero de la posterior cristianización de las provincias septentrionales. El influjo que pretendía dar a este colegio era enorme; había de ser, según observaba el padre Bustamante, como la metrópoli de donde los superiores de la Compañía gobernasen sus súbditos de Nueva España, la Florida y el Perú, pues era la capital cubana paso obligado para Ultramar, se gloriaba de ser cristiana, y tenía su obispo e iglesias; así ofrecería refugio seguro a los que en la Florida y en otras partes de América se hallaban necesitados (29).

El entusiasmo que en la España jesuítica suscitaron tales planes fue muy grande, si hemos de guiarnos por el que mostraba el mencionado padre Bustamante. Tras de ofrecerse para aquella misión, no sabía si había alguna otra semejante. Más aún, a su juicio, aunque se deshiciesen todos los colegios jesuíticos de España, y todos los padres y hermanos se empleasen en aquel apostolado, el servicio prestado sería agradabilísimo a Dios, pues en la Península sobran ministros evangélicos con los religiosos y buenos sacerdotes que había, y aun, por tal abundancia de operarios apostólicos, permitía el Señor que entre todos hicieran tan poco fruto (30).

Si el visitador de las provincias de Andalucía y de Toledo comunicaba en las casas por donde pasaba tales ánimos, no faltarían ciertamente ofertas para las misiones de Ultramar.

Cambiaba de esta suerte el carácter de la misión flori-

(29) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 108, f. 26: Carta de Bustamante a Roma, 15 de enero 1568. Esta información la recibiría de Menéndez. En el mismo sentido escribía el adelantado, cuya carta no poseemos, a Roma, fines de 1567. A ella se hace referencia en la que de Roma se escribe a Saavedra (*l. c. Hisp.* 68, f. 123).

(30) *L. c. Hisp.* 108, f. 26.

dana y las preocupaciones de Borja por la inseguridad del misionero en tierras casi inexploradas, se disipaban en parte.

10. - El proyecto del colegio cubano lo recomendaron a Roma, además del padre Bustamante, el rector del colegio de Madrid, padre Saavedra, encargado igualmente de la visita de la provincia toledana, en unión con el primero. El mismo Menéndez, deseoso de no dejar apagar aquel fuego sagrado que se había encendido entre los jesuitas españoles, y ansioso por comunicarlo a la curia jesuítica romana, escribía al padre general, el diecinueve de enero de 1568, que dadas las esperanzas de conversiones en la Florida, el colegio de la Habana podría fructuosamente emplear a doce jesuitas o más (31).

En respuesta del siete de marzo, halló San Francisco de Borja nueva ocasión para agradecerle el honor que hacía a la Compañía en servirse de ella como instrumento y medio para la pacífica conquista y evangelización del territorio a él encomendado; su deseo de complacerle lo había podido ver Menéndez en los sujetos que le diera para tal empresa, en circunstancias de tanta penuria de gente para atender al vasto campo confiado a la Compañía; aunque daba por bien empleada la sangre que había comenzado a derramarse en la América del norte, y estaba decidido a apoyar la fundación del colegio cubano; deseaba, sin embargo, para seguridad del abundante personal que se podría enviar con el tiempo, fueran algunos a tomar asiento y preparar el terreno; los que después los siguieran, sin perder tiempo, se ocuparían en el ministerio espiritual (32).

Dejando entrever Borja al final de la carta que le parecían demasiado los doce misioneros, sobre el particular del número se remitía al padre Saavedra, quien tenía orden de tratar con el adelantado y secundarlo en todo.

(31) No conocemos la carta. Sabemos la fecha de ella por la respuesta de Borja, 7 de marzo 1568 (MHSL. *Borgia* IV, pp. 577-579). De esta podemos deducir, además, algunos de los puntos que contenía. El número de misioneros que pedía el adelantado, aparece en la carta de Borja a Saavedra (*l. c.* p. 581).

(32) MHSL. *Borgia* IV, p. 577s.

Las instrucciones dadas al rector madrileño eran que debía hablar seriamente al fogoso marino y persuadirle se contentase con los seis que en Sevilla le aguardaban, o cuando mucho, con tres o cuatro más; irían estos, sobre todo, para explorar y conocer la tierra y gente, aprender la lengua y fundar casa y colegio, donde se pudieran establecer ellos y los otros que posteriormente se fueran designando para aquellas provincias; mientras se procedía a estos trabajos preliminares, se prepararía en España más gente; y en esto no se perdía tiempo, antes se ganaba, pues la navegación a la Florida desde la Península era tan fácil y tantas veces al año (33).

Preocupado San Francisco de Borja con la largueza de Menéndez en pedir jesuitas para obra que no consideraba madura, previene al rector que si todavía deseaba aquel más misioneros, le ofreciera los menos posibles. Comprendiendo, sin embargo, el general la delicadeza de un negocio en que estaba de por medio la corte española y cortando decididamente el nudo gordiano, añade: « pero en fin si con otra cosa no se contentase y de esto que se propone mostrase mucho desconsuelo, vos, padre mío, avéis de tomar trabajo de proveerle de 12 personas de la Compañía, los dos sólomente sacerdotes, y otros quatro o cinco escolares, provecos en virtud y en hedad, que se puedan allá ordenar en Cuba y los demás de nuestros coadjutores »; aunque « lo mejor de todo sería que se asentasen allá las cosas primero, y después fuese la gente » (34).

Con idéntica fecha escribía al provincial andaluz, padre Avellaneda que si le pedía el padre Saavedra sujetos para la Florida, cediera cuatro, dos sacerdotes y dos hermanos (35). Y al padre Carrillo que, presupuesta la misma petición, diera también cuatro, dos escolares que pudieran ser sacerdotes después de algún tiempo y dos coadjutores, pues no era posible esquivar el sacrificio (36).

(33) *L. c.* p. 581s.

(34) *L. c.*

(35) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 68, f. 134.

(36) *L. c.* f. 131v.

El más indicado para resolver satisfactoriamente las dificultades con Menéndez era el padre Avellaneda y este, según parece, le persuadió se contentase con los seis de Sevilla. Escribió después al padre provincial toledano que se negara simplemente a dar más misioneros. Así se cerraba el paso a ulteriores negociaciones y quedaba, por el mismo hecho, formada la segunda expedición para la misión de la Florida.

11. - Los nombres de los que la componían, a excepción del hermano Linares, nos los da el mismo padre Avellaneda, en carta que de Sevilla escribe a Roma, el once de marzo de 1568, para contar, entre otras cosas, la partida de los misioneros. Eran estos los padres Juan Bautista de Segura, Antonio Sedeño y Gonzalo del Álamo y los hermanos Pedro Linares, Domingo Agustín Váez y Juan de la Carrera; acompañábanlos ocho mancebos para ayudarles en la enseñanza de la doctrina a los indios, quienes, después de esta prueba de dos o tres años, podrían ser recibidos en la Compañía (37).

12. - Superior de la expedición e igualmente de todas las provincias floridananas, con subordinación al padre Jerónimo Ruiz del Portillo, designado, hacía poco tiempo, provincial de las Indias Occidentales, había sido nombrado el padre Segura, nacido en Toledo hacia 1529 (38). Desde muy joven comenzó a frecuentar la insigne universidad de Alcalá, donde hizo sus estudios de latín, dos años de griego, se inició en

(37) *Hisp.* 108, f. 122v. En la carta annua de Sevilla, 17 de enero 1569, se escribe: « Con el P. Bautista de Segura fueron muchos niños que aprendiesen allá la lengua para decir la doctrina, con otros hombres devotos para el mesmo effeto » (*l. c. Hisp.* 141, f. 222). ALCÁZAR, S. I., en la *Chrono-Historia... II*, p. 217, nos da los nombres de cinco, considerándolos como jesuitas, que no lo eran de hecho: HH. Juan Bautista Méndez, Gabriel de Solís, naturales de Sevilla, Pedro Ruíz, Juan de Salcedo y Christóbal Redondo.

(38) Responde así Segura al Cuestionario de Nadal (*Responso... l. c.* III, ff. 38, 39): « [Tengo] 32 o 33 años ». Esto lo escribía a principios de 1562. En efecto, salió Nadal de Alcalá, donde se había encontrado con los provinciales de Andalucía y Aragón, el 3 de enero 1562, y se dirigió a Burgos para reunirse allí con el provincial de Castilla, Araoz, y organizar la provincia (MHSI. *Nadal I*, p. 648s.). De suerte que Villimar, pueblo vecino a Burgos, y donde estaba entonces de rector el padre Segura, sería una de las primeras casas visitadas de Castilla.

el hebreo, recibió el grado de maestro en artes, cursó la teología durante cuatro años y dedicó al estudio de la sagrada Escritura dos (39); con esto su formación literaria y eclesiástica, antes de entrar en la Compañía, fue completa. La religiosa no la había cultivado menos el estudiante y el universitario que desde niño manifestaba grande afición a la virtud y aun la fomentó con frecuente oración y asiduidad a los sacramentos. En tan piadosa vida se mantuvo hasta su entrada en la Compañía, en Alcalá, donde fue recibido el diecinueve de abril de 1556, por el padre Manuel López, rector del colegio complutense. El primero o segundo día después de entrado, hizo sus votos (40), y pasó muy pronto a la casa de probación de Simancas. Durante su breve permanencia allí, se ejerció en oficios bajos y humildes (41). A fines de agosto o principios de septiembre del mismo año, por orden del comisario general de las provincias españolas, San Francisco de Borja, se trasladó a Medina, para explicar la segunda clase (42).

Después de un corto magisterio pasó a Valladolid (43), probablemente para repasar la teología, asistiendo al colegio dominicano de San Gregorio, y ordenarse.

Su habitual vida de ministerios la comenzó, según parece, en Burgos. A instancias del infatigable y celoso cardenal obispo, Francisco de Mendoza, recorrían los jesuitas las montañas circunvecinas para instruir a la gente ignorante. En

(39) Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, f. 224: Son los primitivos catálogos de la provincia de Castilla.

(40) *Responsa... l. c.* CASTRO, S. I. *Historia del Colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares*, I, ff. 223v, 224.

(41) En la carta cuadrimestre de Alcalá, primero de mayo, 1556, escribe el padre Jerónimo Ripalda de los catorce o quince que se habían recibido en aquel colegio, los cuatro últimos meses: « Todos estos hermanos se han enviado a la casa de probación de Symanchas, sino los que fueron a Plasenzia y otro a Barcelona (MHSI. *Quadrim.* IV, p. 241).

(42) *Responsa... l. c.* MHSI. *Quadrim.* IV, p. 502. En Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, f. 126 está la « Lista de las lecciones que se leen desde S. Lucas de 1560. 2a. clase: género y declinaciones, pretéritos y supinos, epigrammas de S. Próspero, sacadas de las sentencias de S. Agustín ».

(43) En el catálogo de 1557, próximamente, no aparece Segura (*l. c. Cast.* 13, f. 124). La carta cuadrimestre de Valladolid, primero de enero 1557, probablemente la escribe él (MHSI. *Quadrim.* V, pp. 38-41). *L. c.* p. 40, habla de otro padre que iba a las cárceles a explicar la doctrina cristiana; fácilmente puede ser él mismo.

esta labor se manifestó el padre Segura diligente operario (44).

13. - De la capital burgalesa fue a Logroño, y de allí, como rector, al colegio que entonces mismo se fundaba en Villímar, pueblo vecino a Burgos (enero de 1560). Al igual que los demás fundadores de aquella modesta residencia se ocupaba en confesar, explicar la doctrina cristiana y predicar en el pueblo y alrededores (45).

Su carácter prudente, dulce y sumiso le hacían apto para el puesto de superior, y lo fue sucesivamente de Villímar, según lo hemos visto, hasta principios de 1563 (46), de Monterrey, hasta 1565 (47), vicerrector de Salamanca en un lapso muy reducido de tiempo del año 1565, y finalmente rector de Valladolid, desde principios de 1566 hasta su ida a Sevilla, en junio del siguiente.

14. - Sus deseos de misiones no fueron episodios aislados de su vida; los tuvo al entrar en la Compañía y los fue después aumentando. « Desde luego que entré en la Compañía y aun antes, escribe a San Francisco de Borja desde el colegio de Monterrey, el tres de diciembre de 1563, me dava nuestro Señor deseo de ir a trabajar en aquella su viña de las Indias y padecer trabajos por su amor, y este fue en tanto grado que luego, el primer año que entré en la Compañía, hize voto de ir a las Indias o en peregrinación a Ierusalem o a Roma....; después acá he tenido los mismos desseos » (48).

En Roma no se resolvían a acceder a la vocación del que tan competente se mostraba para el gobierno (49).

Sin definir el campo misional, análogas peticiones había

(44) MHSI. *Quadrim.* V, p. 495s. Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, f. 224: Catálogo del colegio de Bellimar. « A instancia del cardenal de Burgos, a peregrinado en diversos tiempos, quatro vezes en diversas partes y puertos de las montañas de aquel obispado ». MHSI. *Quadrim.* V, pp. 672-677.

(45) *Responsa...* l. c. MHSI. *Quadrim.* VI, pp. 560-564; 654-656; 687-689.

(46) Escribe Segura a Laínez de Monterrey, 26 de febrero, 1563: « Un mes abrá ya que vine a este colegio » (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 100, f. 251).

(47) Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, ff. 223, 224.

(48) *L. c. Hisp.* 100, f. 409.

(49) Al margen de la petición de Segura se halla escrito: « Notarése, mas no conviene, por ser bueno acá » (*l. c.*). Borja le contestaba significativamente, el diecinueve de abril 1564, que no era « poca India la de Galicia » (*l. c. Hisp.* 66, ff. 371, 371v).

hecho anteriormente y las fue repitiendo casi periódicamente (50). « Siéntome inclinado a la India o a Alemania o a cualquiera otra misión o ministerio por difícil que sea, en servicio de Iesu Cristo », escribe en el Cuestionario de principios de 1562 (51). Más frecuentemente señala en general las Indias; en la carta de veintinueve de enero de 1566, escrita desde Valladolid al padre general, hace expresa mención de la Florida, sin excluir ninguna de las otras partes (52).

Para el fervoroso toledano, los trabajos sufridos en las misiones dispondrían su alma para empezar a servir a Dios y amarle y despertar como con aguijón la torpeza que tenía en su servicio; « porque alias tengo ya una grande experiencia de mi grande tibieza y floxedad en esta parte, escribe al padre Lainez, el tres de diciembre de 1563, para pedir la misión de las Indias, que no me causa pequeña pena, si no se templase con la confianza que el Señor me da, que por estos medios de trabajos padescidos por su amor, le tenga algún día de empezar a servir de veras ». Sinceramente humilde, aunque siempre había conservado las aspiraciones misionales, temía de su incapacidad y poca virtud para tales empresas y misericordias (53). « Viendo mi insuficiencia para todo, escribe ya rector de Valladolid al padre general, el veintinueve de enero de 1567, en ninguna manera me querría entremeter en cosa alguna, etiam mínima, que de mí uviesen de ordenar los superiores » (54). Tan espontánea humildad, que encontraba en él un carácter natural propicio, le hacía reputarse sin fuerzas para llevar la carga del rectorado.

A su última instancia de misiones de principios de 1566, respondió el padre Polanco el dos de mayo, que se tendría en cuenta si algún día se juzgaba ser expediente (55).

(50) En la carta de 3 de dic. 1563, escribe a Borja: « Lo he pedido muy muchas vezes al padre Francisco, estando en estas partes por comisario, y al padre doctor Araoz, siendo provincial, y después acá, y al padre provincial que es agora de esta provincia, y al padre maestro Nadal, en todos estos años pasados... » (*l. c. Hisp.* 100, f. 410).

(51) *Responsa...* *l. c.*

(52) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 103, f. 33.

(53) *L. c. Hisp.* 100, f. 410.

(54) *L. c. Hisp.* 103, f. 33.

(55) *L. c. Hisp.* 67, f. 193v.

15. - Sabemos que para esta época su nombre se había insinuado desde Roma como disponible para la misión floridana, indicación que había recogido la corte, en la cédula real de nueve de abril de 1566, dirigida al padre Carrillo, probablemente por sugerencia del padre Araoz, que no prodigaba muchas simpatías al recientemente electo rector de Valladolid. Hemos visto la impresión desagradable que esta cédula produjo en el provincial castellano, quien en el desahogo confidencial con San Francisco de Borja, de veintiocho de abril de 1566, escribía que pensaba enviar mensaje a su majestad para indicarle que en Roma habían nombrado tres sujetos de la provincia jesuítica de Castilla, no para que todos ellos fueran a la Florida, sino para que se escogiese uno, y habiendo sido elegido el padre Martínez, no había compromiso con los otros dos (56). Así quedaba excluido el padre Segura de la primera expedición floridana.

Ante las frecuentes peticiones de la corte para Ultramar, comenzó Roma la selección de los superiores que habían de presidir las expediciones. Si además de la Florida, escribía Borja a Araoz el dieciséis de marzo de 1567, se hubiesen de enviar misioneros a otra parte, el superior de ellos sería el padre Segura, caso de no haber inconveniente de enfermedad a algún otro legítimo impedimento, y sustituiría este al padre Portillo, provincial de América, en caso de ausencia (57). Un poco antes, el quince de marzo, notificaban al padre Carrillo, que si el padre Araoz disponía de Segura para la Florida, debía luego ponerse en camino; además acompañarían al padre Portillo los anteriormente señalados (58).

Un poco malhumorado el provincial por las peticiones de personal que le hiciera Portillo; cuando, recién salido Segura de Valladolid, junio de 1567, recibió una carta del padre Bustamante con la demanda de un hermano recio de la provincia de Castilla para la Florida, prorrumpió en este franco desahogo que no se recató de remitir a Roma, en carta de quince de agosto: « Yo no puedo más, pues estas ordinacio-

(56) *L. c. Hisp.* 103, f. 140.

(57) MHSI. *Borgia* IV, p. 448.

(58) *L. c.* p. 442s.

nes vienen a remiendos y por vías extraordinarias » (59).

No eran, tal vez, los inusitados trámites los que más le molestaban, sino la comisión dada a Araoz para seleccionar el personal misionero. Tal designación, añadía el provincial, hacía creer a muchos que la empresa americana era destierro y no misión, y que el nombramiento de Segura no había nacido espontáneo en Roma, sino a instancias del influyente jesuita.

Ciertamente las circunstancias en que el rector valisoletano abandonaba su colegio para trasladarse a Sevilla hacían sospechar una presión mayor. La tutoría aceptada por Araoz, sin consultar ni pedir permiso a ningún jesuita, de la hija de una señora rica, muerta en Valladolid, levantó no pequeña ofensión contra la Compañía, y el consiguiente pleito hizo comentar el episodio por la ciudad con escándalo (60). Este hecho fácilmente pudo dar ocasión a alguna tirantez de relaciones entre el rector, padre Segura y el padre Araoz, además de que no poca de la responsabilidad se atribuiría al primero. La impresión que en el sosegado y ecuaníme toledano produjo el contratiempo debió de ser no pequeña. Probablemente refiriéndose a este episodio y dejando entrever las fatales repercusiones que había tenido dentro y fuera de casa, escribía el padre Luis de Medina a Roma, el cinco de agosto de 1567: « Ha sido aquí donde se ha batido más el cobre de las cosas pasadas o el que ha dado y rescibido encuentros de los que quedó el P. Baptista, con ser un muy aventajado religioso y cuerdo para mucho, malquisto de los de fuera y no menos de los de dentro, porque su recato y prudencia alcançaba los conceptos y aun descifraba los corazones » (61).

Aun antes de que el colegio de Valladolid se viera complicado en tan odioso percance, había experimentado el padre Segura las incomodidades de aquel rectorado, debido, en par-

(59) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 106, f. 50v.

(60) ASTRÁIN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, II, p. 488.

(61) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 106, f. 238.

te, a la presencia del padre Araoz, a la poca inteligencia de este con el provincial padre Carrillo, y más que nada, a las complicaciones que suponía para el colegio la vida algo aseglarada del guipuzcoano (62).

El destino de Segura fluctuó entre Honduras y Florida, hasta que Menéndez de Avilés entregando a los de Contratación la cédula real de que hablamos antes, hizo poner en ella el nombre del jesuita toledano para las provincias septentrionales de Ultramar.

16. - Toda vez que la actividad jesuítica se pedía para tantas partes de América, Roma quiso colaborar por su parte a aligerar el peso de las provincias españolas. Cuando se trató de secundar los deseos del gobernador de Honduras con cuatro misioneros, escribía Borja el veintisiete de agosto de 1567 al padre Portillo, designando a Segura para aquella provincia; como compañeros suyos irían Antonio Sedeño, padre de muy buenas prendas y necesario en Roma, con un hermano laico de probada virtud y diligencia, Pedro Linares; gustosos se sometían a este sacrificio por bien de aquella misión (63).

No era este un destino completamente nuevo para Sedeño, pues designado anteriormente a las misiones portuguesas, y aun puesto en camino para ellas con el hermano Linares, se le desviaba a las españolas. El cambio se lo comunicaban desde Roma, en carta de veintisiete de agosto, dirigida a Livorno o Florència: En atención a las peticiones de misioneros que de España se habían recibido, debía embarcarse el padre con el hermano en el galeón que partiera para Lisboa, y en vez de seguir a la capital portuguesa, pararse en Sevilla, donde hallarían al padre Portillo, provincial de América y, tal vez, a Carvajal; allí se juntarían igualmente con el padre Segura y un hermano que escogiera el padre Portillo, para dirigirse a Honduras, campo de sus trabajos apostólicos; no se debía creer en aquellas provincias lejos de la China y el Japón, aspiraciones de su celo apostólico, pues desde

(62) ASTRÁIN, S. I. o. c. II, pp. 483 ss.

(63) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 68, f. 92^v.

Nueva España, de la que formaba parte Honduras, se llegaba allá en cuarenta o cincuenta días (64).

17. - Muy poco conocemos de los primeros años del padre Sedeño. Aunque nacido en San Clemente (Toledo), desde muy niño abandonó su patria, para trasladarse a Italia y vivir al servicio del conde Francisco Landriano, amigo y bienhechor de la Compañía (65), con quien fácilmente pudo conocer a los protegidos de su señor y aun entrar en comunicación con ellos. El cuatro de julio de 1559, entraba como jesuita en el colegio de Loreto, admitido por el rector, padre Oliverio Manareo, en quien el gallardo joven, de unos veintitrés años, hizo magnífica impresión, si hemos de guiarnos por el informe de aquel: « Es de buena apariencia, modesto, humilde, de gran ingenio y juicio, apto para los estudios y para otras muchas cosas » (66).

18. - La aptitud estudiantil la dejaba traslucir, tal vez, en su viveza natural; hasta entonces, sin embargo, no había tenido ocasión de mostrarla, pues traía a Loreto el escaso caudal literario de saber leer y escribir, y así hubo de comenzar por los más elementales rudimentos. En los dos años que allí permaneció, se mostró aventajado en virtud, de gran criterio, aunque el aprovechamiento escolar dejaba bastante que desear (67).

No poco atareada y fastidiosa había de ser la vida del poco avezado estudiante, además de que sus aficiones propendían a la actividad externa más que a la intelectual (68). Esta monotonía vino a interrumpirse con una de las obli-

(64) *L. c. f.* 96.

(65) MHSI. *Quadrim.* VI, p. 786.

(66) Arch. S. I. Rom. *Rom.* 78b, f. 146.

(67) *L. c. f.* 131: Entre los discípulos « secundae classis », de Loreto aparece Ant^{us}. Sedegnus, hispanus. El catálogo parece ser de fines de 1560 o principios del 61. Lo deducimos por lo que estudiaba Sedeño, pues de 1559 a 60, habría hecho la tercera clase. En el catálogo de los de la provincia romana que estaban fuera de la ciudad eterna, abril de 1560, el toledano aparece en el colegio de Loreto: « Sedegno buon giovane, non pero molto acuto d'ingegno et profundo di giudizio » (*l. c. f.* 145). Además véanse (*l. c.*) ff. 152, 153.

(68) Nos dice en el Cuestionario (*Responsa... l. c. I*, ff. 138, 139): « Ad studia quidem non tam propensum quam ad externam actionem me sentio... ».

gadas pruebas de los novicios escolares, la peregrinación por los pueblos circunvecinos, que, aun con el natural rubor de pedir limosna, hubo de serle alivio. Por mandato expreso, con su antiguo compañero al servicio del conde Landriano y entonces jesuita como él en Loreto, Fabio Amodeo, recorrió algunas casas de amigos y bienhechores de la Compañía, como las de los conocidos duques de Urbino y del conde su señor, en las que naturalmente la acogida fue extremadamente benévola (69). Tal vez, la entrada de sus dos servidores en la Compañía y la actual demora en su casa, no poco moverían al conde para interesarse en la fundación del colegio de Ancona, que se llevó a efecto en 1589.

Después de dos años se trasladó Sedeño al colegio de Macerata, donde suponemos completó la ligerísima formación de humanidades que había comenzado en Loreto. Pasaba después a la universidad de Padua, para estudiar retórica por un año. Espíritu realista, no era precisamente el ambiente humanístico el que le había arrastrado a Italia; por esto ni el contratiempo del profesor que faltó durante tres meses a las clases lo consideraría como muy lamentable. Si hasta entonces, como él nos dice, había sido el fruto menos que mediano, el de retórica fue inferior (70).

Iniciado apenas en las galas y recursos de la poética y oratoria, pasó a la ciudad eterna, donde en 1563 fijaba su residencia en el colegio Germánico, y contemporáneamente asistía a las clases de filosofía en el Romano. Algo más que

(69) De esta peregrinación nos dice Sedeño en el Cuestionario (*l. c.* f. 138): « Peregrinari in paupertate, feci quidem, sed magna cum commoditate, cum fere semper inter amicos et familiares versarer ». En la carta cuadrimestre de Loreto, primero de septiembre 1560 (MHSI. *Quadrim.* VI, p. 786), se habla de dos de nuestros colegiales que fueron a la corte del duque de Urbino y donde se les recibió *perhumaniter*. Igualmente lo fueron por el conde Landriano, « in cuius obsequio nostri illi perstiterant, antequam Societati se dedicarant, et quos non multo antea, in suo habebat obsequio ». Muy probablemente los dos eran Sedeño y Fabio, de quienes nos dice Manareo que estuvieron juntos en el servicio del conde Francisco, pariente del duque de Urbino (Arch. S. I. Rom. *Rom.* 78b, f. 146).

(70) *Responsa... l. c.*: « De progressionem autem in studiis quid dicam nescio, neque in quibus maiorem, cum in omnibus non mediocrem sed minus (ut mihi sane videtur) quam mediocrem, fructum fecerim; in Rethorica parum, cum post tres menses preceptor defuerit ».

las joyas del Parnaso o los discursos forenses le halagaba el estudio de Aristóteles y en él se prometía mayor aprovechamiento. Ofuscado, tal vez, en los comienzos por la terminología dialéctica y por la novedad de aquel nuevo campo que apenas se entreabría a su inteligencia, aunque al principio creía saber algo, al reflexionar, se encontraba sin nada; de todo lo que hasta entonces oyera, sólo veía una informe masa (71). No era extraño que, sin dominio de la lengua latina y poco avezado al estudio, se encontrase a cada momento con desconcertantes sorpresas. Cursó los tres años acostumbrados, que terminó en 1566 (72) y al fin de ellos recibió las órdenes sagradas. La teología, a lo que parece, quedó en gran parte como terreno inexplorado (73).

19. - Con su única ilusión de explicar la doctrina cristiana a los indios (74), y con la esperanza de que muy pronto se le cumplirían sus deseos, recibió en su habitual residencia del colegio Germánico, la orden de marchar a las Indias orientales. Salió de Roma en compañía del hermano Pedro Mingot Linares, valenciano, destinado como él a las misiones de Oriente. Había este comenzado su noviciado en la ciudad eterna el treinta y uno de mayo de 1564. Los dos misioneros se encontraban en Sena con el padre Polanco el dieciséis de agosto de 1567; el siguiente día seguían a Florencia y después a Livorno, para embarcarse en el galeón que les había de conducir a Sevilla, donde arreglarían el definitivo viaje para la Florida (75).

(71) *Responsa... l. c.*: « In logica vero, non ut ipse existimabam (de progressionem...): sum enim, cum aliquid me scire arbitrèr, melius considerando, tamquam nihil sciens, et illa quae hactenus audiverim, confuse admodum habeo ».

(72) En los catálogos del colegio romano de 1564, 1565, 1566, aparece como residente en el colegio Germánico, y discípulo respectivamente: 1) *Classis dialecticae* (Arch. S. I. Rom. *Rom.* 78b, f. 29); 2) « *physici inferioris classis* » (*l. c.* f. 37); 3) « *metaphysici* » (*l. c.* f. 38).

(73) En el catálogo de 1567 del colegio Germánico aparece como ministro (Arch. S. I. Rom. *Rom.* 78b, f. 49v). Por un catálogo posterior del colegio de México, 1580, sabemos que estudió un año de teología (*l. c. Mex.* 4, f. 6v).

(74) Dice en el Cuestionario (*Responsa... l. c.* f. 138v): « Si hoc unum dixerim, me ad nulla propensioem numquam sensisse, ac modo sentio, quam apud Indos doctrinam christianam doceam, et ita ut numquam possem non esse ».

(75) MHSI. *Polanci Complementa*, I, p. 654. Del compañero de Sedeño,

20. - La provincia de Andalucía contribuía a las misiones de N. América con el padre Gonzalo del Álamo. El principal intento del padre Portillo al señalarle para aquel apostolado, era ayudar a los misioneros con un buen teólogo y moralista en las frecuentes dudas que podían tener (76). Cuánto hubiera instado Álamo por tal destino lo ignoramos.

Nacido en Córdoba en 1540 (77), había sido recibido allí mismo en la Compañía por el provincial andaluz, padre Bustamante. En Granada hizo su noviciado, simultaneándolo con los oficios de sacristán y portero. Terminado el bienio y hechos los votos, pasó a Sevilla para el estudio de la teología. Aunque no precisamente por renegar de su patria, deseaba ir fuera de su natural « especialmente a las Indias o tierras muy apartadas de la Andalucía » (78).

21. - Con Álamo se completaba el número de los tres padres. Entre los hermanos, además de Linares, de quien apenas tenemos noticias algunas, estaba Juan de la Carrera, nacido en Benbibre del Bierzo (León), hacia fines de 1536 o principios del siguiente. Su habitual oficio, antes de ser jesuíta fue el de mercader, que ejercitó con un tío suyo (79). Entró en la Compañía el seis de diciembre de 1552, en el colegio de Burgos. Hechos los votos el veintinueve de septiembre

los únicos datos que tenemos son los que nos da el catálogo de los « entrados en Roma » : Pietro Mingota. valentino. Venne a casa all'ulto. di maggio, 1564. et fu essaminato per coadiutore. ne havendo impedimento alcuno. si mostro pronto a far quanto nell'essame li fù proposto. Portò seco una cappa nera vecchia. una parzetta (sic) usata, uno paio di calzette vecchie, un paio de cossiali di tela nera (Arch. S. I. Rom. *Rom.* 170, f. 143). Este tiene que ser el mismo que después aparece con el nombre de Pedro Linares.

(76) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 107, ff. 53, 54: Carta de Portillo a Borja, 25 de septiembre 1567.

(77) *Responsa...* l. c. II, f. 255: « Soy de veinte y un años y casi medio ». Respondía Álamo al Cuestionario en noviembre de 1561.

(78) Todos estos datos los tomamos del Cuestionario. Nada nos dice de sus estudios de filosofía que los hizo, probablemente, antes de entrar en la Compañía, pues a los dos años y medio estaba en Sevilla estudiando teología, donde parece quedó hasta su ida a la Florida.

(79) *Responsa...* l. c. III, f. 73: « Mi manera de vivir antes de entrar en la Compañía fue estar con un pariente mercader ». En el catálogo del colegio de Villimar, de principios de 1565, se dice de él: « Antes de entrar en la Compañía entendió en negocios de mercaderías estando con un tío suyo » (Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, f. 249).

de 1555, estuvo ocupado en los quehaceres domésticos de los colegios de Burgos y Villimar (80, constante en sus deseos de Indias, aunque por sus defectos e insuficiencias no se atrevía a pedir las (81).

22. - Más resuelto y más insistente en exponer sus aspiraciones misionales se mostraba Domingo Agustín Váez, compañero de los anteriores. « Esta es para pedir, por amor a Nuestro Señor a vuestra paternidad, escribe a Borja desde Salamanca, el cuatro de diciembre de 1565, me conceda lo que ya tengo escrito... por una o dos cartas y por muchas más uviera sido si oviera más comodidad..., que vuestra paternidad, por las llagas de Nuestro Señor, me embíe al Japón » (82); la mayor gloria de Dios y la sed de padecer por su amor habían suscitado en él tales ansias de trabajos misionales; con ellos quería resarcir y compensar las ofensas de pasados tiempos, empleando santamente los pocos años que le restaban de vida. Tan fervorosos deseos se habían de cumplir más pronto sin duda de lo que él pensaba después de algunos meses de fatigas apostólicas, pasadas entre los *guleanos* de la Florida, precisamente cuando con su aventajado conocimiento de la lengua indígena, comenzaba a ser útil operario de aquella viña del Señor, como después veremos.

Nació Váez en Telde (Canarias) a fines de 1537 a principios de 1538. Aunque había comenzado el curso de artes y estudiado año y medio de cánones en Salamanca, al entrar allí mismo en la Compañía, el once de octubre de 1562, prefirió el grado de hermano coadjutor. A los dos años hizo sus votos y siguió en aquel colegio con el oficio de sacristán hasta 1566 (83), que se trasladó con el de portero al colegio de

(80) No podemos precisar el tiempo que estuvo en cada uno de ellos, pues no aparece en los catálogos de 1562 y 1565 de Burgos (Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, ff. 61-67; ni en el de 1564 de Villimar (*l. c. f.* 248); aparece, sin embargo, en los de 1565 y 1566 de este colegio (*l. c. ff.* 249, 250).

(81) *Responsa... l. c.*

(82) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 102, f. 289.

(83) Aparece en los catálogos del colegio de Salamanca de mayo de 1564 (*l. c. Cast.* 13, f. 86); de septiembre del mismo año (*l. c. f.* 87); y de primero de enero de 1565 (*l. c. f.* 91). No tenemos catálogo del siguiente año 1566 de Salamanca, donde todavía siguió por algún tiempo: *Salmant*, I, f. 15v: Para la descripción de este Códice, véase MHSI. *Quadrim*, V, p. 969, cod. 40.

Valladolid, su segunda y última residencia en la Península (84).

Toda la sinceridad y transparencia de su alma aparece en la carta a Borja, a que aludíamos al principio. Después de significarle que si entendiera la dificultad de ir a las misiones japonesas, por tierra hubiera ido allá, con el fin de entrar en la Compañía, le añade: « También, padre, yo tengo jesto y color propio de hombre de aquella tierra, y así de lo que yo podré servir acá, será de espantar a los que se vienen a confesar, y al fin allá no me echarán de ver; en lo demás de la virtud y merecimientos, suplirlos ha el que me llamó y murió por mí y meresca lo que a mí me falta » (85).

Su fidelidad en los cargos que ejercitó en España fue exactísima. Más que ningún otro la había podido apreciar su provincial padre Carrillo que, al desprenderse de él para dejarlo partir a las misiones de Ultramar, ponderaba su sacrificio en carta a San Francisco de Borja: Se había resignado con la sensible pérdida por bien de la empresa floridana, pues el hermano hacía « notabilísima falta en Valladolid, porque era portero fidelísimo, qual es muy necessario en aquel colegio y no se avía hallado en toda la provincia otra cossa que conviniese » (86).

Fácilmente se pudo suscitar en Váez la afición a las provincias septentrionales de América, con las conversaciones que tendría sobre aquellas misiones con el rector valisoletano, padre Segura, y con el recuerdo, todavía reciente, que perduraba en aquel colegio, del heroico misionero, padre Martínez, a quien la fama representaba aureolado con la corona del martirio. El diez de mayo de 1566, escribía a Borja rogándole por la sangre de Jesucristo y de todos los

(84) En el catálogo de 1567 aparece en este colegio (Arch. S. I. Rom. *Cast.* 13, f. 43). Todos los datos los hemos tomado de los catálogos anteriormente citados y del de Toledo (*l. c. Tolet.* 12, f. 20v).

(85) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 102, f. 239.

(86) *L. c. Hisp.* 105, f. 271. El mismo Carrillo escribía a Borja, 24 de abril 1567: « ... y el hro. Váez también es necessarissimo por la fidelidad que es necessaria en el portero de aquella casa, por lo qual de toda la provincia fue escogido » (*l. c. f.* 220v).

mártires, le enviase a la Florida, pues así lo deseaba eficazísimamente (87).

23. - Abundantemente provistos por la munificencia regia para el viaje y necesidades de sus futuros ministerios (88), los seis misioneros y los ocho (89) mancebos de la doctrina, abandonaban la ciudad de Sevilla el trece de marzo de 1568. Todavía tuvieron que esperar un mes, en Sanlúcar, la salida de la flota. El tiempo propicio de cuaresma les dio oportuna ocasión para ejercitar sus actividades apostólicas, hasta que el trece de abril, sábado de Ramos, se hacían a la vela. Trabajaron a fin de que todos los tripulantes se prepararan para el viaje con la confesión y comunión.

La primera escala, como de costumbre, fue en Canarias, a donde llegaron el dieciocho del mismo mes, víspera de Pascua. Acogidos favorablemente por la población, los tres días que allí permanecieron, pudieron comprobar la fructuosa labor de los jesuitas, padre Diego López y hermanos Luis Ruiz y Alonso Jiménez, instalados allí desde hacía casi un año. En la asidua labor del confesonario tocó también su parte no pequeña a los diligentes expedicionarios. El dignísimo obispo doctor Bartolomé de Torres que llevara a los jesuitas a aquellas islas y los estimulaba después con su admirable y apostólico ejemplo, incansable celo y caridad, había muerto el primero de febrero de aquel año; el día anterior había sucumbido igualmente el padre Lorenzo Gómez, compañero de los tres celosos misioneros (90).

Después de pocos días de tan activo descanso, el veintuno de abril, reanudaban los floridanos su viaje. A los primeros días de próspera travesía, siguieron unos veinte de calmas, en los que escasamente avanzaron doscientas leguas.

(87) *L. c. Hisp.* 103, f. 186.

(88) Lo que se da a los de la segunda expedición en A. I. *Indiferente* 2985 y en la carta de Sedeño a Borja, Habana, 17 de noviembre 1568 (Arch. S. I. Rom. *Mex.* 16, f. 4). Así mismo, toda la relación del viaje la tomamos de esta carta.

(89) Avellaneda en carta a Borja, Granada 22 de mayo 1568, dice que eran siete los mancebos (*L. c. Hisp.* 108, f. 240).

(90) ASTRÁIN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús...* II, p. 242s.

Tal contratiempo les evitó un desagradable encuentro con la flota francesa de Gourgues que volvía de San Mateo (Florida), después de destruir aquel fuerte y matar, como represalia de las matanzas ejecutadas por Menendez y sus soldados en aquel lugar y alrededores, a todos los españoles que encontraron en las fortalezas del río San Juan (91).

Durante la vida de a bordo, con su habitual ritmo de peligros, hastíos y zozobras, todos los días enseñaban la doctrina cristiana, hacían otras instrucciones particulares, insistiendo, sobre todo, en la extirpación de los juramentos. No fue pequeña conquista en esta parte, que el culpable, cada vez que incurría en aquel pecado de escándalo, hiciera como satisfacción una cruz en el suelo para besarla; en este castigo se incluía indistintamente a capitán y marineros (92). Además, todas las noches se cantaban las letanías y la salve y los domingos y fiestas se decía la misa seca, predicándose en medio de ella. Estas manifestaciones de culto público se alternaban con ejercicios de caridad a los enfermos que nunca faltaban en tan largas navegaciones.

En una de las islas del mar Caribe, la nave de los misioneros, arrastrada por las olas, estuvo en inminente peligro de deshacerse contra unas rocas, en las que, aun caso de salvarse los tripulantes, quedaban a merced de los salvajes indígenas. En acción de gracias de verse libres de tan segura muerte, cantaron el Tedeum. Después de avanzar entre risueñas islas, llegaron el veintinueve de mayo a la de Puerto Rico (93), rica y hermosa con sus atavíos de tropical

(91) Hablaremos en seguida de esta expedición francesa capitaneada por Gourgues.

(92) Las mismas Ordenanzas del Consejo de Indias prohibían la blasfemia: « Los Visitadores oficiales tomen juramento a cada marinero y pasajero si faltan algunas personas que se embarcaron... y sepan quién ha blasfemado... Capítulo CXC de las Ordenanzas de la Casa del año 52 » (*C. D. I. Ultramar*, XXV, p. 222).

(93) No nos dice Sedeño el día de llegada a esta isla: se puede sin embargo deducir por algunos datos que nos da. Salidos de Puerto Rico, llegan a la Florida en veinte días, 19 de junio. Poco después nos dice, que sábado llegaron a Puerto Rico, y sábado también a la Florida, después de haber estado en el primer puerto cuatro días. Haciendo el cómputo exacto, según estos datos, llegaron a Puerto Rico el 29 de mayo, sábado: están allí tres

vegetación, muy descuidada en su cultivo espiritual. Aprovechando allí los pocos días de descanso, predicó el padre Segura un sermón; ocupáronse todos en instrucciones catequísticas y atendieron los padres a algunos que se quisieron confesar. Caldeados los habitantes por el ardor de tan celosos misioneros y bien impresionados por el afán que en ellos veían de trabajar, pedíanles fundaran allí un colegio. Atención y entusiasmo dignos de notarse, pues eran, tal vez, los primeros jesuítas que visitaban aquella isla.

El jueves, tres de junio, octava de la Ascensión, se embarcaban de nuevo para proseguir su ruta, con tan mala suerte que a la salida misma del puerto estuvieron a punto de naufragar, y más tarde, el trece, fiesta de la Santísima Trinidad, zozobraban igualmente ante una borrasca que se desencadenó furiosa. Todavía bajo la impresión de los peligros de naufragio sufridos, desembarcaban felizmente en el ansiado puerto de San Agustín, el diecinueve de junio de 1568.

24. - Aún se comentarían allí con resentimiento las sensibles pérdidas del vecino fuerto de San Mateo, por un imprevisto ataque de franceses e indígenas unidos.

La reacción de odio suscitado en Francia con la completa derrota de las colonias hugonotes en el norte de América fue enorme. Contribuyeron a formarla el sentimiento religioso de los reformados, por una parte, y el espíritu nacional, por otra. El dieciocho de agosto de 1566 escribía el embajador francés en España, Fourquevaulx, a su soberano que había suplicado a Felipe II diera reparación al rey cristianísimo por las matanzas de la Florida, porque toda Francia estaba sacudida por un general y justo dolor y deseosa de tomar venganza, si el monarca consentía en ello; gran número de mujeres y niños diariamente estaban a los pies de la corte pidiendo justicia por la muerte de sus padres, maridos e hijos (94).

Deshecha la unidad nacional, los reyes franceses no

días, y salen el 31 de mayo; o si en Puerto Rico están los cuatro días, tardan en llegar a la Florida 19 días.

(94) DOUAIIS, *Dépêches de M. de Fourquevaulx...* I, p. 105s.

podían lanzarse a una iniciativa eficaz contra España. El sentimiento patriótico y las ansias de represalias azuzaron a un valeroso soldado, Domingo Gourgues, conocido primero por su valentía guerrera en el manejo de las armas y después entre la gente marinera.

Nacido en Mont de Marsan hacia 1530, desde joven emprendió la carrera militar, y se señaló en ella durante veinte años, por sus valerosos actos. Su último hecho de armas en Italia fue sostener un asedio con sólo treinta hombres contra un cuerpo de tropas españolas; el fuerte fue tomado por asalto y la guarnición pasada a cuchillo. Se perdonó la vida a Gourgues y se le condenó a galeras como remero. Desde entonces, sobre todo, comenzaría a fomentar en su pecho una animosidad irreconciliable contra sus vencedores. Su navío fue capturado por los turcos en las costas de Sicilia y Gourgues, conducido primero a Rodas y después a Constantinopla. Sin cambiar de suerte, tuvo que seguir sirviendo entre la chusma de las galeras, hasta que, cogida su nave por Romegas, que capitaneaba la flota de Malta, fue puesto en libertad. Vuelto a su patria, prosiguió en su carrera marítima, visitando las costas de África, Brasil y el mar de las Indias. Llevaba algún tiempo en la vida tranquila de su país, cuando vino a sacudirle la catástrofe de los hugonotes en la Florida (95).

Poco podía tranquilizarle la escasa reacción que en la corte francesa había tenido la derrota de sus compatriotas. Para vengarla, preparó una pequeña flota de tres navíos, de doscientas toneladas el mayor, y los otros dos, de ciento veinte y cincuenta cada uno. Montábanlos cien arcabuceros y ochenta marinos, todos bien armados, ignorantes de los verdaderos proyectos de su capitán, quien les había hecho creer irían en plan de corsarios a las Indias occidentales.

Salidos de Burdeos el dos de agosto de 1567, vientos contrarios les obligaron a refugiarse en la desembocadura del río Charente, de donde zarpaban definitivamente el veintidós del mismo mes. Después de tocar en algunas costas

(95) HOEFER, *Nouvelle biographie générale...* «Gourgues» (Dominique de).

del África occidental, toman la ruta de América y hacen escala sucesivamente en la Dominica, Puerto Rico y Santo Domingo, en algunos de cuyos parajes mantienen comercio con los naturales y nuevamente se aprovisionan para continuar su largo viaje.

Finalmente reunidos todos en el cabo de San Antonio, extremidad occidental de la isla cubana, les descubre Gourgues sus designios de llegar hasta la Florida y vengar la injuria hecha por los españoles al rey y a toda la nación francesa (96). Para este tiempo, la flota de los expedicionarios se había aumentado con dos naves, probablemente botín de audaces ataques a algunos de los muchos veleros españoles que vagaban por el mar de las Antillas.

Hacia últimos de abril de 1568 fondeaban al norte del río San Juan, en un lugar no muy distante de la fortaleza española de San Mateo. Asegurados de la benevolencia indígena desembarcaron. Propusieron en seguida a estos su decidida voluntad de libertarlos de la tiranía de los opresores, y recibieron de los naturales promesa de cooperación incondicional.

Vino el siguiente día a visitarlos Saturiba, tal vez el caudillo más poderoso de las márgenes del río San Juan, y declarándose desde el principio de la parte francesa, les prometió su ayuda y la de otros caciques vasallos o parientes suyos. Efectivamente se presentaron después unos ocho de estos que fácilmente fueron ganados para la causa de Gourgues. El capitán francés se enteró detalladamente de la posición del fuerte de San Mateo y de las dos casas que habían construido los españoles a ambos lados de la desembocadura

(96) LAUDONNIÈRE, *L'histoire notab'e de la Floride...* p. 207. Toda la relación del ataque francés al fuerte español de San Mateo y de la posterior matanza, la vamos entresacando del mencionado autor, (o. c., pp. 207-223): *Le quatriesme voyage des François en la Floride sous le capitaine Gourgues en l'an 1567*. Tenemos también una relación española sobre la misma materia (Véase el *Apéndice V*, p. 437): « Relación de Estevan de las Alas sobre lo acaecido con los indios de la Florida (1569) (A. I. *Patron. real*, leg. 254: Esteban de las Alas). Cf. LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1566-1574, Appendix BB, pp. 454-457. Para dar una reseña objetiva de los hechos hemos de tener presentes las dos relaciones.

del río, para tener mejor custodiada y protegida la fortaleza principal.

Reunidos franceses e indios se organizó el ataque. Irían los primeros en sus barcas por la costa, y los indios por tierra en dirección de los baluartes enemigos. Nuevamente se juntaron todos en la desembocadura de un río distante unas dos leguas del San Juan. Gourgues se adelantó con una compañía de soldados y algunos indios para inspeccionar el fortín que estaba en la orilla izquierda del río. Los demás fueron llegando después. Separábalos de la guarnición española un torrente cuya corriente había crecido tanto con la marea que hubieron de retardar el asalto hasta la mañana siguiente.

Hacia las diez de la mañana del día veinticuatro de abril iniciaron el paso del torrente, en paraje retirado, donde un grupo de árboles les protegía de la vista de los españoles, con el agua hasta la cintura, las municiones malamente acomodadas en los morriones, el arcabuz y las mechas en una mano y la espada en la otra. En la orilla opuesta se formaron las huestes para comenzar el asalto. Señalando Gourgues a través de los árboles la fortaleza enemiga arengó así a los impacientes soldados: Allí están los ladrones que robaron esta tierra a nuestro rey, allí están los asesinos que degollaron a nuestros hermanos; avancemos, avancemos y vengamos a nuestro rey, vengamos nuestra patria y mostremos nuestra estirpe francesa (97).

El resultado fue plenamente satisfactorio para los atacantes. En el aturdimiento apenas pudieron reaccionar los del fuerte. Un artillero, dando el grito de alarma, se lanzó sobre una culebrina colocada en un terraplén para oponerse a la impetuosa irrupción. Sólo pudo hacer dos disparos; al querer cargar por tercera vez el arma ofensiva, cayó atravesado por la pica de Olotoraca, uno de los jefes indígenas. Los demás asediados que en el primer momento empuñaron sus armas para lanzarse a la desesperada lucha, hubieron de abandonarla ante la superioridad de los enemigos, buscando la salvación en la huida. El obligado refugio fue la arboleda

(97) LAUDONNIÈRE, o. c. p. 213.

vecina. Allí los esperaban algunos franceses y un nutrido grupo de indios que matando a algunos, cogieron vivos los más que pudieron, según órdenes recibidas de Gourgues, para ejecutar en ellos ejemplar castigo. De los treinta que defendían el fuerte tan sólo se pudieron librar cinco, salvando a nado la orilla derecha del río (98). Mientras dos de ellos se dirigían al fuerte de San Mateo, los otros tres corrieron al fortín de la opuesta orilla para juntarse a sus compañeros.

Los españoles que defendían esta segunda fortaleza, dándose cuenta del ímpetu de los asaltantes contra la primera, intentaban con descargas de artillería ayudar al pequeño grupo de los defensores. Muy pronto se les terminaron las municiones y optaron por una precipitada fuga (99).

Desbaratado el primer baluarte, el jefe francés con ochenta arcabuceros atraviesa el río San Juan en una barca. Tras ellos se lanzan los indígenas a nado, impacientes por saciar su odio contra los españoles. Ocupan algunos la arboleda donde podrían refugiarse los asediados, mientras los demás se precipitan al asalto. De los españoles que no pudieron escapar a tiempo, los que no sucumbieron a los tiros

(98) Véase el apéndice V. Las fuentes francesas: « *La Reprise de la Floride par le Capitaine Gourgues* »: *Bibliot. Nac. (Paris) Mss. Fr. N. A. Margry*, ff. 135-145; LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...* pp. 207-233, aseguran que todos los españoles defensores del primer fuerte, unos sesenta, fueron muertos o hechos prisioneros. Generalmente los historiadores que han escrito sobre el asalto de Gourgues al fuerte de San Mateo, fundados en estas informaciones han afirmado lo mismo. En nuestra narración tenemos también en cuenta el informe de Estevan de las Alas, reproducido en el Apéndice V, muy atendible en los datos que suministra, pues cuando Gourgues conquistó las fortalezas españolas, de las Alas presidía la guarnición de San Agustín, donde escuchó de los españoles huidos la relación de la pérdida del fuerte de San Mateo. Es además el informe de carácter oficial para dar a Felipe II cumplida noticia de lo acaecido. No es un tono de apologista el que adopta el lugarteniente de Menéndez sobre la valentía de los españoles en aquel inesperado ataque, lo que haría sospechosas sus afirmaciones, sino más bien de objetivo reproche ante la deplorable realidad: « ... lo que han husado la gente que se halló en el fuerte a seydo una de las maiores cobardías que nunca hizieron hombres jamás, porque, sin ver rostro de enemigos lo desanpararon todo y si va a dezir verdad, de más de ciento y veynte que en el fuerte había, no llegan a catorze los que se pueden salvar de culpa y aun estos con trabajo » (*Apéndice V*).

(99) *Apéndice V*.

de los arcabuces franceses y a las flechas indias, quedaron prisioneros. En estos se había de ensañar después el odio de los de Gourgues (100).

En compañía de los prisioneros se trasladan los franceses a la primera fortaleza conquistada, para preparar el definitivo golpe contra el baluarte principal.

Los españoles que habían logrado escapar del primer fuerte, llevaron a San Mateo la noticia del inminente ataque. Los ciento veinte soldados, poco más o menos que formaban aquella guarnición, alarmados por el número de los asaltantes, sólo pensaron en huir. La mañana del domingo, recogiendo cuantas municiones y bastimentos pudieron, y sin atender a los ruegos del capitán Francisco Núñez y del gobernador que los animaban a defender la plaza, abandonaron el fuerte. Los dos valientes jefes tuvieron que acompañarlos también (101). El capitán logró convencer a siete de la retaguardia y vuelve con ellos a la fortaleza para intentar una resistencia desesperada. Allí estuvieron hasta el anochecer. A aquella hora divisan en el río cuatro canoas con nutridos grupos de enemigos que avanzan hacia la opuesta orilla. Con tiros de artillería les hacen retroceder por un momento. Viendo la imposibilidad de resistir el desigual combate, huyen río arriba, para refugiarse en la provincia del cacique Utina, que estaba en amistad con los españoles.

Según los documentos franceses, los hechos se desarrollaron de muy diversa manera. Cuando los de Gourgues llegaron por el río a las cercanías del fuerte, abren los de

(100) Según los documentos franceses, sesenta españoles defendían este segundo fuerte, de los que catorce quedaron prisioneros y todos los demás muertos, al intentar huir. La relación de Esteban de las Alas nos dice sencillamente: « El domingo de pasquilla, de mañana, llegó el sargento de San Mateo a este fuerte, con treynta y dos personas, el qual estava con treynta hombres, en una de dos cassas que se havían hecho en la varra de San Matheo... » (*Apéndice V*). Según esto, en el ataque de los de Gourgues al segundo fuerte, parece que murió un sólo español, pues los que lo defendían, eran treinta, mas el sargento, a quienes se juntaron otros tres de los huidos del primer fuerte. Todos ellos, excepto uno que quedaría retrasado y a quien alcanzarían los arcabuces enemigos, ante la imposibilidad de la defensa, se escaparon.

(101) *Apéndice, V.*

fensores intenso fuego de artillería que les impide avanzar. Se desvían los atacantes hacia una colina cubierta de árboles, a cuya falda se levantaba el baluarte, y descienden por el bosque hasta muy cerca de la fortaleza. Por ser noche, hacen alto para dar el último asalto al amanecer. Los impacientes defensores aceleraron la catástrofe. Despacha el capitán español sesenta arcabuceros para inspeccionar los alrededores y darse perfecta cuenta de los enemigos. Gourgues aprovechando esta oportunidad, con veinte soldados a las órdenes de un oficial les corta la retirada, mientras con los suyos se lanza sobre los exploradores. En el momento en que los españoles llegaron al pie del monte, sintieron una descarga cerrada a la que siguió un cuerpo a cuerpo. No pudiendo huir, los que no murieron en la desesperada lucha quedaron prisioneros. Espantados los de la guarnición por la suerte de sus compañeros, se refugian en los bosques inmediatos donde se hallaban ocultos los indios. Los más cayeron al tiro de las flechas y los otros quedaron prisioneros. Tan sólo se libraron de la general catástrofe un comandante y algunos soldados españoles que con gran trabajo pudieron huir, llegando exhaustos a la fortaleza de San Agustín (102).

Conquistado el fuerte se apoderaron los vencedores de todos los víveres y municiones que en él había.

El jefe francés había recomendado a los suyos coger el mayor número de prisioneros para darles el merecido castigo. A todos ellos, delante de sus huestes los hizo ahorcar de los mismos árboles donde estuvieron colgados los cadáveres de sus compatriotas. En vez de la inscripción que decían ellos había puesto Menéndez de Avilés, junto a los mismos cadáveres, « no como a franceses sino como a luteranos », hizo Gourgues esculpir con hierro candente sobre una tabla de abeto esta otra, « no como a españoles ni marranos, sino como a traidores, ladrones y asesinos » (103).

(102) Véase el *Apéndice VI*.

(103) *La Reprinsé de la Floride...* l. c. f. 141. LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...* pp. 216-219. Este último autor la expresión « mar-rannes » de la Reprinsé, la cambia en « mariniers ».

Así vengaron los franceses las muertes de sus compatriotas enviados por Coligny a las provincias septentrionales de América. Para completar su obra demoledora incendiaron los tres fuertes después de haber recogido cuanto de aprovechable había en ellos (104).

La enorme indignación del pueblo francés por el desastre de los hugonotes quedaba en gran parte satisfecha. La iniciativa de Gourgues no tuvo sin embargo ni la aprobación ni la sanción oficial de la corte. En el caos de resentimientos políticos y religiosos que torturaban el suelo de Francia, no podía Catalina de Médicis exacerbar el ánimo del rey católico.

Gourgues con sus valientes aventureros abandonaba las costas septentrionales el tres de mayo y llegaba a la Rochelle el seis de junio. Bastantes de sus soldados sucumbieron en los combates de la Florida y ocho y un patache en la travesía de vuelta. Aunque la mayoría del pueblo francés manifestó unánime aprobación y aplauso por la arriesgada hazaña, en las altas esferas oficiales halló el héroe incomprensión y aun desvío, de tal suerte que los restantes años de su vida tuvo que vivir medio oculto, porque Felipe II, mediante su embajador en Francia, pedía el merecido castigo para quien tan temerariamente había osado turbar las amistosas relaciones de las dos naciones amigas (105).

25. - Si la temeraria armada de Gourgues había sembrado el pánico y la desolación en el puerto de San Mateo, las impresiones que los de la expedición del padre Segura tuvieron en la fortaleza de San Agustín fueron deprimentes, pues los soldados, acosados por la necesidad y el hambre, « estaban hechos pedazos y tan maltratados, que era compasión verlos » (106). Acomodados los jesuitas en su casa de palmas, la mejor que había en el fuerte, comenzaron a levantar los ánimos de la guarnición con los únicos recursos y consuelos que traían: publicaron el jubileo, preparando a

(104) LAUDONNIÈRE, *o. c.* p. 219.

(105) LAUDONNIÈRE, *L'histoire notable de la Floride...* p. 220s.

(106) Arch. S. I. Rom. *Mex.* 16, f. 5.

los soldados para ganarlo; predicóles el padre Segura dos veces e hizoles igualmente algunas pláticas doctrinales. Ansiosos por conocer a los indígenas, entablarian pronto relaciones con los del pueblo y aun se diseminarian por los alrededores para tratar con algunas de las tribus esparcidas por aquellas llanuras y bosques. La fama de los nuevos expedicionarios se extendió aun por pueblos bastante alejados. Vino entre otros a visitarlos el cacique de Omoloa (107), pequeño pueblo *timucvano* de las orillas del río San Juan, con algunos de sus súbditos, para captarse la amistad de los recién llegados y prometerles convertirse con toda su gente cuando llegara el adelantado. No avezados los noveles misioneros a la política de los caciques floridanos, soñarian en la abundante mies que recogerían en tiempo no lejano. Para acelerar la risueña aurora de tan venturoso día, propusieron en seguida al gobernador Bartolomé Menéndez, hermano del adelantado, la construcción de una casa grande y de una iglesia, donde se pudiera proveer a la asistencia religiosa de la guarnición y de los indígenas, y dar principio a las explicaciones de la doctrina cristiana. Con el asentimiento pleno del gobernador y de todos los del fuerte, se emprendía inmediatamente la obra.

Al poco tiempo volvía Rogel de su viaje de exploración por Santa Elena y Guale, costa oriental de la actual Georgia, pletórico de esperanzas, pues en sólo la última provincia, veinticinco caciques aguardaban la venida del adelantado, para hacerse cristianos, y en Calus, campo de sus primeros trabajos apostólicos, treinta y dos (108).

Según las normas de Menéndez de Avilés, la Habana había de ser el centro misional de la Florida y allá se dirigieron los nuevos misioneros con el padre Rogel, el dieciséis de julio, para dar principio a un colegio. Dejaban en el fuerte español al hermano Agustín Váez y algunos mancebos catequistas, para que aprendiesen la lengua e iniciasen las explicaciones de la doctrina, en las que no poco ayudarían

(107) HODGE, *Handbook...* « Homolua ». Al mismo cacique lo llama Solís DE MERÁS (*Memorial...* pp. 300, 305), Emoloa.

(108) Arch. S. I. Rom. *Mex.* 16, f. 5v.

los tres indios *timucuanos*, bautizados en Sevilla y venidos de allí con los misioneros. El hermano del cacique *tequestano* y los dos indios principales, bautizados igualmente en la ciudad del Betis, seguían la navegación juntamente con el padre Segura y los demás jesuitas.

26. - Costeada la provincia de Ais en las inmediaciones del cabo Cañaveral, recorrían en seguida la de Xega, al norte de Tequesta, en una de cuyas orillas estaban pescando algunos indios; el padre Segura los hizo llamar. Con los regalos que les hicieron los visitantes salieron de su primer aturdimiento y temor y reconocieron pronto a sus connacionales, a quienes suponían muertos, después del trágico fin de la guarnición *tequestana*. Rápidamente se propagó la alegre nueva por los alrededores y reunió casi toda la población indígena que se presentaron con una cruz; entre ellos se hallaron algunos parientes de los recién llegados que se apresuraron a repartir donecillos entre sus admirados compatriotas.

Mientras algunos indios fueron por tierra a dar aviso de la feliz llegada al cacique *tequestano*, se levantó un viento fresco, tentador para las ancladas naves. No pudiendo los navegantes renunciar a tan halagadora conyuntura, sin esperar la vuelta de los mensajeros enviados, se aprovisionan de agua, izan las velas y prosiguen la navegación hacia el sur, para llegar muy pronto a la provincia *tequestana*. Allí desembarcaron los tres indígenas, gratamente impresionados de su permanencia en España y del largo viaje marítimo, prometiendo construir una iglesia para cuando Menéndez Marqués volviera con uno de los padres a inaugurar la misión (109).

27. - El viaje hasta la Habana trascurrió sin peripecias algunas ni escalas en otros pueblos costaneros. En el puerto recibieron a los misioneros los principales de la ciudad con grandes muestras de cariño y se encargaron de acomodarlos después en una iglesia y en una casa provisoria, hasta que otra cosa dispusiera el adelantado, cuando viniera de España.

La razón de reunirse en la capital cubana era organizar la misión de la Florida y así llamaron en seguida al hermano

(109) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Rogel a Borja, Habana 25 de julio 1568, ff. 328v, 329. Arch. S. I, Rom. Mex. 16, f. 5v.

Villarreal, residente en Calus, quien podía ilustrarlos no poco con su experiencia.

Las reuniones comenzaron en agosto y duraron algo más de un mes; se tenían dos al día bajo la dirección del padre viceprovincial Segura. Las principales cuestiones tratadas fueron los casos de moral frecuentes en la vida apostólica que iban a emprender, las condiciones requeridas en los indígenas para administrarles el bautismo y matrimonio y las dudas propuestas por los veteranos Rogel y Villarreal (110).

Más o menos determinadas las normas generales de conducta, se hizo la distribución misionera. Rogel quedaría en la capital cubana, como rector del colegio, pues su mucha práctica y experiencia de los negocios floridanos podían orientar a los misioneros de aquellas provincias y era, por otra parte, muy querido en la ciudad. Algo extraño se hace, sin embargo, el que no se echara mano del antiguo apóstol de Calus para aquella misión tan delicada y básica para los designios de Menéndez, supuesto, sobre todo, el conocimiento que tenía de la lengua y del carácter doblado de los *calusanos*. Tal vez, el mismo padre Rogel expondría sus dificultades para ir a aquellas provincias, en las que su labor había sido tan infructuosa. De todos modos, se quiso aprovechar la experiencia del misionero para la Habana de donde había de irradiar influjo directivo a todas las provincias de la Florida. Para Calus se designaron el padre Álamo, el hermano Villarreal y un muchacho virtuoso, venido con el hermano a la Habana, que había colaborado con él en la catequesis de aquella provincia sirviéndole de intérprete; en Guale, donde, según los informes del padre Rogel, tantas esperanzas había de conversiones, trabajaría el padre Sedeño; el padre viceprovincial recorrería los diversos puestos misionales para animar a los celosos operarios y coordinar la labor de todos. El hermano Agustín Váez, como sabemos, había quedado en San Agustín. A los hermanos Pedro Linares y Juan de la Carrera, todavía enfermos, se les daría definitivo destino después de su completo restablecimiento.

(110) Arch. S. I. Rom. *Mex.* 16, f. 5v.

Durante las reuniones y mucho más después, tuvieron los misioneros en la ciudad vasto campo para el desarrollo de sus actividades. Predicaban los domingos y fiestas en las ceremonias religiosas de mañana y tarde y hacían pláticas doctrinales a numeroso público. Los días laborables ocupábanlos principalmente con los negros, que eran muchos y sólo conservaban de cristianos el carácter bautismal que recibieron al entrar en la isla. El fruto no se hizo esperar, pues muchos se confesaban y dejaban su vida de amancebados. A los niños, notablemente necesitados, enseñaban la doctrina y buenas costumbres, con resultados magníficos. La pequeña grey, con los himnos sagrados y con los cánticos de la doctrina que entonaban por las calles, empapaban de sentimiento religioso el ambiente de la ciudad. Los síntomas de una transformación general se manifestaron muy pronto para consuelo de los misioneros, pues los naturales de la tierra, no excluidos los principales, que antes se confesaban sólo en cuaresma, lo hacían ahora frecuentemente y aun cobraban gusto a la vida prácticamente cristiana y espiritual. Igualmente la soldadesca, más reacia por su edad y modo de vivir a dejarse influir por el celo de los misioneros, era ya asidua a las confesiones y frecuentaba la casa de los jesuitas, para entretenerse con lecturas piadosas y tratar con ellos.

Por esta labor incesante, por la novedad del clima no poco enervante y malsano y, sobre todo, por la incómoda habitación en que vivían los misioneros, pues ni el techo de palmas de la reducida casa les protegía del agua, ni las paredes del viento, tanto que cuando llovía, en el pavimento de tierra se hacía abundante barro, cayeron todos enfermos (111).

28. - Cuando después de un mes de activa labor en la Habana, mediados de septiembre de 1568, el hermano Villarreal se aprestaba para volver con el padre Álamo a su misión de Calus, unas tercianas impidieron al padre el proyectado viaje. Hubo de sucederle el padre Rogel, aunque sólo provisoriamente, para confesar a los de la guarnición que no lo habían podido hacer toda la anterior cuaresma; de camino, visitarían

(111) *L. c. f. 6.*

Tequesta y algunas poblaciones de las islas de los Mártires, para ver la disposición que en ellas había de evangelización.

El caprichoso mar de las Antillas fácilmente se rebelaba contra planes de viaje previamente fijados, y así, al emprender los expedicionarios su ruta por entre las inquietas ondas, el veintidós de septiembre, a pesar de la pericia de su capitán Menéndez Marqués, por el mal tiempo hubieron de desviar los veleros, renunciando a sus intentos de visitar Tequesta y los Mártires; y aun para llegar a Calus, camino de dos días en circunstancias normales, tardaron diecinueve, con la agravante de que en la barra del último puerto, por el temporal, hubieran perdido una de las naves, con el consiguiente naufragio de muchos de sus ocupantes, a no haberla salvado la habilidad del piloto jefe.

Ocho días le bastaron a Rogel para confesar a los soldados, tentar la disposición de ánimos para la organización de la misión y hablar con el caudillo Tocampaba y demás caciques que se mostraban muy satisfechos por el nuevo establecimiento de los misioneros entre ellos (112). Estas manifestaciones halagadoras no podían, sin embargo, suscitar en el misionero franco optimismo, pues por otra parte las dificultades por que atravesaba aquella provincia eran tan críticas que la vida del cacique principal y la duración de su reino dependían de la ayuda de los cristianos. Muchos capitanes y vasallos se retraían de matarlo por el favor que le daban los españoles. Tocampaba había podido descubrir y castigar algunos atentados contra su vida. Precisamente cuando los dos misioneros entraban en el pueblo, se apercibieron que los indios estaban de fiesta y bailaban con cuatro cabezas cortadas. Según se enteraron después eran aquellos los macabros trofeos de cuatro caciques, muertos por orden del caudillo, porque, instigados, tal vez, por los ocultos manejos del temido Tocobaga, se habían querido rebelar con sus súbditos contra él. Amparado por la protección española y abusando de su impunidad, imponía el calusano su despótica prepotencia. Poco antes había hecho ejecutar quince vasallos principales

(112) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Rogel a Borja, Habana 10 de nov. 1568, f. 589.

y jefes de pueblos porque, según él, trataban de matarlo. Por tales atrocidades que no podían ser vengadas, se hacía temer y odiar de sus vasallos, imponiéndoles una sumisión forzada. En estas crueles arbitrariedades de su cacique atribuían los indígenas culpabilidad a los españoles, suponiendo que estos los protegían. De esta suerte se les formaba a los de la guarnición en Calus y en las provincias limítrofes ambiente hostil. Por consecuencia su labor entre los indios se frustraba completamente, y el apoyo que podía prestar el cacique a la colonización y evangelización era por motivos de conveniencia y únicamente aparente y efímero.

La solución que daba Rogel en circunstancias tan comprometentes no era decisiva: Estarían los españoles a la mira de los acontecimientos, sin favorecer a ninguna de las dos partes y aunque no ayudaran a Tocampaba para tales ejecuciones, debían sin embargo defenderlo para que no lo matasen sus súbditos, porque de su vida dependía, en gran parte, « mirándolo con ojos humanos la conversión de todo aquel reino ». Con el ascendiente de los conquistadores entre los indígenas, fuera por temor o amor, podían simplemente impedir tales abusos; así hubieran ganado partidarios de sus intentos en Calus y en las provincias circunvecinas y ni la enemistad del caudillo les hubiese sido tan funesta, toda vez que el poder de este estribaba en títulos tan vulnerables.

El jefe déspota, deseoso de estrechar cada vez más sus relaciones amistosas con los españoles, ratificó ante el misionero jesuíta la promesa de poner por obra todos sus propósitos cuando viniera el adelantado. « Si él lo hace, añade el padre Rogel, como creo que lo hará, luego será todo aquel reino cristiano », pues todos los vasallos respetaban el empeño de su cacique de convertirse el primero, y no pocos, tocados ya de la gracia divina, ansiaban dejar sus idolatrías y cambiar de vida (113).

29. - La hora del suspirado y definitivo desenlace parecía acercarse por momentos. En noviembre de 1568 llegaba Menéndez a la Habana (114). Apenas hubo despachado los in-

(113) *L. c. f.* 589v.

(114) Escribe Rogel en la postdata de la carta a Borja, 10 de noviem-

dispensables negocios de su gobierno cubano, prometió al padre Álamo llevarlo consigo a Calus. Esta fecha la auguraba Rogel como principio de nueva era para aquella provincia, pues comenzarían luego los indígenas a quemar ídolos, renegarían de sus ritos gentílicos y abrazarían de corazón las verdades del santo evangelio.

No pudiendo Menéndez reanudar su esperado viaje tan pronto como deseaba, llamó al cacique para agradecerle la amistad que mostraba a los españoles (115). Tocampaba acudió puntual al llamamiento y satisfizo a todos por su buen entendimiento y juicio; no tanto por su inclinación a convertirse; pues aunque, según su promesa de renunciar a los ídolos con la venida de Menéndez, persistía en sus propósitos de hacerse cristiano y aseguraba que, llegado a su provincia, abandonaría sus idolatrías y quemaría los ídolos, exigiendo a sus súbditos imitar su ejemplo, seguía, sin embargo, muy aficionado al culto pagano. En vista de tan palpable inconsecuencia, el padre Álamo, destinado a Calus, que trataba mucho con el cacique, y conocía su carácter doblado, llevaba propósito de proceder muy cautamente y guiarse, antes del bautismo, más por los hechos que por las palabras.

Sobrados motivos tenía Tocampaba para mostrarse largo en los ofrecimientos que le podían asegurar la amistad española; pues sólo así vencería la oposición creciente de sus caciques y súbditos y tendría subyugado al caudillo de Tocabaga quien, de otra suerte, aprovecharía la confusión reinante en Calus, para declararle guerra. Precisamente una de sus principales razones para responder diligente a la cita de Menéndez, había sido adelantarse en el ataque al temido émulo. Una vez en la Habana pidió al asturiano contingente de soldados con que efectuar el proyectado combate. Reputando justos los designios del caudillo, prometió Menéndez satisfacer a la petición (116).

bre 1568: « Ya quando ésta se embía, es venido a la Havana el adelantado » (*Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel. f. 590v*).

(115) *L. c.* Rogel en su carta de 5 de febrero 1569.

(116) Dice Rogel en la misma carta de 5 de febrero: « porque a lo que juzgamos, tiene [el cacique de Calus] iusticia para ello (guerra) ».

Contento, el general de sus entrevistas con el cacique, decidió que partiera este en compañía del padre Álamo, quien lo instruiría en los principios de la fe y prepararía para el bautismo; la abjuración solemne se haría a la presencia del adelantado que emprendería el viaje a Calus, apenas hubiera despachado los negocios más urgentes.

No sabemos si por estar convaleciente de su enfermedad o por otras razones, tampoco esta vez se creyó oportuno que el misionero cordovés se embarcara para su destino. Lo hacía poco tiempo después acompañado de Menéndez y de los padres viceprovincial y Sedeño. Se notaba franco optimismo entre misioneros y marinos, porque iba a iniciarse un período próspero de la misión calusana.

En este sentido parecían orientarse los hechos, pues en la entrevista que poco después de desembarcados, tuvo Menéndez con Tocampaba, ratificó este sus propósitos de conversión, y al siguiente día, delante de un grupo de indios, quemó sus ídolos. Abierta la vía con tan sensacional acaecimiento para los posteriores trabajos apostólicos del padre Álamo y el hermano Villarreal, salía el asturiano para la Habana con los padres viceprovincial y Sedeño.

30. - No tardaron, sin embargo, en sentirse los efectos de tan prematuras decisiones, pues entre los indios era voz común, confirmada por el cacique, que por temor y miedo había quemado este los ídolos. En una muy natural reacción del sentimiento religioso de tribu herido, se fue manifestando entre los indígenas desvío de los españoles que pronto degeneró en deseos de venganza. Alarmados estos por tan temible oposición, que suponían azuzada por el cacique y sus secuaces, mataron a Tocampaba y a unos quince de sus principales y maltrataron a otros. Fue tal el pánico del pueblo, que todos los indígenas a excepción de algunas mujeres que con la guarnición y los misioneros se retiraron a la capital cubana, huyeron abandonándolo (117). Sucedió esto hacia el mes de mayo de 1569. ¿Se

(117) Arch. S. I. Rom. *Jap. Sin.* 6, f. 265. Es la carta del hermano Villarreal a Borja, escrita desde Tupique, 5 de marzo 1569. Las indias que con los españoles se fueron a la Habana eran, a juzgar por el calificativo que se les da, las mujeres de algunos indígenas principales: « y a las reynas traxe-

ensayarían después métodos más adaptados al carácter *calusano*, para dobligar lentamente sus rebeldes voluntades?

31. - Contemporáneamente con la reorganización misional de la provincia de Calus, se trató de consolidar la de Tequesta. A mediados de septiembre de 1568, como sabemos, habían salido del puerto de la Habana algunas naves capitaneadas por Menéndez Marqués, entre cuyos tripulantes se hallaban los misioneros Rogel y Villarreal, con un intérprete conocedor de la lengua *calusana* que no poco ayudaría en la enseñanza catequística. Aunque los veleros iban con destino a Calus, donde se establecería el hermano con el intérprete, pasarían primero por la provincia de Tequesta y las islas de los Mártires, para cerciorarse de la disposición que en ellas había de predicar el evangelio. Por el mal tiempo, ni a la ida ni a la vuelta, pudieron las naves hacer las proyectadas escalas; percance tanto más de lamentar, cuanto que las noticias de la provincia de Tequesta eran halagadoras, pues el hermano del cacique había cumplido la promesa de tener preparados a los indios antes de la llegada de los misioneros, para quienes había hecho edificar un bohío (118).

Aunque durante las reuniones que en agosto y septiembre de 1568 se tuvieron en la capital cubana, al padre Sedeño se le había señalado la provincia de Guale; el padre viceprovincial, ansioso por aprovechar las favorables circunstancias de Tequesta, lo destinó después a aquella región con un joven catequista y otro ayudante que había formado parte de la guarnición española de aquel país. Deseoso además Segura de palpar por sí mismo las esperanzas de fruto, acompañó a los misioneros, designando como sustituto suyo en la Habana al padre Rogel. Allí quedaban también el padre Alamo, todavía convaleciente, y los hermanos Juan de la Carrera y Pedro Linares, enfermo con doble terciana desde hacía mes y medio, y tres mancebos catequistas (119).

ron a la Habana » (*l. c.*). Véase también la carta del padre Segura al mismo Borja, La Habana 19 de enero 1569. (*Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel. f. 586*).

(118) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Rogel a Borja, Habana 10 de nov. 1568, ff. 589. 589v.

(119) *L. c. ff. 589v, 590.*

Zarpaban los misioneros de la Habana en la segunda mitad de noviembre de 1568. Acompañábalos Menéndez Márquez (120), quien había de proveer al establecimiento de una guarnición de soldados que protegieran a los misioneros. Después de breve escala en Matanzas (Cuba), llegaban a Tequesta a principios de diciembre. La actitud recelosa de no pocos indígenas que todavía recordarian las frecuentes luchas sostenidas con los de la anterior guarnición, y la esquizofrenia de otros que huirían de los españoles, obligaron a los expedicionarios a seguir hasta la fortaleza de San Agustín, para recoger allí algunos soldados que aseguraran la defensa de la obra de colonización y evangelización.

Algún tanto pensativos proseguían su camino, cuando un fuerte viento les hizo retroceder desde las cercanías del cabo Cañaveral hasta Tequesta. Movidos por tan particular circunstancia, quisieron tentar segunda vez un acercamiento a los indígenas. Con un disparo de artillería reunieron a no pocos curiosos, entre quienes vinieron el hermano del cacique, Diego, catequizado y bautizado en Sevilla, y el mismo jefe, que delante de Márquez, dio oficialmente la obediencia al rey español y prometió convertirse con toda su gente (121). Al menos aparentemente quedaban así concertadas las paces. Como solemne ratificación de ellas, hicieron los españoles con dos hermosos pinos traídos por los indígenas, una cruz que se colocó donde había estado la primera. Durante la ceremonia de la erección, se cantaron las letanías, la adoraron los conquistadores reverentemente, y después de ellos los indios, con su cacique a la cabeza.

Al poco tiempo salían de nuevo para San Agustín los padres Segura y Sedeño, en busca de unos treinta soldados que defendieran y secundaran la obra misional (122).

(120) Escribe Sedeño a Borja, 17 de septiembre, 1568: « mañana, creo, nos partiremos el padre viceprovincial y yo a la Florida » (Arch. S. I. Rom. Mex. 16, f. 6). Rogel, en la carta a Borja de 5 de febrero 1569: « Allí escribí cómo el padre viceprovincial partió de aquí a los postreros de noviembre » (*Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel. f. 592*).

(121) Estas noticias las tomamos de una carta de Sedeño, cuya copia la incluye Rogel en la suya de 5 de febrero 1569 (*Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel. ff. 593, 593v*).

(122) Escribe Sedeño en la carta trascrita por Rogel: « Ruyz queda

32. - Hasta aquí llegan las noticias que tenemos del segundo y último establecimiento de la misión jesuítica en la provincia de Tequesta. La guarnición que se trajo de San Agustín, tardaría muy poco en instalarse entre los indígenas; y el jesuíta, ayudado por alguno de los intérpretes, iniciaría desde el principio su labor. El temor que los *tequestanos* mostraran a la vista de la nave española, se había de aumentar con aquel puñado de soldados que no siempre mostrarían sentimientos pacíficos, formándose así un ambiente incompatible con la misión. Por otra parte, no podía abandonarse a los misioneros sin la conveniente defensa, sobre todo, después de la agresividad guerrera que habían manifestado los indios con la primera guarnición.

¿Se repitieron también ahora las ofensas y acometidas mutuas, por parte de los indígenas y españoles? La hipótesis se hace muy probable, puesto que no habían cambiado para estos las circunstancias de privaciones y malcontento. Había parecido in Domino, escribía el padre viceprovincial a San Francisco de Borja, el diecinueve de junio de 1569, una vez que estaba cerrada la puerta a la predicación del evangelio en las dos provincias de Calus y Tequesta, acudir todos a las de Guale y Santa Elena, para que, mediante el divino favor, se diera algún principio a la conversión de la gentilidad floridana (123).

Así abandonaban definitivamente los jesuítas a los agueridos indígenas del sur de la península americana. En Calus, los efectos de una atropellada determinación en exigir del cacique el repentino y absoluto desprendimiento de sus ídolos, produjo en los indios un resentimiento que frustró esperanzas risueñas de evangelización. En Tequesta, según creemos, aun en este segundo período, las grandes incomodidades y privaciones de los soldados y las consiguientes desavenencias y choques con los indios impidieron la benéfica labor de los misioneros.

con los dos Juanicos hasta que tornemos de San Agustín » (*l. c. f. 593v*).
(123) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel. f. 586.*



EN LAS PROVINCIAS SEPTENTRIONALES DE GUALE Y SANTA ELENA

SUMARIO: — 1. Porvenir misional y posición estratégica. — 2. Visita de Menéndez a Guale; erección y adoración de la cruz. — 3. Menéndez mediador de la paz; los catequistas. — 4. A Santa Elena; la entrevista con Orista y negociaciones de paz. — 5. Condescendencia interesada del cacique: promesas de conversión. — 6. La guarnición de San Felipe. — 7. De nuevo en Guale: ratificación de las paces. — 8. El cacique adora la cruz; los catequistas. — 9. Privaciones de la guarnición de San Felipe; los huidos y los rebeldes; Menéndez de Avilés. — 10. Esperanzas de conversiones en Guale y Santa Elena. — 11. Menéndez a España. — 12. Los jesuitas en San Agustín y Santa Elena: escasa actividad misionera. — 13. Las tribus de Guale y Santa Elena. — 14. Visita de Rogel: primeras impresiones. — 15. Distribución de los misioneros. — 16. Rogel entre los oristanos: costumbres indias; porvenir halagüeño. — 17. Dificultades; predicación catequística. — 18. Los indios se alejan de los misioneros. — 19. Abandonan los jesuitas la misión. — 20. Guale: condición de la tierra y costumbres indias. — 21. Explicación catequística. — 22. Hostilidad india; abandonan los jesuitas la misión. — 23. Muerte del hermano Váez. — 24. La isla de Santa Elena. — 25. Residencia misional.

26. ¿Los jesuitas capellanes? — 27. Deciden los superiores enviar al padre Álamo a España. — 28. Se oponen a ello los delegados de Menéndez. — 29. Informe de Segura a Roma. — 30. Interviene Borja contra la vejación; el memorial al cardenal Espinosa. — 31. Entrevista de Menéndez con Esquivel. — 32. Menéndez da satisfacción a la curia jesuítica. — 33. Defiende Borja la libertad de los misioneros. — 34. Causas del insuceso misional.

1. - Era no pequeño el atractivo que para los jesuitas tenían las provincias de Guale y de Santa Elena, parte oriental de la Georgia y Carolina del Sur, cuya gente, según escribía el padre Segura a San Francisco de Borja, el diecinueve de

junio de 1569, se juzgaba la más dispuesta, por entonces, de toda la Florida, para la predicación del evangelio y siempre se habían conservado en amistad y buen trato con los cristianos (1).

Desde antiguo se había fijado en aquellas provincias la atención de los españoles, pues la defensa de lo ocupado en la Florida hasta 1565, y de lo que en adelante se conquistara, estribaba, según Menéndez, en Santa Elena (2). Esta posición estratégica era igualmente conocida a los franceses que querían poblarla, por tener el mejor puerto y río descubiertos en la Florida (3). En la región de Guale poseían así mismo los súbditos del rey cristianismo otro excelente puerto (4), y habían trabado amistad con dos caciques señores de cuarenta pueblos; estos baluartes defensivos de los dos puertos crecían en importancia por el brazo de mar que a su norte pasaba (5). No podía soportar el adelantado este influjo preponderante de los hugonotes franceses, exagerado notablemente por su fogosa imaginación, y quería derrocarlo a todo trance.

2. - Las frecuentes sublevaciones de los fuertes de San Agustín y San Mateo habían retardado sus deseos de explorar las costas orientales de las provincias del norte. A principios de abril de 1566, apaciguadas nuevamente las dos mencionadas fortalezas, salió de San Mateo para Guale (6). Con este nombre denominaban los españoles la costa y el

(1) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist sel.* Segura a Borja, La Habana 19 junio 1569.

(2) Escribía Menéndez a Felipe II, Habana 25 de diciembre 1565: « podré yr yo a Santa Elena y baía de Santa María a hazer allí lo que convenga; y dexaré el mejor recado que pudiere para que lo ganado y descubierto no se pierda » (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 133).

(3) *L. c.* p. 146.

(4) *L. c.* p. 145. Escribía esto Menéndez, el 30 de enero 1566, cuando Laudonnière y el hijo de Juan Ribaut habían salido para Francia.

(5) El adelantado había hablado con Fr. Pedro de Urdaneta, quien, desde hacía muchos años, tenía relación de aquel estrecho, sobre la manera de saber el secreto. De serle posible, enviaría un capitán con el indio floridano, para que a vista de ojos, vieran el brazo de mar (RUIDÍAZ, *o. c.* II, p. 151). El indio de que habla Menéndez, es el que después acompañó a Segura y sus compañeros a Ajacán.

(6) HODGE, *Handbook...* « Guale ».

territorio correspondiente, comprendidos aproximadamente entre la isla Amelia (al sur de la desembocadura del río Santa María, Florida) y la parte septentrional de Georgia. Después de tres días de navegación, descubría puerto, probablemente en la actual isla de Santa Catalina (7). Dejando allí a Esteban de las Alas con cien soldados, se internó con dos bergantines y cincuenta soldados por el canal que se formaba entre la isla y la tierra firme, hasta llegar a las proximidades de un pueblo que distaba de la orilla como un cuarto de legua. A su encuentro vinieron muchos indios flecheros, desnudos todos, entre los que muy pronto se dio a conocer un cristiano cordovés que, huído a Francia de niño, había llegado a aquellas playas con la primera expedición francesa de 1562, enviada por Coligny. El oportuno hallazgo facilitaba a los españoles la comunicación con los indios *guleanos*, tribu tan conocida, sobre todo, en la literatura misional del siglo XVI, y que posteriormente, perdiendo su nombre, apareció probablemente compenetrada con la de los Yamasi. Hablaban acaso un dialecto del hitchiti, lengua de los antiguos *apalacheanos* (8).

Interesados los españoles de entrevistarse cuanto antes con el cacique, se hicieron guiar por el intérprete a la casa de este. En seguida salieron a relucir en la conversación las matanzas francesas de las que estaría informado el caudillo indígena por el cordovés y por otro de los evadidos franceses que vivía entre los indios, y sobre ellas trató de sondear el ánimo del adelantado. Este le contestó de manera análoga a como lo hiciera al cacique de Tocobaga: eran los degollados, cristianos de mentira que habían venido a la Florida para arrebatar el reino a los régulos honrados y dárselo a los que congeniasen con su mala secta. Temeroso el de Guale de no compartir la suerte de los infortunados hugonotes, se ofreció a ser cristiano de verdad; y para que nadie dudase de su generosa oferta, accedió en seguida a la invitación que Menéndez le hizo de asistir al canto de la

(7) LANNING, *The spanish Missions of Georgia*, p. 13.

(8) HODGE, *Handbook...* « Guale », « Saint Helena », « Muskhogean family ».

doctrina que los españoles organizarían con los niños indígenas y al acto de la erección de la cruz que se había de levantar en el pueblo. Se hizo la ceremonia con la solemnidad acostumbrada, cantándose las letanías; y se acercaron reverentes a la adoración de la veneranda insignia los españoles con su general y los indígenas con su cacique.

3. - A la mañana siguiente se repitió la adoración con la misma pompa e igual concurrencia. Para el final de la ceremonia religiosa había preparado el adelantado una entrevista de carácter oficial con el cacique y principales. Su especial intento en ella era ofrecerse como mediador para las paces de los *gualanos* con los indígenas de Santa Elena, región septentrional limítrofe, con quienes sostenían encarnizada guerra. Eran los segundos de la tribu de los *cusabos*, probablemente de la grande familia *muscogeana* (9), habitantes de la provincia de Chicora, visitada en años anteriores por Ayllón. A fin de persuadirles más eficazmente a aceptar las propuestas pacíficas, tomó pie Menéndez del carácter religioso, o mejor dicho, de sino fatídico, con que el indígena envolvía todos los sucesos de la vida, y les manifestó que la sequía de ocho meses que sufrían, con los funestos efectos de hambre, era castigo de Dios, por la enemistad con los *cusabos*; para una mejor inteligencia en las negociaciones entregaría el cacique a Menéndez los dos indios prisioneros de Santa Elena, paso necesario y decisivo para concertar las paces; el adelantado le dejaría en rehenes dos cristianos.

Aceptó el de Guale la propuesta con forzada resignación y escogió los dos españoles, Alonso Menéndez Marqués, so brino del adelantado y Vasco Zabal, alférez del estandarte mayor, que en su compañía se habían de quedar. Menéndez, para infundir confianza y seguridad al cacique, le dejó otros seis, para que doctrinasen a los indios, recomendándole los tratara bien, pues de no hacerlo, a él y a « toda su gente les mandaría cortar la cabeza » (10). Sólo con tales amenazas

(9) O. c. « Saint Helena », « Cusabo ».

(10) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 199: Toda la relación la vamos entresacando del referido autor, única fuente de los hechos que narramos.

creía Menéndez poder cohibir la agresividad innata de los floridanos. El cacique por su parte, no poco atemorizado por tan resuelta voluntad, de buena gana hubiera entregado los indios prisioneros y todos los cristianos que habían de quedar en su provincia, a condición de ver lejos de sus tierras a los decididos conquistadores. Que las promesas del adelantado se pudieran convertir en hechos tenía evidente testimonio en la sangre que se derramó abundante poco tiempo hacía en la vecina provincia de San Mateo.

4. - Una impresión de tranquilidad pasajera invadió los ánimos del cacique e indios, cuando vieron que las naves españolas acompañadas de los connacionales, un indio principal cusabo y el intérprete cordovés Guillermo, se dirigían hacia Santa Elena. El encuentro con Esteban de las Alas y sus soldados que ansiosos aguardaban a sus compañeros, se celebró con trompetas y salvas de artillería. Siguieron todos hacia el norte para llegar el día siguiente por la tarde a la punta de Santa Elena, acaso la actual Hilton Head (11). Navegaron una legua por el vecino estrecho de Port Royal, y dejando allí el navío grande, montaron en los bergantines Menéndez, Esteban de las Alas, los mensajeros indios y unos cien soldados. Después de avanzar unas dos leguas por el angosto paso, desembarcaron en uno de los pueblos de la orilla, casi arrasado por un incendio. Los naturales, que estaban ocupados en la reconstrucción de sus chozas, no poco alterados por la novedad, corrieron a empuñar sus arcos y flechas para presentar combate a los que supondrían sus irreconciliables enemigos los gualeanos. Depusieron muy pronto su combativa actitud al enterarse por el intérprete y mensajeros de los designios de los expedicionarios.

Desembarcaron los españoles ante las inquietas miradas de los indígenas que se presentaron sin armas y en ademán obsequioso. Rápidamente se extendió por la reducida isla la noticia de la inesperada visita y eran muchos los que generosamente les brindaban con comida.

Los españoles por su parte declararon muy pronto la

(11) LOWERY, *The Spanish Settlements...* 1562-1574, Appendix U, pp. 438-440.

comisión que traían de Guale y urgieron su definitiva solución. Para la entrevista oficial se designó uno de los pueblos vecinos y a ella acudieron Orista, jefe principal de la pequeña tribu de *Edisto* u *Orista* (12), y algunos otros caciques. Los trámites de las negociaciones se hubieron de facilitar con la presencia de Guillermo, casado con una hija de Orista, quien propuso todo el plan e intentos españoles. Siguieron a esta exposición las deliberaciones del jefe con los suyos, durante media hora, a las que no pudo asistir el intérprete. Las conclusiones transmitidas a Menéndez fueron las siguientes: gustosos aceptaban las paces y mucho más el ser cristianos, pues los de Guale no habían de ser mejores que ellos.

5. - La alusión a los adversarios hacía suponer una fuerza mayor en las conclusiones aprobadas y parecía insinuar manejos políticos, maniobras utilitarias semejantes a las que palpara poco antes Menéndez entre los caudillos de Calus y Tocobaga. No era fácil tratar en la Florida con caciques de provincias limítrofes, sin que inmediatamente aparecieran los émulos, y naturalmente el apoyo dado a uno de ellos era desastroso para los fines de colonización en la provincia del menos favorecido; y aun en la región protegida se adelantaba muy poco, por las pretensiones del cacique de aprovechar la poderosa amistad para sus fines ambiciosos.

Apenas en Santa Elena se dieron cuenta que de su decisión dependía el tener un auxiliar potente o un enemigo temible, las negociaciones no hallaron estorbo alguno. Instruidos por los mensajeros venidos de Guale, aseguraban los indígenas, de quién era Dios, y de las ventajas que había en ser cristianos (13), querían serlo de verdad; pedían por tanto al adelantado permaneciera en su provincia como su hermano mayor, pues se someterían en todo a sus mandatos; de no ser esto posible, dejara alguno que los doctrinase, y ellos se encargarían de atenderlo y seguirlo y de considerar a los cristianos de mentira como sus enemigos por serlo de Menéndez.

Resultado tan completo se celebró con una comida ofrecida por el cacique. A ella contribuyeron los españoles con

(12) HODGE, *Handbook...* « Edisto ».

(13) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 203.

bizcocho, vino y miel, repitiéndose durante la sobremesa las escenas de canto y baile, casi como en Calus (14).

6. - Menéndez quiso asegurar con una guarnición que se estableciera en alguna de aquellas cercanías, el fruto en cierne. Por indicación del cacique Orista se escogió para levantar la fortaleza una de las dos islas San Felipe o París (15), lugar de fácil acceso, tranquilo y apacible. Trazados los planos y terminada su construcción de estacas, tierra y fagina (16), fortificóse la con seis piezas de bronce y encargáronse de su defensa ciento diez soldados a las órdenes de Esteban de las Alas, nombrado gobernador de toda la región.

Enviáronse a otras islas mensajeros que dieran aviso de la venida de los españoles, de sus pacíficas intenciones y de los regalos con que obsequiarían a los que fueran a verlos. Muchos caciques respondieron al llamamiento, proclamaron al adelantado por su hermano mayor, le manifestaron sus deseos de convertirse, pidiéndole una cruz para adorarla y cristianos que los instruyesen. Entregó Menéndez uno o dos a cada cacique, con instrumentos para la construcción del símbolo redentor, y amonestó a los catequistas habituales a los indígenas a adorarla mañana y tarde; en esos tiempos explicarían ellos la doctrina cristiana.

7. - Con su misión de paz plenamente cumplida volvió el adelantado a Guale en compañía de veinte soldados, dos indios principales de Orista que debían confirmar las paces, y el intérprete Guillermo. Llegados a la provincia meridional el ocho de mayo, el intérprete dio cuenta al cacique de la concertada amistad que se encargaron de ratificar los dos oristanos.

Algo intranquilo el gualeano por las paces de los españoles con el cacique de Orista, y más que nada por el respetable escuadrón de soldados que allí quedaba a las órdenes

(14) *L. c.* p. 204.

(15) LOWERY, *The Spanish Settlements... 1562-1574*, Appendix U. pp. 438-440. La descripción del fuerte en A. I. *Patron. real*, leg. 19, r. 33: « Descripción de la Florida ». Aunque no tiene ni autor ni fecha, está escrita hacia 1574; su autor no conocía el fuerte, aunque tiene datos circunstanciados de él por los que allí estuvieron.

(16) *L. c.* SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 207.

de Esteban de las Alas, renovó su promesa de hacerse cristiano y obligar a los suyos a imitar su ejemplo. Instó después a Menéndez le dejase algunos soldados como en la región vecina (17). No teniéndolos por el momento, prometió el marino enviárselos pronto.

8. - Menéndez encontraba frecuentemente en su misión pacificadora situaciones difíciles y comprometedoras. Tal vez, a insinuación de alguno de los refugiados franceses ansioso por frustrar los planes españoles, le sugirió el de Guale pidiese al Dios de los cristianos agua para sus maizales y sementeras, quemados por la prolongada sequía, justificando su demanda con ser ya cristiano y haber hecho las paces con Orista por no enojar a la Majestad divina. Trató el adelantado de evadir el compromiso manifestando que Dios estaba enojado contra el cacique por su descuido en seguir los preceptos divinos. Después de algún tiempo nuevamente le presionó el régulo con la misma petición; y para testimoniar la sinceridad de sus propósitos, se dirigió delante de los españoles e indígenas a la cruz e hincándose de rodillas y besándola, repitió su profesión de cristiano. Antes de media hora, nos los asegura categóricamente Solís de Merás, entre truenos y relámpagos comenzó a llover y no cesó en veinticuatro horas. Atribuyendo los indígenas el extraordinario beneficio a las súplicas de Menéndez, en señal de agradecimiento se le echaban a los pies, pidiéndole al mismo tiempo cristianos que los instruyesen (18).

Accedió gustoso Menéndez dejando allí cinco catequistas, entre los que se contaba un sobrino suyo Alonso, para que continuasen la comenzada empresa de amistad y evangelización. A mediados de mayo de 1566 salía para el fuerte de San Mateo.

9. - Quedaban así fundados en el norte de la Florida los dos centros de donde se había de extender la ulterior conquista y expansión misional; baluartes que, como todos los de las provincias septentrionales, habían de pasar por tantas alternativas y vaivenes hasta su definitivo establecimiento.

(17) SOLÍS DE MERÁS, *o. c.* p. 210.

(18) *O. c.* pp. 212, 215.

La reducida isla de Santa Elena era incapaz de satisfacer las necesidades de guarnición tan numerosa; así que muy pronto se hizo sentir el descontento entre los españoles allí instalados. La nave de bastimentos enviada por el adelantado excitó el ánimo aventurero de unos sesenta soldados que, después de prender a su capitán Esteban de las Alas y a los oficiales principales, se apoderaron de ella y huyeron a la búsqueda de mejores tierras. En su larga navegación hacia el sur encontraron, como vimos anteriormente, refugio pasajero en Tequesta.

Cuando sobre las posesiones de Ultramar se cernía la amenaza de los franceses, vivamente resentidos por la catástrofe de las expediciones hugonotes; del ingente refuerzo llegado a la Florida con Sancho de Arciniega, dos de las naves de víveres y trescientos soldados, capitaneados por Juan Pardo, se destinaron para Santa Elena (19). Ayuda oportunísima pues habíanse escapado a de las Alas, por el interior de la tierra firme, además de los amotinados, otros veinte soldados, reduciéndose la guarnición a unos veinticinco, confiados a la generosidad indígena (20). Pardo, para prevenir nuevas rebeliones y huidas, recién llegado, mandó ahorcar a dos de los revoltosos y apresó a otros tres. Esta actitud enérgica y el no estar claramente definidos los derechos de jurisdicción de los dos capitanes Pardo y Esteban de las Alas, suscitaron desavenencias entre ellos y aumentaron la desorientación reinante en la guarnición. Estos motivos de discordia y confusión desaparecieron con la llegada de Menéndez que soltó a los tres encarcelados, no sin antes prenderlos y animó a todos se mantuviesen firmes en el servicio de su majestad. Para quitar el principal motivo de ulteriores desacuerdos, nombró a de las Alas lugarteniente suyo en aquella provincia y envió a Pardo con ciento cincuenta soldados por el interior de la tierra firme para iniciar la cristianización de aquellas regiones (21).

(19) *O. c.* p. 260.

(20) *O. c.* p. 261.

(21) *O. c.* p. 261s. En RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 477-480: «Relación del viaje y reconocimiento que hizo del interior de la Florida en 1566, el

10. - A fines de agosto de 1566 el general abandonaba Santa Elena para dirigirse a Guale. Su sobrino el catequista Alonso había muerto dejando gratisimo recuerdo entre los indígenas. El dolor de la inesperada noticia se suavizaba con el fruto recogido por los catequistas, pues los naturales adoraban la cruz con devoción y la mayoría de los niños asistía a la doctrina y aun la sabía de memoria (22). El benéfico influjo se había hecho también sentir por los alrededores, pues durante la corta permanencia de Menéndez en la región, vinieron muchos caciques a saludarle, pidiéndole catequistas que les enseñasen la doctrina y cruces que adorar. Se encargaron de secundar los deseos indígenas treinta soldados, « los más dellos gente prencipal, que pidieron los dejasen allí, porque les parecía podían mejor servir a Dios y al Rey ».

Por abril de 1567, el adelantado, después de inspeccionar detenidamente los fuertes de San Mateo y San Agustín, repetía nuevamente la visita de Santa Elena, para dar las últimas instrucciones a Esteban de las Alas, y emprender después el viaje a España, donde informaría a la corte sobre la situación de las regiones septentrionales e islas del Atlántico (23).

Encontró en el fuerte de Orista, recientemente fundado, al capitán Pardo con sus soldados exploradores que acababan de volver de su expedición por el interior. En varias partes, referían los bravos gastadores, habían fundado fortalezas y escuelas catequísticas con plena aprobación de caciques e indígenas, deseosos de hacerse cristianos; los rumores de la fuerte armada que en Francia se preparaba contra la Florida, les habían hecho desistir de ulteriores exploraciones y volver a la fortaleza de la costa.

capitán Juan Pardo, por orden del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, escrita por el soldado Francisco Martínez ». Véase además la de Juan de Vandra (l. c. pp. 481-486): « Relación eserita por... de los lugares y qué tierra es cada lugar de los de las provincias de la Florida, por donde el Capitán Juan Pardo, por mandado de Pedro Menéndez de Avilés, entró a descubrir camino para Nueva España, desde la punta de Sancta Elena de las dichas provincias, los años de 1566 y 1567, que todo es como sigue ».

(22) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 263.

(23) O. c. p. 304.

11. - Hubiera deseado Menéndez visitar por sí mismo los pueblos recorridos por Pardo (24) y sus compañeros, y confirmar la amistad de los caciques; pero urgíale la vuelta a España, para dar a la corte y al Consejo de Indias exhaustiva noticia de la política de Ultramar: Si ante la inminente ofensiva francesa, pensaba el marino, no se tenían suficientemente abastecidas de viveres y municiones las fortalezas de la Florida, Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba, y bien remunerados los soldados que las defendían; y si no impedían los daños de los corsarios franceses en las naves y posesiones españolas, las consecuencias para toda América serían fatales. Hacia fines de abril se embarcaba en una fragata ligera de remo y vela de veinte toneladas y hacía rumbo para su amada patria (25).

12. - Era este el ambiente general de Guale y Santa Elena un poco antes de que los jesuitas hicieran en las dos provincias su fugaz aparición misionera.

No hemos querido seguir paso a paso las alternativas de las guarniciones de San Mateo y San Agustín, porque en ninguno de los dos puntos tuvieron los jesuitas establecida misión alguna. El padre Rogel, después de abandonar la misión de Calus, se dirigió el veinte de mayo de 1568 al fuerte de San Agustín, donde estuvo ocupado únicamente en confesar a los soldados hasta el último día del mismo mes, sin entrar en comunicación con los indígenas (26).

En junio de aquel año, según hemos visto, desembarcaba en el mismo puerto la segunda expedición de misioneros dirigida por el padre Segura. Durante su corta permanencia en aquella fortaleza, sus ministerios se limitarían a los de la guarnición y explorarían la región circunvecina.

(24) RUIDÍAZ. *La Florida...* II, pp. 465-473: «Relación de la entrada y de la conquista que por mandado de Pero Menéndez de Avilés hizo en 1566, (Ruidíaz pone 1565, lo que evidentemente es una equivocación), en el interior de la Florida el Capitán Juan Pardo, escrita por él mismo».

(25) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 308.

(26) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Rogel a Borja, Habana 25 de julio 1568, f. 329.

En la visita que recibieron del cacique Omolao pudieron comprobar agradablemente la preocupación española por la instrucción religiosa de los naturales, pues el régulo y su comitiva cantaron con mucha devoción la doctrina cristiana. Estimulados los indígenas por los regalos de los misioneros, prometieron seguir constantes en la asistencia al catecismo; el jefe por su parte les ofreció enviarles su sobrino, sucesor del trono, para que lo instruyesen (27). Con tal ocasión procuró el padre viceprovincial se levantase casa donde el hermano Váez con otros catequistas explicase la doctrina cristiana. Poco debió de durar esta escuela catequística, pues el hermano con los demás, a principios del siguiente año, pasaba a las provincias septentrionales.

En la fortaleza de San Mateo, al menos establemente, ninguno de los jesuitas misioneros ejercitó sus actividades apostólicas.

13. - Las aspiraciones jesuíticas, sobre todo después de las frustradas tentativas de evangelización en Calus y Tequesta, se dirigían a Guale y Santa Elena.

Pertenecían los de Guale a la tribu de los *yamasinos*, procedentes de la extensa rama *muscogean*; y los de Santa Elena a la de los *cusabos*, probablemente de la familia *ucheana*. Como las tribus meridionales, las dos mencionadas manifestaban la rudeza de su cultura en sus casi desnudos cuerpos. Vivían bajo la omnímota y no pocas veces despótica autoridad del cacique o mico. En el culto de la divinidad no se elevaban sobre la adoración al sol y a la luna, conservando especial veneración por el fuego, en cuyo culto se elevarían casi inconscientemente al criador de él (28). Naturalmente esta conducta y creencias estarían empapadas en un ambiente materialista que dejaba sentir sus deletéreos efectos en una moral sin freno.

Todo el territorio, generalmente pantanoso, era de esca-

(27) Arch. S. I. Rom. *Mex.* 16, f. 5v. No deja de ser interesante este dato que casi recogemos al azar. En 1567, por lo menos tenía un hijo Omolao (Emolao) (Solís DE MÉRÁS, *Memorial...* p. 239), y sin embargo el señorío le correspondía a un sobrino.

(28) LANNING, *The Spanish Missions of Georgia*, p. 28.

sísimo cultivo y riqueza natural, lo que hacía que los pueblos se redujeran a pocas casas. Orista, tal vez el principal de la región de Santa Elena, tenía veinte; los había con seis y aun cuatro. La provincia de Guale se presentaba menos poblada aún con bohíos esparcidos, cuya rudimentaria construcción se reducía a unas estacas recubiertas de barro y tejado de palmas o paja (29).

14. - Recién llegados el padre Segura y sus compañeros a San Agustín, les comunicaba el padre Rogel las magníficas impresiones de su primera exploración en aquellas dos provincias: Los de Guale, de buen natural y ocupados habitualmente en las labores del campo, manteníanse estrechamente unidos con los españoles y estaban muy dispuestos a convertirse; veintitrés caciques fomentaban la amistad de los conquistadores, lo que facilitaría la predicación e instrucción catequística, en la que podrían ayudar los soldados conocedores ya de la lengua, la más universal de toda la Florida (30). Por otra parte, según el misionero navarro, simplificarían la ruda labor la disposición y carácter de los indígenas muy devotos de la cruz y amigos de preguntar y saber la razón de lo que se les decía; tenían además los gualeanos alguna noticia de muchas cosas de la santa fe, y muchos se hubieran hecho buenos cristianos, si el mal ejemplo de la guarnición no lo impidiera.

Después de confesar a todos los soldados de Guale, había pasado el padre Rogel a Santa Elena para prestar idéntica asistencia a las tres guarniciones establecidas respectivamente en la isla de San Felipe o París y en los pueblos de Orista y Escamacu, situados en el estrecho de Port Royal (31). Acompañado por el capitán Pardo visitó estos dos últimos

(29) *Varia Historia*. III, *Extra Europam*, f. 558: Carta de Rogel a Menéndez, 9 de diciembre 1570.

(30) *Fondo Jesuítico*, l. c. *Epist. sel.* Rogel a Borja, 25 de julio 1568, f. 329. Añade Rogel: « porque un soldado que la habla me a dicho que, entrando dozientas leguas la tierra adentro, entendia y le entendian muy bien en aquella lengua ».

(31) La región de Guale estaba más poblada que la de Santa Elena. En esta última región Orista y Escamacu, eran los más importantes pueblos (Tate LANNING, *The spanish Missions of Georgia*, pp. 11s, 14). HODGE, *Handbook*... « Uscamacu » « Edisto ».

pueblos. El recibimiento de los indígenas fue sobremanera cariñoso, espontánea manifestación de agradecimiento hacia Pardo que tanto se interesaba por ellos. La conducta de las dos guarniciones con los naturales era muy diversa, pues mientras los soldados de Escamacu convivían pacíficamente con los indios, los de Orista no se habían podido acomodar a la rudeza indígena. Durante su corta permanencia en aquellas islas pudo comprobar el jesuita tan lamentable contraste, pues una de las veces que en compañía de Pardo se entretenía con los habitantes de Escamacu, indias de Orista vinieron dando voces y pidiendo socorro porque los soldados tenían preso y maltrataban a su cacique. En seguida despachó el capitán uno de los suyos que amenazara a los inconsiderados subalternos, y vuelto el siguiente día a aquella fortaleza, sustituyó al alcaide por otro que vigilara más por la incolumidad de los indígenas.

Recordando el jesuita las escenas de Calus, no podía prometerse grande fruto para la predicación de los misioneros ante esta actitud de la soldadesca. Así se explicaba Rogel la pérdida de los fuertes y centros catequísticos erigidos por Pardo en sus expediciones por el interior de la tierra firme y confiados después al cuidado de reducidas guarniciones; ni era extraño que los indígenas hubieran dado muerte a los soldados que las defendían y asistían, pues si los que estaban vigilados por el capitán maltrataban inconsideradamente a los indígenas, « ¿ qué harían los que estaban ciento y dozientas leguas la tierra adentro? ». Aunque la argumentación del jesuita no era infundada, suponemos que disculparía en parte la violenta conducta de los soldados con la estrechez y miseria en que vivían, desatendidos de los suyos y no comprendidos ni ayudados por los indios. Grande era sin embargo su confianza en Pardo que, según opinaba el misionero, podría hacer reinar la paz y amistad entre españoles e indígenas, sobre todo si a estos se les perdonaba su pasada acometividad con los españoles (32).

(32) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Rogel a Borja, Habana 25 de julio 1568, f. 329v.

Aunque el sereno ambiente de Santa Elena, en la apreciación de Rogel, estaba un poco turbado por la actitud de algunos soldados, no así el de Guale. Según escribía a San Francisco de Borja el diez de noviembre de 1568, era esta provincia tierra de promisión, *alba ad messem*; sus indios, de carácter tan bondadoso que habían construido la casa a los catorce soldados de la guarnición y los ayudaban en todo; estos, por su parte, podían andar divididos de dos en dos entre los naturales, no sólo sin recibir lesión alguna, sino aun mantenidos con harta abundancia; de haber un catequista celoso que de propósito se consagrara a la conversión de aquellos indios, ya los más serían cristianos (33).

Hemos de notar que tan ingenuo optimismo tenía el inseguro fundamento de una experiencia de dos o tres días. En tan breve tiempo había comunicado el misionero con los indígenas y aun les había iniciado en algunos puntos de la doctrina, verdades a las que por la novedad prestarían los naturales grande atención. Además, vívidas y palpitantes todavía en la memoria del jesuíta las abyectas costumbres de los calusanos, cuando con ellas comparaba las de los gualeanos, le parecían estas de gente civilizada y aquellas de bárbaros. Aunque adoraban los últimos el sol, proseguía el misionero, no tenían ídolos ni tantos abusos y pestilencias de idolatrías; como buenos labradores que eran, cultivaban la tierra y a sus tiempos recogían la cosecha de maíz; los inviernos que no podían dedicarse a la labranza, se daban a la caza de venados y gallinas de papada, de las que en la región había grande abundancia; en ambiente tan morigerado disonaba sin embargo no poco el que a uno de los indios, (tal vez el sacerdote o hechicero) se comunicaba el demonio personalmente, y todos los gualeanos se regían por las instrucciones del embaucador. Casi lamentaba Rogel no haber vivido en Guale el tiempo que estuvo en Calus, porque el fruto hubiera sido mucho mayor.

En Santa Elena, sigue la carta de Rogel, la disposición de los indígenas para aceptar el evangelio no era menor que

(33) *L. c.* Rogel a Borja, Habana 10 de nov. 1568, f. 588.

en Guale; si iba allá gente sosegada y buena, o ya que se enviaran soldados había alguno que les fuera a la mano, el fruto superaría toda esperanza; pues le había asegurado Pardo que con sólo una visita a los pueblos y tratando a los naturales suavemente, se comprometía a conquistarles las voluntades; de todos modos muchos de los caciques eran amigos y en sus regiones se podría comenzar la predicación (34).

15. - Ante el porvenir halagüeño de las provincias septentrionales, en la segunda distribución de misioneros fueron las únicas atendidas: El padre Rogel con tres mancebos se establecería en Orista; el padre Álamo con los hermanos Carrera y Linares y algunos muchachos de la doctrina en Santa Elena; el padre Sedeño con el hermano Váez y varios catequistas en Guale; posteriormente se les juntaría el hermano Villarreal; el padre Segura recorrería las varias regiones para animar a los misioneros y unificar la labor.

16. - En junio de 1569 zarpaban del puerto de la Habana los misioneros que habían de instalarse en la provincia de Santa Elena. Desembarcados en la isla de San Felipe o Paris, donde se encontraba una de las fortalezas, el padre Álamo con sus compañeros inauguró la residencia cuya principal actividad se había de ejercitar con los de la guarnición. Poco después el padre Rogel con tres catequistas seguía al pueblo de Orista.

Los españoles del fuerte se encargaron de acomodarlos en una casa construída para tal efecto y junto a ella se levantó una reducida capilla.

Después de cuatro meses de trabajos apostólicos entre los indígenas, se mostraba el padre Rogel completamente satisfecho de los resultados. « Hasta ahora me va muy bien con ellos, escribía al lugarteniente de Menéndez en la Habana Juan de Hinistrosa el once de diciembre, gloria al Señor, y tengo esperanza de que se van a convertir si aquí permanecemos » (35); dotados aquellos indígenas de magnífico carácter, no tenían las abominaciones canonizadas de otras pro-

(34) *L. c.* ff. 588, 588v.

(35) A. I. *Patron. real*, leg. 179, n. 5, r. 2.

vincias de la Florida, y llevaban vida tan concertada que aun convertidos nada tendrían que cambiar de sus costumbres; se contentaban con sólo una mujer (36); eran consagrados al trabajo, y a pesar de vivir el padre entre ellos, no veía cosa notable digna de reprensión; naturalmente tenían vicios de los que no estaban libres ni los países cristianos: así por ejemplo eran tahures y jugaban todo cuanto poseían en un juego de dados, al que les estimulaba, tal vez, su espíritu mercantil.

Entre los detalles interesantes que nos da Rogel de sus entusiasmos apostólicos y costumbres indias, deja caer preciosos datos sobre el gobierno indígena. Era este, según nos lo hace deducir el jesuita, idéntico al de las provincias meridionales, pues tenían su casa de ayuntamiento, habitación seguramente del cacique o mico (37), y en ella se juntaban los más ancianos para determinar el orden y gobierno de su república. Muchas veces, aun supuestas las deliberaciones de los consejeros indígenas, ejercitaría el cacique su poder con absoluta independencia.

En el campo religioso la concepción india era completamente materialista. Cuando el jesuita les hablaba de Dios, escribe a Menéndez el nueve de diciembre de 1570, se les escapaban algunas preguntas « muy rateras, como si tenía Dios muger y otras cosas semejantes » (38).

La disposición de los oristanos estimulaba el celo de los misioneros a estudiar la lengua indígena, y tantos pro-

(36) Al prof. JOHN TATE LANNING, *The Spanish Missions of Georgia*, p. 30, se le hace muy extraña esta afirmación de Rogel, pues entre los indios estaba permitada y en uso la poligamia, y la atribuye al espíritu algo cínico del jesuita, que queria, tal vez, reprochar la incontinencia de los españoles. En una carta privada al honorable Hinistrosa no podía adoptar Rogel el tono de apasionado predicador. Por otra parte, bien puede ser que fueran tan contados los casos, que al misionero se le pasaran desapercibidos. De todos modos puede haber exageración en la afirmación del jesuita, que comparaba la morigerada conducta de los oristanos con la desenfrenada de los de Calus.

(37) Ni en Rogel ni en Sedeño encontramos *mico*, con que al cacique se le denominaba entre los gualcanos (LANNING, *The Spanish Missions of Georgia*, p. 16).

(38) *Varia Historia*, III, *Extra Europam*, f. 558: Carta de Rogel a Menéndez, 9 de diciembre 1570.

gresos hicieron en ella que, a los cuatro meses, podían explicar decentemente la unidad de Dios, los premios y castigos de la otra vida y las propiedades del alma. El temor del infierno era lo que más les atemorizaba a los catequizados, pues sólo al pensamiento que podían estar sus almas allí como un tizón ardiendo, si les sorprendía la muerte sin convertirse, prorrumpían en lágrimas (39).

17. - Aunque por parte de la guarnición no surgieron dificultades algunas para la obra misionera, la extrema pobreza de la tierra amenazaba turbarla. Era gran lástima, escribía Rogel a Menéndez, ver a gente cargada de hijos y necesitada, en la imposibilidad de trabajar por falta de mantenimiento; los niños llorando pedían pan y los jesuitas no tenían ni bellotas que darles; para remedio de tan urgente necesidad habían organizado procesiones y dicho misas con tan consoladores resultados que al poco tiempo una nave de víveres, contra viento y marea, entraba providencialmente en Santa Elena. Libre la población del apurado trance, pudieron los misioneros continuar sus ministerios, aunque siempre con la inquietante pesadilla de verse sin recursos y donecillos para atraer a los indios.

Al cabo de los seis meses predicaba ya el padre en la lengua oristana, y sus catequistas se desenvolvían airoosamente en la misma lengua. Entre todos habían recorrido los puntos más fundamentales de la fe: unidad de Dios, su poder y majestad, creación del mundo, inmortalidad del alma, resurrección de los muertos (40); instrucciones que los indígenas escuchaban con atención, pero que fatalmente se debieron interrumpir durante la cosecha de la bellota, pues todos los oyentes se desperdigaron por los montes quedando solos los misioneros.

18. - Aprovechaban los indígenas aquel período de abundancia para sus fiestas y francachelas, reuniéndose en diversos puestos de dos en dos meses. Impulsados por su ardiente celo determinaron los misioneros asistir a aquellas expan-

(39) A. I. *Patron. real*, leg. 179, n. 5, r. 2.

(40) *Varia Historia*, III, *Extra Europam*, l. c.

siones indígenas con el único intento de proseguir sus instrucciones catequísticas. Naturalmente las explicaciones y amonestaciones de los incansables operarios se recibían con burla y desdén. Inconmovibles ante las dificultades idearon otro medio para tener reunidos a los inquietos oristanos: les proporcionarían abundante maíz para la siembra e instrumentos para el cultivo; con la cosecha final podrían atender los indígenas a las necesidades de todo el año. Formalmente prometieron estos secundar tan laudables iniciativas, pero llegado el momento, tan sólo dos de los veinte vecinos se sometieron a dejar su vida de nómadas. En las dos familias concentró el padre Rogel sus afanes predicándoles y regalándolos. Cuando su conquista le pareció segura, comenzó a manifestarles que para ser hijos de Dios era menester aborrecer al demonio. No comprendiendo los indígenas el alcance de la palabra « demonio », desconocida en su lengua, e imaginándola como ultraje a sus divinidades, a las que fácilmente aludiría Rogel al hablar del espíritu infernal, los que tan maleables se habían mostrado hasta entonces, se disgustaron de tal suerte, y tal odio concibieron contra todo lo que se les decía, que de plano se negaban a creerlo. Había tocado el jesuita el punto vital del sentimiento floridano, pues según él mismo nos lo ha dicho de los indios de Calus y de Santa Elena, el diablo en persona hablaba a uno de los sacerdotes o hechiceros y en todo se gobernaban los crédulos indígenas por las indicaciones y órdenes de este. Se sentirían no poco ofendidos los naturales al ver señalado el dios protector de su pueblo con el título de diablo y presentado bajo aspecto repugnante. Como última consecuencia, aun las dos familias abandonaron a los misioneros, protestando « que el demonio era tan bueno que no avía cosa mejor ».

Consciente Rogel de toda su responsabilidad en la salvación de aquellas provincias, fue en peregrinación a otros caciques ofreciéndose a quedar con ellos, para explicarles la ley de Dios, si le daban palabra de hacerse cristianos; de lo contrario se volvería a España. Las respuestas de jefes y súbditos fueron poco consoladoras.

Apurando todos los medios y recursos, se presentó a una de las reuniones de los oristanos con idéntica propuesta. Alarmado por la actitud mustia de sus catequizados, creyó por un momento que allí terminaban sus días. Para esquivar el peligro cambió de conversación y comenzó a halagarlos como a niños, consiguiendo sosegar sus ánimos. Volvió en seguida a su casucha para informar al padre viceprovincial de cuanto pasaba. Tales escenas tenían lugar en junio de 1570.

19. - Por este tiempo llegó a Escamacu, pueblo cercano a Orista, donde moraban los misioneros, Juan de la Vandra, alférez del gobernador de Santa Elena, Esteban de las Alas. Venía a intimar a los caciques llevaran a la fortaleza costanera algunas canoas de maíz con que atender a la urgente necesidad de la guarnición, y repartir por los alrededores cuarenta soldados para que los indígenas se encargaran de mantenerlos. Situación comprometida para los misioneros, pues por una parte tendrían que impedir se cometieran abusos contra los indios, y por otra no podrían estorbar a los soldados conseguir el necesario sustento. De prometer el campo misional porvenir risueño, hubieran podido los catequistas permanecer en su puesto; pero siendo la realidad tan de otra manera, seguir era inútil y peligroso; porque los naturales, impotentes para reaccionar contra los de la guarnición, descargarían impunemente su odio contra los misioneros. Por otra parte las órdenes del viceprovincial eran claras y terminantes: se retirarían al fuerte de Santa Elena si había alguna apariencia de peligro de muerte.

Después de encomendar todo el negocio a Dios optaron por la partida. Pocos días antes de la venida de los soldados, con profundo dolor del corazón derribaron la casa y capilla, y ultimado el misero hatillo se dirigieron a Santa Elena, advirtiendo tristemente a los indios que si deseaban ser cristianos, los volvieran a llamar, que ellos vendrían a vivir establemente en la isla. Lo mismo repitieron en su despedida al cacique Orista que nada les importunó porque se quedaran. Con amarga resignación, pero al mismo tiempo satisfecho de haber cumplido su deber, escribirá el nueve de

diciembre de aquel mismo año 1570 el padre Rogel a Menéndez, que despedidos salieron de la misión.

Estuvieron firmes en su puesto hasta que se lo permitieron las circunstancias, venciendo no pocas veces el desvío e ingratitud de los indios; su ulterior permanencia hubiera sido ociosa y temeraria.

Los presentimientos del jesuíta se cumplieron al pie de la letra, pues con la presencia de los soldados se amotinaron los de Escamacu y Orista y fue menester la intervención de Menéndez Marqués y de las Alas para aplacarlos.

20. - ¿Cuál había sido mientras tanto el paradero de la misión de Guale? Las grandes ponderaciones de Rogel sobre aquella provincia hacían presagiar abundante fruto.

En la cuaresma de 1569 daban allí principio a sus fatigas apostólicas el padre Antonio Sedeño, el hermano Agustín Váez y algunos mancebos. Después de algún tiempo se les juntaría el hermano Francisco Villarreal.

La tierra, nos dice el padre, por confesión de todos, es la más mísera que hasta ahora se ha descubierto; pues en una extensión de treinta leguas por el interior era toda arena, llena de ríos y pantanos, y tan pobre que únicamente producía palmitos y nueces silvestres, casi desaprovechables por lo ruines; grandes pinares y bosques infructuosos, que no se utilizaban por falta de medios para talarlos y cultivarlos, servían de guarida a ciervos, osos y leones; vivían los habitantes diseminados y vagaban por las cercanías a la busca de un poco de tierra donde plantar su maíz; en una distancia de quince leguas había unos treinta caciques, de tal suerte esparcidos entre selvas y pantanos que ninguno de ellos ejercía su jurisdicción sobre más de veinte vecinos; pueblos había con cuatro o cinco chozas, a los que había que ir por agua y lodo hasta la rodilla (41). Tratar de jun-

(41) Vamos entresacando todos estos datos de dos cartas originales de Sedeño, escritas desde Guale, el 6 de marzo, y 14 de mayo, 1570. Las hemos encontrado inesperadamente en el código *Brasil* 15 (1549-1599). El copilador no sabiendo, sin duda, dónde quedaba Guale, lo colocó en el Brasil. De la primera carta están las dos enviadas por 1a y 2a vía (ff. 197, 197v). La se-

tarlos en aldeas más numerosas era imposible, pues ni la miseria de la tierra lo sufría, ni los indios se someterían a abandonar definitivamente el terruño en que nacieran.

Si esta dispersión y poca estabilidad de los naturales era grande inconveniente para la evangelización, lo eran mucho mayor las continuas guerras de los caciques entre sí y con otras provincias, para extender o defender su escaso patrimonio.

A estos obstáculos materiales y de orden físico para la obra de los misioneros, se juntaban la corrupción de costumbres y los inveterados hábitos en la maldad. Contra lo que nos ha asegurado Rogel de ellos, el padre Sedeño, después de un año de convivencia estaba convencido de lo contrario: « Eran como bestias y dados a vicios y pecados enormes », en lo que iban a la cabeza los caciques (42); si Dios no los mudaba *in alios homines*, era inútil trabajar por su conversión, pues anegados en la sensualidad y ciegos en sus vicios y pecados abominables, sólo se preocupaban de lo que veían y palpaban.

21. - A pesar de tan grandes dificultades, los misioneros emprendieron su trabajo con decisión. Iniciados en la lengua, bien difícil y bárbara, comenzaron la explicación de los consabidos principios de la fe: existencia de Dios con los atributos de creador, remunerador etc., recorriendo igualmente los demás misterios de ella. No era la menor dificultad poner estas verdades al alcance de los rudos indígenas que ningún caso hacían de las cosas de Dios. La asistencia al catecismo se conseguía a fuerza de estímulos, y faltando estos ninguno venía. Después de un año de ininterrumpida faena no se recogía de los catequizados fruto alguno ni se vislumbraba porvenir más halagüeño, pues aferrados a sus hechicerías y ritos, ni mudaban de costumbres ni mostraban deseos de hacerse cristianos.

gunda está también en los folios 197, 197v: así que las tres cartas tienen idéntica foliación. Véase también la carta del hermano Villarreal a Borja, Tupique 5 de marzo, 1570 (Arch. S. I. Rom. *Jap.-Sin.* 6, ff. 265, 266).

(42) Dice Villarreal en su carta a Borja: « Tienen los caciques muchas mugeres, a tres y a quatro y más; dizen que como para servirse dellas en moler su mayz y hazer comidas » (*l. c. Jap.-Sin.* 6, f. 265v).

22. - Aun la actividad desplegada por los misioneros con ocasión de una enfermedad contagiosa que se extendió entre los indios, les fue contraproducente en el terreno humano; pues cuatro de los bautizados en la hora de la muerte morían al poco tiempo, atribuyéndose el fatal desenlace a las supercherías que decían haber hecho los misioneros con los enfermos.

El ánimo hostil de los indígenas y su disgusto por la presencia de los misioneros obligaron a estos a abandonar aquella provincia que tan pobremente correspondía a las grandes esperanzas del padre Rogel.

Las cartas del padre Sedeño dejan vislumbrar los motivos de la hostilidad indígena. Comenzaron los gualeanos a no hacer ningún caso de las enseñanzas catequísticas. Ante tal obstinación, les amenazaron los misioneros con los tormentos del infierno en compañía del demonio al que identificarían con los ídolos adorados por los indígenas. Al ver estos desprestigiadas sus principales deidades, llenos de despecho abandonaron a los catequistas, renunciando a convertirse. Comunicaría Sedeño al padre viceprovincial lo mismo que escribía a la curia jesuítica romana, que aquel puesto no era para la Compañía. El padre Segura les mandó dejar la misión, destinando a Sedeño al fuerte de San Agustín, donde recogería e instruiría a los niños que habían prometido dar los caciques; y al hermano Villarreal con los catequistas probablemente a la guarnición de Santa Elena.

23. - El hermano Agustín Váez, su compañero de trabajos y privaciones, había muerto hacia principios de diciembre de 1569, cumpliéndose así sus presentimientos de cercana muerte. Pérdida lamentable pues sabía hablar bien la lengua gualeana, la enseñaba a los demás misioneros y había traducido a ella las oraciones y doctrina cristiana, poniéndolas en verso, para facilitar el aprendizaje de los indios. El padre viceprovincial lo había señalado ya para predicar en la tierra firme de aquella región.

Era esta la segunda víctima jesuítica que ofrecía su sangre por la conversión de los indígenas floridanos. Pocos años después, en 1573, en aquella misma región de Guale

darian principio los franciscanos a una misión gloriosa. A partir de tal fecha, todavía debían caer muchos héroes franciscanos, bañados en la sangre mártir, antes de que en aquellos campos estériles se vislumbrara una época floreciente misional.

24. - En este breve recorrido que hacemos con los misioneros jesuitas de los países septentrionales, tan sólo nos falta por visitar la isla que los españoles llamaron de Santa Elena, y era, según dijimos, la actual de San Felipe o París. Allí estuvo establecida por algún tiempo una pequeña residencia jesuítica.

Aunque la punta de Santa Elena, probablemente la actual Hilton Head, en la isla del mismo nombre, era lugar codiciado por los españoles, pues desde él podían defender la entrada del estrecho de Port Royal, prefirieron fortificar, por insinuación de los mismos indios, la isla de San Felipe o París, al norte del mencionado estrecho. Era esta posición admirable baluarte para proteger las islas que se amontonaban en las cercanías, y tenía la ventaja sobre la punta de Santa Elena, de estar favorecida por las corrientes del mar. La abundancia de soldados con que siempre la tuvo provista Menéndez, indicaba la importancia que atribuía a aquella fortaleza.

La reducida isla, una legua de larga por media de ancha, estaba habitada por un pequeño número de indios que tenían que vivir casi exclusivamente de la pesca, pues poco podían esperar de la tierra, expuesta a las mareas que la cubrían en los dos tercios de su extensión, quedando libre la parte montuosa. De los robles, pinos, liquidámbaros, nogales y laureles que formaban aquellos bosques, construyeron los españoles sus habitaciones. En los campos que utilizaban para la labranza, escasamente podían sembrar unas siete fanegas de maíz que, apenas soterrado, estaba a merced de la voracidad de los topos, y en su primer despunte a la multitud de grajos de la isla. Muchas veces los habitantes se veían obligados a confiarse a las contingencias de la pesca

para el necesario sustento (43). Los pocos indios que habitaban la isla, concedores de la pobreza de ella y no muy confiados de los nuevos visitantes, emigrarían a otras cercanas.

25. - En junio de 1569, según hemos indicado, fijaban allí su residencia algunos misioneros, con el fin principal, a lo que parece, de recoger temporalmente a sus compañeros que trabajaban en las islas del estrecho de Port Royal y en la provincia de Guale, y ayudar al mismo tiempo a los soldados de la guarnición. Los que permanentemente vivían allí, además de los habituales ministerios con los españoles, aprenderían la lengua indígena, y trabajarían con los poquísimos indios de la isla.

Fueron asiduos moradores de aquella residencia el padre Álamo durante pocos meses, y los hermanos de la Carrera y Linares en un período de tiempo algo más largo (44). Nada sabemos de sus trabajos y ministerios que principalmente se reducirían a levantar el ánimo de los soldados, para sobrellevar con paciencia las privaciones de aquella tierra desprovista de todo; sin tales exhortaciones, nos dice el padre Rogel, « no sé qué ovieran hecho » (45). Al abandonar los misioneros Orista, Escamacu y Guale, para emplear su apostólico celo en playas más propicias al cristianismo, dejaron también Santa Elena, donde casi nada podían trabajar con los indios.

26. - Mientras en la evangelización de los indígenas floridanos se manifestaban tan múltiples y serias dificultades, otros inconvenientes de orden diverso vinieron a turbar el ejercicio propiamente misional de los jesuitas. El estar gene-

(43) A. I. *Patron. real*, leg. 19, r. 33.

(44) Por exclusión sacamos que estuvieron en Santa Elena los hermanos Linares, de la Carrera y Villarreal, de quienes, en este segundo período apenas se hace mención en las cartas de los misioneros. Del padre Álamo expresamente escribe Rogel a Menéndez, desde Santa Elena, 9 de diciembre 1570 (*Varia Historia*, III, *Extra Europam*, f. 558): « El padre Álamo reside aquí »; y en la carta a Hinistrosa (A. I. *Patron. real*, leg. 179, n. 5, r. 22): « y el padre Álamo [estuvo] quatro [meses en Sta. Elena] ».

(45) A. I. l. c. Carta a Hinistrosa.

ralmente los misioneros junto a las guarniciones, implicaba para ellos la doble obligación de atender a los naturales y a los españoles, cuidado este último que se hacía más necesario, supuesta la precaria situación de los soldados en lo temporal y espiritual. De los capellanes venidos con las expediciones de la Florida, para atender espiritualmente a sus compatriotas de las guarniciones, unos habían encontrado mejor destino en alguna de las islas de las Antillas (46); otros, después de probar las privaciones de las fortalezas las abandonaban. Ante tan continuas y lamentables defeciones, era natural que Menéndez quisiera ocupar a los jesuitas, aun después de frustradas las tentativas misionales, en el cultivo espiritual de sus soldados. A estas pretensiones no podían tan fácilmente acceder aquellos, una vez que su principal destino era ocuparse de los indígenas. Por otra parte ligarse a las guarniciones era coartar la libertad del celo apostólico para trabajar donde fuera mayor el servicio de Dios. En las razones y derechos alegados por ambas partes, se expusieron criterios y orientaciones que no poco influyeron en el porvenir de la misión.

27. - Un hecho de poca significación aparente inició las negociaciones. El padre viceprovincial no viendo en el padre Álamo grandes arrestos ni inclinación para soportar los trabajos de aquellas provincias septentrionales, escribía de él a San Francisco de Borja el dieciocho de noviembre de 1568, que no tenía ni complexión ni fuerzas para la misión; lo mismo parecía a los demás padres que lo habían tratado, pues era muy enfermizo y delicado, máxime de cabeza, y para el oficio de superior que en un principio quisieron confiarle, no poseía ni talento ni fuerzas (47).

En vista de tal informe determinaron en Roma que volviese Álamo a su provincia de Andalucía y señalasen allí otro en su lugar (48). El padre Segura, sin haber recibido

(46) Así sabemos por la relación del capellán Mendoza que en Puerto Rico desertaron y se escondieron tres de los siete clérigos que formaban aquella expedición (RUIBÍAZ, *La Florida...* II, p. 437).

(47) *Fondo Gesuitico, l. c. Epíst. sel.* Lo referente a Álamo está en papel aparte, inscrito con *solí*.

(48) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 68, f. 231.

tal aviso, porque el negocio urgía, coincidió en la misma resolución. Finalmente, escribía a Roma el cinco de julio de 1569, se había creído necesario enviarlo a España, porque ni él ni los demás jesuitas lo podían sufrir, por el poco respeto que les tenía; era cabezudo y « amigo de su propio parecer y voluntad », con una soberbia mal domada; ponderaba sus cosas y quería que todos las estimasen, mientras disminuía las ajenas; con tan ruines condiciones mal se le podría tolerar entre soldados con quienes ejercía sus ministerios, cuando ni en un monasterio lo sufrirían; en España habría para él algún remedio, pues la misma experiencia le ayudaría y enmendaría. « Mas con todo esto entiendo tiene necesidad de cura larga por ser las llagas muy viejas. Mucha queja tiene el capitán (con tal nombre se quiere significar el padre Segura a sí mismo) de su padre, por avérsele vendido por persona tal y aver después salídole tan rebelde » (49).

Aunque en las palabras del informe, completamente secreto, se podría desear alguna mayor suavidad, no podemos tachar de infundado este juicio, pues coincidía con él sustancialmente el del padre Sedeño, más desinteresado en el negocio (50).

Esta tirantez de relaciones del padre Álamo con el viceprovincial y los demás jesuitas floridanos parece comenzó a manifestarse en las reuniones tenidas en la Habana el verano de 1568. Algún tiempo después, el dieciocho de noviembre de aquel mismo año, el padre Segura, refiriéndose al jesuita andaluz escribía a San Francisco de Borja: Aunque era muy inteligente, no tenía sin embargo talento práctico para la resolución de casos, si bien con el tiempo lo iría consiguiendo; se le debía con todo advertir mirase

(49) L. c. *Mex.* 16, f. 559.

(50) De numero vero tertio (Alamo) alias scripsi: os ad os, quae cum numero primo (Segura) gesta sunt, difficile narrare potero: diversum nostrae Congregationis spiritum semper habere cognovi: cum proprio iudicio gubernari sollet, sibique, ut apparet, non communitati, homines atrahere videtur, ita ut illi quibuscum egerit, reliquos numeros (patres) parvi pendere videantur»: Carta de Sedeño a Borja, Guale 6 de marzo 1570 (Arch. S. I. Rom. *Brasil* 15, f. 197v).

bien lo que realmente decían los autores, y no se fiase de lo que su viveza veía en ellos (51).

Estos desacuerdos especulativos irían poco a poco alterando los ánimos. Persuadido el padre Álamo que en sus compañeros no podría hallar la solución de muchas dudas, escribía el dieciséis de noviembre de 1568 esta carta lacónica a Roma: Aunque daba por supuesto que en la ciudad eterna tendrían todo el cuidado posible de la Florida, creía necesario el envío de una persona docta, a quien pudiesen tener recurso seguro « los que poco sabemos », añadía Álamo, y capaz de solucionar las grandes dudas que se ofrecían y no estaban en los libros, pues los que habían escrito de Indias jamás las habían visitado (52).

Instintivamente se iría engendrando en el jesuita andaluz un sentimiento de preeminencia al paragonarse con los demás padres. Sedeño con no pequeñas fatigas había hecho en la Compañía los estudios más esenciales; el padre Rogel daría humildemente los resultados de su larga experiencia de confesonario, sin muchas pretensiones teóricas; y el padre viceprovincial, ocupado casi durante toda su vida religiosa en el superiorato, habría olvidado no poco sus anteriores estudios, y en la predicación, con el escaso ejercicio, dejaría algo que desear (53). Esta persuasión de superioridad intelectual, aunque relativa, no se recataría de manifestarla el padre Álamo.

28. - Aunque el padre Segura había resuelto decididamente enviarlo a España y de ello daba noticia a Roma en la carta poco antes mencionada de cinco de julio, dificultades inesperadas impidieron la ejecución de tal propósito. Firmado el pliego de la carta, tiene que añadir al pie de ella, que algunos oficiales de Menéndez se habían opuesto a la ida del

(51) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel. Soli.*

(52) *L. c. Epist. sel.*

(53) Escribe Sedeño a Borja, 6 de marzo 1570 (Arch. S. I. Rom. *Brasil* 15, f. 197v): « De numero vero primo (Segura), si in partes novi orbis eundum sit, sanctissime quanvis ipse regat, talentum tamen concionandi non habet, ut desideratur, occupationibusque domesticis, quas semper habuit, impeditus, minus sua studia improntum habet, qua ex parte, numerum 3um, (Alamo) rationem non habendam videtur sumpsisse ».

padre, y aun claramente le había asegurado el capitán de la fortaleza de Santa Elena, Juan Pardo, que si consentía en la partida, el asturiano lo haría colgar de una antena; temor si bien exagerado, no del todo infundado, pues el mismo capitán había leído en una instrucción dada al piloto de Esteban de las Alas, un capítulo en que se le prohibía sacar del puerto de Santa Elena a ningún teatino (54).

29. - Estas precauciones de Menéndez por detener en la Florida a los misioneros eran muy explicables después de su ingente trabajo en conseguirlos. Para salvar su fama y la de sus compañeros, añade Segura en su carta, que gracias al Señor, ni el adelantado ni sus capitanes ni alguno de los residentes en la Florida habían podido ver en los jesuitas deseos de abandonarla.

Esta resolución del adelantado inquietaba al padre viceprovincial por oponerse a los planes de Roma que quería la misión sólo en la hipótesis de probabilidad de fruto. Hablar de sujeción y estabilidad cuando la reciente experiencia de Calus, Tocobaga y Tequesta y la actual de Guale y Santa Elena demostraban que, supuestas las complejas circunstancias de la Florida, estaba cerrada la puerta a toda colonización y catequesis, era doloroso para misioneros ansiosos de ejercitar su celo y explayarlo en territorio más alentador.

El dieciocho de diciembre de 1569 redactó el padre viceprovincial una carta para Roma e incluyó en ella un informe sobre la situación de aquellas provincias: Por los muchos trabajos se iban disminuyendo la salud y fuerzas corporales de los misioneros con poco aprovechamiento de los indígenas y casi ninguna esperanza para adelante, a juzgar por lo que hasta entonces se había visto; en Roma juzgarían si convenía más gastar las energías en países que prometiesen algún fruto de conversiones, por ejemplo, en la China, a donde podrían ir por la vía descubierta en el norte de la Florida, o en otra parte cualquiera. De adoptarse esta última

(54) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Segura a Borja, Guale 18 de diciembre 1569.

solución, continuaba el informe, se enviarían provisiones eficaces y que no admitiesen réplica alguna, como de su Santidad o de otra persona influyente, porque de lo contrario el adelantado por sí y por sus ministros tendría algo que oponer a ellas; antes de decidirse en Roma sobre la futura suerte de los misioneros, se mantendrían estos indiferentes y proseguirían con ánimo inquebrantable, mediante el divino favor, sus habituales ministerios, ocupados como hasta entonces con toda diligencia en la conversión de aquellos pocos indios y tan divididos « como si fuesen muchos millares de millares de almas » (55).

30. - San Francisco de Borja, que coincidía plenamente con la manera de sentir del viceprovincial, envió inmediatamente instrucciones al procurador general de Indias, padre Gonzalo de Esquivel, residente en Madrid, para que tratase allí contra la vejación que a los jesuitas de la Florida se hacía, no permitiéndoles salir de aquellas provincias, cuando lo creyesen necesario, e insinuara « si sería mejor empleado en otras partes de Indias el trabajo que los de la Compañía » allí ejecutaban; el negocio, por ser de mucha urgencia, se debía tratar por medio del influyente cardenal de Sigüenza, Diego de Espinosa, presidente del consejo real (56).

Aceptó el prestigioso purpurado el oficio de protector e intermediario y mandó a Esquivel le diese petición escrita de todo lo convenido, pues quería aprovechar la permanencia del adelantado en Madrid, para enterarse de los abusos que hubiera en la materia y remediarlos.

Redactósele el procurador en tono claro y preciso: Aunque para iniciar la evangelización de la Florida se había accedido a las instancias de Menéndez, por creerse la ida de los misioneros utilísima al servicio de Dios y de su majestad; la realidad mostraba que el fruto obtenido era nulo y no permitía forjar ilusiones algunas para lo porvenir; pues vivían los misioneros esparcidos entre indios gentiles, sin esperanza de convertirlos, por la barbarie y rudeza de aquella

(55) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.*

(56) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 115, f. 161.

región; a este desaliento moral de un celo apostólico defraudado, se añadía en los misioneros una vida trabajosísima, pues su alimento se reducía a media libra de maíz al día, con lo que tenían gastados los estómagos; uno de ellos había muerto ya y a otro no se le permitía una salida necesaria; deseaba el padre general que los religiosos estuviesen allí libres, pues bastaba el sacrificio de sus trabajos y vidas para el servicio del cielo y de la tierra, sin que se les quisiese exigir el de la libertad. « También supplica a vuestra señoría ilustrísima, terminaba el memorial, vea si conviene al servicio de nuestro Señor y de su magestad, que el trabajo y peligros que allí pasan aquellos padres, sería mejor empleado en otras partes de Indias » (57).

31. - Dio el cardenal, por medio de su secretario, a examinar la solicitud a Menéndez, a quien no poco desorientó el contenido, pues los informes que le habían llegado de los misioneros eran completamente diversos. Vuelto de su primera turbación, pudo demostrar al secretario la inconsistencia de los cargos aducidos con sólo presentarle una carta del padre Rogel, larga y de letra menuda, en que con franco optimismo, elogiaba la Florida, aparecía esperanzado de la conversión de aquella gentilidad y contento del fruto conseguido, « todo tan de directo, añade el padre Esquivel, contrario a lo que yo informé, como si ex professo se oviese escripto, y aun he visto otra del padre Batista (Segura) para el padre Carrillo, que cuasi dize lo mismo » (58).

La carta de que tan oportunamente se pudo servir el adelantado en aquella ocasión sería, sin duda alguna, la que en 1569 había escrito Rogel a Juan de Hinistrosa, rebotante de magníficas impresiones sobre la conversión de los indígenas de Orista; alegrías que en esta época de 1570 se habían nublado para el abnegado jesuita que abandonaba su puesto de la provincia de Santa Elena casi echado por los naturales, y conocía además lo infructuoso que en Guale había resultado el apostolado del padre Sedeño y de los hermanos Váez y Villarreal.

(57) *L. c. f.* 163.

(58) *L. c. f.* 161. No hemos hallado esta carta dirigida a Carrillo.

No pudiendo Menéndez entrevistarse con el cardenal, que estaba sangrado y en cama, y juzgando que más fácilmente desaparecería del presidente del consejo la mala impresión producida por el memorial, si los mismos jesuitas retractaban de alguna manera las afirmaciones contenidas en él, se fue inmediatamente al colegio de la Compañía, para desahogarse con el padre Esquivel que, sin motivo alguno, le había hecho tanto agravio, dejándole malparado ante el rey y el cardenal. Juntamente quería rectificar las falsas ideas que en el padre general y en el procurador hubieran causado los informes de algún misionero descontento. Naturalmente las sospechas del asturiano recaían sobre el padre Álamo que, interesado en abandonar la Florida, habría urdido toda la trama. Para disuadirle del equivocado parecer, vióse obligado el procurador a mostrarle la carta de San Francisco de Borja, cuyos puntos fue refutando Menéndez uno por uno, sin que el jesuita le pudiese replicar cosa alguna, por desconocer las posteriores informaciones misioneras (59).

Satisfecho Menéndez del avance enorme en pro de su causa y aprovechando el inseguro terreno que pisaba el padre procurador, creyó llegado el momento para proponer lo que tanto ansiaba: Él se comprometía a remediar la injusta presión que se hacía a los jesuitas en la Florida, no dejándoles salir de donde estaban; y Esquivel informaría al presidente del consejo cómo había visto una carta de un misionero floridano con noticias e impresiones contrarias a las de Roma, y que mientras avisaba de ello a San Francisco de Borja no se removiese el delicado asunto.

Así quebada, al menos parcialmente rehabilitado Menéndez y muy contento de la solución, pues estaba empeñado en salir victorioso de una contienda de la que en gran parte dependía todo el negocio de la Florida y la continuación de la conquista y colonización de las provincias septentrionales que llevaba tan en el corazón, pues desacreditado ante la corte y el cardenal no podría obtener recursos para proseguir en la empresa.

(59) *L. c.* ff. 161, 161v.

32. - Algún tanto desairado el padre Esquivel por el mal resultado de sus gestiones y por la entrevista un poco bochornosa que había tenido con el asturiano, prevenía a Borja que en lo que se escribiese al cardenal Espinosa, si se juzgaba oportuno el hacerlo, fuese todo bien pensado y medido. Insinuaba al mismo tiempo la conveniencia de tener contento al conquistador de la Florida, pues con las noticias que este tenía del descontento de los misioneros por el mal tratamiento que se les hacía, podía perjudicar a los mismos (60).

No era muy difícil para Menéndez satisfacer al compromiso contraído con el padre Esquivel de garantizar a los misioneros la libertad que necesitaban para los ministerios apostólicos, toda vez que, habiendo salido tan airoso del contra-tiempo pasado, se aseguraba más la misión jesuítica. Expidió desde Madrid, el veintidós de septiembre de 1570, una provisión para sus oficiales militares, mandándoles dejaran salir para la Habana o España, o cambiar de provincia en la misma Florida, al padre viceprovincial Segura y a los demás jesuitas, cuantas veces estos quisiesen, presupuesto el permiso de los superiores, dándoles todo el favor y ayuda que hubiesen menester (61).

Más delicado era sin duda alguna disipar el ambiente desfavorable que en la curia jesuítica romana habrían formado las cartas del padre Segura. Escribió el adelantado el catorce de octubre de 1570, al padre Luis de Mendoza, que por entonces estaba en la ciudad eterna, encareciéndole hiciera saber al papa el fervor con que servía él en la santa empresa floridana; ni había que espantarse se hablara mal de aquellas regiones, en las que eran muchos los trabajos de los colonizadores y conquistadores, malamente retribuidos y escasamente abastecidos de víveres por parte del rey, todo lo cual no estorbaba nada la evangelización. Debía además conseguir del Padre santo, añadía Menéndez, el mayor número de indulgencias que pudiera para los que se afanaban en aquella conquista y evangelización, pues eran no pocos

(60) *L. c. ff. 161v, 162.*

(61) *L. c. f. 146.*

los méritos de ellos por haber echado de todo el continente septentrional a los luteranos con tan generosos sacrificios y querer ahora plantar el evangelio; esto infundiría ánimos a pobladores y soldados (62).

Fin no secundario del adelantado en este recurso a la ciudad eterna era ganar ascendiente ante la corte y sus compatriotas con la protección del papa. Para oponerse a la corriente hostil que en la Península se iba formando contra el territorio de sus conquistas, había ya antes pedido indulgencias a la santa Sede para los colaboradores de la empresa de la Florida. Ni era menos significativa la elección del padre general de los jesuitas como intercesor de tales gracias. No conocemos el resultado de las negociaciones que activamente ejecutaría el celoso Borja. Que en la intervención jesuítica buscara Menéndez algo más que una honrosa mediación, lo demuestra este párrafo que incluía al padre Mendoza: Hablaría a San Francisco de Borja sobre las diligencias que el padre Esquivel había hecho en Madrid con el cardenal Espinosa y de lo que a él le dolía todo el negocio, aunque después se había reconocido toda su inocencia (63).

(62) *L. c. f. 205.* Escribía Menéndez desde Sevilla a Borja, 10 de enero 1571: Arch. S. I. prov. Tolet. n. 1157 (23). Pues habían ido a la Florida, por mandato de su majestad, a pelear contra idólatras y luteranos que en aquella tierra andaban plantando la secta de Lutero, y descubierto el día de San Agustín la Florida y ganado un puerto muy bueno del mismo nombre, y el día de nuestra Señora de septiembre celebrado allí mismo solemnemente los oficios divinos, y el de S. Mateo conquistado la fortaleza de los luteranos y degollado más de trescientos de ellos, y el día de todos los Santos tomado el fuerte de Cañaveral, y prendido y degollado a muchos luteranos; por reverencia de las cuatro fiestas, pediale les consiguiese de su Santidad las indulgencias más cumplidas que hubiere lugar. Así mismo los pobladores y conquistadores que por mar y tierra anduvieren en aquella empresa y murieren sin confesión, fueran absueltos a culpa et poena. « Y porque en esto no sé enteramente lo que pido, añadía el adelantado, deseo que su Santidad nos aga muchas mercedes, por mano de vuestra Sa., para que todos andemos muy animados y regalados, y pasemos nuestros trabajos, anbres y peligros con todo contento, pues son en servicio de Dios nuestro Sr. y acrecentamiento de su santa fee cathólica, y con esto asistirán con más ánimo los que conmigo andan, y seguirme an con más voluntad ». Desconocemos los trámites que siguió Borja para la consecución de tales indulgencias, y si de hecho las consiguió.

(63) *L. c. f. 205.*

No contento con confiar a un tercero la defensa de su causa, escribía a Borja con idéntica fecha que al padre Luis de Mendoza: Sentía mucha pena al verse en desgracia del padre general y temía no se diese entero crédito a sus cartas, que contenían la verdad sobre la Florida, pues no se había contestado a ninguna de ellas (64); no obstante que los misioneros habían trabajado y trabajaban con todo su ser y espíritu, « padeciendo grandes trabajos y hambres » (65), habían hecho escaso fruto por ser pocos; en adelante serían muy diversos los resultados, pues tenían franca entrada a los indios y andaban seguros entre ellos. Desconocedor Menéndez de las posteriores cartas del padre Rogel, fundadas ya en una triste experiencia y diametralmente opuestas a las optimistas de 1569, de las que el adelantado, en expresión del padre Esquivel, hacía buenas almonedas (66), puede escribir a Borja con las mismas palabras del misionero navarro a Juan de Hinistrosa: que cuando los indígenas se hicieran cristianos no había « qué les quitar ni mudar ».

No creyendo sin embargo del todo invulnerable su causa insiste preferentemente en el colegio cubano: Mucho era de sentirse que, empezada la obra de un centro de enseñanza tan trascendental en puesto tan importante como el de la Habana, había que abandonarlo por falta de padres; él como gobernador de aquella isla podía fácilmente terminarlo; de cumplirse tan felices auspicios, si en él se establecía cátedra de gramática, asistiría a ella la mayoría de los que del nuevo mundo acudían a Salamanca; ni el atender a ministerio tan fructuoso suponía grande sacrificio para la Compañía, pues bastaría señalar al principio dos padres y dos hermanos que él llevaría en su viaje a Ultramar; de no concedérsele ni aun esto; a pesar del inconveniente que en ello habría, tendría que disponer para la Florida y la Habana de religiosos de otras órdenes, una vez que los prelados le ofrecían los mejores en espíritu, ejemplo y vida.

(64) Estas cartas, a las que hace referencia Menéndez, no las había recibido Borja, como se lo asegura este en su carta de 8 diciembre 1570.

(65) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 115, f. 203.

(66) *L. c.* f. 161.

Al final de la carta resueltamente se defiende contra la imputación, atribuida por él al padre Segura, de coartar la libertad de los misioneros: El padre viceprovincial se había engañado por relación de algún padre o hermano que se querría salir de aquellas provincias en algún navío sin las debidas licencias (67).

Según hemos visto, no hablaba el padre Segura por referencias que le hubiera dado el padre Álamo ni ninguno de sus súbditos sino el mismo capitán Pardo, quien habría recibido tan estrictas normas de Menéndez o de su lugarteniente Esteban de las Alas.

Termina su carta con la natural apología de los jesuitas que no dejaba de ser espontánea a pesar de las circunstancias en que se hacía: « Y esté vuestra señoría cierto que todos los padres y hermanos que están en la Florida son honrados, respetados y acatados de toda la gente de guerra y pobladores, como si cualquiera dellos fuese perlado de la tierra, y así lo serán en cuanto yo bibiera, por la buena obligación y buen exemplo, y para que los yndios los estimen en lo que es razón ».

33. - El atento y solícito Borja no había titubeado en adelantarse a las cumplidas explicaciones de Menéndez. Informado por el padre Esquivel sobre el delicado incidente con el cardenal Espinosa y el asturiano, escribía a este el quince de noviembre de 1570: Aunque los que por parte de la Compañía gestionaron el negocio de la Florida estarían guiados por motivos buenos y píos, habían pasado los convenientes límites; razón de más para agradecerle el acierto que había tenido en remediar por sí mismo, sin la intervención del cardenal ni del consejo, algunos de los inconvenientes; deseaba que los jesuitas siguiesen en la Florida cooperando al cristiano celo de Menéndez, si había alguna probabilidad de hacer bien en las almas; y mucho se alegraba de que a los misioneros se les hubiese confirmado con patentes la libertad necesaria para conservarse en su obediencia religiosa (68).

(67) *L. c. f.* 203v.

(68) *L. c. Hisp.* 69, f. 181.

Como se ve, aunque se mostraba Borja condescendiente y generoso en abrazar toda clase de iniciativas para propagar la gloria divina, mantenía sin embargo firmes los dos principios señalados por el padre Segura, la libertad misionera y la colaboración a la empresa apostólica de la Florida, si había alguna esperanza de conversiones.

Esta misma voluntad la manifestaba más firmemente en carta de ocho de diciembre del mismo año a Menéndez: Cuanto a proporcionarle nuevos sujetos para la Florida; por ser grande la penuria de gente sentida en todas partes, no sabía a donde recurrir; una vez puesta en orden la fundación de la Habana se pensaría en atenderla convenientemente, « porque gustaré mucho, añadía el padre general, que pueda darse forma cómo se satisfará a los deseos tan christianos y piadosos de vuestra señoría por medio de nuestra Compañía, si Dios nuestro Señor abriere la puerta para la conversión de aquella gente que hasta ahora entendemos poco se debe ayudar; pero podría ser que la divina gracia venciese y ablandase su dureza » (69). No convenía a los misioneros, continuaba el padre general, establecerse en los fuertes con los soldados, sino que, para conservarse a sí viviendo con disciplina religiosa y conforme a su Instituto, y ayudar a los demás, debían tener lugar a propósito donde criarse unos y recogerse otros; permitiéndolo el número del colegio o residencia que en aquellas provincias se fundara, podrían y deberían los misioneros, según su mismo Instituto, predicar y confesar a los de las guarniciones, relevándose en tales oficios; el recurso a otros religiosos para la Florida le era gratisimo, « pues deseamos que en todo se sirva a Dios nuestro Señor en todas partes, y se ayuden las almas que tanto precio le costaron ». Ánimo desinteresado el de Borja que siempre y en todas partes únicamente anhelaba la mayor gloria divina.

34. - Cuando todavía Menéndez proyectaba en España planes de evangelización para la Florida, los jesuitas habían

(69) *L. c. f. 182.*

tenido que abandonar los puestos del continente septentrional donde ejercitaban su labor apostólica; y mientras el padre Álamo volvía a España, esperaban órdenes en Santa Elena y la Habana. El hecho pide algunas breves consideraciones.

Según el padre Rogel la causa principal del poco o ningún fruto en toda la región de Santa Elena era porque los nueve meses del año andaban los indígenas derramados y vagando; todavía si la emigración fuera por grupos se encontraría manera de entrar con ellos; juntándolos en pueblos donde hubiera tierra para el cultivo, se podría pensar en predicarles las verdades de la fe (70).

La dificultad era real y la solución dada por el jesuita navarro el único medio para un resultado positivo. Remedio sin embargo prácticamente inasequible, pues la pobreza de la tierra en aquella costa imposibilitaba la reunión de los indios en pueblos estables « por ser flaca y desventurada y cansarse muy presto ».

El padre Sedeño aseguraba sustancialmente lo mismo de la provincia gualeana, región tan mísera, que los indígenas se mudaban con sus ranchos, de tiempo en tiempo, a buscar otras que pudieran dar fruto (71). A la concentración de los naturales en pueblos mayores o reducciones se oponían además los caciques que no se resolvían a abandonar el predominio de los cuatro miserables ranchos para ponerlo a los pies de otro caudillo.

Las guarniciones de soldados y los grupos de colonos establecidos habitualmente en aquellas provincias, de haber disfrutado de bienestar y holgura de vida, hubieran podido convivir pacíficamente con los indígenas. Tales comodidades eran una quimera en la parte ocupada por las guarniciones, donde al más pesado trabajo respondía el suelo con ruindad. Ocupar el interior, tierra más agradecida, exigía ingente personal, toda vez que Menéndez creía necesario tener defendidas con numerosa guarnición las fortalezas de

(70) *Varia Historia*, III, *Extra Europam*, f. 558.

(71) Arch. S. I. Rom. *Brasil* 15, Sedeño a Borja, 7 de marzo 1570, f. 197.

San Agustín, San Mateo, Guale y Santa Elena. Si además de las nutridas legiones de hombres y soldados que estos fuertes necesitaban, se querían colonos y pobladores para la tierra adentro, ¿cómo hallarlos con la fama que en la Península y en otras partes de las posesiones españolas corría sobre la esterilidad de las regiones floridanas? Si para atender al personal de los baluartes costaneros, porque el abastecimiento se tenía que hacer de países tan lejanos como Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Yucatán, las dificultades eran ingentes, ¿no se imponía un peso insoportable a estos centros confiándoles el cuidado del interior de la Florida, sobre todo en los primeros años, cuando la inculta tierra no podría dar todavía el necesario sustento?

Ante las pretensiones de Francia de ocupar el continente septentrional de América, y el propósito inquebrantable de Menéndez de oponerse eficazmente a tales intentos, defendiendo con nutridas guarniciones mal proveídas y atendidas los principales puntos de las provincias floridanas, la obra de colonos y misioneros era imposible.

A todas estas dificultades se añadía la tenaz oposición que desde el principio mostraron los naturales a los españoles en general y particularmente a los misioneros que más de cerca trataban con ellos. Aunque algunas veces por temor o por la esperanza de obtener algunas ventajas, simulaban recibir benévolamente a los visitantes, bien pronto dejaban ver su natural oposición y repugnancia.

En cuanto al sistema de misionar se ensayaron los dos posibles. En Calus y en Tequesta protegidos los misioneros por la guarnición, comenzaron a ejercitar sus ministerios con escasísimos resultados. La causa del poco fruto se atribuyó unánimemente, por parte de los jesuítas, a la presión que los soldados se veían obligados a ejercer en los indios. En Orista y en Guale, el misionero trabajaba algo separado de las guarniciones, e igualmente se tuvieron que cerrar las dos misiones. Causa principal del lamentable desenlace fue la vida nómada del indio que tenía que vagar por montes y bosques en busca del necesario sustento; y el operario apos-

tórico no podía seguirlo sin tener algo lucrativo o un bien material que ofrecerle.

Todos sin excepción comprendían que en la acción unificada de soldados, colonizadores y misioneros estribaba el feliz éxito de la labor evangelizadora, pero esta unificación de fuerzas no se pudo efectuar en la Florida.



LAS CORONAS DE LOS MÁRTIRES (a)

SUMARIO: 1. El padre Luis Quirós; en Marchena y en Granada. — 2. Los expedicionarios de la Florida. — 3. Se organiza la expedición misionera a Ajacán. — 4. Trascendencia de la misión. — 5. Por el río Potomac; condición de la tierra y tribus indias. — 6. Establecimiento de los misioneros. — 7. Dificultades; el indígena Luis deja abandonados a los misioneros. — 8. Los mártires. — 9. Ministerios en la isla cubana. — 10. El abrazo de los mártires; los héroes de la expedición de Azevedo. — 11. En Santa Elena: infortunios. — 12. En San Agustín: lamentable estado de la guarnición. — 13. Los naufragos del cabo Cañaveral. — 14. Penosa peregrinación a San Agustín; de nuevo en el fuerte. — 15. En Santa Elena; los jesuitas capellanes. — 16. Borja y la selección del personal misionero. — 17. Cooperación condicional en la Florida y el fin peculiar de la Compañía; ofertas para el colegio de la Habana. — 18. Expediciones a Ajacán detenidas por Menéndez. — 19. En busca de los mártires; por el río Potomac: indios presioneros. — 20. Rescate de Alonso. — 21. El castigo. — 22. Rogel y la misión ajacana; los jesuitas a la Habana. — 23. Los misioneros de Nueva España; decisión de abandonar la Florida y la Habana. — 24. Los de la Habana quieren retener a los jesuitas: Francisco de Briceño. — 25. Los misioneros floridanos a Nueva España. — 26. Últimos años de Menéndez; capitulación de Middelburg; preparativos de la armada. — 27. Muerte del adelantado: corso, conquistador y colonizador.

CONCLUSIÓN.

1. - Ante la triste realidad de la misión floridana, parece que todas las actividades apostólicas se hubieran de concretar en el colegio de la Habana, en el que los misioneros y

(a) Sin querer prevenir el juicio de la Iglesia, llamamos mártires a las víctimas de Ajacán, porque mueren por la fe, pues su principal verdugo, el indígena Luis, destinado a ser catequista e intérprete de los nuevos misioneros, conocía perfectamente los designios, exclusivamente apostólicos que estos tenían de predicar el evangelio a los naturales y convertirlos.

el mismo Menéndez cifraban grandes esperanzas, y de donde posteriormente se podría influir en el continente septentrional.

La provincia jesuítica andaluza señaló como sustituto del padre Álamo al granadino padre Luis Quirós que apenas ha dejado huella de sí ni en los catálogos ni en las primitivas historias. Por el deseo que en Roma y en la Florida se tenía de evitar nuevas decepciones, suponemos que el elegido había de ser de virtud sólida, y tal que pudiese sobrellevar con resuelto ánimo las privaciones y sufrimientos que en las provincias de Ultramar le aguardaban.

Una carta escrita desde Trigueros (Huelva) por el padre Quirós, el veintinueve de diciembre de 1562, nos manifiesta su presencia en aquel colegio (1), fundado pocos meses hacía, y donde el peso del trabajo sería no pequeño para sólo los tres padres y otros tantos hermanos que formaban aquella comunidad (2).

Vuelve a reaparecer en el colegio de Marchena (Sevilla), el mismo año de la fundación, 1567, con el oficio de ministro (3). El siguiente toma parte en la primera congregación provincial de Andalucía, celebrada en Granada, con la asistencia de diecinueve padres (4). Probablemente al final de ella, recibía el nombramiento de superior de la residencia instalada en el barrio granadino del Albaicín, con el exclusivo fin de atender a los moriscos y enseñar a leer y escribir a los pequeños, sin que las familias de los atendidos e instruidos tuvieran que pagar nada por la enseñanza, pues el arzobispo de Granada, don Pedro Guerrero, bajo cuya jurisdicción estaba el barrio, se había comprometido a sustentar a los moradores de la residencia.

(1) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 100, ff. 434-435.

(2) Dice en la mencionada cuadrimestre (*l. c.*). « Certe postquam coepimus publice sacrum celebrare, multo commodius nostram operam in audientis confessionibus, aliisque ministeriis ipsis praestitimus, cum tamen vel decem ea flagitantibus satisfacere nequirent ».

(3) *Historia del colegio de la Compañía de Jesús de la villa de Marchena*, mss. f. 4.

(4) ASTRÁIN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, II, p. 279.

Por entonces, acá y allá, en toda la provincia de Granada, amagaban rebeliones de moriscos que, durante algún tiempo, hicieron sentir su predominio con las crueldades más atroces, cometidas con los cristianos. Naturalmente los efectos de situación tan alarmante llegaban a los de la residencia que estuvieron a punto de perecer a manos de los feroces perseguidores. La decisiva intervención de don Juan de Austria vino a disipar aquel estado de guerra cruel. Para prevenir en lo futuro el peligro de una amenaza constante, instó el victorioso príncipe al rey para que sacara del reino granadino a los moriscos y los internara en las regiones limítrofes (5). Cesaba con esto el fin que se pretendía con la residencia jesuítica, cuyo superior y compañeros, por parecer del señor arzobispo, la abandonaban en julio de 1569, para trasladarse al colegio de la ciudad. Quizás en este último puesto recibía el padre Quirós la orden de embarcarse para la Florida.

2. - Las instancias de Menéndez por atender al colegio de la Habana decidieron a San Francisco de Borja a escribir el veintinueve de junio de 1569 al provincial andaluz, padre Juan Cañas, diera además del padre, dos hermanos que pudieran leer gramática, y tuvieran las virtudes que en aquellas regiones de América se requerían (6).

Como para el personal de esta tercera expedición sólo había intervenido la provincia andaluza, los preparativos no se complicaron como en los anteriores años. El padre Avellaneda, rector de Sevilla, escribía el diez de febrero de 1570 a San Francisco de Borja, que el martes, siete, había salido para la Florida la armada del adelantado, a quien acompañaban además del padre Quirós, el hermano Gabriel Gómez, que explicaba en Sevilla la tercera clase, y el hermano Ceballos, maestro de escuela en Cádiz (7).

(5) LAFUENTE, *Historia general de España*, IX, p. 289s.; X, pp. 1-38. *Historia del colegio de la Compañía de Jesús de Granada*, mss. ff. 63v-65; ff. 149v-152. MHSI. *Borgia* V, pp. 31-45. HROS, S. I. *Mártires de la Alpujarra...*

(6) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 68, f. 232v.

(7) *L. c. Hisp.* 113, f. 151. De los dos compañeros de Quirós, de quienes apenas tenemos noticias algunas, sabemos que nacieron y entraron en la

Suponemos que los ordinarios percances y peligros harían más o menos dura la travesía hasta llegar a la Habana (8).

3. - El plan de la posterior misión estaba trazado, una vez que las precedentes exploraciones apostólicas habían demostrado que ninguna de las provincias recorridas estaba preparada para la predicación del evangelio. ¿Estarían en iguales condiciones los países más septentrionales? Magnífica oportunidad para entrar en ellos se ofrecía con el indio Luis, natural de aquella región, hermano del cacique de Ajacán, actual Virginia, hecho a las costumbres y lengua españolas, durante su permanencia en México (9). Había este acompañado desde Nueva España, en 1566, una expedición de dominicos que querían instalarse en los dominios de su hermano, para comenzar la misión. Las privaciones de los primeros días desanimaron completamente a los expedicionarios, y todos, incluso el guía e intérprete, tomaron la ruta de España y desembarcaron en Sevilla. Para justificar su decisión describirían con recargadas tintas la pobreza de las tierras visitadas (10).

En 1570 el ajacano Luis se encontraba en la Habana (11). Allí se embarcaron con él los nuevos misioneros jesuitas, recientemente llegados de España, para dirigirse a

Compañía en Granada (SANTIBÁÑEZ JUAN, S. I. *Cuatro centurias de varones ilustres de la prov. de Andalucía de la Comp. de Jesús 1552-1650. mss.* p. 70: Arch. S. I. prov. Tolet. n. 1180 (bis). El 23 de septiembre 1568, escribe Avellaneda a Borja que en Granada habían entrado ocho gramáticos muy aprovechados, y entre ellos nombra a Gabriel Gómez (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 109, f. 58).

(8) No conocemos relación alguna de este viaje.

(9) RUIDÍAZ, *La Florida...* II. p. 94. Arch. Revilla Gigedo (Oviedo), *leg.* 2, n. 3: Al Presidente y oydores de la Nueva España, que provean cómo se entregue a Pero Menéndez de Avilés, con quien se a tomado capitulación sobre el descubrimiento y población de la Florida o a quien sus poder hoviése, a Juan (sic) de Velasco, yndio que vino de la Florida, con un criado suyo yndio, para que le lleve a aquella tierra ».

(10) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 258. CÁRDENAS, *Ensayo cronológico...* a. 1566, p. 123. ALEGRE, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, I, p. 25. O'DANIEL, O. P. *Dominicans in Early Florida*, p. 205.

(11) Dice de él ALEGRE, S. I. o. c. I, p. 25, que se agregó en España a nuestros padres que iban a la Florida. Es extraño que Rogel en su carta a Borja, 7 de marzo 1570, no lo mencione.

Santa Elena, donde se juntarían con los demás compañeros (12). Después de los primeros abrazos y expansiones fraternales se animaron mutuamente los bisoños y los veteranos misioneros para sus futuros trabajos apostólicos.

En seguida hizo el padre Segura la distribución del personal: Él con el padre Quirós y los hermanos Gabriel Gómez, Ceballos y Linares y los catequistas Juan Bautista Menéndez, Gabriel de Solís, Cristóbal Redondo y Alonso Méndez (13), ayudados por el indígena Luis, comenzarían sus trabajos en la inexplorada provincia de Ajacán; el padre Sedeño iría al fuerte de San Agustín a recoger los niños que habían prometido dar los caciques de Saturiba y Tacatucuru para el colegio de la Habana, de cuyo establecimiento y organización se encargaría el padre Rogel; los hermanos Francisco Villareal y Juan de la Carrera continuarían por entonces en Santa Elena.

La atmósfera de enemistad y guerra entre españoles e indios que se respiraba en San Agustín obligó a los padres Sedeño y Rogel a proseguir su ruta hasta la capital cubana, donde se ocuparían en los ministerios con los morenos y españoles, toda vez que por entonces no se presentaban candidatos para el proyectado colegio. Esperarían al mismo tiempo los resultados de la expedición a Ajacán, pues de ser estos favorables estaban todos dispuestos para trabajar en la evangelización de aquellas regiones (14).

(12) Arch. S. I. Rom. *Histor. Soc.* 177, ff. 152-161: El hermano Juan de la Carrera al padre Bartolomé Pérez, asistente. Puebla de los Ángeles, 1 de Marzo 1600. Trata principalmente de la misión de Segura y compañeros a Ajacán y de su martirio, que oyó a Alonso, aunque sobre él escribe después de 28 años.

(13) Escribe Rogel a Menéndez, 9 de diciembre 1570, que a Ajacán iban nueve, « cinco de la Compañía y quatro mancebos de la doctrina... » (*Varia Historia*, III, *Extra Europam*, f. 558). ALEGRE, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, I, p. 25s dice que, resuelto el viaje a Ajacán, tomó Segura al padre Quirós y seis hermanos, y que fuera de estos iban don Luis y « un niño, hijo de un vecino español de Santa Elena, llamado Alonso ». ASTRÁIN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, II, p. 295, sigue a Alegre. Nosotros nos atenemos a la relación del padre Rogel, por ser el testimonio más inmediato a los hechos.

(14) Carta de Rogel a Menéndez, 9 de diciembre 1570 (*Varia Historia*, III, *Extra Europam*, f. 558).

4. - Tal como se había desarrollado el apostolado de las costas floridananas, aparecía claro que de frustrarse las tentativas evangelizadoras de las regiones de la actual Virginia, se había de abandonar definitivamente toda la misión del continente septentrional. San Francisco de Borja en carta de quince de noviembre de 1570 se lo indicaba veladamente a Menéndez de Avilés: Por lo mucho que deseaba el resultado próspero de la misión de la Florida, encomendaba a las oraciones y sacrificios de la Compañía la expedición de Segura y sus compañeros con el indígena Luis, buen cristiano, quien tendría autoridad para disponer a sus compatriotas a recibir el santo evangelio (15).

5. - Salían los misioneros ajacanos de Santa Elena, tal vez, hacia septiembre de 1570 (16). El mal tiempo y la dificultad en reconocer el ansiado puerto, prolongaron el viaje más de lo previsto, y así hubieron de repartirse entre los navegantes las provisiones destinadas a los misioneros, con lo que se terminó toda la harina y dos de los cuatro barriles de bizcocho (17). Después de atravesar gran parte de la bahía de Santa María, la actual Chesapeake (18), llegaban a la de-

(15) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 69, f. 181. Es infundado lo que dice SACCHINI S. I. *Historiae Societatis Iesu*. Pars IIIa. l. VI. nn. 267, 268. p. 324, que Segura, desde la Habana, antes de ir a Ajacán, consultó, por carta, a sus compañeros sobre la proyectada expedición, y aunque casi todos le disuadieron de ella, las cartas no llegaron a su destino, porque la nave que las llevaba se extravió con una tempestad. Segura, antes de partir para Ajacán, se vió en Santa Elena con todos los jesuitas y nada nos dice Rogel que se hubiese tratado allí de disuadir al padre.

(16) ALEGRE, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, I, p. 26, nos dice que salieron de un puerto cercano a Santa Elena a fines de agosto, y que llegaron a Ajacán el 11 de septiembre. A Alegre siguen los posteriores historiadores. Algunas dificultades parecen existir contra tal fecha, pues los misioneros encuentran la tierra cubierta de nieve y bajo los rigores de un crudo invierno, lo que no puede ser tan fácil hacia principios de septiembre (Carta de los padres Segura y Quirós, probablemente a Hinistrosa, desde Ajacán, 12 de diciembre 1570, en LOWERY, *The Spanish Settlements... 1562-1574*, Appendix EE. pp. 461-464). Toda la relación de esta carta da a entender que a los pocos días de llegados los misioneros a Ajacán, envían la nave a la Habana y con ella la carta de 12 de diciembre. Esta fecha nos hace suponer la llegada de los jesuitas a Ajacán a fines de noviembre o principios de diciembre.

(17) Carta de Segura y Quirós... (*l. c.*).

(18) La identidad de la bahía de la Madre de Dios con la actual de

sembocadura de río Potomac, en cuyas inmediaciones se extendía la provincia de Ajacán (19). Subieron por él quince leguas (20), para desembarcar en una de sus orillas.

Las tribus que poblaban aquella provincia, de las que apenas tenemos noticia alguna, pertenecerían a la familia *siuana*, cuyas costumbres y gobierno hemos tenido ocasión de reseñar anteriormente. La sequía de los años anteriores había empobrecido y despoblado la región; por tal motivo muchos habían emigrado y algunos muerto, quedando en el terruño los más pudientes que querían morir donde reposaban los restos de sus antepasados. La desolación era general, pues la mísera cosecha de maíz recogida aquel año, había durado poco tiempo; y las plantas y raíces silvestres, alimento de los naturales, yacían ocultas bajo abundante nieve. El temor de las futuras privaciones se suavizaba para los misioneros con la presencia de Luis y la esperanza de numerosas conversiones que por su ascendiente y ejemplo se suscitarían entre los indígenas.

El grupo de los expedicionarios, dados los escasos recursos de aquel país, era para los indios más carga que que alivio y así se hubo de partir la nave. Preocupados los misioneros por la suerte de los indígenas encargaron a sus compatriotas, si no podían socorrerles en invierno, enviaran para la primavera un barco de maíz para asegurar a los naturales la cosecha de aquel año.

En vista de las dificultades que se palpaban ya y amenazaban ser mucho mayores con el tiempo, parecía temerario insistir en una empresa tan arriesgada y con tan escasas garantías de éxito. Los entusiastas operarios no titubearon un momento. La esperanza halagadora para su celo apostólico de la eficaz ayuda del ajacano Luis influiría no poco en tan inquebrantable resolución. Además si los indí-

Chesapeake es de opinión general. LOWERY, *o. c.* Appendix DD. pp. 458-461
LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía y descripción general de las Indias*. p. 172.

(19) HODGE, *Handbook...* « Axacan ».

(20) Respecto al lugar del martirio y de la sede misional, seguimos las conclusiones sólidamente probadas del padre KENNY, S. I. *The Romance of the Floridas*. pp. 283-297.

genas se obstinaban en no corresponder a sus trabajos y fatigas, muy cerca de allí, en el norte, (así lo creían los misioneros y era esta convicción general durante el siglo XVI) tenían camino abierto para el mar de la China, donde se les abría amplio campo para sus ideales misioneros (21).

6. - Aquellas orillas del Potomac estaban demasiado desiertas. Decidieron pues los misioneros subir por uno de los afluentes del caudaloso río, probablemente el Aquia, y establecerse a unas tres leguas de su desembocadura, en algún risueño valle de aquellas orillas. Con la ayuda de los indígenas construyeron una choza y junto a ella una modesta capilla; podrían allí desde el principio comenzar la instrucción catequística. De los víveres y rescates traídos hicieron depositario a Luis, quien se encargaría de distribuirlos entre los misioneros y los indios que les hicieran algunos servicios, o para atraerlos a la explicación del catecismo.

7. - La desilusión no se hizo esperar. El intérprete durmió dos noches en la casucha de los misioneros, y a los cinco días se retiró del pueblo, yendo a vivir a distancia de jornada y media en compañía de su hermano para reanudar su vida de desenfreno que anteriormente habría tenido (22). Los misioneros, privados del único medio de comunicación con los indígenas, quedaban indefensos y mirados por todos con extrañeza y sospecha. Como era de preverse, a pesar de las muchas llamadas, Luis no volvió. En tan azarasas circunstancias la única preocupación de los misioneros era prepararse para la muerte o el martirio, tan deseado por sus generosos corazones (23).

8. - Para terminar con aquella situación insostenible e infecunda, decidió el padre viceprovincial enviar al padre

(21) Recién llegados a Ajacán, escriben Segura y Quirós en la carta citada, que era grande la esperanza que se tenía de la conversión de aquella gente, y que además había « entrada para la sierra y la China » (*l. c.*).

(22) Escribe el hermano de la Carrera al padre asistente, (Arch. S. I. Rom. *Histor. Soc.* 177. f. 156v): este mal yndio [Luis] y otro Judas comenzó a darse a vicios y pecados públicamente, syn temor de Dios y de las jentes, y apartar de su conversación y trato ».

(23) Dice el mismo de la Carrera: « y así fueron grandes los aparejos y preparaciones que el padre viceprovincial hizo para aparejarse y disponerse él y los suyos para la muerte que tenían pon cierta ».

Quirós con dos de los hermanos, Gabriel de Solís y Juan Bautista Menéndez (24), en busca del intérprete; a la vuelta rescatarían maíz para sus compañeros.

El solapado indígena que abrigaría en su pecho proyectos de traición, debió de recibirlos cordialmente y aun prometerles su pronta visita. Así volvieron satisfechos los enviados el seis de febrero de 1571.

Iban muy adelante en su viaje cuando preocupados notaron que un grupo de indios parecía perseguirlos; entre ellos venía el intérprete. En un momento cruzaría por su mente la figura de la negra traición indígena y sólo pensaron en prepararse para el último holocausto. Del pelotón de los perseguidores se adelantó el apóstata y blandió su poderoso arco. Silvó la flecha por los aires y fue a atravesar el corazón del padre, que cayó desplomado, mirando tristemente a su ofensor ingrato y ofreciendo satisfecho su sangre por la conversión de Ajacán. Casi simultáneamente otras saetas cruzaron rápidas el aire y fueron a clavarse en los dos compañeros del padre, que cayeron bañados gloriosamente en su sangre mártir (25).

En tanto que los cadáveres de los tres protomártires de Virginia yacían en aquella tierra, desde entonces santificada, el grupo de los feroces indígenas siguió al pueblo donde estaban los restantes misioneros, resueltos a no cejar en su horrible delito. Interesados en ocultar sus malignos propósitos, se acercaban cautelosamente a la pobre casucha de las inocentes víctimas. Mientras unos la cercaban por todas partes para matar al que intentara salir, otros acompañados del cabecilla entraron dentro. En la capilla o en las pequeñas habitaciones encontrarían muy pronto a los misioneros, que a los primeros síntomas de alarma se presentaron in-

(24) El mismo Rogel que, al principio de la carta (ASTRAÍN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. II pp. 640-644), llama a Solís y Menéndez *mancebos* de la doctrina, ahora los llama *hermanos*. Con la magnanimidad demostrada por los candidatos en los grandes trabajos que tuvieron que sufrir, Segura los creería muy dignos de ser recibidos en la Compañía, y de hecho los recibiría.

(25) Véase la mencionada carta de Rogel, en ASTRAÍN, S. I. o. c. II, pp. 640-644.

defensos para ofrecer su sacrificio por la conversión de los verdugos y de toda la provincia de Ajacán. El primero en levantar el machete (uno de los muchos rescates traídos por los jesuitas para atraer a los naturales) fue el traidor Luis, y a su terrible golpe, animado por el odio más cruel, cayó el padre viceprovincial sin vida, purificado por el bautismo cruento. Los demás cómplices de tan bárbaro atentado, siguiendo el ejemplo de su instigador, fueron sacrificando terriblemente a los otros misioneros. Sólo quedaba con vida el catequista Alonso Méndez. Deseoso de seguir el ejemplo de los valientes adalides de la fe, se lanzó decidido a los indios para que lo mataran también; tomándolo de la mano el hermano de Luis lo libró del inminente peligro.

Sucumbían los invictos mártires a principios de febrero de 1571 (26), coronando gloriosamente la vida de sacrificios que desde el principio llevaron en la ingrata tierra. Alonso, muy triste por verse sustraído a la envidiable suerte de los mártires, y privado de aquellos compañeros a quienes los trabajos y tribulaciones pasadas tan íntimamente lo habían unido, ayudado por el caudillo de los verdugos, se encargó de enterrar los cadáveres de sus venerandos protectores, mientras los feroces indígenas se repartían la ropa y objetos de los mártires

Episodio tan trascendental para la historia de las misiones de N. América peligraba quedar en el olvido una vez que la despoblada tierra recogiera los fríos restos.

¿Cuál sería el porvenir del indefenso muchacho entre gente tan inhumana? Todavía siguió quince días en el reducido albergue que tan tristes recuerdos le sugería, hasta que recogiénolo el hermano de Luis en su casa, lo trató como a su propio hijo.

9. - Los demás jesuitas que trabajaban en la Florida o en Cuba, ignorantes de tales acontecimientos y del fin rápido y

(26) Dice Rogel (ASTRAÍN, S. I. l. c.): « y esto pasó el quinto o sexto día después que mataron a los tres (6 de febrero) ». RIBADENEIRA, S. I. *Vita di San Francesco Borgia...* l. III, c. VII, pp. 236-242.

sangriento de la expedición de sus compañeros, esperaban ansiosos los resultados de aquella misión.

De los padres Sedeño y Rogel, establecidos en la Habana, el primero se encargó de misionar por el interior de la isla y recorrer los caseríos del despoblado. Sus habitantes pasaban los años sin oír misa ni confesarse ni ejercitar prácticas algunas de cristianos (27). Labor habitual eran instrucciones doctrinales a los negros y a los naturales, siguiéndose como fruto de tales estímulos un rudo trabajo de confesonario. Había también no poco que trabajar con los españoles, pues la mayoría de ellos vivían libremente como gente tan apartada de quien les enseñase o trajese a la memoria « que ay gloria y pena eterna ».

10. - Un episodio simpático para los misioneros vino a animar su vida apostólica. En los primeros días de junio de 1570 salía de Lisboa una flota portadora de setenta misioneros jesuitas, con ruta para el Brasil. Una de las naves en que iba el superior de toda la expedición, padre Ignacio de Azevedo con treinta y nueve compañeros, próxima a las islas Canarias cayó en manos de los hugonotes franceses, capitaneados por Jacques Soria, que saciaron su furor contra los inocentes mensajeros apostólicos, matándolos a todos, excepto uno. Muy pronto se completó el número de los cuarenta invictos campeones con el sobrino del capitán de la nave, llamado Juan, que se asoció valientemente al glorioso escuadrón de los que morían por la fe. A todos ellos la Iglesia ha honrado con la inmarcesible corona de los mártires y beatos.

Otra de las naves que componían la flota había quedado en la isla Madera; entre sus tripulantes se contaban el padre Pedro Dias y otros diez jesuitas. Aunque enterados de la suerte de los cuarenta mártires, despreciando todo peligro, declaran por superior al padre Dias y emprenden decididos el viaje hacia las costas brasileñas. Las vislumbraban ya bastante cercanas cuando arrastrados por vien-

(27) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Sedeño a Polanco, Santa Elena 8 de febrero 1570, f. 151.

tos contrarios se vieron obligados a fondear en el puerto de Santiago de Cuba (28).

Apenas en la Habana se enteraron de la llegada de la nave portuguesa a aquel puerto de las Antillas, allá se encaminó Sedeño para ver si había algunos jesuítas a quienes atender. El camino fue durísimo, pues hubo de transitar muchas veces por parajes desiertos, sin poder mendigar el sustento que le reanimara las fuerzas exhaustas por la dura brega; dormir en los montes y atravesar a nado crecidos ríos, peligrosísimos por su corriente y por los caimanes que ávidos acechaban la presa.

El cansancio de las pasadas fatigas desapareció con el jubiloso encuentro de los misioneros, tanto más feliz cuanto menos esperado por los valientes expedicionarios del Brasil. Al poco tiempo se dirigían todos por tierra a la capital cubana. El largo y pesado viaje se suavizaba y animaba con los episodios que mutuamente se contarían los valerosos misioneros.

Rehechos y confortados los jesuítas portugueses con las obsequiosas atenciones de sus hermanos, hacia mayo de 1571 (29), aprovechaban el paso de la flota de Nueva España por aquel puerto para irse a las Azores. Encontraron allí, en el puerto de Angra, al padre Francisco de Castro con tres hermanos, que igualmente formaban parte de la numerosa expedición destinada al Brasil. Firmes en sus primeros propósitos, todos, excepto uno que quedó enfermo en la isla, reanudaban su viaje para la suspirada provincia sudamericana. Ya en alta mar, fueron sorprendidos y atacados por corsarios franceses e ingleses capitaneados por Capdeville. Por fatal coincidencia, la nave capitana de la flota corsaria era precisamente el galeón con que el año anterior el beli-

(28) LEITE, S. I. *História da Companhia de Jesus no Brasil*, II, pp. 252-263.

(29) No sabemos la fecha exacta. Sedeño nos dice que su camino de ida hasta Santiago fue trabajoso, por ser muy largo y hacerlo en cuaresma (*Fondo Gesuítico, l. c. Epist. sel. l. c.*). El primer domingo de cuaresma aquel año de 1571 cayó el 4 de marzo. Ahora bien, fácilmente en los viajes de ida y vuelta, y consiguientes permanencias en Santiago y la Habana, se pasaría el mes de abril.

coso Jacques Soria apresara la nave Santiago de los mártires Azevedo y sus compañeros. Nuevamente la rabia hugonote se ensañó contra quince víctimas jesuíticas, de las que cinco recibieron muerte gloriosa el trece de septiembre y siete el siguiente día. La Iglesia les ha concedido el título de venerables. Tan sólo dos escaparon al inhumano sacrificio; no tuvieron por consiguiente ni la dicha ni la gloria de participar de la apoteosis de sus compañeros (30).

Sublime había sido el abrazo fraterno de los héroes del Brasil y de la Florida en Santiago y en la Habana; abrazo de despedida para los primeros antes del último sacrificio, y de estímulo para los segundos que todavía tendrían que soportar muchos trabajos en su vida apostólica. Ni era menos significativo el que los sacrificadores fueran los hugonotes. Como en Europa se levantaban pujantes los jesuitas contra los protestantes, en América los misioneros del Brasil y de la Florida se oponían cual fuerte barrera contra los hugonotes. Que en la apreciación de las legiones capitaneadas por Jacques Soria y Capdeville tuvieran tal destino los jesuitas, lo manifiestan claramente los mártires de la expedición de Azevedo.

11. - Poco después que los misioneros portugueses partieron de la Habana, hacía su aparición en aquel puerto Menéndez de Avilés. Los habituales negocios de la gobernación cubana lo entretuvieron por algunos días en la capital, y seguía después con su Capitana, acompañado del padre Sedeño y el hermano Villarreal para la Florida, de donde sus naves tenían que acompañar una de las flotas a España (31). Prometía ya atender de manera estable a su gobierno de Ultramar, pues traía consigo toda su familia para instalarse con

(30) LEITE, S. I. *História da Companhia de Jesus no Brasil*, II, l. c. Carta de Sedeño, l. c. SACCHINI, S. I. *Historiae Societatis Iesu*. Pars III, l. VI, nn. 219ss., 264; III 1, VII, nn. 179ss., 187.

(31) Esta flota llegaba a España a fines de agosto 1571, (*C. D. I. Ultramar*, XIV, a. 1571. p. 266s). No seguimos la cronología de SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 328, que evidentemente es falsa, pues sabemos que el 14 de octubre 1570, escribía el adelantado desde Madrid a Borja y a Esquivel, y el 10 de enero del siguiente, al mismo Borja desde Sevilla.

ella en Santa Elena. Acompañábanlo además soldados y pobladores que se diseminarian por los varios fuertes de la Florida.

Durante la última etapa de la navegación se había declarado en muchos de los tripulantes una enfermedad contagiosa que, después de desembarcados, se extendió por la guarnición de Santa Elena. Se multiplicó con esto el trabajo de los misioneros, incansables en la asistencia a enfermos y sanos que por mucho tiempo no habían tenido oportunidad de confesarse. A esto se juntaban los habituales ministerios de sermones e instrucciones catequísticas. Por el excesivo trabajo y la fatiga del largo viaje cayeron enfermos los dos jesuitas. Aunque el hermano se repuso pronto, al padre aquejóle el mal por dos meses, aumentándose sus molestias por la pequeña porción de carne salada y maíz que podía tomar como único remedio y tener que asistir calenturiento a la gente que moría. Asistencia tanto más heroica cuanto sus fuerzas estaban tan extremadamente débiles por las cuatro sangrías recibidas que al menor esfuerzo venía la recaída (32).

La común tribulación por las privaciones y enfermedad de los moradores de la isla se hizo sentir mucho más con el incendio de la fortaleza y de todo lo que en ella había, por causas completamente desconocidas. Los víveres y municiones sirvieron únicamente para avivar la voracidad de las llamas. No era ciertamente muy aventurado el sospechar que algún descontento hubiese provocado intencionadamente la desgracia, pues ni a los que vivían en la isla, ni a los que entonces por primera vez llegaban, podía satisfacer la condición de ella.

12. - Viendo el padre Sedeño que su enfermedad, lejos de amainar, progresaba, quiso buscar en la Habana aires mejores y el necesario cuidado a su debilidad preocupante. En compañía de Menéndez se embarcó en una nave pequeña y descubierta. Las grandes privaciones del viaje hicieron desaparecer la fiebre del paciente.

(32) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Sedeño a Borja, 8 de febrero 1572, f. 151.

Llegaron al puerto de San Agustín, para hacer escala, hacia fines de noviembre de 1571. Encontraron allí al hermano Juan de la Carrera con un navío de bastimentos, destinado para los misioneros de Ajacán, si todavía vivían. El inesperado hallazgo contentó no poco a Menéndez que podía de esta manera aliviar a los infortunados habitantes de Santa Elena, y a los de San Agustín, igualmente desgraciados, a quienes una crecida de mar les había arrastrado en días anteriores la fortaleza con las demás casas, dejándoles tan sólo un poco de maíz, del que repartían diariamente cuatro onzas por persona. El único regalo, además de la módica ración, eran hierbas y raíces silvestres que los soldados rebuscaban ávidamente por los montes. Desgraciadamente todas estas privaciones habían coincidido con una enfermedad que se extendió por el pueblo y se manifestaba por una grande debilidad (33).

La solución del adelantado contrariaba a los dos jesuitas, pues privaba a sus compañeros de Ajacán de las necesarias provisiones; pero hubieron de resignarse ante las grandes privaciones de las guarniciones españolas.

13. - Detenido el hermano Carrera tan inesperadamente en su viaje hacia las provincias septentrionales, se decidió que volviera nuevamente a la Habana con el velero en que navegaban Sedeño y Menéndez.

Empujados por viento favorable llegaron en dos días al cabo Cañaveral. Determinó el experto capitán ir costean-do, para evitar las corrientes del interior del mar, con tan adversa suerte que, a pesar de la periciá del veterano marino, la nave dio contra la orilla y se hizo pedazos, salvándose afortunadamente la gente, comida y municiones. Por temor a los naturales, cuya tradicional crueldad no poco les preocupaba, pasaron toda la noche en vela, mojados y soportando el frío (34).

(33) *L. c. f.* 151v.

(34) Era más de temer la situación para los españoles, cuanto que sabían que, poco antes, habían matado los indígenas, en aquellos alrededores « veynete y seis xpnos, y cautivado tres mugeres y dos moços de un barco que allí aportó » (*L. c. f.* 151v.).

Según era de temerse, los despojos del navío y la curiosidad atrajeron a muchos indios. La turbación y miedo de los náufragos, entre quienes no se encontraba gente avezada a la guerra, fueron enormes. Para seis arcabuces que traían eran dos o tres los que los sabían manejar. En el temor de una desigual batalla, todos permanecieron azorados y amilanados y ni el valeroso Menéndez se decidía a levantar los ánimos de su indefensa hueste. El primero en reaccionar de tan inactivo abatimiento fue el animoso Sedeño. Exhortó a todos a hacer actos de contrición, porque el inminente peligro no daba tiempo para más, y en seguida aconsejó al adelantado que, aprovechando una trinchera natural del terreno, mandara improvisar con las cajas y colchones salvados un fuerte, pues por momentos podían venir los flecheros indígenas. A pesar de los escasos medios de que disponían para el trabajo, una pala y un azadón, levantaron pronto una respetable barricada.

La afluencia de más indios acabó de turbar a los improvisados reclutas que apenas sabían encender las mechas de los arcabuces. Sedeño, a la vista de la inercia de sus compañeros, puso en orden y emplazó una pieza de artillería que podía ser decisiva para rechazar el ataque de los naturales. Ante tales precauciones los indígenas se mantuvieron a respetable distancia, contentándose con recoger los despojos de la catástrofe.

14. - Viéndolos Menéndez ocupados en la codiciada faena, emprendió con los suyos la retirada al fuerte de San Agustín, distante, según creían, unas quince leguas. Hizo cada uno rápidamente su morral de comida, y sin ser perturbados por los indios, echó a andar la indefensa caravana.

En la penosa peregrinación de algunos días, las fatigas del áspero camino y la sed ardiente agotaban unas veces a los cansados expedicionarios; recibían otras cariñosa hospitalidad en alguno de los pueblos indígenas, aunque temiendo siempre una maligna celada. Para el paso de los ríos aceptaban preocupados canoas que los indios se encargaban de guiar por sitios peligrosos o hundían de propósito. Después de una de estas navegaciones arriesgadas se

hallaron en la opuesta orilla los desperdigados grupos casi desnudos (35).

Estaban ya bastante cerca de la fortaleza española. Cargó cada uno su escasa comida empapada en agua salada y decididos reanudan el fatigoso viaje. Temerosos de la agresividad indígena huyen el encuentro de pueblos. Después de andar cuatro leguas, un espeso palmar les ofreció refugio seguro aquella noche. Soportaron allí a pie firme dos o tres aguaceros, no atreviéndose a hacer fuego para secarse, por temor de ser notados.

La posterior marcha con los vestidos y calzado completamente mojados añadía grande incomodidad a las molestias y trabajos habituales. Algunos prefirieron caminar descalzos, resignándose al agudo dolor que les causaban en las sangrientas ampollas las chinás, arena y garranchas. « Tuvimos, observa el padre Sedeño, harta ocasión de meditar en la Pasión del Señor y sus trabajos, recebidos con tanto amor por nuestros pecados » (36).

Finalmente la alegría volvió a los ánimos cuando en una barra distante cinco leguas de San Agustín los indios se mostraban amigos. Se envió inmediatamente aviso al fuerte español, para que despacharan un batel con comida, pues estaban sin fuerzas para continuar el viaje por tierra. Los tres días de ansiosa espera entre aquellos benévolos indígenas, únicamente tuvieron para alimentarse hierbas y mariscos.

Aparareció en la lejanía la nave que venía de San Agustín y con ella parece iban a terminar todos los sufrimientos. Instalados sin embargo en el pequeño batel, comprendieron que no podían cantar victoria tan pronto, pues repartidos los víveres enviados, tocó a cada uno un puñado de maíz en grano, medio podrido. Extenuados como estaban por el hambre, lamentaban más la cantidad que la calidad, « que aunque fuera peor, asegura el padre Sedeño, nos pareciera azúcar ». Perdidos entre un sinnúmero de riachuelos, tar-

(35) *L. c. f.* 152.

(36) *L. c. f.* 152v.

daron la noche y el siguiente día para llegar a San Agustín.

El recibimiento efusivo y la animación de sus compatriotas reanimaron a los exhaustos expedicionarios. La grande miseria y privaciones de la guarnición no les escatimaron ni ropa para mudarse ni el necesario sustento para rehacerse en parte.

Como la detención en aquel puerto había de ser por varios días, se acomodaron los dos jesuitas en una casilla de palmas. Hizo el padre algunas pláticas y publicó el jubileo, imponiéndose la necesaria labor de confesonario que no pudieron resistir sus flacas fuerzas y cayó nuevamente enfermo.

15. - Llegó oportunamente a la guarnición una nave de bastimentos de Nueva España que hizo resurgir a nueva vida a los soldados. Menéndez, satisfecho más que ninguno por el inesperado refuerzo, determinó expedir una parte de los víveres a Santa Elena, encargándose él mismo de llevarlos. Con él se embarcaron los dos jesuitas.

Cercanos al último puerto envió Menéndez a la isla un batel de aviso rogando al padre fuera con el piloto. Se negó cortésmente el jesuita por ser de noche; aunque al fin hubo de ceder a las repetidas instancias del adelantado, montando con el hermano de la Carrera. Apenas se apartaron del barco, se agitaron las olas y la fuerza del temporal fue arrastrando la insegura navichuela mar adentro, sin que los bogadores pudieran detenerla ni dirigirse hacia la nave de sus compañeros. En tan desesperado trance lanzaron al fondo del mar un rozón sujeto a una cuerda delgada de esparto, con tan feliz e inesperada suerte que encontraron el apetecido escollo; así resistieron las sacudidas y golpes de las olas, hasta que a la mañana siguiente los recogió la nave del adelantado y al poco tiempo desembarcaban todos en la isla.

Después de tanto trajín y tan peligrosas andanzas habían merecido los dos jesuitas tranquilo descanso. Deseaban también reanimarse espiritualmente celebrando la santa misa, que el padre no habría podido decir desde que en noviembre salieron de aquella isla. Les fue imposible satisfacer tan natural y santa aspiración, pues el hermano

Villarreal había enviado todos los ornamentos y ropa de los misioneros a San Agustín. Como siempre, se prodigaron los jesuitas en pláticas, sermones, instrucciones doctrinales y confesonario.

A principios de diciembre de aquel mismo año de 1571 de nuevo se disponían el padre Sedeño y el hermano de la Carrera para pasar a la Habana. Presentían vagamente que sus trabajos no habían terminado pues se embarcaban en un velero pequeño y descubierto; aunque estaban muy dispuestos a sufrirlos por la dulzura y consuelo con que el Señor los acompañaba (37).

16. - Como se ve por los últimos hechos narrados, los jesuitas sobrevivientes de la Florida habían abandonado completamente la catequesis de los indígenas y trabajaban con los soldados de las fortalezas. El hermano Villarreal, con su permanencia más estable en Santa Elena, tuvo alguna mayor ocasión de comunicarse con los indios, aunque, según parece, estuvo también casi exclusivamente consagrado a los de la guarnición.

Por el mes de junio de 1571 vimos llegar al puerto de la Habana, proveniente de España, a Menéndez de Avilés. Aunque el activo marino había procurado conseguir misioneros jesuitas, ninguno de estos lo acompañaba.

El once de noviembre del año anterior, escribía San Francisco de Borja al provincial andaluz Juan Cañas que, aunque el adelantado instase por la vuelta del padre Álamo a la Florida, no había que ceder en manera alguna (38).

Eran muy nobles para Borja las empresas de evangelización y no convenía emplear en ellas elementos de cualidades dudosas. Por ello, reprobaba en su carta la tendencia de algunos superiores en considerar las misiones ultramarinas como medio para desentenderse de sujetos que no les agradaban. « Verdad es que del Perú y de la Florida se quejan de algunos que se les han embiado muy poco a propósito para

(37) *L. c. f.* 153.

(38) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 69, ff. 66v, 67.

lo que allí se pretende, y en algunos tienen razón »; uno era el hermano Ceballos (sabemos que formaba este parte del invicto escuadrón de los mártires de Ajacán) a quien con deseo de alejarlo del colegio de Cádiz le habían hecho pedir las Indias, no sintiéndose aficionado a ellas; lo que no harían personas seglares dotadas de bondad civil y política; debía averiguar el padre provincial quién había sido el instigador y darle una buena penitencia.

17. - Cuatro días después, el quince de noviembre, escribía al adelantado manifestándole que no podían los jesuitas trabajar en la evangelización de la Florida con las graves dificultades que allí había; desaprovechar operarios en campo donde ningún fruto se esperaba, era prodigalidad no permitida a la Compañía; pues con los sujetos enviados recientemente al Perú y con los colegios que se abrían en Europa, estaba desprovista de gente (39).

Sin atemorizarse Menéndez ante tan clara negativa, escribía a San Francisco de Borja el diez de enero de 1571, insistiendo en la petición de misioneros (40); habiéndosele confiado la conquista e instrucción de los indios, necesitaba nuevos operarios apostólicos, pues dada la reputación que estos tenían entre los indígenas amigos y enemigos, sus ministerios tenían grande eficacia; si los padres habían obtenido hasta entonces tan escasos resultados, era porque andaban saltando de una provincia en otra; de ser más « y estarse cada uno quedo en su puesto desde el principio que fueron, cada uno tuviera conbvertido en su probincia la gente della, y en esto no ay que poner duda ».

Las circunstancias en que se emprendía la conquista y evangelización de las provincias floridanas, obligaron a los jesuitas a moverse de una parte a otra. Excepción hecha del padre Álamo que, por su carácter y poca disposición para aquellas misiones, tuvo que abandonarlas, todos los demás se mostraron constantes, desinteresados para el sacrificio y firmes en medio de los mayores trabajos y peligros. Se re-

(39) *L. c. f.* 182.

(40) Arch. S. I. prov. Tolet. n. 1157 (23).

tiraron de su puesto sólo por motivos de prudencia y de la mayor gloria de Dios.

Pedía Menéndez en su carta cuatro misioneros más, de los que deseaba fuera uno el padre Álamo, conocedor de una lengua indígena; los otros tres residirían y ejercitarían sus ministerios en la Habana hasta que se construyera el colegio.

La petición del padre Álamo la haría seguramente el adelantado por insinuación del jesuita andaluz que había dejado la Florida por decisión de sus superiores no por propia voluntad.

Sospechando Menéndez que no sería tan fácil conseguir la vuelta de Álamo, insiste sobre todo en el colegio cubano: Sin que los nuevos jesuitas estuvieran allí y empezaran las clases, no había que pensar en su construcción; cosa ciertamente deplorable pues se renunciaba así a un seminario para la Florida y para todo el nuevo mundo; además el padre viceprovincial repartiría desde allí gente para las provincias septentrionales de América y Cuba y los misioneros alternativamente encontrarían en aquella residencia descanso para sus fatigas; a los cinco o seis meses de establecidos los padres en aquel colegio, se comprometía a traerles para la instrucción y catequesis « más de cien hijos de caciques y de los indios principales ». Convertidos estos indígenas, proseguía el adelantado, se casarían con hijas de españoles, y cada uno de ellos sería en su provincia predicador; total que ninguna casa tenía la Compañía donde más gloria se pudiese dar a Dios; para el cumplimiento de tan espléndidos proyectos, le bastaban seis u ocho jesuitas; de concedérsele estos no importaría más.

Lo que para Menéndez eran planes risueños de palpables realidades, tendría en la práctica insuperables obstáculos; pues los caciques e indios floridianos no sólo no mostraban amistad y confianza suficientes para encomendar a los conquistadores en país lejano y desconocido la instrucción de sus hijos, sino que la mayoría estaba en franca oposición con los españoles. Y aun suponiendo que algunos, por temor o interés político, enviasen sus hijos y parientes, ¿quién

había de cuidar de los subsidios pecuniarios? Los cubanos secundarían una obra de instrucción para sus hijos o conterráneos, no así para gente extraña, pues de haber tenido tal desinterés lo hubieran demostrado para entonces en atender convenientemente a las guarniciones floridanas. ¿Influyó en este despego de los isleños la poca simpatía del adelantado entre algunos personajes destacados de la Habana? La hipótesis se hace bastante probable. Aludiremos después a las dificultades que hubo para fundar en la capital residencia jesuítica para el cultivo espiritual e instrucción escolar de los hijos de la ciudad y de la isla.

Persuadido Menéndez de que la desconfianza de Borja provenía en gran parte de las informaciones del padre viceprovincial Segura, insinuaba la conveniencia de removerlo de aquellas provincias; pues aunque era muy buena pieza, cansado como estaba por los grandes trabajos pasados y actuales, su permanencia allí sería para mayor mal; en su lugar iría con mucho gusto, como él mismo se lo había indicado en Canarias, el padre Diego López, rector de Córdova (41).

No titubeó Borja ante una franca negativa: Todos los de la Compañía, por su Instituto, fin y vocación, tenían deseos de ayudar a las gentes más necesitadas y que en mayor peligro estaban de perderse; por ello iban tan prontamente por el mundo y habían padecido en la Florida, con la constancia que se sabía, no pequeños sufrimientos, « sin ver fruto, sino poco o ninguno, de sus trabajos, que es el mayor de todos ellos, para quien sólo busca aquel en las almas por mayor gloria divina » (42); si pues, por una parte, los indígenas estaban tan empeñados en irse con el demonio al infierno y los poquísimos convertidos volvían atrás; y por otra tenía la Compañía tanta escasez de sujetos, no sólo no convenía formar allí residencia jesuítica hasta que fueran madurando aquellos ánimos agrestes, pero ni se debía,

(41) Menéndez le atribuye el título de provincial; hemos ya indicado que en esta época, el provincial andaluz era el padre Juan Cañas.

(42) MHSI. *Borgia* V, pp. 571-573. La carta es de 20 de marzo 1572.

pues aun con abundancia de personal, por cristiandad y por Instituto estaban obligados los jesuitas « a buscar la mayor gloria divina y mayor bien del prójimo. Y como dice el Señor, añadía solemnemente San Francisco de Borja, si no reciben su sagrado evangelio en un lugar, sacudiendo hasta el polvo de los zapatos, de tal tierra hemos de ir a otra ».

Toda vez que en la Habana, observaba el prudente superior, había alguna esperanza de fruto, aceptarían el colegio; sin embargo los que allí residieran no tendrían obligación ninguna de ir a la Florida, pudiéndola visitar voluntariamente y ejercitar allí ministerios, como lo hacían todas las casas de la Compañía con los lugares comarcanos; si el adelantado quería abrir inmediatamente el colegio cubano, en su mano estaba reunir allí todos los misioneros de las provincias floridananas.

El deseo de Borja de ayudar a la evangelización de las provincias de N. América estaba regulado por las normas que dejó escritas San Ignacio de Loyola para la selección de los ministerios en bien de las almas: se habían de preferir aquellos en los que mayor era el servicio de Dios y la ayuda de los prójimos (43). « Puédeseme creer, termina su carta el padre general, fiel a la herencia que recibiera del santo Fundador de la Compañía, que a nadie daré ventaja en desear el remedio y bien de aquella gente, casi perdida, y de servir en tal empresa a vuestra señoría » (44).

Con el abnegado holocausto del padre Martínez, con la dolorosa desaparición del hermano Váez y con las coronas de los mártires ajacanos, demostraban los jesuitas que no eran ni los trabajos ni la crueldad más o menos exagerada de los floridananos lo que les retraía de aquella misión. Las normas expuestas por San Francisco de Borja, al cerrar oficialmente para los jesuitas las puertas de la Florida, eran clarísimas. Nadie se lamentó de las víctimas; tan sólo se

(43) Para el espíritu de la Compañía, en la selección de los ministerios misionales, MHSI *Mon. Ignatiana*, series tertia, II, *Constit.* part. VII, c. II, pp. 571ss.

(44) MHSI. *Borgia V*, p. 573.

alegó la mayor gloria de Dios y el bien de los prójimos, sin pasión y con sosegado ánimo.

Podemos suponer a lo que se reduciría la posterior actividad jesuítica en las provincias septentrionales, por las aventuras que nos ha referido el padre Sedeño. Labor más eficaz ejercitarían sin duda en la Habana instruyendo y predicando a los naturales y españoles, oyendo confesiones, consolando a unos y animando a todos. La gente estaba edificada de la incansable y fructuosa labor de los misioneros, pues ni había ya tanta libertad de abusos e iban muchos saliendo de su grande ignorancia religiosa. Poco o nada tenían que hacer en la escuela para los hijos de los caciques floridanos, de tanto porvenir según Menéndez, pues aunque se había inaugurado el local de tiempo atrás y estaba aún abierto, se presentaba tan sólo algún que otro pretendiente (45).

18. - Los jesuitas que tan activamente se movían entre la Florida y Cuba seguían preocupados por la suerte de sus compañeros de Ajacán. Desde que en diciembre de 1570 la nave que llevó la expedición del padre Segura, se alejó de aquella desolada provincia, los barcos españoles estuvieron por mucho tiempo sin visitarla, y eso que los que volvían contarían el miserable estado en que quedaban los misioneros.

Por la primavera de 1571 (46), una nave de víveres capitaneada por Vicente González (47) exploraba las riberas del Potomac; antes de desembarcar querían enterarse de la disposición de la tierra y de sus habitantes. No muy lejos

(45) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 116, f. 183; Rogel a Borja, Habana 10 de marzo 1570.

(46) No sabemos la fecha exacta de este viaje, pues CÁRDENAS, (*Ensayo cronológico...* a. 1571, p. 143s.), de quien lo tomamos, no la da.

(47) Cárdenas (*l. c.*) dice que iba en la nave el hermano Vicente González. De Cárdenas han tomado la inexacta noticia algunos historiadores americanos. Vicente González, que no era jesuita, sería probablemente el capitán de la nave; de hecho aparece como tal, en la expedición que algunos españoles hicieron en 1588 a la bahía de la Madre de Dios (LÓPEZ, O. F. M. P. *Fr. Jerónimo de Oré...* p. 78).

apareció un numeroso grupo de indios entre quienes algunos de los navegantes reconocieron al intérprete Luis, guía de los misioneros. Algo separados de ellos veíanse algunos vestidos de sotana que con señas invitaban a los navegantes a descender y acercarse a ellos. Muy pronto se dieron cuenta los de las naves del grosero ardid. Estaban así un poco a la expectativa, cuando dos de los indígenas se acercaron atrevidamente a la embarcación. Al instante les echaron mano los exploradores, contentos de poder tener noticia cierta del paradero de los jesuítas y con ellos emprendieron el viaje de vuelta a la Habana; sólo que los dos prisioneros se obstinaron en no hacer declaración alguna (48).

Las sospechas que tan delatador silencio suscitó sobre la muerte de los misioneros, eran fundadísimas; así que creció el nerviosismo de los sobrevivientes jesuítas, ansiosos por salir de tal incertidumbre.

Trascurría el tiempo sin que nadie tomara una iniciativa eficaz para disipar tan angustiosa duda; y las repetidas instancias que en este sentido harían los padres Rogel y Sedeño no tuvieron efecto alguno.

Finalmente en septiembre de 1571, llegaba a Santa Elena, procedente de la Habana, una nave de bastimentos con destino a Ajacán. Poco antes había desembarcado en aquel puerto Menéndez con el padre Sedeño y el hermano Villarreal. No creyó prudente el experto marino dejar partir la nave de víveres, a boca de invierno, pues vientos tempestuosos impedían en tal época acercarse a las costas septentrio-

(48) Según CÁRDENAS. (*Ensayo cronológico... l. c.*) uno de los indios, cerca del puerto de la Habana, desesperado, se echó al mar y se ahogó. Sedeño (*Fondo Gesuítico. l. c. Epist. sel.* Carta a Borja, 8 de febrero 1572, f. 153) asegura que una de las razones por qué el Adelantado se oponía, en Santa Elena, a que la nave de socorros fuera a Ajacán, era porque faltaban « dos indios que el piloto truxo de allá, como cautivos, los cuales se le huyeron entre otros indios que están cerca de San Agustín, y el adelantado los pensaba cobrar y hazer con ellos la jornada ». Fácilmente en una de las escalas del barco en San Agustín, o en algún otro puerto vecino, se pudieron escapar los dos indios. Rogel, en la carta a Borja, 28 de agosto 1572 (ASTRAÍN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. II, p. 640s.), habla de un indio que llevaban en su expedición a Ajacán.

nales; además que faltando los dos indios cautivos, observaba Menéndez, no había quien los guiase por la peligrosa ruta. Algo influirían en esta decisión del gobernador sus deseos de socorrer la guarnición de Santa Elena, indefensa y sin comida después del misterioso incendio a que aludíamos en párrafos anteriores (49). Instó Sedeño porque se hiciera el viaje. Menéndez, descargándose de su responsabilidad ante el rey y el consejo, prometió darle todas las facilidades para él. Viendo el jesuita tantas dificultades en la peligrosa empresa renunció a ella y escribió en seguida al padre Rogel que hasta mayo del siguiente año sería imposible efectuar la jornada.

El jesuita navarro, descontento de la solución, se quejó ante escribano público de la conducta del adelantado, y aun obtuvo de los oficiales reales se enviase a Ajacán con el hermano Juan de la Carrera otro navío de víveres.

En poco tiempo fletaron la nave y la abastecieron con abundantes provisiones. Zarpó el hermano con el precioso cargamento no muy confiado de su delicada misión y llegó a la barra del fuerte de San Agustín a fines de noviembre. Allí le esperaba la desagradable sorpresa de tener que notificar su comprometido encargo a Menéndez de Avilés que en días anteriores había llegado de Santa Elena en compañía del padre Sedeño, nombrado superior de la Florida durante la ausencia del padre Segura (50). No poco se maravilló el superior de la arriesgada solución de Rogel, quien sin atender a su encargo de esperar hasta mayo del siguiente año para el socorro de los ajacanos, había enviado el

(49) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Sedeño a Borja, 8 de febrero 1572, f. 153. Rogel asegura sencillamente que « el adelantado hizo detener en Santa Elena la fragata que iba a Ajacán, por sus respetos particulares » (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 116, f. 183). Dadas las privaciones que en aquel tiempo sufrían los de Santa Elena, pudo mover a Menéndez a adoptar tal resolución, el deseo de auxiliar a los soldados con los bastimentos que se habían de llevar a Ajacán.

(50) San Francisco de Borja, en carta a Segura o Sedeño, 14 de noviembre 1570, nombraba al segundo superior de la misión floridana durante la ausencia de Segura, y constituía la misión independiente de la jurisdicción de Portillo (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 69, f. 181v).

navío alegando como única razón que era bueno irlos a buscar.

Tal terquedad era muy explicable en quien creía deber de ley natural este acto de misericordia con sus hermanos. A pesar de que Sedeño trató de ocultar la falta del padre, extrañóse grandemente Menéndez de la conducta de Rogel. Su malhumor se disimularía bastante con el oportuno socorro que sin gastos propios le venía para las necesitadas guarniciones (51).

Frustradas las dos anteriores tentativas, dejó el padre Rogel de insistir en su vano empeño, además de que él y sus compañeros se irían haciendo a la suposición fundadísima del triste desenlace de la expedición del viceprovincial.

19. - Desde la expedición de Vicente González en la primavera de 1571, se sabía por los informes de los indios que el catequista Alonso aún vivía. Para rescatar al desgraciado cautivo y tener noticias ciertas del epílogo lamentable de los misioneros, a principios de julio de 1572, zarpaba del puerto de la Habana, con derrotero a la provincia de Ajacán, una armada capitaneada por Menéndez. En ella iba también el padre Rogel. Después de breve descanso en San Agustín, llegaban a Santa Elena el treinta de julio (52). Cinco días le bastaron al activo asturiano para inspeccionar las fortalezas y recoger a los hermanos Villarreal y de la Carrera, que posteriormente se habían de instalar con el jesuita navarro en la ciudad cubana.

Reanudada la marcha hacia septentrión, se internaban después de algunos días en la bahía de la Madre de Dios, actual Chesapeake. En uno de los puertos vecinos a la desembocadura del río Potomac, quedó el capitán con el grueso de la armada, mientras una fragatilla con treinta soldados, el padre Rogel y uno de los ajacanos, penetraba por

(51) *Fondo Gesuitico, l. c. Epist. sel.* Sedeño a Borja, 8 de febrero 1572, f. 153v.

(52) La relación la vamos entresacando de la carta de Rogel a Borja (ASTRAÍN, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. II, pp. 640-644.

el caudaloso río. Para asegurar el rescate de Alonso, prenderían al cacique, en cuyo poder estaba el catequista, y otra gente principal, con promesa de soltarlos si entregaban al muchacho.

El resultado fue plenamente satisfactorio. Después de subir por el Potomac y por su afluente Aquia unas tres leguas, echaron el ancla y esperaron que algunos indígenas de aquellas riberas se acercaran. La novedad reunió muy pronto a los indios que estaban por los alrededores, y algunos más atrevidos entraron en el navío para recibir los rescates que les ofrecían los de dentro. La codicia de los vistosos regalos animó a otros que siguieron el ejemplo de los primeros más valientes. En una tercera lechigada, nos dice el padre Rogel, entró en la nave, atraído por la benevolencia española, el cacique con sus principales; uno de estos ostentaba como adorno una patena de plata que el jesuita reconoció inmediatamente.

En posesión de tan codiciada presa comenzaron los navegantes el descenso del Aquia. La funesta nueva de la prisión del cacique y su comitiva se extendió rápidamente entre los indígenas que se presentaron por las orillas en compactos grupos, y con el decidido propósito de recuperar a los magnates prisioneros, comenzaron a flechar rabiosamente a los expedicionarios. Bien protegidos los del río por los macizos costados de su fragata, mientras seguían navegando empuñaron sus mosquetes que hicieron blanco en algunos de los indios.

20. - Fondearon nuevamente en la desembocadura del afluente, a tiro de arcabuz de la orilla. Por algunos indios pacíficos que se acercaron en sus canoas se enteraron los españoles que el catequista Alonso vivía en poder de un cacique principal, distante dos jornadas de allí, y muy próximo al puerto donde quedara la armada. Halagados por generosos doncellos, gustosos se ofrecieron los indígenas a traer al muchacho en determinado plazo, mientras los exploradores esperaban en el río el resultado definitivo.

Cuando el cacique recibió el encargo, temeroso de que una negativa pudiera acarrearle fatales consecuencias, envió

al cautivo con dos vasallos suyos al puerto donde fondeaba la armada de Menéndez.

Los del río esperaron en su puesto, día y medio más de lo convenido con los mensajeros indígenas, sin tener ulterior noticia de su compatriota Alonso. Entre tanto, extendida por la región la nueva de la captura del cacique y sus principales, los más belicosos y valientes se resolvieron a reconquistar el valioso botín, y escarmentar a los audaces exploradores. La táctica mejor y más segura para conseguir tal intento sería preparar una celada en vez de atacar de frente a los que manejaban tan mortíferas armas.

Distribuidos en canoas gran número de flecheros avanzaron por el río al encuentro de la fragata española. Delante iban dos lanchones gobernados respectivamente por dos indios que ofrecían ostiones a sus contrarios, mientras los demás ocupantes se mantenían ocultos. El centinela español comprendiendo la treta dio la voz de alarma, y todos prepararon sus armas para el combate. Atemorizados los de las canoas retrocedieron. Iban a hacer los españoles una descarga cerrada contra los indios que huían, si el padre Rogel interviniendo oportunamente, no les hubiera hecho bajar las armas, persuadiéndoles de que no eran ciertos los designios combativos de los ajacanos. No del todo satisfechos los soldados con las razones del jesuita, parecieron ceder. Acercó el piloto la fragata a la orilla para despedirse de los indígenas. Aprovecharon los navegantes tan propicia ocasión para descargar una rociada de arcabuzazos a un montón de indios apiñados. « Creo que murieron hartos, continúa Rogel; lo qual se hizo sin que yo entendiese hasta que estuvo hecho el negocio ».

Al llegar los bogadores al término de su viaje hallaron entre sus compañeros a Alonso que había contado ya al adelantado y a los demás los detalles que conocemos del martirio de los misioneros.

21. - No poco se alegró Menéndez del rico botín que traían los exploradores. Para imponer el merecido castigo a los verdugos, intimó al cacique prisionero hiciera venir a Luis con sus dos hermanos; de lo contrario haría justicia en to-

dos ellos, por ser culpables en el abominable crimen, toda vez que la tierra donde fueron martirizados los jesuitas les pertenecía. Uno de los indígenas se comprometió a llevar el aviso y volver a los cinco días. Como era natural, transcurrido el plazo, ni el enviado ni los principales autores de la matanza se dejaron ver. Menéndez, para cumplir puntualmente la amenaza, mandó ahorcar en las antenas de los navíos a todos los prisioneros ajacanos, encargándose el padre Rogel de bautizarlos antes de la ejecución (53).

Trágico epílogo de toda la misión floridana. Los jesuitas habían recorrido de sur a norte las principales regiones costaneras de aquel continente; y a pesar de las ilusiones de Menéndez, el desinterés y fatigas de los misioneros no habían podido domar la rebeldía y belicosidad de los indígenas. Aquel último reducto de Ajacán que, supuesta la valiosa cooperación del catequista indígena Luis, parecía iba a ser más agradecido a la labor de los jesuitas, se rebelaba igualmente contra los magníficos planes de colonos y evangelizadores. Menéndez viéndose defraudado en sus esperanzas de conquista y evangelización, y privado por la ferocidad indígena, de tantos misioneros, valiosísimos colaboradores de sus grandes proyectos; con escasísimas probabilidades, después de las últimas declaraciones de San Francisco de Borja, de obtener nuevos jesuitas que trabajaran en tierra tan ingrata; manifestaba en la severidad usada con los ajacanos su amargura profunda al palpar deshechos sus planes en la parte básica y fundamental de la colonización misionera.

22. - De esta suerte se despedía el valeroso marino, aunque no para siempre, de las tierras floridanas, para capitanear su armada en el viaje a España.

El padre Rogel no había perdido aún todas las esperanzas de poder evangelizar la provincia de Ajacán. En su expedición por el río Potomac, había inspeccionado con curiosidad los alrededores y creía que los indígenas vivían allí

(53) Carta del hermano de la Carrera al padre Asistente de España (Arch. S. I. Rom. *Histor. Soc.* 177 f. 159).

más de asiento que en parte alguna de las visitadas en toda la Florida. Según escribía a Borja, si se establecía en aquella región una colonia de españoles para defender al misionero de los ataques indios, se podría predicar el evangelio con más comodidad que en otras provincias; tendrían además en Alonso magnífico intérprete y colaborador, por estar habituado al modo de ser de la Compañía; si en Roma juzgaban oportuno abrazar la empresa, se encargaría de ella con mucho gusto (54).

El misionero, enseñado por la experiencia, había olvidado en su carta el tono de optimismo de los años anteriores al hablar de Guale y Santa Elena: Temía que existiera también en los ajacanos para convertirse la misma dureza que en los demás indígenas de la Florida, de suerte que el fruto se recogería después de tiempo, « cavando en ellos como una gotera en una piedra »; no había sin embargo allí las incomodidades y contrariedades de otros parajes, pues era el país más poblado, y los fríos del invierno obligaban a los naturales a mantenerse en sus casas, con la ventaja para el misionero que no tenía que andar de una parte a otra en busca de sus catequizados.

Ideando tan laudables planes de evangelización, que no llegaron a efectuarse, se ausentaba el jesuita navarro de las playas ajacanas en compañía de los hermanos Villarreal y de la Carrera, para dirigirse a la Habana, donde organizarían la escuela para los indígenas de la Florida, si había candidatos suficientes, o se ocuparían provechosamente en los ministerios con los habitantes de la isla.

23. - El trece de junio de 1572 había salido de Sevilla una expedición jesuítica de ocho padres, tres estudiantes y cuatro hermanos coadjutores, para comenzar en Nueva España

(54) Carta de Rogel a Borja (ASTRAÍN, S. I. o. c. II, pp. 640-644). Existe otra relación de este martirio, escrita en Potosí, 1611, por Bartolomé Martínez, que estuvo por mucho tiempo en Sta. Elena y lo oyó referir a Alonso (*Fondo Gesuítico. l. c. Vocaciones ad Societatem*, II. n. 122). VARGAS UGARTE, S. I. *The First Jesuit Mission in Florida*, pp. 129-148. El autor de la relación no es Jaime, sino Bartolomé.

una misión próspera y duradera. El superior de los expedicionarios, padre Pedro Sánchez, que llevaba el título de provincial de México, debía hablar con los misioneros de la Florida y decidir, por comisión del padre general, si convenía continuasen estos en aquella misión o se retirasen a la Habana; la elección se haría comparando el fruto que en ambos países se esperaba, y no teniendo en cuenta las ventajas de los misioneros, porque si los trabajos sufridos, aprovechando a los operarios apostólicos no aprovechaban a los prójimos, sería mejor trasladarse a otro puesto donde los sufrimientos cediesen en bien de los demás; escribiría el padre Sedeño a Roma su parecer y el de los consultores (55).

Antes de que tales instrucciones llegasen a la Habana, el padre Sedeño, por encargo del provincial mexicano, había pasado en junio de 1572 a Nueva España, para preparar la entrada a los nuevos jesuitas, y determinar con el padre Sánchez el destino de sus súbditos floridanos.

Después de conferir detenidamente los dos superiores, convinieron en dejar la misión de las provincias septentrionales y el colegio de la Habana y trasladarse todos a Nueva España (56).

24. - No había de ser tan fácil poner por obra esta última resolución. Los misioneros, por su trabajo desinteresado y el grande fruto de sus fatigas, se habían captado la simpatía de la ciudad cubana. Francisco de Briceño (57) escribía desde aquella ciudad a Felipe II, el doce de diciembre de 1572, que a los cuatro jesuitas allí residentes, les había mandado su padre general trasladarse a Nueva España, alegando como principal motivo no tener renta para susten-

(55) Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 69, f. 183: Carta de Roma al padre Sedeño, 20 de junio 1572.

(56) Carta de Rogel a Borja, Habana 27 de junio 1572 (Arch. S. I. Rom. *Hisp.* 116, f. 387). ALEGRE, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España* I, p. 65.

(57) Creemos sería el que fue gobernador de Guatemala y después presidente de la audiencia del nuevo reino de Granada (*C. D. I. Ultramar*, XIV, p. 118; XVII, p. 169. MEDINA JOSÉ TORIBIO, *Biblioteca Hispano-Americana*, II, p. 349s) No sabemos que hubiera tenido en la Habana ningún cargo oficial; estaría tal vez de visitador; hecho muy explicable, supuesta la confianza que de él hacía la corte.

tarse; él con otros les habían procurado doscientos ducados de interés anual, y algún cazabe y carne que comenzarían a pasarles desde el día que se hiciera el colegio; el fruto de sus ministerios era grande en la villa, y prometía ser igual en toda la isla y en la de Santo Domingo; así mismo desde que los jesuítas se habían encargado del cultivo de los negros se notaba en estos tanta doctrina y cristiandad que daba contento verlos; el pueblo con clamores lamentaba la ida de tan celosos apóstoles y él les había rogado y amonestado a que no se fueran; aseguraban ellos que por el bien de la tierra se quedarán, pero que por su obediencia a los superiores debían partir. Rogaba finalmente Briceño al rey los ayudara con alguna renta y los mandara volver (58).

25. - Mientras los admiradores de los jesuítas esperaban en la Habana el resultado de sus insistentes reclamaciones a la corte, salían aquellos de la capital para comenzar en Nueva España una obra que había de ser mucho más abundante en frutos espirituales.

Posteriormente, por orden del mismo rey, volvían a la ciudad agradecida los padres Sedeño y Rogel, y los hermanos Villarreal, de la Carrera y Pedro Ruiz de Salvatierra (59), para continuar sus interrumpidos trabajos apostólicos. El veinte de junio de 1577 el padre general Everardo Mercurián escribía al padre Sedeño superior del pequeño grupo: Puesto que el Consejo de Indias había cesado en sus instancias al rey para que los jesuítas residentes en la Habana siguiesen allí, y el fruto recogido no era muy grande, debían todos trasladarse a Nueva España (60).

Determinación muy comprensible una vez que en la capital de Cuba no habían resultado ni la escuela para los niños indígenas de la Florida, ni el colegio para la formación de los naturales de la isla, ministerios que la Compañía consideraba como principalísimos de su Instituto. Por otra parte la fructuosa labor de los jesuítas en la ciudad

(58) A. I. *Sto. Domingo* 99.

(59) ALEGRE, S. I. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. I, p. 80.

(60) Arch. S. I. Rom. *Mex.* 1, ff. 19-20.

podrían ejercitarla igualmente otras órdenes religiosas o sacerdotes seculares allí establecidos. En México, donde la Compañía había organizado una misión sistemática, con selecto y numeroso personal, los cinco incansables misioneros de la Habana contribuirían a una obra de mayor gloria de Dios.

26. - Después de la destrucción de las colonias francesas de la Florida, a pesar de la grande indignación antiespañola suscitada en la nación limítrofe, la corte francesa no se sintió potente para encauzar movimiento tan unánime contra las posesiones españolas de Ultramar. El debilitarse del poder regio, la vuelta a la descentralización feudal, la división de Francia en dos campos enemigos, habían de producir el enervamiento de las fuerzas nacionales. Subsiste la alianza con los turcos, mas no tienen estos la suficiente confianza en la política fluctuante de su aliada que envalentona a los enemigos; ni la corte del rey cristianísimo puede aspirar al apoyo de Inglaterra, interesada como ella en la humillación de España, porque una causa latente de conflicto persiste con la cuestión de Escocia (61).

Todavía en 1573 dirigió el adelantado su flota y armada a Ultramar, para perseguir a los corsarios franceses e ingleses que infestaban la costa de la tierra firme. El siguiente año volvía a la Península, para dar cuenta a su majestad del estado en que quedaba la Florida (62).

No nos consta de ulteriores peticiones de misioneros que hiciera para la tierra de sus conquistas a San Francisco de Borja o a su confidente el padre Avellaneda. Había visto claramente la resuelta voluntad del padre general y no creería oportuno insistir en sus demandas. Podrían los misioneros desde la Habana de tiempo en tiempo visitar las guarniciones floridananas; si al mismo tiempo se encargaban de la instrucción de caciques e indios las aspiraciones del adelantado estaban satisfechas.

Pero quedaba ya poco tiempo de vida a Menéndez.

Las guerras de Flandes seguían desgastando los solda-

(61) HAUSER, *Les Sources de l'histoire de France...* III, p. 58.

(62) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 331.

dos y tesoros españoles. Al severo duque de Alba había sucedido en el gobierno de aquellos países el benigno Requeséns, quien por su desconfianza con los de la región, se había hecho sospechoso a estos. Aunque estaba persuadido de la necesidad de un perdón general para apaciguar los ánimos de los insurrectos, no se atrevía a proclamarlo sin el consentimiento previo del monarca católico.

El desastroso fin que el veintinueve de enero de 1574 tuvieron las dos escuadras españolas enviadas al socorro de Middelbourg, dio por resultado el dieciocho de febrero la capitulación de la plaza fuerte. Las nuevas de la derrota decidieron a Felipe II a conceder el indulto general, tan ansiado y recomendado por Requeséns, y se dieron al gobernador plenos poderes para su aplicación. Los enemigos consideraron estas concesiones como señal de temor y debilidad y prosiguieron con más ardor la comenzada lucha.

Tan pronto como en la península española se tuvo noticia de la capitulación de Middelbourg, iniciáronse los preparativos de una grande armada que había de encomendarse al adelantado de la Florida (63). Sin necesidad de tales refuerzos, el catorce de abril vengaron los españoles la reciente derrota con el triunfo de Mook, no lejos de Grave. El fruto de la victoria se malogró por haberse amotinado los tercios que reclamaban sus atrasadas pagas (64).

Menéndez de Avilés todavía bajo la impresión de la primera catástrofe, escribía el quince de marzo de 1574 desde Bilbao al rey: Con su poderosa armada de diez mil hombres, aun divididos, no temería a los corsarios franceses e ingleses, impacientes por resarcir el fracaso de la Florida, apostados en los puertos de Dieppe y Havre; ni a los nuevos refuerzos de barcos enviados por la reina de Inglaterra que en Celandia se habían de juntar con la armada del príncipe de Orange; Dios los confundiría y les daría mal suceso, y a él victoria contra ellos (65).

(63) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 238-247.

(64) LAFUENTE, *Historia general de España*, X, pp. 66ss. PIRENNE, *Histoire de Belgique*. IV, pp. 48ss. GOSSART, *La Domination Espagnole...* pp. 1ss.

(65) RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 252ss.

La penuria de las arcas regias hacía muy difícil la preparación de una tan colosal armada ideada por el asturiano, quien seguía instando a la corte porque se aprovechase la victoria de Sancho de Ávila en Mook, y no se permitiese al de Orange rehabilitarse (66).

Constante Menéndez en sus principios de celoso cristiano, y convencido de la necesidad del elemento religioso para la causa española, urgía al rey en carta de once de mayo de 1574, mandase al padre guardián de Castro Urdiales (Santander), de paso entonces en Madrid, diera capellanes franciscanos que atendieran al personal de la armada y a los soldados de Flandes; él por su parte le había pedido ya veinticuatro; debía así mismo mandar escribir al señor obispo de Calahorra para que de su diócesis enviara doce sacerdotes; y aun convendría mucho que la Compañía de Jesús contribuyera con seis teólogos (67).

Se ve que las últimas cartas de San Francisco de Borja, con la negativa de nuevos misioneros para la Florida, en nada habían menoscabado el amor y aprecio del adelantado por la nueva orden.

Después de la victoria de Mook no se creyó de urgencia el envío de la ingente armada de ciento cincuenta velas y doce mil hombres de mar y guerra preparada por Menéndez. El pundonoroso marino y fiel servidor del rey había escogido lo más selecto para ella. Según escribía el ocho de septiembre a su sobrino Marqués, lugarteniente suyo en el gobierno de la Florida, era toda gente principal y lucida, « que no ha quedado por acá hombre diestro que no haya metido en ella »; esperaba órdenes del rey para acudir a donde lo llamaran (68).

27. - El mismo día que firmó esta carta acometióle un fuerte tabardillo, y a los pocos días, diecisiete de septiembre, moría después de recibir devotamente los santos Sacramentos (69). La armada, no teniendo el rey a quien confiarla, hubo

(66) *O. c.* II, p. 259s.: Carta de Menéndez al rey, 11 de mayo 1574.

(67) *O. c.* II, pp. 261-265.

(68) *O. c.* II, p. 288s.

(69) SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...* p. 335. RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 513-515.

de disolverse y así perdieron las legiones españolas de Flandes la enorme ayuda que tanto hubiera favorecido sus armas.

Requeséns ante el continuo descontento de los soldados por no recibir normalmente sus sueldos, hubo de recurrir a la política de concesiones para impedir que la cuestión de Flandes se hiciera europea.

Que Menéndez no hubiera ambicionado en sus nobles y abnegadas empresas el codiciado lucro, lo demostraba la pobreza con que moría. Dejaba en pos de sí imperecedera memoria como general y audaz marino, como incansable perseguidor y vencedor de corsarios, como conquistador de un enorme continente que entregaba a su patria, y como fiel ejecutor de la política de Felipe II y del duque de Alba en Ultramar. Los planes y aspiraciones de Francia de emular la política colonial de España en América, creando en el continente septentrional un poderoso centro de conquista, cayeron por tierra por el arrojo y valentía del asturiano. Si las audaces flotillas de corsarios franceses no temieran en el Atlántico el encuentro de los pataches y ligeros veleros capitaneados por el valiente marino, fácilmente hubieran impuesto su predominio sobre la preponderancia marítima española. Felipe II tan justipreciador de valores políticos, militares y marinos, tributó el debido homenaje a Menéndez, dándole el título de adelantado en las provincias septentrionales de América, de gobernador de la isla de Cuba, y confiándole al mismo tiempo la custodia de todas estas regiones y de las principales islas del mar de las Antillas, tan amenazadas por el poder de Francia. Igualmente fueron de concesión regia sus títulos de capitán y de general de las flotas de Indias, en una época que tanto peligraban por las asechanzas de corsarios.

Los méritos de nuestro héroe como colonizador fueron también no pequeños. Aunque por no haber podido convivir durante mucho tiempo con los naturales de la Florida no tuvo grande comprensión del carácter e ideología indígenas, cosa esencial para un buen colonizador, los trató casi siempre con dignidad y cariño. Si no se conquistó las simpatías y amor de los floridanos fue porque estos mi-

raban con antipatía a todo extranjero. Tan sólo empleó medios severos para castigar la agresividad y aun crueldad de los indios contra españoles y misioneros. Lástima grande que el asendereado marino no hubiera podido emprender en la Florida obra más lenta y constante, cual requería el cultivo de aquellas rebeldes provincias. A ella se opusieron principalmente las naciones de la Europa occidental, empeñadas en emular y aun sobrepujar la obra de colonización española en la América septentrional. El choque sangriento produjo en aquel continente un estado de nerviosismo que perduró en los posteriores años de la vida de Menéndez y convirtió la Florida, destinada por la voluntad de la corte y del adelantado a ser campo de próspera colonización y misión floreciente, en fortaleza y baluarte para las posesiones españolas de América.

Las mayores ilusiones de Menéndez habían sido llevar a feliz término la colosal empresa que la corte le confiara en Ultramar. Detenido en Santander por una dolorosa obligación, había pedido permiso al rey para volver a América, y una vez que estuvieran apaciguadas las regiones de Flandes, esperaba obtener su intento. Según escribía a su sobrino Marqués en la carta antes mencionada de ocho de septiembre de 1574, los trabajos preparatorios de la armada se le hacían insoportables, no recibiendo por ellos remuneración alguna; aunque lo principal era andar ocupado en el servicio de Dios y del rey, propagando la fe católica contra los herejes luteranos. « Después de la salvación de mi alma, añadía el fogoso creyente, no hay cosa en este mundo que más desee que verme en la Florida para acabar mis días salvando almas » (70).

La comenzada obra de conquista, colonización y evangelización del continente septentrional habían de seguirla gloriosamente sus sucesores, en quienes arraigaron el adelantamiento y gobierno de aquellas provincias y los misioneros franciscanos.

(70) RUBÍAZ, *La Florida...* II, p. 289.



CONCLUSIÓN

Los jesuitas abandonaban definitivamente la Florida en 1572. El siguiente año de 1573 desembarcaban en la actual Georgia algunos misioneros franciscanos para reanudar los interrumpidos trabajos apostólicos. No fueron pocas las víctimas que sucumbieron al furor de los floridianos, quienes conservaron con los recién llegados su agresividad tradicional. Los misioneros que pudieron escapar a las matanzas, se vieron forzados a abandonar la tierra. Posteriormente fueron llegando a intervalos nuevos contingentes de misioneros franciscanos, e instalados en la costa oriental de las provincias septentrionales, limitaron su acción al territorio comprendido entre San Agustín y Santa Elena. El fruto recogido fue muy escaso. En 1579, durante la revuelta de Juanillo, soliviantados los indios se levantaron contra conquistadores y misioneros; de los últimos murieron algunos martirizados. En 1603 comienza nuevamente la restauración de las misiones franciscanas en la costa anteriormente mencionada con irradiaciones por el interior, hasta que en 1606, con la visita del obispo Altamirano, se organizan definitivamente. En toda la primera mitad del siglo XVII sigue un estado de próspero florecimiento, corona y premio de numerosas víctimas franciscanas que ofrecen generosamente su sangre por la conversión de la Florida (71).

No ha faltado quien, sin explicar el hecho, haya hablado de *fracaso* jesuítico en la misión floridana (72). Sin pretensiones apologéticas permitasenos aquilatar esta afirmación. Ciertamente el resultado palpable fue casi nulo: algunos niños y adultos, bautizados en la hora de la muerte,

(71) LÓPEZ, O. S. F. P. *Fr. Jerónimo de Oré...* pp. 68ss. LANNING, *The Spanish Missions of Georgia...* pp. 59s. AHSl. V (1936) pp. 319-321.

(72) LANNING, *o. c.* pp. 53ss.

volvieron al cielo. En tan halagadoras primicias fundaron los misioneros sus esperanzas de la futura conversión de aquella agreste porción de la viña del Señor, y estas esperanzas se vieron frustradas. Algunos otros indígenas adultos, muy pocos ciertamente, convertidos y bautizados, volvieron a sus antiguas idolatrías y nefandas costumbres. El padre Rogel, al abandonar para siempre la misión de Escamacu (Santa Elena), derribó con trémulas manos la capillita, fijó su pensamiento en aquel otro altar que había ansiado erigir en los corazones de los indígenas con escasísimos resultados. En Ajacán, los mismos indios destrozaron e hicieron desaparecer los últimos restos de la agreste choza que servía de iglesia. Se desarraigaba así todo recuerdo sensible de la fugaz permanencia jesuítica en las provincias septentrionales.

Sin embargo, en el corazón de muchos indígenas apuntaba, después de una noche cerrada, la vaga noción del verdadero Dios, de verdades eternas hasta entonces ignoradas, y quedaba esculpido en su memoria el grato recuerdo de los que tan desinteresadamente se habían sacrificado por su bien, tanto cariño les habían mostrado y tan celosamente los habían defendido. Pero sobre todo, como eficaz e impedecida oración, se elevaba de las regiones floridanás el suave aroma de la sangre mártir, generosamente derramada, que en los posteriores años atraería las bendiciones del cielo para la conversión de los indígenas. En la historia misional es gloriosa toda página escrita con sangre de mártires, aunque el fruto conseguido por los héroes no sea inmediatamente sensible.

A la obra misionera de N. América en el tiempo de nuestra historia, se opusieron los planes ofensivos de Francia, los consiguientes designios políticos y militares de España en aquel inmenso continente, la pobreza de la tierra y el carácter de los indígenas.

La lucha de las dos naciones europeas rivales se hallaba en su fase más aguda cuando los primeros jesuitas llegaron a la Florida. El que los patrocinaba, Menéndez de Avilés, debía por una parte secundar la labor de conquistadores, colonizadores y misioneros, y desbaratar por otra los temi-

bles proyectos del enemigo. La solución que más urgía por entonces era alcanzar victoria completa de Francia, y a esta lucha se lanzó decidido el valiente asturiano, descuidando aun el indispensable apoyo que necesitaba la obra colonizadora y misionera.

Si el misionero hubiera podido alejarse de este centro de actividad militar, para dedicarse en compañía de pacíficos colonizadores al cultivo de los agrestes indígenas, frutos más halagüeños hubieran coronado sus trabajos. Por las particulares condiciones de la Florida, tuvo que convivir con soldados y colonizadores descontentos de la tierra, y naturalmente sus fatigas difícilmente podían obtener el ansiado fruto de conversiones.

Este descontento general, agudizado por las grandes privaciones, y la pobreza de las regiones costaneras de la Florida, fueron la principal causa de frustrarse los planes de Menéndez, pues desilusionados y exacerbados soldados y colonizadores se oponían a los proyectos del asturiano.

La ingratitud de la infecunda tierra hacía más deplorable por el espíritu indómito de los indígenas resueltos a sacudir todo yugo extranjero. Estos contrastes y luchas imposibilitaron también la obra de colonización que había de ser lenta y pacífica.

La misión de los jesuitas, parte integral del plan vastísimo trazado por el genial Menéndez, tendió a su ocaso con el naufragio de los planes de colonización.

En medio de las complicadas y peligrosas circunstancias de la Florida, a pesar del poco fruto obtenido, podían haber seguido los jesuitas acrisolando su propia santificación. San Francisco de Borja, prudente y generoso en el establecimiento de aquella misión; al palpar los escasos resultados, vio que no era aquel apostolado para la Compañía, comprometida por sagrada herencia a trabajar en puestos o regiones donde mayores fueran el servicio y la gloria divina, y mandó a los invictos jesuitas a países de esperanzas misionales más risueñas. Las provincias de Nueva España, fecundo campo para aquella época de misioneros agustinos, dominicos y franciscanos, ofrecerán también abundante mies

al celo apostólico de los avezados operarios de la Florida y de las nutridas y frecuentes expediciones de misioneros jesuitas que, sin interrupción alguna, acudirán en los años sucesivos a aquellas provincias de todas las partes de Europa. Tres siglos de fecunda labor e intenso apostolado, coronados con el éxito más completo, sucederán a estas tentativas de misión, aparentemente infructuosas, de las provincias septentrionales de América.

Los abnegados misioneros de la Florida, con los trabajos y sufrimientos sobrellevados magnánimamente, y con la sangre derramada, habían demostrado palpablemente que no eran ni el temor al sacrificio, ni la falta de un celo ardiente, ni ánimo indeciso ante los obstáculos lo que impidió llegar a la codiciada meta de la conversión de la Florida. Por parte de los misioneros hubo temple de héroes y arrestos de mártires. Los designios de la divina Providencia esperaban otras circunstancias más favorables para hacer brillar en el vasto continente de la América septentrional auroras de Redención.



APÉNDICES

I

Por ser algunos de los términos marinos de nuestro estudio apenas usados actualmente, damos la significación de los principales.

Carabela: Su nombre aparece a mediados del siglo XVI y desaparece a mediados del XVIII. Adquirieron fama universal las de Portugal, donde, tal vez, se iniciaron. Aunque su denominación parece corresponder al *servicio* más que al *tipo*, según el Diccionario de autoridades es « una embarcación de una cubierta, larga y angosta y con un espolón a la proa: tiene tres mástiles casi iguales, con tres vergas muy largas y en cada una se pone una vela latina. Es embarcación de carga muy ligera y peligrosa si no se sabe manejar con destreza y prontitud al cambiar las velas, porque si no van uniformes se vuelca fácilmente » (FERNÁNDEZ DURO, *Disquisiciones Náuticas*, I, pp. 88-142; *Diccionario de la lengua castellana...* 6 t. Madrid 1726-1739 « Carabela »).

Nao, nave o *navío*: Bajel de alto bordo, de mucha capacidad y fuerte contra las olas y acomodado para la guerra ofensiva y defensiva. Las había de dos y aun de tres cubiertas (FERNÁNDEZ DURO, *Disquisiciones Náuticas*, V, p. 116s.).

Galeón: Su nombre proviene de la galera, aunque son navíos menos ligeros y más fuertes contra los golpes de mar por su alto bordo (o. c. V, p. 117).

Galeaza: (antiguamente se llamaron mahonas), compuesta entre *galera* y *nao* de alto bordo, la mayor embarcación de remos y velas; las había hasta de setecientas toneladas, con aguante para sesenta piezas de artillería y capacidad para mil quinientos hombres; sus velas eran las del galeón; tres mástiles, el artimón, el maestro y el trinquete, siendo así que las galeras ordinarias carecían de artimón (o. c. V, p. 118; *Diccionario de la lengua castellana...* « galeaza »).

Patache: (de desconocida etimología), se ignora igualmente su forma, importancia y empleo. En la marina española era nombre genérico de las embarcaciones pequeñas que llevaba una armada

para repartir órdenes, sondear los bajos y hacer las demás diligencias ordenadas por el general; como bajel de guerra, seguía ordinariamente a una nave mayor (JAL, *Glossaire nautique*, « Patache »; FERNÁNDEZ DURO, *Disquisiciones Náuticas*, V, p. 117s.; *Diccionario...*, « Patache »).

II

Menéndez parece haber comenzado sus empresas marítimas en 1542 (cf. p. 164, nota 2):

Solis de Merás (*Memorial...* p. 2) nos dice escuetamente: « En aquel tiempo había guerras con Francia: hizose armada contra corsarios: metióse [Menéndez] en ella y anduvo dos años... » No es fácil determinar a qué guerra se refiere el cronista, habiendo sido estas frecuentes entre Francisco I y Carlos V, y después, entre el mismo emperador y Enrique II de Francia. Menéndez de Avilés, probablemente a fines de 1561, comienza así un *memorial* dirigido a Felipe II: « Católica Real Magestad. Pero Menéndez, dice: *Que ha 20 años* que sirve al emperador, nuestro señor, de gloriosa memoria... » (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 327): así correspondería el comienzo de su vida de mar o a la tercera guerra de Carlos V con Francisco I (1536-1538), o más probablemente a la cuarta y última (1542-1544), que terminaba con la paz de Crepy. Como el principal apoyo de nuestra deducción se funda en el memorial que decimos ser de fines de 1561, o principios del siguiente, lo hemos de probar.

Efectivamente, en el memorial a que nos referimos, al que el editor (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, pp. 327-337) no pone fecha alguna, dice Menéndez en tercera persona: « ... y fué despedido el día en que V. M. desembarcó en Laredo, y no le corrió sueldo ni salario hasta mediado enero del año siguiente de 60, que V. M. le mandó ir a las Indias, y fue despedido a 11 de julio pasado que vino ». Y algunas líneas después (p. 336): « ... y porque V. M. le manda volver a las Indias por Capitán General de la flota que ha de partir por Enero... ». Según esto, la fecha del memorial evidentemente se contiene entre el 11 de julio *pasado* (según nosotros 1561) y el mes de enero, en que había de partir de nuevo la flota para Nueva España (en nuestra opinión, 1562).

Que la vuelta de la expedición de 1560, contra lo que afirma Solís de Merás (*Memorial...* p. 39), que la pone el 11 de julio de 1560, fue en julio de 1561, aparece muy claro, pues dice Menéndez en el mismo documento (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 334): « Otrósí: dice [Menéndez] que en esta última jornada que hizo a las Yndias se le ordenó que truxese toda la armada... y llegado

allí [Nueva España], halló que el dinero que iba a buscar, había un mes que era partido... y aguardando con las dichas naos y armada *diez meses* 'en el puerto, y recojió mucha cantidad de dinero, y vino con ello a buen salvamento a la ciudad de Sevilla a 6 de julio pasado ». De donde, supuesto el tiempo que tardó la expedición en la ida y en la vuelta, mas los diez meses de permanencia en Nueva España, la llegada a Sevilla necesariamente tuvo que ser en julio de 1561. Esta afirmación la vemos confirmada en *C. D. I. Ultramar* XIV, p. 252: « Llegó Pedro Menéndez, con 9 navios de flota, a 7 de julio, y con cinco de ingleses que tomó en las Azores »; párrafo que lleva el epígrafe de 1561. A modo de ilustración, recogemos este dato en una de las cartas de Menéndez a Felipe II, desde la torre del Oro, 27 de julio de 1563: « Y contra mí han hecho información, que *agora dos años*, que no eran ellos Jueces, viniendo yo por General de la Flota de Nueva España... » (RUIÍÁZ, o. c. II, p. 36): con lo que serian precisamente dos años exactos desde julio de 1561.

III

Continuación del texto dejado incompleto por RUIÍÁZ, *La Florida...* I, p. 89 (cf. p. 192, nota 70):

« ... sólo quedaron diez y seys, que los doze eran bretones marineros que ellos avian robado y los quatro oficiales de carpinteros y calafates, gente que yo tenia dellos necesidad. Aprecióme que castigarlos desta manera, se sirvía Dios nuestro Señor y V. Mt., para que adelante nos dexen más libres esta mala seta, para plantar el evangelio en estas partes y alumbrar a los naturales y atraerlos a la hubidiencia de V. Mt., que según las tierras son grandes, bien ay que hazer estos cinquenta años. Mas los buenos principios es esperança de buenos fines; y así tengo yo esperança en nuestro Señor en todo me dará próspero suceso, para que yo e mis decendientes demos estos reynos a V. Mt., llanos, y se buelva la gente dellos xpianos, que mi ynteresse particular, como a V. Mt. tengo escrito, es este. Y con los yndios ganamos mucha reputación y seremos dellos temydos, aunque los regalemos.

Y considerando lo que Juan Ribero avia hecho, hallo que, como dentro de diez leguas donde él estaba surto con su nao, estavan perdidas las tres naos de su compañía, e que se perdiere o dexase de perder, desenbarcaria la gente y hará su fuerte desenbarcando el bastimento que pueda de su nao y ocuparse a en sacar el artillería de bronce que pudiere de las tres naos. E si no se perdió, de los árboles y xarcias de las otras tres naos

perdidas aparejaráse lo mejor que pueda, y vendráse al fuerte, pensando está por él; e si él lo haze, yo le aguardo, de manera que con ayuda de nuestro Señor él se perderá. E también se podrá ir por la tierra adentro a un cacique su amigo que está dél treinta leguas, que es poderoso. E si fuere así, yo le iré a buscar allí, porque no conbiene que él ni sus compañeros queden con la vida. E si viene con el navio al fuerte, tengo proveído tengan plantados a la entrada de la barra dos cañones y dos medias culebrinas, para, después de entregado, echarlo al fondo; y presto un vergantín para lo tomar allí a la gente, y en todo haré lo posible para que no se escape ».

IV

Sobre las dos últimas matanzas de hugonotes franceses transcribimos los párrafos necesarios para la inteligencia del texto; de esta suerte podrá el lector formarse juicio propio en asunto tan debatido (cf. p. 195, nota 79):

PRIMERA MATANZA: Según la carta de Menéndez al rey, de 15 de octubre de 1565 (RUIDÍAZ, *La Florida...* pp. 87 ss.), su definitiva respuesta fue: « Respondíle que las armas me podían rendir y ponerse debaxo de mi gracia para que yo hiziese dellos aquello que Nuestro Señor no esperara de mí otra cosa » (o. c. II, p. 98). Según SOLÍS DE MERÁS (*Memorial...* pp. 110 ss.): « ... que si ellos querían entregarle las banderas e las armas, e ponerse a su misericordia, lo podían hacer, para que él hiciera dellos lo que Dios le diese de gracia, o que hiciesen lo que quisieren, que otras treguas ni amistades no habían de hacer con él; y aunque el Capitán francés replicó, no se pudo acabar otra cosa con el Adelantado... » (o. c. p. 114). Se ha de notar que Mendoza no asiste a esta matanza ni la refiere.

SEGUNDA MATANZA: *Fuentes francesas*: a) LE MOYNE, *Brevis narratio...*, pp. 27 ss.: Respuesta definitiva de Menéndez: « ... non modo conceptis verbis fidem Caillio dedit, quam repetitis multis crucis signis, osculo sancitis, confirmavit, sed etiam iuratum coram omni suorum caterva et scriptam quoque sigillo obfirmatam tradere voluit, per quam denuo iurabat et pollicebatur, se sine fraude, fideliter ut virum nobilem atque probum decuit, Ribaldi atque militum ipsius vitam conservaturum... ». b) CHALLEUX, *Histoire mémorable...* (GAFFARELL, *Histoire de la Floride française*, pp. 45 ss): (La respuesta no la da Menéndez sino un capitán delegado de este) « Le capitaine de ceste compagnie espagnole, lequel se faisoit nommer Vallemande, protesta en foy de gentilhomme, chevalier et Chrestien, de sa bienveillance envers

les François, mesmement que c'estoit le façon qui avoit esté de temps practiquée en la guerre que l'Espannole victorieux se contentast à l'endroit François principalement, sans passer plus outre » (o. c. p. 464). c) El embajador de Carlos IX en Madrid escribe a su rey el 5 de julio de 1566: « ...il m'a esté dict que le dict Meléndez avoit resceu vos subiects la vie sauve, et promiſe de les faire mener en Espagne pour attendre l'adveu ou desaveu de Vostre Maiesté, car sans cella ils ne se fussent rendus, ni desarmez come ils farent ainsi eusent vendu leur vies chairement » (GAFFARELL, o. c. p. 440).

Fuentes españolas: a) Carta de Menéndez al rey de 15 de octubre de 1565 (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 102 ss.): « Respondile lo que a los otros, que yo era enemigo suyo y tenía guerra con ellos a fuego y sangre, por ser luteranos y por venir a plantar a estas tierras de V. M. su mala secta y a doctrinar los yndios della, y desengañarles que su fuerte teníamos ganado; que me entregasen las banderas y las armas y se pusiesen debaxo de mi gracia, para que hiziese de sus personas lo que quisiere, y que otra cosa no avian de hazer ni acabar conmigo » (o. c. p. 102). b) (SOLÍS DE MERÁS, *Memorial...*, pp. 119 ss.): « El Adelantado le respondió [a Juan Ribao] lo que a los primeros franceses de que hizo hacer justicia » (o. c. p. 123). c) MENDOZA, (RUIDÍAZ, *La Florida...* II, p. 462 ss.): « ...y después de mucho parlamento entre él y nuestro buen General, respondió y dixo que no les quería dar tal palabra, sino que truxesen las armas y sus personas para que él hiziese a su voluntad; porque si él les diese la vida quería que se lo agradeciesen; y si la muerte, que no se quejasen de abérsela quebrantado » (o. c. p. 164).

V

1569. Florida. Muy magnífico Señor.

ESTEVAN DE LAS ALAS, en San Agustín 5 de mayo 1569. Cuenta cómo se perdió el fuerte de Sant Mateo. (Pérdida del fuerte de S. Mateo, 1568).

La de V. M. de nueve de abril receví con el piloto Andrés Pérez, el qual llegó aquí el viernes santo por la mañana, y con su venida nos alegró la pascua; sino que lo que subcedió en las ochavas nos la enturbió mucho, y passa (sic) desta manera, porque lo quiero yr contando desde raíz, porque según el caso es tan feo, requiere un poco el processo largo.

A postrero de março, un quarto de hora antes que amaneciese, dieron sobre el fuerte de san Matheo como quatrocientos

yndios; y por la banda del río, questava habierto en cierta parte de una avenida que havia venido, entraron dando grandes alaridos. Tubieron un rato recio conbato; hirieron a Castellón, questava por governador de aquel fuerte, de siete o ocho flechazos, algunos muy peligrosos, y hirieron otros tres soldados, y el uno dellos murió. Los yndios se retiraron; y por la parte que fueron, se halló otro día mucho rastro de sangre. Tube haviso dello, y embié [a] aquel fuerte al capitán Francisco Núñez luego con cinquenta soldados, los mejores que aquí havia, para que animasse aquella gente, y ayudase a hazer aquella estacada, questava cayda, y me havisase. Y así con mucha deligencia mescribió que se havia hecho, y quel governador de aquel fuerte estava ya mejor. Y yo lescriví que, quando viesse questava bueno, que se viniesse con la gente que havia llevado.

El viernes santo, a las tres oras, después de medio día, parecieron sobre esta barra [de San Agustín] cinco velas, que las tres mostravan raçonable bulto, y las otras dos heran más pequeñas; y estarian como una legua desse fuerte. Hízeles tirar una pieça, para que entendiesen que aquí havia gente y puerto, pensando serian navios de España; y si fuesen enemigos, que también supiesen questavan aquí. En oyendo la pieça arrivaron a la vanda y fueron en la buelta de san Matheo.

Yo despaché otro día un barco con ciento y sessenta arrovas de maíz a san Matheo, y con aviso destes navios que havian pasado; y aquí se repararon algunas cossas que no estavan tan listas, como hera nezesario, para la guerra, y mucha vigilancia, para veer si por aquí querrian tomar tierra, para defenderles la salida, porque bien entendí que heran cosarios, pues no quisieron tomar habla de nosotros.

El domingo de pasquilla, de mañana, llegó el sargento de San Matheo a este fuerte, con treynta y dos personas, el qual estava con treynta hombres en una de dos cassas que se havian hecho en la varra de san Matheo, y dixo quel sávado antes, a mediodía, biera desta casa a donde estava, ques desta banda del río de san Matheo pareste fuerte, venir muchos yndios y otro esquadron de gente harmada, con pieças y cosoletes y arcabuzes y quatro vanderas de campo y sus tronpetas y atanbores; y a la ora, cerrando con la cassa que estava de la otra vanda, en la ysla de Alimacani, en la qual estavan otros treynta soldados, los quales se turbaron de tal man[er]a, que desanparan (sic) la cassa; y el que más pudo huyr, huyó harto poco, porque de todos ellos, sólos cinco escaparon. Handava el sargento tirando desde esta cassa a dondestava, con dos pieças que en ella tenia, hasta que se le acavaron las municiones, y visto que del fuerte de San Matheo no les podrá (sic) venir presto socorro por la marea no dar

lugar a ello y el tiempo, que hera muy bravo nordeste, clavó las pieças y vino, como dicho tengo, a este fuerte.

El mismo domingo de pasquilla, a la tarde, despaché un soldado con una carta para el capitán Francisco Núñez y para el gobernador de allí, en que les dezía que hiziessen como de ellos se esperava, pues tenían tan buena gente consigo y buen fuerte y otras cosas, para que animassen la gente; y si fuese nezesario más socorro, yo los socorrería.

Así mismo, este mesmo día, a la noche, despaché dos soldados por la tierra adentro a Utina, para que tomasen media dozena de yndios, y en una caña se fuesen el río abajo, con una carta para los sobredichos, en que contenía lo mesmo que en la otra; y que diesen a media noche en el fuerte, porque si el fuerte estubiese cercado podrían entrar y salir sin riesgo.

El sábado que se dió el salto a esta cassa, questá en la ysla de Alimacani, de los cinco hombres quescaparon a nado, los tres dieron con la casa donde estava el sargento, y con él vinieron aquí; y los otros dos, al poner el sol, llegaron al fuerte de san Matheo y contaron lo que havia passado. Y los soldados començaron luego entre sí a rebullir: bamos bamos que son mas de quinientos hombres y no dexarán hombre de nosotros. Fue tal el miedo que en ellos entró, que ni aprovechó mandamientos de capitán; y toman munición, y toda aquella noche no hizieron sino moler maíz y cocer gallinas y asallas y hazer sus mochillas, y al amanecer el dicho domingo de pasquilla comiençan a salirse del fuerte. Y diz que sacaron al capitán Francisco Núñez y al gobernador por fuerça; y así lo dexaron todo desanparado sin clavar artilleria ni hechar las municiones al río. Finalmente hera tanta la priessa, que a dos hombres questavan heredidos (sic) de la gresca que havian tenido con los yndios, al uno dexaron junto al fuerte y al otro en el camino.

Después de partidos del fuerte, el capitán Francisco Núñez tomó la retaguarda, y después de haver handado como una legua, tomó siete soldados consigo y bolvióse al fuerte. Y algunos de los soldados volvieron a buscarle, como bieron que se quedava, y no le hallaron, y ni alcanzaron; y con todo esto apresuraron su camino para este fuerte donde llegaron lunes, otro día de pasquilla, quando quería anochezer.

El martes siguiente, por la mañana, ynbié al sargento de la gente de San Matheo con quarenta y seis soldados bien en orden, para que fuesse con diligencia y reconoziesse de noche el fuerte; y que si estubiese en él el capitán Francisco Núñez con aquellos pocos soldados, se metiese dentro; y si estubiese por franceses, se ritirasse sin poner en riesgo la gente que llevaba. El qual llegó el miércoles siguiente, a la noche, y reconozió ha-

ver dentro yndios y mucho fuego y alboroto, y así con estos se bolvió aquí el viernes siguiente.

No me satisfizo este conocimiento, y así el sábado siguiente, primero de mayo, ynbí al alférez real Juan de Bassoçaval en esta fregata y en una chalupa con cinquenta soldados, para que reconoziese las casas y el fuerte, y fuese de día, para que pudiese berificarlo bien; y si alguna de las cassas o fuerte estubiese en pie, se fortificasse en él y se entretubiese hasta que yo le ynbiasse socorro bastante. Llegó a mediodía a una legua de la barra de san Matheo, y hechó allí la gente en tierra y metióse por el monte, por no ser visto, para dar sobre una de las cassas questavan a la varra. Y la fregata y chalupa fuéronse a surgir sobre la varra. Dio sobre aquella cassa y no halló allí nadie sino la casa quemada, y quatro hombres aorcados en ella. Hizoles cortar las sogas y hecháronlos a la mar. Passó de la otra banda en la chalupa a la otra casa de Alimacani, y ni más ni menos halló quemada, y otros quatro hombres aorcados; y hizo dellos lo que de los otros. Y fuesse al río arriva hasta el fuerte, el qual halló todo abrasado y sin artillería ni otro género de cossa, y en él otros dos hombres ahorcados. Y así con esta nueva dio la buelta el domingo siguiente.

Y luego el lunes le torné a ynbiar con quarenta soldados, quatro o cinco leguas de aquí, para ver si podría cazar algún yndio, para ynformarme qué gente hera esta, porque yo tengo por cierto questos heran cosarios y hayan nezesidad de agua. Y como en esso de Tacatacuru, que son nuestros enemigos, por congraciarse con ellos y les hiziesen la aguada, les darian algunas cossas, y juntamente con esto les dirían cómo allí juntico teníamos una casa, que les fuesen ayudar a tomarla. Y ellos vieron por unos caños la tierra adentro, y hizieron aquel primer salto en la cassa. Y como los yndios verían salir nuestra gente y desamparar el fuerte, metióronse dentro, que nadie se lo ynpió, y abrasáronlo e hizieron lo que dicho tengo.

El capitán Francisco Núñez con sus siete soldados, quando se apartó de la gente que paraquí venía, bolviere (sic) al fuerte y estubo hasta cerca de la noche; y vio pasar gente en quatro canoas y tiróles con una pieça, y hizo daño en la delantera, y luego en las otras se bolvieron a retirar por donde venían. Y embió tres soldados a la atalaya, los quales dixeron que habían visto de la vanda del río, hazia la parte del fuerte, dos vanderas y oyeran atanbores y vieran treynta o quarenta hombres franceses o yngleses: no savian qué gente hera. Aunque yo no lo puedo creer que con tal tiempo había de passar aquel río, en canoas y en harmada de coseletes y picas, porque ventava una fortuna de nordeste que no había hombre que le mostrasse lá cara.

El capitán Francisco Núñez, entendida esta nueva, hizo hechar la pólbora en el río y clavó las piezas de artillería, y enbarcóse con sus siete soldados en un batel que allí tenia, y con el soldado coxo que allí havian dexado, y fuesse el río arriva a tierra de Autina. El qual llegó aquí esta noche.

Lo que han husado la gente que se halló en el fuerte, a seydo una de las maiores cobardías que nunca hizieron hombres jamás; porque sin ver rostro de enemigos lo desanpararon todo. Y si va a dezir verdad, de más de ciento y veynte que en el fuerte havia, no llegan a catorze los que se pueden salvar de culpa, y aun estos con trabajo. Y así no sé de qué heche mano, ni sé lo que haré, porque me siento con tan poca salud y en la cama sangrado, con un[a] calentura lenta. Con todo esto apuntaré lo que me pareziere para su tienpo, porque un negocio como este no es justo quede sin castigo, ora en las bolssas, ora en las personas.

Si hubiere algún navio que vaya para España, vaya esta carta o su traslado en otra carta que V. M. escriba al adelantado. Yo ynbiara luego a la ysla de Alimacani a hazer una cassa fuerte, y poner allí gente que conbiniese, si no por estar tan faltos de vitualla y de todas las cossas nezesarias. En viniendo que en ora buena venga el socorro que se espera, la iré a hazer y otras cossas que convendrán hazerse, que por la falta de las vituallas, como digo, se dexan de hazer.

Receví con el piloto todo lo que V. M. me ynbió y lo partí, como por su carta mandava; y por la parte que me cupo, le vesso las manos muchas vezes, que no sé cuándo tengo de pagar tanto como devo. Esta servirá para V. M. y para el señor capitán Pero Menéndez Marqués, que por no tener más queste pliego de papel, no puedo escrevir a otra persona. Al señor capitán Varreda dará V. M. mis vessamanos y a todos essos señores y señoras de casa de V. M.

He detenido hasta agora a este barco, lo uno por no tener tienpo para yrse; y tres o quatro días le detube, por ynbiarle a San Matheo.

En lo de por acá que más hubiere que dezir, me remito al piloto. Y hasta diez de junio puntualmente tendremos que comer, comiendo a tres quartas. Por amor de Dios se acuerde desta gente. Si algún mayz viniere, no dexe V. M. de ynbiar dozientas hanegas o ciento, o lo que más pudiere, en el ynter que viene essa hurca de Canpeche o algún socorro de España. Nuestro Señor la muy magnífica persona y cassa de V. M. guarde y acreziente. Fecha en el fuerte de Sant Agustín, a cinco de Mayo 1568 años. Al señor Pero Menéndez Marqués aguardo por oras.

Vessa las manos de V. M.

Estevan de las Alas

VI

Para que el lector se pueda dar perfecta cuenta de la discordia existente entre las fuentes francesas y españolas, damos a continuación una breve reseña de los hechos, según los mencionados documentos. (véase p. 338, nota 102).

Cómo se efectuó el ataque a los tres fuertes de San Mateo:

Fuentes francesas

Primer fuerte (en la isla de Alimacani, margen izquierda del río San Mateo).

La vigilia de la dominica de Quasimodo, veinticuatro de abril de 1568, hacia las diez de la mañana, los franceses e indios pasan el torrente que les separaba del primer fuerte español. Sorprendidos estos, inician una débil resistencia que vencen muy pronto los enemigos. De los *sesenta* defensores, *unos* mueren en el combate y *todos los demás* quedan prisioneros. Los franceses ejecutarán en ellos castigo ejemplar (*La Reprinse de la Floride... l. c. f. 140*. LAUDONNIÈRE, *L'histoire de la Floride... pp. 311-314*).

Segundo fuerte (En la orilla derecha del río San Mateo).

La vigilia de la dominica de Quasimodo..., conquistado el primer fuerte por los franceses, Gourgues con *ochenta* arcabuceros pasa el río San Mateo en una barca; los indios lo hacen a nado. Los *sesenta* soldados españoles que defendían esta segunda fortaleza, huyen al bosque vecino o a otros lugares. Todos sucumben a los arcabuces franceses o a las flechas indias, menos *catorce*, a quienes se

Fuentes españolas

Primer fuerte (en la isla de Alimacani...).

La vigilia de la dominica de Quasimodo..., los españoles que estaban en el fuerte de la orilla *derecha* del río San Mateo, vieron llegar a la fortaleza de la isla de Alimacani muchos indios y otro escuadrón de gente armada. Defendían la fortaleza atacada *treinta* soldados que « se turbaron de tal manera que desanparan la cassa y el que más pudo huyr, huyó harto poco, porque de todos ellos sólo cinco escaparon » (véase el *Apéndice V*).

Segundo fuerte (En la orilla derecha...).

La vigilia de la dominica de Quasimodo..., defendían el fuerte un sargento con treinta soldados, quienes, apenas se dieron cuenta del ataque que se hacía a la fortaleza de la isla de Alimacani, comienzan a disparar contra los enemigos con dos piezas de artillería, hasta que se les terminaron las municiones. Comprendiendo la imposibilidad de ulterior resistencia, el sargento con *treinta*

reservó para darles ejemplar castigo (*La Reprinse de la Floride... l. c. f. 140. LAUDONNIÈRE, L'histoire notable de la Floride... p. 314s*).

Tercer fuerte (El principal de San Mateo).

Domingo de Quasimodo: 25 de abril.

Defienden la fortaleza *doscientos sesenta* españoles, quienes, apenas se ven atacados, despachan *sesenta* arcabuceros, para descubrir el número y calidad de los enemigos. *Veinte* franceses les cortan la retirada, mientras los demás se lanzan al asalto de la fortaleza, con orden de Gourgues de coger el mayor número de prisioneros, para darles el merecido castigo. En el aturdimiento quieren huir los asediados y todos sucumben o quedan prisioneros. Coronan los franceses la victoria apoderándose del fuerte y de todo el botín en él depositado (*La Reprinse de la Floride... l. c. f. 140v. LAUDONNIÈRE, L'histoire notable de la Floride... pp. 215-219*).

y *dos* de los suyos (tres de los escapados del primer fuerte habían llegado al segundo) abandonan la fortaleza y van a la guarnición de San Agustín (véase el *Apéndice V*).

Tercer fuerte (El principal...).

Domingo de Quasimodo...

Dos de los escapados de la isla de Alimacani llegan al fuerte San Mateo al atardecer, y cuentan lo que les había pasado. Los de la guarnición preparan la huida, desobedeciendo al capitán Francisco Núñez y al gobernador que al fin tienen que huir con los demás. El capitán vuelve con *siete* soldados al fuerte y permanece allí hasta cerca de la noche. Ven cuatro canoas con gente que quiere pasar el río, y comienzan a tirarles con una pieza de artillería. Dañan la primera canoa y retroceden los enemigos en las tres restantes. Envía el capitán español tres soldados a la atalaya, para inspeccionar al enemigo. Vuelven con la noticia de haber visto a la otra parte del río, *dos banderas y unos treinta o cuarenta franceses o ingleses*. Oyendo esto el capitán, echa toda la pólvora al río, clava las piezas de artillería y monta en un batel con sus *siete* soldados para subir río arriba y llegar a las tierras del cacique Utina (véase el *Apéndice V*).

ÍNDICE ANALÍTICO

- ACEVEDO, Gaspar, S. I. destinado a la misión del Perú, 209.
- ADAM, Luciano, escritor, 16.
- AFORTUNADAS islas, cf. Canarias.
- AGUIRRE, capitán, 262^{as}.
- AGUSTÍN, San, sentencias de, 318^{as}.
- AGUSTINOS, misioneros en América, 209.
- Ais, guarnición española, 197, 273; indígenas, 24^{as}, 197.
- AJACÁN, condición de la tierra e indígenas, 397, 421; enemistad de los indios con los españoles, 418, 419; misión jesuítica, 394, 395^{1a, 1a}, 396^{1a, 1a}, 18, 397, 398^{1a, 2a}, 399, 414s; jesuitas mártires, 400, 413, 415, 430; planes colonizadores de Menéndez, 420; rescate de Méndez Alonso, 419. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- AJARUCO, puerto, p. 31s.
- ALABAMA, provincia, y río, 88, 90, 108; sede de los muscogeanos, choctouanos y criques, 35, 64, 87.
- ALAMINOS, Antón, piloto de la expedición de Hernández de Córdova, 32-35.
- ÁLAMO, Gonzalo de, S. I. datos biográficos, 327^{1a, 1a}; misionero de la Florida, 317, 327, 343, 348, 377s., 382, 386; de Calus 342, 346s.; de Santa Elena, 366, 375^{4a}; vuelve a España, 381, 410. Cf. Borja; Menéndez de A. Pedro; Sedeño; Segura.
- ALAS, Esteban de las, lugarteniente de Menéndez en la Florida 355, 358, 360, 370, 379, 386; gobernador de Santa Elena, 295^{4a}, 353, 355, 357, 359, 371; refiere a Felipe II la pérdida de los fuertes de San Mateo, 334^{as}, 336^{as}, 437-441.
- ALBA, duque de, y la conquista de la Florida, 155s., 158s., 161s., 200; entrevistas de Bayona, 158; gobernador de Flandes, 425; guerra contra Paulo IV, 132, 169.
- ALCALÁ, Cf. Nadal; Rogel; Segura.
- ALCÁZAR, Bartolomé. S. I., escritor, 9, 11, 204^{10a}, 217^{as}, 243^{11a}, 244^{11a}, 263^{as}, 317^{1a}.
- ALEGAMBE, Felipe, S. I., escritor, 11, 217^{as}.
- ALEGRE, Francisco J., S. I., escritor, 11, 217^{as}, 394^o, 395^a, 422^{as}, 423^{as}.
- ALEJANDRO VI, concesiones a España, 134.
- ALEMANES católicos y los Guisas, 146.
- ALIBAMU, pueblo crique, 90.
- ALIMACANI isla, ataque francés a la fortaleza, 438s., 441s.
- ALMEYDA, Esteban de, obispo, 221.
- ALONSO, Martín, 176^{as}.
- ALTAMIRANO, obispo, 429.
- ÁLVAREZ, Gabriel, S. I., escritor, 11, 218^{as}, 219^{as}, 221^{1a}, 224^{as}.
- ÁLVAREZ DE PINEDA, Alonso, sus descubrimientos en el golfo mexicano, 20^a, 35, 43, 63, 199; descubridor de Amichel, 44; - y el continente de la Florida, 40; descubrimientos de - y el mar del Sur, 47.
- Expedición de -*, entre los muscogeanos del golfo mexicano, 36; en las costas mexicanas, 38; en el río Panuco, 40; ocupa la tierra descubierta, 40; en el río Misisipi, 40. Cf. Atacapanos.
- AMBOISE, edicto de pacificación, 147; insurrección de -, 138s.
- AMELIA, isla, 353.
- AMICHEL, provincia, conquista y colonización de-, 35⁷ 40s., 45, 52.
- AMODEO, Fabio, S. I. en Loreto, 325^{as}.
- ANCONA, colegio, 325.
- ANDRADE, Alonso de, S. I. escritor, 16.
- ANNEAU, 149^{as}.

- ANTICOSTI, 121.
- ANTILLAS islas, capellanes de la Florida en las -, 375⁴⁶; franceses en las -, 151, 164, 294; marinos de las - visitan la Florida, 2, 20.
- ANTONIA, hermana del cacique de Calus, bautizada. 257, 258¹⁶; - y Menéndez de A. Pedro, 259, 261; - y los españoles, 272, 279.
- ANUNCIACIÓN, Domingo de, O. P. misionero de la Florida, 107s.
- AÑASCO, Juan de, piloto, 81.
- APALACHE, pueblo e indígenas, 22, 36⁹, 63, 68, 108, 275; Miruelo junto a -, 31; expedición de Narváez en -, 63, 67; expedición de Pineda en -, 36; expedición de Soto en -, 79, 94-96; - y los planes colonizadores de Menéndez, 291.
- AQUALECUEN, 80.
- AQUIA, río, 398.
- ARANA, Juan, capitán de nave, 101s.
- ARANA, Mario, S. I. 10.
- ARAOZ, Antonio de, S. I. 208; provincial de España, 320⁹⁰; comisario general, 210¹⁵; cédula real a -, 211¹⁸, 215; - y el P. Carrillo, 215s.; - y las cédulas reales, 216; - y la corte española, 305; - y las misiones de América y Florida, 210¹⁴, 211, 304-307, 309, 321s.; - y los planes misioneros del P. Martínez, Pedro, 230s.; - y el P. Segura, 322. Cf. Carrillo.
- ARAWACANOS, indios, en Calus, 25s.
- ARCINEGA, Sancho, armada de -, 213, 215; - y la misión jesuítica de la Florida, 214, 216; socorro a las fortalezas de la Florida, 214, 216, 260¹⁸, 262²⁸, 359.
- ARCHIVO DE Indias, documentos, 9.
- ARCHIVO Romano S. I., documentos, 8s.
- ARGEL, corsarios, 222.
- ARIAS, Pedro, instrucciones de la corte, 28.
- ARISTÓTELES, estudio de, 326.
- ARKANSAS, estado de, 91, 93.
- ARUNDEL, conde de, 133⁴⁹.
- ARZOLA, Juan, obispo de Sto. Domingo, 247.
- ASHEVILLE, ciudad, 86.
- ASTRAÍN, Antonio, S. I. escritor, 9, 11, 217²⁸, 220¹², 322⁶⁰, 323⁶², 330⁹⁰, 392⁴, 395¹², 415⁴⁸, 417⁵², 421⁵⁴.
- ATABALIBA, cacique, 81.
- ATACAPANOS, indios, 37¹³, 38¹⁴, 39; Álvarez de Pineda entre los -, 37.
- ATLÁNTICO, España en el -, 222; corsarios franceses en el -, 130.
- AUSTRIA, Juan de, y la rebelión de los moriscos, 393.
- AUTE, pueblo, 67; expedición de Narváez en -, 68s.; expedición de Soto, en -, 81.
- AUTIANQUE, expedición de Soto en -, 92s., 96.
- AVELLANEDA, Diego de, S. I. provincial de Andalucía y rector de Sevilla, 181, 206, 300, 393; amistad con Menéndez, 181¹⁹, 182, 204, 424; cédula real a -, 309; elogio del H. Villarreal, 235; - y la misión floridana, 205-207, 213s., 217, 230, 307s., 316s.; - y la muerte del P. Martínez, 245.
- ÁVILA, Sancho de, 426.
- AVILÉS, villa de, 162.
- AYALA, Pedro de, y la expedición de Cabot, 117s.
- AYLLÓN, Lucas de, oidor de la Española; cédula imperial a -, 51, 53s. 119; - y la conquista y colonización de Chicora (Florida), 47s. 50, 52⁸, 53-55, 57s. 75, 85, 126, 144; muerte de -, 57; - y la ruta a Oriente, 52, 54s.
Expedición de - en el río Jordán, 55; - y los indios del cabo Fear, 55s.
- AYUSO, Félix, S. I. escritor, 10, 192¹⁹.
- AZEVEDO, Gaspar de, S. I. martirio de - y sus compañeros, 400, 403.
- AZORES, islas, 118, 402.
- BACALAOs, tierra de los, 19, 124.
- BAHAMA, canal de - y la navegación de Indias, 110, 126, 145, 274; canal de - y la fortaleza de Ais, 199; habitantes de las islas de - y la Florida, 20; pasa Ponce por las islas de -, 21.
- BANCROFT, Jorge, escritor, 11, 51⁴.
- BAPTISTA, S. I., viceprovincial de Aragón, 222⁵⁸.
- BARACOA, pueblo, conquistan los franceses -, 128s.
- BARBARROJA, 150.
- BARCELONA, conferencias de -, 43; colegio de -, 318⁴¹.
- BARMA, Bautista, S. I. rector de Valencia, 232.

- BARRIENTOS**, Bartolomé, escritor, 7, 11, 163^r, 185^{er}.
- BARRIOVERO**, Fernando, O. S. F., obispo, bautiza en Sevilla indios floridanos, 313.
- BASANIER**, M. escritor, 15.
- BASSOÇAVAL**, Juan de, alférez real, 440.
- BATEL** de los exploradores, en la isla Tacatucuru, 240s.; en el río Santa María, 241; en el río San Mateo, 243¹¹³, 244.
- BAYET**, escritor, 15.
- BAYONA**, juntas de, 156s.
- BAZÁN**, Álvaro de, 175.
- BEBIDA** negra, entre los muscogeanos, 65, 66¹².
- BELLE** Isle, Cartier en el estrecho de-, 120s.
- BENAVENTE**, Toribio de, O. F. M. y la conquista de México, 104.
- BEMBIBRE** del Vierzo, 327.
- BETETA**, Gregorio de, O. P. misionero de la Florida, 100-102, 110.
- BETIS**, ciudad del, Cf. Sevilla.
- BIEDMA**, escritor y cronista, 91³⁹, 94³⁹, 110.
- BILBAO**, cf. Menéndez de Avilés, Pedro.
- BÍMINI**, islas de; beneficios a la corte española en su descubrimiento, 21; beneficios a los descubridores, 21; fuentes míticas de-, 25s; legislación de la corte para -, 21; Ponce encargado de poblarlas, 20; región de la Florida, 20; repartimiento de indios, 21.
- BLACK** drink, cf. Bebida negra.
- BLACK** Warrior, río, 88.
- BLOCH**, escritor, 15.
- BORBÓN**, Antonio de, su muerte, 147.
- BORBONES** y los Guisas, 138.
- BORJA**, Francisco de, San, 1; comisario general, 224, 233, 318, 320⁵⁰; concede a Juan de Vega misioneros para Orán, 222⁵⁵, 223; General de la Compañía, 206, 215, 235, 244, 323, 350s., 365, 424; - y la misión de la Florida, 2, 183s., 211-217, 246, 304-306, 309-311, 314-316, 379, 381, 386s., 420, 426, 431; - y la misión del Perú, 208s., 304s., 307, 309; - y la misión de Nueva España, 304s.; - y la misión de Honduras, 309; - y la organización de la misión jesuítica de América, 210, 212, 246, 303-306, 321, 409s., 413⁴⁹, 414; - y la muerte del P. Martínez, 245s.; determina que el P. Álamo vuelva de la Florida a Andalucía, 376; impide la vuelta del P. Álamo a la Florida, 409; - y la libertad de los misioneros floridanos, 386; se opone a la residencia estable de los jesuitas floridanos en las guarniciones, 387; - y la misión de Ajacán, 396; - y el colegio de la Habana, 315, 387, 393, 413; niega a Menéndez más misioneros para la Florida, 410, 412⁵¹; manda a los jesuitas floridanos retirarse de la misión, 431.
- BORRASA**, Matias, S. I., 221⁶⁰.
- BRABANTE**, estados de, 131.
- BRASIL**, misioneros jesuitas del, 210; salen de Lisboa, 400; los mártires, 402s.; grupo sobreviviente en Santiago y en la Habana, 403; - y los protestantes en América, 403.
- BRETAÑA**, armada en la, 123; Verrazzano sale de la -, 119.
- BRETÓN**, cabo, desembarca Cabot en-, 117⁶.
- BRETONES**, costa de los - y la Florida, 200, 202.
- BRICEÑO**, Francisco, gobernador de Guatemala y miembro de la audiencia de Nueva Granada, 422⁵¹; - y los jesuitas de la Habana, 422⁵¹, 423.
- BRINTON**, Daniel, escritor, 11, 23¹¹.
- BRÍSTOL**, salen los Cabot de, 117.
- BRUSELAS**, abdica Carlos V en -, 131; Menéndez en -, 172.
- BRY**, Teodoro, escritor, 15.
- BULLÓN**, Eloy, escritor, 11, 27⁹⁰, 28⁹⁹.
- BURDEOS**, 122. Cf. Gourgues.
- BUREAU** of American Ethnology, 4.
- BURGOS**, juntas de, 27.
- BUSK**, ofrenda entre los muscogeanos, 66.
- BUSTAMANTE**, Bartolomé, S. I. visitador de Andalucía y Toledo, 224⁶⁰, 314; en Alcalá, 234; - y la misión de la Florida, 304s., 307, 309, 314, 321; - y el colegio de la Habana, 314⁵⁹, 315.
- BUSTAMANTE**, Carlos María, escritor, 11.
- CABEZA** DE VACA, veedor y cronista en la expedición de Narváez, 61⁶, 70, 72¹⁸, 73; - con los sobrevivientes de la ex-

- pedición de Narváez, en la isla Mal-Hado, 39, 70, 71, 74; llega a Lisboa, 74.
- CAHOT, Juan, viajes, 2, 5; cédula real a -, 116; sale de Bristol para su primer viaje, 117; quiere hallar el Catay, 117; segunda expedición, 117.
- Juan (hijo), 116.
- Santos, 116.
- Sebastián, sale de Bristol con su padre, 117.
- CABRERA, Pedro, S. I., 221⁹⁹.
- CÁDIZ, 204; Menéndez de A. Pedro sale de - para su magna expedición a la Florida, 203; - y las flotas de Indias 205.
- CAILLIO, 436.
- CALABAY, cacique, súbdito de Utina, 264; - y el cacique Saturiba, 264; - y los catequistas españoles, 264.
- CALAHORRA, obispo de, 426.
- CALAIS, 133, 147.
- CALIFORNIA, misión de, 1.
- CALOOSAHATCHEE, río de Calus; Ponce en sus inmediaciones, 26; - y las exploraciones de Reinoso, 261.
- CALUS, provincia y pueblo, 249¹²⁰, 253, 261, 275-277; número de habitantes, 276s.; su unión con la provincia de San Mateo, 267; indios de -, 1, 25¹⁵, 275s., 296, 308, 310; ocupaciones y costumbres desenfrenadas de los indios, 256⁹, 277, 286s., 365, 367⁷¹, 369; creencias religiosas, 283-287; crueldad y espíritu guerrero de los indígenas, 25, 26, 276s.; el cacique, su dignidad y prerrogativas, 254, 272, 277, 281¹⁵, 282²⁰, 286, 287⁷¹; el hechicero entre los indígenas, 282; la casa del cacique, 256⁹, 257; Ponce en -, 26, 29; conducta del cacique Carlos con Menéndez y los españoles, 253-255, 257, 259, 266s., 269-272, 276-278; influjo del cacique en la provincia de Tequesta, 266, 268, 274; el cacique de Calus y el de Tocobaga émulos, 25, 267s., 270, 274, 276, 290; indios de - en la Habana, 249, 258, 261, 347¹¹⁷; - y la política colonial y misional de Menéndez, 273, 342; intentos y labor de la guarnición española establecida por Menéndez, 260s., 266s., 273s., 278s.; los de la guarnición matan al cacique Carlos, 280, 290.
- La misión jesuítica de* -, 277, 282, 340, 344, 346, 348; Tocampaba, nuevo cacique y la guarnición española, 281, 293, 301s; ambiente hostil contra la guarnición, 345, 347; matan los españoles a Tocampaba y otros jefes, 347; los indígenas abandonan el pueblo, 347; fin de la misión, 350, 362, 364, 379, 389; causas del poco fruto de la misión, 389. Cf. Menéndez de A. Pedro; Rogel; Villarreal.
- CALVINO, 138; - y Condé, 147.
- CAMARGO, Diego, descubridor de Amichel, 41, 44; en el río Panuco, 44.
- CAMPECHE, 19¹, 38, 441; expedición de Hernández de Córdoba en -, 32.
- CANADÁ, descubrimientos franceses, 122-124; - y la política religiosa de Francia, 122; - y las posesiones portuguesas, 124.
- CANARIAS, 236, 239; obispo de - y la diócesis de la Florida, 43; la armada de Menéndez de A. Pedro en -, 184⁶⁷, 185; la nave de los misioneros del Brasil junto a -, 401.
- CÁNCER DE BARBASTRO, Luis, O. P. misionero de Tuzulutlán, 99s.; - y los exploradores de la Florida, 100; llega a España, 100; - y los derechos indígenas, 100; se ofrece para la misión de la Florida, 100; va a México, 101; - con sus compañeros en la Florida, 101-104; martirio, 102, 105.
- CANOAS, río, expedición de Villafañe junto al -, 111.
- CAÑAS, Juan, S. I. provincial de Andalucía, 393, 409, 412⁴¹.
- CAÑAVERAL, cabo de, 25, 197⁸⁵, 273, 349; - y el fuerte de la Habana, 294; los indígenas, 22, 24, 239, 405⁸⁴, 406; la fortaleza francesa del -, 384; Menéndez de A. Pedro conquista el fuerte francés, 384.
- CAPACHQUI, pueblo timucuanos, 79¹³.
- CАРАНА, provincia de, 91s.; indígenas, 91s.; la expedición de Soto en -, 91s.; su cacique reconciliado con el de Casqui, 92.
- CAPDEVILLE, capitán de corsarios, 402.
- CAPE Fear, 111⁸⁰.
- CARABELA, 433.

- CARAFÁ, cardenal, 132.
- CÁRDENAS, Gabriel de, escritor, 7, 12, 21^o, 27^o, 31^o, 35^o, 48^o, 102^o, 107^o, 144^o, 164^o, 185^o, 394^o, 414^o, 415^o.
- CARLOS, cacique de Calus. Cf. Calus.
- CARLOS V, pide a Roma erección de iglesia en la Florida, 42^o; - y la iglesia de Yucatán, 42; da instrucciones a Garay para la colonización de Amichel (Florida), 43; concede a Ayllón el descubrimiento de la Florida septentrional, 51^o, 52, 115; da instrucciones a Ayllón para la conquista de la Florida, 60; - y la ruta a Oriente, 54; - y la colonización y evangelización de la Florida, 43, 60^o, 61, 100, 105; - y la conquista de México, 104; guerras con Francisco I, 127, 164, 434; entrega a su hijo Felipe el Milanésado, 121; - y los descubrimientos franceses del Canadá, 122, 124; - y la amistad con Portugal, 128s. - y los estados alemanes, 127, 130; guerras con Enrique II de Francia y sus efectos en Ultramar, 129, 434; - y la colonización en Ultramar, 60; - y la misión jesuítica en América, 207; abdica en Felipe II, 131.
- CARLOS IX, rey de Francia, 6, 139, 200, 201.
- CAROLINA, fuerte francés, 151, 186-188; Menéndez conquista el fuerte, y le da el nombre de San Mateo, 189s., 201; los sobrevivientes franceses del fuerte, 189s.; algunos de ellos huyen a Francia, 190.
- CAROLINA del Sur, 351; sede de los muscogeanos, 35, 56; la expedición de Soto en la -, 85s., 95.
- CARRÉ, escritor, 15.
- CARREÑO, Bartolomé, general de armada de Nueva España, 164, 165^o.
- CARRERA, Juan de la, S. I. en Burgos, 327^o, 328^o; en Villimar, 327^o, 328^o; va a la Florida, 317; en la Habana, 342, 348; misionero de Santa Elena, 366, 375^o, 395; encargado de una nave de bastimentos para Ajacán, 405; en San Agustín, 405, 416.
- CARRILLO, Diego, S. I. provincial de Castilla, 206, 213, 304; - y la misión de la Florida, 205, 216, 316, 321s.; - y la ida del P. Martínez a la Florida, 230; - y los designios del P. Araoz, 230, 323; - y la cédula real de Felipe II, 214s., 321; - y la misión del Perú, 307; elogio del H. Vázquez, 329.
- CARTAGENA, 223.
- CARTIER, Diego, memorial de Montmorency a -, 121; sale con su expedición de Saint Malo para el Canadá, 122s.; las empresas de -, 5, 120s., 127, 134, 199; los expedicionarios del tercer viaje, 122; en lucha con los indígenas del Canadá, 13; cuarto viaje, 123^o; abandona el Canadá, 123.
- CARVAJAL, Luis, y el viaje de don Felipe a Inglaterra, 167; - y Menéndez, 175.
- CASANAT, Jaime de, 218.
- CASAS, Bartolomé de las, obispo de Chiapas, escritor, 14, 22^o, 28; - y las conferencias de Barcelona, 43 - y los métodos suaves de colonización, 99s.; llega a España, 100; - y la misión de Tuzututlán, 99s.; - y la conquista de México, 104; - y los sistemas misionales, 104.
- CASQUI, provincia de; la expedición de Soto en -, 91^o; erección de la cruz, 91; el cacique se reconcilia con el de Capaha, 92.
- CASSANI, José, S. I. escritor, 16.
- CASTELLÓN, gobernador del fuerte de San Mateo, 438s.
- CASTILLA del Oro, Soto en -, 75.
- CASTILLO, Alonso de, 70s.
- CASTILLO, Andrés del, 74.
- CASTILLO, Pedro del, regidor de Cádiz, y los misioneros floridanos, 204, 206, 213.
- CASTRO, Cristóbal, S. I. escritor, 12.
- CASTRO URDIALES, 426.
- CATÁLOGOS primitivos de jesuitas, 8.
- CATEAU Cambresis, paz de, 132s., 171; - y el comercio de Francia en Ultramar, 133-135; - y la libertad de los mares, 134; - e Inglaterra, 133; - y la política del más fuerte, 134^o, 135; - y la política española en la Florida, 199; - y la política de Enrique II de Francia, 138; - y las posesiones francesas de N. América, 200.
- CAVE, paz de, 132.

- CEBALLOS, S. I. entra en la Compañía en Granada, 393^r; en el colegio de Cádiz, 393, 410; inducido a ir a la Florida, 393, 410; misionero de Ajacán, 395; martirio, 410.
- CELLA, 217, 220^{as}.
- CERVANTES, Antonio de, O. P. misionero de la Florida, 55.
- CLARK, condado de, 88.
- CLUSIO, 15.
- COAHUILTECANOS, tribu de los, 39^{ra}; expedición de Pineda entre los -, 39.
- COAQUES, indios, costumbres y religión, 71-73.
- CODINA, Arturo, S. I. redactor de MHSI. 10.
- COFITACHIQUE, pueblo muscogeano, 82, 84^{as}, 85, 144; regalos en oro a la cacique, 95; expedición de Soto en -, 84s., 94s.; la cacique entrega el collar a Soto, 85; la cacique prisionera de los españoles, 85; la cacique logra escaparse de los españoles, 85.
- COLIGNY, Gaspar de, almirante de Francia; delegado en Vaucelles, 131; - y los protestantes franceses, 149^{as}; consejero de Catalina de Médicis en la política antiespañola, 6; en San Quintín, 170; - y sus planes antiespañoles en Ultramar, 130, 149, 159, 161s., 190^{as}, 199; - y la conquista francesa de la Florida, 2, 6, 112, 143-145, 149, 155, 158, 202, 265, 339, 353; - y la expedición de Laudonnière a la Florida, 153; - y Ribault Juan, 162; - y la amistad con Inglaterra, 149; - y la política de España en la Florida, 158; - y las victorias de Menéndez, 199; - y el duque de Alba, 161s.; - y la amenaza protestante en la Florida, 158s.
- COLUMBIANA, ciudad, 87.
- COLUMBUS, 86.
- CONDÉ, príncipe de, 197, 199; - y los Guisas, 138; - y la guerra de religión, 145.
- CONSEJO DE INDIAS, y las expediciones francesas a N. América, 125s.; - y los corsarios franceses, 125^{as}, 126^{as}; - y el comercio francés en América, 127s., 131; - y los viajes de Cartier al Canadá, 5; - y la defensa de Ultramar, 361; - y la misión jesuítica de Amé-
rica, 209-211, 215, 306; de la Florida, 311; de Nueva España, 305, 307; y del Perú, 307; - y los misioneros jesuitas de la Habana, 423.
- CONTADORES de Indias, 44^{as}.
- CONTRATACIÓN, jueces de, 313; - y los generales de las flotas de Indias, 165^r; - y los corsarios franceses, 168; - y la misión jesuítica de la Florida, 311s., 323.
- CONTRERAS, Juan de, O. P. misionero de la Florida, 110.
- COOSA, río, 86s., 90, 108s.
- CÓRDOBA, Alfonso de, 222s.
- CÓRDOVA, Martín de, defensor de Mazalquivir, 150.
- CÓRDOVA, Pedro, O. P. aboga por los indios de América, 27.
- CÓRDOVA, ciudad, 327.
- CORNELIA, monte, 243.
- CORSARIOS franceses en el Atlántico, 168s.
- CORTE española, hace revisar las leyes de Burgos, 27s.; - y la colonización de Amichel, 42; - y la legislación de Ultramar, 97; - y los descubrimientos franceses en el Canadá, 123; - y los proyectos franceses en la Florida, 5; - y la expedición de Juan Ribault a la Florida, 145; - y Coligny, 141^{ra}; - y la curia jesuítica romana, 306; - y la misión jesuítica de Ultramar, 306; de la Florida, 316; del Perú, 306; y de Nueva España, 306.
- CORTE-REAL, Gaspar y Miguel, hermanos, expediciones de los, 5; salen de Lisboa o de las Azores para su expedición a Tierra Verde, 118; vuelven a Portugal, 118; salen nuevamente de Lisboa para la península de Labrador, 118; Gaspar envía con su hermano una nave a su patria, 118; Miguel en busca de su hermano, 118; desconocido paradero de los dos hermanos, 118; la tierra de los -, 118s.
- CORTÉS, Hernán, en México, 59; - y el camino hacia el mar del Sur, 47^r, 2.
- CORUÑA, Agustín de, O. S. A. obispo de Popayán, pide jesuitas para su diócesis, 209-211; - y la misión jesuítica de América, 210.
- CORVEL, de, 124.

- CÓSA, y los planes colonizadores de Menéndez, 291. Cf. Kusa.
- COSTE, provincia de, expedición de Soto en -, 86s.
- COVARRUBIAS, Pedro, O. P. y la junta de Burgos, 27.
- COVILLE, escritor, 15.
- CREPY, paz de, 127, 434; - y el Consejo de Indias, 127; - y la política española en Ultramar, 127s.; - y los dominios portugueses de América, 128; - y los dominios franceses de la América septentrional, 128.
- CRIQUES, indios; pueblos, costumbres, sistemas de gobierno y religión, 64s., 67, 82s., 85, 108; expedición de Soto entre los -, 90; dificultad para su colonización, 83.
- CROCE, Lucio, S. I. 220^{as}.
- CRUCIQUE, movimiento de naves, 125^{as}.
- CUBA, la expedición de Córdova en -, 34; obispo de -, 128s.; negros de -, 154; defensa de - contra franceses, 125^{as}; - y la defensa de la Florida, 200, 361; - y la misión jesuítica de la Florida, 291, 313, 316; - y el abastecimiento de la Florida, 389; misioneros jesuitas en -, 414. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- CUÉLLAR, Velázquez de, gobernador de Cuba, 59.
- CUENCA, 226s., 233.
- CUEVAS, Mariano, S. I. escritor, 258¹⁴.
- CUMBERLAND, isla, Cf. Tacatucuru.
- CURIA jesuítica, Cf. Roma.
- CUSA, Cf. Kusa; Tampa, bahía de.
- CUSAVOS, indios, 109; misioneros entre los -, 109; los franceses entre los -, 144.
- CHALLEUX, escritor, 12, 436; - y las mantanzas francesas, 195.
- CHAMPOTÓN, antigua Potonchán, 32. Cf. Potonchán.
- CHANTONAI, y Catalina de Médicis, 140; - y la expedición francesa de 1562 a la Florida, 145¹⁰; - y la expedición de Juan Ribault a la Florida, 152s.
- CHARENTE, río, 333.
- CHARLEBOURG, construye Cartier en el Canadá el fuerte de -, 123.
- CHARLESFORT, fuerte francés de la Florida, 144s.
- CHARLEVOIX, Francisco J., S. I. escritor, 12, 247¹²⁴.
- CHARLOTTE, bahía de, 253.
- CHÂTEAU-THIERRY, 127.
- CHATTAHOOCHEE, río, 86.
- CHAVOT, Felipe, y los descubrimientos de Cartier, 120.
- CHERAUA, tribu, 86.
- CHESAPEAKE, 198. Cf. Madre de Dios, bahía; Santa María, bahía.
- CHIABA, ciudad crique; la expedición de Soto llega a -, 86.
- CHIABANOS, indios, expedición de Soto entre los -, 86.
- CHIAPAS, obispo de, 104. Cf. Casas, las.
- CHIAPAS, y la Nueva España del siglo XVI, 19¹.
- CHICAZA, provincia, la expedición de Soto en -, 89s.
- CHICAZA, ciudad, la expedición de Soto inverna en -, 89s., 96; los indios abandonan por algún tiempo la ciudad, 90; los indios incendian el campamento de los españoles, 90; salen los españoles de -, 90.
- CHICKASAUANOS, costumbres, sistemas de gobierno y religión de los -, 64s., 89; lengua de los -, 67.
- CHICORA, provincia de, 48, 144; los enviados de Ayllón en -, 48; Ayllón en -, 354; costumbres de los indios, clanes, totemismo, 48s.; indios hechos prisioneros por los enviados de Ayllón, 50, 51⁶.
- CHINA, navegación a China, 155; ruta a - junto a Terranova, norte de la antigua Florida, 198, 397, 398²¹; - y Nueva España, 323s.; misión de -, 379.
- CHISCA, prov. algunos expedicionarios de Soto exploran -, 87.
- CHISI, pueblo, expedición de Soto en -, 83.
- CHITIMACHANOS, tribu de los, 37¹²; costumbres y religión de los -, 37; expedición de Pineda entre los -, 37, 40s.
- CHOCTOUANOS, tribu de los, 36¹¹; exterior, costumbres, y religión de los -, 36, 64; lengua de los -, 67; expedición de Pineda entre los -, 41.
- DAROCA, 218.
- D'AUBESPINE, 141¹².

- DAVENPORT, Francisca, escritora, 5, 12, 128⁹⁰, 129⁹⁵, 131⁴⁴, 134^{91, 92, 93}.
- DAWSON, S. E. escritor, 12, 117⁶, 119¹⁰, 121¹², 123¹².
- DE CROZE, José, escritor, 12, 133⁶⁰.
- D'ELVAS, cronista, 12, 77⁸, 82¹².
- DELABORDE, Julio, escritor, 6, 12, 139⁷, 140⁹, 141¹², 146⁹¹, 147⁹⁵, 149⁹².
- DIAS, Pedro, S. I. misionero del Brasil, 401s. Cf. Brasil.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, escritor, 4, 13, 31², 32³, 34⁴.
- DÍAZ DE LUCO, Juan Bernal, pide a S. Ignacio jesuitas para América, 208.
- DIEGO, tequestano, bautizado en Sevilla, 349.
- DIEPPE, Verrazzano sale de -, 119; Verrazzano vuelve a -, 119; navas para Indias, 144s.; corsarios en -, 425.
- DION, 122.
- DOMÉNECH, Pedro, S. I., en Orán, 222-224; rector de Simancas y de Salamanca, 222⁹⁵; - y la expedición a Orán, 222⁹²; enfermo en Orán, 223; rector de Toledo, 224⁹⁰.
- DOMÍNICA, isla, 165.
- DOMINICOS, misioneros en la expedición de Soto, 77; en la Florida, 107; - y la misión de América, 209.
- DORANTES, Andrés, capitán de la expedición de Narváez, 70; salvada su nave, 70s.; llega a Lisboa, 74.
- DOUAIS, Celestino, escritor, 13, 200⁹⁰, 201⁹⁵, 202⁹¹, 332⁹⁴.
- DREUX, batalla de, 147.
- DUCADO, 254⁶.
- DURÁN, Tomás, O. P. y la junta de Burgos, 27.
- EDUARDO III, rey de Inglaterra, 133.
- EGMONT, conde de, 166.
- ELCANO, Sebastián, y la ruta a Oriente, 54, 119.
- ELELÖF, Juan Adolfo, escritor, 16.
- ELMORE, condado de, 87.
- ENRIQUE II, rey de Francia, y la paz de Vaucelles, 130; hostilidad con España, 132.
- ENRIQUE VII, rey de Inglaterra y los descubrimientos, 116; - y la soberanía de España y Portugal, 117.
- ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra. Cf. España.
- EPERNAY, 127.
- ESCAMACU, pueblo de Santa Elena, 363⁹¹; - y la guarnición española, 364; - y la guarnición de Sta. Elena, 370; revuelta de los indios, 371; fin de la misión jesuítica, 375. Cf. Santa Elena.
- ESCAMBIA, río, 106¹².
- ESPAÑA, tratados con las naciones rivales, 5; - y la línea de demarcación, 19; - y las expediciones de Cabot, 116; - y los corsarios franceses, 129; - y la amistad con Portugal, 125; - y la rivalidad francesa, 125; - y Enrique VIII de Inglaterra, 127; - y la alianza con Inglaterra, 133⁹²; - y las guerras de Argel, 152; - y los corsarios de Argel, 222⁹⁴; en el Mediterráneo y Atlántico, 152s.; - y el comercio extranjero en América, 153s.; - y los ataques de Francia e Inglaterra en Ultramar, 153; guerra con Francia, 434; - y los protestantes franceses, 139; - y los Guisanes, 146; - y los proyectos franceses en la Florida, 152s.; tráfico con Ultramar, 103, 107, 253, 403⁹¹; política en Ultramar, 106, 118, 122, 152; - y la conquista y colonización de la Florida, 6, 105, 112s., 115s., 143, 198, 199⁹², 200, 311, 441; - y los misioneros floridianos, 383.
- ESPAÑOLA, isla, colonización en la -, 43; negros de la -, 193; - y las incursiones de corsarios franceses, 125⁹⁴, 240; - y la Florida, 200; López de Almazán en la -, 240⁹¹. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- ESPINOSA, Diego de, cardenal, presidente del consejo real, y la misión jesuítica de la Florida, 379-382, 384, 386.
- ESPIRITU SANTO, bahía, 77.
- ESQUIVEL, Gonzalo de, S. I. procurador general de Indias, y la misión jesuítica de la Florida, 380-383.
- ESTEBANICO, sobreviviente de la expedición de Narváez, 74.
- ESTRADA, Pedro de, O. P. misionero de la Florida, 55.
- EUROPA, naciones de - y las conquistas de España y Portugal en Ultramar,

- 115s.; naciones de - y la ruta a Oriente, 116; colegios de la Compañía en -, 410.
- FEAR**, cabo, espíritu guerrero de los indios del -, 55s.
- FELIPE II**, 1, 7, 104, 106, 148, 199, 200, 208; parte de la Coruña a Inglaterra, 167; en Southampton, 167; casamiento con María Tudor, 130, 166; alianza con Inglaterra, 133⁴⁰, 169, 170s.; correspondencia con sus embajadores de Londres, 5s.; correspondencia con sus embajadores de Francia, 5; - y los proyectos ingleses en América, 152; - y la política antiespañola de Isabel, 6; - y Alemania, 169; - y Hungría, 169; heredero de Flandes, Brabante, España y Nápoles, 131; guerra contra Francia, 169; - y el partido de Condé, 142; - y los católicos franceses, 143; - y Catalina de Médicis, 140, 147; - y Carlos IX de Francia, 147; - y Escocia, 148³⁹; - y las guerras de África, 149s.; - y la amenaza turca, 200; - y la universidad de Lovaina, 132; - y el gobierno de Flandes, 171, 425; sale de Flesinga para España, 172³⁹, 173; en Laredo, 173, 434; va con su corte a Toledo, 173; - y la defensa de Ultramar, 131, 361; - y las flotas de Indias, 173; - y Menéndez de Avilés, 7, 179s., 434; - y la conquista y colonización de la Florida, 111²¹, 112, 155s. 428; concede a Menéndez llevar jesuitas a la Florida, 182; - y las expediciones francesas a la Florida, 154⁴⁸, 157-159, 202; - y las matanzas de los hugonotes en la Florida, 332; - y la expedición de Gourgues, 339; - y la misión jesuítica de la Florida, 2, 210s., 214, 309, 311; - y el P. Araoz, 211, 304; - y la misión jesuítica de América, 207, 306; de Nueva España, 307; del Perú 307; y de Honduras, 305, 309; - y los misioneros jesuitas de la Habana, 422; encarga a Menéndez la formación de armada para Flandes, 425-427.
- FERIA**, conde de, 133⁴⁹.
- FERNÁNDEZ**, Dionisio, S. I. redactor de MHSI. 10.
- FERNÁNDEZ DURO**, Cesáreo, escritor, 13, 16, 433.
- FERNÁNDEZ DE MANRIQUE**, Juan y la misión jesuítica de América, 208.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE**, escritor, 3.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO**, Gonzalo, escritor, 4, 13, 30³⁶, 55¹³,¹⁴, 57³⁰, 77⁸, 78¹¹, 79¹³, 91³³, 95³⁷.
- FERNANDO el Católico** y la lucha en Ultramar, 117.
- FERRIÈRE**, de la, escritor, 6, 202³⁰.
- FILIPINA**, bahía, 106¹².
- FLANDES**, estados de, 131; guerras de -, 424s., 428; indulto general a los insurrectos, 425. Cf. Requeséns.
- FLÓREZ**, y la muerte del P. Martínez, 240¹⁰⁷.
- FLÓREZ VALDÉS**, Diego, 201⁸⁴.
- FLORIDA**, 1s., 4s., 19, 25, 34s., 40, 110, 184⁸⁷, 241, 326; su extensión en el siglo XVI, 19s., 40; pobreza de la región, 108, 111, 388, 431; - y las islas de Bimini, 21; Ponce en la -, 25, 27; conquista y colonización, 7, 29, 47, 97, 108, 111, 113, 135, 179s., 388s., 428, 431; influencia de la - para nuevos descubrimientos, 31; sacerdotes seculares y religiosos en la colonización de la -, 179s., 376, 385; la expedición de Córdova desembarca en la -, 33; expedición la Álvarez de Pineda en la costa occidental de la -, 35; erección de iglesia en la -, 42²¹,²², 43²²; - y Nueva España, 155¹⁷, 182⁵¹, 261; - y la vía a la tierra firme, 261; unión con China, Tartaria y Maluco, 182⁵¹, 379; - y la defensa de América y de la navegación de Indias, 112, 274, 428; España y la conquista francesa de la -, 7, 126, 151, 186⁶⁰, 200-202, 205s., 430; armada para la -, 7, 206, 213; - y la misión jesuítica, 2, 7, 317s., 375, 379-381, 388-390, 409-411, 413s., 416⁶⁰, 420, 429-432; oposición de los caciques e indígenas a la colonización y misión españolas, 21, 33, 35, 41, 308, 389, 421, 431.
- FLOTAS** de Indias, épocas, 205; - y los corsarios franceses, 167¹³, 168, 173³⁴.

- FONTAINEBLEAU, asamblea de, 139; corte francesa en -, 139s.
- FONTANEDA, cronista, 251¹.
- FONTOVA, Marco Antonio, S. I. y la misión del Perú, 209.
- FORT GEORGIA, 243.
- FOURQUEVAUX, embajador, y la conquista francesa de la Florida, 6, 200-202, 437; - y las matanzas de los hugonotes franceses en la Florida, 332.
- FRANCÉS DE ÁLAVA, embajador, 148⁹⁹; - y Catalina de Médicis, 158; - y la conquista francesa de la Florida, 153, 155-158.
- FRANCIA, exploraciones en N. América, 2, 5, 119; - y las expediciones de Cabot, 116; - y la preponderancia marítima española, 119, 125s., 200, 361; - y la soberanía de Portugal y España en Ultramar, 117; - y el mare liberum, 119; - y la empresa de Verrazzano a la Florida, 120; - y los dominios españoles de América, 130, 149; sus conquistas en Ultramar, 125, 150, 427; - y la conquista y colonización de la Florida, 6, 111, 121, 145, 188, 193, 196, 199, 202, 360, 389, 427; aliada del turco, 127, 424; - y la paz de Vaucelles, 131s.; - y la navegación a las posesiones portuguesas de América, 131; - y la línea de demarcación entre Portugal y España, 138, 145; - y la política religiosa de Felipe II, 142; - e Inglaterra, 148⁹⁹, 149, 424; - y Escocia, 424; - y las guerras españolas de África, 150; - y las revueltas de Flandes, 150⁹⁹; - y la unión de España con Inglaterra, 166; - y las matanzas de los hugonotes franceses en la Florida, 332s., 339, 359, 424; amenaza de - sobre la América española, 359, 361; enervamiento de las fuerzas nacionales, 424.
- FRANCISCANOS, y la misión de América, 209; misioneros en la Florida, 61, 77, 428s.
- FRANCISCO I, rey de Francia, y Carlos V, 121; - y la ruta a Oriente, 52, 54, 119; - y la colonización del Canadá, 5, 121s.
- FRANCISCO II, rey de Francia, y los protestantes, 138; muerte de -, 139.
- FRANÇOIS, cabo, 144.
- FRENCH, B. Francisco, escritor, 13.
- FUENTES, O. P. misionero de la Florida, 101; martirio, 102.
- GAFFAREL, Pablo, escritor, 6, 13, 436s.
- GALEAZA, 433.
- GALEÓN, 433.
- GALERA, 433.
- GALVESTON, bahía, 39, 71.
- GALVESTON, isla, 70.
- GAMERO, Juan, S. I. rector de Valencia, 219.
- GANDÍA, 220. Cf. Martínez Pedro; Rogel.
- GARAY, Francisco de, y la colonización de Amichel, 35⁷, 41⁹, 42, 44s., 58; expedición de - en el río de las Palmas, 45; en el río Panuco, 45; en San Esteban del Puerto, 45; - y Hernán Cortés, 45; muerte de -, 45.
- GARCÍA, Juan, O. P. y la misión de la Florida, 100s.
- GASTÓN DE PERALTA, virrey de Nueva España, 236¹⁰⁵; - y los misioneros floridianos (1a. expedición), 237.
- GAYÓN, Gonzalo, 111.
- GELBES, desastre español en los, 150.
- GEORGIA, 1, 87, 241, 340, 351, 353; sede de los muscogeanos, 35; de los criques, 64, 82; de los choctouanos, 64; expedición de Soto en -, 84, 86.
- GERMÁNICO, colegio. Cf. Sedeño.
- GERÓN, Juan, maestre de campo, 107.
- GIL GONZÁLEZ, S. I. en Toledo, 224⁰⁰; provincial de Toledo, 205⁹, 206, 213; - y la misión de la Florida, 205.
- GÓMEZ, Esteban, sale de la Coruña para la Florida, 54; - y la ruta a Oriente, 54, 119; en la costa oriental de la Florida, 54, 126; vuelve a la Coruña, 54.
- GÓMEZ, Gabriel, S. I. entra en la Compañía en Granada, 393⁷; maestro en Sevilla, 393; misionero de la Florida, 393; en la misión de Ajacán, 395.
- GÓMEZ, Lorenzo, S. I. muerto en Canarias, 330.
- GONZÁLEZ, Gonzalo, S. I. rector de Madrid, 183.
- GONZÁLEZ, Vicente, piloto, en el río Potomac, 414⁶⁶; en la provincia de Aja-

- cán, 414⁴⁷, 415, 417; coge dos indios ajacanos cautivos, 415⁴⁸; vuelve a la Habana, 415.
- GONZÁLEZ DE PUEBLA, Rui, y las empresas de Cabot, 116.
- GORDILLO, Francisco, piloto, en Chicora, 47s.
- GOSART, Ernesto, escritor, 13, 425⁶¹.
- GOURGUES, Domingo, flota de, 331; - y las matanzas de los hugonotes franceses en la Florida, 333; soldado en Italia, 333; condenado a galeras, 333; en Sicilia, 333; en Rodas, 333; en Constantinopla, 333; en las costas, de África, Brasil e Indias, 333; sale con su expedición de Burdeos, 333; en África, 334; en la isla Dominica, 334; en Puerto Rico, 334; en Santo Domingo, 334; en el cabo de San Antonio, 334; en la Florida, 334; ataca los fuertes españoles del río San Juan, 335s., 337⁶⁰, 338s.; ahorca a algunos españoles de los fuertes del río San Juan, 338⁶⁰. Cf. Médicis, Catalina de; Felipe II.
- GRANADA, congregación provincial en -, 392; residencia jesuítica en el Albaicín, 393; rebeliones de moriscos, 393.
- GRANERO, Jesús M. S. I. escritor, 13, 209¹¹.
- GRAVE (Flandes), 425.
- GRAVELINAS, victoria de, 171.
- GREGORIO, San, colegio de -, (Valladolid), 318.
- GREGORIO, licenciado, y la junta de Burgos, 27.
- GRIJALVA, Juan de, conquistador de Yucatán, 34s.; en Amichel, 45.
- GUALDAPE, río, 56.
- GUALE, provincia de -, 352s., 361-363, 389; población, 363¹; lengua, 363⁸⁰; guerras de los caciques, 372; costumbres y religión de los indios, 1, 353s., 362s., 365, 371, 372⁴², 373, 388; - y la ocupación francesa de la Florida, 352; labor catequística de Menéndez en -, 353, 358, 360; el cacique y las matanzas francesas, 353; el cacique promete hacerse cristiano, 353s., 357s.; los españoles erigen una cruz, 354; el cacique asiste a la catequesis, 354; el cacique adora la cruz, 358; lluvia providencial, 358; paces del cacique con el de Santa Elena por medio de Menéndez, 358; catequistas españoles señalados por Menéndez, 358, 360; asistencia de los indios al catecismo, 360; muerte del catequista Alonso, 360; amistad de la guarnición española con los indios, 363, 365; misión jesuítica, 342, 351s., 363, 365, 371-373, 375; fin de la misión y sus causas, 373, 375, 379; 381, 389s.; muerte del H. Vázquez, 373, 381; mártires franciscanos, 373s.
- GUERRERO, Pedro, arzobispo de Granada, 392s.
- GUERRERO, misión, 100.
- GUILLERMO, cordovés, intérprete de Menéndez en Guale y Santa Elena, 355-357.
- GUISA, cardenal de, 132.
- GUISA, duque de, y la paz de Vaucelles, 130; su política antiespañola, 132, 199; - y la política de Francisco II, 138; - y Coligny, 139; vencedor de los protestantes, 147; - y la victoria de Dreux, 149; - y la conquista de Calais, 170s.; asesinato de -, 147.
- GUTIÉRREZ, Juan, S. I., 222, 224.
- GUTIÉRREZ TELLO, Juan, tesorero de Contratación, 217⁸².
- GUZMÁN DE SILVA, embajador en Inglaterra, y las empresas de Stukeley, 148s.; - y las expediciones francesas e inglesas a la Florida, 153.
- HABANA, 7, 111, 125⁸⁴, 185, 187, 193, 415⁴⁸; atacada por los franceses, 129s., 158; - y Nueva España, 265s.; - y la Tierra firme, 265s.; - y el abastecimiento de los fuertes de la Florida, 295; - y los misioneros no jesuitas, 385; - y los misioneros floridanos jesuitas, 9, 101, 301, 333; proyecto de colegio para los indígenas floridanos, 312, 314, 391s., 411-414, 421, 423; proyecto de colegio para los habitantes de la isla, 423; proyecto de residencia jesuítica, 412; fruto de los ministerios de los jesuitas, 414, 423; - y la misión jesuítica de la Florida, 314, 411; de Nueva España, 314; y del

- Perú, 314; los de la ciudad quieren retener a los misioneros jesuitas, 422s.; los misioneros jesuitas de la - van a Nueva España, 423s.; vuelven a la -, 423s. y se retiran definitivamente a Nueva España, 424. Cf. Menéndez, de A. Pedro; Misioneros floridanos.
- HAMPTON COURT, pacto en el castillo de -, 146.
- HANESSES, indios, costumbres y religión de los -, 71-73.
- HARRISSE, Enrique, escritor, 5, 13, 116^a, 117^a, 119^a, 121^a, 122, 123^{1a}.
- HASSEN, y las guerras de África, 150; - y la conquista de Orán, 150; - y la conquista de Mazalquivir, 150.
- HAUSER, escritor, 424^{1a}.
- HAVRE, 146; guarniciones inglesas en el -, 147; las revueltas del - y los planes de Coligny, 149; salen del - expediciones francesas a la Florida, 112, 144, 150^{1a}, 152; corsarios franceses e ingleses en el -, 425.
- HAWKINGS, en la Florida, 151.
- HERNÁN CORTÉS, conquistador de Nueva España, 34; - en el río Panuco, 39.
- HERNÁNDEZ DE BIEDMA, cronista, 77^a.
- HERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, expedición a Yucatán, 32-35.
- HERRERA, Antonio de, escritor, 4, 14, 20^a, 21^a, 25^{1a}, 48^a, 53^{1a}, 55^{1a}, 58^{1a}.
- HILTON HEAD, y la defensa del estrecho de Port Royal, 37^a.
- HINISTROSA, Juan de, lugarteniente y confidente de Menéndez, 248, 366, 367^{1a}, 375^{4a, 4b}, 385; - y los misioneros jesuitas de la Florida, 248; - y los indígenas de la Florida, 258; ayuda a las guarniciones de la Florida, 260.
- HITCHICHI, lengua de los apalacheanos, criques y gualeanos, 67, 353.
- HITOS, Francisco A., S. I. escritor, 14.
- HOCHELAGA, Cartier en -, 121s.
- HODGE, Federico W., escritor, 4, 14, 22^{1a}, 25^{1a}, 26^{1a}, 35^a, 48^a, 55^{1a}, 56^{1a, 1b}, 62^a, 63^{1a}, 66^{1a}, 71^{1a}, 78^a, 79^{1a}, 80^{1a}, 82^{1a}, 83^{1a}, 86^{21, 22}, 87^{1a, 25}, 88^{26, 27}, 90²⁹, 91^{21, 22}, 108^{1a}, 144^{1a}, 197^{8a}, 243^{11a}, 262^{2a}, 263²¹, 275^a, 283²², 284²⁴, 340¹⁰⁷, 352^a, 353^a, 356^{1a}, 397^{1a}.
- HOEGER, escritor, 14, 333^{1a}.
- HONDURAS, y la bahía de Tampa, 193. Cf. Felipe II; Segura.
- HOSPITAL, Miguel del, y los protestantes franceses, 139.
- HUME, Martín, escritor, 4.
- HURRIPARACUSSI, cacique, 78.
- HURTADO DE MENDOZA, Andrés, y la misión jesuitica del Perú, 208s.
- ICHUSI, bahía de, 107.
- IGNACIO de Loyola, San, y la misión jesuitica de América, 208; carta del P. Nadal a -, 220^{1a}.
- INDIAS Occidentales, Cf. ULTRAMAR.
- INDIAS Orientales, 116.
- INGLATERRA, y sus expediciones a Ultramar, 2, 118; Cabot vuelve a -, 117; - y la paz de Cateau Cambresis, 133; cede Calais a Francia, 133; - y la línea de demarcación entre Portugal y España, 137s.; - y el poder colonial de España, 149.
- IGUACES, indios, costumbres de los -, 73.
- IRVING, Theodoro, escritor, 14.
- ITALIA, Cf. Sedeno.
- ISABEL, reina de Inglaterra, 133, 199; su politica antiespañola, 6; - y el partido de Condé en Francia, 147; desea suplantar a su hermana, la reina María Tudor, 166; - y los insurrectos de Flandes, 425.
- ISABEL, esposa de Felipe II, 133.
- IVAHICA, pueblo timucuan, 79^{1a}.
- IVITACHUCO, pueblo de la tribu de Apalache, 80s.
- JAL, Augusto, escritor, 14.
- JAMAICA, expedición de Pineda en -, 41.
- JAPÓN, 323.
- JERUSALÉN, 218, 319.
- JESUITAS, en Orán, 223; en la colonización de la Florida, 3, 8, 179-181, 215s.; autoridad del testimonio de los - sobre las costumbres de los floridanos, 4; capellanes de las guarniciones de la Florida, 375s.; en la India, 312; - y los protestantes en Europa, 403; ministerios fundamentales de los -, 423. Cf. Florida; Menéndez de A. Pedro.

- JIMÉNEZ, Alonso, S. I. catequista en Canarias, 330.
- JORDÁN, río, 111⁹⁰, 238¹⁰⁰; expedición de Villafañe en el -, 111.
- JUALA, expedición de Soto en -, 86.
- JUAN, hijo de Menéndez, 172.
- JUAN III, rey de Portugal, y las empresas de Cartier en el Canadá, 124; - y el comercio de los franceses en Indias, 128.
- JUANICOS, en Tequesta, 349¹²².
- JUANILLO, revuelta de -, 429.
- JUÁREZ, Juan, O. S. F. misionero de la Florida, 61.
- JULIO II, concesiones de - a España, 134.
- KARANCAUANOS, indios, costumbres de los -, 39¹⁰, 71; expedición de Pineda entre los -, 39.
- KENNY, Miguel, S. I. escritor, 9, 14, 217²⁸, 241¹⁰⁸, 243¹¹⁴, 397²⁰.
- KLEINCLAUSZ, escritor, 15.
- KRETSCHMER, Conrado, escritor, 3, 14, 19^{1, 2}, 20⁸, 21⁸, 47¹.
- KUSA, expedición de Soto en -, 87; expedición de Tristán de Luna en -, 108-110.
- LABAZARES, Guido, 106s.
- LABRADA, Rodrigo, O. P. y los derechos de los indios de América, 100.
- LABRADOR, península, 19; Cabot en -, 117⁸; los Corte-Real en -, 118; los indígenas de -, 118.
- LAFUENTE, Modesto, escritor, 14, 150⁸⁵, 167^{9, 10}, 173²⁴, 222⁵⁴, 393⁵, 425⁶⁴.
- LA FERRIERE, Héctor de, escritor, 14.
- LAÍNEZ, Diego, S. I. General, 182, 219, 320.
- LAINI Monumenta, contienen cartas de Misioneros floridanos, 8.
- LANDRIANO, conde, funda el colegio de Ancona, 325⁶⁹. Cf. Sedeño.
- LANGLOIS, escritor, 15.
- LANNING, Juan T., escritor, 14, 353⁷, 362²⁸, 363³¹, 367^{28, 37}, 429^{71, 72}.
- LA RONCIÈRE, Carlos de, escritor, 14, 119¹⁰, 124²⁰, 144¹⁷.
- LAUDONNIÈRE, René, escritor, 8, 15, 22¹⁰, 144¹⁷, 152²⁸, 262²⁸, 334²⁸, 336²⁸, 339¹⁰⁴, 339¹⁰⁵, 442s.; expedición de - en la Florida, 151s., 158; vuelve a Francia, 190⁶⁵, 192, 352⁴; - y la destrucción de los fuertes españoles del río San Juan, 334¹⁶.
- LAVISSE, Ernesto, escritor, 15, 127²⁸, 131⁴², 132^{45, 48}, 133⁶⁰, 139⁸, 140⁹, 143¹⁵, 146²⁰, 147^{22, 24, 26}.
- LEIBER, Roberto, S. I. 10.
- LEITE, Serafim, S. I. e escritor, 15, 402²⁸, 403²⁰.
- LEMONNIER, escritor, 15.
- LE MOYNE, Diego, escritor, 8, 15, 22¹⁰, 190⁶⁵, 191⁶⁶, 194^{75, 77}, 195, 249¹²⁶, 252¹, 256⁸, 281^{15, 17}, 287²¹, 302²⁵, 436.
- LEÓN, Juan, S. I. rector de Cuenca, 233.
- LETURIA, Pedro, S. I. 10; escritor, 15, 209¹².
- LINARES, Pedro, S. I. entra en la Compañía en Roma, 326¹⁵; destinado con el P. Sedeño a Honduras, 309, 323, 327; misionero de la Florida, 317; enfermo en la Habana, 342, 348; en Santa Elena, 366, 375⁴⁴; misionero de Ajacán, 395.
- LISBOA, 118, 125, 323.
- LITTERAE Quadroimestres, contienen cartas de misioneros de la Florida, 8.
- LIVORNO, 323.
- LONDRES, 133⁴⁹.
- LÓPEZ, Atanasio, O. F. M. escritor, 15s, 77⁸, 414⁴⁷, 429⁷¹.
- LÓPEZ, Diego, S. I. misionero de Canarias, 330; propuesto por Menéndez para la misión de la Florida, 412⁴¹.
- LÓPEZ, Manuel, S. I. rector de Alcalá, 318.
- LÓPEZ DE ALMAZÁN, Alonso, y la muerte del P. Martínez, 240¹⁰⁷, 244, 246.
- LÓPEZ DE MENDOZA, Francisco, escritor, y capellán de la Florida, 184⁵⁷, 185⁵⁸, 186⁵⁹, 188^{60, 61}, 195, 437.
- LÓPEZ DE VELASCO, Juan, escritor, 15, 252¹, 293⁴¹, 397¹⁸.
- LORENZANA, Francisco Antonio, escritor, 15, 42²⁰.
- LORETO. Cf. Sedeño.
- LOWERY Woodvery, escritor, 3, 9, 15, 26¹⁷, 27¹⁹, 30²⁷, 55¹⁸, 56¹⁷, 62⁷, 63⁹, 68¹⁸, 77⁸, 82¹⁷, 87²⁴, 89²⁸, 90³⁰, 102⁴, 106¹², 107^{12, 14}, 108¹⁵, 111²⁰, 191⁶⁷, 217²⁸, 355¹¹, 357¹⁵, 396¹⁸, 397¹⁸.
- LUCAYAS, islas, 48.
- LUCHAISE, escritor, 15.
- LUIS, indio de Ajacán, 181⁴⁸, 352⁶; en

- México, 181, 394⁹; acompaña a algunos misioneros dominicos a Ajacán, 394; en España, 394¹¹; en la Habana, 394; va a Ajacán con los misioneros jesuitas, 395; - y las esperanzas de los misioneros ajacanos, 397; intérprete de los misioneros, 415, 420; abandona a los misioneros, 398¹², 399; verdugo de los mártires, 399s.
- LUIS, infante de Portugal, y los descubrimientos franceses en el Canadá, 124.
- LUISIANA, sede de los atacapanos y Karankauanos, 37-38¹⁴, 39.
- MABILA, provincia de -, expedición de Soto en -, 88s.
- MACAR, 138.
- MACERATA, Cf. Sedeño.
- MAC Nutt, escritor, 15, 44¹⁵, 100¹.
- MACOYA, cacique, y los catequistas españoles, 264. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- MADERA, isla, 401; Verrazzano junto a -, 119.
- MADRE DE DIOS, Mateo, O. P. 110.
- MADRE DE DIOS, bahía, 9.
- MADRID, 201s., 426.
- MADRIDEJOS, 234.
- MAGDALENA, india de la Florida, 101.
- MAHONA. Cf. Galeaza.
- MALDONADO, Jerónimo, S. I. 313¹⁷.
- MALDONADO, capitán de la expedición de Soto, 81, 85.
- MAL-HADO, isla, 71.
- MALUCO, navegación al, 155.
- MANAREO, Oliverio, S. I. rector de Loreto, 324.
- MANUEL Filiberto de Saboya, 134; - y la victoria de San Quintín, 170.
- MARGARITA, hermana de Enrique II, 134.
- MARGARITA de Parma, regente de Flandes, 171.
- MARIAMESES, costumbres de los indios, 73.
- MARIEJOL, escritor, 15.
- MARION, condado de, 78.
- MARKHAM, Clemente R., escritor, 16.
- MARKS, Enrique, escritor, 15, 156¹⁸.
- MARTÍN, cautivo de los moros, 223.
- MARTÍNEZ, Bartolomé, 421¹⁹.
- MARTÍNEZ, Francisco, padre del P. Pedro M. 218.
- MARTÍNEZ, Francisco, 360²¹.
- MARTÍNEZ, Isabel, 218.
- MARTÍNEZ, Pedro, S. I., bibliografía, 217²²; primeros años, 217s.; estudios en Daroca, Zaragoza, Teruel y Valencia, 218s.; aprovechamiento en los estudios, 219; jesuita en Valencia, 219²³, 220²⁴, ²⁵, ²⁶, 221²⁷, ²⁸, 226, 232²⁹; en Gandía, 220³⁰, 221³¹; misión de Denia, 221, 233; sacerdote en Murcia, 221³², 222³³; en Orán, 218, 222-224, 229; en Granada, 224; en Toledo, 224³⁴, 225; pide ir a Alemania, 223, 228s.; deseos de ir a China o a la región del preste Juan, 225s.; - y la misión de la India, 225; en Alcalá, 226; en Cuenca, 226s.; escrúpulos en los ministerios, 226s.; deseos de pasar a la Cartuja, 227; estudiante en Salamanca, 227³⁵; ministro en Valladolid, 227. 228³⁶; - y el P. Araoz, 215; sale de Valladolid, 230; rector de Monterrey, 230; en Sevilla, 217³⁷, 230s.; ministerios en Sanlúcar, 217³⁸, 230, 235; profesión en Sanlúcar, 230s.; - y la misión floridana, 183, 204, 213-216, 231, 321; deseos del martirio, 224, 226, 229-231; predica en Canarias, 237; en las costas de la Florida, 239, 241s.; con los indígenas de la Florida, 242; muerte, 204³⁹, 242, 243⁴⁰, ⁴¹, 245, 304, 307, 329, 413. Cf. Avellaneda; Borja; López de Almazán; Menéndez de A. Pedro; Polanco; Riego.
- MÁRTIRES, islas, 193, 252⁴², 253⁴³, 344, 348; la expedición de Ponce pasa por las -, 25; - y el fuerte de la Habana, 294; Juan Ribault desea establecerse en las -, 293s.; - y la navegación de Indias, 294⁴⁴; - y los proyectos conquistadores de Menéndez, 294⁴⁵. Cf. Ribault Juan; Rogel.
- MATAGORDA, bahía, sede de los mariameses, 73.
- MATANZAS, de los hugonotes franceses en la provincia de San Mateo, 190-192, 195⁴⁶, 196, 201, 269, 355, 435-437; - y la promesa de Menéndez, 195⁴⁶, 196.
- MATANZAS, isla, 190⁴⁷.
- MATANZAS, puerto de -, 349.

- MATEOS, Bartolomé, O. P. misionero de la Florida, 107.
- MAYA, Diego de, capitán, 197; en el puerto de Calus, 253.
- MAYO, río, las colonias francesas en el -, 145, 151. Cf. San Mateo, río; San Juan, río.
- MAZUELOS, Juan, O. P. misionero de la Florida, 107.
- MÉDICIS, Catalina de, regente de Francia, 139; - y Felipe II, 140-142, 148; - y los Guisas, 140, 146; - y Miguel del Hospital, 139; - y los católicos franceses, 146; - y la política antiespañola de Coligny, 6, 139, 141, 146; - y el partido de Condé, 139-141, 143, 146s.; - y la razón de estado, 141¹¹; traslada la corte a Monceaux, 146; su correspondencia con Fourquevaux, 6; - y la conquista francesa de la Florida, 155, 157-159, 201s.; - y el tratado de Hampton Court, 147s.; - y las juntas de Bayona, 199; - y la expedición de Gourgues a la Florida, 339.
- MEDINA, José Toribio, escritor, 16, 422¹⁷.
- MEDINA, Luis de, S. I. 215, 322.
- MEDINA, colegio de -, 183.
- MEDITERRÁNEO, España en el -, 322.
- MEMPHIS, ciudad, 90.
- MENA, Marcos de, O. P. 103.
- MÉNDEZ, Alonso, catequista de Ajacán, 395, 400, 417; entierra a los mártires, 400; libertado por los españoles, 418s., 421.
- MÉNDEZ, Juan Bautista, catequista de la Florida, 317³⁷.
- MÉNDEZ, Sergio, 42²¹.
- MENDOZA, Antonio, virrey de México, cédula real a -, 100s.
- MENDOZA, Francisco, cardenal obispo de Burgos, 318.
- MENDOZA, Francisco de, y la guerra de África, 150.
- MENDOZA, Juan de, y la guerra de África, 150; muerte de -, 150.
- MENDOZA, Luis de, delegado de Menéndez ante el papa, en Roma, 383s.
- MENÉNDEZ, Bartolomé, en la Torre del Oro, 175, 179; multado, 179.
- MENÉNDEZ, Juan Bautista, catequista de Ajacán, 395, 399²⁴.
- MENÉNDEZ DE AVILÉS, Pedro, 1, 3; escritos sobre -, 7; biógrafos de -, 7s.; primeros años, 162s.; en Valladolid, 162; desposado con Ana Solís de MÉRÁS, 162s.; formación religiosa y literaria, 163; comienza sus empresas de marino, 163, 164², 433s.; su carácter, 112, 163s., 256; - y la paz de Crepy, 164; nombrado corso por Maximiliano I, 164; en la Rochela, 164; prisionero de los franceses, 164; en Santiago de Cuba, 164; en Veracruz, 164; - y la defensa de las Antillas, 164, 165⁵, 260, 296, 427; su pericia de piloto, 165; capitán de armada contra corsarios, 165; - y el príncipe don Felipe, 165; sus relaciones con los oficiales de Contratación, 7, 165⁷, 169, 173, 174²⁷, 175, 176²⁴, 177²⁰, 178⁴¹; su política colonial, 165s.; - y el viaje de don Felipe a Inglaterra, 166s.; a las órdenes de doña Juana de Austria, 167, 171.
- En la carrera de Indias*: Capitán de la armada de Ultramar, 167; vuelve con su armada de Nueva España, 168; multado por los oficiales de Contratación, 168, 174²⁰; capitán general de las flotas de Indias, 168s., 175, 427, 434s.; nombrado por el rey capitán general de la armada a Inglaterra, 169; en Laredo, 169, 171; en Amberes, 171; en Calais, 171; - y la victoria de San Quintín, 170¹⁸; en Sevilla, 169, 174s., 403²¹; - y las guerras de Felipe II, 171; - y la regencia de María Tudor en Flandes, 171; general de la armada de Felipe II, 171s.; en Francia, 172; en Fuenterrabía; 172; en Bilbao, 172, 425; en Ramme-kens, 172²⁸; en Santander, 173, 428; en Toledo, 173; nombrado por el rey general de la flota de Nueva España, 173; vuelve de Nueva España, 174; acusaciones contra -, 175, 176, 178s.; viaje a Nueva España, 175; en las atarazanas de la Torre del Oro, 175s., 179.
- Conquistador de la Florida*: - y la defensa de América contra los franceses, 2, 6, 127, 197-199, 260, 275, 361,

- 389, 403, 430s.; - y la conquista de la Florida, 116, 154-158, 184s., 384⁶⁹, 393; - y la colonización de la Florida, 112, 162, 179-181, 252, 308, 312s., 340, 428, 430s.; pide a Borja misioneros jesuitas para la Florida, 182⁶⁰, 183; - y el P. Avellaneda, 183, 203s., 310; sale de Cádiz con su expedición a la Florida, 184⁶¹, 185; expedición de - en el canal de Bahama, 185, 187; expedición de - junto al río Mayo, 185-187; encuentro con las naves francesas de Ribault, 157, 186; expedición de - en San Agustín, 187; conquista del fuerte Carolina, 187, 188⁶¹, 189⁶²; - y las matanzas de los hugonotes franceses, 191-194, 201⁶⁴, 331; - y los prisioneros franceses del cabo Cañaveral, 196s.; construye fortaleza en Ais, 197.
- y la misión jesuítica de la Florida, 2, 8s., 203-207, 209s., 213, 244¹⁷, 249, 251s., 309-314, 323, 381-383, 386, 420, 424; - y la misión jesuítica de América, 209s.; - y la muerte del P. Martínez Pedro, 204¹⁰⁷, 243¹¹³, 244¹¹⁷; en San Agustín, 190, 258¹³, 262²³, 295⁴⁷, 360, 416s.; - y el cacique Carlos y los indígenas de Calus, 249, 253-260, 266-268, 271s., 276, 288, 294, 347, 356; - y Antonia, hermana del cacique de Calus, 257¹¹, 258s., 294; en la Habana, 197, 252, 258¹³, 260, 262²³, 272, 296, 345¹¹⁴, 346s., 403, 409, 417; - y el gobernador Rojas, 258; - y el licenciado Valderrama, 258; - y las islas Tortugas, 252; en el fuerte de San Mateo, 260, 262²³, 294, 360; - y la exploración del río San Mateo, 260-265, 296⁶⁰; y el cacique y los indios de Utina, 262-265; y el cacique Macoya, 263s.; - y el cacique Calabay, 263s.; - y la política de los caciques floridanos, 267s., 270, 356; - y la colonización de la Florida occidental, 267, 271; - y el cacique y los indios de Tocobaga, 268-271, 296, 356; - y las paces entre los caciques de Calus y Tocobaga, 271; - y la colonización de Apalache, 271; - y la costa oriental de la Florida, 273s.; - y el abas-
- tecimiento de los fuertes de la Florida, 258, 295⁴⁷; en España, 291, 304, 310, 361, 420, 424; en Madrid, 380, 403³¹; en Tequesta, 297; - y el colegio de la Habana para los indígenas de la Florida, 314²⁹, 315, 385, 411, 414; - y el cacique de Calus Tocampaba, 346¹⁶.
- Colonizador y misionero en Guale*, 352-355, 357, 360; mediador de la paz entre los caciques de Guale y Santa Elena, 354-357; en el estrecho de Port Royal, 355; colonizador y misionero en Santa Elena, 355-357, 359s., 408, 415, 417; - y el fuerte de San Felipe, 295; en el fuerte de Orista, 360; - y la misión jesuítica de Orista, 371; oficiales de - impiden la vuelta del P. Álamo a España, 378s.; entrevista con Esquivel, 382s.; quiere a los jesuitas como capellanes de las guarniciones de la Florida, 376; - y la libertad de los misioneros de la Florida, 386; pide a Borja misioneros para la Florida y el colegio de la Habana, 385, 410s.; por medio de Borja pide al papa indulgencias para los conquistadores y colonizadores de la Florida, 384⁶²; pide al P. Álamo para la Florida, 411; envía bastimentos a Santa Elena, 405; naufragio junto al cabo Cañaveral, 405-408; quiere establecerse con su familia en Santa Elena, 403s.; propone remover al P. Segura de la Florida, 412; - y los misioneros de Ajacán, 415⁴⁹, 416s.; expedición de - a Ajacán, 417; expedición de - en la bahía de la Madre de Dios, y en la desembocadura del río Potomac, 417; quiere coger a Luis verdugo de los mártires ajacanos, 419s.; hace ahorcar a los ajacanos cautivos, 420; en Ultramar perseguidor de corsarios, 424.
- Últimos años*: En Santander prepara armada para Flandes, 425s., 428; - y la victoria de Mook, 426; pide a Felipe II franciscanos, sacerdotes seglares y jesuitas para la armada de Flandes, 426; aprecio de los jesuitas, 426; muere en Santander 427; gene-

- ral, marino, conquistador y colonizador, 427s.; concesiones regias a -, 427; gobernador de Cuba, 427; adelantado de la Florida, 427: - y la política de Felipe II, 167s., 427; - y la política del duque de Alba, 427; - y la política española en América, 198; - y el predominio español en el Atlántico, 427.
- MENÉNDEZ MARQUÉS, Alonso**, catequista de Guale, 354, 358; su muerte, 360.
- MENÉNDEZ MARQUÉS, Pedro**, lugarteniente de Menéndez en la Florida, 280s., 426, 428, 441; nave de -, 427; - y la urca de los misioneros de la Florida, 248; en Calus, 289, 349; - y el cacique de Calus, Tocampaba, 282, 291; en Tocobaga, 289; - y la misión tequestana, 341, 349; - y los misioneros jesuitas de la Florida, 344; apacigua a los indios de Orista y Escamacu, 371.
- MENECARIOS**, y la misión de América, 209.
- MERCURIÁN, Everardo**, S. I. General, 423.
- MÉXICO**, flotas de -, 253; los sobrevivientes de la expedición de Narváez llegan a -, 74; los naufragos de las costas de Texas llegan a -, 103; - y la colonización de la Florida, 2, 106s., 112; concilio de - y la misión de la Florida, 100; misión jesuítica de -, 1. Cf. Nueva España.
- MIAMI**, lago. Cf. Okeechobee.
- MIDDELBORG**, capitulación de -, 425.
- MILANESADO**, 121.
- MINGOT Linares, Pedro**, S. I., 326. Cf. Linares.
- MIRUELO**, piloto, junto a la bahía de Apalache, 31, 34.
- MISIONEROS jesuitas de la Florida**, y la conquista guerrera, 104, 204; reuniones en la Habana para la organización misionera de la Florida, 341s., 348; ministerios en la Habana, 343; ministerios en Santa Elena, 404; capellanes de las guarniciones, 409; reunidos en la Habana, 421; van temporalmente a Nueva España, 423; dejan definitivamente la Florida, 429.
- Primera expedición*: ministerios en Sanlúcar, 235s.; vida y ministerios a bordo, 236s.; en Canarias, 237; junto a la isla de Monserrat, 237; en las costas de la Florida, 237s.; en la isla Española, 239s.; en Montecristi, 240^{or}, 246s.; en Sto. Domingo, 247^{or}; ministerios en la Habana con los indígenas de la Florida, 248s., 261, 296; va a Calus, 266.
- Segunda expedición*: sale de Sevilla, 330; ministerios en Sanlúcar, 330; a bordo, 330-332; en Canarias, 330; ministerios en Puerto Rico, 331^{or}, 332; en la Florida, 331^{or}; ministerios en San Agustín con la guarnición española y con los indígenas, 332, 339, 340^{or}, 361-363; en la provincia de Xega, 341; en Ais, 341; en Tequesta, 341; en la Habana, 340s.
- Tercera expedición*: viaje a la Florida, 394; en la Habana, 395; en Sta. Elena, 395.
- Mártires de Ajacán*, 399s.
- MISIONEROS**, en la segunda expedición de Ponce a la Florida, 29
- MISISIPÍ**, estado de -, sede de los chickasauanos, 64, choctouanos, 64, muscogeanos, 35.
- MISISIPÍ**, río, 1; expedición de Pineda en el -, 36s., 40; expedición de Narváez junto a la desembocadura del -, 70; expedición de Soto en las márgenes del -, 90-92, 95s.; el cadáver de Soto sumergido en uno de los afluentes del -, 93.
- MOBILE**, indígenas y costumbres de la tribu de -, 36^{or}, 108.
- MOBILE**, bahía, 36, 106^{or}, 107; sede de los mobileanos, 65.
- MOBILEANOS**, costumbres y religión de los indios, 64; expedición de Soto entre los -, 88 Cf. Mobile.
- MONT DE MARSAN**, patria de Gourgues, 333.
- MONTECRISTI**, soldados de la Florida en -, 240. Cf. Urca de los misioneros.
- MONTESINOS**, Antonio de -, O. P. misionero de la Florida, 55.
- MONTMORENCY**, duque de, y la tregua de Niza, 121; - y la paz de Vaucelles, 130; en San Quintín, 170.
- MONTÚFAR**, Alonso, O. P. arzobispo de México y la misión de la Florida, 105s.

- MOOK, victoria de, 425. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- MOONEY, Diego, escritor, 16, 55¹⁶
- MOSCOSO, Luis, sucesor de Soto, 93.
- MOSQUITOS, ensenada, 191⁶⁷.
- MOSTAGÁN, 223.
- MOTOLINÍA Cf. Benavente.
- MUÑOZ, Andrés, escritor, 16.
- MUÑOZ, Juan, 102.
- MURCIA. Cf. Martínez, Pedro.
- MUSCOGEANOS, costumbres, población, sistemas de gobierno, lengua y religión de los -, 35s., 64-67, 86, 89; expedición de Pineda entre los -, 35.
- NADAL, Jerónimo, S. I. visitador de España y Portugal, 8, 220, 225, 234, 320⁶⁰; fin y contenido de los Cuestionarios de -, 8; en Salamanca, 217⁸¹; en Barcelona, 220⁴⁰; en Valencia, 220⁴⁰; en Alcalá, 220⁴⁰, 234⁹⁹, 317⁸⁸. - y el P. Pedro Martínez, 220⁴¹, 48; en Cuenca, 227; en Burgos, 317⁸⁸.
- NAO, 433.
- NAPETACA, pueblo, 80.
- NAPOCHÍES, expedición de Tristán entre los -, 108.
- NÁPOLES, 132.
- NARVÁEZ, Pánfilo de -, en México, 59; - y la conquista de la Florida, 59, 112, 199; cédula imperial a - para la conquista de la Florida, 59; gobernación de la Florida encomendada a -, 75.
- Expedición de* -, 4; sale de Sanlúcar para la Florida, 61s.; en la provincia de Tocobaga, 62s., 269, 290; en el territorio timucvano, 63; en Ivitachuco, 80s.; en Apalache, 67s., 291; en Aute, 68, 81; privaciones y sufrimientos, 68-70; bajas, 69, 71; construye naves, 68s.; botadura de las naves, 69; plan de colonización, 70; navegando hacia el Panuco, 70; catástrofe, 75; sobrevivientes en la isla Mal-Hado, entre los Karankauanos, 39, 71, 73s.
- NAÚFRAGOS, en la costa de la Florida, 103, 105, 107; - franceses, 193.
- NAVARRETE, Adolfo, escritor, 16.
- NAVARRETE, Martín, escritor, 16, 35⁷, 38¹⁵, 41¹⁸, 19, 43⁸⁴, 48⁴.
- NAVE, 433.
- NAVÍO, 433.
- NEGRÓN, canónigo, 208.
- NICARAGUA, Soto en -, 75.
- NIEBLA, condesa de -, 231.
- NIEREMERG, Juan E. S. I. escritor, 16, 217⁸⁸.
- NIETO, Álvaro, capitán, 107.
- NIZA, tregua de -, 121, 126.
- NOMBRE DE DIOS, pueblo, 125.
- NORDENSKIÖLD, Adolfo E. escritor, 16.
- NORTE AMÉRICA, exploraciones en -, 3; - en los despachos de Fourquevaux, 6; planes conquistadores, colonizadores y misionales en -, 6; desaciertos en la colonización de -, 99; - y la demarcación entre Portugal y España, 115; expediciones a -, 118; teogonía de los indios de -, 284.
- NUEVA ESPAÑA, 34s., 104, 111, 135, 193, 198; - y la navegación de Ultramar, 7, 153, 200, 205s., 216, 225, 402; presidente y oidores de -, 7; en el siglo XVI, 19¹; - límite de la Florida, 19, 40; conquista de - por Cortés, 34⁹⁸; - y los descubrimientos de la Florida, 59; los sobrevivientes de la expedición de Narváez atraviesan -, 74; expedición de Soto en busca del camino a -, 93; expedición de Soto, con Moscoso a -, 93; riquezas de -, 103; 155, 294; - y la colonización de la Florida, 104s.; la expedición de Villafañe vuelve a -, 111; junta de - y la Florida, 127, 238¹⁰⁶; - y la bahía de Tampa, 193; porvenir misionero de -, 212, 310; - y los planes de colonización de Menéndez, 291; - y el Oriente, 328; expedición jesuítica sale de Sevilla para -, 421s.; misión jesuítica en -, 211, 237, 305⁴, 424, 431s.; los misioneros jesuitas de la Florida van a -, 423; misioneros agustinos, dominicos y franciscanos en -, 210, 431. Cf. La Habana; Menéndez de A. Pedro; San Juan, río; Tampa, bahía.
- NÚÑEZ, Francisco, capitán del fuerte de San Mateo, 337s., 438, 443; obligado a abandonar el fuerte, 439; vuelve con siete valientes a defender el fuerte, 439.
- OAXACA, misión de -, 100.

- OBSERVADORES españoles en los puertos franceses, 123.
- OCALÉ provincia y pueblo, expedición de Soto en -, 78s.
- OCILLA, río, 36.
- OCINA, Diego de, 128.
- O' DANIEL, V., O. P. escritor, 16, 100^s, 102^a, 111^o, 394^o.
- OKEECHOBEE, lago, 273; límite de la provincia de Calus, 25; los indios de sus inmediaciones, 24; expedición de Ponce en las cercanías de -, 24; - y el río San Juan, 260-262.
- OLOTORACA, cacique de la Florida, 335.
- OMOLOA, cacique de la Florida, 362^o.
- ORÁN, jesuitas en -, 218, 224. Cf. Martínez; Pedro.
- ORANGE, príncipe de, 425s.
- ORÉ, Jerónimo de, O. F. M. escritor, 15s.
- ORIENTE, misiones jesuíticas de -, 210.
- ORISTA, pueblo de Santa Elena, 363^o, 371; el cacique de -, 356, 367^o; el cacique de - y los jesuitas, 370; carácter, costumbres, gobierno y religión de los indígenas, 356s., 366, 367^o, 368s.; la guarnición española y los indios de -, 364; porvenir misional de -, 366, 381; misión jesuítica de -, 366-370; dificultades de la misión, 368-370; los indios se alejan de los misioneros, 369; fin de la misión, 371, 375, 389s.; revuelta de los indios, 371. Cf. Rogel; Sta. Elena.
- ORTIZ, Juan, sobreviviente de la expedición de Narváez, 77, 94; informa a Soto sobre la provincia de Tocobaga, 78.
- ORTIZ DE MATIENZO, Juan, piloto, 48.
- OSANCE, enviado de Catalina de Médicis a Felipe II, 140-143.
- OWEN, Dorsey J. escritor, 16.
- PADRE, bahía de, 71.
- PADUA, universidad, 325. Cf. Sedeño.
- PALENCIA, obispo de -, y la diócesis de la Florida, 43.
- PALMAS, río de las -, 75.
- PAMPLONA, patria del P. Rogel, 231.
- PANAMÁ, y los tesoros del emperador, 125^o; - y los corsarios franceses, 130.
- PANUCO, río; expedición de Pineda en el río -, 39; explorado por Pineda, 63; la expedición de Soto llega al -, 94.
- PAPAS, donación de los - a España, 128.
- PARACOXI, jefe de Tocobaga, 78; - y los calusanos, 151; - y la expedición de Laudonnière, 151.
- PARAGUAY, misiones jesuíticas, 1.
- PARDO, Juan, reprime violentamente la rebelión de la guarnición de Sta. Elena, 359; explorador de la tierra firme, 359^o, 360s.; - y la vía a Nueva España, 360; funda con sus soldados centros catequísticos en la tierra firme, 360; fin de los centros catequísticos fundados por -, 364; amparador de los indios de Sta. Elena, 364, 366; capitán de la fortaleza de Sta. Elena, 379, 386.
- PAREJA, Francisco, O. F. M. escritor, 16, 22^o.
- PARÍS, 122, 127.
- PARÍS, isla en la Florida del siglo XVI, fortaleza francesa en -, 144, 149; fortaleza española, 357. Cf. Sta. Elena.
- PARLAMENTO francés y la guerra de religión de 1562, 145s.
- PASAMONTE, Miguel de, cédula real a -, 20.
- PASTOR, Luis, escritor, 16, 132^o.
- PATACHE, 433s.
- PATRONATO español, 1s.
- PAULO III, y la Fórmula del Instituto de la Compañía, 207s.
- PAULO IV y la política francesa, 130s.; su política antiespañola, 132; alianza con Enrique II, 132; guerra contra España, 132; - y la política antiespañola de Francia, 132.
- PAULLIN, Carlos O. escritor, 17, 19^o, 20^o.
- PAYA, 162.
- PEDEE, río, y la expedición de Ayllón, 56, 144; costumbres y religión de los indios del -, 56s.
- PENSACOLA, bahía de, 36, 106^o, 107, 109s.
- PEÑA, S. I. y la misión de la Florida, 183, 204.
- PEÑALOSA, capitán de la expedición de Soto, 70.
- PEÑALOSA, Diego de, O. P. sale de Veracruz para la Florida, 101; muerto por los indios de la Florida, 101s.
- PEREA, Juan Augusto, escritor, 17, 20^o.

- PEREA, Salvador, escritor, 17, 20^a.
- PÉREZ, Andrés, piloto, 437.
- PÉREZ DE RIBAS, Andrés, S. I. escritor, 17, 217^{as}.
- PERÚ, y la navegación de Ultramar, 137, 153, 193; campo misional, 212; misión jesuítica, 1, 211, 305^a, 310, 409s.; - y los misioneros agustinos, 210.
- PESQUERA, Gregorio de, y la misión jesuítica de Nueva España, 208.
- PETIT-DUTAILLIS, escritor, 15.
- PFISTER, escritor, 15.
- PINEDA. Cf. Álvarez de Pineda.
- PIRENNE, Enrique, escritor, 17, 425^{as}.
- PLABENCIA, colegio de, 318^{al}.
- PLATA, puerto de, 47.
- POLANCO, Juan Alfonso de, S. I. secretario general de la Compañía, 225; - y los deseos de Indias del P. Rogel, 233s.; - y la muerte del P. Martínez; Pedro, 245; - y los deseos de misiones del P. Segura, 320; en Sena, 326.
- PONCE, Juan, bahía, 193; - y la vía al fuerte de San Mateo. Cf. Tampa, bahía.
- PONCE DE LEÓN, Juan, gobernador de Puerto Rico, 20s., 34; descubridor de la Florida, 19, 30, 40, 43s., 47, 199; informa a la corte sobre la región de Bimini, 20, 20^a; capitulación a - para la colonización de Bimini, 20s.; adelantado de la Florida y Bimini, 20^a; su optimismo después del primer descubrimiento de la Florida, 26; pide nuevamente a la corte la conquista de la Florida, 26; segunda patente real a -, 27^o, 28s.; herido en la costa de Calus, 29; muere en Cuba, 30.
- Expedición de* - a la Florida, fecha, 21, 21^a; entre los timucuanos, 23; entre los tequestanos, 25; segunda expedición a la Florida, 29; lugar del desembarco, 29^{as}, 33; costa recorrida, 30^{as}; abandona la Florida, 29s.; suscita nuevos descubridores, 31.
- PONTOTOC, condado de, 89.
- POPAYÁN, campo misional, 212^{as}.
- PORT ROYAL, estrecho, 363, 375. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- PORTUGAL, Fadrique de, arzobispo de Zaragoza, 218.
- PORTUGAL, provincias jesuíticas de - visitadas por el P. Nadal, 8; - y la línea de demarcación con España, 19; - y las conquistas de N. América, 115; - y las empresas de Cabot, 116; - y los descubrimientos de los Corte-Real, 118; - y los viajes de Verrazzano, 120; - y las empresas de Cartier en el Canadá, 122, 124s., 128; su política religiosa en los descubrimientos, 122; - y la amistad con Francia, 125; - y los descubrimientos franceses, 126; - y los corsarios franceses, 129; armada de - para Oriente, 225; corsarios en las costas de -, 236; carabelas de -, 433. Cf. Nadal.
- PORTUGUÉS, Juan Alfonso, corsario, 164.
- POTOMAC, río, 396, 398. Cf. González Vicente; Misioneros jesuitas de la Florida.
- POTONCHÁN, expedición de Hernández de Córdova en -, 32s.
- PRIEGO, Jorge de, nombrado obispo de la Florida, 43.
- PRÓSPERO, San, epigramas de -, 318^{as}.
- PROTESTANTES franceses, su política antiespañola, 143; - e Isabel de Inglaterra, 146s.
- PROTESTANTES ingleses, y la unión de su nación con España, 166.
- PUEBLA, embajador y las expediciones de Cabot, 117.
- PUERTO RICO, 125^{as}, 154, 184^{as}, 185^{as}, 186^{as}, 193, 237, 361, 389. Cf. Gourgues; Menéndez de A. Pedro; Misioneros jesuitas de la Florida.
- QUADRA, obispo de, embajador español en Londres, 137; - y los proyectos de Stukeley, 148, 152s.
- QUEBEC, 123.
- QUEVEDO, Juan, O. S. F. obispo de Darién, y las conferencias de Barcelona, 43s.
- QUEXOS, Pedro de, piloto enviado por Ayllón a la Florida, 4, 53; recoge algunos indios de la Florida, 53.
- QUIGUATE, provincia y pueblo de la Florida; expedición de Soto en -, 92.
- QUIROGA, Vasco de, obispo de Mechoacán, y la misión jesuítica de Nueva España, 208.

- QUIRÓS, Luis, S. I. en Trigueros, 392; en Marchena, 392^a; en Granada, 392s.; superior de la residencia del Albaicín, 392s.; misionero de la Florida en sustitución del P. Álamo, 392; viaje a la Florida, 393; destinado a Ajacán, 395. Cf. Misioneros jesuitas de la Florida: Mártires de Ajacán.
- QUIZQUIZ, pueblo de la Florida, expedición de Soto en -, 90; indias cautivas, 90.
- RAMÍREZ, S. I. y la misión de la Florida, 205.
- RÄMMEKENS, castillo construido por Carlos V en -, 172^{2a}.
- RANGEL, Rodrigo, cronista, 77^a.
- REBELIAU, escritor, 15.
- REDONDO, Cristóbal, catequista de la Florida, 317^{2a}; destinado a Ajacán, 395. Cf. Misioneros jesuitas... Mártires de Ajacán.
- REIN, Adolfo, escritor, 17, 58, 117⁶, 120¹¹, 121^{12, 13}.
- REINOSO, Francisco de, y la guarnición de Calus, 260; - y la exploración del río Caloosahatchee, 265; quiere matar al cacique Carlos, 279. Cf. Calus.
- RENIE, Fr., 17, 141¹¹.
- REQUERIMIENTO, 28. Cf. Rubios, Palacios.
- REQUESÉNS, gobernador de Flandes, y los insurrectos, 425, 427.
- REYES CATÓLICOS, y la colonización de Ultramar, 43; - y la empresa de Cabot, 116s.
- RIBADENEIRA, Pedro, S. I. escritor, 17, 231^{2a}.
- RIBERA, Juan B., S. I., 222^{5a}.
- RIBAUT, Diego, huye de la Florida a Francia, 189, 352^a.
- RIBAUT, Juan, 186s., 192s., 195, 201, 206, 214, 293s., 435; motivo de sus exploraciones en América, 2s.; expedición a la Florida, 143s.; vuelve a Francia, 144; - y los proyectos de Stukeley, 149; enviado por Coligny a la Florida, 152, 158; - y Laudonnière, 152; decide atacar el fuerte español de San Agustín, 191; - y los naufragos franceses, 190s.
- RIGARD, Roberto, escritor, 17, 19^a.
- RIEGO, Santiago de, en la isla Española, 204¹⁰⁷; - y la muerte del P. Martínez, Pedro, 204¹⁰⁷.
- RÍO GRANDE, expedición de Pineda en -, 39.
- RIPALDA, Jerónimo, S. I. 318¹¹.
- ROBERTSON, Diego A. escritor, 17.
- RODRÍGUEZ, Cristóbal, S. I. 245.
- RODRÍGUEZ DE FONSECA, Juan, obispo de Palencia y la junta de Burgos, 27.
- ROGEL, Juan, S. I. cartas de -, 8s.; primeros años, 231²⁵, 232; estudios en Alcalá y Valencia, 232; jesuita en Valencia, 232²⁶; estudiante en Gandía, 232s.; misión en Denia, 221, 233; en Cuenca, 233; deseos de Indias, 233; - y la misión de la India, 234; confesor en Toledo, 233²⁹, 234²⁷, 378; designado para la Florida, 183, 204s.; en Sevilla, 216, 217²⁸; en Sanlúcar, 217²⁸; - y la muerte del P. Martínez, 240¹⁰⁷; en la Habana, 279, 288s., 292s., 297, 308, 342, 348, 400; misionero de Calus, 272s., 275, 281, 288, 291s., 296, 304, 308¹⁵, 309, 342-344, 348; - y la guarnición española de Calus, 300; - y el cacique de Calus, Tocampaba, 281-283, 285s., 345; en Tocobaga, 280s., 289; quiere ir a misionar en las islas de los Mártires, 287, en Tocobaga, 287, o en Tequesta, 287s.; - y la guarnición española de Tequesta, 300; abandona Calus para ir a la Habana, 288, 292s.; en Guale: su optimismo por esta misión y por la de la Florida, 310, 340, 363, 365, 371, 381, 421; en Sta. Elena: optimismo por esta misión, 340, 370, 375⁴⁴, 421; visita con Pardo, Orista y Escamacu, 363s.; misionero de Orista y Escamacu con los HH. Linares y de la Carrera, 366; tiene que abandonar con sus compañeros la misión de Orista y Escamacu, 370, 381, 430; en San Agustín, 340, 361, 363, 417; destinado al colegio de la Habana, 395; - y el porvenir de la misión de la Florida, 385; - y el abastecimiento a los misioneros de Ajacán, 416s.; va con la armada de Menéndez de Avilés, Pedro a Ajacán, 417; en el río Poto-

- mac, 417-420; en el río Aquia, 418; bautiza a los cautivos ajacanos antes de ser ahorcados, 420; - y las esperanzas de evangelización en Ajacán, 420s. Cf. Misioneros jesuitas... Primera expedición.
- ROJAS, gobernador de la Habana y los indígenas de Calus, 258s. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- ROLET Morin, 124.
- ROMA, curia jesuítica, designa misioneros para la Florida, 204; reservada en el ofrecimiento de misioneros para la Florida, 204s.; - y los deseos del P. Martínez, Pedro, de la misión de Alemania, 229; - y la primera expedición jesuítica a la Florida, 303; - y los deseos de misiones del P. Segura, 319⁴⁰; - y el colegio de la Habana, 314³⁹; y la colaboración para las misiones de Ultramar, 323; - y el personal de la misión de la Florida, 392.
- ROMA, ciudad, 218.
- ROMANO, colegio, Cf. Sedeño.
- ROMIER, Luciano, escritor, 17, 138⁴.
- ROQUE, Juan Francisco de la, lugarteniente de Francisco I, 122; va al Canadá, 123; en el fuerte de Charlebourg, privaciones y luchas con los indígenas, 123; vuelve a Francia, 123.
- ROSA, bahía de, 107¹⁴.
- ROUEN, 122; cerco de -, 147.
- RUBIOS, Palacios, y la junta de Burgos, 28; revisor de las leyes de Burgos, 28; redacta instrucciones para Pedro Arias, 28; compone el *requerimiento*, 28.
- RUGE, Sophus, escritor, 3, 17, 21⁸, 55¹⁶, 75¹, 117⁶, 119⁰.
- RUIDÍAZ y Caravia, E. escritor, 6, 9, 17s., 154^{42, 45}, 156⁵², 165^{6, 7}, 167¹¹, 168⁴, 170¹⁷, 171²⁰, 175³², 179⁴², 180⁴⁴, 184⁵⁷, 185^{67, 58}, 186⁶⁹, 188^{60, 61}, 188⁶²⁻⁶⁴, 190⁶⁵, 191⁶⁶, 192^{68, 70}, 193⁷², 194⁷⁶, 195⁷⁸, 196⁸¹, 197^{82, 85}, 198⁸⁸, 206⁸, 207¹⁰, 238¹⁰⁶, 249¹²⁶, 252¹, 274^{1, 2}, 294⁴², 359²¹, 361²⁴, 394⁹, 425^{62, 65}, 426⁶⁹, 434-437.
- RUIZ, Luis, S. I. catequista en Canarias 330.
- RUIZ, catequista de Tequesta, 349¹²².
- RUIZ DEL PORTILLO, Jerónimo, S. I. predicador en Valladolid, 215; provincial de la misión del Perú, 304, 307, 309; y de la misiones de América, 317, 321, 323, 327; superior de la Florida, 183; - y la misión de la Florida, 204s., 214, 216, 275, 307-311; - y la misión de América, 305⁴, 306s.; - y los indígenas de la Florida, 246¹²², 308; - y la misión de Honduras, 309.
- RUIZ de SALVATIERRA, Pedro S. I., en la Habana, 423.
- SAAVEDRA, Pedro, S. I. y el colegio de la Habana, 314³⁹, 315; - y la misión de la Florida, 315s.
- SABLE, cabo, región de Calus, 25.
- SABOYA, duque de, y los Guisais, 146.
- SACCHINI, Francisco, S. I. escritor, 17, 217⁷⁸, 403³⁰.
- SACERDOTES y clérigos en la expedición de Menéndez a la Florida, 185⁶⁸.
- SAGUENAY (Canadá), Cartier en -, 121.
- SAGNAR, escritor, 15.
- SAINT MALO, puerto, y las empresas de Cartier al Canadá, 120; espías españoles en -, 123s.
- SALAMANCA, 205. Cf. Doménech; Váez; Martínez, Pedro.
- SALAZAR, Domingo, O. P. misionero de la Florida, 107-109.
- SALCEDO, Juan, catequista de la Florida, 317²⁷.
- SAMANO, secretario del rey, 126.
- SAN AGUSTÍN, puerto y fortaleza española en la Florida, 184⁵⁷, 196s., 201¹⁴, 294, 349 s., 389, 415⁴⁶, 429, 438; provincia de -, 204; indígenas de - bautizados en Sevilla, 313.
- Guarnición española* de -, 273; - y la expansión colonial y misional, 274; privaciones de la -, 339, 408, 441; sublevaciones de la -, 352; nave de bastimentos para la -, 405, 408; - y los jesuitas, 361; hostilidad con los indios, 395; envía víveres a los naufragos del cabo Cañaveral, 407. Cf. Arciniega; Menéndez de A.; Pedro; Misioneros Jesuitas..., Segunda expedición; San Mateo, Guarnición española.

- SAN ANDRÉS, mariscal de, su muerte, 147.
- SAN CARLOS, río, Cartier en el -, 121.
- SÁNCHEZ, Gonzalo, capitán, 107.
- SÁNCHEZ, Pedro, S. I. provincial de México, 422; - y la misión de la Florida, 422.
- SAN CLEMENTE, patria del P. Sedeño, 324.
- SAN FELIPE, isla, fortaleza española de -, 357; privaciones de la guarnición, 295; los amotinados de la guarnición, 295. Cf. Sta. Elena.
- SAN FRANCISCO, Juan de, O. F. M. y la misión jesuítica de Nueva España, 208.
- SAN GERMÁN, puerto, y la expedición de Ponce, 21, 26.
- SAN JUAN, isla, 125⁹⁴. Cf. Puerto Rico.
- SAN JUAN, río, 188s., 193, 198, 202, 273, 334; descubierto por Ponce, 21, 47; los franceses en el -, 144; - y el lago Okeechobee, 265; - y la provincia de Calus, 265; - y la vía a Nueva España, 265; - y la vía a tierra firme, 265; los indios de sus orillas, 22, 281¹⁷; fuertes españoles del -, 334s.; destrucción de los fuertes del -, 331. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- SAN JUAN BAUTISTA, río; los enviados de Ayllón en -, 48.
- SAN JUAN DE LUZ, armada francesa en -, 171.
- SAN JUAN DE PUERTO RICO, 186⁹⁹.
- SAN LORENZO, río, Cartier en el -, 120s. 123.
- SANLÚCAR, 130, 178; - y las flotas de Indias, 205; sale de - flota para el Perú, 209. Cf. Misioneros jesuítas de la Florida.
- SAN MARCOS, ciudad, 64, 68.
- SAN MARTÍN (México), minas de -, 155⁴⁷.
- SAN MATEO, fortaleza, 197, 389; conquistada por Menéndez de A. Pedro, 384 incendio en -, 193; guarnición española de -, 273, 337; - y la expansión colonial y misionera, 274; descontento de la guarnición, 294; soldados abandonan la -, 294; fragata de bastimentos para -, 294; privaciones de la guarnición, 295; revueltas de la guarnición, 295, 352; Gourgues conquista y destruye los fuertes de -, 331s., 337, 437-443; guarniciones españolas hu-
- yen a San Agustín y a Utina, 337s., 439, 441; españoles ahorcados por Gourgues en -, 440; - y los jesuítas, 361s. Cf. Gourgues; Menéndez de A. Pedro.
- río, y la bahía de Tampa, 265; indígenas de las orillas del -, 308, 310. Cf. Arciniega; Menéndez de A. Pedro; San Juan, río.
- SAN QUINTÍN, y el predominio español en Europa, 132.
- SAN ROMÁN, cabo de -, 238¹⁰⁰. Cf. Urca de los misioneros.
- SANTA CATALINA, isla, 353.
- SANTA CRUZ DE NANICPACNA, expedición de Tristán en -, 108s.
- SANTA ELENA, isla y región, 110, 112, 144, 246, 355, 359, 361, 429; expedición de Villafañe en -, 111; - y la conquista francesa de la Florida, 111s., 145, 352; - y las minas de Zacatecas, 193; - y la defensa de Ultramar, 197s.; los indios y sus costumbres, 354, 363⁹³, 369, 374s., 388; el cacique e indios acogen benévolamente a Menéndez de A. Pedro y los españoles, 355-357; el cacique con los indios prometen convertirse, 356; el cacique pide catequistas a Menéndez, 356; paces del cacique con el de Guale, 356; - y la defensa de la Florida según Menéndez, 352⁹; guarnición española en -, 357¹⁵, 374, 389; privaciones de la guarnición, 359, 416; motín entre los de la guarnición, 295⁴⁷; soldados descontentos prenden a Esteban de las Alas y huyen a Tequesta, 359; otros amotinados huyen al interior de la Florida, 359; tensión entre Esteban de las Alas y Pardo, 359; enfermedad en la guarnición, 404; naves de bastimentos a -, 368-408; misioneros ajacanos en -, 396; incendio de la fortaleza, 404, 416; llega a - nave de bastimentos para Ajacán, 415; residencia jesuítica, 374s.; porvenir misional de -, 310, 351s., 365s.; la guarnición española y la obra misional, 364s.; fin de la misión, 375, 379; causas del poco fruto de la misión, 388. Cf. Arciniega.

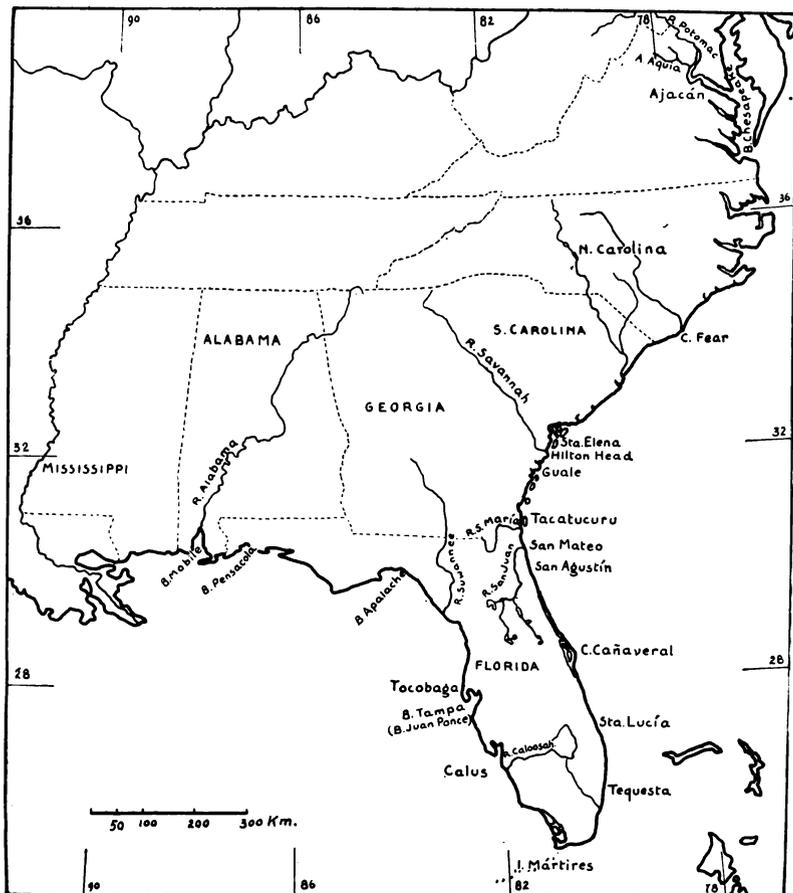
- SANTA LUCÍA, isla, 197.
- SANTA MARÍA, Domingo de, O. P. y la misión de la Florida, 104.
- SANTA MARÍA, río, 22, 353.
- SANTA MARÍA, bahía, 107, 110, 396; - y la defensa de la Florida según Menéndez de A. Pedro, 198, 352^o.
- SANTANDER, licenc. y la colonización y evangelización de la Florida, 105.
- SANTANDER, ciudad, Cf. Menéndez de A. Pedro.
- SANTAREM, vizconde de, escritor, 5, 17, 128^{ss}.
- SANTIAGO, iglesia de - en la Florida, 42.
- SANTIAGO, licenc. y la junta de Burgos, 27s.
- SANTIAGO DE CUBA, expedición de Narváez en -, 61; - y los ataques franceses, 128s.
- SANTIAGO DE VEGA (Sto. Domingo), los misioneros jesuitas... Segunda expedición en -, 247.
- SANTIBÁÑEZ, Juan, S. I. escritor, 394^r.
- SANTO DOMINGO, Domingo de, O. P. misionero de la Florida, 107.
- SANTO DOMINGO, ciudad e isla 125^{ss}, 128, 187, 206, 240^{or}, 258^{os}, 423; - y los indios caribes, 48; expedición de Narváez en -, 61; negros de -, 154; - y la defensa de la Florida, 361; - y el abastecimiento de la Florida, 389.
- SARMIENTO, Juan, embajador de Carlos V en Lisboa, 124s.
- SATURIBA, cacique, 395; los súbditos de - matan al P. Martínez, Pedro, 243; - y la amistad de Calabay con los españoles, 264; - y otros jefes ayudan a Gourgues, 334s.
- SAVANNAH, río, 48, 82; los franceses en el -, 144.
- SEDEÑO, Antonio, S. I. primeros años, 324; en Italia, 324; al servicio del conde Landriano, 324; entra en la Compañía en Loreto, 324; la prueba de la peregrinación, 325^{os}; estudios en Loreto, Macerata y en la Universidad de Padua, 324^{or}, ^{os}, 325; poco aprovechamiento en los estudios, 325^{ro}, 326^{ra}, 378; estudios en el colegio Romano, 325-327; reside en el colegio Germánico, 325, 326^{ra}, ^{ra}; órdenes sagradas, 326; deseos de Indias, 326^{rs}; destinado a la misión de Oriente, 323, 326; señalado para la misión de Honduras, 309, 323; - con el H. Linares en Sena y en Florencia, 326; va a la Florida, 330; destinado a la provincia de Guale, 342, 348, 366; va a Calus, 347; vuelve a la Habana, 347; misionero de Tequesta, 348, 349^{so}; - y la guarnición de San Agustín, 349, 373, 416^{so}; informa sobre el P. Álamo, 377^{so}; misionero de Guale, 371^{or}-374, 381; destinado a la Habana y Cuba, 395, 401; encuentro con los misioneros del Brasil en Santiago de Cuba y va con ellos a la Habana, 402^{so}, 403; va a la Florida, 403; enfermo en Sta. Elena, 404; va con Menéndez de A. Pedro y el H. Carrera hacia la Habana, 404; con los naufragos hacia San Agustín, 406-408; con el H. Carrera en Sta. Elena, 408s.; - y el abastecimiento a los misioneros de Ajacán, 416s.; va con el H. Carrera a la Habana, 409; vuelve con el H. Villarreal a Sta. Elena, 415; sus trabajos en la Florida, 414; superior de la Florida, en vez del P. Segura, 416^{so}; va a Nueva España, 422; superior en la Habana, 423. Cf. Guale; Misioneros jesuitas... Segunda expedición.
- SEGURA, Juan B., S. I. estudios en Alcalá, 317s.; entra en la Compañía en Alcalá, 318; en Simancas, 318^{or}; profesor en Medina, 318^{os}; estudios y ministerios en Valladolid, 318^{os}; en Villimar, 317; en Burgos, 318, 319^{os}; en Logroño, 319; aptitud para predicar, 378^{os}; rector de Monterrey, 119^{os}; vicerrector de Salamanca, 319; rector de Valladolid, 215, 319s., 322s., 329; - y el P. Araoz, 321-323; sus deseos de Indias, 319, 320^{so}; deseos de la misión de Alemania, 320; deseos de ir a la Florida, 320; va de Valladolid a Sevilla, 319, 321; designado para la Florida, 183, 308 s., 312, 317, 321, 323; destinado a Honduras, 309, 323; - y la misión de la Florida, 204s. 214, 310s., 321, 366, 373, 379, 381; su-

- perior de la Florida, 313, 317, 321, 342, 351, 369; va a Calus y vuelve a la Habana, 347; va a Tequesta, 348, 349¹⁰⁰; va a San Agustín, 349; - y la misión de Orista, 370; informa a Borja sobre la misión de la Florida, 379s.: - y el P. Álamo, 376⁴¹, 377s.; - y la libertad de los misioneros de la Florida, 386; misionero de Ajacán 352², 395^{12, 13}, 396¹⁶, 414. Cf. Menéndez de A. Pedro; Misioneros jesuitas... Mártires de Ajacán.
- SENTENACH, Narciso, escritor, 18, 254⁵.
- SEVILLA, 103, 213, 216, 307, 310, 323, 326; - y las flotas de Indias, 205: indios timucuanos y tequestanos bautizados en -, 340s.. Cf. Misioneros jesuitas de la Florida.
- SICILIA. Cf. Vega, Juan.
- SIMANCAS, Cf. Doménech; Segura.
- SIÚ, tribu, 86.
- SCHÄFER, Ernesto, escritor, 17.
- SHEA GILMARY, Juan, escritor, 9, 13, 21⁸, 27¹⁰, 41¹⁸, 45, 48⁴, 53⁹, 55^{12, 14, 15}, 102⁴, 105², 106¹², 107^{13, 14}, 108¹⁵, 111¹⁹, 252¹.
- SMITH, Buckingham, escritor, 3, 5, 17, 102⁴, 104⁴, 123, 124²¹, 125^{23, 24}, 126²⁵.
- SOLÍS, Gabriel de, catequista de Ajacán, 317²¹, 395, 399²⁴. Cf. Misioneros jesuitas... Mártires de Ajacán.
- SOLÍS DE MERÁS, Gonzalo, escritor, 7s., 18, 25¹⁵, 163¹, 164³, 172^{21, 23}, 179⁴³, 184⁵⁷, 185⁵⁸, 189⁶²⁻⁶⁴, 195, 196^{80, 83}, 197^{82, 85}, 201⁸⁴, 253^{2, 3}, 255², 256^{8, 9}, 257¹⁰, 258^{13, 15, 16}, 260¹⁹, 262²², 263^{26, 28}, 267³⁴, 276⁸, 281^{16, 17}, 294⁴⁴, 295⁴⁸, 310⁸², 340¹⁰⁷, 354¹⁰, 356¹³, 357¹⁶, 358¹⁷, 361, 362²⁷, 394¹⁰, 403²¹, 426^{62, 63}, 434, 436s.
- SORIA, Jacques, corsario en las Antillas 130, 167; capitán de hugonotes y verdugo de los misioneros del Brasil, 401-403.
- SOTO, Hernando de, conquistador de la Florida, 77⁸, 199; - y Pizarro, 75; encargado por el emperador de la conquista de la Florida, 75; títulos y privilegios en la Florida, 75s.; gobernador de Cuba, 76; envía naves a la Florida, 76; muerte de -, 93.
Expedición de - sale de Sanlúcar, 75; personal de la -, 76s., 108; misioneros, 81; en Santiago de Cuba, 76; en la Habana, 76; en la provincia de Tocobaga, 77s., 268s. 290; envía naves a la Habana, 78; a través de los pueblos timucuanos, 78, 79¹³, 80; en la provincia de Ocale 78; en Aqualecuen, 79; en la provincia de Yustaga, 80; en Aquile, 80; en Ivitachuco, 80 s.: - y los indios de Apalache, 81, 291; hacia el norte de la Florida, 81s.; sufrimientos a través de la región timucuaña y críque, 81s., 84; tratamiento a los indios, 82; labor evangelizadora de la -, 83s.; en Coftachique, 84s., 144; en las orillas del río Savannah, 84-86; a través de la provincia de Alabama, 86; en Kusa, 87, 275; combates en Mabila, 88s.; pérdidas de la -, 88s.; se interna en el continente, 89; en busca de tesoros, 92; construye naves, 93; combate con los indios mientras baja por el Misisipí, 93s.; los ahogados en el Misisipí, 94; llega al mar, 94; hacia Nueva España, 94; intentos de la -, 94s.; - y la fertilidad de la Florida, 95; labor colonizadora de la -, 95-97; privaciones y sufrimientos de la -, 96; tratamiento a los indios e indias, 96; bautismos de indios, 97; - y la conquista y descubrimiento de la Florida -, 112, 126.
- STADACONA (Canadá), Cartier en, 123.
- STUKELEY, prepara expedición a la Florida, 148.
- SUÁREZ, Juan, O. F. M. misionero de la Florida, 61, 70.
- SUIZA, católicos de - y los Guisas, 146.
- SUR, mar del, camino para el -, 47; la expedición de Soto busca camino al-, 92; - y los descubrimientos del Canadá, 144.
- SUWANEE, río, las expediciones de Narváez y de Soto en el -, 63, 79s.
- TABASCO, y Nueva España, 19¹.
- TABASSE, pueblo de la Florida, expedición de Soto en -, 87.
- TABLARES, Pedro, S. I., 220⁴⁰.
- TAGATUCURU, el cacique e indígenas de - y los españoles, 395, 440. Cf. Mar-

- tinez, Pedro; Menéndez de A. Pedro.
 TALLADEGA, ciudad, 87.
 TALLAPOOSA, río, 90.
 TAMPA, bahía, 81, 101, 193; - y la provincia de Calus, 25, 275; indios de - 22, 25; explorada por Álvarez de Pineda, 63; las expediciones de Narváez y de Soto en -, 62, 77; expedición de Soto envía naves a -, 81; Cáncer y sus compañeros junto a -, 101; - y los fuertes de la Florida, 198; - y las fortalezas de San Mateo y de San Agustín, 265; - y la expansión colonial a Apalache, Kusa y Nueva España, 275. Cf. Tocobaga.
 TANNER, Matías, S. I. escritor, 18.
 TAPIA, Cristóbal, veedor de la Florida, 44.
 TASCALUZA, cacique, y la expedición de Soto, 88.
 TELDE (Canarias), 328.
 TÉLLEZ, capitán, 70.
 TELLO, Juan, armada de -, 167¹³.
 TENNESSE, sede de los muscogeanos y chickasauanos 35, 64s.
 TEODORO, griego, 69.
 TEQUESTA, provincia y pueblos de -, 24, 25², 293, 302⁵⁵, 344, 348; costumbres, espíritu guerrero y creencias religiosas de los indios de -, 24¹², 272, 287²¹, 296-298, 308; la expedición de Ponce recoge algunos indios de -, 25¹⁴; los indios de - y Calus, 25, 275, 297s.; indios de - en la Habana y en España, 249, 261, 297; indios de - bautizados en Sevilla, 313; - y las ramificaciones del río San Juan, 296; españoles residentes en -, 266; soldados del fuerte de San Mateo huyen a -, 294; amotinados del fuerte de San Felipe en -, 295; algunos españoles abandonan -, 295s.; el cacique de - pariente del de Calus, 294; el cacique de - envía indígenas a la Habana, 296; el cacique de - promete convertirse, 296, 349; la amistad del cacique de - con Menéndez de A. Pedro, 296s.; el cacique de - hace paces con el de Calus, 297; - y la política colonizadora de Menéndez de A. Pedro, 273, 293.
Guarnición española en -, 272s., 293, 296s., 350; - erige una cruz, 297, 349; trabajos y privaciones de la -, 301⁶⁴, 302; enemistad de la - con los indígenas, 299-302, 349s.; fin de la -, 292s., 299s., 302, 341.
Misión jesuítica: dificultades y fruto de la labor catequística del H. Villarreal, 296-301; el H. Villarreal se retira con la guarnición a Calus, 300, 301⁶³; segunda -, 348-350; fin de la - y sus causas, 349s., 362, 379, 389. Cf. Calus; Menéndez de A. Pedro; Rogel; Sedeño; Segura; Villarreal.
 TERCIOS españoles de Flandes, 425.
 TERRUÉL, provincia, 217s.
 TERRANOVA, límite de la Florida, 19; - y la defensa de la Florida, 112; - y el estrecho a Oriente, 119, 182¹¹; Cartier en -, 120, 124; - y el estrecho al mar del Sur, 155⁴⁷; naves francesas a -, 166; - y la colonización de la Florida, 180; - y la defensa de Ultramar, 198.
 TESOREROS de Indias, 44³⁰.
 TEXAS, estado, tribus de -, 33⁴, 39; sede de los karankauanos, 71; los sobrevivientes de la expedición de Narváez a través de -, 74; naufragos de las costas de -, 103.
 THOMPSON, Diego W. escritor, 18, 140⁹.
 TIERRAFIRME, negros de la -, 193; flotas de la -, 253. Cf. San Juan, río; la Habana.
 TIERRA VERDE, los Corte-Real en la -, 118.
 TIMUCUANOS, indios, exterior, costumbres y culto religioso de los -, 22⁰, 23; los hechiceros, 23; espíritu guerrero de los -, 23; expediciones de Álvarez de Pineda, Narváez y Soto entre los -, 35, 62, 78, 83; los franceses entre los -, 144, 151.
 TOALLÍ, pueblo crique, expedición de Soto en -, 82s.
 TOCAMPABA, pariente del cacique de Calus, 257s.; recibe a Menéndez de A. Pedro en Calus, 259; - y la guarnición española de Calus, 266, 278, 344s.; émulo del cacique, 278; proclamado cacique por los españoles, 280; ofrece vasallaje al rey de España, 282; in-

- moralidad de sus costumbres, 286⁹⁹;
- y la catástrofe de la guarnición
española de Tocobaga, 291; - y la
conversión de Calus, 345; promete
convertirse, 292, 345s.; - y su émulo
el cacique de Tocobaga, 291s., 346;
quema los ídolos, 347; muerto por
los españoles, 347.
- TOCOBAGA**, provincia, 265; expedición de
Narváez en - 62; -, y la comunica-
ción con la provincia de San Mateo,
274; indios de -, 25¹⁶, 62, 308; in-
dios de - enemigos de los calusanos
25; el cacique de - y los indios prin-
cipales, 272, 281¹⁷; el cacique con Me-
néndez de A. Pedro y los españoles,
268-270; el cacique y las matanzas
de los hugonotes franceses, 253, 269s.;
coloquio del cacique con el de Calus,
270; promete el cacique convertirse
con los suyos, 271; el cacique y To-
campaba, 344; el cacique y la guar-
nición española, 290s.; - y la coloni-
zación de la Florida occidental según
Menéndez de A. Pedro, 291; porvenir
misional de -, 310; guarnición espa-
ñola en -, 271, 293; intentos de la
guarnición, 271, 274; trabajos de la
guarnición, 288, 301; fin de la guar-
nición, 289s., 293, 302, 379. Cf. Calus;
Rogel; Soto; Tocampaba.
- TOLEDO**, Hernando de, 147.
- TOLEDO**, archivo jesuítico de la provin-
cia de -, 9; cortes de -, 222⁵⁴. Cf. Fe-
lipe II; Menéndez de A. Pedro.
- TORAL**, Francisco de, O. S. F. obispo de
Yucatán, y la expedición de Tristán,
106; envía maíz al P. Rogel a Calus,
292.
- TORDESILLAS**, tratado de, 128, 134, 156.
- TORRES**, Bartolomé, obispo de Canarias,
330.
- TORRES**, Juan de, O. F. M. misionero de
la Florida, 97.
- TORTUGAS**, estrecho de, 198.
— islas, y las flotas de Indias, 252¹, 253².
- TOULOUSE**, 122.
- TOURNON**, cardenal, 132.
- TRINITARIOS**, misioneros en la expedición
de Soto, 77.
- TRISTÁN DE LUNA**, nombrado gobernador
y capitán general de la Florida, 105-
107, 109s.; se somete a dejar la Flo-
rida, 109s.
- Expedición de - en la Florida*, 107-110;
en Kusa, 108, 275; abandona la Flo-
rida, 110.
- TROYES**, paz de, 148.
- TUDOR**, María, reina de Inglaterra y la
paz de Vaucelles, 130, 133; - y el
príncipe don Felipe, 167; - y la re-
gencia de Flandes, 171; muerte de -,
133.
- TUPIQUE** (Guale), 300⁹⁹.
- TUSCOLLÒSA**, cacique, recibe a la expe-
dición de Soto, 88.
— ciudad, 88⁹⁶.
- TUZUTUTLÁN**, 99, 103s.
- UGLÉS**, 214.
- UCHEANOS**, indios, costumbres y ritos
religiosos de los -, 49; los enviados
de Ayllón entre los -, 50.
- ULTRAMAR**, 5. Cf. Menéndez de A. Pedro.
- ULÚA**, San Juan de, 101, 103.
- URANGA**, Fernando de, obispo de San-
tiago de Cuba, 164.
- URBINO**, duque, 325⁹⁹.
- URCA** de los misioneros floridanos (pri-
mera expedición), en busca del puer-
to de Santa Elena, 238; peligros de
nafragio de la -, 238, 247s.; junto al
cabo de San Román, 238s.; junto al
cabo Cañaverl, 239; en Montecristi,
239; junto a San Agustín, 243¹¹³; ha-
cia la Habana, 243¹¹².
- URDANETA**, Pedro de, y la ruta a Orien-
te, 352⁵.
- UTINA**, cacique y pueblo, 263, 439, 443; -
y los catequistas españoles, 265. Cf.
Menéndez de A. Pedro.
- VÁEZ**, Agustín, S. I. misionero de la Flo-
rida, 317; estudios en Salamanca,
328; entra en la Compañía en Sala-
manca, 328⁹³; en Valladolid, 328,
329⁹⁴,⁹⁶. pide la misión del Japón,
329; pide ir a la Florida, 329s.; ca-
tequista en San Agustín, 340, 342,
362; en Guale, 366, 371; su muerte,
431. Cf. Guale.
- VALDERRÁBANO**, Juan de, S. I. provincial

- de Toledo, y la misión jesuítica en América, 182.
- VALDERRAMA, Jerónimo, visitador de Nueva España, y Menéndez de A. Pedro, 258¹⁴.
- VALENCIA, Cf. Martínez, Pedro; Rogel.
- VALERA, Juan, escritor, 14.
- VALLADOLID, leyes de, 28; colegio de -, 215.
- VANDERA, Juan de la, alférez, 360⁹¹, 370.
- VARREDA, capitán, 441.
- VARGAS DE CARVAJAL, Juan, gobernador de Honduras, 309, 323.
- VARGAS UGARTE, Rubén, S. I. escritor, 9, 18, 421⁶⁴.
- VAUCELLES, paz de, y los franceses en América, 131, 168.
- VÁZQUEZ, doctor, del Consejo de Indias, 211¹⁶.
- VEEDORES de Indias, 44²⁶.
- VEGA, Garcilaso de la, escritor, 4, 77⁹.
- VEGA, Juan de, y los jesuitas, 222⁵⁵, 223.
- VEGA, ciudad de Sto. Domingo, 247.
- VELASCO, Juan de, general de flota, 236s.
- VELASCO, Luis de, virrey de Nueva España, 110s., 164s.; - y la colonización de la Florida, 106, 112.
- VELÁZQUEZ, Diego, conquistador de Yucatán, 34, 44.
- VENECIA, 323.
- VERACRUZ, 38, 101, 107. Cf. Ulúa.
- VERRAZZANO, Juan de, y la ruta a Oriente, 5, 52, 54, 119; - y el Katay, 119; significado político de su expedición a la Florida, 119s.
- VIDAL DE LA BLANCHE, escritor; 15.
- VILLAFAÑE, Ángel de, gobernador de la Florida, 110; en la Habana, 110; su expedición a la costa oriental de la Florida; 110, 111²⁰, 113; - y la colonización de la Florida, 113; en la isla de Sta. Elena, 144.
- VILLARREAL, Francisco, S. I. misionero de la Florida, 304, 309, 403; primeros años de -, 234⁹⁹; en Granada, 234; jesuíta, 234; en Sevilla, 216; 217²⁸; en Sanlúcar, 217²⁸; misionero de Tequesta, 272s., 287⁸¹, 308¹⁶; misionero de Calus, 292s., 296, 300, 342-344, 348; en Tupique (Guale), 300⁶⁹, 347¹¹⁷, 366, 372⁴¹, 381; en la Habana, 308, 341s.; en Sta. Elena, 373, 375⁴⁴, 395, 404, 408s. Cf. Misioneros jesuitas... Primera expedición; Tequesta.
- VILLÍMAR, colegio de, 317⁹⁸, 319⁴⁴. Cf. Segura.
- VINSON, Julián, escritor, 16.
- VIÑAZA, conde de la, escritor, 18, 22¹⁰.
- VIRGINIA, 399.
- WHITEHEAD, Arturo, escritor, 18, 159⁵⁷.
- WIGHT, isla de, 167.
- WILMINGTON, ciudad, 119.
- WINSOR, Justino, escritor, 18.
- WITHLACOOCHEE, río, 62.
- WRIGHT, I. A. escritora, 18.
- WRIGHT, Juan, escritor, 17.
- XAGUA, expedición de Narváez en -, 61.
- YAMASI, indios, 353.
- YUCATÁN, descubierta por la expedición de Hernández de Córdova, 32-35, 47; los indios de - contra los descubridores, 32; trascendencia del descubrimiento de -, 34; bula de erección de la iglesia de -, 42²⁰, 43; - y la bahía de Tampa, 193; - y el abastecimiento de la Florida, 389.
- YUSTAGA, provincia de la Florida, expedición de Soto en -, 80.
- ZABAL, Vasco, lugarteniente de Meléndez Valdés 222²²; catequista en Guale, 354.
- ZACATECAS, minas de, 155⁴⁷.
- ZARAGOZA, Juan, escritor, 15.
- ZARAGOZA, ciudad, 218.



MAPA PARCIAL DE LA FLORIDA EN EL SIGLO XVI

1

ERRATAS MÁS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Léase
4	7	Amérca	América
5	12	Harrise	Harrisce
5	17	suficientment	suficientemente
8	40	documementos	documentos
9	20	prvilegios	privilegios
42	8	descubierte	descubierta
102	30	Peñalosa	García
108	28	se cõmpremetieron	se comprometieron
119	27	Wilmigton (Car. del Sur)	Wilmington (Car. del Norte)
151 ³⁷		Hawkins	Hawkings
154 ⁴³		se expedió	se expidió
159	31	antidoto	antídoto
184	12	ne procedieron	no procedieron
263	16	indició	indicio
290	36	imposibile	imposible
324	4	San Clemente (Toledo)	San Clemente (Cuenca)
341	21	conyuntura	coyuntura
391	18	presioneros	prisioneros
399	14	Silvó	Silbó
416 ⁵⁰		consituía	constituía